



SG-3

7-8

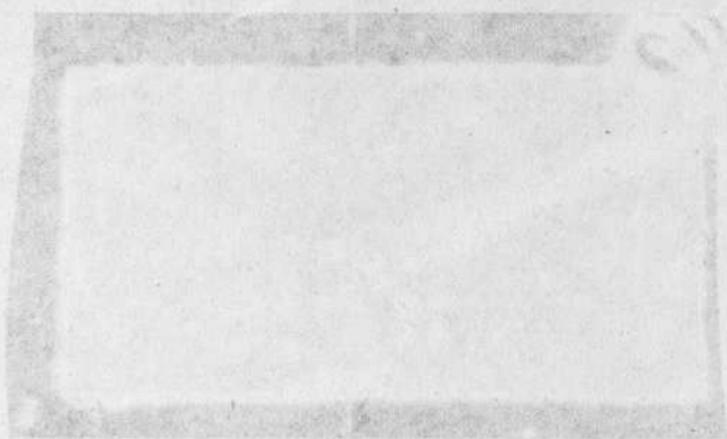
B.P. de Soria



61114866

D-1 1586

D-1
1586



HISTORIA
DE LOS
SOBERANOS PONTIFICES
ROMANOS.

—
TOMO VIII.

Este 18
Feb 19
No 19

~~Vol 13~~
~~And 43~~
~~Vol 24~~

HISTORIA

DE LOS

SOBRERANOS PONTIFICES

ROMANOS.

TOMO VIII

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTÍFICES ROMANOS,

POR

ARTAUD DE MONTOR,

EX-EMBAJADOR DE FRANCIA EN ROMA.

TRADUCIDA

POR

D. EUGENIO SANCHEZ DEL CORRAL.

TOMO VIII.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID.

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN,
Victoria, 9.

BARCELONA.

EN EL PLUS ULTRA,
Rambla del Centro.

1859.

HISTORIA

DE LOS

SOPRANOS PONTIFICIS ROMANOS

La traducción de esta obra es propiedad de los Editores, y se perseguirá ante la ley á quien la reimprima.

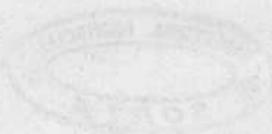
ARTAUD DE MONTE

EX-EMBAJADOR DE FRANCIA EN ROMA

TRADUCIDA

DE FRANCISCO SANCHEZ DEL CORRAL

TOMO VIII



CON LAS INSCRIPCIONES NECESARIAS

BARCELONA

MADRID

EN EL PLEZ BARRA

LIBRERIA DE SAN MARTIN

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramirez, Escudillers 40, piso 1.º—1859.

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTIFICES ROMANOS.

255. PIO VII 1800.

(Conclusion).

CAPÍTULO LX.

Muerte de la reina de España, María Luisa.—Muerte de Carlos IV.—Muerte de la reina Isabel.—Importante despacho de Portalis.—Viaje del emperador Francisco I á Roma.—Obsequios tributados á S. M.—El archiduque Rodolfo es nombrado cardenal.—Regalos hechos por el emperador de Austria.—Los obispos de Francia escriben al Papa.—Contestacion de Consalvi al cardenal Perigord.—Alocucion del Papa del 23 de agosto.—Carta del rey de Francia al cardenal Consalvi.—Carta del mismo al Papa.—El cardenal de Perigord toma posesion del arzobispado de París.—Medidas adoptadas contra la ciudad de Sonnino.—Negociaciones entre Roma y los príncipes protestantes de Alemania.—M. de Quelen es nombrado coadjutor con futura sucesion del arzobispado de París.

El rey Carlos IV se hallaba en Nápoles al lado de su hermano, á quien no habia visto desde que Carlos III salió de Italia para ir á reinar en España. De repente, la reina María Luisa, que habia algun tiempo estaba en Roma, cayó enferma, y murió sin que el rey pudiese asistirle en sus últimos momentos. El dolor que la muerte de su esposa causó á Car-

los IV fué tal, que este monarca sucumbió al cabo de catorce días. Mas no eran estas las únicas desgracias que debían caer sobre la infortunada casa real de España. En 14 de enero, en el momento en que iban á celebrarse los funerales de María Luisa, llegó de Madrid la noticia de la muerte de la reina Isabel de Portugal, esposa de Fernando VII.

Si bien los obispos de París sabían que el Papa había dirigido un breve al cardenal Perigord, no se daban por suficientemente instruidos de los hechos por medio de la comunicacion del gobierno. Portalis escribió desde Roma lo que sigue :

« He visto al cardenal Consalvi, quien me ha dicho : « El Papa no sosiega un momento al pensar en lo que mas de un año hace está pasando en gran número de diócesis de Francia. Reina la confusion en los poderes eclesiásticos, y hombres sin facultades canónicas toman parte *incompetentemente* en la administracion de las iglesias, mientras que los legítimos pastores, nombrados por el rey é instituidos y preconizados por el Papa, están condenados á la inaccion. No es el Papa el que ha solicitado que se proveyesen inmediatamente los obispados erigidos á consecuencia de la circunscripcion de diócesis verificada en el año 1817; es el rey el que se ha apresurado á practicar los nombramientos oportunos de obispos; en su nombre se instó que aquella se llevase á cabo sin tardanza. Despues de haber sido preconizados treinta y cuatro de dichos obispos, bastó que el rey manifestara el deseo de que se suspendiera el dar la institucion á los veinte y tres que aun no la habían recibido, para que así se hiciera en el acto. El Papa, pues, no puede acusarse de haber obrado con precipitacion; mas cuando las cosas llegan al punto á que han llegado, Su Santidad no puede, sin faltar á sus deberes, dejar que se prolongue indefinitivamente el escándalo, hasta este momento, nunca visto en la Iglesia, de que gran número de diócesis se hallan gobernadas del mismo modo que mientras vaca una silla, en presencia de sus obispos legítima y canónicamente nombrados é instituidos. Su Santidad conoce perfectamente cuán difícil es la posicion en que se halla el rey. Para conciliarlo todo, ha propuesto un arreglo que con alguna variacion en las palabras, es pura y simplemente el concordato de 1801, salvándose empero en él el decoro de la Santa Sede. No duda que los obispos de Francia prestarán su asentimiento á la medida que les propone el jefe de la Iglesia, y que no querrán echar sobre sí la responsabilidad de las consecuencias que pueden originarse de diferirse demasiado la ejecucion de un concordato. Mas, si se rehusa el arreglo provisional que se propone, como es evidente que las negociaciones para una resolucion definitiva serian largas, segun así lo ha dado á entender el gobierno del rey por medio

de sus plenipotenciarios, el soberano Pontífice no puede permitir que la Iglesia galicana sufra. *Paciente y circunspecto* siempre, no reclamará, como estaria en el derecho de hacerlo, la total ejecucion del concordato celebrado, ratificado, y cumplido por él y obligatorio para ambas partes contratantes, segun los principios del derecho de gentes; mas proveerá, como debe, á la administracion de las diócesis, y ordenará á los obispos legítimamente instituidos que ejerzan sus funciones. No será esto con el objeto de llevar á cabo, á despecho del rey, la circunscripcion acordada en el año 1817, pues ha demostrado ya que no tiene empeño en que sea esta ú otra la que se verifique; sino porque la Iglesia de Francia no puede subsistir sin circunscripcion de diócesis y sin obispos.

Si alguna duda hubiese quedado de la franqueza con que procedia el gobierno de Roma, no se necesitaria mas para desvanecerla que echar una ojeada á comunicaciones como la que acabamos de trascribir. En ella brilla la dignidad del supremo apostolado, la cortesía del hombre de gobierno, y los saludables consejos del amigo. El cardenal resume el asunto en pocas palabras y dice en sustancia: «¿Qué quereis? Yo he propuesto un medio de arreglo, y á los que no lo aceptan incumbe proponer otro.» Me parece que oigo aun á ese esclarecido ministro, quien me dijo un dia: «Me veis contento y triste á la vez. En el asunto de que nos ocupamos he hallado lo que nos convenia. He extendido bien mis vestiduras (diciendo esto extendió parte de ellas), y este es el motivo de estar contento; mas no he hallado aun lo que os conviene á vos, y lo busco. En este momento me veo ya en París, y he aquí porque estoy triste. Temo haber tomado demasiado de Roma para mí; pues bien, lo devolveré: tratándose de mí es siempre salvo error. No conozco ni seguiré jamás otra política que la que se funda en el interés recíproco: en esto estriba el poder de nuestra corte. Cada cual tiene su poder especial; y es preciso que los respectivos poderes se respeten y abracen.»

El gobierno romano recibió en este momento una noticia que debia preocuparle de tal modo que forzosamente habia de dejar á un lado otros asuntos. En 11 de febrero, el gobierno austriaco participó al cardenal Consalvi que el emperador pensaba ir á Roma y á Nápoles, debiendo acompañarle, pero tan solo á Roma, su hija la archiduquesa de Austria, esposa

de Napoleon. Hacia esa época el gran duque Miguel pasó á Roma á ofrecer sus homenajes á Pio VII. El coronel La Harpe no se separaba un momento del lado del jóven príncipe, y dirigia al parecer todos sus pasos. Algunos aseguraban que el objeto del viaje del hermano de Alejandro era poner á La Harpe en situacion de conocer qué acogida darian los italianos al emperador de Austria. El Papa recibió al gran duque Miguel de un modo muy afectuoso. Encargó al gran duque mil cordiales saludos para Alejandro, y le preguntó si este iria á Italia, como lo hacia esperar Italinski. Ese perspicaz monarca decia á menudo: «Mucho gustaria yo de dejar á San Petersburgo, y de ser por algun tiempo ministro de mí mismo en Roma.»

Los individuos de la familia de Bonaparte que se hallaban refugiados en Roma, se alegraron de saber que pasaba á ella el emperador Francisco I. No hacia mucho que habian experimentado un disgusto inevitable. Consultado el cardenal Tesch acerca de qué eclesiástico podria enviarse á Santa Elena, designó á Felici; mas como los informes que acerca de sus cualidades se pidieron al arzobispo de Florencia fueron poco satisfactorios, retiráronse á ese sacerdote los poderes que le habia conferido la Santa Sede. Pio VII dispuso que se eligiese otro en su lugar. Ofrecióse á ocuparlo un sacerdote llamado Bonavita, que era octogenario, oriundo de Córcega, y se hallaba colocado en la casa de Borghese. Como los informes que se tomaron de su moralidad le fueron favorables, el Papa lo sustituyó á Felici, y le ordenó que partiera para su destino. La decision con que ese eclesiástico emprendió su largo viaje, á pesar de su delicada salud y de su avanzada edad, le valió muchos elogios.

Lo que tanto yo deseaba cuando me despedí del Papa, debia realizarse. En efecto, á principios del año 1819, fuí destinado á Roma en calidad de primer secretario de embajada. Llegué á esa ciudad por el mes de abril.

Los preparativos que se estaban haciendo para recibir á Francisco I eran muy costosos; mas se hacian con gusto, pues se tenia mucho afecto al gabinete de Viena. Insinuóse al cardenal Consalvi que debia salir al encuentro de Su Majestad, mas él evadió este compromiso apoyado en razones muy aten-

dibles. El *maestro di camera*, monseñor Riario, salió á recibir al emperador á Viterbo, mientras que por otro lado el director general de correos de los Estados Pontificios, el marqués Massimo, salia á su encuentro hasta la frontera. Al llegar á Ponte Molle, situado á poca distancia de Roma, el emperador halló preparada para él una elegante tienda de campaña, y fué cumplimentado por el cardenal Consalvi. Allí, el emperador y las personas de su comitiva subieron á los carruajes que el Papa les habia enviado, y se dirigieron á Roma, verificando su entrada en ella por la célebre *Puerta del Pueblo*, la cual en el espacio de poco mas de un siglo habia presenciado mucha diversidad de acontecimientos. El emperador se apeó en el palacio de Monte-Cavallo. La entrevista que tuvo con el Papa le conmovió mucho, y durante ella ambos se manifestaron animados de un verdadero contento. El cuerpo diplomático fué presentado á Su Majestad. El príncipe de Canino y la princesa Borghese escribieron al príncipe de Metternich demostrándole deseos de verle, y Metternich les respondió que no podia contraer relaciones con la familia de Bonaparte. Entretanto el emperador les insinuaba que podian pasar á visitarle con los príncipes y las princesas de Roma. Todo el mundo estudiaba cuidadosamente la marcha de los acontecimientos. A la sazón Capo d'Istrias recorría la Italia en todas direcciones, hablando mal de Francia en todas partes, mientras que la corte de Austria, á pesar de que se interesó poco por los asuntos de nuestros monarcas, observaba con nosotros en Roma un sistema de concordia y de amistad muy notable. Mientras tanto La Harpe declamaba en favor de los *carbonari*, que á la sazón ejercian ya grande influencia en Italia. Muchas eran las personas que se preguntaban á sí mismas qué significaban esas demostraciones por parte de un hombre á quien tantos favores habia prodigado un gobierno tan amigo de la Francia, como lo habia sido hasta entonces el de Rusia.

El gobierno romano se esforzaba en obsequiar al emperador y á la emperatriz, así como á los demás príncipes que se hallaban en Roma, que eran la duquesa de Luca y su hijo, rey que fué de Etruria; el gran duque Miguel, el príncipe Antonio de Sajonia, la archiduquesa su esposa, la archiduquesa

Carolina, hija del emperador; la duquesa de Chablais, el archiduque palatino de Hungría, la duquesa de Wurtemberg, y el príncipe heredero de Toscana, quien, á pesar de que solo contaba veinte y dos años, daba ya indicios de la reflexion, del amor á las artes y de la sabiduría que le distinguieron mas tarde.

El Jueves Santo, el Papa no pudo oficiar por sentirse demasiado abatido; mas sin embargo practicó la ceremonia de la cena, despues de dar la bendicion pontificia desde el balcon de la basilica de San Pedro. El Jueves y el Viernes Santo, el emperador y la emperatriz comieron en el Vaticano en las habitaciones del secretario de Estado. El emperador no asistió el domingo por la mañana, dia de Pascua, á las funciones que se celebraban en el templo de San Pedro; mas por la noche pasó á ver la iluminacion, y en seguida la célebre araña del castillo de San Angelo. El martes 20 de abril se obsequió á Sus Majestades con una fiesta en extremo magnífica, la cual tuvo lugar en el Capitolio. Los preciosos cuadros del Museo sirvieron para adornar las salas en que debian reunirse Sus Majestades Imperiales y Reales, sus familias, los cardenales, el cuerpo diplomático, los príncipes extranjeros, la nobleza romana y los extranjeros distinguidos. Todas las personas que asistieron á esta fiesta quedaron admiradas de su grandiosidad. Despues de ver un hermoso castillo de fuegos artificiales disparado en la plaza, el emperador fué conducido á la sala del palacio senatorial, en donde se ejecutó una cantata dedicada á Su Majestad. De la sala del concierto, Sus Majestades pasaron, atravesando un puente construido á propósito, á una sala del palacio de los Conservadores, en la cual se hallaba preparada la cena. El emperador invitó á cenar con él á los cardenales y á los embajadores. En otras salas habia dispuestas las correspondientes mesas para mil personas; mas la afluencia de extranjeros, especialmente de ingleses, era tanta que fué imposible distribuir con orden los puestos. Las muchas personas que allí habia se precipitaron en la sala en que se daba el banquete al emperador, y hubo tal confusion que costó mucho poder acabar de servir á la mesa. Concluida la cena, que duró hora y media, Sus Majestades se retiraron, demostrando al

cardenal Consalvi lo satisfechos que quedaban de sus atenciones y de la fiesta que acababa de dárselos en nombre del Padre Santo. Faltábame decir que en el centro de la mesa del convite se colocó la antigua loba de bronce, á la cual, segun se dice, hirió un rayo el mismo dia de la muerte de Julio César. Esto llamó la atencion de algunos, y dió márgen á que se compusiera una sátira, que no consignaré, pues en ella el autor se propasa algun tanto y no dice la verdad.

Al cabo de algunos dias, el embajador de Francia invitó á una fiesta al emperador, quien por conducto de su gran chambelán, el conde de Wrba, le contestó que aceptaria gustoso sus obsequios si no se hubiese impuesto la obligacion de no asistir á ninguna reunion particular durante su permanencia en Italia. Mientras la corte de Viena estuvo en Roma, el emperador y el príncipe de Metternich no abrieron su pecho en lo mas mínimo al Padre Santo, ni al cardenal Consalvi, acerca de los asuntos religiosos y políticos de los Estados austriacos. El profundo silencio que ambos guardaron admiró al Papa, y le indujo á invitarles á que al regresar de Nápoles se detuvieran algunos dias en Roma. La archiduquesa María Luisa no pasó á esta ciudad, pues absorbian toda su atencion Terni y sus cascadas. Embarcóse luego en Liorna y dirigióse á Nápoles, en donde debia hallar á su padre y volver luego por mar á Liorna. En medio de sus cálculos los romanos se explicaron de tres maneras la ausencia de María Luisa. Unos decian que el gobierno de Roma, en virtud de sus antiguos derechos, manifestados explicitamente en las recientes reclamaciones del cardenal Consalvi, no reconocia en ninguna familia el derecho de poseer Parma. Otros hablaban vagamente de los cardenales negros y de los cardenales rojos, y de la negativa de los primeros á asistir al casamiento; mas no se daba grande importancia á esta razon. Finalmente, otros decian lo que realmente era cierto, esto es, que al pasar últimamente la princesa por Bolonia, el pueblo se agrupó al rededor de su carruaje gritando: ¡ *Viva nuestra princesa!*

Como el emperador no habló en Roma de negocios, se hacian conjeturas acerca del objeto de su viaje. Tambien sobre esto hubo varios pareceres, y se dijeron muchas cosas ab-

surdas. Veamos lo que únicamente habia de positivo. La paz reinaba en Europa, y la ocasion era oportuna para que un gabinete, que difícilmente puede salir del punto de su residencia, emprendiese un viaje agradable é instructivo al mismo tiempo. El emperador era un hombre que á sus conocimientos reunia un espíritu observador muy notable. Era imposible que habiendo nacido en Florencia no le halagase un viaje á esta ciudad. Naturalmente, la curiosidad debia llevarle desde ella á Roma, y desde esta ciudad á Pompeya. Este viaje debia complacer tambien mucho á su ministro, que jamás lo habia hecho. El emperador de Austria permaneció en Nápoles mas tiempo del que habia creído. Sin embargo, se hallaba ya en Roma el dia 4 de junio, en que se celebró un consistorio, en el cual el Papa nombró cardenal al archiduque Rodolfo, arzobispo de Olmütz y hermano de Su Majestad. El Padre Santo recordó en su alocucion que en 1557 el Papa Gregorio XIII confirió igual dignidad al archiduque Andrés, hijo del emperador Maximiliano II, y hermano del emperador Rodolfo II. Recordó asimismo la divisa de los cardenales: « *Iguales á los reyes, superiores á los principes.* » Y añadió: « La Santa Sede confiere honores idénticos á aquellos cuyos derechos son iguales. Nos complace en extremo ver aquí á nuestro hijo Francisco, emperador de Austria, á quien ha de ser muy agradable este nuevo testimonio que con sincero gozo le damos en este augusto lugar y tambien á vosotros, venerables hermanos, que aprobais mis palabras. »

En 11 de junio el emperador salió de Roma. En Perugia cayó enferma su hija la archiduquesa Carolina. El cardenal Consalvi, que juzgó oportuno no trasladarse á Venecia á recibir al emperador, creyó conveniente pasar á Perugia para contribuir á que se cuidase con todo esmero á la princesa. El emperador agradeció esta prueba de afecto, mucho mas de lo que hubiera agradecido que el cardenal saliera á su encuentro á Venecia. Francisco I era mas bien un padre tierno, que un soberano exigente.

Luego que el emperador se hubo marchado de Roma se habló de los regalos que hizo durante su permanencia en ella, y se supo que habia otorgado las gracias siguientes. Al decano

del sacro colegio , cardenal Mattei , le hizo caballero de la órden de San Estéban de Hungría. Este cardenal era el mismo á quien, como es sabido, el Austria propuso para ocupar el sòlio pontificio en el año 1800. Igual distincion confirióse al príncipe Altieri, senador de Roma. El príncipe de Metternich llevó en persona los distintivos de la órden expresada al cardenal Mattei , á quien manifestó que el emperador daba una prueba de su benevolencia al sacro colegio honrando á su decano. Con este motivo , un cardenal conocido por sus agudas respuestas, dijo: « Mas valdria que el emperador contestase á las cartas que le escribimos por Navidad, formalidad de que es el único que se dispensa en la Europa católica , en vez de enviar una placa á un cardenal que, generalmente hablando, no debe llevar ninguna. » Condecoróse con la cruz de la órden de Leopoldo á los príncipes Piombino , Chigi y Palestrino. El director general de correos , marqués Massimo , obtuvo la corona de hierro (órden fundada por Napoleon , de la cual el emperador se asumió el cargo de gran maestre). Los duques Cesarini, el príncipe Cervetri y el caballero Descalchi recibieron la cruz de comendador de la órden de San Leopoldo. Al gobernador de Roma le fué regalada una caja con el retrato del emperador adornado con hermosos diamantes. El cardenal Consalvi experimentó tambien los efectos de la generosidad de Francisco I ; mas como era modesto y desinteresado, se tardaba siempre en saber los regalos que se le hacian con motivo de los tratados ó de otros actos en que tomaba parte , regalos que con frecuencia rehusaba. La liberalidad del emperador se extendió tambien á otras personas. Ofrecióse igualmente una condecoracion al conde Gregorio Chiaramonti , hermano del Papa, el cual residia en Bolonia ; mas Pio VII le ordenó que no la aceptara.

Restablecida de su enfermedad la archiduquesa Carolina, el emperador se trasladó á Florencia. Hallándose en esta ciudad , visitó la capilla en que hay los sepulcros de los Médicis, y mientras los contemplaba dijo al gran duque su hermano : « Muy bochornoso seria para nuestra casa , hermano mio , el que quedaran sin terminar los admirables trabajos de esta capilla. » El gran duque y los toscanos comprendieron bien lo que

significaban estas nobles expresiones. Hoy día (1839) se hallan concluidos ya todos los expresados trabajos, los cuales se llevaron á cabo bajo la proteccion de un genio tan benéfico como el que los empezara.

Véase en Roma con sentimiento la paralización que sufrían los asuntos de Francia. El ministerio de París no quiso enviar al cardenal Perigord el breve que á este iba dirigido, contentándose con enterarle de la sustancia del mismo. Sin embargo, consintió en que los obispos acudiesen al Papa. Veremos luego cuan mal se hizo en no seguir el parecer del conde de Hauteville. Los obispos no tuvieron dificultad en escribir al Papa, á quien dirigieron una carta con fecha de 30 de mayo, lamentándose de no saber cosa alguna desde que se publicó un concordato, se practicó una nueva circunscripción de diócesis y se nombraron obispos. Al principio de esa carta demuestran una especie de santa indignación; se quejan de que no se les haya entregado el breve que para ellos se había redactado; manifiestan que ignoran lo que Su Santidad quiere, lo que ha consentido, los puntos en que insiste y los en que cede, y continuando luego en un tono mas templado, dicen:

« Necesitamos, como dice san Crisóstomo hablando de los Apóstoles, un auxilio poderoso, extraordinario, para contenernos en los justos límites, con el objeto de que no se crea que trastornamos las leyes del reino al abrazar la defensa de la doctrina y de la disciplina eclesiástica y de que nos veamos acusados de que corrompemos la pureza de la fe y relajamos la disciplina al esforzarnos en demostrar que no es nuestro ánimo violar las leyes del Estado. »

Jamás el episcopado de las Galias usó un lenguaje tan noble, tan generoso, tan patético, tan propio de franceses, tan monárquico y tan religioso. Los obispos continúan, y dicen:

« Os rogamos, Santísimo Padre, que nos auxiliéis con vuestros consejos, que nos ilumineis con vuestras luces, y que nos fortalezcáis con vuestra autoridad: os lo regamos, no solo considerándoos como jefe de la Iglesia en quien hacemos profesion de reconocer y respetar la primacía de honor y de jurisdicción que Jesucristo os ha dado, sino tambien (ah! permítanos que os lo digamos la veneracion que tenemos á vuestras virtudes), como el árbitro, el conciliador y el mediador á quien reunidos, formando una sola familia, esco-

gemos, en quien sinceramente confiamos, y cuyo consejo, cuya decision y cuyo parecer constituirán nuestra fuerza, nuestra seguridad y nuestro consuelo.»

Esta carta concluye con frases tan bellas, ostentando una doctrina tan pura, y una combinacion de palabras tan armoniosas, como las que se observan en el proyecto de la carta del rey al Papa, el cual atribuimos á Luis XVIII.

El sucesor del duque de Richelieu en el ministerio, el marqués Dessolles, hombre modesto y recto, envió á Blacas la carta de los obispos. Despues de hacer observar el tono fuerte que reina al principio de ella, se extiende en las siguientes reflexiones:

« En las circunstancias actuales, señor embajador, si se quisiese remediar la indiferencia por medios de autoridad, se provocaria la resistencia: por lo tanto es prudente abstenerse de toda medida fuerte, de todo acto que pueda traer ese triste resultado: se ha de procurar que se conserve la sumision, no tanto por efecto de la voluntad del hombre, como por medio de la influencia de las santas verdades que la religion nos enseña, y del secreto y poderoso impulso de su divina y grata persuasion. La Francia, señor conde, no se halla en un estado de resistencia, mas tampoco en un estado de completa sumision; y tanto para las reglas que se han de prescribir, como para los sacrificios que se han de imponer, hay límites que conviene respetar, si se quiere asegurar la paz de la Iglesia y del Estado. Es preciso reconocer y trazar una línea entre esos dos escollos; vuestra perspicacia y la sabiduría de miras del cardenal Consalvi sabrán indicarla al Papa, y este en la alta superioridad de sus luces sabrá conocer que es imposible separarse de ella.... No creo que el Papa pueda dar por ofendida su dignidad por no haberse entregado al cardenal Perigord el breve que le iba dirigido, y por el modo con que está formulada la manifestacion espontánea que al fin creimos conveniente adoptar.»

El consejo eclesiástico de Roma decidió que el cardenal Consalvi escribiera al cardenal Perigord respecto al contenido de la carta de los obispos de 30 de mayo. En la respuesta que Consalvi redactó, despues de algunos preliminares, en los cuales se consigna que Su Santidad ha leído atentamente la carta de los prelados franceses, el cardenal recorre todos los pasajes del breve dirigido por el Papa al cardenal Perigord en 10 de

octubre de 1818, sin omitir las proposiciones que en él se hacen, ni los elogios que en el mismo se tributan á Su Emi-nencia, con la diferencia tan solo de que al fin el cardenal mi-nistro demuestra creer que los obispos aceptarán las disposi-ciones indicadas por el Padre Santo.

Al ver esta carta, Blacas y Portalis hicieron presente que la aceptaban con la condicion de que el rey seria libre de en-viarla ó no á su destino. El embajador propuso al mismo tiem-po que en el caso de no enviarse, se dirigiese al cardenal Con-salvi una nota oficial suscrita por dos plenipotenciarios en Roma, en la cual el rey se comprometeria á *abreviar* la dura-cion de las medidas provisionales acordadas con referencia á los asuntos de la iglesia, así como á aumentar el número de sillas episcopales siempre que los recursos del Estado lo per-mitiesen sin necesidad de imponer cargas á los pueblos. Des-solles aprobó este plan y remitió un proyecto de la nota pro-puesta, en el cual los plenipotenciarios hicieron algunas insigni-ficantes variaciones á instancias del cardenal Consalvi, á quien se envió en seguida. Entonces el Papa respondió á los obispos que recibió su carta de 30 de mayo suscrita por cua-renta de ellos, dándoles las gracias por los respetuosos senti-mientos de que hácia él se hallaban animados, manifestándoles que pronunciaría una alocucion, en la cual expon-dria que no era posible fundar noventa y dos sillas, y que poseía una nota, bastante para dejarle tranquilo en lo sucesivo. Los pre-lados que suscribieron la carta de 30 de mayo se adhirieron lo expuesto por el Papa.

En 23 de agosto, Su Santidad convocó al sacro colegio. Expúsole que el concordato de 1817 no habia podido ejecutarse; manifestóle lo que escribió á los obispos, y explicóle lo que ha-ria en favor de la iglesia de Aviñon elevada al rango de arzo-bispado, á la cual pensaba dejar sujeta al régimen capitular, ó bien á cargo de un obispo *in partibus* nombrado por el rey. Dijo tambien que los arzobispados y obispados creados en 1801 serian administrados por los titulares existentes entonces, y por los nombrados para ocupar las sillas vacantes.

Esperábanse con impaciencia en Roma noticias de París. Dessolles manifestó á los plenipotenciarios que el rey habia

quedado muy satisfecho de su comportamiento. En 5 de setiembre el rey escribió al cardenal Consalvi lo que sigue:

« Primo :

« Al recibir la noticia del feliz término de las negociaciones que tenia yo entabladas con la Santa Sede, mi primer impulso ha sido el de la mas viva gratitud hácia el Padre Santo, á cuyos piés os ruego que depongais el homenaje de mi filial veneracion. A este sentimiento se añade otro no menos justo ni menos grato, y es el del reconocimiento que la religion, la Iglesia de Francia, mi pueblo y yo os debemos por la constancia, la discrecion y la destreza que habeis desplegado en ese importante asunto. Recibid pues las gracias por lo que habeis hecho, y los testimonios de mi aprecio y de mi amistad, á la cual os confieso que se mezcla un poco de amor propio, al ver que el juicio que veinte y cuatro años hace formé de monseñor Consalvi, se halla hoy plenamente justificado por el cardenal secretario de Estado.

« Con este motivo, primo, ruego á Dios que os tenga bajo su santa y digna guarda.

« LUIS. »

Portalís escribió á Dessolles, lo que sigue :

« El Papa está contentísimo del modo como se ha acogido su alocucion en Francia. Me faltan palabras para expresar cuanto me ha servido la franca y leal cooperacion de Blacas. Hemos desbaratado de comun acuerdo los falsos cálculos de aquellos que ignoro con qué fundamento creian que nos suscitaríamos mutuamente obstáculos y que nos perjudicaríamos uno á otro. Hemos procedido en todo con perfecta inteligencia, y no vacilo en decir que nos causa un verdadero disgusto el tener que separarnos. Antes de concluir mi correspondencia con Vuestra Eminencia, debo renovarle mis gracias por todas sus bondades, etc. »

El rey cumplió con los deberes de la gratitud escribiendo en el acto al cardenal Consalvi; mas era preciso que tambien llenase sin tardanza los que tiene un rey cristianísimo hácia el jefe de la Iglesia. En 18 de octubre Luis XVIII escribió directamente al Papa en estos términos :

« Santísimo Padre :

« El temor de cansar á Vuestra Majestad con mis malos escritos, me ha impedido llevar directamente á vuestros piés el homenaje de mi vivo y respetuoso reconocimiento; mas ya que, gracias á los sábios y paternales desve-

los de Vuestra Santidad, ha cesado la larga viudez en que se ha visto la Iglesia de Francia, y empiezan á cicatrizar sus llagas, no me es posible contener por mas tiempo en mi interior los sentimientos que Vuestra Beatitud me ha inspirado. Guiado por la luz de allá arriba habeis sabido, Santísimo Padre, moderar la expansion de un celo que, aunque puro en sí, no se circunscribía bastante en los límites de la *sobriedad* recomendada por el Apóstol; habeis sabido conocer lo que las circunstancias permitian hacer y lo que no era posible verificar en ellas; y finalmente os dignasteis depositar vuestra confianza en un hijo respetuoso y sumiso que, al igual de los fieles ministros que ha elegido para auxiliarse en sus penosas tareas, no tiene otro deseo ni otras miras que conseguir el bien de la religion. Hablásteis y la tempestad cesó, y ya todo anuncia que el estado provisional en que nos hallamos, y que es ya una cosa benéfica, será reemplazado á la mayor brevedad posible por un estado definitivo mejor todavía. Congratulaos de vuestra obra, Santísimo Padre, y dignaos admitir hondadosamente las seguridades de la veneracion que profeso á vuestra persona, y de la adhesion que tengo á la Santa Sede, con las cuales soy vuestro afectuosísimo hijo

« LUIS »

En 8 del mismo mes, tuvo lugar con gran pompa la instalacion del cardenal Perigord en el arzobispado de París. Dessolles explica los pormenores de la funcion celebrada con dicho objeto, demostrando mucho contento. Anteriormente habia escrito á Blacas en los siguientes términos, con motivo del arreglo verificado en los asuntos:

« Despues de haberos transmitido, señor conde, los testimonios de la satisfaccion del rey, no sé si me será permitido hablar de la que tambien yo experimento, mas no puedo resistir al deseo manifestaros cuanto me congratulo del éxito que habeis obtenido, y de aseguraros que habeis prestado al Estado y á la religion un importante servicio. »

Hemos tenido que diferir por algunos instantes hablar de las negociaciones de la Santa Sede con los demás Estados, y dar cuenta de algunos hechos, para no interrumpir nuestro relato acerca del tratado con la Francia. El encargado de negocios del Austria, Gennotte, en ausencia del embajador, el principe de Kaünitz, solicitó que se adoptasen pronto las oportunas medidas para terminar todas las diferencias suscitadas con motivo de la navegacion del Pó. Tambien manifestó á Su Santidad que circulaban rumores alarmantes acerca de la dis-

posicion del Austria respecto á los Estados de la Santa Sede; que sin embargo, los sentimientos del emperador eran los mismos que habia hecho presentes personalmente al Papa; que se esparcian noticias absurdas diciéndose que el Austria amenazaba los Estados romanos, que la Toscana tenia aun proyectos de engrandecimiento por la parte de las Legaciones, y que el gabinete de Nápoles trataba de renovar sus pretensiones sobre las Marcas. Estos rumores, decia Gennotte, eran una invencion de la maledicencia y de hombres que deseaban promover disturbios en Italia con el objeto de derribar los poderes legítimos.

Temiendo el gobierno pontificio por su seguridad, puesto que cualesquiera rumores por falsos que sean suelen inquietar á los gobiernos débiles, juzgó oportuno ocuparse con esmero de la administracion interior. De las cuentas que en esa época se presentaron al Papá, resultó que los ingresos de 1818 ascendieron á cinco millones ochocientos cincuenta y cinco mil cincuenta y siete escudos, y los gastos á cinco millones doscientos noventa y nueve mil ochocientos y un escudos y sesenta y siete bayocos. Quedó, pues, un sobrante de quinientos cincuenta y cinco mil doscientos cincuenta y cinco escudos y treinta y tres bayocos. En esas cuentas no iban comprendidos los intereses de la deuda pública y de las pensiones del Monte de Milan, los cuales debian regularizarse al año siguiente.

No nos detendremos mucho en explicar lo que intentó hacer el cardenal Consalvi para contener los estragos que causaban los malhechores de la ciudad de Sonnino. Expedióse un edicto en que se disponia la deportacion de todos los habitantes de dicha ciudad, y á pesar de que esta medida era poco meditada y sobrado cruel, llegó á ejecutarse en parte. Por desgracia, los rumores que circulaban en Italia relativos á cambios de gobierno, imposibilitaban al cardenal Consalvi aplicar al mal que se trataba de corregir el acertado y prudente remedio de la religion y de la paciencia que mas adelante empleó Leon XII, consiguiendo destruir con él las hordas de malhechores de Sonnino. En 16 de agosto suspendióse la ejecucion del riguroso edicto indicado, y continuóse en 2 de setiembre. Derrribáronse varias casas de Sonnino; mas se in-

demnizó á sus moradores distribuyéndoles ganados en los puntos que se les destinaron para que les sirviesen de nueva patria.

El rey de Cerdeña Carlos Manuel IV, que habia abdicado el cetro, murió en Roma, dejando ordenado en su testamento que se le enterrase *more pauperum*; mas el Papa no quiso consentir que así se hiciera. La disposición del difunto monarca pasmó á los romanos, tanto mas cuanto que acaban de verificarse unas suntuosas honras fúnebres para el reposo del alma de la reina de España Isabel, celebrando en ellas la misa monseñor Bertazzoli, y haciendo los honores de la función Vargas.

Todas las potencias acudian al cardenal Consalvi, fiando en sus talentos y en su sobrenatural aptitud para llevar á cabo los asuntos. Los príncipes protestantes de Alemania deseaban á su vez concluir las negociaciones que tenian pendientes acerca de los asuntos de los católicos sometidos á su dominio, y con este objeto enviaron al Papa, por conducto de Turkeim y de Smyth, una nota que llevaba por epígrafe lo siguiente: *Manifestacion de los príncipes y de los Estados protestantes reunidos de la Confederacion germánica*; á la cual contestó Su Santidad por medio de una *Exposicion* de lo que opinaba acerca de ella.

El Padre Santo despues de fijar en dicha *Exposicion* los derechos de su supremacía directa, elogia el celo de los príncipes protestantes que aspiran á entrar en negociaciones con la Santa Sede en beneficio de los católicos sujetos á su dominio. Se lamenta en seguida de que en la introduccion de la nota que se le ha remitido se hayan consignado estas palabras: «*Los obispados por medio de los cuales está regida la Iglesia católica,*» y solicita que ó bien se haga mencion de su autoridad, ó que se supriman las expresadas palabras. El gobierno pontificio demuestra deseos de que se terminen á un tiempo los asuntos de todos los católicos de Alemania, y de que se los comprenda en un mismo tratado. En el artículo primero de la citada manifestacion, los príncipes protestantes pretenden que se diga: «*La Iglesia romana, católica y apostólica.*» A tan extraña pretension contestó el Papa que es preciso que se diga lo de costumbre: *la Iglesia católica apostólica romana*. Refuta en seguida la doctrina del ministro Jurieu relativa á la diferencia

entre los artículos de fe *fundamentales*, y los artículos de fe *no fundamentales*, y la referente á los principios de religion *sustanciales* y á los principios *accidentales*, que combate por considerar que tienden á someter la disciplina eclesiástica al poder seglar, so pretexto de tratarse de *cosas accidentales*.

En el artículo 2.^o de la misma manifestacion, los príncipes solicitan que la religion católica se denomine en sus Estados *cristiana católica*; mas el Padre Santo no puede admitir esta nueva denominacion. El artículo 5.^o trata de la eleccion ó institucion canónica de los obispos. Manifiéstase en él al principio que se quiere conservar la antigua disciplina de la Iglesia germánica, y en seguida se proponen, aparentemente con la mejor intencion del mundo, notables cambios. El Papa contesta que estos cambios se hallan en evidente oposicion con la antigua disciplina que se dice quererse conservar; con todo de los tres que se proponen, Su Santidad admite el *escrutinio* como compatible con los antiguos usos de Alemania, pero quiere que la eleccion solo pueda recaer en canónigos.—El Padre Santo manifiesta á los príncipes alemanes que está pronto á concederles lo mismo que ha propuesto al gobierno inglés referente á los obispos de Irlanda, que es lo siguiente: « Antes de proceder á la eleccion canónica, el capítulo remitirá al gobierno local la nota de los candidatos. El gobierno excluirá á las personas que no sean de su agrado, con tal que quede en la lista el número suficiente para que pueda verificarse libremente la eleccion del obispo. » La Santa Sede solicita que el arzobispado que se erija en la nueva provincia católica, compuesta de cinco obispados de Estados diferentes, se establezca en Maguncia, en el centro de las cinco diócesis. Se funda al proponer esto en el brillo del célebre apostolado de San Bonifacio, y en la fama que gozó esa antigua metrópoli por espacio de diez siglos. Su Santidad termina su *Exposicion* en estos términos:

« Tales son las decisiones del Padre Santo, quien piensa que los príncipes y los Estados, llevados de sus equitativos y moderados sentimientos, no querrán exigir que el jefe de la iglesia renuncie á sus principios, que se haga culpable ante Dios, y se convierta en objeto de escándalo, faltando á los deberes

de su ministerio apostólico con sancionar disposiciones que juzga perjudiciales para la Iglesia.»

Los plenipotenciarios solicitaron que se procediese á la circunscripcion de diócesis , dejando que cada Estado negociase separadamente con respecto á las diócesis ó parte de ellas que se hallasen enclavadas en sus respectivos dominios.

Una de las personas que mas se distinguió por su celo para llevar á cabo estas negociaciones , fué el caballero Koelle , encargado de negocios del reino de Wurtemberg cerca de la Santa Sede.

No bien el Papa acababa de arreglar algun asunto con algun soberano de Europa , veíase precisado á volver de nuevo sus miradas á la Francia. El gobierno de esta nacion solicitó que se enviara á ella un nuncio. De las tres personas que se le propusieron para desempeñar este cargo, escogió á monseñor Macchi, natural de Bólsena, hijo de una familia noble, nuncio que fué en Portugal y que á la sazón lo era en Suiza, en donde se hallaba rodeado del aprecio del Papa y de todos los cantones católicos.

Por aquel tiempo el Papa experimentó una repentina mejora en su salud , y recobró su buen humor. El convenio que acababa de ajustar con el rey de Francia le dejó muy satisfecho, en términos que al hablar á Blacas de la próxima llegada á París de monseñor Macchi le dijo : « Nos alegramos mucho de que se arreglen los asuntos eclesiásticos de vuestro país. Escribid que esperamos muy buenos resultados de los piadosos y benignos sentimientos de Su Majestad.» Los asuntos de Francia absorbían tanto la atención del Padre Santo que, en la audiencia que concedió al ministro inglés Canning, encargado del departamento de las Grandes Indias, que pasó á Roma por Nápoles , despues de manifestarle los sentimientos que le animaban en favor del gobierno británico , le habló de sus negociaciones con la Francia, diciéndole que los infinitos favores de que acababa de colmarle la Providencia le tenían loco de contento. Al salir de esta audiencia Canning dijo á la ilustre inglesa , la duquesa de Devonshire , que á la sazón se hallaba en Roma : « Por espacio de treinta años solo se ha ha-

blado de los franceses en el continente; hoy dia sucede lo mismo. »

A propuesta del cardenal Perigord, el gobierno solicitó que se le nombrara por coadjutor á M. Quelen, obispo de Samosate desde 1.º de octubre de 1817. La gran reputacion de que gozaba M. Perigord, y el conocimiento que se tenia del relevante mérito, de la rectitud, de los piadosos sentimientos, del benéfico carácter y de las luces de M. de Samosate, no podian menos de facilitar el éxito de esta nueva y honrosa negociacion. En 17 de diciembre de 1819 M. Quelen fué preconizado arzobispo de Trajanopla y coadjutor del arzobispado de París con futura sucesion. Quelen ofició en las primeras vísperas de San Dionisio, en donde se verificó la instalacion de M. Perigord en el arzobispado de París, en presencia de gran número de obispos, así consagrados como elegidos y nombrados, y de todos los ministros del rey y de los principales personajes de la corte y de la ciudad. El baron Pasquier, que sucedió en el ministerio á Dessolles, escribió á Blacas lo siguiente :

« Señor embajador :

« Su Majestad ha sabido con satisfaccion el éxito de los pasos que habeis dado con el objeto de que M. el obispo de Samosate fuese preconizado coadjutor de París en el nuevo consistorio. La eleccion del nuncio que ha de residir en Francia, es un testimonio mas de la condescendencia de la Santa Sede á los deseos que estabais encargado de exponerle. Recibid de nuevo mis parabienes por el modo con que habeis seguido y terminado todas las negociaciones que se os confiaron. La parte que habeis tomado en el arreglo de los asuntos de la iglesia de Francia es, lo repito, un servicio prestado, tanto á la religion y al Estado, como á la moral y al orden público. »

Tambien se dirigieron felicitaciones al conde Portalis, cuya blandura y claro discernimiento desvanecieron muchas dificultades. La union que entre él y Blacas existió constantemente, contribuyó tambien á dar mucha fuerza á las instancias que hizo la Francia.

CAPÍTULO LXI.

Monseñor Macchi nuncio en Paris.—Revolucion en Nápoles.—Los embajadores de las potencias del Norte refusan reconocerla.—El príncipe de Hardenberg en Roma.—Concordato con la Prusia ajustado en tres dias.—Escrito importante del príncipe de Carignan.—Los austriacos ocupan Nápoles y el Piamonte.—Benevento y Ponte Corvo son restituidos al Padre Santo.—El baillío Busca teniente del gran maestre de Malta.—Muerte del cardenal di Pietro, y elogio de este.—Sistema administrativo seguido en Benevento durante la dominacion francesa.—Muerte de Napoleon.—Alocucion acerca del concordato celebrado con la Prusia.—Bula contra los carbonari.—El duque de Blacas renuncia su cargo á pesar de las instancias del Papa y del rey de Nápoles, y ocupa su puesto el duque de Laval-Montmorency.—Organizanse en Francia ochenta diócesis.—Muerte de Cánova.—El rey de Prusia en Roma.—Carta del rey Luis XVIII al Papa.

En 6 de enero el rey de Francia admitió en audiencia pública á monseñor Macchi, quien pronunció un discurso en el cual se halla este notable pasaje:

«El monarca cristianísimo, señor, no puede dejar de escuchar benévola-mente al representante del jefe de la Iglesia, que ha venido á darle seguridades del tierno afecto que le profesa el padre comun de los fieles, á manifestarle los deseos que tiene de ver estrecharse cada dia mas los lazos que unen á la Santa Sede con la Francia, para dicha de Vuestra Majestad, de vuestra augusta familia y de esta gran nacion, que Su Santidad, agradecido á los innumerables testimonios de filial afecto que ha recibido, quiere en extremo, y cuya prosperidad está esencialmente ligada á la religion de Clodoveo y al trono de san Luis.»

La deplorable muerte del duque de Berry consternó mucho al Papa, quien vertió expresiones que revelaban cuan profunda era la afliccion que le habia causado, y quanto horror le inspiraban los asesinatos. Observóse que permanecía orando mas tiempo que antes, y que despedia mas pronto á las personas que pasaban la velada en su compañía, cuya última circunstancia no se escapó á la observacion de los extranjeros que invernaban en Roma.

Por el mes de mayo, el Padre Santo experimentó un placer

especial recibiendo nuevas credenciales del embajador de Hannover, representante que fué del rey Jorge III. Al fin de ellas habia expresiones inusitadas en los despachos ingleses. El rey Jorge IV terminaba las *credenciales* encargando á Su Santidad que rogara por él. Al ocuparse de la respuesta que daría, el bondadoso Papa dijo: «Probemos de contestar casi en los mismos términos que á los príncipes católicos.»

Si bien por un lado Pío VII recibía homenajes como ningun Papa los habia recibido desde principios del siglo décimosexto, por otro le tenían algo desazonado los despachos de España. Despues de algunos trastornos, el ministerio que subió al poder en esa nacion, exijia de Vargas que prestara un nuevo juramento, á lo cual se negó enviando al mismo tiempo su dimision. Entre tanto llegaban al Padre Santo algunos despachos de Alemania, concebidos en términos propios para mitigar sus disgustos. Smyth escribia que esperaba inducir al rey de Wurtemberg á que asintiese á lo que el Papa solicitaba en su *Exposicion*, y en igual sentido se expresaba Turckeim en nombre de los gobiernos de Bade y de Darmstadt.

Hacia esa época hubo en Nápoles una revolucion, de la cual nos ocuparemos tan solo en la parte que concierne á Roma. Hallándose el duque de Blacas acometido de tercianas, pasó á Toscana. En 13 de julio, el cardenal Consalvi me escribió lo que sigue:

«Benevento ha sido arrebatado á la Santa Sede: mañana ha de llegar á Roma un comisionado. Los primeros efectos de los acontecimientos de Nápoles los han experimentado los extranjeros en Benevento y Ponte Corvo. Podéis comunicarlo al embajador de Francia M. Narbonne, quien es probable que ya lo sepa todo, á lo menos lo de Benevento, por hallarse esta ciudad cerca de la capital. Me abstengo por ahora de dar paso alguno, para lo cual aguardo conocer los pormenores de lo ocurrido.»

El dia 18, Lamartine salió de Nápoles con los despachos de Narbonne, quien me participó por medio de ellos que el rey, los príncipes, los empleados y las tropas habian prestado juramento á una constitucion que acababa de publicarse. Su Alteza Real el duque de Calabria no aguardó á recibir las quejas indirectas del gobierno pontificio que trasmití á Nápoles,

para reprobado lo ocurrido en Benevento y Ponte Corvo, é intimar á los súbditos de dicho reino que no saliesen de sus límites, y no se mezclasen en los asuntos de los demás Estados.

El Padre Santo me demostró la satisfacción que le causaba creer que mejorarían los asuntos de la Santa Sede. Convocóse en Nápoles un congreso para el 1.º de octubre; las embajadas de los países del norte de Europa se pronunciaron enérgica y unánimemente contra la revolución verificada en dicho punto, la cual ocupaba mucho á nuestro gobierno. El embajador inglés que residía en Nápoles, manifestó al nuestro que iba á enviar un correo á Londres, y que se encargaría con gusto de hacer remitir por él los despachos que quisiese dirigir al ministerio de Francia. El embajador de la Gran Bretaña en París, cometió *el descuido* de no retirar de los pliegos que había recibido los despachos dirigidos á dicha ciudad, los cuales se hallaban separados de los demás, y los envió á Londres. Así es que el gobierno francés nada hubiera sabido, si no se le hubiese enviado á mayor abundamiento un correo que llegó á París poco despues que el del embajador inglés, y mucho antes de que fuesen devueltos los despachos inadvertidamente enviados á Londres.

Al cabo de algun tiempo llegó á Roma la noticia del nacimiento del duque de Burdeos. « Si se considera bien, dijo el cardenal Consalvi, al saberla, es esto un prodigio del cielo. » Pío VII por su parte exclamó: « Dios hirió á los Borbones, y hoy los bendice. »

Las noticias que llegaban de Nápoles traian inquieto al cardenal Consalvi, á pesar del interés que por él demostraban las potencias europeas. « Me tienen confuso, me escribia, las muy bondadosas expresiones que Su Majestad británica ha empleado hablando de mí, y no ignoro tampoco lo que me decís respecto de las atenciones, que sin merecerlas tambien me prodiga Su Majestad cristianísima, por efecto de la excesiva bondad que le caracteriza, de la cual procuraré hacerme digno en lo posible. »

Blacas llegó muy pronto á Roma, en donde se le esperaba con impaciencia, y manifestó en sus despachos que el gobier-

no pontificio estaba decidido á mantenerse en una estricta neutralidad durante los debates que iban á estallar entre el Austria y el gobierno de Nápoles. El baron Pasquier estaba dispuesto á secundar esta resolucion , y por otra parte , el duque de Campo-Chiaro , ministro de negocios extranjeros desde que se verificó la revolucion de Nápoles, rogaba al cardenal Consalvi que participase al Padre Santo que los austriacos rehusaban , sin que se comprendiese la causa , reconocer el congreso , y que á la primera tentativa que hiciesen para penetrar en las comarcas pontificias , las tropas napolitanas entrarian en Terracina. El Padre Santo expuso en vista de esto que sus Estados se hallaban bajo la proteccion de las grandes potencias , y que pensaba conservar la mas estricta neutralidad, manifestando al mismo tiempo que no estaba en su mano impedir que los ejércitos beligerantes marchasen unos contra otros. En semejantes circunstancias , tan funestas para la soberanía del Papa en los dominios de la Iglesia , iban á romperse las hostilidades. A últimos de febrero de 1821 , el gobierno pontificio mandó disponer en Civitavecchia una habitacion para el Padre Santo. Blacas se trasladó á Laybach. Entonces procuré , de acuerdo con el cardenal Consalvi , reunir en el puerto de Civitavecchia fuerzas navales suficientes para proteger al Sumo Pontífice. El buque la *Emulacion* acababa de llegar á dicho puerto , al cual dispuse que se trasladaran la *Concha* y la *Lamprea* , mas desgraciadamente se habian hecho ya á la vela cuando se expidió la órden. La *Emulacion* que fué enviada al punto indicado desde Nápoles por disposicion del caballero Fontenoy , que es hoy vizconde , encargado de negocios de Francia en esa época , no se movió del puerto de Civitavecchia. El Papa preguntaba sin cesar si era cierto que no se habia marchado , y se le aseguró formalmente que no. Entretanto , los austriacos avanzaban con manifiesto ánimo de ocupar Roma. El cardenal se opuso á esto último , consintiendo tan solo en que las tropas pasasen por los alrededores de las murallas de dicha ciudad , mas sin entrar en ella , exceptuando tan solo á los jefes. Mientras se preparaban altercados mas ó menos violentos á consecuencia de las pretensiones del embajador austriaco , llegaba á Roma el primer ministro de Prusia,

el príncipe de Hardenberg, á quien el cardenal Consalvi dió cordial acogida. Hardenberg, á quien tuve ocasion de ver, y á quien era muy difícil hablar á causa de su incurable sordera, deseaba saber el estado de la salud de Pio VII, y se le dijo que visitaba el templo de san Pedro como era costumbre hacerlo todos los miércoles del mes de marzo; que se hallaba restablecido de sus dolencias, y que habia accedido, despues de reiteradas instancias, á prescindir del rigoroso ayuno que durante la cuaresma observaba todos los años. Ajustóse con la Prusia y quedó firmado en tres días en la secretaría de Estado, á satisfaccion de ambos gobiernos, un concordato, cuya realizacion estaba preparando desde mucho tiempo Niebuhr.

Los austriacos acamparon al pié del *Monte Mario*, sin atreverse á entrar en Roma. Hízose salir de Civitavecchia á la *Emulacion*, y en su lugar el caballero de Fontenay, solícito siempre en mostrar respetuosa deferencia al Padre Santo, envió el buque la *Bacante* al mando de Obriet. Al dirigirse este capitán á visitar Roma fué sorprendido en el camino por algunos malhechores, á quienes consiguió desarmar con el auxilio de dos de sus oficiales, llevándose en triunfo sus armas y sus sombreros. El Papa me mandó llamar, y me encargó que manifestase á dichos franceses que tenia intencion de recompensar su valor, dando á cada uno una medalla de mucho precio.

Los austriacos habian ocupado Nápoles en donde se preparaba á entrar Fernando I. Hacia la misma época una partida de austriacos apaciguaba una sublevacion que habia estallado en el Piamonte. Por aquel tiempo, el Papa tuvo noticia de un importante documento redactado por el príncipe de Carignan, hoy día rey de Cerdeña, el cual se hallaba escrito con sencillez y contenia curiosos pormenores. Un reino regido por un monarca animado de los sentimientos que resplandecen en dicho escrito, forzosamente ha de ser feliz y ha de prosperar. El estado de la hacienda del Piamonte, el crédito que obtiene la deuda pública, como lo prueba lo mucho que son buscados sus títulos, y mil otras circunstancias atestiguan de un modo indudable que Carlos Alberto continúa siendo el mismo príncipe á quien el Papa habia ensalzado tanto.

El rey Fernando entró en Nápoles, y Benevento y Ponte

Corvo fueron restituidos al Padre Santo, despues de haber estado ocupados militarmente por espacio de nueve meses, sin que bastara á impedirlo el duque de Calabria. Al recibir el Papa la noticia de la restitucion de dichos territorios exclamó: «Tantas veces como los perdamos, Dios nos los restituirá.»

El bailío Giovanni, teniente del maestrazgo de Malta, succumbió víctima de las dolencias propias de sus muchos años. El capítulo de la órden de san Juan de Jerusalem eligió para que ocupase su puesto al comendador Busca, á quien Su Santidad acababa de nombrar bailío de Armenia. El bailío Bussi recibió el encargo de solicitar de Pio VII que confirmara la eleccion que acababa de verificarse.

A principios de julio, el bondadoso Pontífice dijo un dia: «Vamos á ver cuales serán las pesadumbres que tendremos en el mes de julio de este año.» Al cabo de poco tiempo se le participó la muerte del subdecano del sacro colegio, el cardenal di Pietro. Fué un hombre distinguido por su talento, por su modestia, por su resignacion y por su carácter resuelto. Prestó grandes servicios en los años 1801, 1806, 1808, 1809 y 1814, é hizo tambien mucho en 1819. Era imposible no respetar á ese hombre que siempre se mostraba grave, que jamás obró irreflexivamente, que tenia mucha solidez [de juicio y que era de ánimo resuelto; fué por largo tiempo uno de los consejeros mas ilustrados que tuvo la Santa Sede. Nunca podré olvidar el tino y la delicadeza con que un dia terminó una conversacion referente á los obispos constitucionales. «Señores, dijo, oid á uno de vuestros obispos, á un obispo de Marsella, á Salviano, á ese antiguo hijo de la Santa Sede, quien decia: *Ita est enim Ecclesia Dei, quasi oculus. Nam ut in oculum etiamsi parva sordis incidat, totum lumen obæcat, sic in ecclesiastico corpore, etiamsi pauci sordida faciant, propè totum ecclesiastici splendoris lumen offuscatur.*» —«Pues la Iglesia de Dios es como el ojo: en efecto, si una pequeña impureza cae en él, le oscurece enteramente, y del mismo modo basta que en el cuerpo eclesiástico haya algunos miembros que adolezcan de mancha, para que quede ofuscado el esplendor de todos ellos (Salviano, *de gub. Dei, lib. VII*).»

El cardenal Consalvi tranquilizó á su soberano respecto á la suerte de sus Estados. Complaciase en repetirle sin cesar

que las potencias extranjeras demostraban respetarle, y dedicábase al mismo tiempo á nuevas tareas referentes al gobierno interior. Con frecuencia se decia que los Estados pontificios corrían á su ruina, que estaban mal administrados. Veamos, sin embargo, el estado de los ingresos y de los gastos que hubo en ellos en el año 1820. Los primeros ascendieron á la suma de 6.306,307 escudos y 1 bayoco; y los segundos á 5.639,169 escudos y 16 bayocos. Quedó, pues, un sobrante de 667,137 escudos y 85 bayocos. Los gastos que ocasionaron los obsequios hechos al emperador durante su permanencia en Roma, subieron á 80.000 pesos, y no á 300.000, como se dijo. De las cuentas que doy aquí en extracto, se desprende que Benevento solo producía en limpio, deducidos los gastos de administracion, 1,227 escudos y 89 bayocos. Se ha dudado acerca de la exactitud de las cuentas relativas á Benevento, y se ha creido que no se contaron todos los ingresos. Es posible tambien que los gastos de administracion aumentasen por las cantidades que se aplicaron para reparar los desastres de la guerra. Durante la época de su sujecion que duró desde 1806 hasta 1815, Benevento produjo mayores rendimientos; pero es preciso confesar que las autoridades que lo gobernaban eran muy consideradas. Encargóse á Alquier que enviase á ese territorio un gobernador, el cual, segun se decia, profesaba principios poco á propósito para atraerle la consideracion de sus moradores. Con todo, portóse con mucha moderacion. Abolió el juego de la lotería, y no hizo reclutamientos como acostumbraban á verificarlos los franceses en todos los puntos sujetos á su dominio. Finalmente, gran parte de los últimos rendimientos que produjo Benevento, no fueron enviados á París.

Al saber Pio VII la muerte de Napoleon, demostró hallarse animado de los mismos sentimientos que le movieron á rogar al gabinete británico que mitigase el rigor del cautiverio del gran guerrero, y permitió que el cardenal Fesch le hiciese celebrar honras fúnebres en Roma. Tambien en estas circunstancias el Papa vertió expresiones tiernas y consoladoras propias de sus bellos sentimientos.

Aquí desaparece la colosal figura de Napoleon. Pio VII mos-

traba mucho interés en saber los pormenores de los últimos momentos de aquel á quien esperaba haber convertido á Dios. El Papa le perdonó sinceramente, y las pruebas de afecto que le dió desde que se hallaba en Santa Elena, contribuyeron no poco á dispartar en su espíritu los sentimientos religiosos, de que algunas veces le hemos visto animado. Pío VII que tenia paciencia para esperar, le dijo un dia refiriéndose á esos sentimientos: « *Ya volveréis á ellos.* » Napoleon no ignoraba que hallaban hospitalidad en Roma su madre, tres hermanos suyos y una de sus hermanas. ¿Cómo era posible que lo olvidase, él que queria mucho á su familia, quizás demasiado?

Dejamos á cargo de otros historiadores explicar si Napoleon se vió ó no obligado á abdicar la corona; si estaban dispuestos á empuñar las armas en su favor ochenta y cinco mil veteranos; si las resoluciones del congreso de Viena fueron obra de la destreza de los embajadores del rey Luis XVIII, y arrancadas por estos aprovechándose del terror que reinaba en aquel momento, mas bien que la expresion de la política ó de las miras de los grandes soberanos que suscribieron las actas de dicho congreso.

« La abdicacion de Napoleon, dice uno de sus mejores y mas nobles amigos, el general Montholon, fué efecto de sus profundas meditaciones acerca de las causas principales de las crisis nacionales de 1814, y 1815: en todas partes solo halló en las altas clases sociales, con muy raras excepciones, ingratitud y traicion, y vió que sacrificaban los grandes intereses de la nacion á rencillas individuales, á las ilusiones de la ambicion, á teorías funestas en la práctica mientras que el enemigo se adelantaba triunfante por el territorio francés. El elemento necesario para la salvacion, el amor á la patria, solo lo hallaba en las clases populares, ó en las tropas que milagrosamente escaparon con vida de los campos de Leipsick y Waterloo.

« Poner en accion la fuerza brutal del pueblo equivalia á asegurar la victoria sin correr los riesgos de una guerra civil; mas se corria el que la grande alma del general queria evitar y era el de ver correr rios de sangre francesa. ¿Cómo hubiera podido contener y dominar las pasiones de rencor y de venganza una vez invocado el santo nombre de la patria las hubiese desencadenado y contrapuesto á las clases elevadas de la sociedad que le rechazaban del trono? ¿Podia acaso olvidar fácilmente que los gritos de « *abajo los nobles; abajo los sacerdotes* » le acompañaron desde Canas hasta el palacio de las

Tullerías? Prefiriendo conservar recuerdos de la Francia que la corona, abdicó. Hizo bien por su propia gloria. »

Hemos de responder á Montholon que las altas clases sociales (probablemente se refiere á los realistas) nada debían á Bonaparte, que nada le prometieron en general en 1815, y que por lo tanto no eran culpables de ingratitude, ni de traición. Napoleon comprendió que solo debía contar con los republicanos que podrian servirle por algun tiempo, y con sus soldados, los cuales hubieran continuado gustosos las hostilidades, quizás mas bien por su propia gloria, que por la del infortunado general. Está en la naturaleza del guerrero vencido, pero no acobardado, cojer el arma con ambas manos, herir á ciegas, y morir en este estado de exasperacion, en que el furor le hace olvidar á su patria, y la desesperacion á sus conciudadanos. Napoleon no pudo recoger *las armas y el cetro que cayeron de sus manos*. Porqué propuso al comisario delegado para acompañarle á Rochefort, el general Becker, que se pudiese como si fuera el general Bonaparte al frente de ochenta y cinco mil hombres que se hallaban acampados cerca de Paris, obligándose empero bajo palabra de honor, á dejar el mando y la Francia luego de haber rechazado de las fronteras al enemigo? Porqué abandonó á esos ochenta y cinco mil hombres que pocos dias antes *estaban á su disposicion*? Porqué solicitó el permiso ser *su emperador*? ¿Y acaso los miembros del gobierno provisional que le rechazaban, no eran en la víspera sus servidores, sus *obedientes súbditos*? Abdicó el dia en que dejó de comer el pan de munición de sus soldados, el dia en que vió en las manos de los revolucionarios el arma de dos filos, con la cual podian exterminar á sus órdenes por la mañana á los extranjeros que invadian la Francia, y por la tarde al general libertador á pesar de sus recientes laureles.

Oigamos todavía á Montholon:

« Napoleon dejó de ser quien era desde el regreso del general Becker á Malmaison; hasta el momento en que el almirante Keith se atrevió á pedirle que le entregara su espada. Su alma recobró en este instante toda su magnífica energía; pareció que la sin igual gloria que habia alcanzado rodease como una aureola su frente, que erguió al oír el insulto que se le dirigia; una sola mi-

rada bastó para recordar al almirante inglés las cien victorias que por espacio de veinte años hicieron temblar á la vetusta Inglaterra, apoderóse de él un sentimiento de respeto, y Napoleon conservó su espada. A las pocas horas el Northumberland, se dirigia á toda vela á Santa Elena, acompañado de una numerosa escuadra, que mas bien se destinó á este objeto por efecto del pánico que dominaba, que no como medida de prevision, pues no podria temerse hallar en el mar un solo buque de guerra francés.»

El contra almirante Jorge Cockburn, á quien se confiaron el mando de la escuadra y el gobierno de Santa Elena hasta la llegada de Hudson Lowe, se condujo como leal soldado, mereciendo que el general cautivo dijese de él: « Es un bravo marino, un hombre pundonoroso y capaz de nobles acciones.» Cuánta diferencia va de este retrato al que el emperador ha dejado de Hudson Lowe!

Las grandes potencias tenian representantes en Jamestown. El baron de Sturmer representaba al emperador de Austria; el conde de Balmain, al emperador de Rusia; y el marqués de Montchenu, al rey de Francia. Hé aquí lo que Montholon dijo del representante francés: El marqués de Montchenu contrajo intimas relaciones con Long-Wood. Nos ha dispensado con toda solicitud todas las atenciones compatibles con sus deberes. La historia hablará de su noble comportamiento en la época de la muerte del emperador. » Montholon se expresa tambien con gratitud de Balmain y Sturmer. Napoleon cayó enfermo en 17 de marzo de 1821, y en este mismo dia partió para Europa el abad Bonavita, dejando al lado del general al abad Vignali, quien observó los progresos que en él hacian los sentimientos religiosos, y mereció la mayor confianza de la Santa Sede. En 2 de abril un criado manifestó que la noche anterior se descubrió un cometa por la parte de Oriente: Un cometa! exclamó Napoleon con viveza; ese signo fué el precursor de la muerte de César. » *El César francés* creyó que eso era un aviso; y se dispuso á morir de distinto modo que un pagano. En 21 de abril mandó llamar á Vignali y le dijo: *He nacido en la religion católica; quiero llenar los deberes que me impone, y recibir los auxilios que suministra.* »

Los relatos que llegaron á Roma eran una prueba de que el emperador recibió con veneracion y recogimiento los consue-

los de la religion; pronunció el nombre del Padre Santo, á quien muchas veces apellidó en su destierro *un cordero*, y lo pronunció con acento de verdadero cariño. Vertió algunas expresiones acerca de la catedral de Ayaccio. En aquellos supremos momentos, su rostro se mantuvo apacible y sereno. En 2 de mayo acometióle la fiebre con mas fuerza; y entonces preguntó por Desaix y Massena. En 5 de mayo, oyéronsele murmurar estas palabras: «Animo.... Ejército.... Aprisa.... Aquí están.» Ese guerrero que estuvo revestido de tan gran poder, el vencedor que dijo á cuatro antiguos príncipes y á otros cuatro príncipes modernos: «Id, yo os hago reyes;» ese hijo de la Iglesia á quien no debió costar el arrepentimiento religioso, despues que en 1815 manifestó explicitamente su arrepentimiento político, reducido á la condicion de un oscuro cristiano, reconciliado *por medio de la comunión* con el soberano del *principado sagrado*, vuelto enteramente á Dios que fué *el autor de sus victorias*, no teniendo ya nada que recibir, ni nada que dar ante aquel que da y no recibe nunca, espiró á las seis menos once minutos del expresado dia 5 de mayo, demostrándose respetuoso y reconocido hácia el Sumo Pontífice que distribuye la paternal bendicion apostólica.

Relatados ya los mas importantes hechos del pontificado de Pío VII, preciso era referir la imponente escena de que acabo de ocuparme, tanto para la edificacion del católico que ha de gozarse en ella, como para instruccion del incrédulo á quien puede iluminar.

Al cabo de una hora de haber exhalado Napoleon el último suspiro, sus generales colocaron su cadáver en un lecho de campaña, cubriéndole con el capote que llevaba en los campos de Marengo, en donde, segun ha dicho Fontanes, *concebido el designio de restablecer la unidad religiosa.*

Citemos algunas palabras mas de Montholon.

«Todas las tropas de la guarnicion de la isla acudieron sin armas para desfilar delante de los despojos mortales del coloso á quien pocas horas antes custodiaban. Todos los soldados se acercaron al féretro con religioso respeto, é hincaron ante él la rodilla, llegando la mayor parte de ellos á besar el capote que cubria el cadáver. Tan pronto como sir Hudson-Lowe tuvo noticia del ejemplo dado por el 20.º regimiento que acampaba en Dead-Wood, al

pié de sus ventanas, quiso oponerse á lo que hacia, mas su furor se estrelló contra la legalidad inglesa, pues el coronel le respondió: «Napoleon ha muerto, y ya no hay excepciones. Tengo el derecho de hacer salir mi regimiento del modo que me plazca, y así lo hago.» Todos los cuerpos, tanto los de mar como los de tierra, siguieron este honroso ejemplo, y tributaron sus homenajes al difunto guerrero. Deseoso sir Hudson-Lowe de hacer constar por medio de la declaracion de su médico que Napoleon no habia sido envenenado, quiso, desoyendo los ruegos de los generales Bertrand y Montholon que se procediera inmediatamente á la autopsia del cadáver. El marqués de Montchem se presentó en Long-Wood á protestar en nombre del rey de Francia contra esa *preocupacion salvaje*, manifestando al mismo tiempo que se constituia en *custodio del cadáver*, y no permitiria su autopsia, sino despues de trascurrido el tiempo que las leyes fijan en Francia para que pueda verificarse.»

La Santa Sede y el gobierno francés se vieron calumniados con motivo de los últimos acontecimientos de Santa Elena; mas hemos consignado ya la verdad de todo. Quizás se separa con el tiempo otros pormenores tocante al proceder que desde su regreso á Roma Pio VII observó con Napoleon durante la época de su confinamiento. Aparte de esto, el lector puede sin mi auxilio, y penetrándose del carácter de Pio VII, figurarse fácilmente los sentimientos que debia experimentar y expresar ese generoso depositario de las doctrinas relativas al perdón de las injurias, de los fallos de la clemencia divina. La lucha habia ya terminado; mas ¿por quién quedó *la victoria*, esa *victoria* que alcanza el que, marchando por el buen sendero no se contradice nunca?

Respecto á nosotros los franceses, muy bien podemos decir: «*El director de la guerra, el genio de las batallas, el que supo sacar tanto partido de nuestras cualidades guerreras, nos condujo á provincias que no hemos conservado, acabó por perder parte de la herencia del Directorio, y quizás podemos contarnos dichosos con haber conservado en nuestro poder lo que poseíamos al principio de esos funestos espectáculos.*»

Los hechos se suceden sin interrupcion. Apenas el Sumo Pontífice acababa de llenar un deber que veíase precisado á cumplir otro.

En 3 de agosto, el Papa pronunció una alocucion en la que participó al sacro colegio que habia celebrado un concordato

con la Prusia. « Sin embargo de que el rey de Prusia , dijo, no profesa la religion católica , ha tendido benignamente una mano protectora á sus súbditos católicos , cuyo número ha aumentado mucho desde que ha concluido la última guerra y que se ha restablecido la paz. » Expuso que el arzobispado de Guesne , se trasladó á Posen , y que este tendria por sufragáneos á los obispos de Hellsberg , Culm y Breslaw. Manifestó tambien que los sufragáneos del arzobispado de Colonia (*Colonia Agrippinæ*), serian los obispos de Paderborn , Tréveris y Munster , y que quedaba suprimida la diócesis de Aquisgran.

El Austria solicitó tambien algunos arreglos relativos á las diócesis de Praga y Olmutz , y se convino que estos dos arzobispos ejercerian alternativamente la jurisdiccion eclesiástica en el reino de Prusia. Mas todavia le quedaba á la corte de Viena algo que pedir , y era una hula contra los *carbonari* , la cual obtuvo siendo publicada en 13 de setiembre. Este documento severo condena á los católicos de todas las naciones que persistan en sostener los principios del carbonarismo. « Habiendo la Santa Sede , se dice en él, descubierto las varias sectas que atacaban la Iglesia , ha reclamado contra sus excesos y con voz fuerte é independiente ha denunciado esas asambleas formadas contra los intereses de la religion y de la sociedad. A pesar de esto algunos hombres, cuyo orgullo aumenta cada dia , se han atrevido á organizar nuevos conciliábulos. » Despues de explicar sucintamente los medios , los proyectos , y las miras de los sectarios , y de hablar de su audacia é hipocresía , la Santa Sede se pronuncia indignada contra los términos de su juramento , al cual compara con el de los *priscilianos* , entre quienes era lícita la mentira y el perjurio para ocultar los secretos de su secta. Clama contra las ceremonias que practican , profanando la pasion de Jesucristo.

No hacia mucho que el Papa habia cumplido ochenta años. El dia en que los cumplió dijo á su médico : « Nos sentimos con fuerzas y con ánimo , y vemos con satisfaccion que hemos llegado á una edad que no creíamos alcanzar. » El cardenal Consalvi , sin embargo de hallarse devorado por una obstinada calentura , no abandonaba sus ocupaciones , y desde la cama , encima de la cual ponía una mesita para escribir , despachaba

los negocios sin entregarse al sueño mas que un poco al amanecer.

El cardenal Consalvi supo con pesar la muerte de monseñor Barberi, contra quien, como es sabido, tantas acusaciones se dirigieron con motivo de la muerte del general Duphot. Apellidábase á ese prelado *el código penal de Roma personificado*. Se granjeó una gran reputacion en el desempeño del cargo de procurador fiscal general de los Estados de la Santa Sede, y se veia consultado con frecuencia en las cuestiones que se rozaban con la clase de estudios á que se habia dedicado. En las épocas de infortunios, se mantuvo constantemente fiel al Sumo Pontífice. Despues de una larga carrera, durante la cual fallaba casi solo en los tribunales criminales, murió pobre.

En el año que recorremos, adoptóse en París una ley que autorizaba al monarca para aumentar hasta ochenta el número de diócesis, que segun se ha visto era de cincuenta á tenor del arreglo verificado en el concordato de 1801 y reproducido en 1819. El gobierno romano no trató de anular la circunscripcion determinada en el convenio de 1817, sino que la tomó por base para proponer, como propuso, 1.º suprimir trece de las ochenta y dos sillas que en virtud de él se habian erigido; 2.º dividir en dos diócesis la de Cambrai, erigiendo un nuevo obispado en Lila; 3.º adoptar las disposiciones oportunas para que pudiesen organizarse esas ochenta sillas, á medida que hubiese medios para ello. Por último, se solicitó tambien que seis de esas sillas entrasen desde luego á ejercer sus funciones, y que se instalasen los seis titulares nombrados é instituidos desde el año 1817.

La Santa Sede hizo á todo esto algunas objeciones, á las cuales contestó Portalis, á pesar de lo cual el gobierno pontificio insistia en ellas, y sobre todo solicitaba que se crease un arzobispado en la ciudad de Arlés. Mientras se debatian estas cuestiones, subió al ministerio de negocios extranjeros Matthieu de Montmorency, quien continuó la negociacion pendiente, y dirigió nuevas instrucciones á Blacas, elevado mucho tiempo antes á la dignidad de duque.

El cuerpo diplomático de Roma estaba pasmado de la actividad de Consalvi, quien proseguia infatigablemente los

planes del Sumo Pontífice. Publicóse un edicto organizando el ejército. En él aparecía que la población se elevaba entonces á dos millones cuatrocientas diez mil almas, y que se llamaba á las armas un hombre por cada cinco mil. Consalvi se ocupó detenidamente en el modo de mejorar la institucion de los carabineros, ó gendarmes, que reemplazaron á los esbirros. Al principio el pueblo echó de menos á los esbirros, los cuales al parecer ejercian una vigilancia menos rigurosa, y eran mas venales.

En 18 de abril de 1822 el Papa sufrió un percance igual al que tuvo en 26 de junio de 1817. Al salir solo de su gabinete para entrar en su cuarto con el objeto de acostarse, cayó entre su silla de brazos y su reclinatorio. Los servidores de palacio acudieron en su auxilio al oír el ruido que hizo al caer, y le levantaron. No recibió lesion alguna, quedándole solo un ligero dolor de costado, que se disipó á los pocos días. En aquel entonces llegaron unos despachos en los cuales el emperador Alejandro y el rey de Prusia manifestaban que tenian deseos de visitar á Pio VII luego de cerrado el congreso de Verona. Preparáronse dos habitaciones en el Quirinal para hospedar á Alejandro, puesto que el rey de Prusia escribió que queria alojarse en una fonda. Aprovechándose de estas circunstancias, el cardenal Consalvi invitó al emperador Francisco á que hiciera otro viaje á Roma; mas ese soberano respondió que no pensaba ir á ella aquel año. El duque de Blacas dimitió su cargo de embajador de Roma y de Nápoles, pues desempeñaba ambos destinos. El rey de Nápoles manifestó repetidas veces que queria conservarle á su lado, y por su parte el Papa escribía al monarca francés que sentiria en el alma que Blacas cesase en la embajada, y le rogaba que no consintiese en ello; mas como el embajador insistió en su dimision, el rey nombró para que le reemplazara al duque de Laval-Montmorency.

En las instrucciones que se dieron al nuevo embajador, se trataba de todos los asuntos que la Francia tenia pendientes en Roma, los cuales eran muchos, y se ensalzaba el comportamiento del gobierno pontificio. Decíase en ellos lo siguiente:

«El sistema de moderacion que se sigue en Roma, se debe particularmente á las paternas virtudes del soberano Pontífice y al conciliador carácter

del cardenal Consalvi, á cuyo cargo se hallan todos los asuntos del gobierno temporal. Él supo hacer respetar la autoridad soberana en un tiempo en que el Norte y el Mediodía de Italia estaban en agitacion, él preservó á su país de la ocupacion militar de los extranjeros, y al concederles paso por los Estados romanos, á lo cual no podia negarse atendida la situacion de estos, no les entregó ninguna de las plazas fuertes de la Santa Sede. Indudablemente ofrecia dificultades conservar una independencia que no podia mantenerse por medio de tropas, mas era el jefe de la Iglesia el que la reclamaba. El carácter de que se hallaba revestido daba mas valor á sus palabras, y se confiaba que conservaria la tranquilidad de sus Estados. »

Antes de marcharse de Roma, Blacas recibió del cardenal Consalvi la bula original de la circunscripcion de las ochenta diócesis, nuevamente fundadas en Francia, con la cual se llevó á feliz término el convenio posterior al concordato de 1817.

A la sazón falleció Cánova, siendo muy sentida su muerte. El Papa dispuso que se le tributaran solemnes exequias, á las cuales asistieron el cuerpo diplomático, los príncipes extranjeros, la nobleza romana, las corporaciones científicas y literarias y las academias de bellas artes. El Padre Santo dijo que si no asistia á ellas era solo porque se lo impedia su posicion.

El emperador de Rusia escribió al Papa diciéndole que no podia pasar á Roma. Temióse que el rey de Prusia hiciese lo mismo; mas no fué así, pues el 11 de noviembre llegó á Roma en compañía de dos de sus hijos, del gran mariscal de palacio el príncipe de Wittgenstein, del baron Alejandro de Humboldt, y de varios ayudantes. Su Majestad quiso de todos modos hospedarse en una fonda de la plaza de España. En su obsequio iluminóse el templo de San Pedro y la grande araña que en él figura. Antes de marcharse, el monarca prusiano renovó al Padre Santo los testimonios de la veneracion que le profesaba. Al acompañarle hasta la puerta de su aposento, el Papa le dijo: «Permita Vuestra Majestad que nos hagamos sostener, pues nos cuesta el andar: sin embargo, olvidamos nuestras dolencias al recordar los buenos oficios de Vuestra Majestad en todos los congresos en que le ha sido dable defender nuestros intereses.» El rey de Prusia se dirigió á Nápoles, permaneciendo en esta ciudad hasta fines de diciembre.

A pesar de lo decaída que tenía la salud, el Padre Santo conservaba su energía de espíritu, de la cual dió una prueba al tratarse de conferir un capelo á instancias de la Francia. Habíase concedido ya uno á Clermont-Tonnerre, y se solicitaba otro, el cual el Papa pensaba conferir á M. de Boulogne. Al ver Su Santidad que la Francia quería que el agraciado fuese M. de *La Fare*, dijo al embajador francés: «Es muy difícil tomar una resolución acerca del segundo capelo, puesto que el rey rehusa á M. de Boulogne, y prefiere al arzobispo de Sens. No debemos crearnos conflictos con los reyes ni con los altos personajes de los Estados romanos. No se conocen muy bien en Francia las reglas que observamos. Los méritos de M. de *La Fare* son harto grandes y conocidos para dejar de aceptarle como candidato si se tratase de una promoción instada por las potencias que tienen derecho para ello; mas, decidme, ¿son bastantes en la Iglesia esos méritos para que le preconizemos espontáneamente?» El Papa quería dar á entender con estas palabras que á las instancias de los monarcas respondería lo siguiente: «Hemos echado una mirada á vuestro clero, y no hemos hallado en él á un hombre del talento de M. Boulogne.» El Papa pretendía significar asimismo que á los ojos de los prelados romanos, próximos á alcanzar el capelo, sería excusable el haber elevado extraordinariamente á la púrpura á una de las mas brillantes lumbreras del episcopado francés, á un orador en alto grado elocuente, á un amigo fiel de la Santa Sede, cuyos buenos ejemplos contribuyeron á restablecer la paz en los asuntos eclesiásticos. Tocante á Clermont-Tonnerre, el Papa añadió: «Sentimos por él una natural inclinación; le preconizaremos el 2 de diciembre. Ved cuanta prisa nos damos, cuando apenas hay en el consistorio tres obispos para preconizar. Con todo, es preciso que el rey cristianísimo se persuada de la pureza de nuestras intenciones. ¿No se quiere á M. de Boulogne? Pues bien, que se proponga á M. de Frayssinous, quien nos parece que se halla honrado con la confianza del gobierno francés. Por nuestra parte hemos de decir de él lo mismo que de M. de Boulogne. ¿Se dudará ahora de la sinceridad con que procedemos?»

Blacas llegó á París. El rey de Francia quedó muy satisfe-

cho del éxito de las últimas negociaciones, y en 19 de noviembre escribió al Papa lo que sigue :

« Santísimo Padre :

« Los deseos que yo tenía de que se organizara la Iglesia de Francia, se han cumplido afortunadamente, y las medidas adoptadas por Vuestra Santidad para llevar á cabo la circunscripción de las ochenta diócesis, han sido consideradas en mi reino como un nuevo beneficio. Por medio de ellas se facilita á los fieles el modo de recibir los auxilios de la religion, dando al mismo tiempo á esta mas esplendor y mas influencia. Me considero dichoso el contribuir con Vuestra Santidad á llevar á cabo una obra tan saludable. Han empezado á fundarse ya las diócesis nuevamente circunscritas ; varias de ellas están ya dotadas. Adoptaré todas las medidas necesarias para completar un trabajo tan importante, y consideraré siempre la religion y las atenciones á que tiene derecho en mis Estados como un manantial de felicidad para mi pueblo. Al expresar á Vuestra Santidad mi reconocimiento por todo cuanto ha hecho para asegurar la prosperidad de la Iglesia de Francia, me apresuro á renovarle las seguridades del respeto filial, con que soy, Santísimo Padre, de Vuestra Santidad, muy afectuoso hijo,

« LUIS. »

Por otra parte, el duque de Montmorency escribía al cardenal Consalvi lo que sigue :

« Señor Cardenal :

« La gloriosa parte que Vuestra Eminencia ha tomado en los arreglos verificados entre la Santa Sede y la Francia, y en la adopcion de las últimas medidas relativas á la organizacion de las diócesis del reino, es digna del reconocimiento del gobierno del rey. En todos los actos honrosos para la Santa Sede, útiles á la religion y propios para estrechar los lazos de ambos reinos, se halla siempre la cooperacion de Vuestra Eminencia ; lo que vos habeis hecho, señor cardenal, para alcanzar tan noble fin, me persuade de que el embajador del rey cerca de la Santa Sede continuará obteniendo de Su Eminencia la misma indulgencia y la misma acogida en todas las demandas que tiendan á aumentar la dignidad de la Iglesia de Francia y á rodearla de esplendor.

« Tengo el honor, señor cardenal, de ser de vuestra eminencia, con respetuosa consideracion, muy humilde y obedientísimo servidor.

« MONTMORENCY. »

Los periódicos romanos y franceses mostraron su contento por haberse restablecido definitivamente la armonía entre ambos países.

El Papa queria cada dia mas al cardenal Consalvi , quien á sus instancias entró en el presbiterato , cumpliendo desde entonces , exstricta y celosamente , á pesar de sus ocupaciones políticas , los augustos deberes del sacerdocio.

CAPÍTULO LXII.

Pio VII nombra cardenales á monseñor Bertazzoli , al príncipe Odescalchi y á monseñor Riario.—El Papa sufre una caída , y se rompe un muslo.—Chateaubriand y el embajador de España se toman mucho interés por el Papa.—Incendio del templo de san Pablo.—El emperador envia al Padre Santo vino de Tokai.—El rey de Francia le envia una cama mecánica.—Muerte del Padre Santo.—El cardenal Pacca se encarga del gobierno.—Funerales del Papa.

En el consistorio celebrado en 10 de marzo , el Papa creó diez cardenales , y entre ellos llaman la atención el arzobispo de Edesa , monseñor Bertazzoli ; el príncipe Cárlos Odescalchi (este dimitió la púrpura) ; el mayordomo , monseñor Frosini , y el *Maestro di Camera* , monseñor Riario , hijo de una ilustre familia napolitana , con el cual viviamos en amistosa correspondencia. La salud del cardenal Consalvi no mejoraba ; todos los dias se hacia trasladar al aposento del Papa y trabajaba con él tres horas. (1) El Papa aprovechaba todas las ocasiones para hablar del cardenal. Admiraba su grande aptitud para los negocios , su adhesion á su persona desde los primeros meses del cónclave de Venecia , adhesion que no se habia debilitado ni en las épocas de infortunios , ni en los momentos en que le aquejaba una grave dolencia. Sus sentimientos eran tales que solo la muerte podia extinguirlos.

El dia 14 de marzo , el Papa entró en el año vigésimo cuarto de su pontificado , con cuyo motivo hubo en el Quirinal una pequeña fiesta casera.

Chateaubriand , ministro de negocios extranjeros desde el 22 de diciembre del año 1822 , mantenia al rey en la mejor in-

(1) Auxiliaba al cardenal su discípulo monseñor Cappaccini , el cual desempeña cumplidamente hoy dia en la secretaría de Estado la plaza de jefe de todos los trabajos políticos.

teligencia con la Santa Sede. En Roma se apreciaba mucho á Chateaubriand por sus prendas y por sus talentos. Nunca como entonces fueron mas amistosas y cordiales las relaciones entre la Santa Sede y la Francia. Chateaubriand enviaba al cardenal dictámenes de médicos acerca de su enfermedad, á instancias del embajador de Francia. Al mismo tiempo solicitó la preconización de M. de la Fare, quien fué nombrado cardenal en 16 de mayo. Dos dias antes el Papa escribió al rey en los siguientes términos :

« Mi muy querido hijo en Jesucristo, salud y bendicion apostólica.

« El embajador de Vuestra Majestad nos ha presentado la carta que Vuestra Majestad nos escribió en 23 de abril, dándonos los mas explícitos testimonios de los servicios prestados á la Iglesia de Francia por M. el arzobispo de Sens, de su celo por el bien de la religion.... Vuestra Majestad nos ha manifestado deseos de que le recompensemós concediéndole la púrpura con el objeto de que se halle en estado de prestar á la Iglesia servicios mas señalados... Tenemos la satisfaccion de participaros que en el consistorio que se celebrará en 16 del corriente, los deseos de Vuestra Majestad quedarán cumplidos. Al recomendar nuevamente á Vuestra Majestad todas las Iglesias de su dichoso reino, le concedemos con paternal afecto la bendicion apostólica.

« Dado en Roma, cerca de Santa María la Mayor, el 14 del mes de mayo del año 1823, de nuestro Pontificado el vigésimocuarto.

« Pio. PP. VII. »

En el original la palabra Pio está escrita en caracteres muy claros ; mas las letras PP. VII apenas pueden entenderse.

En el consistorio de 16 de mayo fué preconizado La Fare, é igualmente Plácido Zurla, religioso camaldulense y sábio célebre.

Mientras la salud de Consalvi mejoraba, la del Papa iba decayendo cada dia. El 6 de julio el Papa salió á paseo en carruaje, del cual bajó un rato para hacer un poco de ejercicio. Pasó la tarde conversando con su auditor, y cuando este se hubo marchado, quedó solo sin embargo de que el cardenal Consalvi tenia encargado muy encarecidamente á los *camerieri* que no le dejasen un momento. Aquella tarde quiso levantarse de su poltrona ; mas al apoyar una mano en su mesa de escribir, y al alargar la otra para asirse de un cordon fijado en la pared

con este objeto, no pudo alcanzarlo, y se cayó al suelo entre la mesa y silla de brazos. A sus gritos llegaron los criados, colocáronle en la cama, y los cirujanos que le reconocieron, luego manifestaron que se había fracturado el muslo izquierdo. Su Santidad pasó muy mala noche, pero sin fiebre. Su caída tuvo lugar el día del aniversario de su expulsión de Roma, verificada del 6 al 7 de julio de 1809. Los médicos ordenaron que se le ocultase su fractura; sin embargo, él mismo pidió que se le administrara el Viático. Después de haberlo recibido, dijo en vista de las importunaciones del cardenal Bertazzoli: « *Andate, voi siete veramente un pio seccatore.* » En efecto, no dejaba de ser una grande indiscreción querer aconsejar mas religiosidad y mas resignación, al mas religioso y resignado de los hombres.

Los romanos presenciaron una catástrofe horrible. En la noche del 15 al 16 de julio, el célebre templo de S. Pablo de los afueras de Roma, en cuyo convento estuvo tanto tiempo Pío VII, fué presa de las llamas. El incendio se declaró á la una de la noche, y á las seis de la madrugada el fuego había devorado ya la magnífica armadura de cedro de que estaba compuesto el edificio, cuya construcción databa de quince siglos. Entre las ruinas veíanse algunas de las 120 columnas que sostenían las naves de ese templo, uno de los mas imponentes, mas grandiosos y mas ricos monumentos del universo. Atribuyose el incendio al descuido de un operario que trabajaba en el tejado del edificio en arreglar los conductos de plomo de las aguas. Parece que inadvertidamente se le cayó una brasa de un hornillo que allí tenía.

En 1º de julio se había participado al gabinete de Viena que el Papa se hallaba en un estado de debilidad alarmante. El emperador dispuso que inmediatamente se enviase al Papa una cantidad del mejor y mas añejo vino de sus bodegas. Como no podía cambiarse fácilmente de posición á Su Santidad, á causa de su fractura, Luis XVIII envió, á instancias de su embajador, una de las camas mecánicas que acababan de inventarse en Francia, destinadas á mover los enfermos sin molestarlos. No bien Chateaubriand hubo puesto en conocimiento del rey la petición del embajador, Su Majestad que conocía los sufrimientos y sabía compartir los ajenos, se ocupó en

persona de todos los detalles referentes á la construccion de la cama. En 12 de agosto, el pueblo romano vió con sorpresa y conmovido entrar por la *puerta del Pueblo* un carruaje con el lecho mecánico destinado para el Papa, en el que iba el correo de gabinete. No bien se colocó al enfermo en dicha cama, experimentó algun alivio. Su Santidad dispuso que se entregaran cien *doppie* de oro al correo, y tomó luego el chocolate como de costumbre. Hablósele de la afliccion de Roma á causa de su enfermedad, y respondió haciendo la señal de la bendicion. Llegó á dormir, y al dia siguiente se encontró mejor. Rogó á las personas que le rodeaban que conversasen acerca de las ocurrencias de la ciudad. Al oír el nombre del caballero Italinsky, embajador de Rusia, que segun dijeron habia estado en palacio para enterarse de su salud, manifestó que queria mucho á ese embajador, y lo mismo dijo mas adelante al cardenal Consalvi. Dignóse tambien hablar de mí, diciendo que yo debia estar muy afligido, y para darme una prueba de afecto y de benevolencia, ordenó que se expidiera en mi favor un breve en el que me otorgaba una gracia que me honraba mucho, la cual consistia en la facultad de hacer celebrar misa en mis oratorios privados.

El dia 18 de mayo, el Papa estuvo bastante sosegado; mas el 19 aparecieron síntomas graves. Su Santidad murmuraba las palabras de Savona y Fontainebleau. Pronto alteróse su voz, y por algunas palabras latinas que se le oyeron, se comprendió que oraba. Las iglesias estaban llenas de gente, y en todas partes reinaba grande afliccion. No se descubren otros sentimientos, escribia el embajador, que los del dolor. Por la tarde el Padre Santo no se hallaba ya en disposicion de tomar el menor alimento, y el 20 de agosto, á las cinco de la mañana, apagóse esa vida tan pura; tan sábia, y tan *forte* en diferentes circunstancias.

Pío VII murió á la edad de ochenta y un años y seis dias, despues de un pontificado de veinte y tres años, cinco meses y seis dias. No bien hubo espirado, el camarlengo, cardenal Pacca, revestido con las vestiduras *paonazzi*, y acompañado de los capellanes de palacio, vestidos de negro, se trasladó al Quirinal para proceder al *reconocimiento* del cuerpo de Su San-

tidad, y tomar posesion en nombre del sacro colegio del palacio pontificio y del gobierno del Estado. Levantada el acta de *reconocimiento* del cadáver, el prelado gran mayordomo mayor de palacio, entregó al gran camarlengo el anillo del pescador, y lo propio hicieron con los sellos del Pontífice difunto los empleados encargados de su custodia, los cuales debian inutilizarse en presencia de los cardenales en la primera reunion que celebrasen. Entonces mismo, por órden del cardenal camarlengo, la gran campana del Capitolio anunciaba al pueblo la pérdida que Roma acababa de experimentar, y el vicario de Su Santidad, cardenal della Genga, comunicaba á todas las parroquias de la ciudad la órden de corresponder á la señal que daba dicha campana. Insiguiendo una antigua costumbre el jefe del *Rione* (cuartel,) *della Regola* se trasladó con gran aparato desde el Capitolio á las cárceles públicas para poner en libertad á los presos, los cuales eran en número de veinte y dos, á saber, diez y ocho hombres y cuatro mujeres. El dia anterior se tuvo la precaucion de trasladar al castillo de San Angelo á los reos de delitos graves, de modo que los que quedaron en la cárcel lo eran solo de delitos leves. Despues de terminar su cometido, el gran camarlengo dejó el palacio, regresando al suyo escoltado por la guardia suiza que debia acompañarle cada vez que saliese á la calle antes de abrirse el cónclave, puesto que desde la muerte del Papa hasta ese momento tenia los honores de jefe del Estado. Durante el interregno, debíanse estampar sus armas en las monedas que se acuñasen; intervenia en todos los actos públicos confiados á la congregacion llamada de los *jefes de órden*, compuesta del decano de los cardenales obispos suburbicarios, del decano de los cardenales presbíteros y del decano de los cardenales diáconos, y sucesivamente del segundo obispo, del segundo presbítero, del segundo diácono, y así consecutivamente hasta que todos hubiesen sido llamados á su vez de tres en tres dias, cada cual en su clase respectiva. En 2 de agosto componian esa congregacion los cardenales La Somaglia, Fesch y Consalvi. Este último era el decano de los diáconos por ausencia del cardenal Fabricio Ruffo. El cardenal penitenciario y el cardenal secretario de breves, eran las únicas autoridades cuyas

funciones no sufrían interrupción alguna: las otras las desempeñaba el sacro colegio. El tribunal de la Rota, los demás tribunales y la Dataría suspendieron sus tareas, y dejaron de expedir bulas.

Procedióse á embalsamar al Papa; sus entrañas fueron llevadas sin aparato á la iglesia de Santa Anastasia, parroquia del palacio Quirinal, y el cuerpo cubierto con la sotana blanca y ostentando la estola y el pectoral, quedó expuesto en un túmulo en una sala del palacio. Los suizos custodiaban las puertas exteriores de este, y el interior la guardia noble, institucion que databa solo de principios del pontificado de Pio VII. Cuatro oficiales de la misma se hallaban colocados cerca del cadáver. Un gentío inmenso llenaba la plaza de Monte-Cavallo, y se disputaba la entrada del palacio, que no se concedía sino á intervalos, y cada vez al número de personas tan solo que podia contener el aposento fúnebre. A las nueve de la mañana del dia siguiente 22 trasladóse el cadáver del Papa al Vaticano. Precedían al fúnebre cortejo un piquete de caballería y numerosos servidores de S. S. con hachas, y le acompañaban la guardia noble, la guardia suiza, varios cuerpos de la guarnicion y siete piezas de artillería. Dos mulas arrastraban el féretro, que estaba cubierto con un dosel, y en el cual veíase al Sumo Pontífice con el rostro descubierto. Los principales empleados de palacio y los doce penitenciarios de la basílica de San Pedro iban á los lados del mismo; mas no se veía en la comitiva á ningun sacerdote con las vestiduras sacerdotales, ni se oía ningun canto religioso.

El Papa llevaba puesta la tiara. Como era costumbre al son de una música guerrera, y con un aparato mas propio del entierro de un general que del de un Sumo Pontífice, entró en el templo el cadáver de Pio VII. En esta ocasion el pueblo romano dió una prueba de lo muy pacífico que era. En efecto, á pesar de la curiosidad que animaba á un inmenso gentío, de que el templo estaba poco alumbrado, y se ejercía poca vigilancia, no hubo que deplorar el menor accidente.

Reunidos los cardenales, mostróse en la asamblea algun descontento contra el cardenal Consalvi. Se levantó entonces el cardenal Fesch, saliendo en su defensa de un modo templa-

do y enérgico á un tiempo, lo cual le valió el aplauso de algunos cardenales. Determinóse que el cardenal La Somaglia ejercería las funciones de *fabricciere*, ó lo que es lo mismo, que se encargaría de preparar los trabajos del cónclave, en union con el cardenal Fabricio Ruffo, y que el cardenal Consalvi ocupara el puesto del último, durante su ausencia. El decano cardenal La Somaglia, expuso en seguida que su predecesor Mattei le habia entregado varios papeles, encargándole que los abriera despues de la muerte del Papa, en presencia del Sacro colegio. Su eminencia, pues, abrió el paquete que los contenia, y halló en él dos breves fechados en Fontainebleau. En el primero, el Papa disponia que los cardenales se reuniesen inmediatamente bajo la presidencia del cardenal decano, y que á pluralidad de votos elijiesen sin demora un Papa, á cuyo efecto derogaba todas las antiguas constituciones, teniendo en consideracion las circunstancias y los riesgos de que se hallaba amenazada la Iglesia. El segundo breve encerraba iguales disposiciones, con la diferencia de que el Papa exigia para que quedase hecha la eleccion, las dos terceras partes de votos, segun antigua costumbre. El secretario del Sacro colegio, monseñor Mazio, tomó entonces la palabra, y manifestó que era depositario de un tercer breve que redactó por disposicion del Papa, prometiéndole guardar tan gran secreto como el de la confesion. Este breve estaba fechado en el mes de octubre de 1821, época en que el Papa lanzó la bula de excomunion contra los *carbonari*. El Padre Santo disponia en él, que inmediatamente despues de su muerte se eligiese Papa por aclamacion, si era posible, y por decirlo así *sobre su agonizante persona*; y que se verificase en secreto esta eleccion, sin aguardar á los cardenales ausentes de Roma, sin prevenírsele á los embajadores, sin participársele á los gobiernos extranjeros, y sin ocuparse de los funerales, sino despues de consumado el acto. El Padre Santo recomendaba de un modo patético la union entre los cardenales, recordábales que casi todos eran hechuras suyas, y decia que estaba seguro de que le obedecieran por reconocimiento y por amor á la religion y á la patria. Este último breve impresionó vivamente á los cardenales. El Sacro colegio opinó unánime en su sabiduría, que

las disposiciones dictadas por Su Santidad, en época en que la Italia se hallaba agitada á consecuencia de la revolucion de España y del Piamonte, no eran ya aplicables.

Despues del fallecimiento del Papa, yo fuí de los primeros en escribir al cardenal Consalvi, pues sabia que se hallaba sumido en el mas profundo dolor. Contestóme al dia siguiente en términos que daban á conocer muy bien el estado de su corazón.

Los funerales del Papa se celebraron con la acostumbrada pompa. Yo presencié las últimas ceremonias, verificadas en la tarde del dia en que debia colocarse el cadáver del Papa en el sarcófago que habia encima de la puerta de una tribuna de la capilla de los canónigos. Yo ví bajar el sarcófago de yeso en que se hallaba depositado Pio VI, y trasladarle á un ángulo de la capilla del coro. Sellóse la caja de plomo que contenia el cuerpo de Pio VII, revestido con los ornamentos pontificios, despues de colocar en ella una bolsa llena de medallas, acuñadas durante su pontificado, y se la colocó en seguida en el lugar que habia ocupado el cuerpo de Pio VI, construyéndose para ella en el acto un sarcófago de yeso, en el que debian ponerse mas adelante algunos adornos.

CAPÍTULO LXIII.

Resúmen de los principales hechos del pontificado de Pio VII.—Testamento del cardenal Consalvi.—Descripcion del sepulcro erigido á Pio VII por disposicion de Su Eminencia.—Elogio del decano del sacro colegio, el cardenal Paeca.

Hemos visto cuantas desgracias, cuantas persecuciones y violencias turbaron el pontificado de Pio VII. A pesar de que este Pontífice estuvo apartado del trono largo tiempo, ilustraron su pontificado hechos de toda clase. Durante este, emprendiéronse las excavaciones de Ostia, merced á las cuales, se descubrió el verdadero sitio en que en otro tiempo estuvo construida dicha ciudad. El sábio abad Fea dió á los expresados trabajos tal impulso, que llegó á hallarse la calle en que antiguamente habitaron los plateros, en cuyas tiendas se en-

contraron todavía brazaletes, zarcillos de plata y crisoles. Hallóse también un precioso camafeo, en el cual veíanse representados Júpiter y Antíope. Fué colocado en el museo particular de Pío VII, y vendido mas adelante por sus herederos. Hoy dia lo posee el duque de Blacas, que como se ha dicho, era muy amante de las bellas artes, hácia las cuales se mostró siempre muy generoso.

En el pontificado de Pío VII aplanóse el terreno inmediato al arco de Constantino y al de Séptimo Severo; limpióse el Foro romano; levantóse la fuente de Monte Cavallo, despues de colocar á los dos colosos en una posicion mas pintoresca; elevóse el obelisco del Monte Pincio; derribáronse los paredones que afeaban la plaza de S. Pedro; embellecióse *la plaza del Pueblo*; ensanchóse el *ponte Molle*; y sacóse de entre las ruinas que lo cubrian el Foro de Trajano, cuyos cimientos hallaron los franceses, y cuyos trabajos mandó continuar el gobierno de su nacion, empleando en ellos hasta 75,000 pesos. Fiel á los nobles y generosos hábitos de sus predecesores, Pío VII ensanchó el local destinado al Museo del Vaticano, é hizo construir la parte del mismo, llamada *Braccio nuovo*. Practicáronse además, aunque con poco acierto, algunas obras en la biblioteca del Vaticano, en la cual artistas de segundo orden representaron al fresco gran partè de los infortunios de Pío VII. El fresco en que se halla figurado el Papa en el momento de ser sacado de Roma, es entre todos el peor, bajo todos conceptos. Mas si por una parte la biblioteca conserva desgraciadamente los indicados recuerdos, se enorgullece por otra en poder enseñar una preciosa adquisicion que debe á Pío VII. En efecto, monseñor Maii, que se estableció en Roma en la época de su pontificado, halló á fuerza de celo y constancia, gran parte de la obra de Ciceron, titulada *la República*. También en tiempo de Pío VII se aseguró una dotacion de cuatro mil escudos á Cánova, quien mostrándose tan grande como su bienhechor, distribuía anualmente dicha suma á los artistas romanos y extranjeros. Un francés concibió la idea de construir un paseo á continuacion de la quinta de Médicis, considerando que podria ser provechoso á la salubridad de Roma, y el gobierno de Pío VII verificó allí plantaciones y obras, que suspendidas

con motivo de la expulsion del Papa , volvieron á continuarse á su regreso.

Con respecto á las artes, á las ciencias y á las letras, Pio VII pagó con usura su deuda á la ciudad de Roma. Esta capital del mundo cristiano, este *salon de la Europa*, como le llamaba madama Staël, ofrece grandes vestigios de la munificencia de Pio VII y de la elevada inteligencia de su ministro Consalvi. Así es que los romanos se han complacido en sacar con profusion el retrato de dicho Papa , el cual se ve en infinidad de medallas. Nosotros tenemos tres retratos del mismo á saber : 1.º el que pintó en Roma el célebre Wicar por encargo de Cacault en un cuadro que este pagó en parte de su bolsillo ; 2.º el que David hizo en París en 1805, el cual constituye una de las principales figuras de su cuadro de la *Coronacion* , y es sin disputa una obra maestra ; y 3.º el que por orden del principe regente pasó á hacer en Roma Lawrence para completar la coleccion perteneciente á Inglaterra de los retratos de los soberanos que tomaron parte en el tratado de Viena ; Pio VII se halla así mismo representado en infinidad de grabados , entre los cuales los mejores son los sacados de las medallas de Cerbara , y de Girometti , y de los cuadros de los pintores indicados.

La vida de un hombre célebre por sus virtudes y por sus sufrimientos , como Pio VII , así como por las brillantes reparaciones que rara vez concede la Providencia á las personas agobiadas por grandes sufrimientos , merece , como ya lo he dicho en otra parte, ofrecerse á las meditaciones del cristiano, del hombre de Estado y del ciudadano. El pontificado de Pio VII abunda en magníficas lecciones religiosas, políticas y morales. Vamos á reseñar á grandes rasgos los hechos mas memorables que en el mismo campear.

Pio VII lleva al principio una vida oscura , consagrada á la soledad y á la oracion , y es elegido inesperadamente Papa léjos de la capital en que comunmente se verifican las elecciones de los Sumos Pontífices, sin trastornos y sin contiendas , despues de prolongados debates para conseguir una eleccion unánime y para vencer los obstáculos que á ella suscitaban algunas potencias extranjeras. Regresa á Roma colmado de homenajes y de bendiciones , y pone término á una

época de usurpacion que causó grandes males, y á la opresiva y humillante ocupacion militar de los Estados Pontíficos; celebra un concordato con el Consulado francés; emprende un infructuoso y funesto viaje á Francia; tiene desavenencias con un emperador poderoso, y es víctima de un atentado sacrílego. Expide una bula de excomunion contra dicho emperador; sufre un riguroso cautiverio; recibe innumerables testimonios de afecto y de respeto por parte de los soberanos de Europa, hasta de aquellos que no profesan los dógmas de nuestra santa Iglesia; prodígasele aplausos en todas partes por su heroica resistencia, que abandonó por un momento en un instante de debilidad de fuerzas, asediado por bastardos deseos, para demostrarse luego mas enérgico y sublime; y regresa á sus Estados rodeado de gloria. Practícanse en Francia á instancias de los ministros de Luis XVIII nuevas circunscripciones de diócesis, mas conformes con la situacion geográfica de los territorios é indispensables para atender á las necesidades del culto; celébranse varios tratados con casi todos los gabinetes de la cristiandad; prodíganse sin descanso en la América del Norte los beneficios de la religion; envíanse vicarios apostólicos para distribuir el pan de la vida en los templos que se construyen con los productos de las limosnas de Europa, y practícanse infatigablemente gestiones en favor de la emancipacion de los católicos irlandeses. Promúlganse en los Estados pontíficos leyes útiles y duraderas, y se completan las existentes; se protege á las artes y á las ciencias; figuran al lado del Papa como amigos, dos cardenales muy afamados, el uno por sus profundos conocimientos en la ciencia del gobierno, y el otro por su intrepidez y sus piadosos sentimientos; restablécese el dominio de la autoridad en las provincias populosas, y se borran las huellas de las desgracias que cayeron sobre Roma durante el anterior pontificado.

De medio siglo á esta parte se han hecho varias tentativas para usurpar el *principado sagrado*, y todas han fracasado y fracasarán en lo sucesivo, ó tendrán que abandonarse. La fuerza del Papa no consiste tan solo en el respeto y en la adhesion que le profesan los pueblos católicos, sino en la utilidad de un poder pontificio independiente, reconocida hasta por los sobe-

ranos protestantes que tienen católicos bajo su dominio. Ese poder reside en Roma quince siglos hace, y se conservará inalterable en ella. Nunca los Papas que sucedan á Pio VI, Pio VII y Gregorio XVI, cuyos pontificados se distinguen tanto por lo benignos y paternales, llegarán á ser súbditos de gobierno alguno, ya sea monárquico, ya republicano. Aun cuando apareciese un poder político tan avasallador que aherrojase á aquel que tiene facultad para atar y desatar, á aquel á quien corresponde el conocimiento de las causas eclesiásticas, y el instituir á los setecientos obispos que existen en los países católicos, no derribaría esa sede, acerca de la cual despues de infinitas contiendas y sofismas, dijo sábiamente á Napoleon un ministro de este emperador. « *La Santa Sede es esencialmente neutral; cualesquiera que sean los trastornos políticos que ocurran, no pued renunciar á comunicarse con una potencia católica, y sus deberes como jefe de la cristiandad, bastan para impedirle secundar las pasiones de otras potencias.* » Aceptamos enteramente estas palabras pronunciadas por un militar, que bien puede calificarse de publicista.

Con respecto á la fuerza de que se halla dotada nuestra religion, y que consiste en la *unidad*, á la cual se debe el que bajo el pontificado de Pio VII mostraran unos mismos sentimientos n aaciones que combatian entre sí, nuestros principios son iguales á los de Bossuet y Fenelon.

Es de esperar que los Sumos Pontífices venideros se verán libres de los males que hasta ahora han afligido á algunos de ellos, que los poderes civiles y políticos sabrán respetar al poder religioso, el cual solo manda, en el terreno del dogma y se ocupa únicamente del mantenimiento de la disciplina y de las leyes de la Iglesia. No es posible que se olvide el ejemplo dado por Pio VII; de seguro tendria imitadores si llegase el caso; pues el martirio ha inducido siempre al martirio: *Defunctus adhuc loquitur*, (Ep. de S. Pab. á los Heb. cap. XI, v. 4).

No se equivocó el cardenal Consalvi, al asegurar que seguiria al sepulcro á Pio VII; pues en efecto no le sobrevivió mas que cinco meses. En su testamento dispuso que se vendieran todas las cajas de oro adornadas con brillantes que le regaláron distintos soberanos con motivo de la celebracion de

varios tratados. Entre muchos de los regalos que había recibido, contábase la caja que se le envió con ocasion del convenio de 1801, los presentes del rey Luis XVIII, del rey Fernando I, de los emperadores de Austria y Rusia, de los reyes de Inglaterra, España, Prusia y Cerdeña, y del gran duque de Toscana. Ordenó asimismo que parte del producto de todos estos objetos, se emplease en terminar las fachadas de varias iglesias de Roma que estaban sin concluir, destinando el resto á erigir un sepulcro á su bienhechor en el templo de S. Pedro. El comendador Thorwaldsen se encargó de levantar este monumento. En él se halla representado Pio VII sentado, y se ven dos figuras alegóricas que son un resúmen de todo su pontificado, á saber, *la Fuerza y la Moderacion*.

El decano del sacro colegio, el cardenal Pacca, vive aun en el momento en que escribimos estas líneas, y edifica con sus virtudes á esa ilustre corporacion. Es un dechado de sabiduría de invariables sentimientos religiosos, de apacibilidad de carácter, y finalmente de todas las cualidades que han sido consideradas siempre en Roma como la principal recomendacion para ingresar en el número de los electores de los Pontífices romanos.

256. LEON XII. 1823.

CAPÍTULO I.

Consideraciones generales.—Nacimiento de Anibal Della Genga.—Pormenores relativos á su familia.—Deja el colegio de Osimo, y pasa al colegio Pinceno de Roma.—Pio VI le cobra afecto y le nombra prelado de mantellone.—La Genga pronuncia la oracion fúnebre del emperador José II.—Testimonio de este príncipe á favor de su hermana la desgraciada María Antonieta.—Anibal Della Genga es nombrado secretario de Su Santidad, y sucesivamente arzobispo de Tiro, nuncio en Colonia y en Ratisbona.—Carta de Pio VII á Napoleon en favor del prelado Della Genga.—Llega á ser nuncio en Munich; despues es enviado á París para negociar con el Emperador, de acuerdo con los cardenales Caprara y Bayane.—Rómpense las negociaciones.—El prelado se retira á su abadía de Monticelli, cerca de Fabriano, y se hace preparar en ella la sepultura.

El pontificado de Leon XII no presenta como el de Pio VII, tantas vicisitudes, y es que tiempos diversos producen distintos acontecimientos. Los ánimos se hallan mas tranquilos en la apariencia, los jefes de los Estados demuestran deseos de perpetuar la paz, sin que ninguno de ellos pretenda declararse tirano de sus hermanos, ni ir con la espada desenvainada á visitar sus capitales para acabar comprometiendo la suya propia. Sin embargo, no dejarán de manifestarse imprevisas agitaciones y trastornos, en medio de los cuales se verá desenvolver un gran carácter, y aparecer una de aquellas nobles fisonomías, una de aquellas inteligencias robustas, que conociendo cual es el lado débil por donde se intente atacar quizás algunos actos del pontificado anterior, procurará seguir otro camino, escuchar menos los intereses políticos y temporales, y ocuparse mas en restablecer la disciplina eclesiástica. Si por efecto de algunos consejos se dan pasos vaci-

lantes y precipitados; intenciones generosas, virtudes tier-
nas, una humildad noble, un deseo inalterable de aliviar al
pueblo, vendrán á parar esos ligeros extravíos, á explicarlos
suficientemente, á hacer resaltar los constantes esfuerzos prac-
ticados para marchar con seguridad por el verdadero camino
sin exponerse á retroceder; y finalmente á preparar, para re-
compensa del historiador que ambiciona el gozo de honrar á
la santa ciudad de Roma, la ocasion de manifestar el respeto
que profesa á las instituciones de ese glorioso país. Este vete-
rano de los analistas de Italia tendrá la gloria de referir los
trabajos del pontífice Leon XII en el gobierno de esa multitud
de Iglesias destinadas á difundir el esplendor de la Iglesia
universal y la veneracion debida al Vicario de Jesucristo.

Vamos, pues, á bosquejar los acontecimientos mas impor-
tantes que ilustraron el pontificado del sucesor de Pio VII.

Anibal Francisco Clemente Melchor Gerónimo Nicolás De-
lla Genga, papa con el nombre de Leon XII, originario de una
familia noble que debia parte de su importancia á Leon XI
(Octaviano de Médicis, que murió en 1605, al cabo de veinte y
y cinco dias de pontificado), nació en el palacio de la Gen-
ga, territorio de Espoleto, el 22 de agosto de 1760. Sus padres
Hilario, conde Della Genga, y María Luisa Periberti de Fa-
briano, tuvieron diez hijos, á saber: Mario, Antonio, Aedru-
bal, Felipe, Atalante, Anibal, Catalina, Esteban, Matilde y
Flavio. A la edad de trece años pusieron á Anibal en el cole-
gio Campana de Osimo que dirigia Esteban Bellini, el mismo
á quien Pio VII nombró primero obispo de Fossombrone y lue-
go de Loreto. Despues de recibir allí Anibal durante cinco
años una educacion digna de su cuna, pasó al cumplir diez
y ocho al colegio Piceno de Roma, y mas tarde á la academia
eclesiástica. En 21 de diciembre de 1782, le ordenó de subdiá-
cono el cardenal vicario Marco Antonio Colonna, quien le ele-
vó al diaconato en 19 de abril, siendo por último ordenado de
presbítero por el cardenal Gerdil, mediante dispensa de edad,
el 14 de junio de 1783.

Al visitar en cierta ocasion Pio VI la Academia eclesiásti-
ca, reparó en la noble apostura del jóven Della Genga.
Aquel Pontífice gustaba de los modales nobles y dignos,

del tono firme, dé las respuestas prontas, de las opiniones francamente emitidas; así que bastóle hacer algunas preguntas á Anibal para designarle inmediatamente para camarero secreto. No fué esta la única gracia que le dispensó el Sumo Pontífice. Estando ya Anibal muy instruido y poseyendo bien la lengua latina, recibió en el año 1790 el encargo de pronunciar en la capilla Sixtina, en presencia del Papa y del Sacro Colegio, la oracion fúnebre del emperador José II. La tarea era difícil por el gran tino que requería el hablar de este príncipe, del viaje de Pio VI á Viena, del áspero recibimiento que Su Santidad obtuvo por parte del ministro del emperador, de las promesas retiradas y dejadas sin efecto; mas el orador supo tratar estos importantes puntos, y el de la supresion de los conventos en Bélgica, sin ofender al gobierno austriaco y sin faltar á la verdad. Era por cierto un espectáculo muy triste ver entonces á los príncipes preceder en la carrera de las reformas y de las secularizaciones á aquellos espíritus inquietos nacidos léjos del Trono y con ódio al trono, que habian de dejar tan atrás á los que fueron los primeros en provocar trastornos inoportunos y de seguro sin necesidad inmediata. Bien podian dejarse en paz virtudes útiles, gastos ejemplares, y buscar dinero en otra parte. El activo y laborioso José, hubiera podido indudablemente labrar la felicidad de sus pueblos; mas se equivocó en los medios adoptados para conseguirlo. Los reyes que tanto se exponen á perder en la turbacion del orden público, no deben nunca dejar de ser reyes. Lo que principalmente les corresponde es mostrarse moderadores, pues si se internan en el ancho camino de las innovaciones, reciben terribles golpes, porque al fin algunas instituciones han de dejar en pié, y esto es ser revolucionario á medias. En tiempo de revoluciones, el pretexto de mejorar y para restaurar en seguida arrastra á estar siempre destruyendo. «José II esclavizó á la Iglesia, dice M. de Sevelinges (1); disminuyó el respeto debido á las leyes con la multiplicidad y extravagancia de las suyas; se enajenó las simpatías de sus súbditos, con cuyos gustos chocaba y cuyas quejas desdeñaba; en fin, espar-

(1) Biografía universal, tom. XXII, pag. 25.

»ció en sus Estados semillas de desórdenes y de irreligion, que «felizmente no se han desarrollado *ni se desarrollarán jamás.*» Sea de esto lo que fuere, sus últimos momentos honrarán eternamente su memoria. Bien podia el orador elogiar á un monarca que al ver próxima la muerte quiso vestir su grande uniforme, y ponerse las insignias de sus órdenes como para despedirse solemnemente de sus generales y del ejército, que le queria muy particularmente.

Sus palabras, ávidamente recogidas, anduvieron en boca de todos, porque revelaban un ánimo esforzado y una sensibilidad exquisita. «No me pesa, dijo, dejar el Trono; un solo «recuerdo me oprime el corazon, y es que despues de tanto «trabajo como me he tomado, he hecho felices á pocos é in- «gratos á muchos.» Los franceses no podemos olvidar que en aquellos últimos momentos se acordó de su hermana la reina de Francia, á quien se calumniaba entonces, y que debia ser tan desgraciada. «No ignoro, dijo, que los enemigos de mi «hermana han tenido la audacia de acusarla de haberme en- «tregado grandes sumas. Pronto á comparecer delante de «Dios, declaro que semejante cargo es una inicua calumnia.» ¿Por qué en aquel tiempo no se dió suficiente publicidad á este testimonio del emperador José? ¿Por qué esa calumnia y la otra de que con tanta energía apeló la augusta Princesa á todas las madres el dia en que se la condenó á morir, vinieron á figurar vil y cobardemente, al cabo de tres años, en el proceso de María Antonieta, en el cual se llamaba al emperador José *el hombre titulado rey de Bohemia y Hungría.*

Concluido su discurso, el joven Della Genga recibió merecidas felicitaciones. Al contemplar su continente y sus miradas de fuego, al escuchar su voz firme y sonora, pudo muy bien conocerse que habia de ser un dia amigo fiel de los reyes, y apreciador justo y entusiasta de los deberes del os príncipes, entre los cuales se cuenta el de ser reservados y previsores.

En 1792, Aníbal era ya uno de los mas distinguidos prelados de la corte de Pío VI, secretario particular del Papa y canónigo de San Pedro. Divertia algunas veces al Pontífice con sus agudezas. Cierta dia en que el jóven secretario se presentó

con un *mantellone* muy largo que le llegaba hasta los piés, el Papa le dijo: «Vuestro *mantellone* es demasiado largo.—No «importa, respondió el secretario, Vuestra Santidad puede «acortarlo tanto como quiera.» Al decir esto aludía al mantelete de prelado de superior gerarquía, que es una vestidura mas corta. Así sucedió en efecto. En 1793 el Papa nombró á Della Genga primeramente prelado, y despues arzobispo de Tiro, siendo consagrado por el cardenal duque de Yorck en la iglesia de Frascati. Enviósele en calidad de Nuncio á Lucerna, desde donde pasó al año siguiente á Colonia á desempeñar igual cargo en reemplazo de monseñor Pacca, decano del Sacro Colegio.

En 1805 Pio VII le acreditó como Nuncio extraordinario cerca de la Dieta de Ratisbona, confiándole el encargo de ir á enterarse de las quejas de la Iglesia de Alemania, cuyas prerrogativas se veian amenazadas por las pretensiones de los príncipes protestantes.

El Nuncio de Su Santidad, práctico ya en los negocios, daba cuenta á su gobierno de los obstáculos con que tropezaba, pintándole hábilmente la situacion en que se veía. Las dificultades de la Iglesia de Alemania se atribuian en Paris á mala intencion del Papa; mas provenian de otra causa, á saber: las mudanzas ordenadas por los decretos de la Dieta de Ratisbona. Hubo extraordinarios trastornos que suscitaron grandes conflictos, cuya gravedad aumentaba la guerra.

Habiendo pasado monseñor Della Genga á Roma en 1805 para conferenciar con el cardenal Consalvi acerca de las interminables controversias de Alemania, Napoleon se aprovechó de semejante coyuntura para inducir al Papa á que enviase otro Nuncio, designando con este objeto á monseñor Bernier, obispo de Orleans. Fácilmente se comprende cuanto debió admirar al Papa esta intrusion de poder. Es verdad que monseñor Bernier habia prestado servicios cuando el concordato de 1801, y no hay duda de que secundó entonces con sus consejos y su experiencia las intenciones del primer cónsul y los deseos del Papa; mas Roma le halló apático y casi hostil cuando la discusion de los artículos orgánicos. Precisamente la

eleccion de un Nuncio Apostólico requiere mucho tino, porque para desempeñar este cargo se necesita un hombre reservado, profundamente religioso, sumisamente rendido, exento de todo espíritu nacional, y educado en las costumbres romanas. El antiguo cura de San Laud de Angers no podia ser en Alemania mas que un enviado francés, que poseería quizás toda la confianza del gabinete de Paris, mas que no podria conseguir nunca la de la secretaria de Estado de Roma. Consalvi que la desempeñaba conoció el riesgo, y pensó que para conjurarle se necesitaba que Pio VII escribiese al emperador Napoleon. Vamos á copiar las palabras del Papa, pues son un honroso testimonio de la reputacion que habia alcanzado ya el prelado Della Genga. Dichoso aquel que puede presentar á los siglos venideros semejantes recomendaciones escritas por su propio soberano!

«Hijo carísimo en Jesucristo.... Con este motivo os participo nuestro regreso (el Papa volvía de la ceremonia de la coronacion verificada en París en 1804). Tambien os vamos á escribir sobre otro asunto, y es que á nuestra vuelta nos hemos encontrado con un despacho remitido por nuestro cardenal Caprara y llegado á Roma pocas horas antes, en el cual nos comunica que el Elector archicanciller ha manifestado deseos de que enviemos como Nuncio nuestro á la Dieta de Ratisbona, al obispo de Orleans, lo que, dice, contribuiría á arreglar los escabrosos asuntos eclesiásticos de Alemania. El cardenal asegura que V. M. está instruido de esta posicion del archicanciller, que la aprueba, y que aplaudirá su ejecucion. Nos ha sorprendido saber todo esto, como sorprenderá tambien á V. M., cuando sepa lo que vamos á explicarle con la confianza que acostumbramos. El Elector archicanciller fué el primero en manifestarnos hace pocos meses, que no habia para tal mision otra persona mas á propósito que monseñor Della Genga, *subdito nuestro*, quien durante mucho tiempo ha sido Nuncio en aquellos países con general satisfaccion. Participamos al Elector nuestro consentimiento para enviar á la Dieta á este prelado, con quien se ha puesto en correspondencia, experimentando por ello sumo placer. Y no cabe sospecha de que el Elector haya muda-

«do de modo de pensar, puesto que esta misma mañana mon-
«señor Della Genga ha recibido de él una carta autógrafa, cu-
«ya copia os enviamos, para que V. M. vea con que empeño
«continúa considerando á este prelado como el Nuncio que ha
«de residir en Ratisbona, y como la persona mas á propósito
«que otra alguna para conseguir el fin propuesto.

«¿Cómo, pues, puede el archicanciller creer posible otro
«nombramiento cuando sabe que muchos meses hace, dijimos
«á monseñor Della Genga que seria nombrado, y que lo pusi-
«mos en conocimiento del emperador Francisco II, y de varios
«príncipes de Alemania que se mostraron por ello muy satis-
«fechos? Ni ¿cómo ahora, sin sacrificar la reputacion de una
«persona que no merece tal agravio, podriamos Nos, *á menos*
«de hacer un papel muy poco conveniente con los expresados prínci-
«pes, mudar de idea y echar mano de otro prelado?

«A todo lo cual es preciso añadir, que monseñor Della Gen-
«ga ha adquirido con su larga permanencia en Alemania, una
«grande experiencia en los negocios, y mucho conocimiento
«de las localidades y personas.

«Desde su regreso á Roma se ha ocupado constantemente
«en profundizar todas esas cuestiones en sus mas leves cir-
«cunstancias y relaciones, procurándose luces é informes de
«personas entendidas que han venido tambien á Roma. Y Nos
«asimismo hemos hablado con él muchas veces, y *le hemos co-*
«*municado nuestras opiniones.* Finalmente, le tenemos cerca de
«Nos; nos hemos internado con él en esos negocios, y si le en-
«viamos podemos darle mas fácilmente completas instruccio-
«nes.»

El Papa Pio VII preferia con motivo para cargo de nuncio
á su *súbdito* el prelado Della Genga, tanto mas cuanto que Con-
salvi habia traído de París en 1801 una idea poco favorable del
obispo de Orleans, y se supo por un anciano realista francés,
residente en Roma, el baillío de la Tramblye, que en la Ven-
deé aun duraba la indignacion producida por la crueldad de
un jefe llamado Stofflet, el cual hizo fusilar á otro jefe del
mismo país, llamado Marigny, por instigacion del abate
Bernier.

Nada se pierde en Roma, en ese *salon de Europa*; nada ab-

solutamente de cuanto pertenece á la vida de los hombres que se encuentran en ella. La corte de Roma ha sido siempre la mejor informada de todas las cortes, y de seguro que el Papa y su ministro procedieron con tino al rechazar la intervencion peligrosa que el obispo de Orleans solicitó de Talleyrand, quien pensaba aprovecharse de ella para debilitar en Alemania los derechos de Su Santidad, á fin de acrecentar la influencia de que habia de abusar tanto la política del imperio francés.

En esa época residia en Munich el arzobispo de Tiro, quien se granjeó durante su nunciatura la benevolencia de la corte de Baviera, aun en los momentos en que esta cedió al espíritu innovador que no siempre obtuvo la aprobacion del Soberano.

En 1808, despues de terminada su mision durante la cual deploró de antemano las desgracias que iban á abrumar á la Santa Sede, el prelado Della Genga se trasladó á París, donde fué recibido con mucha frialdad. Allí se le encargó que en union con los cardenales Caprara y Bayane arreglase algunos negocios pendientes entre la Santa Sede y el emperador; mas se rompieron pronto las negociaciones que se entablaron. De regreso á Italia fué testigo de las persecuciones que sufrió Pio VII, y despues de haber dado á este, aunque en vano, pruebas de filial afecto, se retiró á la parroquia abacial de Monticelli, situada en la diócesis de Fabriano, la cual le confió para siempre Pio VI. Despues de la expulsion del Santo Pontífice que resistia con tanto valor á las violencias del guerrero francés, Della Genga solo deseaba huir del mundo.

Encerrado en su abadía, complaciase en enseñar á tocar el órgano y á entonar el canto gregoriano á los aldeanos que tenían buena voz. Posteriormente levantó un sepulcro á su madre, la cual se hallaba enterrada en el palacio Della Genga, haciéndose abrir despues su propia sepultura, á la que bajó para saber la extension que habia de tener, tan persuadido estaba de que moriria en su oscuro retiro.

CAPÍTULO II.

Cuando la restauracion.— El arzobispo de Tiro es enviado á París para cumplimentar á Luis XVIII.— El cardenal Consalvi, que estaba ya acreditado cerca de los soberanos reunidos en aquella ciudad, impide al arzobispo que continúe desempeñando su mision.— Luis XVIII procura reparar el mal efecto producido por la oposicion de Consalvi.— El prelado regresa á Italia en un estado deplorable de salud.— Es creado cardenal en 8 de marzo de 1816, nombrado despues obispo de Sinigaglia, y en seguida cardenal vicario.— Ejerce estos cargos á satisfaccion de Pió VII, y secunda al Papa en sus ideas de mansedumbre.— El cardenal Della Genga se vé precisado á ir á tomar los baños de Agua-Santa, cerca de Roma.

Al tiempo de la restauracion, monseñor Della Genga recibió el encargo de entregar á Luis XVIII la carta de enhorabuena que le dirigió Pió VII. Un partido político poco favorable al cardenal Consalvi fué el que aconsejó que se diera esta mision al arzobispo de Tiro, el cual debió tal vez haberla rehusado. El cardenal Consalvi se hallaba acreditado cerca de todos los soberanos reunidos en París. Fuerza es decir, por mas que con ello padezca la reputacion de afable y atento que tenia el cardenal, que éste trató al prelado Della Genga con una severidad vituperable. En cierta ocasion vertió contra el prelado expresiones tan fuertes que el secretario de Consalvi, que estaba presente, se conmovió hasta el extremo de derramar lágrimas. El prelado no respondió una sola palabra, aguardando para otra época la contestacion.

Seguramente tenia Consalvi alguna razon en sus recriminaciones, pues conocia el estado de los negocios, como que los dirigia de nuevo desde principios de 1813, hallándose facultado para intervenir en todo y decidir por sí mismo infinitas cuestiones y gozando por otra parte de una reputacion europea, á la que debia la deferencia que le demostraban los soberanos. Mas todas estas ventajas no le dispensaban de guardar atenciones con un prelado romano, por mas que este fuese de categoría inferior á la suya, con un hombre de estado de su país que habia prestado buenos servicios que habia desempeñado una

mision en Baviera, y cuya presencia de ánimo y la firmeza de que dió pruebas en ciertos momentos, le hacian seguramente digno de algunas consideraciones. En fin, Consalvi podia decir con nobleza: «Es verdad que yo he impelido imprudentemente á Pio VII al precipicio, que he hecho viajar por alta mar á un anciano que no debe dejar nunca su puesto; pero tambien es cierto que he vuelto á poner en su verdadera ruta á la barca de San Pedro. ¿Qué venís á pedir? ¿Qué mal ó qué bien habeis hecho para compararos conmigo? que puede el mal ser un bien cuando de él resulta una obra maestra de talento. Retiraos! yo conduje al abismo, mas despues lo he sondeado y conozco las profundidades en las cuales no volveremos ya á sumirnos. Tal vez vos curaríais al gobierno pontificio acusándole; yo le curaré sosteniendo que la razon estuvo siempre de su parte. El afecto, el reconocimiento, la clemencia de Pio VII harán que mis reclamaciones sean escuchadas; creo que os debeis retirar.»

Despues de una audiencia de despedida en que Luis XVIII, que era en alto grado atento y considerado, dulcificó en parte los disgustos de monseñor Della Genga, este regresó á Italia lleno de tristeza, pero encantado de las atenciones del rey. Este príncipe envió varias veces á Montrouge al arzobispo de Reims, monseñor Perigord, á preguntar cómo estaba el arzobispo de Tiro, quien, de resultas de sus altercados con el cardenal Consalvi, habia caido enfermo y se hallaba retirado en aquella aldea.

A últimos de octubre monseñor Della Genga tomó la vuelta de Monticelli, advirtiendo durante el viaje que en las posadas se huía de encontrarle. Hallábase tan devorado por los sufrimientos que su presencia parecia que inspiraba compasion y espanto, y estos sentimientos que observaba en los demás le llenaban de terror el alma, haciéndole pensar frecuentemente que seria bueno aproximarse á Monticelli. Siquiera allí, entre personas queridas, conocidas y ligadas á él por la gratitud á los beneficios que les dispensára, podria visitar el sitio donde habia de descansar en paz aguardando el juicio del Señor. Mas Dios, que no se cansa de ser bueno en favor de aquellos á quienes su prevision destina á llenar elevadas misiones,

habia de dar á su siervo, antes de llamarlo á sí, repetidas pruebas de la predileccion que por él tenia.

En 1816, monseñor Della Genga fué el primer cardenal nombrado, de los muchos que lo fueron en 8 de marzo. Entre ellos se contaba un amigo de nuestro prelado, monseñor Vidoni, sujeto distinguido de los Estados italianos del emperador de Austria, el cual era muy bien recibido siempre en todas las reuniones de Roma, donde se aplaudia constantemente su buen humor y su agudo y agradable ingenio, siendo tambien muy estimado del pueblo, porque era rico y caritativo. Las señoras extranjeras, principalmente las inglesas, le rogaron que les facilitase ver la ceremonia de la presentacion de las insignias de la púrpura, que suele verificar un secretario de embajada del Papa, pronunciando en aquel acto un discurso, al cual responde el nuevo purpurado manifestando su reconocimiento y entregando luego un regalo al prelado delegado para presentarlas. Se convino entre los cardenales Della Genga y Vidoni que recibirian al secretario de la embajada en un mismo palacio, y que podrian asistir los extranjeros á presenciar esta ceremonia. Convidóse á gran parte de la nobleza. El cardenal Della Genga pronunció su discurso con tanta dignidad, que todos los asistentes, aun los que pertenecian á diversos cultos, le dieron mil parabienes, expresándole al mismo tiempo su agradecimiento por su condescendencia en permitirles á ellos y á sus esposas presenciar un acto al que por lo regular no asisten señoras.

Mas adelante el cardenal Della Genga fué nombrado obispo de Sinigaglia, cuya diócesis gobernó por espacio de cinco años, aunque sin haber podido nunca ir á residir en ella.

Por aquel tiempo el célebre cardenal Litta ejercia las funciones de vicario de Su Santidad, cargo que, como es sabido, comprende la administracion espiritual de Roma. En 1820 el cardenal Della Genga le reemplazó en ese puesto, á que ordinariamente no es llamado sino algun individuo del Sacro colegio distinguido por su sólida é ilustrada piedad. Della Genga era además archipreste de la basílica de Santa María la Mayor y prefecto de la congregacion de la residencia de los obispos y de la inmunidad eclesiástica.

Encargado el cardenal vicario de velar con particularidad por las costumbres, puede encontrar á pesar suyo ocasiones de desplegar una severidad necesaria, que ofende á la vanidad, y de chocar con exigencias al querer impedir faltas, y esto dá con frecuencia lugar á quejas. El cardenal Della Genga lo veía todo por sí mismo, y tenía á su lado auxiliares muy escogidos y recomendables por su incorruptible probidad. No olvidaba que había de ejercer su saludable ministerio en una gran ciudad, poblada principalmente en invierno de infinidad de extranjeros no católicos, atormentados mas bien del deseo de divertirse que del de instruirse, y por lo mismo ejercía con moderacion suma la debida vigilancia, reprimía de antemano las faltas para no tener que castigarlas, daba consejos y advertencias, socorria la miseria, sostenía y afirmaba la virtud que estaba en peligro, y por efecto de las relaciones que forzosamente había de mantener con el cuerpo diplomático, se veían en él reunidos el hombre del mundo, el hombre conciliador, acostumbrado á vivir en las cortes, y el dignatario noble y cristianamente dedicado á su cargo. No olvidaba nunca las atenciones propias de la alta sociedad, procuraba impedir escándalos y evitar disgustos á la administracion de Consalvi, ocupada enteramente en agradar, atraer y proporcionar á Roma una fama quizás mas mundana de lo que debiera ser, y no descuidaba nunca el cumplimiento de sus deberes. Siempre que se hallaba á solas con Pio VII despachando negocios, Su Santidad le demostraba lo muy satisfecho que le tenía su comportamiento.

El cardenal Della Genga asistió el dia de San Luis á la fiesta dada por el rey de Francia. Un religioso trapense francés trató de informarle del objeto de su venida á Roma, cuando oímos al cardenal que le respondía con voz muy persuasiva: «Padre, venís acá á solicitar nuevos rigores para vuestra órden; y que, ¿no conocéis la mansedumbre y el sábio criterio que distinguen á la corte de Roma? No hablaré ya jamás al Papa de semejantes pretensiones.» Tratábase de imponer mortificaciones innecesarias á monjas trapenses de Inglaterra.

Para ver si conseguia restablecer del todo su salud, el cardenal tomaba los baños de Aquasanta, cerca de San Juan de

Letran, en donde conoció al administrador de los mismos, de quien hablaremos mas adelante en esta historia.

CAPÍTULO III.

Pio VII sufre una caída que pone en riesgo su existencia.—Háblase de los asuntos relativos al cónclave.—Miras diversas de los cardenales.—Partido del cardenal Severoli.—Partido del cardenal Castiglioni.—Monseñor Della Genga pertenece al primero de estos partidos.—Monseñor Cristaldi, tesorero.—Muerte de Pio VII.—Los tres jefes de órdenes escriben á los cardenales ausentes para invitarles á que asistan al cónclave.—Noticias preliminares acerca del cónclave.

Era ya llegado el momento en que Dios habia de indicar que iba á llamar á sí al cautivo de Savona y Fontaineblau, cuya vida se vió amenazada de resultas de una caída, que podia preverse seria mortal, atendida su avanzada edad. Al ver que quedaban á Pio VII pocos dias de existencia, se pensó desde luego en saber quién seria la persona destinada á tomar sobre sí la pesada carga de la dignidad pontificia. Andaba el Sacro Colegio dividido en dos partidos. Unos deseaban acabar con el influjo del cardenal Consalvi, á quien no querian por Papa ni por secretario de Estado, por haber alejado del poder, si bien por efecto de circunstancias que no le permitieron obrar con libertad, á muchos cardenales de mérito muy capaces de gobernar, como la Somaglia, Gregorio y otros. Todos ellos, unidos á los celantes, á los que creen que la política de Roma debe ser, con mas frecuencia de lo que hasta entonces habia sido, austera como el dogma, deseaban un Papa que restableciese la fuerza del poder eclesiástico. Por el contrario, otros cardenales, de acuerdo con los gabinetes de Austria, Nápoles, Cerdeña y Francia, procuraban elegir un Papa moderado y prudente, que aprovechándose de la benevolencia que Consalvi habia conciliado á la Santa Sede en toda Europa, continuase casi el mismo sistema de gobierno, que decian estaba ya enteramente experimentado. Así estaban todos animados de sentimientos laudables aunque diversos. El primer partido tenia puesto su pensamiento en el cardenal

Severoli, obispo de Viterbo, y antes nuncio en Viena, hombre sosegado, á quien con harta ligereza se habia creado una gran reputacion de obstinada severidad. El segundo partido se inclinaba al cardenal Castiglioni, obispo de Frascati, á quien los franceses habian perseguido en otro tiempo, cuando era obispo de Montalto, vanagloriándose despues de tenerle grande cariño. El cardenal Della Genga por una multitud de relaciones y simpatías, pertenecia al primer partido.

A principios de 1823 hubo disidencias entre el cardenal Della Genga y monseñor Cristaldi, tesorero general (ministro de Hacienda), conocido por uno de los prelados celantes mas decididos, quien, aunque sin entrada en el cónclave, podia ejercer en él cierta influencia.

Cristaldi tenia muy guardadas en sus manos las llaves del Tesoro. Aunque podia acusarse de complacencias en favor de las opiniones y decisiones del cardenal Consalvi, profesaba el principio de que, sin un rigor quizás excesivo, estaba en la naturaleza de un gobierno como el de Roma, donde la soberanía se da por los cardenales reconocidos de derecho electores, el verlos á todos ir imprudentemente á sacar fondos del Tesoro. Animado de este celo el Sully romano, habia osado resistir hasta con violencia al cardenal vicario, quien solo pedia un simple acto de justicia á favor de un acreedor tratado con cierta parcialidad. El altercado tuvo un carácter tan vivo, que se pensaba generalmente que, si algun dia los votos de la mayoría elevaban al trono al cardenal Della Genga, el tesorero perderia inmediatamente su empleo. Ya veremos como entendió la venganza este cardenal, que en dos ocasiones fué tan vivamente ofendido.

Pio VII espiró el 20 de agosto de 1823, como lo hemos dicho al referir su historia, extinguiéndose aquella vida tan pura, tan sábia y tan fuerte en muchas circunstancias. Procedióse inmediatamente á las funciones que siguen al novenario.

Muerto el Sumo Pontífice, tomó el cardenal camarlengo la autoridad en Roma para gobernar de acuerdo primero con los tres cardenales jefes de órden, como se explicará mas adelante, y luego con los que debian ser designados, segun la preferencia del puesto, en los tres órdenes de cardenales.

En 21 de agosto los tres primeros jefes de orden dirigieron á los cardenales ausentes una carta concebida como sigue :

« Reverendísimo Padre y Señor en Jesucristo, hermano y
« carísimo compañero, salud y caridad sincera en nuestro
« Señor.

« Ningun acontecimiento podia excitar en nosotros un do-
« lor mas amargo, ni causar á todas las personas honradas ma-
« yor duelo que la noticia que participamos á V. S. Rma. cum-
« pliendo con la de nuestros predecesores y el deber de nues-
« tro cargo. El Sacro Colegio ha perdido un Padre digno de
« cariño, la cristiandad su mayor ornamento, y la Iglesia su
« esposo visible y su jefe en la tierra.

« Nuestro Santísimo Padre y Señor en Jesucristo, cuya sa-
« biduría y virtud eran para nosotros á modo de un puerto se-
« guro y un asilo de reposo, fué arrebatado ayer de la tierra, ó
« mas bien cambió, segun confiamos, los trabajos de esta vida
« pasajera por los gozos de la que no ha de tener fin. Y aunque
« debe servirnos de gran motivo de consuelo este cristiano pen-
« samiento, no podemos con todo excusarnos de sentir un do-
« loroso pesar cuando traemos á la memoria las raras y singu-
« lares cualidades que tanto admiramos en aquel Pontífice.
« Nunca se borrará de ella el recuerdo de sus costumbres tan
« suaves, de su piedad tan tierna con Dios, de su celo ardien-
« te por la Religion, de su admirable benevolencia para con
« todos, y en especial para nuestro Sacro Colegio, y de aque-
« lla firmeza, en fin, y constancia sacerdotal que ningun tiem-
« po bastará á borrar. Mas puesto que estamos todos ligados
« con el vínculo de una misma mortalidad, debemos reprimir
« nuestro dolor, y dar mas bien gracias á la inmensa bondad
« del Todopoderoso, por haber dado á su Iglesia semejante
« Pastor en circunstancias extraordinarias, y por haberle con-
« servado tan largo tiempo á nuestro afecto.

« Entre tanto, poniendo los ojos en el estado de viudez en
« que se halla la Iglesia, nos apresuramos á proceder á lo que
« nuestro deber exige. Cuando hayamos cumplido, como es
« justo y segun la antigua costumbre, con nuestro Padre y ex-
« celente Soberano, nos retiraremos al cónclave apostólico pa-
« ra ocuparnos en el importante asunto de la eleccion de un

« nuevo Sumo Pontífice. Por lo cual, invitamos en el Señor y
 « requerimos á V. S. Rma. á venir á reunirse con nosotros lo
 « mas pronto posible, y cuando pueda hacerlo cómodamente,
 « para comunicar con nosotros sus consejos, su autoridad y sus
 « cuidados en un asunto tan importante.

« Por lo demás, hallándose V. S. Rma., aunque ausente,
 « unido con nosotros por los vínculos de una misma caridad,
 « no cese de implorar para nosotros, con sus fervientes ora-
 « ciones, el auxilio del cielo, á fin de que nuestros ànimos y
 « nuestros votos se conformen con las saludables inspiraciones
 « del Espítu divino.

« Dado en Roma en el palacio apostólico de nuestra con-
 « gregacion, con los sellos de los tres primeros de nosotros.—
 « *Rafael Mazio*, secretario del Sacro Colegio.»

Los tres jefes de orden que en este lugar se mencionan eran: 1.º el cardenal de la Somaglia, decano, por el orden de obispos; 2.º el cardenal Fesch, por ausencia al principio del cardenal Firrao, primero del orden de presbíteros, y luego de los cardenales Ruffo Scilla, Brancadoro y Caselli, presbíteros mas antiguos que el cardenal Fesch; 3.º el cardenal Consalvi, por ausencia del cardenal Fabricio Ruffo, primero del orden de diáconos.

Vamos á dar ahora algunas noticias mas extensas acerca de las disposiciones de los ànimos en el Sacro Colegio, y en las diferentes embajadas y legaciones de Europa en Roma. Los gabinetes tuvieron tiempo para enviar sus instrucciones desde el momento en que la caida de Pio VII dió lugar á que se temiera que tendria funestos resultados.

CAPÍTULO IV.

Francia y Austria presentan un mismo candidato.—Explicase la formación del Sacro Colegio.—La inclusiva.—La exclusiva.—Cuartetas publicadas en Roma.—Discurso del duque de Laval-Montmorency, embajador de Francia á los cardenales reunidos en congregación.—Respuesta del cardenal decano.—Carta del rey Luis XVIII á los cardenales reunidos en cónclave.—Discurso del duque de Laval pronunciado en la reja del cónclave.—Respuesta del cardenal Galeffi.—Los franceses vencedores en España.

Francia y Austria, que no siempre en semejantes ocasiones se hallan de acuerdo, se reunían entonces ostensiblemente á otras cortes para conseguir que fuese elegido el cardenal Castiglioni. Es sabido que se eligen los Papas por dos terceras partes de votos sin contar el del candidato. El Sacro Colegio se compone en su totalidad de setenta cardenales, á saber: 1.º seis cardenales llamados *obispos suburbicarios*; es decir, obispos de Velletri, de Porto, de Santa Rufina y (Livita-Vecchia, de Frascati, de Albano, de Palestrina y de Sabina; 2.º cincuenta cardenales presbíteros, entre los cuales se cuentan muchos obispos y arzobispos de todos los países; 3.º catorce cardenales diáconos, pero de los cuales gran parte son sacerdotes. Nunca está completo este número de setenta; á veces hay de cincuenta y cuatro á sesenta cardenales (sesenta hay actualmente en octubre de 1842); pero, aunque nada impide que haya mayor número, habitualmente nunca llegan á setenta. El cardenal decano del Sacro Colegio es el jefe del orden de obispos; el cardenal presbítero mas antiguo es el jefe del orden de presbíteros, y el cardenal diácono mas antiguo lo es del orden de diáconos.

Para juzgar con acierto de las operaciones de un cónclave, lo primero que se practica es contar el número de los cardenales de diversos países, á quienes la edad, la salud y la distancia del lugar donde residen pueden permitirles ir á encerrarse en el cónclave; que es lo que hicieron cuidadosamente el duque de Laval, embajador de Francia, y el conde Appony, embajador de Austria. Luego se procura hallar donde estará la

inclusiva, y como podrá formarse la *exclusiva*. La *inclusiva* comprende cierto número de cardenales, entre los cuales se ha de elegir el Papa; la *exclusiva* comprende una cantidad de votos bastante considerable, para que la *inclusiva* no pueda bastarse á sí misma y decidir de la eleccion. Supongamos que el cónclave se componga de sesenta cardenales: las dos terceras partes de sesenta son cuarenta, y si á estos últimos se añade un voto mas, porque no puede contarse el del elegido, queda formada la *inclusiva*, y en el caso en que no haya que temerse defeccion, el nombramiento queda asegurado. La *exclusiva* por el contrario, debe tratar de componerse al menos de la tercera parte de los votos restantes, y para mayor seguridad, de un voto mas, porque veinte y uno impiden que los otros treinta y nueve puedan elegir. Los cardenales italianos son siempre los que forman el gérmen de la *inclusiva*, porque segun su opinion, que tiene algó de razonable, de entre ellos es de donde debe sacarse el Papa, acreditando la experiencia que esta marcha y este sistema son muy ventajosos á la gloria de la Santa Sede. Por eso se asegura que á las potencias no les queda mas que organizar la *exclusiva*, trayendo á ella á los cardenales de su nacion y á los cardenales sometidos á su influencia, ó independientes; y en fin, aquellos que no quieren manifestar desde luego la expresion de sus sentimientos.

Empezaban ya á divulgarse las publicaciones del género satírico ó laudatorio, que se hacen en tiempo de cónclave y que son propias del espíritu de Roma (1). En ellas se pasa revista á todos los cardenales, sin excepcion alguna. Voy á trascribir las cuartetas de que pueden tener cabida en un libro sério:

(1) Nodari habla de estas libertades romanas que él llama « Sales Romanorum, » en una obra titulada « Vitae Pontificum Romanorum Pii VI, Pii VII, Leonis XII, addito commentario de Gregorio XVI, » en 8.º, Padua 1840. Con motivo del tratado de Tolentino que exigió de Roma tantas contribuciones, hace observar Nodari el memorable afan con que los sobrinos de Pío VI se impusieron enormes sacrificios. Acerca de lo cual este autor se explica así: « Pii VI nepotes eo largiores visi, quo incitatio ad proprios Romanorum sales acuendus occasio fuit. » Tambien habla Nodari en la pág. 85 de las « Satyricas argutias » con que se encontró Consalvi en Roma despues de haber firmado en Francia el concordato de 1801. Citaré con frecuencia la obra de Nodari.

*La Bolla celebre
Di Fontaineblò
Il Bertazzoli (1)
Caratterizzò*

En cuanto á Bertazzoli, con la célebre Bula de Fontainebleau, está dicho todo.

*Chi vuol che tolgasi
Tanta gramaglia
Che cuopre il Tempio,
Scelga Somaglia (2)*

Quién quiera que se quite tanto luto como cubre al templo, escoja á Somaglia.

*Potrebbe eleggersi
Prudentemente
Il buon Galeffi (3)
In tal frangente.*

En tal ocasion, obrando prudentemente, podria elegirse al buen Galeffi.

*Fò punto: e il cielo
Prego, ci salvi
Da un uom despoticò
Qual è Consalvi (4).*

Hago punto, y ruego al cielo nos libre de un hombre despótico como Consalvi.

*Chi vuol che il Papa
Ci racconsoli,
I voti purga
Per Severoli (5),*

Quién quiera que el Papa nos vuelva á consolar dé su voto á Severoli.

*Chi vuol che l'ordine
In tutto venga,
Pregbi che scelgasi
Il Della Genga (6),*

El que quiera que se ponga órden en todo, haga votos para que sea elegido Della Genga.

Se in bando voglionsi

Si se quieren ver desterrados tan-

(1) Créfase que el cardenal Bertazzoli, siendo prelado, mientras el caufiverio de Pio VII en Fontainebleau, le habia dado consejos de que habia tenido despues que arrepentirse. (Véase la «Historia de Pio VII.»)

(2) El cardenal decano del Sacro Colegio, hombre de órden, de quien mucho habrá que decir en esta historia.

(3) El cardenal Galeffi gozaba de honrosa reputacion.

(4) El que fué secretario de Estado, cuyos servicios se olvidaron muy pronto y á quien se acusaba de una falta grave que quizás habia sido inevitable.

(5) Tenia contra sí al Austria de resultas de las contestaciones ocurridas mientras fué nuncio cerca de Francisco I.

(6) El mismo cardenal que es objeto de esta historia.

*Tanti Bricconi
Pregate, ò popoli,
Per Opizzoni (1).*

tos bribones, rogad oh pueblos por
Opizzoni.

Se conocerá luego fácilmente que todos estos juicios emanaban de un amigo de los Celantes.

No copio los del partido contrario, y mucho menos los del partido amante de las revoluciones, que en ninguna parte faltan espíritus de contradicción, violentos, perversos, ó presuntuosos, bastando lo que he citado para dar á conocer estos abusos, no de la prensa, sino de las noticias manuscritas que atormentan á Roma en esos borrascosos tiempos.

Es costumbre que durante el novenario los embajadores y ministros extranjeros vayan á visitar á los cardenales reunidos en congregacion general bajo la presidencia del cardenal decano. El duque de Laval-Montmorency, embajador de Francia, fué á llenar este deber y pronunció el siguiente discurso.

«Embajador del rey cristianísimo, tengo la honra de presentar á Vuestras Eminencias un anticipado testimonio de la profunda afliccion de que se hallará penetrado el hijo primogénito de la iglesia al saber la deplorable pérdida del Sumo Pontífice, que fué la admiracion del mundo por el esplendor de sus virtudes en el trono y por su constancia en la adversidad. Vuestras Eminencias tenian ya una prueba de estos sentimientos, y no pueden ignorar con que piedad verdaderamente filial se habia manifestado el tierno afecto del rey cristianísimo, cuando á pesar de hallarse ocupado con una guerra y con las dificultades de la victoria con que coronó el cielo sus magnánimos designios, tuvo aquel gran príncipe la delicada idea de aliviar los padecimientos del Padre Santo. Mas la Divina Providencia, por sus altos decretos, llamó á sí á nuestro comun Padre. Hoy nuestro consuelo se funda en este imponente concierto de talentos, luces, experiencia y elevacion pura y religiosa reunidos en este recinto.

«Todas nuestras esperanzas estan puestas en ese espíritu

(1) El cardenal Opizzoni es aun arzobispo de Bolonia, y un cardenal de grandísimo mérito.

«evangélico, herencia celestial que Vuestras Eminencias han recibido sobre la tumba del santo objeto de nuestra aflicción. «Vuestros compañeros naturales de Francia se dan prisa en acudir á donde su mision les llama, y pronto van á llegar para asociarse á Vuestras piadosas inspiraciones. Despues de haber cumplido este triste y honroso deber, séame permitido ofrecer á Vuestras Eminencias el homenaje particular de mi veneracion hácia el sacro colegio.

En esta audiencia los jefes de órden no tenian puesto especial, sino que todos los cardenales estaban clasificados, por órden de antigüedad, en cada uno de los tres órdenes de obispos, presbíteros y diáconos.

El cardenal decano contestó sustancialmente, que el sacro colegio, en medio de su dolor, experimentaba un verdadero consuelo por la anticipada seguridad que recibia de los sentimientos de S. M. Cristianísima. Habló extensamente, y con elogio, de la religiosidad de la casa de Borbon, de su constante adhesion á la Santa Sede, de sus gloriosos esfuerzos contra la impiedad, ó como él dijo, la falsa filosofía. Admiró la magnanimidad del rey en su empresa de arrancar á un príncipe de su sangre del poder de crueles enemigos; la gloria de sus ejércitos al ver restablecer en la península la Religion sobre sus altares y la monarquía sobre sus bases. Manifestó que las apariencias dejaban pensar que la próxima llegada de los cardenales franceses permitiria al sacro colegio dar una prueba de deferencia y respeto á los deseos del rey Cristianísimo, concluyendo con palabras lisonjeras acerca de los principios religiosos y políticos y tocante al apellido del embajador del rey.

Convino en que en vez de celebrarse el cónclave en el Vaticano, se reuniria en el Quirinal, ocupando la larga ala del palacio que da á la hermosa calle que conduce á la puerta Pia. Con ese objeto se cerró la calle por la parte que dá á Mediodía y por la que dá al Norte hácia las cuatro fuentes. En cuanto á la parte interior del cónclave, determinóse que serviria de límite la pared que cierra el jardin del Papa, » y que estaria prohibido disfrutar del jardin á todas las personas encerradas en el cónclave, aun á los cardenales, á fin de seguir escrupulosamente las intenciones de los Pontífices que tendian á hacer

lo mas desagradable posible la permanencia del cónclave, y á acelerar de este modo la eleccion.

Los cardenales entraron en el cónclave el dia 2 de setiembre. Los embajadores fueron á visitarlos uno tras otro en sus celdillas, cerrándose el cónclave á las tres de la noche (las tres de la noche, segun dicen en Italia, son las tres despues de anochecer, y correspondian en aquella temporada á las nueve de la noche á poca diferencia).

En 3 de setiembre los cardenales dieron principio á sus operaciones vestidos de la *croccia* (especie de gran manto morado).

En 14 de setiembre habian ya llegado casi todos, y el mismo dia el duque de Laval llevó con gran ceremonia al cónclave dos cartas del rey de Francia dirigidas al Sacro Colegio. Vamos á copiar la que se escribió en contestacion al parte del fallecimiento de Pio VII, y la que se comunicó primeramente por copia á monseñor Mazio.

« Mis muy queridos y muy amados primos. El arzobispo
 « de Nisibi (monseñor Macchi) nos ha entregado la carta con
 « que nos enterais del fallecimiento del Papa Pio VII. Este fu-
 « nesto acontecimiento nos ha causado un vivísimo pesar, el
 « cual debemos muy particularmente á su memoria. Nos, hijo
 « primogénito de la Iglesia, y debe ser reconocido por tanto
 « mas sincero, cuanto un homenaje prestado á las eminentes
 « virtudes, á la superior ilustracion, y al firmísimo valor que
 « ha mostrado siempre aquel digno sucesor de San Pedro en
 « medio de las muchas y grandes adversidades que han hecho
 « célebre su Pontificado. Nunca olvidaremos lo muy particu-
 « larmente que le estamos obligados por la tierna solicitud con
 « que se ocupaba de todo lo que concernia al bien de la Iglesia
 « de nuestro reino; y al paso que este recuerdo acrecienta lo
 « sensible de su pérdida, nos suministra un gran motivo de
 « consuelo la esperanza de que Dios se dignará auxiliarnos con
 « sus inspiraciones al proceder á la eleccion que vais á hacer
 « de un nuevo Sumo Pontífice. Para sucesor del que lloramos,
 « nombrareis una persona capaz de gobernar bien y de dirigir
 « los asuntos de la Iglesia con el espíritu de conciliacion, de
 « justicia y de seguridad que debe ser la principal dote del
 « Padre comun de los fieles. Entre vosotros se halla el que está

«destinado á ejercer este ministerio, el mas importante de
 «cuantos puede encomendar Dios á los hombres. Rogamos en-
 «carecidamente al Espíritu Santo que os colme de sus luces, y
 «os dirija en una eleccion en que nos interesamos en gran ma-
 «nera. Aprovechamos esta ocasion para asegurarnos nuestro
 «sincero aprecio y verdadero afecto, y quedamos rogando á
 «Dios que os tenga, muy queridos y muy amados primos, en
 «su santa y digna guarda. En París, á 5 de setiembre de 1823.
 «—LUIS.— Refrendado: *Chateaubriand*.

Vamos á decir algo de la ceremonia que tuvo lugar al pre-
 sentar esta respuesta y las credenciales del embajador. Antes
 de llegar al palacio Quirinal, recorrió parte de la ciudad el
 acompañamiento del duque de Laval, precedido de un cóche
 en que iba el primer secretario de la embajada, llevando pues-
 tas sobre un cogin de terciopelo carmesí las cartas de S. M. El
 embajador fué recibido por el príncipe Chigi, mariscal perpé-
 tuo del cónclave, y conducido despues, por la escalera princi-
 pal, á un postiguillo cerrado con anchas rejas, donde se ha-
 llaban los tres jefes de órden de aquel dia (1). El embajador
 pronunció allí el siguiente discurso:

«Emmos. Sres.: El servicio del rey mi amo me trae por
 segunda vez ante Vuestras Eminencias reunidas.

«S. M. Cristianísima me ha colmado de un nuevo beneficio
 al mandarme que presente al Sacro Colegio reunido en cóncla-
 ve estas cartas, de las cuales la primera contiene un solemne
 testimonio de la afliccion del rey Cristianísimo, y de su pesar
 en el cual toman parte treinta millones de franceses. Y cierta-
 mente que seria perjudicar los sentimientos de aquel soberano
 tener la temeridad de añadir algo á sus expresiones tan no-
 ble y tan religiosamente inspiradas. La segunda carta de S. M.

(1) Durante el cónclave ejercen el gobierno tres cardenales: uno del órden
 de obispos, uno del órden de presbíteros y otro del órden de diáconos. Cada
 terna dura en el gobierno tres dias. Entran á formarla desde el primer dia el
 decano jefe del órden de obispos, el primero de los presbíteros, y el primero de
 los diáconos; sucediéndoles despues el segundo obispo, el segundo presbítero y
 el segundo diácono, y así sucesivamente. Se vé, pues, que no siendo los obis-
 pos mas que seis, y no llegando ordinariamente el número de los diáconos mas
 que á nueve ó diez, toca á los obispos y á los diáconos gobernar mas veces
 que á los persbíteros, que frecuentemente son treinta y tres ó cuarenta.

es relativa á la confianza con que se ha dignado honrarme, facultándome para proseguir cerca de Vuestras Eminencias los trabajos de mi mision, y daros á conocer los deseos del rey en estas circunstancias, que infunden cierto miedo por las consecuencias que pueden tener para la sociedad entera. Descúbrese la piedad de Hijo, tal como es en sí, en las magníficas palabras que dirige á vuestras Eminencias tocante á la eleccion del sucesor de San Pedro: *Entre vosotros se halla el que está destinado á ejercer este ministerio, el mas importante de cuantos puede encomendar Dios á los hombres.*

« El príncipe cristianísimo ruega encarecidamente al Espíritu Santo que os colme de sus luces y os dirija en una eleccion que vuelva á dar pronto á la cristiandad el padre de que está huérfana. Despues de las borrascas, los tiempos y los pueblos demandan reposo, y quieren un Papa cuya prudencia sea tan vasta como el imperio de la religion; cuya caridad extensa como el mundo, atraiga á los mas distantes y enternezca á los mas rebeldes; un Papa que preserve, que cure, que concilie. ¡Quiera el cielo elegir por vuestro conducto un digno heredero de esos dos Pontífices que al cabo de una larga carrera han desaparecido con aquel indefinible grado de perfeccion que las desgracias añaden á las grandes virtudes!»

Fácil es ver que Bossuet inspiraba al embajador. El cardenal Galeffi, jefe del orden de obispos, le respondió con el siguiente discurso:

«En los sentimientos que acaba de manifestar el señor embajador, con sujecion á las órdenes de su soberano Luis décimo octavo, el Sacro Colegio, en cuyo nombre tengo la honra de hablar, reconoce en los sentimientos del rey los que animaban á los antiguos y augustos soberanos de Francia, á quienes su celo y adhesion á la religion católica les valieron justamente el título de reyes Cristianísimos y de hijos primogénitos de la Iglesia. Las lágrimas que consagra Luis XVIII á la dolorosa pérdida que hemos experimentado en la persona del Papa Pio VII, atestigua la sinceridad del filial afecto que le profesaba, y me atreveré á decir que eran muy debidas á la memoria del Supremo Pastor que dió á S. M. y á toda la nacion francesa tantos testimonios de paternal cariño.

«El Sacro Colegio recibe con la mayor satisfaccion, y con
«la mas sincera y respetuosa gratitud, la expresion de los de-
«seos de S. M. Cristianísima que el señor embajador le ofrece;
«pero le es imposible al Sacro Colegio acrecentar en lo mas
«mínimo el alto aprecio que hace, y la aventajadísima opinion
«que tiene de la augusta persona de dicho monarca.

«Los gloriosos hechos y las nobles empresas de S. M. para
«sostener la Religion, no solo en sus vastos Estados, sino en
«país extranjero, han probado completamente á todo el uni-
«verso el verdadero celo de S. M. en favor de la Santa Madre
«Iglesia, y su real y eficaz resolucion de mantener con todo
«su poder los derechos del altar y del trono, de lo cual guar-
«darán eterna memoria las mas remotas generaciones.»

Al pronunciar estas palabras, el cardenal Galeffi se volvió
sonriendo hácia el [cardenal Della Genga, que representaba
aquel dia al órden de presbíteros, y que habia debido tomar
parte en la redaccion del discurso. El cardenal Della Genga,
el mas á la vista despues del cardenal Galeffi, á cuya derecha
se hallaba, aunque guardó al principio la inmovilidad mas
completa, no pudo menos de manifestar su asentimiento, el
cual dió lugar á creer que habia solicitado la insercion de
aquellas últimas palabras.

El cardenal Galeffi, inclinando luego la cabeza hácia la re-
ja donde el embajador estaba esperando el fin del discurso,
continuó diciendo :

«El Sacro Colegio debe asimismo manifestar al señor em-
«bajador su gran satisfaccion por la noble mision extraordi-
«naria con que su soberano le ha honrado. Como digno here-
«dero de Mateo II, condestable de Montmorency, que, por su
«invencible valor y su singular prudencia, mereció el renom-
«bre de grande, el señor embajador ha imitado perfectamen-
«te sus gloriosos ejemplos, pues, si fiel el uno á los deberes
«de la Religion y leal á Luis VIII, poseyó toda su confianza
«hasta el punto de verse destinado á servir de tutor á su au-
«gusto vástago (1), el otro igualmente constante en su Reli-

(1) En esto debe haber una leve equivocacion. Mateo II no fué tutor del
hijo de Luis VIII (Luis IX), pues la tutela y la regencia tocaron á Blanca de

«gion y en su fidelidad al rey, en medio de los largos infor-
«tunios de esa Real familia, ha obtenido asimismo toda la con-
«fianza de su soberano, quien la manifiesta en las nobles mi-
«siones con que le honra. ¡Quiera el cielo conservar tan digno
«monarca y tan digno ministro!»

Enternecióse el duque de Laval, y luego conversó con casi todos los cardenales, que sucesivamente iban pareciendo detrás de la reja. El cardenal Della Genga dirigió dos veces á Laval expresiones muy obsequiosas para el rey, y rogó al embajador que ofreciera á S. M. la protesta de una particular y antigua gratitud de Montrouge, á lo cual el embajador respondió con el agrado que acostumbraba. Ofrecia por cierto un singular espectáculo el de aquellas conversaciones tan animadas con una reja en medio: hubo un momento en que gran número de cardenales se acercaron mucho mas, y casi en tropel, porque el embajador que no acertaba á separarse de ellos, les daba algunas explicaciones mas circunstanciadas, y parecia tomar nuevamente la palabra contra las severas reglas de la etiqueta. Por lo demás, dijo cosas que causaron una impresion muy viva.

«Vuestras eminencias saben, señores cardenales, que acontecimientos grandes y terribles, así para vosotros como para nosotros, dieron terribles golpes á todas las instituciones, á todas las existencias anteriores, sin que no obstante (así lo ha querido Dios), se interrumpiese nunca la presencia de un ministro del rey en algun cónclave, lo mismo en el que dió á la Iglesia Pio VI, en el último de Venecia del que resultó la eleccion de Pio VII. Este derecho, el único que se ha salvado durante tantos desastres, se ejerce hoy como en los mas sosesgados tiempos de la historia. Observamos la misma dignidad de costumbres en la púrpura, el mismo afecto en el rey de Francia, el cual ha estado siempre presente entre vosotros; el

Castilla, madre del mismo Luis IX. Mas es cierto que cuando, aprovechándose de la minoría del rey y de la regencia de una señora, creyeron los grandes vasallos de la corona llegada la ocasion de sublevarse; Blanca de Castilla, ayudada por los consejos del legado del Papa, y principalmente por la valiente espada del condestable Mateo II de Montmorency, redujo á los rebeldes á la obediencia, y conservó íntegro el legítimo poder de su hijo.

mismo triunfo de nuestro culto, la misma proteccion de Dios á la Iglesia universal. En ninguna reunion semejante penetró jamás el espíritu de la revolucion, y los reyes cristianos tuvieron siempre un órgano libre en vuestras asambleas. Señores cardenales, la revolucion francesa puso el pié en todo el continente menos en un cónclave (1).»

Estas últimas palabras, pronunciadas con una naturalidad llena de tierna satisfaccion, fueron recibidas con un lisonjero murmullo.

El duque de Laval volvió á su palacio precedido de la misma comitiva, la cual pasó por los barrios mas suntuosos de la ciudad, y en la plaza del Pópolo fué á tomar la calle del Corso para atravesarla toda al regresar al palacio Simonetti. Habian llegado por el mismo tiempo noticias de los felices sucesos alcanzados por las armas francesas en España, con lo cual en el magnífico banquete que siguió á la ceremonia, toda la nobleza de Roma fué por la noche á felicitar al embajador por nuestras victorias y por su discurso.

CAPÍTULO V.

Discurso del conde Appony al cónclave.—Respuesta del cardenal Arezzo.—

Hállanse presentes al escrutinio y al acceso cuarenta y nueve cardenales

—Diferentes modos de eleccion.—Formalidades previas.—Escrutadores.—

Enfermeros.—Forma de las cédulas.—Juramento.—Depósito y recuento de los votos.

A los dos dias el conde Appony, embajador de Austria, fué á presentar sus credenciales con una imponente comitiva que no desdecia de la del duque de Laval.

La carta de pésame que dirigia el emperador Francisco por la muerte de Pio VII, contenia elogios debidos á sus grandes

(1) En 1775 el cardenal Bernis fué embajador interior de Luis XVI en el cónclave. En 1800 Luis XVIII estuvo representado, reservadamente, mas de un modo bastante directo, por el cardenal Maury. Tocante al primer cónsul que gobernaba entonces la Francia, no tuvo la mas pequeña influencia en el cónclave, ni la autoridad consular pudo tomar la menor parte en nada de lo que allí pasó. Véase la «Historia del Papa Pio VII.»

virtudes, y principalmente á la fortaleza de alma de dicho Sumo Pontífice. Otra carta de S. M. anunciaba que además del cardenal Albani estaba designado el conde Appony, para ser intérprete de las intenciones de S. M. el emperador y rey cerca del sacro colegio, y encargado de la honrosa mision de manifestarlas á los cardenales. S. M. deseaba que esta embajada fuese un público y solemne testimonio de su religioso respeto á la Iglesia católica y la Santa Sede apostólica, ofreciendo el emperador en todos tiempos su apoyo y el de sus Estados, á fin de que estuviese defendida la seguridad de los cardenales electores, y asegurada en el cónclave la libertad de los sufragios. El augusto César pedía con preferencia á otra cualquiera consideracion, que se eligiese para sucesor de Pio VII á una persona que en las difíciles circunstancias de aquellos tiempos brillara por su piedad, amor á la justicia, ciencia, prudencia é inclinacion á la paz y concordia; un Sumo Pontífice que se adhiriese sinceramente al saludable principio de la alianza europea (esto envolvia una mencion indirecta de la santa alianza que inducia por aquel tiempo á los mas poderosos príncipes á conservar y sostener el legítimo orden de cosas); un Papa, en fin, adornado de las prendas propias del mejor pastor de la Iglesia, exentas de toda parcialidad, y características del Padre comun de los fieles.

El embajador declaraba que se traía entre manos un negocio de gravísima importancia, que el emperador fiaba en la prudencia y en las virtudes de los cardenales electores, y prometia pleno asentimiento á la eleccion que satisfaciese los intereses de la religion, el honor de la santa Sede Romana, el reposo de la Italia y del mundo, los deseos de la Iglesia entera, y la expectacion de todos los pueblos.

A este discurso, pronunciado con dignidad en lengua latina, el cardenal Arezzo, jefe aquel dia del orden de obispos, contestó á nombre de todos los cardenales presentes, que estaban agradecidos al emperador por sus nobles y generosas proposiciones referentes á la seguridad y á la libertad del cónclave. Al concluir observó que el Sacro Colegio vivia en la mas completa confianza, viendo que Dios, por efecto de su bondad y benevolencia, habia reservado para los dias de una pa-

cificacion universal de Europa la grande obra de la eleccion del Sumo Pontífice.

Pretendióse que fué extraordinario el discurso del conde Appony, para lo cual era menester mucha malevolencia y bastante ignorancia de acontecimientos pasados, pues aquella arenga estaba concebida casi en iguales términos que la que pronunció Kaunitz en el cónclave de 1774.

No será por demás ahora hablar de los cardenales que despues de varias tentativas para separarse ó entenderse iban á proceder á la eleccion del sucesor de Pio VII. El órden de cardenales obispos suburbicarios estaba completo, y se componia de los cardenales de la Somaglia, decano; Pacca, subdecano y camarlengo; Spina, Galeffi, Arezzo y Castiglioni. El órden de cardenales presbíteros, que debia componerse de cincuenta, no constaba sino de treinta y tres individuos presentes; y habia solamente diez del órden de diáconos que debe componerse de catorce. De modo que eran en todo cuarenta y nueve votantes.

Todo el mundo sabe lo que es un escrutinio ordinario, pero quizás no se sabe tan bien lo que es en un cónclave el acceso: es el complemento del escrutinio cuando este no produce resultado. Voy á tomar de mi *Historia de Italia* (pág. 293) un trozo que creo necesario reproducir, añadiéndole algunas noticias que no inserté en mi *Historia de Pio VII*. Con él pienso que quedará explicado completamente todo lo que pasa en un cónclave cada mañana y cada tarde para hacer el escrutinio y el acceso.

Antes habia tres modos de eleccion: 1.º La *adoracion*, que era un acuerdo general para nombrar inmediatamente á una persona sin ninguna contradiccion y sin escrutinio, de lo cual son un ejemplo los Papas Gregorio XIII y Sixto V: 2.º El *compromiso*, de que puede servir de ejemplo el Papa Clemente V, francés: 3.º El *escrutinio*, que es la forma ordinaria. Cada dia se hacen dos escrutinios: al primero, si no es definitivo, sigue el acceso, que es su complemento; y cuando no resulta eleccion por la mañana, se procede por la tarde á otro segundo escrutinio, seguido de otro acceso.

Para formar cabal idea de las formalidades prévias del es-

mision en Baviera, y cuya presencia de ánimo y la firmeza de que dió pruebas en ciertos momentos, le hacian seguramente digno de algunas consideraciones. En fin, Consalvi podia decir con nobleza: «Es verdad que yo he impelido imprudentemente á Pio VII al precipicio, que he hecho viajar por alta mar á un anciano que no debe dejar nunca su puesto; pero tambien es cierto que he vuelto á poner en su verdadera ruta á la barca de San Pedro. ¿Qué venís á pedir? ¿Qué mal ó qué bien habeis hecho para compararos conmigo? que puede el mal ser un bien cuando de él resulta una obra maestra de talento. Retiraos! yo conduje al abismo, mas despues lo he sondeado y conozco las profundidades en las cuales no volveremos ya á sumirnos. Tal vez vos curaríais al gobierno pontificio acusándole; yo le curaré sosteniendo que la razon estuvo siempre de su parte. El afecto, el reconocimiento, la clemencia de Pio VII harán que mis reclamaciones sean escuchadas; creo que os debeis retirar.»

Despues de una audiencia de despedida en que Luis XVIII, que era en alto grado atento y considerado, dulcificó en parte los disgustos de monseñor Della Genga, este regresó á Italia lleno de tristeza, pero encantado de las atenciones del rey. Este príncipe envió varias veces á Montrouge al arzobispo de Reims, monseñor Perigord, á preguntar cómo estaba el arzobispo de Tiro, quien, de resultas de sus altercados con el cardenal Consalvi, habia caido enfermo y se hallaba retirado en aquella aldea.

A últimos de octubre monseñor Della Genga tomó la vuelta de Monticelli, advirtiendo durante el viaje que en las posadas se huía de encontrarle. Hallábase tan devorado por los sufrimientos que su presencia parecia que inspiraba compasion y espanto, y estos sentimientos que observaba en los demás le llenaban de terror el alma, haciéndole pensar frecuentemente que seria bueno aproximarse á Monticelli. Siquiera allí, entre personas queridas, conocidas y ligadas á él por la gratitud á los beneficios que les dispensára, podria visitar el sitio donde habia de descansar en paz aguardando el juicio del Señor. Mas Dios, que no se cansa de ser bueno en favor de aquellos á quienes su prevision destina á llenar elevadas misiones,

habia de dar á su siervo, antes de llamarlo á sí, repetidas pruebas de la predileccion que por él tenia.

En 1816, monseñor Della Genga fué el primer cardenal nombrado, de los muchos que lo fueron en 8 de marzo. Entre ellos se contaba un amigo de nuestro prelado, monseñor Vidoni, sujeto distinguido de los Estados italianos del emperador de Austria, el cual era muy bien recibido siempre en todas las reuniones de Roma, donde se aplaudia constantemente su buen humor y su agudo y agradable ingenio, siendo tambien muy estimado del pueblo, porque era rico y caritativo. Las señoras extranjeras, principalmente las inglesas, le rogaron que les facilitase ver la ceremonia de la presentacion de las insignias de la púrpura, que suele verificar un secretario de embajada del Papa, pronunciando en aquel acto un discurso, al cual responde el nuevo purpurado manifestando su reconocimiento y entregando luego un regalo al prelado delegado para presentarlas. Se convino entre los cardenales Della Genga y Vidoni que recibirian al secretario de la embajada en un mismo palacio, y que podrian asistir los extranjeros á presenciar esta ceremonia. Convidóse á gran parte de la nobleza. El cardenal Della Genga pronunció su discurso con tanta dignidad, que todos los asistentes, aun los que pertenecian á diversos cultos, le dieron mil parabienes, expresándole al mismo tiempo su agradecimiento por su condescendencia en permitirles á ellos y á sus esposas presenciar un acto al que por lo regular no asisten señoras.

Mas adelante el cardenal Della Genga fué nombrado obispo de Sinigaglia, cuya diócesis gobernó por espacio de cinco años, aunque sin haber podido nunca ir á residir en ella.

Por aquel tiempo el célebre cardenal Litta ejercia las funciones de vicario de Su Santidad, cargo que, como es sabido, comprende la administracion espiritual de Roma. En 1820 el cardenal Della Genga le reemplazó en ese puesto, á que ordinariamente no es llamado sino algun individuo del Sacro colegio distinguido por su sólida é ilustrada piedad. Della Genga era además archipreste de la basilica de Santa María la Mayor y prefecto de la congregacion de la residencia de los obispos y de la inmunidad eclesiástica.

cio C. ha de recibir dos sellos que sujetan las dobleces del papel con cera. Para estampar estos sellos, los cardenales se proveen de una considerable cantidad de marcas ó señales diversas, que no sea fácil conocer á quien pertenecen, y que sellen el primer dobléz de un modo seguro. En el cuarto espacio D, el cardenal elector escribe el nombre del cardenal á quien elige, despues de las palabras *Rev. D. meum, D. cardinalem*. En el quinto espacio E, se ponen otros dos sellos para cubrir el nombre del elegido, y despues se hace un dobléz F. En el sexto espacio se escribe un número cualquiera, por ejemplo, 95, ó 17 ú otro, y algunas palabras sacadas de la Sagrada Escritura, como *Exurge Domine; Dominus dixit; Dimitte servum; Omnia vanitas*. Luego se dobla la cédula por abajo. El último espacio queda en blanco.

Por el revés el billete está adornado con dos viñetas, cuyo objeto es cubrir lo escrito en la parte anterior, ó impedir que una vista perspicaz lea, á favor de la transparencia del papel, las letras muy marcadas que hubiese podido trazar alguna mano poco segura.

La primera operacion del *escrutinio* consiste, como se ha dicho, en el nombramiento de tres escrutadores, á quienes se junta, en caso necesario, igual número de *enfermeros*, encargados de ir á recoger los votos de los cardenales que guardan cama ó no pueden salir de sus celdas. El último cardenal diácono saca de una bolsa de damasco morado, despues de mezclarlas y revolverlas, las bolas en que están inscritos los nombres de todos los cardenales presentes en el cónclave. Luego de nombrados los escrutadores y los enfermeros, van á colocarse delante de la mesa del *escrutinio*, encima de la cual hay una cajita destinada á recibir, por una abertura que tiene en medio de la tapa, los votos de los cardenales enfermos. Los escrutadores la abren, la ponen boca á bajo, mostrando su parte interior, para que se vea que está enteramente vacía, y despues de cerrarla con llave, la entregan á los cardenales enfermeros.

El primero que se presenta en la mesa del *escrutinio* es el cardenal decáno: toma del primer vaso una cédula, se dirige á una de las otras mesas dispuestas al rededor de la capilla,

escribe su nombre, dobla el billete, le pone el primero y segundo sello, escribe el nombre del elegido, pone el tercero y cuarto sello, hace otro doblez, escribe el número y el texto de la Sagrada Escritura que ha escogido, y hace el último doblez. Esta operación se practica con bastante celeridad en los últimos días del cónclave, porque desde que comienza este se repite cuatro veces al día. Debe notarse además que los maestros de ceremonias dejan ya puesta en los cuatro puntos de la cédula indicados en los espacios C, y E la suficiente lácre para recibir la impresión de los sellos. Si al salir de la capilla se advierte que el escrutinio y el acceso han durado menos que de costumbre, se dicen á veces los vecinos: «Ya vamos haciéndonos prácticos.»

Cuando todos los cardenales por el orden de gerarquía, es decir, primero los cardenales obispos, luego los presbíteros y en seguida los diáconos, tienen ya escritos sus correspondientes billetes, el decano toma el suyo con dos dedos, lo levanta de modo que lo vean todos, se encamina al altar, hincando la rodilla, hace una breve oración, y al levantarse pronuncia el juramento, que como ya se ha dicho, está escrito con letras grandes sobre la mesa delante del altar. Los términos en que se halla concebido son los siguientes: *Testor Dominum qui me iudicaturus est, me eligere quem, secundum Deum, iudico eligi debere, et quod idem in accessu prestabo.* «Tomo por testigo á Dios, que me ha de juzgar, de que elijo al que juzgo que, segun Dios, ha de ser elegido, y de que lo mismo haré en el acceso.» Pronunciado el juramento, pone la cédula sobre la patena de un cáliz, la deja caer de la patena al cáliz, y vuelve á su puesto. Tras del decano, los cardenales enfermeros, aunque tal vez por su gerarquía no les corresponda, llevan su billete al altar, y hacen lo mismo que el decano, saliendo luego para ir sin tardanza á recoger los billetes de los enfermos. Despues de los enfermeros cada uno de los cardenales va llegando al altar, por su orden, presta el juramento, y deposita su voto. Está previsto el caso de un cardenal presente que habiendo podido ir á la capilla, no pudiese sin embargo moverse con facilidad, ni se hallase por lo tanto, en estado de llegarse á la mesa á escribir el voto, de tenerlo levantado con

los dos dedos y llevarlo al altar. En semejante caso el escrutador, que fué el último en salir por suerte, se llega al cardenal, le presenta las cédulas preparadas, recibe el boletín escrito ya, doblado y cerrado, oye el juramento, y levantando en alto la cédula va á ponerla en el cáliz con las de los demás votantes.

Los cardenales enfermeros que votaron despues del decano, pasan á la de sus compañeros enfermos, y les entregan una cédula arreglada y una copia del juramento. Los enfermos escriben, doblan y sellan su billete en la forma prescrita, y observan, auxiliados por los enfermeros, que deben estar siempre presentes las demás formalidades que observaron en la capilla los otros cardenales. Al enfermo que no pudiese escribir le está permitido valerse, á eleccion suya, de otro cardenal, quien se obliga á guardar religiosamente el secreto del voto. Vuelta la cajita á la capilla, los escrutadores la abren, examinan si hay tantas cédulas como cardenales enfermos, y practicado este reconocimiento, las van poniendo en el cáliz una á una.

El primer cardenal escrutador menea en seguida el cáliz, cubierto con la patena, en el que están revueltas las cédulas, las saca una tras de otra, y contándolas las deposita en el otro cáliz. Si acontece que el número de las cédulas no corresponde al número de los cardenales votantes, se queman inmediatamente todos los billetes sin mas formalidad. En el cónclave de que hablamos, á los pocos dias de comenzado, se hallaban en él cuarenta y nueve cardenales, debiendo haber por consiguiente cuarenta y nueve cédulas. En el caso de ser igual el número de las cédulas al de los votantes, se examina el resultado del escrutinio.

Con este objeto el primer escrutador saca del cáliz un billete, lo abre por medio rompiendo los sellos C, para descubrir el espacio D, en el cual está escrito el nombre del elegido; lee para sí este nombre, lo anota, y pasa luego el billete al segundo escrutador, que anota tambien el nombre, siendo solo el tercer escrutador quien lo pronuncia en alta voz. Al instante cada cardenal, provisto de antemano, de una hoja donde están impresos sin excepcion alguna los nombres de todos los

cardenales ausentes ó presentes, señala al nombre pronunciado el voto que acaba de tener. En la apertura de cada cédula que se saca del segundo cáliz, se guardan las mismas formalidades practicadas para la primera.

Si acontece que al examinar el resultado del escrutinio encuentra el primer escrutador dos cédulas juntas y unidas interiormente, de tal modo que pueda presumirse pertenecen á un solo votante, no valen mas que un voto cuando las dos son en favor de un mismo sujeto; si contienen dos nombres diversos, ambas se consideran nulas. Por lo demás, esta circunstancia no afecta en lo mas mínimo á la validez de lo restante del escrutinio, que es tan válido como si no hubiese habido dos billetes.—Leida en alta voz cada cédula por el último escrutador, la ensarta con una aguja enhebrada en un cordon de seda, por la parte D en que está impresa la palabra *Eligo*, y ensartadas todas las cédulas, el mismo escrutador ata uno con otro los dos extremos del cordon, y deposita el paquete en el otro cáliz, colocado en la mesa del escrutinio y que habia servido para recibir los votos la primera vez. Si de esta primera publicacion aparece á favor de una misma persona un número de votos igual á las dos terceras partes de cardenales presentes en el cónclave, esa persona resulta canónicamente elegida Papa. En semejante caso se termina todo con una verificacion exacta de las cédulas, que hace cada uno de los escrutadores confrontando los sellos, el número y el mote, y practicando otra formalidad que se referirá mas adelante, quedando de este modo consumada la eleccion.

Cuando no se reunen á favor de un mismo nombre las dos terceras partes de votos, se pasa al acceso; el cual, segun se tiene ya dicho, es una especie de complemento del escrutinio siempre que este no produce resultado.

Anúnciase el acceso, y en el acto cada cardenal va á tomar del segundo vaso una de las cédulas preparadas para el acceso, las cuales solo se diferencian de las del escrutinio en que á la palabra *Eligo*, *elijo*, se halla sustituida esta otra *accedo*, *accedo*, siendo por lo demás absolutamente igual la forma del billete y teniendo idénticas subdivisiones. Al fin de las palabras *accedo reverendissimo Dom. meo D. cardinali*, el elector escribe el

nombre del cardenal á quien accede, cuidando de nombrar otro diverso de aquel á quien eligió en el escrutinio, lo cual es de rigurosa obligacion; mas absteniéndose tambien de designar á persona que no haya tenido á lo menos un voto antes del acceso. Si el votante quiere absolutamente conservar su voto á aquel á quien antes lo diera, á la palabra *accedo* añade la palabra *nemine*; es decir, *no accedo á nadie*; y dobla su billete de la misma manera que los anteriores. Vese, pues, que el acceso es una especie de votacion de diversa forma; en él se repite todo cuanto se practicó para la formacion regular y exámen del escrutinio, inclusa la visita á los enfermos, exceptuando el juramento, que es el que no se renueva.

Extraidas del cáliz las cédulas y anotados y publicados los votos del acceso, como se ha dicho, se cuentan los votos que resultan de ambas votaciones, y se ve los que cada sujeto reúne. Si reunidos los votos dados en el escrutinio á favor de algun cardenal á los del acceso, llegan á las dos terceras partes, el primer escrutador examina delante de sus cólegas la validez de las cédulas del acceso, tomando el paquete de las cédulas ensartadas del escrutinio, y confrontando los sellos, los números y los motes puestos en ellas con los billetes correspondientes del acceso. Reconocida ya la identidad, entrega los billetes al segundo escrutador que hace la misma operacion, repitiéndola el tercero. El nombre del elegido es tambien objeto de un riguroso exámen, especialmente si hay dos cardenales del mismo nombre, por ejemplo dos Barberinis, dos Borghezes, dos Ruffos ó dos Dorias. El voto es nulo si se ha dado en el escrutinio y en el acceso á una misma persona; si es distinto y por consiguiente válido, el tercer escrutador, proclamando en alta voz el nombre del elegido, declara cuáles son los sellos, los números y los motes de cada elector, y extiende en seguida por escrito esta declaracion.

Se procede en seguida al recuento de los votos reunidos en ambas votaciones, la del escrutinio y la del acceso. Si en estos votos reunidos, un mismo cardenal no obtuvo las dos terceras partes de ellos, que es el número prescrito, sin contar su propio voto, todo lo hecho no produce el menor efecto, y hay que

volver á comenzar los trabajos de la eleccion (1); pero si de las votaciones reunidas del escrutinio y acceso aparece en favor de alguno las dos terceras partes de los votos, sin contar por supuesto el del cardenal que se eligiese á si mismo (cuya circunstancia ha hecho creer á algunos que se requiere un voto mas que las dos terceras partes), entonces queda efectuada canónicamente la eleccion. En tal caso se designan por suerte tres cardenales diáconos, que investidos luego del cargo de reconocedores ó revisores, examinan por última vez la operacion de los escrutadores. Si resulta que se ha hecho todo en regla, se *anuncia* la eleccion y se queman todas las cédulas, lo mismo que se quemaban en cada escrutinio seguido del acceso cuando no habia quien reuniese las dos terceras partes de votos.

Desde el momento en que se reconoce válida una eleccion, el último de los cardenales diáconos toca una campanilla, á cuya señal entran los maestros de ceremonias y el secretario del sacro colegio, volviendo á cerrarse inmediatamente la capilla. El cardenal decano y el cardenal camarlengo, en el caso de que el elegido no sea ninguno de estos dos, se dirigen juntos al cardenal en quien ha recaído la eleccion, el cual desde hace mucho tiempo ha sido constantemente alguno de los cardenales presentes, y le preguntan si la acepta. Lo que resta del ceremonial lo explicaremos cuando se haya verificado la eleccion á que esta historia se refiere.

(1) Entonces se queman los billetes. Los romanos que se hallan en la plaza inmediata están muy alerta para ver si por un cañon que todos conocen sale el humo de los billetes quemados. Si aparece humareda (fumata) no hay eleccion y se retiran todos.

CAPÍTULO VI.

Usos, derechos y pretensiones que ocurren en los cónclaves.—Se explica circunstanciadamente todo lo relativo á la exclusion.—Declaracion del cardenal Albani excluyendo al cardenal Severoli.—Disgusto de casi la totalidad del Sacro Colegio.—El conde Appony embajador extraordinario de Austria dirige una nota para sostener la declaracion del cardenal Albani.—Instrucciones dadas al duque de Laval.—Opiniones de este embajador respecto al caballero Vargas, embajador de España, en las circunstancias en que se encuentra el cónclave.—El cardenal Della Genga es elegido Papa.

Preciso es ahora referir algunas otras circunstancias de los usos, derechos y pretensiones que frecuentemente ocurren en los cónclaves. Francia, España y Austria, independientemente de los cálculos de *exclusiva*, ó de *inclusiva*, se creen con un derecho de *exclusion* que es una cosa muy distinta, es decir, que cuando parecen dirigirse los votos á favor de algun candidato que no sea acepto á alguna de estas cortes, cada una de ellas ejerce el derecho de excluir á un candidato, que esté próximo á reunir las dos terceras partes de votos exigidos, pero que no llegue á ser elegido. De modo que esta exclusion se pronuncia respecto á una probabilidad que parece fundada y temible, pero no respecto á una certidumbre. Empleada una vez por cualquiera de las tres potencias, semejante exclusion, que no se considera en Roma como un derecho positivo, esa potencia tiene que aceptar la eleccion de candidato que se haga luego, á menos que tambien á este le aplique otra exclusion alguna de las otras cortes privilegiadas; mas entonces puede referirse esta exclusion á algun sujeto que las otras dos cortes no repelen. Es en efecto raro que las tres cortes tengan iguales motivos de repugnancia, y aunque se las vea unidas es fácil advertir que estando en paz se hacen guerra (Tomo estos pormenores del primer volumen de la *Dominical*, pág. 202; con tanta mayor libertad cuanto que yo los escribí). Repito que en Roma se combaten, pero se respetan estas pretensiones al derecho de exclusion.

El cardenal Albani, embajador interior de Austria, en el cónclave ejerció este derecho contra el cardenal Severoli en favor del cardenal Castiglioni. La mayor parte de los italianos votaban, como se ha dicho, por el cardenal Severoli, á quien, por haber residido como Nuncio en Viena, se pretendia tachar de que conocia los planes y la marcha de aquella corte, como si el deber de un Papa no fuera muy distinto del de un Nuncio. Así pues el 21 de setiembre el Austria dió su exclusion á este cardenal, porque habiendo reunido veinte y seis votos en la mañana de aquel dia, se podia conjeturar que en la votacion de la tarde tendria el suficiente número de votos, que atendido el número de cardenales presentes entonces, era el de treinta y tres, pues formaban las dos terceras partes de votos sin contar el del candidato que no puede votar en favor suyo. En efecto, cuando resulta que un cardenal obtiene estas dos terceras partes, se abren los billetes para ver si el candidato ha dado el voto en favor suyo, lo cual nunca sucede.

Antes del escrutinio del 21 por la tarde, hubo una reunion de oponentes, á la cual concurrieron los cardenales Albani, Fabricio Ruffo, Solaro y Hæffelin, quienes pensaron que no debia perderse un solo instante para declarar la exclusion en nombre del Austria. Por lo mismo, en el momento en que se iba á comenzar á firmar las cédulas, el cardenal Albani entregó una nota concebida en los siguientes términos :

«En calidad de embajador extraordinario que soy del Austria cerca del Sacro Colegio reunido en cónclave, calidad «puesta en conocimiento de Vuestras Eminencias, tanto por «medio de la carta que les dirigió S. M. I. y R., como por la «manifestacion que les ha sido hecha por el imperial y real «embajador de Austria; y obrando además en virtud de las «instrucciones que se me han comunicado, me veo en el caso «de cumplir el deber, para mí desagradable, de manifestar «que la imperial y real corte de Viena no puede aceptar por «Sumo Pontífice al Emmo. Sr. cardenal Severoli, y que pronuncia contra él una exclusion formal, hoy á 21 de setiembre de 1823.—*Firmado*, ALBANI.

El efecto que esta exclusion produjo de pronto, fué exasperar á casi todo el Sacro Colegio, y principalmente al partido

italiano, de lo cual se resintió el cardenal Castiglioni, hasta el punto de que, en vez de diez y siete votos que tuvo por la mañana, no reunió por la tarde mas que ocho en el escrutinio y dos en el acceso.

Con este motivo los cardenales franceses representaron al embajador, observando que en la tarde del 21, La Somaglia habia tenido ocho votos, Arezzo siete, Della Genga siete, Severoli ocho, y los demás votos se habian distribuido al azar. Los motivos de delicadeza que el embajador era capaz de apreciar mejor que nadie, y el extremado rigor de la vigilancia impedian á los cardenales franceses intentar transmitir el resultado diario de los escrutinios.

Los Emmos. Sres. cardenales Clermont-Tonnerre y la Fare trabajaron hasta entonces en sostener con perseverancia, y aun en hacer prosperar el partido del cardenal Castiglioni; mas habian de combatir con fuertes repugnancias. Lo mismo acontecia respecto al cardenal decano. Ambos habian sido especialmente recomendados por el rey y su ministro; pero despues de esta indicacion se dejó esto generalmente al celo y prudencia de los cardenales franceses, y á los conocimientos que pudiesen ir adquiriendo en el cónclave.

Entre tanto muchos cardenales se portaban con severidad con el cardenal Albani; quizás pudieron haber sido mas templadas las expresiones de la declaracion. Llegóse hasta el punto de contestar al cardenal el derecho personal de pronunciar la exclusion, derecho que se decia no poderse reconocer sino al conde Appony, quien no pudiendo dudar de la autenticidad de las instrucciones recibidas por Albani, juzgó oportuno dirigir al Sacro Colegio el 24 de setiembre la nota siguiente:

«El infrascrito ha llegado á saber que circulan por Roma voces ofensivas al Emmo. Sr. cardenal Albani, el cual ha sido acreditado suficientemente cerca del Sacro Colegio, así por la carta del pésame de S. M. el emperador de Austria, como por las credenciales que el infrascrito ha tenido la honra de presentar á esa augusta asamblea, la cual ha reconocido al cardenal Albani con las calidades que S. M. I. y R. apostólica ha tenido á bien confiarle.—Por todo esto, será muy fácil conocer la ninguna consistencia de las voces cuyo ob-

«jeto seria hacer suponer que el cardenal Albani obró contra sus instrucciones en las notificaciones y declaraciones que se ha visto en el caso de hacer al Sacro Colegio. Deseando pues precaver las siniestras impresiones que podria ocasionar la circulacion de voces tan infundadas, el infrascrito, que conoce las instrucciones dadas por la corte de Viena al eminentísimo cardenal Albani (como que estas instrucciones tambien á él se refieren), creeria faltar, no solo á su deber, sino tambien á un compañero respetable y libre de toda excepcion por el carácter de que se halla revestido, si por medio de la presente no hiciese saber, á los efectos oportunos, que las declaraciones y notificaciones que ha hecho al Sacro Colegio el señor cardenal Albani en nombre de S. M. I. y R. apostólica, están conformes á las instrucciones de S. M., y que en su consecuencia el infrascrito no vacila en darles completa adhesion como embajador extraordinario de S. M. I. y R. apostólica cerca de la Santa Sede.— Su Eminencia el cardenal de la Somaglia comprenderá fácilmente los motivos que asisten al embajador para tener la honra de entrar con S. E. en estos pormenores. Por lo demás, rogando al señor cardenal decano se sirva comunicar este oficio al Sacro Colegio, tiene el honor de ofrecer á S. E. las protestas de su muy alto aprecio.— Roma, 24 de setiembre de 1823.—

«APPONY.»

Esta manifestacion en nada disminuyó el descontento del partido italiano. En semejantes circunstancias el embajador de Francia creyó conveniente poner en conocimiento de los cardenales franceses las nuevas instrucciones, fechadas en 13 de setiembre, que recibió de Paris, donde no se sospechaba todavía la marcha que habian seguido los negocios.

«Parece que el Austria trataba de hacer que se eligiera un Papa, cuya política fuese parecida á la que hizo seguir al difunto Papa el cardenal Consalvi. Para el Austria los *celantes*, el partido italiano, son demasiado italianos, y mas teme eso que la rigidez de principios.

«Nosotros, al contrario, queremos un individuo del partido italiano, del partido moderado, capaz de ser admitido por todos los partidos. Lo único que le pedimos es que no turbe

«nuestros asuntos eclesiásticos; pero no tenemos que exigir
«de él cosa alguna en política, y nos importa muy poco que
«se conserve ó se modifique la administracion del cardenal
«Consalvi, con tal de que no se cause con una rigidez excesi-
«va alguna explosion que sirva de pretexto al Austria para ha-
«cer avanzar tropas é intervenir.

«Con esto conoceis ya á fondo, señor duque, las miras del
«gobierno del rey en el gran negocio de que estais encargado.
«Confio enteramente en vuestro celo y en vuestra prudencia.»

A la comunicacion de estas instrucciones, el embajador
añadia las reflexiones siguientes:

«Reclamo la mas seria atencion de Vuestras Eminencias
«hácia esta parte de mis instrucciones. Son para mi gobierno
«órdenes positivas de S. M. trasmitidas por el órgano de su mi-
«nistro el señor de Chateaubriand.

«Yo pregunto: ¿es posible segun estas órdenes esperar con-
«seguir nuestro objeto por medio del cardenal Consalvi?

«No ignoro cuánto os habrá dicho de sus prevenciones con-
«tra el partido italiano, de sus temores de reaccion contra to-
«do cuanto se ha hecho en los dos últimos Pontificados, lo que
«os habrá dicho á favor del cardenal Arezzo, y quizás de Ber-
«tazzoli; lo que á vos os ha dicho me lo ha dicho á mí, y me lo
«ha repetido muchas veces. Estad seguros de que no quiere
«con sinceridad al cardenal decano, ni á Castiglioni, y de que
«en caso necesario les promoverá obstáculos.

«Sé y conozco á fondo al cardenal Consalvi. Quiere en efec-
«to á Francia y hasta no ama al Austria, pero ama todavía
«mas su propia obra, el fruto de veinte y cuatro años de tra-
«bajos, de poder y tambien de gloria. Reconozco su talento,
«la pureza de sus intenciones, los servicios que nos ha presta-
«do y los que todavía quiere prestarnos. Personalmente estoy
«satisfecho de su proceder y de su amistad; es indudablemen-
«te el hombre á quien quiero mas en Roma. Pero desgraciada-
«mente por efecto de la complicacion de los negocios en las
«grandes circunstancias actuaies, sus intereses no son los
«nuestros. Pregunto, pues, á Vuestras Eminencias: ¿ Por qué
«no hemos de ensayar ponernos en contacto con los *celantes*
«moderados que deben ser nuestros amigos?

«Sería preciso usar con ellos el lenguaje siguiente, que tomo tambien de mis instrucciones, y que por lo tanto ofrezco con confianza á Vuestras Eminencias, esperando que tendrán á bien emplearlo.

«No queremos utilizar nuestra influencia para pedir al Sacro Colegio sacrificios á nuestros intereses particulares.

«Pedimos que se eleve al trono Pontificio á una persona distinguida por su piedad y sus virtudes.

«Pedimos además que sea bastante moderado y conciliador para que pueda juzgar la política de los gobiernos.

«No pedimos un cardenal particularmente afecto á la Francia. Queremos tan solo que no sea servidor de ninguna gran potencia, porque nosotros estamos mas interesados que ningun italiano en la completa independencia de la Santa Sede.»

Desearon saber los cardenales franceses lo que podrian conseguir del cardenal español Bardají y Azara, y el duque de Laval le contestó: «Respecto á España, Vargas, ministro de S. M. Católica, que me habia prometido su cardenal español en favor de Castiglioni, me ha recogido su palabra. Queria á Severoli y prefiere aun mas á Gregorio. Vargas es una barra de hierro, como casi todos los ministros españoles con quienes he tratado durante siete años.»

Del 21 al 28 de setiembre dirigieron las elecciones otros jefes italianos, contrarios á las potencias. No habia desmerecido en concepto de nadie el cardenal Castiglioni; mas el favor de los extranjeros, mal apreciado segun parece, le perjudicó, pues en la tarde del 21 no tuvo mas que ocho votos. La *inclusiva* italiana estuvo muy diestra. El 27 de setiembre, aunque se habia fijado en una persona indicada por el cardenal excluido Severoli, á quien por un prudente compromiso tuvo la nobleza de deferir el derecho de nombrar al cardenal que le reemplazase (nombró á Della Genga), no dió al cardenal Della Genga mas que doce votos por la mañana y trece por la tarde. La *exclusiva* permaneció quieta, pero la *inclusiva* no estuvo tampoco entregada al reposo, pues trabajando aquella noche reunió treinta y tres votos; solicitó el del cardenal Clermont-Tonnerre que se separó de la *exclusiva*, y de este modo al siguiente dia obtuvo de improviso los treinta y cuatro votos

que hicieron Papa al cardenal Della Genga. Debilitada la *exclusiva*, sin saberlo con la disminucion de un voto francés, no guardó sino ocho votos fieles al cardenal Castiglioni, perdiéndose los demás. Esos votos fieles no eran quizás enteramente contrarios al cardenal Della Genga, prelado de tan gran mérito; pero dominados por la reputacion de rectitud que gozaba el cardenal Castiglioni, obraban, aunque compuestos de diversos elementos, á saber de un cardenal francés (la Fare) y de los partidarios del Austria, con ese sentimiento de constancia que es la regla absoluta cuando se ha hecho con libertad una promesa. Mostráronse sobre todo invariables los austriacos, y con razon, porque jamás oposicion alguna pudo alegar una excusa mas honrosa. El cardenal Consalvi, grande hombre de Estado, que dirigia tanto tiempo hacia los negocios de Roma, fué uno de los que dieron su voto al cardenal Castiglioni. Esta fué casi la primera vez que no hubo unanimidad; porque se forma siempre aun despues de largas discusiones, y nadie se aviene á permanecer disidente cuando se han gastado ó no se ha pensado usar de las *exclusiones*, y parece ya seguro el nombramiento. Luis XVIII no ordenó ninguna exclusion formal en nombre de la Francia, y el caballero Vargas, ministro de España, no habia tenido bastante valimiento para hacer que fuese completamente respetada la suya; además de que pertenecia al partido de los *celantes*, y participaba de la opinion del cardenal Bernis respecto á las *exclusivas*.

CAPÍTULO VII.

El nuevo Papa rehusa la Tiara, y le obligan á aceptarla las enhorabuenas y las súplicas.—Toma el nombre de Leon XII.—Dirige al cardenal Castiglioni palabras muy atentas, y anuncia en voz muy baja al cardenal la Somaglia que le nombra secretario de Estado.—El cardenal Pacca pone al Sumo Pontífice en el dedo el anillo del Pescador.—Anúnciase al pueblo romano la eleccion de Papa.—Primera y segunda adoracion de los cardenales.—El Papa entra en san Pedro.—Tercera adoracion en el altar mayor.—*Sic transit gloria mundi*.—Monseñor Cristaldi que habia enojado al cardenal Della Genga es confirmado en su destino de tesorero general.—Consalvi reducido al empleo de secretario de Breves.—Los franceses consiguen nuevas ventajas militares en la guerra de España, emprendida para libertar á Fernando VII de la tiranía de las Córtes.

El triunfo, sea cual fuese, debia ser una felicidad para la corte romana; pero no se habia pensado en los obstáculos que suscitaria el cardenal elegido. En esto comenzó á desenvolverse libre y generosamente el bello carácter del cardenal Della Genga al requerírsele que aceptase la Tiara. Acercáronsele los cardenales de la Somaglia, decano, y Pacca, camarlengo, y el primero le dijo: «*Acceptasne electionem de te canonicè factam in summum Pontificem?*» «Aceptas la eleccion canónica que de tí se ha hecho para Sumo Pontífice?» El cardenal Della Genga les recordó derramando lágrimas, que anteriormente en una entrevista les habia mostrado, levantando sus hábitos, los piés hinchados, y les habia dicho: no insistais; vais á elegir un cadáver.» Interrumpiéronle las felicitaciones, las instancias y la seguridad que como de cosa hecha notábase por todas partes. Fueron á poner en orden tras del altar las vestiduras preparadas para que se las pusiera el nuevo Papa, y habiéndolas de varias formas, fué menester preferir las mas grandes, porque el cardenal Della Genga era alto. Declaró, en fin, que puesto que se deseaba que aceptase sin vacilar, obedecia. Entonces el decano y el camarlengo le preguntaron qué nombre pensaba tomar como Papa. Comunmente toma el electo el nombre del Papa que lo creó cardenal: pero no obstante, es libre de elegir que bien le parezca. El cardenal Della Genga, cada vez mas

conmovido, respondió que adoptaba por nombre Leon XII; dirigió en seguida al cardenal Castiglioni expresiones muy atentas en las que respiraba cierto pesar de haberle sido preferido, y añadió era muy desgraciado de que no se hubiese seguido el gusto de Pio VII, quien llamaba Pio VIII á su amigo Castiglioni (y lo fué en efecto mas adelante); que por lo demás, hallándose el nuevo Papa agoviado de achaques, y quedándole poco tiempo de vida en esta tierra de amargura y padecimientos, el cardenal Castiglioni seria indudablemente el Pio VIII que habia de sucederle. Por donde se ve tambien que un motivo de exquisita delicadeza era el que únicamente dirigia al Papa en la eleccion de nombre. Al saberse este, el primer maestro de ceremonias extendió el acta de la eleccion y de todas sus circunstancias, y una vez terminada, el Pontífice electo, acompañado de los dos primeros cardenales diáconos presentes, Ruffo y Consalvi, se dirigió al altar, en cuya tarima hincó la rodilla é hizo una breve oracion. En seguida pasó tras del altar mayor, y allí se quitó sus hábitos de cardenal para ponerse los pontificios, que se componen de zapatos de terciopelo rojo con una cruz bordada de oro en el empeine, sotana blanca de muer, faja de igual color con borlas de oro, roquete, muceta, estola y solideo blanco.

El nuevo Papa, revestido de sus hábitos pontificios por sus conclavistas, el abate Vicente Marfani, como secretario; Nicolás Moccavini, como camarero, y Vicente Conti, presbítero romano, que auxiliaban á los maestros de ceremonias, volvió acompañado de los dos primeros cardenales diáconos Fabricio Ruffo, y Consalvi, y adelantándose hácia altar, se sentó en una silla preparada de antemano y recibió la primera obediencia ó adoracion de los cardenales, besándole la mano y ambas mejillas. Para lo cual, todos los cardenales, que eran entonces cuarenta y ocho, se le acercaron uno á uno vestidos como estaban de sotana morada, roquete, muceta y capa. Al prestar obediencia el cardenal la Somaglia, el nuevo Papa le dijo en voz baja: «Vuestra Eminencia nos servirá de secretario de Estado.» Este primer acto de Leon XII fué admirable, porque la Somaglia, aunque afecto en el momento de la eleccion, le

había sido tal vez mas contrario que favorable, y el vencer en el primer momento una repugnancia apenas extinguida, es un esfuerzo de alma que no se encuentra en hombres vulgares. El camarlengo, cardenal Pacca, despues de haber prestado á su vez la obediencia, puso al Papa en el dedo el anillo del Pescador, que Su Santidad entregó á monseñor Zucche, para que mandase grabar en él el nombre de Leon XII. Al mismo tiempo el cardenal Fabricio Ruffo, primer diácono, solicitó permiso del Papa para ir á anunciar su exaltacion, y acompañado de un maestro de ceremonias que llevaba la cruz alta, salió al gran balcon que da á la plaza del Quirinal, y que acababan de abrir los albañiles del cónclave. Allí, puesto el birrete, el cardenal anunció en alta voz la eleccion en los siguientes términos: *Annuntio vobis gaudium magnum: Papam habemus Eminentissimum ac reverendissimum Dominum Annibalem, tituli sanctæ Mariæ Transtiverim, presbyterum S. R. E. cardinalem Della Genga, qui sibi nomen imposuit Leo duodecimus.* «Os traigo una fausta noticia: Ya tenemos Papa al Eminentísimo reverendísimo señor Anibal Della Genga, presbítero cardenal de la Santa Iglesia Romana, del título de Santa María de la otra parte del Tíber, el cual ha tomado el nombre de Leon XII.»

Como la noticia había cundido rápidamente por la ciudad, toda la plaza del Quirinal estaba llena de gente y de carruajes. Recordóse entonces que uno de los revolucionarios que acompañaba al general Radet, cuando Pio VII fué llevado cautivo, el 6 de julio de 1809, le decia en aquella misma puerta, encima de la cual el cardenal Ruffo acababa de anunciar la fausta noticia: «General, nos llevamos al último Papa; ya no habrá otro.» El 28 de setiembre de 1823, despues de catorce años y algunos meses, quedó públicamente desmentido este fatal vaticinio.

A las aclamaciones de la nobleza y del pueblo se juntaban las salvas de artillería del castillo de San Angelo, las de fusilería de las tropas situadas en el Quirinal, y el repique de campanas de todas las iglesias de Roma.

Los cardenales, recobrando su libertad, habían regresado ya á sus respectivos palacios. Por la tarde á consecuencia de aviso del prefecto de ceremonias, cuarenta y seis cardenales

(los otros dos se sentían algo indispuestos) se reunieron en el palacio del Vaticano, colocándose [por orden en la capilla Sixtina. Los cardenales Opizzoni y Gravina, á cuyo lado se hallaba ordinariamente el cardenal Della Genga, no pudieron menos de sonreír al no verle en su antiguo puesto. Mientras tanto Su Santidad llegaba del Quirinal en su coche con los cardenales de la Somaglia y Pacca. En la sacristía contigua á la capilla tomó las vestiduras pontificias, que le presentaron los cardenales Ruffo y Consalvi; entró luego en la capilla y, después de orar un rato, se sentó sobre el altar donde se verificó la segunda obediencia ó adoración, besándole el pié y la mano cubierta con la capa, y besándole las mejillas.

Monseñor Bofondi, auditor de la Rota, llegó luego con la cruz y la procesion, compuesta de todos los prelados, comenzó á andar para dirigirse á la Basilica de San Pedro, cantando los músicos la antifona: *Ecce sacerdos magnus; hé aqui el Sumo Sacerdote*. A los prelados seguían por su orden los cardenales, excepto los dos primeros diáconos, y tras de los últimos iban los conservadores del pueblo romano, monseñor Bernetti, gobernador de Roma, á quien todos indicaban con el dedo, y habrían aplaudido con gusto por haber sabido conservar el orden en la ciudad durante los veinte y cinco días que duró el cónclave; el príncipe Altieri, senador de Roma y los dos primeros cardenales diáconos; y por último, veíase al Padre Santo llevado en hombros, sentado en la Silla *Gestatoria*, rodeado de la guardia noble, de la guardia suiza, de sus oficiales y del comandante general Bracci, condecorado no había mucho por Luis XVIII con la gran banda roja de la legión de honor. Cerabán la procesion el auditor de la reverenda Cámara Apostólica, el tesorero Gristaldi, el mayordomo, el *maestro di Camera*, los prelados asistentes del trono, y los proto-notarios apostólicos.

Después de entrar en la Basilica, Su Santidad fué conducido á la capilla del Santísimo Sacramento, y bajando de la silla delante del altar, oró un momento. La procesion no tardó en continuar su camino hácia el altar volviendo el Papa á sentarse en la silla y á cubrirse con la mitra. Llegado que

hubo al altar oró de nuevo y se sentó en un almohadon que al mismo estaba colocado. El cardenal decano entonó el *Te Deum*, y entre tanto el Padre Santo recibió la tercera adoracion. Al *Te Deum* siguieron los versículos y oraciones para el nuevo Pontífice, y luego el Papa bajó del altar, y en pié dió su primera bendicion apostólica al inmenso gentío que llenaba la basílica. Sabido es que mientras se hace la procesion el maestro de ceremonias quema tres veces estopa delante del Papa diciéndole en alta voz: *Pater Sancte, sic transit gloria mundi. Padre Santo, así pasa la gloria del mundo.*

Al dia siguiente de la tercera adoracion dominaba en Roma cierta ansiedad respecto al tesorero general, cuyo destino puede decirse, que como en todas partes, es en dicha ciudad casi el de mayor importancia. En los sentimientos que Leon XII manifestara relativamente á Monseñor Gristaldi iba á fundarse el juicio acerca del carácter que desplegaria Su Santidad. El crédito del prelado debia de estar resentido, porque habia hablado al cardenal Della Genga en términos poco convenientes, y la intensidad de la ofensa se acrecentaba con el poder y dignidad á que rápidamente habia llegado el ofendido, á lo menos esto es lo que decian los aduladores. Era difícil que el agraviado no se acordara, y acordábase en efecto; mas la constante integridad del empleado, sus rectas, religiosas y sábias intenciones; la vigilancia con que guardaba las puertas del tesoro; sobre todo, aquella máxima de severidad con todas las peticiones, que si pueden ser justas alguna vez pueden dejar de serlo otras muchas; aquel tono de libertad, de firmeza, de franqueza, que tan bien sienta en todos los hombres honrados; estas infinitas consideraciones no tardaron en disipar en el Papa otros sentimientos. Y como lo que distinguia en alto grado á Su Santidad era el amor del bien público, del que encontraba un digno defensor en el tesorero que fué capaz de no temer á un individuo del Sacro Colegio, el Papa declaró de un modo terminante que en la pasada cuestion le parecia que el cardenal Della Genga no tuvo razon. Explicó el motivo, agravólo quizás, y por resultado, monseñor Gristaldi conservó su destino.

En sus relaciones con los franceses respecto á los intereses

que se debian de las dotaciones fundadas por Napoleon, Monseñor Gristaldi se mostró muy tratable, sin que adoptase ningún camino tortuoso. Hizo sus proposiciones, no las redujo despues de aceptadas, y merecieron nuestros elogios su rectitud y hasta la prontitud, tan rara en aquel país.

Al ver el comportamiento observado con Gristaldi los hombres que presumen saberlo todo exclamaban: «Consalvi será quien pague por los dos!» Luego veremos lo que sucede; entretanto, para satisfacer la avidez é impaciencia de los curiosos, diremos que Leon XII era eminentemente vengativo, pero de un modo especial.

Al mismo tiempo que era elegido él Papa continuaban los franceses con denuedo su gloriosa campaña en la península ibérica. Ocupó el destino de secretario de Estado el cardenal de la Somaglia, decano del Sacro Colegio, que fué uno de los mas decididos partidarios de los *Zelanti*, quedando Consalvi reducido á su empleo de secretario de Breves y jefe de la *Consulta*, cuyas limitadas atribuciones no son comparables con las de la secretaria de Estado. Ni la vigilancia y revision de los reglamentos sobre sanidad podian ó debian bastar á una cabeza ocupada hasta entonces en los grandes intereses que comprendia la política de Europa y de las otras cuatro partes del mundo.

CAPÍTULO VIII.

Se procura saber cual será el comportamiento del Papa relativamente á Consalvi.—Ceremonia en san Pedro, en la cual Consalvi lleva la comunión al Papa. — Coronacion de Su Santidad. — Primera bendicion pública. — El Papa envia un correo á su hermana Catalina Mongalli.—Regocijos en Benevento.—Versos compuestos en dicha ciudad y en Munich.—Testimonio de contento que dá la Francia.—En Inglaterra, el obispo de Hallia anuncia dias felices á la Iglesia.—Agradecimiento del Papa á Severoli.—Síntomas de oposicion en Roma por parte de un extranjero.—Estragos cometidos por los salteadores que infestaban los caminos.—Proyecto de enviar con una mision al cardenal Pallotta.

Preguntábase á cada instante cuál seria la disposicion definitiva del Papa respecto al gran ministro que por tanto tiem-

po había dirigido los negocios de Roma. En una misa pontificia celebrada en San Pedro tocó á Consalvi hacer las funciones de cardenal diácono encargado de llevar el cáliz al Papa, en cuyo acto no faltaron algunos extranjeros de los que acudieron con un objeto profano que se proponían espiar los movimientos de ambos. Admiraba el noble continente del cardenal, quien al mismo tiempo nunca carecía de elegancia. Al llegar el momento, tomó del altar la Sagrada Hostia, la elevó tres veces enseñándola al pueblo, y poniéndola luego en la patena la puso en manos del subdiácono que la llevó al trono del Papa, colocándose á la derecha del Padre Santo. El cardenal diácono tomó luego el cáliz, lo elevó tres veces como había hecho con la hostia, y bajó las gradas del altar. El espacio que media entre el trono y el altar es bastante considerable, y para llevar el cáliz (que es preciso tener elevado con las dos manos) es necesario andar caminando con entera confianza, sostenido por los maestros de ceremonias, sin ver siquiera las alfombras que cubren el pavimento del templo. No es posible ocultar que algunos protestantes que asistían á la ceremonia manifestaron procurar descubrir en la fisonomía del Papa y del antiguo ministro, de una parte, algunos vestigios de emoción y de los recuerdos humanos de tantos esfuerzos como la oposición poco antes había hecho para favorecer otra elección, y quizás de la otra el gozo del triunfo; mas en el semblante del Papa brillaba la tranquilidad y la benevolencia, y el del cardenal estaba satisfecho y humilde, hallándose al mismo tiempo absortos uno y otro con la grandeza de los sagrados misterios.

Al llegar el cardenal postróse el Padre Santo, y después puesto en pié entre el diácono y el subdiácono, se dió tres golpes al pecho, y recibió de mano de ellos la hostia y el cáliz para comulgar. El diácono volvió luego al altar, tomó su copon de oro, y con igual solemnidad lo llevó hasta el trono, donde el Papa distribuyó la comunión á las personas á quienes se concede el honor de comulgar de manos del Sumo Pontífice.

Terminadas todas las ceremonias de la basílica solo faltaba proceder á la coronación pública. El Padre Santo dejóse ver en la gran *Loggia* de S. Pedro, tras del balcón que domina la plaza mas magnífica del universo, y bajando de la

silla *Gestatoria* subió á un trono, delante de un inmenso gentío, mientras se cantaba la antífona: *Corona aurea super caput ejus*. El cardenal Fabricio Ruffo, primer cardenal diácono, se acercó en uso de su derecho á coronar al Sumo Pontífice, y le puso la tiara (1) diciendo: *Accipe Thiaram tribus coronis ornatam, et scias te esse Patrem principum et regum, pastorem orbis, in terra Vicarium Salvatoris nostri Jesu Christi, cui est honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen.* «Toma la Tiara adornada con tres coronas, y sabe que eres Padre de los príncipes y de los reyes, Pastor del mundo, Vicario de nuestro Salvador Jesucristo en la tierra, á quien se deben honor y gloria por los siglos de los siglos.»

Luego el Papa, con la tiara en la cabeza y sentado, pronunció leyendo en el libro que le tenia abierto delante de un obispo asistente la fórmula siguiente:

«Sancti Apostoli Petrus et Paulus, de quorum potestate, et auctoritate confidimus, ipsi intercedant pro nobis ad Dominum (Amen).— Precibus et meritis Beatæ Mariæ semper Virginis, beati Michaelis Archangeli, beati Joannis Baptistæ, et SS. Apostolorum Petri et Pauli, et omnium sanctorum, misereatur vestri Omnipotens Deus, et dimissis omnibus peccatis vestris, perducatur vos Jesus Christus ad vitam æternam (Amen).

«Los mismos santos apóstoles Pedro y Pablo, en cuyo poder y autoridad confiamos, intercedan con el Señor por nosotros (Amen).— Por las súplicas y merecimientos de la Bienaventurada siempre Virgen María, de san Miguel Arcangel, de san Juan Bautista, y de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y de todos los santos, Dios Todopoderoso haya piedad de nosotros y, perdonados todos vuestros pecados, lléveos Jesucristo á la vida eterna (Amen).»

Levantando luego la voz el Padre Santo continuó diciendo:

«Indulgentiam, absolutionem et remissionem omnium peccatorum vestrorum, spatium veræ et fructuosæ penitentiæ, cor semper pæni-

(1) El cardenal Ruffo, que agobiado por los años andaba con mucho trabajo y encorvado, se había quitado la mitra, la cual tenia su caudatario. Como al ir á coronar al Papa no la hallase, comenzó á agitarse; pero por mas prisa que se daba no podia subir al trono con la cabeza descubierta. En semejante apuro, el cardenal la Fare, último de los presbíteros y vecino natural del primer diácono, le prestó su mitra. El pueblo, que vió todo esto, dijo al momento que la Francia era la que habia coronado á Leon XII.

«tens et emmendationem vitæ, gratiam et consolationem Sancti Spiritus et finalem perseverantiam in bonis operibus tribuat vobis Omnipotens et misericors Dominus (Amen).»

«Indulgencia, absolucion y remision de todos vuestros pecados, tiempo para hacer una verdadera y provechosa penitencia, corazon siempre arrepentido y enmienda de vida, gracia y consuelo del Espíritu Santo y perseverancia hasta el fin en las buenas obras os conceda el Señor Omnipotente y Misericordioso (Amen).»

Llegado el momento de dar la bendicion, el Papa se levantó, y esforzando mas la voz, en medio de un silencio universal, pronunció con toda la majestad de Sumo Pontífice y la ternura de padre las palabras siguientes:

«Et benedictio Dei Omnipotentis Patris † et Filii † et Spiritus † Sancti descendat super vos et maneat semper (Amen).»

«Y la bendicion de Dios Todopoderoso Padre †, Hijo †, y Espíritu † Santo, descienda sobre vosotros y permanezca siempre (Amen).»

Nadie ignora el modo con que se dá la bendicion: despues de la palabra *benedictio*, el Papa hace tres signos de cruz sobre el pueblo, y cuando profiere las palabras *descendat super vos et maneat semper*, levanta las manos al cielo, las recoge en seguida hácia el pecho y luego se sienta.

Vamos á referir ahora una pequeña noticia de familia que no es fuera de propósito. Cualquiera que sea la elevacion de carácter del personaje que es promovido repentinamente á una elevada dignidad, el recuerdo de familia, aquel recuerdo que no debe degenerar jamás en nepotismo, es un sentimiento natural, oportuno, moral y digno de una bella alma. El Papa amaba con tierno cariño á su hermana Catalina, casada con un señor de la familia Mongalli, y dispuso que se despachara un correo para anunciarle la exaltacion del hermano á quien ella queria tanto. ¡Son tan gratos estos impulsos de predileccion de la naturaleza! No envidiemos la felicidad que proporcionan aun cuando revelen una preocupacion inherente á la debilidad de la sangre ó á la satisfaccion del buen éxito!

La ciudad de Benevento, cuyo patriotismo es tanto mas intenso cuanto que se halla enclavada en territorio extranjero,

y que es patria del cardenal Pacea, manifestó su júbilo con los versos siguientes:

LEONIS XII P. O. M.

S. P. Q. B.

Hæc urbs ut quondam Nemo dilecta Leoni

Sit tibi, Sancte Pater, nam tibi nomen idem,

Divina et virtus Petrique excelsa potestas;

Ac meritis fulges, pectore, mente pari;

Pluribus ut regnes simul et melioribus annis

Ad quæ en læta offert vota precesque Deo.

Lefase en Munich en medio de un trasparente: *Leo XII non desiderio hominum sed voluntate Dei: Ecce vicit Leo ex tribu Juda. Leo et ovis simul morabuntur* (*Petri*, Ep. I, cap. IV; *Isai*. XI, v. 6).

A propósito de la prediccion de Malaquías que anunciaba este pontificado con las palabras *canis et coluber*, publicó un poeta de Baviera los versos siguientes:

Cognita sunt cunctis celebris præsentia vatis;

Et canis et coluber Papa futurus erit.

Falleris et fallis, mi vates, namque creatus

Non canis aut coluber (1) Papa, sed ecce Leo.

Hé aquí otros versos:

Urbem olim clamor compleverat: Hannibal ante

Portas! ac eheu! territa Roma fuit;

Ecce novi insurgunt clamores: Hannibal intra

Portas! et mirum! gaudia Roma capit.

(1) Existe una pretendida profecía que sea tribuye á san Malaquías. En ella parece que por una série de palabras latinas muy enigmáticas, se deduce algo de la patria y de el carácter de los Papas desde Celestino II, que lo fué en 1143 hasta Clemente XI, en 1700, siendo muy probable que en esta última fecha se compusieron estos enigmas, y no por san Malaquías, arzobispo de Armagh, que no se ocupaba en tales frivolidades. Es cierto que existe una relacion bastante clara entre algunos de estos enigmas y el carácter de algunos Papas desde 1143 hasta 1700; pero eso no fué cosa difícil en el caso de haberse inventado los enigmas despues de los sucesos.

Mas adelante hablaremos con algunos pormenores de las muestras de contento que se dieron en Francia, porque guardan relacion con los asuntos eclesiásticos de aquel país.

Las felicitaciones llegadas de Lóndres fueron cordialmente aceptadas y llenaron de gozo á Roma. El obispo de Hallia presagiaba dias felices á la Iglesia, y disponia que se diesen gracias á Dios en todos los oratorios porque conocia la firmeza del Sumo Pontífice, y sus intenciones buenas y protectoras para con las iglesias relegadas *entre las espinas, la cizaña y las invencibles rocas de las sectas y de sus reformas*. Terminaba diciendo que la sucesion de los Papas era una demostracion eterna que probaba hasta que punto la Sede Romana era la base de la columna de la verdad y ofrecia á todos los siglos la inextinguible antorcha de la fe.

Súpose en breve que el reconocimiento de Leon XII al cardenal Severoli se ocupaba tan solo en buscar ocasiones de manifestarse. Todos convenian en decir que su palacio era el canal de los favores y las mercedes; pero como acontece siempre, las exigencias vienen algunas veces á impedir [la efusion de la mas decidida gratitud. Sin embargo, [Leon XII no fué ingrato ni un solo dia hasta el momento] de la muerte de Severoli, que sobrevivió poco á su derrota y al valeroso desquite que se tomó en nombre suyo.

Se supo tambien muy pronto que el Papa habia nombrado una congregacion de Estado, compuesta de algunos cardenales de los tres órdenes, la cual se decia que algunas veces tendria la pretension de manejar directamente los [negocios con tendencia *zelante*. Hablaremos mas tarde de esta congregacion, y diremos en que paró cuando tuvo que luchar, primero contra la oposicion de las cortes, y luego contra los esfuerzos reunidos del Papa y del cardenal la Somaglia. Por otra parte, algunos extranjeros, y hasta algunas personas distinguidas de los Estados pontificios, menos perspicaces que el caballero Italinski, creyendo prestar un servicio al cardenal Consalvi, ostentaban frialdad á su sucesor. A esta desatentada conducta oponia el cardenal la Somaglia caricias, cumplidos y todos los recursos de un talento empeñado en hacerse agradable por medio de los mas delicados servicios de todo género, ó de

conversaciones afables; ó en fin, del tono de dignidad que dan á un gran señor la mucha edad, y quizás el espléndido traje de la púrpura cardenalicia. Procuraba conciliarse los descontentos y reducirlos á la paz y concordia indispensables para el bien de los negocios; pero aquellos descontentos mal humorados que no guardaban ninguna consideracion con el Papa, la guardaban menos todavía con el nuevo secretario de Estado. Semejante proceder era contrario á la razon. Al frente de aquel partido de malas palabras figuraba (difícil será creerlo) una especie de diplomático subalterno, y que se hallaba momentáneamente en Roma sin mision positiva, puesto que no estaba reconocido como cónsul de su país, que tenia allí muy pocos intereses mercantiles que defender. Este hombre queria componer sátiras á imitacion de los romanos, y jamás se mostro de peor vena pasquin calumniador, ni habló con menos malicia su agradable lengua. Le hacian decir que todo se volvía *órdenes, contra-órdenes y desórdenes*. Cierto era que habia podido observarse vacilacion; no obstante, la corte de Roma que por lo general espera, examina, decide *ad referendum*, hace examinar su decision, la modifica y somete su modificacion á mas atento exámen., tenia quizás necesidad de renunciar por algun tiempo á su calculada lentitud.

Esparcidos los salteadores por la campiña de Roma causaban grande inquietud con su desusada insolencia. Mal castigados por el gobierno anterior que tan pronto los contenia y deportaba á otras provincias, como les aplicaba un perdon que pareciendo forzado les daba bríos, querian tratar de igual á igual. Enviaban sus andrajosas diputaciones á imponer leyes á los pueblos y exigian rehenes. Un cierto espíritu público, falsamente dirigido por mezquinos cálculos, concedia una proteccion condicional á aquellos agitadores, cuyo número se acrecentaba de día en día. El miedo, cobarde consejero, entibiaba las buenas intenciones de los gobernadores de distritos y de sus tenientes. Por desgracia aquel extranjero que se quejaba tanto, solo trataba con otros extranjeros, los cuales llegando por diversos caminos, contaban los riesgos del viaje.

Leon XII comprendió mejor que nadie que tan dolorosa situacion exijia pronto y eficaz remedio. Se ha dicho que el

cardenal Severoli le dió el consejo de encomendar una mision, pacífica y militar á un tiempo, al cardenal Pallota, hombre vivo, animoso, mas dispuesto por naturaleza á recomendar medidas de rigor que de prudencia, de suave habilidad y de razonable clemencia. Leon XII proponíase moderar el celo del jefe de una empresa muy difícil, porque debia ser llevada con mucho cuidado. [Obtúvose algun éxito, aunque incompleto, empleando desde luego oficiales experimentados; y en resúmen, se asentaron las bases de un arreglo futuro y definitivo que debia honrar para siempre la mitad del pontificado de Leon XII.

CAPÍTULO IX,

Noticias acerca del origen de los bandidos.—Descripcion de los antiguos feudos de la casa *Colonna*.—Costumbres del país.—Sus habitantes han conservado el uso de voces latinas.—Abuso antes de la llegada de los franceses.—Estos organizan los ayuntamientos y los tribunales, pero despues exasperan al pueblo con sus exigencias.—Una vez se hubieron marchado los franceses, los gobernadores pontificios invitan al pueblo á proteger los caminos.—Queda en las montañas una partida indestructible de salteadores que no reconocen la autoridad pontificia.—Leon XII prepara los medios para acabar con los salteadores.

A nadie pesará hallar en esta obra algunos pormenores acerca del origen y del carácter de los que se llamaban en aquella época *bandidos*, pues creo que hasta ahora no se han publicado sobre esta materia, sino muy pocas noticias exactas.

El país de los antiguos Volscos forma una cordillera de montañas que ocupa una extension de treinta leguas de largo y cinco de ancho. Estas montañas eran perpetuo asilo de salteadores, y es difícil encontrar otra situacion que pueda abrigar mas gente contra las pesquisas de la autoridad. Esas montañas, fortificadas por la naturaleza, caen al Sur este de Roma: comienzan á ocho leguas de esta ciudad, y terminan en el reino de Nápoles, cerca de Arpino, patria de Ciceron, lindando por Oriente con los Apeninos, por Mediodía con los pantanos Pontinos, por Poniente con el monte Albano y Tuscu-

lano, y teniendo al Norte las llanuras de la provincia de *Campagna*, único lado accesible, pero peligroso, porque presenta un desfiladero que solo tiene una salida. Las montañas de que hablamos, que son los antiguos montes *Lepinos*, tienen de treinta á cuarenta mil almas de poblacion. Habia en ellos siete y cinco pueblos y tres obispados á saber : Segni, Jezza y Píperino (de los cuales los dos últimos fueron suprimidos y reunidos á Terracina). Los habitantes de esas montañas son laboriosos é industriosos y desafian el frío y el calor. No es raro encontrar algunos que andan á pié treinta y aun cuarenta leguas en veinte y cuatro horas. La raza es hermosa, y abundan estaturas elevadas y rostros varoniles y vigorosos, como los que se observa nen los cuadros del Guercino. Las mujeres y las doncellas, desde muy jóvenes, tienen un aire arrogante y resuelto; se ocupan en las faenas de la casa con ánimo alegre. Pocas son entre ellas las que cometen un desliz, el cual seria castigado con el mas profundo desprecio. Los pueblos están mal contruidos; apenas hay caminos, de modo que es preciso andar con el auxilio de una especie de instinto como por los desiertos, sirviendo de señal la mayor parte de las veces algun árbol grande ó alguna ruina. El terreno es bastante fértil y produce trigo, maiz, legumbres, frutas, vino, olivos y tabaco; se llegó á ensayar el cultivo del algodón, mas la falta de fábricas hizo abandonar un cultivo tan costoso. La leña no tiene valor alguno, no costando mas que cortarla y llevarla á casa. No hay caseríos, sino que toda esa gente reunida en pueblos, cuya poblacion varia desde quinientas hasta cinco mil almas y se divide en dos clases que se diferencian por el traje. Los que no pertenecen al pueblo se visten á la francesa como en nuestros villorrios; mas el pueblo tiene un traje particular y lleva sombrero ancho y bajo con las alas levantadas. El lugareño no lleva corbata, teniendo siempre la camisa abierta al pecho. Lo restante del traje se compone de una chupa de lienzo blanco que llega hasta las caderas, calzones cortos de paño basto de color rojo acanalado por lo general, y que apenas llegan á las rodillas, las cuales quedan siempre en descubierto. No llevan zapatos, sirviéndoles de calzado un pedazo de cuero de búfalo, atado por sus dos extremos. En vez de medias usan un pe-

dazo de lienzo que envuelve la pierna, y se ata en forma de cinturón con los cordelitos que aseguran el pedazo de cuero que sustituye á los zapatos. Tal es el traje diario, pues á la iglesia ó á la ciudad llevan los hombres, como vestido de fiesta una chaqueta parecida al *spencer* de los ingleses, que es de paño rojo como el de los calzones, la cual echan sobre el hombro y brazo izquierdo, de modo que al verlos parecen vestidos de blanco por el lado derecho y de rojo por el izquierdo. Estos infelices vegetan en una profunda ignorancia, casi privados de escuelas y de maestros, á lo menos en la época á que me refiero. A pesar de esta ignorancia parece que la naturaleza quiso indemnizársela á estos pueblos, dotándoles de extremada sagacidad y de agudo ingenio. El dialecto que hablan conserva muchas voces latinas, y su lengua, lo mismo que la latina, tutea á todo el mundo, de manera que cuando encuentran á un prelado le dicen: «Tu Excelencia.» A los diez minutos de conversacion, ya se hallan en estado de juzgar casi con seguridad del valor moral de la persona con quien hablan. Para saber cómo han permanecido estos pueblos en un embrutecimiento que ha engendrado en muchos de ellos horribles pasiones como el robo, el asesinato y la venganza, conviene recordar que el país de que hablamos perteneció hasta últimos de 1816 á la casa de *Colonna*, la cual tuvo su origen en medio de las turbulencias de las guerras civiles, peleando frecuentemente contra los Papas, los Orsinis y otras familias poderosas, y por lo mismo no pensaba mas que en formar soldados. En aquellos feudos el que no hubiese sabido manejar un arma, habria sido declarado indigno de ser *súbdito colonnés*, y en varias ocasiones no hubiera hallado gracia con su señor.

Jamás se reconcilió esta familia con los Papas, por mas que la vencieron con frecuencia, antes bien conservó siempre espíritu de oposicion, y á pesar de cuantas amenazas la hacian, tuvo siempre guarnecidas sus fortalezas de soldados con *escarapeta verde*. En tal situacion es claro que se cuidaban muy poco de la moralidad de los habitantes los gobernadores *Colonneses*, pues bastaba tener hombres hábiles en el servicio de las armas. Los *Colonnos* querian ejercer exclusivamente la juris-

dicción en sus provincias, y la autoridad del Papa no podía hacer mas que enviar diplomas de fuero clerical á las personas honradas que lo solicitaban, y que en virtud de los mismos quedaban exentos de la jurisdicción territorial. No puede decirse que esto fuese civilización, sino remediar un desórden con otro desórden. Aparecieron en 1809 los franceses, estableciéndose en la ciudad de Roma, por la cual habian perdido tan solo el permiso de pasar, y acabaron pronto con la jurisdicción de los *Colonnas*; mas continuando mejor de lo que empezaran, organizaron vigorosa y permanentemente autoridades municipales y tribunales. De este modo, auxiliando la opinión á la administracion, se puede asegurar que el espíritu público casi mató al latrocinio, llegando en los años de 1811 y 1812 á haber ocasiones en que los foragidos quedaron reducidos á siete ú ocho, mandados por algunos calabreses. Pero en 1813 la misma administracion destruyó el bien que habia hecho. Exigiéronse, como en otras partes, á los antiguos feudos de Colonna requisas de hombres, de dinero y de caballos, agotándose, antes de ser sorteadas, las listas de la quinta; exigiéronse despues todos los caballos sin excepcion, y se pretendió organizar guardias de honor. Desconocia, pues, completamente Napoleon el estado de estos países? Lo cierto es que retrocedieron rápidamente á las costumbres primitivas. Se organizaron partidos políticos que cometian excesos en los caminos, bajo pretexto de incomodar á las tropas de Joaquin. Algunos comandantes débiles, despues de marcharse el gobernador francés, parecia como que anunciaban un perdon general por todos los delitos anteriores á cuantos llevaran las armas, y contribuyeran á restablecer la seguridad en los caminos. Medios imprudentes y funestos, pues al cabo siempre hay que venir á parar en castigar los delitos, si los criminales á quienes se ha amnistiado vuelven á cometerlos. Sin embargo, con esa proclama se consiguió que una multitud de ladrones se convirtiesen en auxiliares de la autoridad. Llenóse de hombres armados la provincia de *Campagna*, pero no eran hombres que quisiesen vivir sometidos á leyes nuevas para ellos. Formáronse verdaderos cuerpos de *salteadores definitivos*, que nunca salian de los abismos de las montañas mas que para ir á detener y

CAPÍTULO X.

El rey Luis XVIII escribe á Leon XII felicitándole.—Pastoral del cardenal Clermont-Tonnerre.—Solicita modificaciones legislativas respecto al clero.—Varios periódicos combaten la pastoral.—Mr. Picot, redactor de *El Amigo de la Religión y del Rey*, responde á aquellos ataques.—Compuso parte de la pastoral el señor Coteret, conlavista del cardenal, y despues obispo de Beauvais.—Carta de un italiano avecinado en Francia, tocante á los resultados del cónclave.—Respuesta de Luis XVIII á la felicitacion de Leon XII con motivo de los felices resultados que los franceses obtienen en España.—Edicto de Mons. de Beauregard, obispo de Orleans.—Edicto de Mons. Luis Lambruschini, arzobispo de Génova.—Fiestas en España y Bélgica.—Felicitaciones venidas de Oriente y del Nuevo-Mundo.

Por aquel tiempo Luis XVIII recibió la carta que le participaba la exaltacion del nuevo Papa, á la cual contestó con la que sigue :

«SMO. PADRE : He expèrimentado la mas completa satisfaccion al recibir la carta con que Vuestra Santidad me participa su exaltacion á la cátedra de San Pedro, cuyo feliz acontecimiento deja cumplidos mis mas ardientes deseos. Conociendo las eminentes virtudes y la superior ilustracion de Vuestra Santidad, tengo el mas profundo convencimiento de que sabrá gobernar la Iglesia con aquel espíritu de justicia, de moderacion y de caridad que caracterizan al Padre comun de los fieles. Vuestra Santidad comprenderá indudablemente que estos sentimientos que animan su corazon son el medio mas seguro de acrecentar el bien de nuestra religion sacrosanta, de perpetuar el honor de la Santa Sede, y de contribuir á la tranquilidad y á la dicha del mundo entero. ¶Poseido de iguales sentimientos que los reyes mis progenitores, tengo suma complacencia en manifestar á Vuestra Santidad que, como hijo primogénito que soy de la Iglesia, creo un deber justificar este título glorioso que recibí al mismo tiempo que la corona, empleando el poder que me confió la Divina Providencia en secundar cuanto me sea posible las religiosas intenciones que guiarán á Vuestra Santidad en los cuidados de su gobierno. Mi [primo el duque de Laval-Montmorency, mi embajador

extraordinario cerca de la Santa Sede, está encargado de entregaros esta carta, y le he recomendado mucho que nada omita para conciliarse el aprecio y la confianza de Vuestra Santidad, y como conozco mucho tiempo ha su talento, su carácter y las dotes que le distinguen, tengo motivos de esperar que lo conseguirá. Ruego á Vuestra Santidad que se sirva recibir con benevolencia y dar entera fe y crédito á todo cuanto él le diga de mi parte, y particularmente cuando le manifieste mis ardientes votos por la gloria de su pontificado, y trate de convencerle tanto de mi sincero afecto como del respeto filial con que soy, Santísimo Padre, de Vuestra Santidad muy afectuoso hijo — Luis. — París 14 de octubre de 1823.»

Mientras se escribía en París esta carta, enviábase allá desde Roma un documento de que es necesario hablar.

El cardenal Clermont-Tonnerre, arzobispo de Tolosa, creyó que debía dirigir desde Roma una pastoral al clero y fieles de su diócesis. Vamos á dar un extracto de los principales puntos de que se ocupó ese arzobispo.

«Desde el seno de esta ciudad, llamada *ciudad eterna*, os dirigimos C. H. N. nuestras instrucciones y la expresion de nuestros sentimientos. Ya antes de salir de la capital de Francia para trasladarnos á la capital del mundo cristiano, quisimos daros á conocer algunas particulares disposiciones que habíamos meditado por el interés de vuestra salvacion que nos es tan preciosa, y que nuestro ministerio nos hace mirar como objeto de un deber muy sagrado; mas la desgracia que agobió á la Iglesia en el momento mismo en que concebíamos nuevas esperanzas de que se conservaría su augusta Cabeza, no nos permitió dejaros, antes de partir, estas pruebas de nuestra solicitud y de nuestro afecto.

«En el centro pues de la unidad católica, en esta ciudad que regaron con su sangre tantos mártires, en medio de estos bellos monumentos que ostentan toda la majestad de la religion, en el seno del Sacro Colegio, y rodeado de las luces y de las virtudes de este ilustre Senado, en esta santa capilla y ante las venerables imágenes de los doce Apóstoles, junto á este trono vacante que nos indicaba al mismo tiempo el luto

y las necesidades de la Iglesia; por último, en este cónclave reunido para la elección de un nuevo Sumo Pontífice, es donde hemos meditado otra vez, y pesado con el peso del Santuario, la intención que teníamos y el deseo que nos anima de poner en vigor medidas tan necesarias como importantes para el clero y los fieles de nuestra diócesis.

Aspiramos, C. H. N., en cuanto de nosotros dependa, á establecer en ella la disciplina eclesiástica, y el derecho comun, tales como se observaban en la Iglesia antes de las turbulencias y de las funestas invasiones de la revolucion, pues, si bien es cierto que esta terrible catástrofe nos privó de los bienes, títulos y prerogativas temporales que poseia, el clero hace tantos siglos, no ha podido quitar á la Iglesia el derecho de regirse segun sus cánones, ni el poder temporal tiene mas jurisdiccion sobre la disciplina de la Iglesia que sobre sus dogmas, su moral y sus Sacramentos.

«Estábamos pues, C. H. N., meditando sobre los objetos mas importantes para conseguir el restablecimiento de la disciplina eclesiástica, cuando de repente se oyó la voz del Espíritu Santo en medio de nuestro cenáculo, resonando en el mismo instante el nombre de Leon XII dentro de los muros de la reina de las ciudades. ¡ Ah! cuanto gozo fué el nuestro cuando unido á nuestro ilustre compañero (monseñor de la Fare) pudimos proclamar á aquel que muchas veces habian ya nombrado nuestros deseos y nuestro voto, cuando en aquella misma asamblea, donde se presentó como uno de nosotros, pudimos apellidarle con el dulce nombre de Padre, y recibir las mas preciosas seguridades de su afecto á la Francia, al monarca, gloria de ella, y finalmente, á vuestro primer pastor y á su rebaño.»

El cardenal pedia: 1.º *modificaciones legislativas* que pusieran en armonía las leyes del Estado y la inmutable ley del Evangelio; 2.º el restablecimiento de los sínodos diocesanos y de los Concilios provinciales; 3.º la rehabilitacion de las fiestas de precepto; 4.º la rehabilitacion de las órdenes religiosas; 5.º la independencia de los ministros de la Religion respecto á sus subordinados. Mientras los sacerdotes se hallan reducidos á esperar de la mano de aquellos á quienes predicán el Evangelio

el pan que necesitan, el ministerio sacerdotal estará desautorizado, y serán infructuosos sus trabajos: es muy importante que los pastores reciban una dotacion conforme á la dignidad de su estado, por medio de la cual puedan socorrer á aquellos mismos á quienes actualmente se ven con frecuencia obligados á pedir; 6.^o las atribuciones de los tribunales metropolitanos y diocesanos reguladas segun los cánones y reconocidas por el gobierno, en todo lo que atañe á materias contenciosas, con la validez ó la nulidad de los matrimonios.

Por último, el cardenal pedia la supresion de una parte de las *leyes orgánicas*, contra las cuales habia reclamado durante mucho tiempo la Santa Sede.

Al aparecer esta pastoral se desataron algunos periódicos á censurarla; mas la doctrina del arzobispo de Tolosa tuvo en París un defensor muy entendido y muy sábio. Mr. Pioot, redactor de *El Amigo de la Religion y del Rey*, resistió á los ataques de un crítico muy mordaz con reflexiones de muchísima valía, de las cuales voy á copiar algunas:

«Se admira el crítico, y casi se indigna, de que el señor cardenal solicite algunas modificaciones en nuestro código; mas ¿no las reclamaban tambien mucho tiempo hace todos los hombres de talento? Y ¿no han manifestado iguales deseos aun algunos que no pertenecen al clero? Dice el crítico que *si habiendo en Francia tres millones de protestantes, será necesario reducirlos al estado de degradacion y de ilotismo en que han gemido durante tanto tiempo*. Bien se conoce en esto el tono de exageracion peculiar de los hombres de partido. En primer lugar, no hay en Francia tres millones de protestantes, sino tan solo setecientos mil, segun la estadística formada por los prefectos en 1819 en tiempo de un ministerio protector de los protestantes (1); y luego, ¿por qué se verán degradados los protestantes si los católicos contraen matrimonio ante sus propios sacerdotes? ¿Estarán acaso oprimidos aquellos porque vayan estos á la iglesia, para que se bendiga su union en vez de ir á las

(1) Actualmente (en 1842) se asegura que segun nuevos censos de poblacion formados con afan de hallar aumentos, no llegan en Francia los protestantes á novecientos mil, y hay dos millones mas de católicos.

casas consistoriales?... ¿Y tienen ambicion los pastores porque solicitan que sus rentas sean fijas en lugar de ser variables y dependientes de las circunstancias? Y ¿no podria sin presuncion solicitar el clero francés las ventajas que goza el clero de Inglaterra? ¿Son acaso opuestas á la libertad las dotaciones de este, ó vejan los pastores anglicanos á los ciudadanos porque tienen rentas aseguradas? No se trata de aumentar los impuestos, sino de convertir en dotaciones fijas, asignaciones sujetas á infinitos accidentes.

«Podriamos añadir que al hablar el señor cardenal Clermont-Tonnerre de la independencia de los sacerdotes, especifica el sentido de semejante deseo. No solicita que los eclesiásticos sean independientes de la autoridad de las leyes y de los magistrados; lo que pretende decir, lo que dice, es que seria de desear que los eclesiásticos no dependiesen de sus feligreses respecto á sus asignaciones, y no se viesen obligados á solicitar socorros de aquellos mismos á quienes deben conducir por el camino de la salvacion: y es muy visible lo dañosa que puede ser esta dependencia al buen éxito de su ministerio.»

La pastoral del cardenal Clermont-Tonnerre fué sometida al consejo de Estado. Veremos que el ministerio denunció á los tribunales de París otros actos del mismo arzobispo.

Como se ofrecerá ocasion de volver á tratar de este punto, solo quiero observar ahora que se acusó sin motivo al cardenal Clermont-Tonnerre de haber ocultado á la corte de Roma la pastoral de que tratamos, porque fué enseñada al Papa y á algunos de sus consejeros, é impresa con las licencias necesarias. Recuerdo haber hablado de esto con Mr. Cottret, conclavista de aquel cardenal. Ese eclesiástico, de un talento muy distinguido y de una piedad ilustrada, que murió hace poco de obispo de Beauvais, no negaba la parte que tomó en la redaccion de dicho documento. Queda por examinar la oportunidad con que se publicó, y el riesgo que se corria enviándola de un pais extranjero á Francia, como si no hubiese valor para hacer oír desde Tolosa palabras opuestas á las pasiones de los partidos. No tardará en presentarse ocasion de hablar mas por extenso acerca de esta cuestion.

Toda la Europa tenia la vista fija en Roma. No á todas partes habia llegado la noticia de la eleccion con la misma prontitud que á París, á donde se trasmitió por el telégrafo de Lyon. En aquella época un correo podia ir de Roma á Lyon en menos de cuatro dias. Entonces un italiano avecindado en Francia, escribió, desde un punto donde no se tenia aun noticia del advenimiento del nuevo Papa, algunos renglones que circularon hasta por el Vaticano, cuyo objeto era inspirar confianza á las potencias contra toda amenaza de ulteriores atentados por parte de los *zelantes*. Los sucesos acreditaron que aquellos pocos renglones eran una gran verdad.

« Es posible que cuando llegue mi carta ya tengais Papa. « ¿Quien será? No lo sé. ¿Y que hará ó que pensará? En verdad que creo que él mismo lo sabe tanto como yo, y eso es lo « mejor que puede sucederle; porque si imagina que en sus « antecedentes, en el impulso que haya recibido, ya de sus « propios sentimientos ú opiniones, ya de los sentimientos y « opiniones de otros, hallará varios motivos para trazarse anticipadamente una regla general de conducta, se expondrá « de seguro á incurrir en faltas muy grandes y muy peligrosas; mas no creo que sea capaz de cometerlas un italiano, y « mas un italiano de los tiempos actuales. Hay hombres á quienes gasta el tiempo, otros á quienes embota, y otros á quienes derriba; pero lo que es á los italianos el tiempo los agüza. Gracias á su índole, entran muy hábiles en los males del « tiempo, y no salen sino mucho mas adiestrados. »

El mismo corresponsal despues que supo la eleccion de Leon XII escribia:

« Quiero escribir despacio acerca de este inesperado nombramiento que de todos modos es muy de mi gusto, y que si « no me engaño mas ó menos tarde será mas del gusto de los « que no han contribuido á él que al de los que lo han verificado. A consecuencia de semejantes acontecimientos hay « equivocaciones que no son peculiares de Roma ni de esta circunstancia. En estos tiempos son en todas partes el resultado de todos los nombramientos hechos para proveer elevados « cargos. Los partidos hacen los mayores esfuerzos para colocar en los destinos á los hombres de su devocion, los cuales

« así que se han encumbrado á ellos se encuentran con un ho-
 « rizonte que les ilustra con nuevas luces, ven con otros ojos, y
 « gobiernan con nuevas miras; vienen los amigos y los exci-
 « tan; pero están al frente los peligros amenazadores; es pre-
 « ciso elegir entre la ingratitud y la desgracia, ó aun el crí-
 « men de obrar mal, de exponerse, de exponer al Estado. En
 « semejantes casos un hombre de bien se aflige, pero no está
 « perplejo en la eleccion. Hé ahí el porvenir que ofrece la his-
 « toria del Papa que teneis hoy. »

Todo esto, desde el principio hasta el fin, será una verdad tocante á Leon XII; él se entregará desde luego á los amigos; acogerá solícito sus votos, pero poco á poco se ilustrará, y aunque conservando la mayor parte de las disposiciones con que subió, dejará obrar el curso de la naturaleza, el efecto de recompensas del todo suficientes, no renunciará á la práctica sinceras de las grandes y nobles virtudes, y contraerá nuevas y estrechas amistades; y estas amistades, en el sentido de los intereses que se suscitarán, vendrán en socorro del Pontífice quien no será culpable de ingratitud, y meditará mucho la gloria de empuñar con mano firme el timon en medio de las borrascas y cumplir honrosamente con su deber sin haberlas provocado imprudentemente.

El Papa se apresuró á dirigir al rey Luis XVIII felicitaciones por los triunfos de nuestras armas en España, los cuales debian tranquilizar á todos los gobiernos amantes de la paz que quisieran el órden en su país y naturalmente tambien en los demás; porque el buen órden en su propio país nunca ha bastado.

El rey leyó con atencion diversas biografías de los cardenales que asistieron al cónclave: en ellas se trataba con un sentimiento indirecto de preferencia, despues de los cardenales Castiglioni y Somaglia, al cardenal Della Genga. Habíase además tenido especial cuidado en advertir que era conocido en París. El rey deseó que cuanto antes se remitiese su respuesta á las felicitaciones del Papa. Vamos á transcribirla íntegra. Héla aquí:

« SMO. PADRE: Nada podía serme mas grato que la carta en que Vuestra Santidad me felicita por los acontecimientos

que produjeron la libertad del rey de España. La Divina Providencia ha protegido visiblemente la causa de los reyes, y coronado mis esfuerzos en esta empresa. A ella pues debemos dirigir nuestras acciones de gracias por tan señalados beneficios, que han contribuido tambien á mantener la legitimidad de los tronos y la ventaja de nuestra santa Religion en la península. Como Vuestra Santidad, yo hago igualmente los mas ardientes votos para que la justicia y la moderacion garanticen para siempre á la España de que no volverá á experimentar los excesos y desgracias que tan crudamente la han affligido. Es de esperar que Dios escuchará estos votos, y que sostendrá su obra asegurando el reposo y la dicha de toda la Europa. Antes de terminar esta carta he de manifestar á Vuestra Santidad cuán tierna y gratamente me afectan los sentimientos que expresa tocante á mi familia, y al duque de Angulema en particular. Este digno hijo de mi eleccion ha justificado completamente mi confianza, y si ha merecido los elogios de Vuestra Santidad y los míos, es por haberse portado con prudencia y como guerrero cristiano en el mando de mis tropas en España. Aprovecho con verdadero gusto esta ocasion para renovar á Vuestra Santidad la seguridad del sincero afecto y filial respeto con que soy, Santísimo Padre, de Vuestra Santidad, muy afectuoso hijo.—LUIS.—París, 1.^o de noviembre de 1823. »

El cónclave fué tan corto que todavia se estaban recibiendo en Roma las pastorales de todos los obispos de la cristiandad, que solicitaban oraciones por Pio VII, y que venian á confundirse con los elogios tributados al nuevo Pontífice por los obispos mas próximos á Roma.

Monseñor de Beauregard, obispo de Orleans, en una pastoral de 4 de setiembre, se expresaba en estos términos:

« ¡No pidais milagros á la Providencia, cristianos de la Francia! Los siglos futuros se pasmarán de los que vosotros habeis presenciado. No fué un milagro el que la Italia quedase libre en los momentos en que Roma se hallaba viuda, y en que con tanta prontitud y sosiego se verificase la eleccion de Pio VII? (S. I. hubiera podido decir que el cónclave fué largo y tranquilo, pues duró ciento cuatro dias, y no oyó el es-

truendo de la guerra, mostrándose así de un modo más visible la mano de Dios). ¿No fué un milagro aquel despertamiento de la fe, aquel júbilo de todos los pueblos cuando fué conocida la eleccion? ¿No lo fué la larga vida de nuestro Santo Pontífice que le permitió remediar tantos males y dar pastores á las iglesias viudas de Francia?

Al fin de la pastoral, el obispo de Orleans exhorta á los fieles á orar por la eleccion de Papa, y termina del modo que sigue:

«Volvamos á la noble sencillez de los antiguos tiempos, tributemos á la Iglesia romana la obediencia y honor que se le deben; que ella es la maestra de todas las iglesias del mundo. Los males que desde hace tantos siglos han caido sobre la tierra, han sido causados por espíritus díscolos y orgullosos: este ha sido el manantial de todas las heregías, y la heregía conmueve los Estados. Los pueblos que se alzan contra la iglesia, se rebelan fácilmente contra los reyes. *Quia ventum seminabunt et turbinem metent.*»

En todas partes se dirigieron á Dios fervientes preces por Pio VII, é ibanse á recibir las circulares por medio de las cuales se anunciaba la eleccion del nuevo Pontífice.

El arzobispo de Génova, Luis Lambruschini, hace en la suya grandes elogios de Leon XII, de su aptitud para las negocios, de su prudencia, de su piedad, de la firmeza de su voluntad, y de sus sentimientos de tierna caridad, valiendo tanto mas el testimonio de este prelado, cuanto que S. I. habia residido mucho tiempo en Roma, y pudo conocer en ella personalmente al cardenal Della Genga. S. I. veia en esta eleccion una garantía de proteccion de la Providencia, y admiraba esa sucesion de Sumos Pontífices y esa constante unidad que enlaza entre sí las diversas partes de la iglesia. El Ilmo. Lambruschini añadía que el nombre de Leon XII recordaba épocas gloriosas en los anales de la Santa Sede, pues muchos Papas de este nombre han dejado inmortal renombre. El primero de todos, Leon el Grande, fué notable por su inmenso genio y por los servicios que prestó á la religion y á la humanidad; cuatro sucesores del mismo nombre obtuvieron los honores de la canonizacion, entre otros Leon IX, natural de Alsacia, parien-

te del emperador Conrado el Sállico, é hijo del conde de Ege-sheim; fué creado en el año 1049. Leon X, aunque solo reinó ocho años, dió su nombre á su siglo. Leon XII no se quedará atrás de sus predecesores. El arzobispo de Génova termina su circular exhortando á sus diocesanos á redoblar su adhesion y respeto á la Santa Sede y al virtuoso Pontífice que acababa de ser elevado á la cátedra de Roma.

En España hubo extraordinarios festejos. Las cartas del señor Vargas, henchidas de afecto á Leon XII, habian dispuesto esta nacion viva y generosa á una especie de exaltacion sin ejemplo.

En Bélgica el júbilo del pueblo y del clero dieron la señal para una especie de fiesta nacional, que aun al mismo Guillermo le impulsó á dirigir felicitaciones que fueron reputadas sinceras. Mas tarde llegaron las enhorabuenas y plácemes de Levante y del Nuevo Mundo.

A tantas benévolas disposiciones agregábanse las siempre sorprendentes noticias de España. La de la gloriosa libertad del rey Fernando llegó á Roma el 16 de octubre, pocos dias despues de la coronacion del Papa. Inmediatamente el embajador de Francia pasó á anunciar esta noticia á Su Santidad. El Papa, aunque todavía no habia tomado posesion de la iglesia de San Juan de Letran, quiso con este motivo ir á visitar para dar en ella gracias á Dios por una victoria tan útil á la Religion. Sabido es que desde Enrique IV tiene el rey de Francia el honor de ser el primer canónigo de San Juan, y por lo mismo se decidió que aquel dia el embajador recibiria al Papa en la expresada iglesia.

CAPÍTULO XI.

Brillantes triunfos de los franceses en España.—Libertad de Fernando VII.—

Aunque el Papa no debía entrar en la iglesia de San Juan de Letran antes de la toma de posesion , se dirige á ella á cantar el *Te-Deum* , en accion de gracias por los triunfos en España.—Banquetes dados por el embajador de España , el caballero Vargas , á consecuencia de los *Te-Deum* que se cantaron en las iglesias de san Luis y Santiago.—El P. Cappellari.—Breve al marqués de Montmorency.—Alocucion dando gracias á los cardenales.—Comportamiento de un jefe de Sinagoga.—Despacho al vizconde de Chateaubriand explicando el estado de los negocios en Roma á fines de 1823.

Fueron invitados para asistir á un *Te-Deum* en la iglesia de San Juan de Letran el Sacro Colegio y el cuerpo diplomático. El Papa salió de palacio en coche con los cardenales Bardají y Clermont-Tonnerre. Esta atencion , dispensada á un cardenal español y á un cardenal francés, no dejará de ser debidamente apreciada. Al llegar el Papa á San Juan, y para evitar el gran ceremonial que no puede practicarse sino despues de la toma de posesion, entró por la puerta lateral y el pórtico, bajo el cual se halla la estatua pedestre en bronce del rey Enrique IV, y allí le recibió el duque de Laval. Su Santidad revestido con sus ornamentos pontificales, se adelantó hácia el altar reservado al Sumo Pontífice , donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento. Despues de haber orado de rodillas entonó el *Te-Deum*, al que siguió el *Tantum ergo* y la bendicion.

A los pocos dias fué el Papa á la iglesia de San Luis de los franceses, donde cantó otro *Te-Deum* el cardenal Clermont-Tonnerre. Mas tarde celebráronse funciones en la iglesia de Santiago y de Nuestra Señora de Monserrat de los españoles. El caballero Vargas distribuyó dotes, dió tres banquetes consecutivos, á los cuales se invitó de gala primero, despues en traje de etiqueta y el último de frac. La munificencia particular de este digno caballero vino régicamente en socorro de los pobres, de modo que no hubo en Roma infeliz alguno que no tuviera motivos para regocijarse de la vuelta de Fernando á Madrid.

Hácia esta época Leon XII quiso conocer mas de cerca al P. Capellari, en la antigua iglesia abacial de San Gregorio el Grande, y darle una prueba de amistad y de proteccion. El 7 de noviembre, con motivo de la octava de difuntos, el Papa fué á visitar esta iglesia, ocupada por los camaldulenses, en la cual salió al encuentro de Su Santidad el cardenal Zurla, general de la órden, quien le presentó el P. Capellari, vicario general.

Notábase en Leon XII un tierno interés en favor de la Francia, y este interés no era precisamente una deuda bien establecida, pues en general la Francia habia dado muy pocos pasos para conseguir la exaltacion del cardenal-vicario, y por el enfermo á quien sin embargo consol ó mucho en Montrouge. El Papa no podia olvidar, segun decia, á los señores del arrabal de San German, que le habian amado, sostenido y aun socorrido en sus tribulaciones en París; por lo mismo quiso dirigir un breve, lleno de paternal bondad, al marqués de Montmorency, hermano del embajador y hoy duque de Laval, el cual habia erigido en sus tierras una iglesia, cumpliendo de este modo un voto que habia hecho á Dios por el regreso de los Borbones.

En la historia de Pio VII vimos que las alocuciones de los Papas son comunicaciones de circunstancias, siempre elocuentes, siempre noblemente aclaratorias de los acontecimientos de la época. El Papa debia hablar de su exaltacion á sus hermanos los cardenales, y al efecto los reunió el 17 de noviembre. Aun no habia verificado preconizaciones. Leon XII hablaba en primer lugar á los que le habian elegido, y luego á los que sin haberle elegido no por eso dejaron de serle menos amigos y menos respetuosos. Hé aquí como se expresó :

«Venerables hermanos: Teniendo que hablaros desde este trono, dudamos un momento si os debiamos dar gracias por habernos elevado á la dignidad pontificia con vuestros votos, ó si mas bien habriamos de lamentarnos de que nos hayais impuesto el pesado yugo de la servidumbre apostólica. ¡Como si os hubierais propuesto que sucediéramos á Pio VII, cuyo elogio será consagrado por las futuras generaciones, solo para que resaltara mas nuestra flaqueza comparada con sus herói-

cas virtudes! Teniais compañeros dotados de todo género de prendas y dignos de recibir de vuestras manos el gobierno de la Iglesia universal.

«¿Por qué á pesar de nuestra resistencia nos habeis preferido á Nos que no reunimos ningun mérito? Ocupado con estas ideas hemos reconocido que nuestra eleccion proviene de Aquel que hasta de las mismas piedras suele sacar hijos de Abraham, y que escoje lo que es débil para confundir lo que es fuerte. Vosotros habeis sido intérpretes y ministros de la voluntad Divina. Por lo mismo, como habeis servido con diligencia, amor y prontitud, y con una admirable conformidad á las inspiraciones del Espíritu Divino, léjos de quejarnos, reconocemos que le somos deudor de eternas y sinceras acciones de gracias.»

No pueden ser mayores el buen gusto, la dignidad, la religiosa confianza, la habilidad política, la fuerza del derecho, y el firme apoyo en la ley de los estatutos, y aun en medio de toda su modestia es brillante este pasaje.

El Papa prosigue diciendo:

«Habiendo cumplido nuestro primer deber con Aquel que nos ha elevado á Nos sobre la tierra tan débil como somos, para colocarnos en el mas alto escalon, hemos convocado hoy á vuestras fraternidades para rendirles, con toda la sinceridad de nuestro corazón, el tributo de accion de gracias que les debemos. Y al daros este testimonio, podeis estar persuadidos de que lo acreditaremos con obras en cuanto se presente la ocasion.

«Así en todo cuanto pueda contribuir á adornar, á aumentar vuestra respetabilísima dignidad; en todo cuanto se refiera á los honores, ventajas y beneficios que tenga derecho á reclamar cualquiera de vosotros, os prometemos que nada omitiremos para corresponder á vuestros deseos. Mas en cambio, os pedimos, venerables hermanos, aquella diligencia, aquella sincera adhesion, aquella conformidad de opiniones que nos habeis manifestado al ensalzarnos al Sumo Pontificado: nos dareis pruebas de ello ayudándonos á suportar la pesada carga del supremo ministerio.

«No ignorais, venerables hermanos, cuán crueles heridas ha recibido en estos últimos tiempos la Iglesia de Jesucristo,

cuáles son los enemigos que pelean contra la fe ortodoxa, cuán grande es la relajacion de costumbres que reina por todas partes, cuáles son las trabas, las dificultades, los obstáculos que embarazan por todos lados los negocios de la Iglesia; en cuanto á Nos, nuestra solicitud y nuestros trabajos estarán dia y noche dedicados á desviar este diluvio de males; mas si en tan grande y difícil empresa no nos auxiliáis con vuestros consejos y con vuestra cooperacion, nõ nos lisonjaremos de sacar de nuestra administracion los copiosos frutos que estamos pidiendo á Dios de continuo.

«Animo, pues, venerables hermanos; trabajad con Nos en la viña del Señor. Es preciso arrancar de ella las plantas estériles y nocivas, fecundarlas con semillas saludables, *segun lo permitan los tiempos y las circunstancias*. Así alcanzareis la infinita recompensa que promete el Labrador celestial á la actividad y al celo de sus fieles jornaleros. Con todo no cesaremos de hacerle las mas fervientes súplicas para que se digne dirigir nuestros trabajos, y concedernos las fuerzas que necesitamos; pues el que planta no es nada, sino el que dá incremento.»

Todos los cardenales debieron apladir de seguro esta allocucion.

Instábase en todas partes la enmienda de algunos agravios, y era menester remediar abusos, al mismo tiempo que algunas personas de una piedad quizás exagerada solicitaban correcciones y castigos para los judios. Leon XII, que durante su vicariato habia procurado hacerles mas ventiladas y mas sanas sus habitaciones, y que queria continuar aquel proyecto, aprovechó gustoso la ocasion de responder que, mientras duraba el luto por la muerte de Pio VII, el presidente de la sinagoga de Vieux Brissac, en el Gran Ducado de Baden, sabedor de que los judios iban á impetrar de la autoridad civil el permiso de dar una diversion pública, se creyó en deber de escribir á la autoridad, haciéndole una peticion opuesta. En su carta fecha 20 de setiembre, y firmada por Mr. Riez, de la cual tenia el Papa una copia, se decia que los judios tenian justo motivo de llorar la muerte de la Cabeza de la Iglesia, cuya vida habia sido una continuada série de virtudes, heróismo re-

ligioso y muestras de tolerancia. Este homenaje prestado al difunto Papa por un jefe de sinagoga, es ciertamente un hecho notabilísimo, entre los testimonios de aprecio y admiración que con tanta justicia ha obtenido la memoria de Pío VII.

Tenemos á la vista documentos oficiales que tratan de todos los asuntos de Roma; y como comprenden la totalidad de los hechos, pueden servirnos de guía con frecuencia para dar cuenta de los sucesos del pontificado de Leon XII.

En un despacho á Mr. de Chateaubriand, de fecha 2 de diciembre de 1823, se leen datos muy interesantes.

La redacción de estos documentos, verificada frecuentemente de acuerdo con otras legaciones amigas, puede bastar á quien desee conocer lo que ofrecia de importante el estado de los negocios en Roma.

El 2 de diciembre de 1823 se escribió al vizconde lo siguiente :

«Basta examinar los primeros actos de Leon XII y conjeturar que su pontificado tendria un carácter de moderación muy señalado.

«Desde luego los favores fueron para la Francia, porque acababa de recojer laureles, y la gloria de la Francia por medio de una série de victorias en las que nuestros soldados levantaban diariamente los altares derribados, habia servido á la Iglesia de un modo portentoso. Los bienes del clero devueltos, los conventos restablecidos, la autoridad de los obispos restaurada, la influencia de la Santa Sede restituida á su antiguo esplendor, todo habia sido provechoso para la Iglesia en la guerra de España, y por lo mismo que la congregación de los asuntos eclesiásticos, consultada para saber si debia ir á apoyar nuestros triunfos el nuncio Giustiniani, manifestó lentitud y dudas, poco mas ó menos por órden del cardenal Consalvi; por lo mismo, decimos, le parecia importante al nuevo gobierno hacer creer que antes se habia marchado siempre tan pronto como aquellos sucesos que eran debidos á la Providencia. Al cardenal la Somaglia, que no estaba ligado con ningun compromiso anterior para con las Córtes, le convenia volverse á poner precipitadamente en el camino natural del órden de la Religion y de la legitimidad.

«Observóse todo esto, y la embajada tuvo fija toda su atencion en dejar desenvolverse los resultados que pudieron llegar hasta la imprudencia, tocante á algunas otras córtés.

«Con todo eso, Leon XII, manifestando así su asentimiento á las nobles y vigorosas medidas que contribuyeron al restablecimiento de la autoridad del rey en España, busca el medio de evitar que le domine en esto la faccion que le ha elegido. Esta eleccion era una consecuencia del despecho por la exclusion pronunciada contra el cardenal Severoli, lo mismo que un homenaje presentado á las cualidades del cardenal Della Genga. El Padre Santo que se decia haber sido preferido por su estado de decaimiento y privado de aquella actividad que dá fuerza y constancia á los negocios, no ignoraba que quizás se habria elegido otro del mismo color del partido á que pertenecia, si ese otro hubiese tenido menos salud.

«Si bien algunas horas despues de las *adoraciones*, tuvo que consentir en el establecimiento de una congregacion cardenalicia aristocrática, formada de individuos de los tres órdenes, la cual aspiraba á gobernar con el nombre de Congregacion de Estado, no tardó en manifestar que no serian periódicas sus reuniones, y que en todos los casos los negocios importantes serian examinados préviamente por el secretario de Estado, quien informaria tambien sobre ellos.

«Antes de penetrar en las secretas miras del Papa, que son mas dificiles de descubrir, examinemos ante todo quién es su secretario de Estado, su primer ministro, personaje que se ve siquiera algunas veces y que está mas de relieve.

«¿Quién es, ese secretario de Estado? Nada de lo que puede temer un soberano debilitado por las enfermedades; es un anciano estimable por sus cualidades, pero mal visto de las principales legaciones que le rehusaban su apoyo; un anciano cuya avanzada edad le está advirtiendo continuamente los peligros del trabajo y la utilidad de ganar tiempo; un anciano que despues de haber llegado á los negocios habia conservado por poca actividad de carácter aquella circunspeccion, aquella timidez, aquella mesura, aquella urbanidad por medio de las cuales se suele caminar á ellos; un genio condicional que lo deja todo para el dia siguiente en una edad en que

es muy poco lo que hay del día siguiente. De seguro que el soberano, ni aun que se le suponga mal informado en medio de sus padecimientos y relegado á un lecho de dolor, tenia nada que temer de la autoridad de un ministro á quien sin embargo le quedaba suficiente vida para cuidar mucho de su propio crédito.

«El establecimiento de esta congregacion habia desagradado al ministro y desagradaba tambien al Papa. Su Santidad vió ofendida su dignidad, y el ministro comprometido su poder.

«Mientras tanto íbase informando para instruir á las córtes.

«El cardenal de la Somaglia se apresuró á notificar al cuerpo diplomático que la congregacion no era un Consejo de Estado, sino una junta consultiva, y que no seria convocada en determinados días; que se llamarian á ella á veces á otros cardenales; que, en fin, esta congregacion no seria mas que lo que pudo ser una congregacion semejante en tiempo de la administracion del cardenal Consalvi (la que condujo los negocios algo débilmente entre Fernando VII y las córtes).

«Todas estas explicaciones se dieron con el tono de un hombre que era tan celoso de su autoridad de ministro tanto como lo fué Consalvi; con la diferencia de que el uno tenia gran vigilancia para hacer y el otro para impedir que se hiciera.

«En efecto, habia pasado ya aquel tiempo en que todos los ministros acudian diligentemente á las audiencias; el cuerpo diplomático se queja y acude rara vez al Quirinal porque conoce la inutilidad de ello. Consalvi recibia dos veces por semana. Distribuia tan diestramente sus favores y cumplidos que cada cual podia creerse preferido. El cardenal de la Somaglia ha dividido en dos clases el cuerpo diplomático. Los embajadores son admitidos los martes y los representantes de segundo órden los viernes. Extranjeros y nacionales todos se hallan convencidos de que la Somaglia es solo un ministro provisional; y de donde principalmente es mayor la oposicion que se le hace es de parte de Austria y de Nápoles.

«Con todo, el hacer que Consalvi vuelva á encargarse de la direccion de los negocios, parece imposible; semejante acontecimiento equivaldria á una especie de abdicacion del Papa.

«El partido austriaco quisiera á Albani, mas esto seria vol-

ver á hacer Papa antes de fallecer el que está reinando. Asimismo podria contentarse la corte de Viena con Turiozzi , laborioso , legista, buen administrador. Conoce la marcha de los negocios de las demás cortes , y desea imitarlas é instruirse. Tiene firmeza de carácter , posee algo de inventiva y tambien actividad ; sus intenciones no se hallarian muy en oposicion con las de Consalvi ; pero pensaria mas que este último en su fortuna.

«La inactividad de la Somaglia ha desconcertado y ofendido á los *zelantes* que se declaran enemigos suyos , y habiendo empezado las cortes á abandonarle , le queda muy poco apoyo.

«En su angustia recuerda que la Francia le era benévola en el cónclave, y le está reconocido por ello. Yo pues le visito mas que ningun otro ministro extranjero.

«Me asegura que sus relaciones con el Papa están llenas de afecto y de confianza. Su Santidad le ha enseñado cartas en que se le inducia á que cambiara de ministro , en que se le hacia presente que el peso era demasiado para la persona que lo llevaba.

«En todo caso , la edad y la consideracion inherente al decano le ponen á cubierto de una desgracia y de una repentina despedida.

«No dejará la direccion de los negocios sino á consecuencia de los embarazos con que se dejará abrumar , por resultado tal vez de algun costipado que le alarmará respecto á los pocos dias de vida que le quedan. Caerá por su propio peso. Si es diestro y se guia por un racional orgullo , nombrará á su sucesor ; mas ¿tendrá este buen sentido?

«Algunos pretenden que la época de este retiro está indicada para el tiempo de la vuelta de los nuncios , y para la primera promocion de cardenales que se verifique por la primavera.

«Se trata muchas veces de monseñor Giustiniani , nuncio en Madrid. Pertenece á los *zelantes* , y bajo este aspecto no era bien quisto de Consalvi , á quien correspondia del mismo modo. Goza de alta consideracion justamente merecida. Tambien le favorecerá su nacimiento , porque hay mucho empeño en que sea secretario de Estado algun magnate, lo cual era cos-

tumbre á que raras veces se ha faltado. Hay una multitud de enfados y disgustos que se ahorran con una persona de importancia. Muchas cosillas de vanidad se encuentran establecidas anticipadamente, y no queda mas que el fondo del negocio, la razon ó la sin razon.

«Soy particular amigo del nuncio Giustiniani, y su eleccion me seria muy agradable. He tratado con él como cólega, lo cual es camino andado para conjeturar lo que será como ministro gobernante.

«En tal estado de cosas un secretario de Estado octogenario y un Papa achacoso no parecen dispuestos á verificar grandes mudanzas.

«Con todo, el Papa, á quien se ve poco, que habla tan sóbriamente, que en cierto modo se abstiene de decidir cosa alguna, ¿qué hace retirado en sus habitaciones? Dícese que trabaja con asiduidad. Dicta observaciones á un empleado á quien profesa grande afecto (el secretario que fué de Consalvi en París); pide memorias, explicaciones y noticias acerca de todo. Habla de todo género de reformas, mas hasta ahora no adopta ninguna.

«Se cree que va á publicar nuevas medidas en materia de economía administrativa. Se ocupará en la disciplina eclesiástica, suprimirá conventos, lo cual parece algo fiscal y tal vez raro; pero todas estas tentativas locales se manejan con extrema circunspeccion.

«Roma es una república, donde antes del cardenal Consalvi, cada cual era el amo en su dicasterio. Todas estas pequeñas autoridades se han restablecido de repente á la primera voz de la caida del ministro que las habia destruido. Aun no ha penetrado en estas nuevas situaciones la voluntad del Papa. En fin, ¿sobre qué puntos recaerá esta intencion de reforma? A cada paso aparecen obstáculos en torno del lecho del moribundo Pontífice, y no ha dicho nada para superarlos.

«En Roma se tiene mucho talento y tacto. Talento y tacto se tenian en tiempo del cardenal Consalvi, y se tienen y se tendrán aunque con menos rapidez de ejecucion. Dentro de dos meses, los romanos y yo ya tendremos bien estudiada la actual administracion. Las tergiversaciones, las circunspeccio-

nes, la estacion de las memorias, la espera de los informes, todo esto no tendrá ya valor: Roma volverá á entrar en su imperio necesario, estrechada por vivas oposiciones que obran dentro de un círculo de necesidades insuperables, entregada á las críticas del Austria, á las exigencias de Nápoles, á los clamores de la Inglaterra, á la ridícula inquisicion de los protestantes del reino de los Países-Bajos, á la funesta y casi universal indiferencia de una parte de Alemania, y á la inexplicable vigilancia del gabinete de Rusia.»

Tal vez este despacho á M. de Chateaubriand no arrojaba muy clara luz sobre el estado de las cosas; mas era indicio de una activa vigilancia que alcanzaria probablemente noticias mas positivas para ilustrar al gobierno del rey de Francia tocante á hechos establecidos para lo sucesivo.

CAPÍTULO XII.

Todos los ojos están fijos en Consalvi.—Este hace levantar á Pio VII un sepulcro en el cual el Sumo Pontífice está sentado entre la *sabiduría* y la *fortaleza*.—El vizconde de Clermont.—Tonnerre es promovido á la dignidad de príncipe romano.—El cardenal Fesch.—Respuesta á los que le proponian para el Pontificado.—Carta de Luis XVIII rogando al Papa que nombre administrador del arzobispado de Lyon al Sr. de Pins.—El Papa cae enfermo.—Carta del duque de Laval al vizconde de Chateaubriand, ministro de negocios extranjeros de Francia.—Concurso europeo para nombrar de acuerdo un Sumo Pontífice.—La corte de Roma no ha cometido en los dos últimos siglos falta alguna que pruebe tiranía ó ambicion: solo puede acusarse de un acto de debilidad, del cual da cuenta quien lo cometió.

Por aquel mismo tiempo estaban puestos los ojos en los ocios del cardenal Consalvi, quien los empleaba de un modo digno de su gran corazon y de su generosidad. Resuelto á hacer levantar un sepulcro á su soberano Pio VII, conferenciaba con el célebre escultor Thorwaldsen, digno émulo de Cánova. A este ilustre dinamarqués encargó el cardenal el sepulcro de aquel Papa. El Sumo Pontífice estaba sentado en la cátedra pontificia, teniendo á sus lados dos figuras, una de las cuales representaba la *sabiduría* y la otra la *fortaleza*, para

hacer alusion á las dos principales virtudes que caracterizaron aquel pontificado en la buena y en la mala fortuna. Con todo, no era la *sabiduria* la que pasó á París á colocar una corona; mas sí la *fortaleza* la que habia resistido en el cautiverio y vencido al vencedor de tantos reyes. Thorwaldsen recibió del cardenal por esta importante obra una cantidad muy considerable.

Súpose á la sazón una prueba de gratitud dada por el Papa al cardenal Clermont-Tonnerre. El vizconde, hermano del cardenal, fué nombrado príncipe romano con facultad de disfrutar de este título él y su descendencia por el órden que el titular estableciese. Así podia dejar este título de príncipe á un segundogénito en vez de darlo á un primogénito de la familia.

Muy poco hemos hablado del cardenal Fesch. Residia en Roma. Hizo [poco durante el cónclave: en los primeros momentos, él casi solo se manifestó celoso por defender al cardenal Consalvi, á quien atacaban casi juntos todos sus enemigos. En medio de las discusiones se levantó una voz para dar, segun decia, el medio de hacer que se gastase la exclusiva de la Francia: « Demos nuestros votos al cardenal Fesch; entonces la Francia le aplicará la exclusiva, y luego ya nada tendremos que temer de esta resistencia. » Mas á esta amenaza se contestó victoriosamente: « Ensayadlo; nombrad al cardenal Fesch, fundad un gobierno que eche de menos á Napoleon y sus faltas, y que para excusarle intervendrá en todos los asuntos en que se halle comprometida su memoria; exasperad á los antiguos carceleros de este ilustre hombre; embarazaos vosotros mismos con un amo y señor cuyo carácter conoceis perfectamente; entregad los dogmas á despechos, abrumad con un peso inaguantable la nave de San Pedro, y no tardareis mucho en ser castigados por vuestra petulancia. Temed tambien que la Francia, bien aconsejada, emplee su exclusiva y recoja el guante, y entonces deplorareis haber hecho lo que ninguno de vosotros desea. » La voz calló, y la Francia no tuvo que desplegar un rigor que mas ó menos altera la concordia y esparce semillas de descontento y turbacion.

Esta falta, que falta fué haber escuchado siquiera un solo día ese consejo, tuvo sin embargo un resultado que no se esperaba. El gobierno del rey pensó en reprimir para siempre ese celo que para Roma y para nosotros ofrecía sus peligros. Luis XVIII escribió al Papa una prudente y razonada carta, que explicaba las angustias de la ciudad de Lyon, privada de su arzobispo por una invencible necesidad. Hé aquí la carta:

«SMO. PADRE: Circunstancias graves y que Vuestra Santidad conoce muy bien tienen alejado, hace ya muchos años, de la iglesia metropolitana de Lyon á su primer pastor; y como cada día se hace mas urgente atender á las necesidades espirituales de tan importante silla, hemos juzgado conveniente recurrir á la autoridad de la Santa Silla Apostólica para que ponga término á esta penosa situacion, suplicando á Vuestra Santidad nombre una persona capaz de regir y administrar dicho arzobispado de Lyon, hasta que pueda ser ocupada por un titular de nuestra eleccion. En su consecuencia, suplicamos á Vuestra Santidad reciba con bondad la peticion que le dirigimos de que se digne nombrar para administrador de dicho arzobispado á monseñor Juan Pablo Gaston de Pins, obispo de Limoges; y como este prelado no podrá ejercer estas nuevas funciones sin estar antes revestido del carácter de arzobispo, rogamos igualmente á Vuestra Santidad que se sirva conceder á dicho obispo de Limoges un título de arzobispo *in partibus infidelium*, disponiendo que se le expidan las letras, bulas y provisiones apostólicas que se requieren y son necesarias, segun las Memorias que os serán presentadas al efecto. El conocimiento particular que tenemos de la integridad de este prelado y de sus costumbres, piedad, ciencia aptitud y demás recomendables prendas, nos persuade de que empleará todo su celo y todos sus esfuerzos en servir la nueva iglesia que estará encargado de administrar, y tendremos motivo para felicitarnos del favor que Vuestra Santidad se digne otorgarle por recomendacion nuestra. Al impretrar este nuevo testimonio de la paternal bondad de Vuestra Santidad, nos apresuramos á renovaros las seguridades de nuestro sincero afecto y de nuestro filial respeto. Rogamos á Dios, Santísimo Padre, que os conserve la vida muchos años para el régimen

y gobierno de nuestra Santa Madre Iglesia.—En nuestro palacio de las Tullerías, á 10 de diciembre del año de gracia 1823, XXIX de nuestro reinado.—Vuestro afectísimo hijo el rey de Francia y de Navarra—Luis.—Refrendado : *Chateaubriand.* »

De vez en cuando se hallaba el Papa indispuerto, lo cual no podia menos de causar alguna zozobra. Algunos decian que esta afeccion crónica no tocaba á su término, y que Su Santidad podria todavia vivir dos ó tres años; otros, que la echaban de mas prácticos y de haber frecuentado el trato del Padre Santo cuando era cardenal, pretendian que las fatigas del Pontificado atacaban mas fuertemente esta complexion delicada que habria conservado mas probabilidades de vida en otra situacion. Continuemos el relato del embajador.

Con motivo de algunas disidencias suscitadas en el último cónclave, el duque de Laval, que en parte escribió la historia de Leon XII, se expresaba así:

« Desde luego es necesario dejar bien sentado que en el mes de setiembre último faltó union entre nuestros cardenales. Habiendo salido de París con una recomendacion de practicar lo que segun su conciencia fuera mejor, pudo suceder que este bello y sublime motor que tan bien dirige los ánimos firmes y generosos, solo haya podido excitar impulsos que no marchaban á un mismo objeto. De todos modos, se les da mil vueltas á los mas experimentados negociadores; supóngaseles que entran ya de edad avanzada y con facultades casi extinguidas y con enfermedades, en medio de infinitos hombres mas ó menos hábiles, pero colocados todos en su terreno, sabiendo por qué se aman, por qué se aborrecen, por qué dejarían de amarse ó de aborrecerse, hablando la misma lengua que tiene tanta expresion en los gestos como en las palabras; supóngase á los hombres de Estado mas hábiles llamados á intervenir en todas las cuestiones que se agiten, del mérito ó falta de mérito de un cardenal que haya que elevar á la primera dignidad del mundo, no es posible creer que estos hombres de Estado, por mas diestros que se les suponga, dejen de incurrir en faltas, por no haber oido, ó por haber visto mal, ó por no haber comprendido bien.

« Y ¿quién puede servir de guia á estas *experiencias* mal ase-

guradas, mas peligrosas que la ignorancia? El guia natural es el representante del rey que se distingue en medio de estos debates, que es obsequiado como parte directa y oculta del gobierno local; que percibe los pasos dados en falso, y sorprende las ambiciones en su origen y recibe confianzas que no se repiten; en fin, que vigilante centinela de su señor, lo conoce todo, de todo da razon, y debe ser responsable de todo.

« Este representante es, ó el que se halla en Roma, ó el que á Roma se envia; mas esto importa poco. Aquí se trata de los deberes y derechos del que tiene la confianza del rey, y no del resultado de una vanidad particular.

« En abstrácto, el general en esta guerra es el que ha llegado antes, tratado los negocios, manejado los genios y estudiado los elementos. Aceptado este principio, no deben enviarse á este general tropas independientes; aun sin esto puede ocurrir que tenga que combatir á sus adversarios naturales y á la oposicion de su propio ejército.

« Al aproximarse el momento de reunirse el último cónclave, se comenzó por decir: « *Nosotros no queremos meternos en nada; lo que deseamos es una opinion moderada;* » y luego se quiso obrar, dirigir y dictar.

« Habria mas franqueza en decir: « *Nosotros intervendremos para bien de la cristiandad, para nuestro interés político, para la gloria de nuestra Iglesia, para el lustre de este clero francés, cuyas preclaras virtudes le colocan en tan alto rango en Europa entre los ministros del Evangelio.* »

« Luego debe considerarse, en los dos partidos que se presentan, cual es el que se debe escojer. ¿ Debe aprovecharse una posicion particular para obrar solo y sin sujecion, ó debe entrarse con una determinacion constante en el partido de las potencias?

« No vacilo en declarar que es mejor entrar en el partido de las potencias.

« Nunca estuvo la Europa encadenada con mas cadenas; nunca fueron mas solidarios los intereses; nunca el mal de uno estuvo mas próximo á convertirse en mal del otro; nunca el bien de uno solo ha sido mas realmente el bien de todos. Algunos años despues de una eleccion, se puede ya conjeturar

que ha lugar á elegir Papa. Dificil es esta eleccion , sobre todo en la época en que surgen por do quiera *los orgullos* , en razon de la elevacion que han obtenido hasta los talentos medianos. Hay pues muchas veces motivo en este siglo para pensar mostrarse reunidos votos é intencion para asistir á ese gran acto de religion y de politica. Si siempre ha sido necesario el acuerdo europeo , es todavia mas ventajoso para esa nacion tan felizmente gobernada , dotada de tan pronunciado entusiasmo y que entrada en la carrera de las victorias del genio del bien , está destinada á recorrer todas sus fases con no menos brillante rapidez. No conviene pues que acerca de un punto en que pueden desenvolverse todas las pasiones que acompañan indispensablemente á un gobierno electivo, esa nacion se esponga , queriendo obrar de por sí , á obrar mal , á hacer por otros mas que por sí , á trabajar por un partido interior, y á encontrarse desviada de su espíritu general de administracion verdaderamente religiosa, justa y templada. La Francia triunfante en un cónclave puede haber vencido contra sí propia ; batida con la Europa , la Francia puede reirse de su derrota y hacer sentir el peso de su fama. Sentado este punto, la partida debe ser unida entre la Francia y las potencias que claman altamente por un gobierno moderado. El núcleo del sistema está en el sacro colegio , y se compone hasta hoy de unos diez cardenales. No siempre conviene decir que las potencias que en el dia (14 de diciembre de 1823) se pusieran de acuerdo con nosotros pudieran traer todas sus fuerzas. El Austria es la única que no permite disidencias ; ella ha fijado en este punto la mas absoluta atencion y no lamenta ni una sola defeccion. Nápoles llega en mal orden ; pero además de que su tesoro no dota ya prodigamente á sus cardenales , se ve perplejo entre el impulso nacional de algunos , amigos del rey , el sistema de halagos del Austria que atrae á otros con mil pretextos ; y finalmente , entre una disposicion á la independencia que han debido contraer algunos de los cardenales napolitanos que pueden aspirar al pontificado sin apoyo muy directo de su soberano. La Cerdeña no tiene en la actualidad sino un ejército nominal , pues no le paga ; y estas filas vienen á ser como aquellos *condottieri* que durante las guerras

del siglo xv se adherían sucesivamente á Pisa, á Florencia, á la Francia, ó á San Marcos. La España no tiene mas que un soldado herido, pero del todo obediente. Bajo este concepto el embajador de esta nacion, Vargas, es el mas á propósito para servir bien el deseo de S. M. Católica; mantiene su secreto para sí solo; ejecuta sus movimientos sin dar cuenta; nota sus faltas sin encontrar vanidades que le acusen. Provisto de instrucciones *omnipotentes*, escucha, apoya, consuela, abandona, se arroja sobre la obra de los demás, dice en alta voz que es suya, sepulta los muertos y descansa en el campo de batalla.

«? En qué consiste este concurso europeo? Es menester empezar por nosotros; porque, al fin, nuestras miras, nuestros derechos, nuestros intereses, nuestros consejos, sábios siempre, llenos de urbanidad y de nobles sentimientos de cristianismo, son los que han de servir de regla útil á todos, buena para todos, y la sustancia mas susceptible de distribuir por canales diversos, que lleven á cada cual las ventajas que cualquiera localidad pueda desear. Para marchar dignamente al frente del partido deben ser enviados los cardenales franceses sin palabra de nadie, sin recomendaciones, y hasta me atreveré á decir, que *sin conciencia*, entendiendo esta palabra en la acepcion que expresa una vanidad ocupada en sus propios intereses mas que en los del rey. Las instrucciones dirigidas al embajador podrian ser leidas por él y por los cardenales; cada uno de estos habria de prometer no hacer cosa alguna sin contar con el otro; cada uno de estos, penetrado de los sentimientos de fidelidad debidos al monarca, habria de consentir en *engañarse con él* si es que él se *engañaba*, á lo que es lo mismo, no pretendería que ocho dias hayan podido enseñar lo que diez años apenas permitan saber. Podria dejarse sentado que los conclavistas serian á gusto del rey. Comunicadas ya las instrucciones de S. M., las variaciones que sobrevinieran se pondrian pronto en conocimiento de los cardenales, en fin estos declararían que no entienden solicitar á consecuencia de los trabajos del cónclave ninguna recompensa para nadie sin el asenso del rey. Comunicándose dentro del cónclave con los cardenales de las potencias, cuya adhesion fuese conocida, se ocuparían como

ellos en la obra deseada por el rey y recomendada á sus cuidados y á su verdadera *conciencia* de prelados colocados allí por el rey, y que á no ser por el rey no habrían entrado. En cuanto á la persona que deba elegirse, todo está ya dispuesto. Es preciso proseguir lo que se iba á continuar, y lo que debe preferirse, es un Papa moderado y de una salud regularmente robusta. Es preciso evitar las exageraciones y los temperamentos ya desmoronados. Estos últimos se han de temer mas todavía que aquellas; porque una persona de mala salud, en todas partes es inútil; mas en este país que lo es de orden y de sensatez, las exageraciones se curan muy pronto. Luego hay que persuadirse de que el vencer uno solo por medio del partido de los zelantes es irritar inútilmente al Austria, que tiene otros medios de hacerse considerar mas que los de proteger un nombramiento, es dar al acaso el cebo de una gratitud que las circunstancias pueden hacer imposible, que un carácter un poco seguro debe además hacer dudosa. Es por otro lado preparar al gobierno del rey enredos que le importunen y que desvien la influencia que tiene derecho á ejercer solo en la política de Roma.

«Mas el triunfar ó ser rechazado con el acuerdo europeo, es por un lado no haber alterado una union cuyos efectos son de desear siempre sean las que fueren; y por otro, no haber sido vencido. Es preciso no olvidar que en las derrotas de Roma algunas veces mas se ha ganado que perdido. La admirable construccion de esta máquina política, cuando se la considera en globo, no deja duda alguna acerca de esto, y el gobierno destinado á tener contemplaciones con los no católicos que poseen una gran parte de Europa, á devorar, aunque con dignidad, las mortificaciones que estén prontos á darle casi á cada momento; el consejo de Europa, mas lleno de hombres prudentes, afectuosos, tímidos, ilustrados, sóbrios, no comete faltas capitales. Conoce su posicion y se ha entregado á ideas de innovacion y de extension, ó mas bien á la distribucion del poder, antes por despecho contra una autoridad que les dejaba consumir la vida sin destinos y sin crédito, que por una disposicion á la agitacion y á aquella manía de jugar muy tirado que de los combates y de la hacienda de mas de un imperio no

ha venido seguramente á pasarles por la cabeza á tantos hombres de talento, todos cristianos sosegados, dotados de un tacto muy notable y que saben decir: «Que se cite una falta grave de la corte de Roma en los dos últimos siglos; una falta que justifique su tiranía y su ambicion; no hallará ninguna: una falta, sí, hubo, que manifiesta su debilidad, y de aquella da cuenta Clemente XIV.»

«La corte de Roma, la prudente corte de Roma, que no tiene que contentar sino á vosotros solos y que está vigilada por otras mil resistencias, se impone á sí misma límites que no se le prescribieron, y puedo decir que desde que estoy en esta capital no he oído á nadie manifestar acerca de esto otros sentimientos que los que para mí son expresion mas constante de las intenciones del gobierno pontificio antes, durante y despues del pontificado de Leon XII.»

CAPÍTULO XIII.

De los despachos del duque de Laval el autor saca su relacion de los hechos.

—La enfermedad del Papa comienza á inspirar cuidado.—Exámen de los diversos cálculos que se podian hacer en Francia.—¿Ingresa el gabinete de las Tullerías en el partido de las grandes potencias ó en el de los *zelantes*?—No se halla tan indecisa el Austria.—Se trata de conocer las miras de Consalvi.—Emplea su cuidado en disponer lo necesario para erigir el monumento que destina á Pio VII.—Roma ni siquiera tiene tiempo para ocuparse en los asuntos de Grecia.—Despacho del duque de Laval solicitando instrucciones.—Retrato del cardenal de la Somaglia.—Ocupan muchísimo al gobierno de París los negocios de Roma.

Quando se escribe la historia sucede que se encuentran hechos de una naturaleza singular, los cuales se presentan á la memoria del historiador, muchas veces con poca claridad, incompletos y llevando consigo algunos vestigios de una vaga acusacion, y por lo mismo faltos de la madurez necesaria para servir de conveniente alimento á la instruccion de los hombres. Así en la narracion de las operaciones del cónclave de 1823, se habrá observado, que hácia los primeros dias, algunos cardenales que comenzaron á marchar de acuerdo no con-

tinuaron por el mismo camino. ¿Era preciso manifestar entonces las diversas circunstancias, explicar las divergencias; poner la mano en la llaga? No por cierto; era preciso caminar al término; es decir, manifestar prontamente la decision del cónclave. Todo hombre de juicio que ha reunido sus materiales sabe que puede retardar la comunicacion de mil pormenores que mas tarde, merced á una pluma retrospectiva y oficial, llegan á ser documentos inconcusos. Y este sentimiento de reserva que yo he experimentado, este no sé qué de metódico y al mismo tiempo de paciente y respetuoso que en mí siento, es él que me ha aconsejado esperar á un jefe de mision, á un hombre que gozó de toda la confianza de Luis XVIII, un auxiliar de uno de nuestros mas distinguidos ministros, el duque de Laval, que viniese á tomar la palabra y á ajustárselas con sus pares con todos aquellos derechos que dan la gerarquía, la cualidad y la fama histórica á los que el rey ha declarado que son los verdaderos depositarios de sus intereses.

Hubiera sido una imprudencia reducir á fragmentos páginas perfectas de un trabajo del duque de Laval, así que servirán aquí para continuar la narracion, añadiéndole una luz que puede guiar otra vez á la Francia en circunstancias análogas. Por lo mismo, tomo ahora para que me auxilie un despacho de aquel embajador.

Presentando constantemente síntomas de cuidado la enfermedad del Papa, no era ya posible ocuparse mas que en pensamientos tristes y en los deberes políticos que sin cesar recordaban. Por manera que hay casi que referirse á la época de fines de setiembre.

El partido de los zelantes se mostró con una fuerza de treinta y tres votos al tratarse de elegir á Leon XII. Monseñor Clermont-Tonnerre dió el treinta y cuatro, que aunque era inútil para la eleccion, se habia buscado con afan para probar que la Francia no daba la exclusion á la persona que se elegía. Empleó al principio de las operaciones el embajador de Francia los medios mas eficaces para convencer al Sacro Colegio de la necesidad de esperar á los cardenales extranjeros. Pueden recordarse aquellas delicadas expresiones que en efecto tuvieron muy buen éxito: «Vuestros compañeros los natura-

«les de Francia se apresuran á venir donde su mision les llama, y están ya para llegar dentro de muy poco para asociarse á vuestras religiosas inspiraciones.» No usaban en 1774 un lenguaje tan suave el cardenal Bernis, y los demás ministros de la casa de Borbon. Era nuevamente de temer que á los trece dias se empezase á proceder á la eleccion del sucesor sin esperar á los cardenales extranjeros, y sobre todo á los cardenales franceses, de los cuales el uno llegaria todavía, sin duda contradictor, mientras que el otro vendria reprendido. Ahora bien; podian crear todavía Papa los treinta y tres votos del mes de setiembre, y con los cardenales extranjeros de menos, por ejemplo cuatro, no se necesitaban mas que treinta votos, sin incluir el del cardenal candidato.

Todo, pues, era embarazo para las diversas embajadas.

Los *zelantes*, que poseian conocimientos políticos, sabian: 1.º que eran en número suficiente para hacer eleccion; 2.º que las potencias no estaban unidas entre sí; 3.º que este acuerdo habitual de las coronas católicas que ha existido en otros tiempos, desagrada á las córtes protestantes, las cuales, garantizando á la Santa Sede su poder temporal, manifiestan ser en la inteligencia de que nadie ejerza influencia alguna en el cónclave, así como ellas no la ejercen.

Los *zelantes* que se ocupaban solo en meditaciones religiosas y que deseaban el bien de la Iglesia sin atender á consideraciones políticas, estaban prontos á ayudar á los demás de su partido que estudiaban la situacion de Europa. Por el mes de setiembre no daba señales de vida un corto partido de la Somaglia, compuesto de seis votos, como el que habia formado con otros tantos el cardenal Maury en el año de 1800.

Antes de fijarse en determinados planes tenia el embajador de Francia que examinar con cuidado diversas consideraciones.

El partido de las coronas le habia recibido con los brazos abiertos, pero para ponerle en un puesto inferior, así como en el ejército se echan á la reserva las tropas que no osaron hacer fuego en la batalla anterior. Allí se hubiese visto rodeado de desconfianza. Y por otra parte, ¿cuál era este partido de las coronas? Solo se componia del Austria y de algunos napolitanos.

litanos. Este partido (no habia que hacerse ilusion) tenia que tomar el desquite. Querria alcanzar la victoria solo, y en definitiva no seria bastante fuerte para arrebatarla.

Si el embajador entraba tibiamente en aquellas filas agriadas por una reciente derrota, lo que sucederia era, que habria, ó que acabar por marchar con los *zelantes*, ó que atenerse por último recurso á un absoluto sistema de abnegacion de toda influencia, como lo hacian los cardenales hijos de San Marcos.

He de detenerme aquí, porque es menester no equivocarse. Los cardenales venecianos no incurrian en nota alguna de cobardía y de inconsistencia: su mismo gobierno les trazaba esta línea temeroso de que adquiriesen un crédito que le podria ser fatal en algunas circunstancias. La *mordaza* venia de Venecia, y era menester someterse á ella por orden del consejo; y ¿quién ignora que casi todos los cardenales venecianos eran hombres de gran mérito, de una habilidad poco comun, de una sagacidad proverbial, y con frecuencia los mas experimentados hombres de Estado del cónclave?

Si la Francia se alejaba abiertamente del cónclave, entonces lastimaba una parte del concierto europeo que era tan indispensable. En tiempos de desgracias y conspiraciones la Francia necesitaba del apoyo, ó cuando menos de la neutralidad del Austria; y el Austria, sobre su roca de sabiduría era *incommutable*, como decia Pio VII al hablar de los dogmas de la Religion. Si la Francia obraba juntamente con la extremidad exagerada de los *zelantes*, cometia una imprudencia. Definitivamente, pues, al cabo de tantas meditaciones, pareció ser la mejor determinacion limitarse al voto que sin separarse del Austria trataba de que fuese elegido algun *zelante* moderado.

Era menester tambien contar con que las resistencias indiscretas, como se hicieron tantas al principio de la revolucion francesa, los alardes, las amenazas, todas las pasiones que acompañaban á una minoría podian irritar á la mayoría, exasperarla y arrastrarla á una eleccion que no tuviese tiempo de examinar tan bien como lo hizo con el cardenal Della Genga.

En medio de esta fluctuacion de ideas , de tormentos, de raiocinios que se destruian unos á otros , de conjeturas que se calculaban (porque en política las conjeturas se calculan) ¿qué decia Consalvi ? ¿ qué estandarte enarbolaba aquel gran ministro ? Absorbido algunas veces en los antiguos resplandores de su gloria , en los movimientos de la indiferencia que se suele creer hay derecho de manifestar á los ingratos , en medio de aquella calma , ó mejor de aquella perturbacion en que uno se encuentra despues de borrascas de las cuales ha salido sano y salvo , bien podia decir , pero no decia :

Suave mari magno, turbantibus æquora ventis,

E terra magnum alterius spectare laborem;

Non quia vexari quemquam est jucunda voluptas,

Sed quibus ipse malis careas, cernerè suave est (1).

En medio de sus padecimientos se apoderó de él una preocupacion , mas bien tierna que sediciosa ; le era sensible pensar en la posicion deplorable de Leon XII , y despues de lamentarse de males que no habia causado , continuaba hablando á Thorwalsen de sus proyectos para el bello monumento destinado á Pio VII. Abrigándose gloriosamente con su fama , con sus triunfos de toda clase y entre hombres de todas las creencias , aplicando todavia el oido á aquellos aplausos de toda la Europa , que , aunque lejanos , continuaban resonando para el que habia sido su objeto , vivia , sin maldecir á Leon XII , con la memoria de los contratiempos de su señor Pio VII , de sus sacrificios para obtener la paz , de su resistencia á los preceptos del que usurpó las cosas divinas y humanas ; en fin , de los adorables consuelos y de las brillantes reparaciones concedidas por la Providencia. Esta voz de un hombre que sabia tanto , para nadie mas se hacia oír distintamente que para un señor querido y virtuoso , para quien sin duda no tenia ya otra cosa que pedir al cielo , mientras que nuestras preocupaciones

(1) Cuando los vientos turban las aguas de un mar agitado grato es contemplar desde tierra los grandes trabajos de los demas ; no porque sea un grato deleite ver que otro padezca , sino porque es cosa grata ver de qué males está uno libre.

nuestra mezquina gratitud parece que aun piden algo en la tierra, donde quieren imágenes de virtudes esculpidas artísticamente y un monumento tan frio á veces como el mármol de que se compone.

Concluuyamos: en el último mes de 1823, seguramente no hubo cónclave. La Sede no estuvo vacante; mas anduvieron ocupados intensamente los romanos en todos los negocios, en todas las agitaciones que figuran en los cónclaves. Todos aquellos hombres de talento perdieron el sueño. Mas de un gabinete extranjero se entregó á trabajos y especulaciones; toda la Europa católica estaba aguardando con ansiedad. El palacio del Quirinal se hallaba lleno de estupor; ¿estaba acaso destinado el Pontificado de Leon XII á tener triple duracion del de Leon XI?

El interés que excitan todas las escenas que se ven suceder en tiempo de cónclave, y en especial de un cónclave imprevisto, no dejaba descanso alguno á la imaginacion. No lanzaba Roma siquiera una mirada sobre los extranjeros que vienen á visitarla, principalmente en diciembre; no tenia siquiera un instante libre para reparar en los ingleses que venian en tropel á hablar de los acontecimientos de Grecia, y á proclamar, tal vez con tanto ruido como inoportunidad, los agravios de un país que habia de conseguir la victoria, pero que despues de conjurar tantas veces á los manes de los Filopomenes y los Milcíades, debia volver á sumirse en una nulidad tan poco en relacion con el esplendor de la caida de sus abuelos, y con el ruido del quebrantar las cadenas una nacion abatida, la cual en último resultado iba á levantarse sin hacerse por eso mas grande.

El estado del Papa no mejoraba. La Francia pedia noticias, la Alemania queria saber si habia alborotos, la España esperaba adherirse á una eleccion semejante á la que creó á Leon XII.

Los negocios de los fieles que encargan se provoquen en Roma decisiones teológicas, y las instancias de los gobiernos que solicitaban preconizaciones de obispos, tenían estrechadas á las congregaciones inferiores, que no pueden articular una palabra sin la aprobacion del jefe. El Papa no habia muerto to-

avía, pero ya no había Papa. El anillo del Pescador no estaba aun roto, mas tampoco aparecia ya la Silla *Gestatoria*. Todos se preguntaban con impaciencia, por qué los hombres saben soportar mejor un gran mal que esperarlo junto al lecho de un enfermo. Todavía no había podido formarse aquel afecto que teme perderlo todo, que gime, que llora á lágrima viva sus intereses destrozados. Un corto número de personas había oído las palabras del Padre Santo, sus proyectos de reforma, sus ideas de mejora, de restablecer enteramente el orden, de mantener firmemente ideas justas y rectas, de renunciar generosamente á derechos privados que pasaban de cuarenta mil duros. Tanta grandeza de alma solo era imperfectamente conocida. Entre tanto el Papa se iba muriendo de dia en dia, y ya parecia oirse la compana del Capitolio.

El duque de Laval volvió un dia al palacio de su embajada sumido en el mas vivo dolor. Había ya dado cuenta regularmente de las irresoluciones de la situacion; mas esto no bastaba, y el 5 de enero de 1824 resolvió escribir la siguiente carta, que pintaba mas á lo vivo el estado de las cosas:

«Va á comenzar un cónclave.

«¿Deberé anunciar la llegada de nuestros cardenales? ¿Deberé declarar que la Francia manifiesta resueltamente su deseo de que se les aguarde?

«¿Convendrá que proponga á los ministros de España y Nápoles que se junten á mí? Espero que lo conseguiria segun las apariencias de la fisonomía del ministro de Nápoles. No puedo responder del ministro de España, y si no recibe oportunamente órdenes que le obliguen á ponerse de acuerdo conmigo, buscará todos los medios de inducirme á obrar con él, ó él obrará solo juntamente con los *zelantes*.

«Se dice generalmente que los *zelantes*, despues de los nueve dias de las ceremonias de las exequias, trabajarán en realizar la eleccion, y reproducirán con bastante unanimidad la proposicion de Severoli. Este cardenal, lo mismo que el cardenal Della Genga, disfruta poca salud, pero tiene buen semblante y unas apariencias de vida y robustez que engañan. Sus padecimientos no alteran su noble aire y sus distinguidos modales.

«¿Persistirá el Austria en sus exclusiones? Esta vez, si son rechazados, los *zelantes*, se agarrarán á Cavalcini (1). Tampoco este tiene mucha probabilidad de salud, mas no es una eleccion tan falta de sentido. No se cree que estén determinados á reunirse en mucho número para Gregorio. Este es el objeto de los deseos del ministro de España. Y con esta ocasion, debo decir que he recibido de este cardenal protestas del mas tierno afecto á la Francia, protestas que creo sinceras, porque son conformes al interés de este cardenal y al fondo de sus hábitos, de sus gustos, y estoy por decir que de toda su vida. Mas tocante á él tenemos que temer la exclusion del Austria, y cierto que seria un peligroso espectáculo el de una exclusion que diese el Austria á un individuo sostenido por la Francia. En represalias casi seria preciso buscar ocasion de excluir á un individuo propuesto por el Austria, todo lo cual es puro ardid de funestos resultados para el concierto europeo.

«La Somaglia, anciano de ochenta años, no goza ya tanto favor desde que se censura á los cardenales de haber procurado alargar la partida, escogiendo de entre ellos á uno que ya antes estaba condenado á gozar de su exaltacion pocos meses.

«Este cardenal se ha portado bien con nosotros. A él debemos el negocio de la administracion del arzobispado de Lyon. Tambien le debemos las repetidas ceremonias que tan públicamente han dado la sancion de la Religion á las victorias de la Francia. El ha impulsado al Papa á lanzarse francamente á este sistema enteramente nuestro. No ha aprobado en Su Santidad el deseo de entrar en nuestros negocios con el apoyo de los *zelantes* franceses.

«Mas este cardenal, que tan bien ha merecido de nosotros, es de una edad tan avanzada, que en este momento semejante candidatura está del todo proscrita.

«En el último cónclave, la mayoría, ofendida de la exclusion de Severoli, trataba de vengarse sin hacerse daño.

«Esta vez no hay motivo para creer que se ose elegir á un enfermo, ni siquiera á un convaleciente. Ya se sabe que la cris-

(1) Había tenido el 26 de setiembre por la tarde 9 votos (7-2)

tiandad necesita un Papa activo que se ocupe en los negocios, que los estudie, que los arregle, que los sostenga. A lo mas debe tener el Papa sesenta años, y por lo mismo debe poseer su autoridad durante bastante tiempo. Leon XII, alejando de la direccion de los negocios á aquellos que le crearon, ha acreditado que cuando uno es Papa piensa en sí y por sí, y que se conforma á sus propias ideas sin someterse á las de los demás.

«Muchos observadores propenden á creer que los *zelantes* pueden dividirse todavía mas. Si no se efectua la eleccion en veinte ó veinte y cinco días, se apoderarán de ella las potencias hasta el punto que pueden aquí apoderarse de algo. Esto es muy cierto; y en semejante hipótesis, opino que conviene evitar el herirnos reciprocamente de gabinete á gabinete.

«La Santa Sede, cualquiera que sea el Papa, cuenta en Francia con un gran partido que la sostendrá hasta contra el gobierno. La Santa Sede puede esperarlo todo de las demás cortes donde se escucha la voluntad del ministro que dirige; así las gracias y las mercedes son para aquellos de quienes se espera algo, y esto puede explicar el nombramiento de Vicario hecho en el cardenal Zurla, natural de los Estados de Austria en Italia.

«Mi despacho de 4 de diciembre explica infinitos pormenores que el gobierno deseaba conocer. Mi trabajo del día 24, relativo á las instrucciones que debian dárseos, se halla ya en vuestro poder. Necesito saber si las demás cortes han dado pasos en París.

«En resúmen: los *zelantes* están prontos, pero divididos. Creo que el Austria, ayudada de Nápoles, y sin contar con nosotros, tiene preparada una exclusion mas pronunciada.

«Consalvi no se ha declarado y modificará su conducta en esta circunstancia; los partidos se hallan menos animados; las ambiciones particulares son mas fuertes, y por lo tanto menos complacientes. Cada cual quiere un poco de sí mismo. En el último cónclave por primera vez no se ha elegido un Papa por unanimidad. Se ha aprendido á resistir, y el cónclave puede durar mucho.

«Tal es, señor vizconde, todo lo que se averigua aquí so-

bre el terreno. Es de absoluta necesidad que no tarden en llegar las órdenes del rey. La Francia, con tal que lo quiera, será poderosa en el cónclave.»

Debían darse en esta historia esos pormenores para probar que los negocios de Roma son difíciles de tratar, y que los embajadores, sin faltar á las reglas del decoro y de la urbanidad, procuran explicar claramente, cuando pueden, estas importantes cuestiones que tanto interesan á todo el catolicismo.

CAPÍTULO XIV.

Una crisis alivia los males del Papa, mas no por eso se disipan enteramente los temores.—El conde Appony va á Porto d' Anzo á visitar á Consalvi.—El Papa, mejorada ya un poco su salud, desea hablar con el cardenal Consalvi.—Este se hace trasladar á las habitaciones de Su Santidad.—Notabilísimas palabras del cardenal.—Recorre los mas importantes intereses de la Santa Sede.—El Papa propone á Consalvi la direccion de la Propaganda y Consalvi la acepta.—Leon XII, despues de haber hablado con Consalvi, manifiesta al cardenal Zurla gran satisfaccion.—Opinion de Consalvi acerca de los zelantes de Francia.—Parece que el Papa se restablece, mas el estado de Consalvi va empeorando cada dia.—Alejandro, emperador de Rusia, proyecta un viaje á Roma.—Consalvi pide la bendicion del Papa *in extremis*.—Muere el cardenal Consalvi.—Su testamento.

Las preguntas del embajador llamaron vivamente la atencion en París; mas Dios no queria todavía llevarse á Leon XII, á pesar de que habia recibido el Viático la víspera de Navidad. Sintióse mejor, pareciendo á primera vista que una crisis saludable le aliviaba de sus males; mas con todo, subsistian las siniestras señales de la dolorosa incomodidad que habia padecido, y continuaban inspirando un temor involuntario. Pudo, no obstante el Papa hacer despachar el 26 de diciembre: 1.º El Breve que nombraba á Pins administrador del arzobispado de Lyon; 2.º El Breve que comunicaba al cabildo este nombramiento. Un Papa enfermo era el que respondia tan atentamente al rey de Francia. Lo pedido el 10 de diciembre fué concedido el 26, bastando esto para que se conozca el grande interés que tomó en este negocio el cardenal de la Somaglia.

El cardenal Consalvi habíase retirado á Porto d'Anzo para mejorar de aires, y sobre todo para no hablar. Allá fué á verle el conde Appony, embajador de Austria, á quien recibió benévolaente. El conde Appony, como hombre de tacto, no podia hacer preguntas, sino con mucha delicadeza, á un enfermo para quien los negocios de la política habian perdido ya mucha importancia.

La mejoría observada en el estado del Sumo Pontífice continuaba creciendo. Cuando se sintió mejor, manifestó deseos de hablar con el cardenal Consalvi, quien saliendo inmediatamente de Porto d'Anzo, se hizo trasladar á las habitaciones del Pontífice. El nuevo soberano y el antiguo ministro, próximos en cierta manera uno y otro á salir de este mundo, empezaron á preguntarse recíprocamente noticias de sus padecimientos. El cardenal habia nacido en 1757, y por consiguiente tenia tres años mas que el Papa, con cuyo motivo dijo cosas capaces de animar al Padre Santo á que se cuidase, mirase por su salud, y esperase que la naturaleza le volveria á lo menos aquel resto de salud relativa que tenia cuando fué elevado al trono pontificio.

De estos primeros pormenores que no podian bastar á tan grandes talentos, recayó la conversacion sobre los intereses políticos de la Santa Sede. Allá entre sí los hombres de Estado de Roma, aun al acercarse el término fatal, les quedan votos que dirigir al cielo; votos cuyo objeto es la prosperidad de la Santa Sede. Nada en Roma hay tan raro como la tibieza por lo que interesa á la Religion, y parece que el honor de haber obtenido el depósito de los negocios de la cristiandad, aviene hasta las mas enemigas disposiciones. Pudo haber rivalidades, y de estas rivalidades pudieron nacer ofensas; mas los corazones generosos saben perdonarlo todo. Para volver completamente á una mútua benevolencia, no bastaba que la bella alma del señor olvidase la injuria; era menester además que el genio justo, el celo por los intereses de la metrópoli del mundo, celo que caracterizaba tambien á Consalvi, correspondiesen luego con ternura. El esfuerzo del Soberano podia tener algo de grande; el asentimiento de Consalvi no era menos digno de elogio, como que hacia mentir á Tácito quien

dijo: *Odisse quem læseris* (1). La conversacion (2) duró mas de una hora. Preguntado el cardenal acerca de los varios intereses de la Santa Sede, manifestó que acababa de reflexionar todo lo que tenia que responder; que en sus respuestas expresaría sentimientos en que estaba fijo hacia mucho tiempo; que preocupado vivamente con la importancia de una conversacion tan solemne, habia modificado antiguas opiniones, las cuales iba á manifestar tales como en la actualidad se encontraban en su cabeza, y que por consiguiente llegaba á los piés de Su Santidad para decir todo cuanto habia pensado, y todo cuanto pensaba en aquel instante despues de maduras deliberaciones consigo mismo.

«Vuestra Santidad sabe que no hay cosa mas difícil que la ciencia de los negocios. Yo no he llegado á ser inteligente sino despues de muchas faltas, pero no nos equivoquemos: las faltas enseñan.—La mayor de todas es la de responder demasiado. Afortunadamente en la secretaría de Estado encontré ya la buena máxima de escribir poco y bien, y á esta antigua máxima de la Santa Sede debo muchos buenos resultados. La falta del que responde demasiado lleva pronto su castigo; y a muchas veces no posee uno solo un secreto importante, se miente, y las mentiras son un mar sin fondo. Un cierto estado de mentira constituye la vida habitual de muchas cortes; mas en Roma una mentira echaria á perder todo un reinado: seria menester inmediatamente otro Papa.

«Para lo que tengo que revelar hoy me he prescripto el examen de seis puntos principales:

«1.º Vuestra Santidad tendrá mucho que hacer para que Luis XVIII olvide el viaje de Pio VII á París; pero el hermano del rey ignora este viaje, ó mas bien le ha olvidado. Es preciso hacerse el amigo mas íntimo del hermano del rey sin ofender á Luis XVIII, porque vuestra Santidad y el rey tienen necesidad uno de otro. Los reyes de Francia son por me-

(1) Tácito, vida de Agrícola, 42.

(2) De los principales puntos de esta conversacion me confió primero algunos el duque de Laval que lo supo por el mismo cardenal Consalvi, y otros mas tarde la duquesa de Devonshire; por último vine á saber otros por las respuestas y comunicaciones que León XII se dignó hacerme á mí mismo.

dio de su influencia (1824) los dueños de Levante, donde tantos católicos están sufriendo horribles estorsiones.

«2.º No puede negarse la hospitalidad á los Bonapartes, pero debe concedérseles con reserva. Los *Bonapartes*, como todos los vencidos, están en la oposicion; andan buscando á los *Carbonarios*, en quienes tendreis que pensar muy sériamente. De esta union de circunstancias surgirán obstáculos, proyectos, que serán revelados indiscretamente, porque habrá en el secreto hartos hombres agriados é incapaces, y por unos ó por otros llegareis á saberlo todo.

«3.º No pudimos celebrar en tiempo de Pio VII el jubileo; su época está muy próxima; debe anunciarse en 1824, y celebrarse en 1825; habrá obstáculos de todo género; yo mismo he casi prometido oponerme á esta resolucion si se me consulta; mas un Papa como Vos no ha de pensar como yo; habrá mil obstáculos de todo género cerca de Vos y léjos de Vos. No cedais si creéis que el jubileo es indispensable á la Religion, si es segun Vuestra Santidad el complemento del regreso de Pio VII á Roma, y la trompeta que llame á ciento ó doscientos mil testigos á ver un Papa libre en su capital. Mas no rechacéis tampoco á los que con buena fe indiquen los peligros.

«4.º He de hablar de la cuestion relativa á la proteccion que debemos á los católicos de la América meridional. El año pasado usé de contemplacion con las Córtes españolas á fin de introducir en la política con ellas, caso que debiesen conservar el poder por algun tiempo, el derecho y la facultad de nombrar obispos para las iglesias vacantes en aquellas remotas tierras. La legitimidad española no ejercia ningun poder sobre aquellas provincias que pueden considerarse otros tantos reinos. Dí á esta legitimidad mas de quince años para que volviera á mostrarse soberana; pero ingrata é impotente, la España europea parecia armarse con nuestro silencio para castigar con mas fuerza á los sublevados. Nosotros necesitábamos la conservacion del catolicismo en toda su pureza. Si la España del continente hubiese permitido instituir obispos en Colombia, en Méjico, y en todas las partes donde los solicitaban, hubiese yo dado treinta años á la legitimidad para restablecerse; pero podia llegar un tiempo en que la

España, sin haber recobrado su autoridad, nos dijese «me veo precisada á renunciar á mi soberanía; salvad vosotros el dogma como podais»; y entonces sería muy tarde para Roma. Al llegar nuestro vicario apostólico despues de esperar tanto, encontraria tantos metodistas, presbiterianos y qué sé yo si hasta nuevos adoradores del Sol, como católicos. Por esto he conservado vínculos de dependencia y afecto entre Roma y todos aquellos que tan violentamente y con tan seguras esperanzas de buen resultado negaban toda sumision á las juntas ó á Fernando VII. Dirigí con impaciencia la vista hasta sobre el Paraguay. Conviene seguir la misma direccion, pero con una prudencia que nunca se desmienta. El gabinete de Madrid es, Santísimo Padre, vuestro amigo personal. Vos sabreis conciliar la tierna gratitud con el deber de Pontífice.

«5.º Relativamente á Rusia hay necesidad de una circunspeccion constante. Nuestro arzobispo de Mohilow, aunque casi nonagenario, y casi sin voluntad, tiene la suficiente para ser todavía ambicioso. Ha tenido durante largo tiempo, primero de palabra y mas adelante por escrito, el proyecto de reunion de los griegos y latinos, no á nuestro modo sino al suyo. Segun ellas llegaria á ser patriarca de Rusia, legado vuestro. Vos no tendriais ya ocasion de hacer publicar ni un solo decreto de la Santa Sede. Las iglesias estarian reunidas contra nosotros, y no quedaria en aquellas comarcas una verdadera voz romana desde las fronteras de la Galitzia, á la cual el Austria, el Austria á la que jamás en toda mi carrera he encontrado yo obstinada, creo que permitirá conservarse fiel. Y á la verdad, ¿será que la espantosa iniquidad de la particion de Polonia por una de sus consecuencias se convierta en dique que contenga esas oleadas de cisma que tratan de invadirnos? Por nuestra parte se hicieron en Rusia tentativas de reunion poco mesuradas. ¿No nos respondieron un dia con el contra-proyecto de una *Iglesia eslava* que nos devoraria? Vuestra Santidad puede preguntar al cardenal Arezzo que ha residido en Rusia. Debe estarse siempre con el ojo fijo en el extravío de los rusos; pero el *entendimiento* prescribe una larga paciencia. Si han de volver, volverán por sí mismos; además de que, si aquel gran cuerpo continua

creciendo, correrá los riesgos de todas las obesidades políticas. Solo el catolicismo, Santísimo Padre, y lo digo con lágrimas de felicidad y de gratitud á Dios; solo el catolicismo nunca puede estar demasiado extendido, y cubriría á poderosas naciones civilizadas de ambos mundos mas fácilmente que en el antiguo mundo podia cubrir á tantas naciones bárbaras.

«6.º Pero hé aquí un consuelo próximo: he trabajado en Lóndres, y he de decir que he trabajado hasta de una manera infatigable para la emancipacion de los católicos en Inglaterra. Además la duquesa de Devonshire me ha auxiliado cerca de varios gabinetes y cerca del rey Jorge. Este negocio se continúa con una evidente proteccion de Dios; va despacio sin perder jamás ninguna ventaja. Vivid, y la emancipacion se efectuará en vuestro pontificado.

«Lo demás Vuestra Santidad lo sabe tanto como yo. Son innumerables los socorros recibidos por letras Apostólicas, Breves y Bulas; estos socorros han sostenido mucho mi política temporal, sin comprometer, tanto como hubiera podido temerse, la política espiritual; y es preciso decir en elogios de estos mismos socorros, que todos estos talentos, estos consejos, estas prudencias, esta erudicion, esta docta imitacion que está á la altura de la elocuencia de los PP., Roma los remunera poco, y no siempre los recompensa con bastante magnificencia, lo cual es un mal. Vos sois severo, permaneced severo, que Pio VII no pudo serlo; mas no temais mostraros generoso, pues habeis nacido generoso. Acabo con esta última consideracion. Hay relativamente mas talento é instruccion en Roma para el bien de su causa, que en otros muchos países para el interés de los mismos. Perdonad, Smo. Padre; he podido ser interrumpido por los dolores y los padecimientos, pero no lo he sido por la idea de reservar nada de cuanto creo deber exponeros para la gloria de Roma y la vuestra.

En seguida el Papa habló de la Propaganda, como se verá luego, y despues pasaron, lo mismo que sucede siempre, infinitas cosas indiferentes que no merecen referirse.

Terminada la conversacion, dijo el Papa al cardenal Zurla: «¡Qué conversacion! nunca hemos tenido con nadie ex-

« plicaciones mas importantes , mas sustanciales , ni que pue-
 « dan ser de mas utilidad al Estado. Hemos ofrecido al carde-
 « nal Consalvi el puesto de perfecto de la Propaganda, le hemos
 « manifestado la posicion en que nos ha colocado á Nos mismo
 « con su conducta en el cónclave , le hemos dicho que Pio VII
 « fué mil veces dichoso en tener tan gran ministro, y que
 « no podia estarnos reservada igual felicidad. El cardenal de
 « la Somaglia ha esperado cuarenta años el puesto de se-
 « cretario de Estado que posee ya ; debe, pues, conservar-
 « lo. Deseábamos que el cardenal Consalvi aceptase el cargo de
 « prefecto de la Propaganda, y lo ha aceptado: así que es-
 « tamos colmados de gozo. Trabajaremos á menudo juntos ;
 « ahora es menester no morirse. »

Por su parte el cardenal Consalvi, prendado de las propo-
 siciones que acababa de hacerle el Papa (quien no dijo ni una
 palabra acerca de las escenas de París, y que por delicadeza
 habló aun menos de los consuelos prodigados en nombre del
 rey de Francia, y por el mismo rey de Francia), manifestaba
 una sincera satisfacción que se echaba de ver en las siguientes
 palabras. Un francés mas osado y menos discreto que el conde
 Appony, hablaba del *zelantismo* al cardenal, y le preguntó qué
 contaba hacer en adelante, á lo cual respondió ; « Os concedo
 « que el *zelantismo* es en Roma mas bien un medio que un fin ;
 « la dificultad de los tiempos actuales lo ha hecho sistemático
 « y político. El *zelantismo* verdadero, el *zelantismo* puro ha pasa-
 « do á vuestro país, pero no está representado en él mas que
 « por tres ó cuatro personas. Mientras eso dure, y durará poco,
 « porque esas personas aman al rey y le cederán ; mientras eso
 « dure, nosotros haremos aquí alianzas. Atacaríamos con vues-
 « tras tropas, mas no dudeis que la Santa Sede, especialmen-
 « te el Papa, *tal como le conozco hoy*, se conduzca con la pru-
 « dencia y las consideraciones que nos guiaron en el último
 « Pontificado. »

Roma aplaudia estas palabras de concordia tan poderosas
 en boca del ministro de Pio VII. Las varias oposiciones, cal-
 madas por tan prósperas ocurrencias, iban quizás á proferir
 gritos de gozo ; pero tras todas estas preparaciones, todos es-
 tos actos de humana grandeza, todos estos angurios de paz

para el cristianismo, puesto que en definitiva no había ningún mal espíritu en el *zelantismo* de Francia, faltaba la sanción del Señor de los señores. Dos víctimas había allí en presencia de la muerte que las quería ambas, y la cruel tuvo que contentarse con una sola.

La satisfacción (¡quién lo creyera!) produjo á Consalvi un aumento de fiebre. Una engañosa mejoría pareció que proporcionaba algún sosiego al enfermo; mas la sensibilidad, la ternura, la gratitud, la felicidad que acompañan á un perdón casi inesperado; el ardor, la inquietud, los nuevos proyectos de una cabeza mucho tiempo ociosa, y que se encuentra restituida á los negocios; la vuelta de la gracia, esta primera y única necesidad de los que la han disfrutado por largo tiempo, todas estas circunstancias confusamente reunidas produjeron una recaída, y la intensidad del mal no dejó ya ninguna esperanza de remedio. En medio de sus dolores, el cardenal no pensaba en sí mismo. Advertido por el caballero Italinsky, embajador de Rusia, de que el emperador Alejandro tenía intención de visitar á Roma, el cardenal rogó al ministro que fuese pronto á llevar al Papa esta noticia. Ya se ha dicho que se había tratado entre Su Santidad y Su Eminencia de la tan deseada reunión de las dos Iglesias, reunión que sería mas útil que perjudicial á los intereses de la Rusia y civilizaria aquel grande imperio.

De repente vinieron á atemorizar á los médicos de Consalvi nuevos accidentes. Apresuróse á enviar á pedir la bendición pontificia que le llevó al palacio de la *Consulta* (donde vivía el cardenal, y desde donde contemplaba todos los días con mucho ánimo las habitaciones que había ocupado en el palacio de *Monte-Cavalló*) el penitenciario mayor, el cardenal Castiglioni, el mismo á quien Consalvi había sostenido en el cónclave con tanta firmeza. «Esta santa bendición, decía el duque de Laval en uno de sus despachos al vizconde de Chateaubriand, esta bendición que partía del lecho de un Pontífice enfermo para ir á reposar sobre la cabeza de un cardenal moribundo, es sin duda lo que la Religión puede presentar de mas imponente y patético.»

A pocos pasos de esta escena, en el Quirinal, no parecía

estar el Padre Santo en una situación menos deplorable, sobre todo desde que un correo, llegado de Spoleto, había traído noticias sin esperanza de la salud de una hermana querida del Papa (Catalina Della Genga, de la cual hemos hablado antes). A tal noticia, Leon XII dijo á un prelado que tenía cerca de sí: «No puedo sostenerme, la muerte me está empujando «por todas partes; ¡mi hermana á quien amo tanto! ¡el cardenal Consalvi á los últimos! ¿Cómo sobrellevar tantas aflicciones?» El duque de Laval acababa su despacho diciendo: «Tal es, señor vizconde, el miserable estado de las grandezas «pasadas y presentes del gobierno pontificio.»

Algun tiempo despues llevaron al Papa el testamento del cardenal Consalvi que acababa de fallecer.

Nombraba su ejecutor fiduciario á monseñor Buttaoni, amigo suyo desde hacia veinte años. Dejaba bienes para acabar las fachadas de las iglesias de San Andrés *Delle fratte*, de la Consolacion, y de *Araceli*, de cuya última iglesia es de donde parten los religiosos que custodian los Santos Lugares. Aplicaba parte de su herencia á la Propaganda que habria hecho él prosperar tanto; legaba recuerdos de amistad, como anillos y pinturas, al Papa, á los cardenales Spina y de la Somaglia, á varias señoras romanas, á la condesa de Albany, viuda del último Estuardo, á la duquesa de Devonshire, á las hermanas de lord Castelreagh y á la marquesa Brignole.

Arrancó á Leon XII lágrimas sinceras la pérdida del cardenal Consalvi, y se complacia en decir que Roma debía llorar la muerte de un ministro tan estimado, á quien el mismo rey de Inglaterra profesaba tierna amistad, y á quien iba á regalar su retrato pintado por Lawrence; un ministro que poseía la benevolencia particular del emperador Alejandro, y que mantenía amistosa correspondencia con el príncipe de Metternich. Consalvi había puesto á los piés de Su Santidad todas estas reales aficiones.

El duque de Laval escribió al vizconde de Chateaubriand: «No es este el dia oportuno para hablaros, señor vizconde, «de los fundados cargos que se han hecho á la administracion «de un pontificado de veinte y cuatro años, la cual no se vió «embarazada é interrumpida sino en aquellos tiempos de furor

«que derribaron todo en Europa. Hoy debe solo celebrarse esta «memoria honrada con las lágrimas de Leon XII, con el silencio de los enemigos; finalmente, con el profundo dolor de «que está llena la ciudad, y con el pesar de los extranjer^{os}, y «sobre todo de los que, como yo, han tenido la dicha de concocer á este ministro, tan agradable en sus relaciones políticas «y de tan grandes atractivos por el encanto de su trato familiar.»

CAPÍTULO XV.

Restablécese la salud del Papa.—Tratado entre Su Santidad y el rey de Inglaterra estipulando como rey de Hannover.—Reden, ministro de Hannover.—La infanta duquesa de Luca, antes reina de Etruria.—Muerte de esta de vota princesa.—Su comitiva fúnebre.—Miss Bathurst.—Cae en el Tiber.—No se puede hallar su cuerpo.—Muerte de la duquesa de Devonshire.—Nuevas conjeturas acerca de un cónclave que se presumia muy posible.—Censura el autor estas preocupaciones.—Robustécese visiblemente la salud del Papa.—Dedicase á importantes trabajos.—Hace depositario de su confianza al antiguo secretario de Consalvi, servidor de un reconocido mérito.

Ya el ángel de la muerte acababa de dar el único golpe que le permitia la Providencia, y Leon XII se restableció por grados. Como en Roma no es jamás posible el reposo con tantos negocios como se acumulan venidos de todas partes del mundo, el 6 de marzo de 1824 concluyó el Padre Santo con el baron de Reden, ministro de Su Majestad británica, estipulando como rey de Hannover, la organizacion del clero católico de aquel reino, habiéndose fijado la negociacion sobre las bases propuestas por el cardenal Consalvi. Restauráronse los dos obispados de Osnabruck y de Hildesheim, accediendo el rey á que no dependiesen sino directamente de Roma, que seria para ellos la sede metropolitana.

Entre los ilustres huéspedes que residian en la ciudad eterna, y á quienes, siguiendo la antigua virtud hospitalaria, Leon XII trataba con todas las atenciones debidas á su gerarquía y sus desgracias, se hallaba la duquesa de Luca, antes

reina de Etruria, elevada á aquel trono por Napoleon que se constituyó protector de aquella rama de la familia de Borbon, y que sin embargo no se manifestó constante en sus sentimientos afectuosos, como si la infanta no hubiese debido ocupar aquel trono sino unos siete años para preparar el camino á la hermana del que por sí mismo ó por los suyos pretendia reinar en toda la Europa.

Esta princesa habia sido acometida de una enfermedad de resultas de su detencion en un convento de religiosas dominicas de Roma, donde la habia encerrado Napoleon, y donde no se le permitia ver todos los dias á su hijo y á su hija que se los llevaban rara vez, y no podian acercarse á ella sino á una distancia de diez pasos. Sucedió un dia que, despues de hacer su hijo al que le custodiaba la promesa acostumbrada, hablaba con su madre, sentada á alguna distancia de él; exhortábale la princesa á la paciencia y á la obediencia; mas hizo al mismo tiempo un gesto tan tierno, que no creyéndose ya el niño prisionero, se separó del brazo del guarda, y corrió á echarse en el regazo de su madre. Hallábase presente la principal autoridad que gobernaba en nombre de Napoleon, y no se atrevió á interrumpir tan legítimas caricias; pero desde entonces el niño fué llevado con menos frecuencia al convento, cuyas religiosas procuraban suavizar con mil agasajos las desgracias de la reina.

Cuando despues de dejar la embajada del rey cerca de S. M. el emperador de Austria, pasé por séptima vez á Roma, en 1819 encontré en aquella ciudad á aquella buena y benéfica reina y no la conocí, á pesar de haber desempeñado las funciones de encargado de negocios en Florencia: tan alterada habia quedado su salud con los pesares.

La enfermedad que padecia era incurable, y Leon XII estaba destinado á ver morir á todos sus amigos. La reina espiró el 13 de marzo, á los cuarenta y dos años, nombrando testamentarios á sus hermanos Fernando VII y don Carlos (al cual amaba con grandísima ternura), á su hijo el principe de Luca, y al cardenal Cesarei. El Papa puso á la disposicion del ministro de España la iglesia de los Santos Apóstoles, donde se levantó un gran catafalco, en el que se veia de cuer-

po presente á la reina amortajada con el hábito de religiosa dominica, la cual quiso dar esta prueba de gratitud á las religiosas que durante sus desgracias la habian querido y servido tan respetuosamente.

Otra muerte iba á afligir á Roma en aquella estacion mortífera. Habian pasado en ella el invierno un sin número de ingleses, y la embajada de Francia, lo mismo que la de Austria, reunia en brillantes fiestas la flor de la alta sociedad tanto romana como extranjera. En ellas, y sobre todo en casa del embajador de Francia, á quien habia ido recomendada su familia, se hacia notar Miss Bathurst, jóven inglesa que viajaba con sus tios, y cuya belleza, gracia, talento y apacibilidad tenían admirados á todos. Convidada un domingo por la noche á uno de los bailes que dió el embajador, rogáronla las señoras que tambien habian asistido solicitase que durase mucho. No podia el embajador negar nada á las instancias de la nobleza romana y de la hermosa extranjera, por lo cual quedó convenido que Miss Bathurst decidiria como soberana hasta la hora en que habia de acabar el baile. En seguida se dispuso para el dia siguiente, ó mejor dicho para aquel mismo, un paseo á caballo con el objeto de recorrer las orillas del Tíber. El duque de Laval prometió al retirarse que á mediodía estarían pronto los caballos necesarios para la familia de la señorita, pues en cuanto á ella misma era inútil la cortesanía del embajador, porque la señorita habia traído de su país un hermoso caballo que montaba con toda confianza.

Duró el baile gran parte de la noche. Fuerza fué retirarse á descansar un poco, puesto que el paseo por las orillas del Tíber debia comenzarse ocho horas despues, esto es, á las doce del dia. Ocupóse el embajador con negocios que ocurrieron entretanto, y probablemente no se acordaba ya del paseo, á que no tenia intencion de ir, cuando llegó el tio de la señorita á preguntar si estaban preparados los caballos del embajador. Ordenó el duque de Laval que se prepararan al instante, y la cabalgata salió, pero muy tarde, de la plaza de España que fué el lugar de la cita. Montaba la señorita su caballo favorito y seguia inmediatamente al del duque de Laval que enseñaba el camino. Pasado Ponte Molle y subiendo por la orilla derecha

del Tíber, llegaron á una alquería que está junto á la misma orilla. Ordinariamente puede continuarse andando por las márgenes del rio que estan allí levantadas á bastante altura, pero la noche antes (que fué una fria noche de marzo), durante los alegres placeres de la ciudad, llovió mucho, y saliendo el rio de madre, el camino se habia estrechado tanto que no se podia pasar por él sin peligro. Esta circunstancia se repetia con frecuencia, en cuyo caso era ya cosa acordada que el colono, el cual nunca se negaba á semejante servidumbre, debia dejar pasar á los viajeros ó paseantes por medio del patio de su hacienda. Bien sabia esta costumbre el palafrenero del duque de Laval; pero como iba muy atrás, no pudo advertirselo á su amo que iba el primero. Era el momento en que la senda apenas tenia mas de un pié de ancho, y parte del terreno habia sido arrebatado por la furia del rio; conoció el peligro el caballo del duque, y haciendo un movimiento muy rápido, se lanzó al otro lado del ángulo del muro donde el camino estaba mejor. Miss Bathurst iba detrás, paróse su caballo, mas no siéndole posible retroceder, se lanzó tambien, y faltándole la tierra cayó al rio. En el mismo instante se vió á la señorita forcejear y sobrenadar con el auxilio de su traje, que consistia en una larga amazona de paño azul. La familia inglesa tuvo tiempo para retroceder. Oyéronse por todas partes gritos de espanto, quizás los de la señorita misma; se habia salido tarde al paseo, y ya la noche amenazaba á oscurecer el horizonte. Se enviaron á Roma algunos hombres de la comitiva en busca de nadadores, de cuerdas y de toda clase de auxilios; trajéronse tambien teas con que se iluminó el lugar de aquella terrible catástrofe. Yo me hallaba tranquilamente ocupado en nuestros negocios, cuando vino un propio á participarme la desgracia y á buscarme. En aquel momento hubiera querido llevar conmigo á todo Roma. Prometiése con carteles primeramente una suma que debia llamar la atencion de cuantos podian ser útiles, y despues, por empeño de un señor inglés extraño á la familia, se prometió tambien una cantidad muy considerable que habia de satisfacer él, como lo ofreció en un arranque de ilimitada munificencia (pues conocia muy poco á la señorita). Por desgracia, hablando de

este funesto acontecimiento, un pescador de Ponte Molle gritó que la corriente debía haber arrastrado al caballo y á la jóven; pero el caballo habia salido ya á la orilla sin la desgraciada que se habia fiado á él. Para mayor desgracia se aseguró como cierto lo que aquel pescador suponía, y parecieron hombres diciendo haber visto al caballo y á la señorita que pasaban por bajo del puente. Multiplicáronse las investigaciones toda aquella noche y la siguiente mañana; se sondeó, se hizo buscar á los nadadores, mas no se descubrió nada. Entretanto llegué yo á un meson no distante de la hacienda, y hallé en él al duque de Laval, desesperado hasta un punto tal que no trataré nunca de expresar. Estaban tambien los parientes entregados á cierta postracion, y luego á una exasperacion que se exhalaba algunas veces con expresiones que partian el alma. Jamás se borrará de mi memoria aquel espectáculo de consternacion. Acompañé al duque á Roma. Todos los ingleses fueron pródigos de cuidados y consuelos, si es que puede emplearse esta expresion tratándose de semejantes catástrofes, y manifestóse con toda su fuerza y toda su dignidad el espíritu público de aquella nacion, que no compone mas que una sola familia cuando se encuentra reunida en el extranjero aunque sea en pequeño número. Advertido el Papa por las autoridades de Roma, tomó las mas prontas providencias, que el gobernador ejecutó auxiliando las intenciones de su señor; mas fueron inútiles todas las indagaciones, y no se llegó á descubrir rastro alguno ni de los anchurosos vestidos de la señorita ni de su sombrero, ni de prenda alguna de las que le pertenecieron. Hubo de prevalecer la idea de que el rio se habia llevado su presa, y los parientes de la víctima, toda la embajada francesa y cuantos ingleses habia en Roma, hubieron de resignarse á considerar irreparable aquella horrible desgracia. Suspendiéronse todas las fiestas y se dieron órdenes para buscar el cuerpo, mas bien en las orillas de mas abajo de Roma, que en el sitio donde la víctima habia desaparecido. Circularon mil diversas voces acerca de aquel espantoso suceso, y yo he creído que debia publicar estos pormenores porque contienen la verdad del hecho, y porque este desastre particular fué una prue-

ba mas de la generosidad y la ternura del alma del Pontífice que gobernaba á Roma. ¿Permitirá Dios que se averigüe algun dia el terrible y fatal secreto del río?

Una de las señoras inglesas que se mostró mas afectada al ver las lágrimas de los parientes de Miss Bathurst, fué la duquesa de Devonshire, antes señorita Hervey, á quien el cardenal Consalvi habia recomendado en sus últimos instantes á las autoridades de la corte de Roma. El cardenal Consalvi profesaba á aquella señora la mas sincera amistad. La muerte del cardenal, lo ocurrido en Ponte Molle, los estragos ordinarios del equinoccio, las penas del alma, y las incomodidades inseparables de una edad muy avanzada, agobiaban todas á un tiempo á la duquesa. Su muerte afligió á Roma y á la Italia, que adoptó como una segunda patria: los periódicos de aquel tiempo anduvieron muy diligentes en hablar de la fama que adquirió aquella señora con la extension de sus liberalidades aun para los católicos, á pesar de que era protestante, y con la proteccion que dispensaba á las artes y á las letras. Sabido es el celo con que se ocupaba en todos los obstáculos que suscitaba la inmensa cuestion de la emancipacion.

El gobierno Pontificio sabe hacer tan agradable á los extranjeros la residencia de su hermosa ciudad, que no son impertinentes estos testimonios de gratitud europea en la historia de un Papa que conocia este cuidado de hacer grata á Roma, en lo cual ocupaba sériamente los ratos que le permitian los padecimientos y los negocios.

No estaba ya el Padre Santo amenazado de ningun peligro inmediato, y aun podia levantarse; mas no habia recobrado las fuerzas, y como se habia hecho costumbre ocuparse en las previsiones concernientes á un cónclave, las correspondencias de las embajadas solo pensaban en fundar conjeturas sobre aquella importantísima cuestion.

No quedaba duda de que la muerte de Consalvi daria origen á nuevas combinaciones, y desde luego se ofrecian dos resultados dignos de consideracion.

- 1.^o La muerte del cardenal privaba de jefe á una faccion.
- 2.^o Dejaba dividida á la otra faccion que reclutaba principalmente sus fuerzas en la animosidad que perseguia á aquel mi-

nistro, y en el temor que se manifestaba entonces, con mayor ó menor razon, de que volviese á ocupar el ministerio.

Nadie mas á propósito que el cardenal Consalvi para jefe de la minoría del último cónclave. Conocia aquel ministro tan profundamente los negocios, que su conversacion, por lo demás fácil y seductora, atraia á su dictámen los ánimos inciertos. Hablaba con seguridad de la disposicion de las cortes, soltaba confidencias y anécdotas, y habia abrazado con tanto entusiasmo el partido de la moderacion, que todos los genios propensos á preferir medidas de tranquilidad y de concordia, hallaban en aquel cardenal un apoyo á su doctrina política.

Mas al lado de aquel partido, harto débil por sí mismo, aparecia una mayoría de cardenales agriados por el tono despreciativo que decian se habia usado con ellos, que ignoraban los negocios, y no querian tampoco enterarse de ellos; que referian en sus conversaciones y proyectos los derechos y los deberes de la Santa Sede á la época en que la mano de Dios habia asegurado mas especialmente sus triunfos; que negaban que los cálculos políticos debiesen entrar jamás en las miras de la corte de Roma; que se fortificaban con las correspondencias de otros países, las cuales les impulsaban á la independenciam, pero que en el fondo eran mucho mas sábios de lo que parecian, animados sin embargo de una repugnancia hostil hasta el punto que absorbia la facultad de discurrir en hombres indudablemente distinguidos por las ventajosas dotes del talento, de la clase y de la educacion.

Es propio de todos los partidos que pierden un jefe, ó que de repente se ven separados del móvil que regía imperiosamente sus acciones, hallarse reducidos á una posicion dudosa, errar al acaso, y buscar otras pasiones y otros móviles.

Con todo á la vista de una corona, á la vista de la tiara, no tardan en despertarse las ambiciones que distribuyen la autoridad y las que la apetecen.

Siempre habrá una minoría moderada y una mayoría *zelantista*.

La minoría se engrosaba con la herencia de aprecio dejada por el cardenal Consalvi; segun el duque de Laval, nunca ministro alguno acertó mejor el instante de morir. La proteccion

del Austria, un secreto sentimiento de estimacion, un irresistible movimiento de magnánima confianza por parte del Padre Santo, la necesidad que todavía sobreviene despues de las nobles y grandes razones del bien parecer, hicieron que se volvieresen á solicitar los consejos del ministro, aunque con diversa forma.

Como secretario de breves tenia ya derecho de ver al Papa dos veces cada semana. Nombrado últimamente prefecto de la Propaganda, esta eleccion rehizo su reputacion de Religion, y con este nuevo carácter iba á tener la facultad de entrar á ver al Papa otras dos veces por semana. Y ¿quién ofreció al cardenal Consalvi este puesto, el mas importante para velar por la conservacion de los intereses del cristianismo, y este piadoso cuidado de ir á excitar la fe de Jesucristo en todos los ángulos de la tierra? El Papa Leon XII era precisamente quien escogió al que era reputado enemigo suyo, y hombre mas bien político que religioso. El Papa, que fué el segundo como objeto de la eleccion por parte de los *zelantes*, habia defendido tan cordialmente la reputacion del cardenal Consalvi!; Y el que trató con los protestantes, con el príncipe de Hardemberg, con los cismáticos, con el caballero Italinsky, con todos los cultos en América, para atraerlos á la Santa Sede, podia continuar siendo prefecto de la Propaganda!; Qué prueba de la pureza final de sus sentimientos y de sus intenciones romanas!

Los *zelantes* mas aproximados á un espíritu de moderacion podian ciertamente entenderse con los doce cardenales que amaban á Consalvi en el último cónclave. Estos mismos *zelantes* moderados podian tambien advertir que en los otros de igual clase que figuraban en la primera fila habia habido, mas bien aburrimiento y fatiga, que un razonado sistema de reforma y una positiva severidad de principios. Aquí se encadenaban las dos cuestiones. La antigua minoría iba á ganar votos, y la antigua mayoría á perderlos. Se hacia muy fácil para las potencias penetrar mucho en la minoría. El Austria estaba de asiento en ella como en su propia casa; la Francia figuró como cómplice para el acto de la exclusion, y era dueña de permanecer allí ó de alejarse, segun gustara.

Era preciso averiguar si marcharíamos con España ó con

Austria. Pero si esta última, unida con nosotros, llegaba á pasar por haber contribuido á la eleccion del Papa, la era facil apropiarse toda la gloria, y dejarnos lo el mérito ambigüo de una intervencion forzada. En Italia el bien parecer dificilmente nos permite mostrarnos satélites del Austria. Tal vez moderando en Roma y en Madrid la violencia de las miras de España, podiamos llegar á sacar un partido ventajoso de su intermediacion; pero no era sitio de considerar bajo todos aspectos la situacion preferible, y principalmente si la muerte del cardenal Consalvi, aquella muerte que neutralizaba tantos esfuerzos, originaba modificaciones todavia desconocidas.

Cumple decir ahora, ya que estamos examinando la influencia de las potencias, que la ausencia del cardenal Consalvi alejaba enteramente de los intereses del cónclave á las córtes no católicas.

Con la costumbre de decirselo todo para sostenerse contra cualquiera ataque, casi les habia enseñado las miras de cada corte relativamente á la Santa Sede. El señor de Reden, el señor Italinsky, y el señor Niebuhr, embajador de Prusia, hablaban de dogmas y de disciplina como si fueran teólogos del sacro Palacio. Ahora ningun cardenal estaba dispuesto á enseñar, y con tantos pormenores, á aquellos ministros, ó á los que les sucedieran; Austria, España y nosotros guardábamos nuestras observaciones por nuestra propia cuenta, y el partido esencialmente católico ganaba en que las cosas volviesen á su órden acostumbrado. Podíamos reñir, pero como hermanos. Por lo demás, lo que he dicho de los cardenales, que los hay siempre para amar y defender á Roma, sucedia tambien con nuestras respectivas embajadas católicas, y dejando á parte ligeras diferencias bien pronto sacrificadas, en definitiva nos concertábamos para no permitir que penetrase el intruso en nuestras filas. Nos entendiamos todos, mientras impediamos escrupulosamente las respectivas invasiones en la casa del Señor, que era de todos nosotros.

Entonces un cardenal parecia levantarse: era el cardenal Zurla; pero á pesar de su cabeza, su talento y su ciencia, era dificil para nosotros olvidar que habia nacido en Crema, en los Estados sujetos al Austria. En resúmen, la minoría conta-

ba entre sus individuos á Albani y Zurla. El uno era secretario de Breves en lugar de Consalvi, y el otro *vicario*; puestos que les proporcionaban fuerza y consideracion.

La debilidad del gobierno, comparada con la actividad, inteligencia, y presteza del gobierno anterior, echaba por tierra los cargos de la antigua mayoría. Las quejas del cardenal Pallotta, que no herian ya en fibra sensible á todos los individuos de que se componia el partido, hacian un flaco servicio á aquella causa que parecia haberse vendido á sí misma.

En suma, las fuerzas de las dos disidencias se hallaban distribuidas con menos desigualdad, lo cual originaba mas movimientos y mas ocasiones de llamar á las coronas á combatir ó asociarse á las opiniones de los cardenales.

Si el partido del príncipe de Metternich y del caballero de Médicis, de Nápoles, perdía un amigo en el cardenal Consalvi, ganaba en cambio, lo mismo que el gabinete de las Tullerías, una influencia, porque las pasiones se hallaban mas amortiguadas. Probablemente podia excluir con un simple aviso, como habia sucedido con frecuencia, sin verse obligado á recurrir al acto de protesta que es siempre una violencia; y la exclusion por medio de aviso, ó de comunicacion confidencial, en forma de servicio prestado, tiene la ventaja de que no se usa con un solo golpe al modo de arma de fuego que no se pudiera volver á cargar.

En definitiva, la Francia hallaba mas ventajas que las demás potencias en la nueva situacion. Parecia que el cónclave debía ser mas eminentemente católico; con todo podia tener trabajo el Austria en contener á los segundos del cardenal Consalvi que se presentaban á recoger la herencia de influencia y de habilidad que dejaba. En fin, quizás debía suceder que entre una minoría bastante fuerte para mantener vigorosamente una *exclusion*, y una mayoría que volviese á las antiguas ideas de respeto á las córtes y que se sintiera siempre con un secreto afecto á la Francia, el rey de este dichoso país tuviese la balanza con bastante felicidad para que el *zelante* moderado á quien quisiera y que era dueño de elegir nuevamente en las filas de este partido, reuniese aquella vez los votos de la unanimidad del Sacro Colegio.

¡Singular situación! casi pudiera decirse ¡insolentes discusiones! ¡preocupacion impía! ¿Con que está vivo el Papa, y excepto los votos, los escrutinios y los *accessi*, procedeis ya á nueva eleccion? ¿Qué manía es esta de construir, de levantar un cónclave en el vacío? ¡Imprudentes! ¿quién os ha manifestado la voluntad de Dios? ¿Cuál es vuestra mision, profanos? Los hombres dotados de valor sucumben algunas veces á los dolores, mas fuertes que la energía de su carácter; algunas veces tambien la voluntad de vivir sostiene el vigor del alma; pero todos querian adivinar que el Papa iba á morir. Hasta sus amigos afectaban un aire desesperado, y todos se acordaban de aquellas palabras con que anunciaba el Pontífice por setiembre el próximo advenimiento de Pio VIII. ¿Pues no llegó tambien una carta del cardenal de la Fare, escrita de las provincias meridionales de Francia, diciendo que le detenia el gobierno del rey en el mediodía para que no tuviese que andar sino la mitad del camino caso de que hubiera de abrirse el cónclave? Reinaban mas que nunca las ideas de ambicion que se habian posesionado de todas las cabezas; solo un cardenal habia muerto; ningun otro cardenal se habia creado. En tales circunstancias nadie tenia razon, y al mismo tiempo considerada la importancia de la cuestion, podia decirse que nadie era culpable.

Llegó la primavera á distraer de todos estos cálculos: comenzaba á desarrollar su influenciencia reparadora: la salud del Papa habia continuado robusteciéndose. Mas seguro de su tiempo y de su valor, mantenía correspondencias particulares de que no tenia regular conocimiento su secretario de Estado, ó mejor dicho, recibia cartas de varios países donde le parecia ver que no se seguia su política, y enviaba las respuestas que estimaba convenientes. La persona que empleaba y que, háyase dicho lo que quiera, tenia derecho á emplear en semejantes deberes, era aquel mismo secretario de Consalvi, que hallándose presente en las escenas de París, habia derramado lágrimas al oír cargos tan violentos, á los cuales respondiera el prelado con la mas heroica resignacion.

La eleccion de semejante confidente, que habia visto de cerca la humillacion del rival que suscitaron á Consalvi otros consejeros de Pio VII, honrará eternamente á Leon XII. Amando,

queriendo, buscandó á los hombres virtuosos, tiernos y sensibles como el antiguo secretario de Consalvi, manifestaba suficientemente el augusto Pontifice todo lo que su alma contenia de sentimientos de generosidad, de clemencia y de constancia en el partido de perdonar que habia adoptado. Además, en aquel caso probaba su tacto y su prevision, admitiendo en tal intimidad á un servidor que Consalvi habia juzgado digno de una lisonjera confianza, y que en efecto era y es todavia uno de esos hombres laboriosos y celosos, á los cuales es preciso consultar en todos los reinados, porque saben guardar los secretos de Estado, y están prontos en caso necesario á instruir de ellos á la autoridad sucesora de la autoridad precedente.

CAPÍTULO XVI.

El pueblo de Roma quiere ver al Papa. — Los príncipes Reales de Prusia, Baviera y los Países-Bajos. — El príncipe hijo de Gustavo IV rey de Suecia. Recibe el duque de Laval á estos cuatro príncipes en un banquete diplomático. — Cuestion de etiqueta. — Encíclica del Papa. — Levántase este contra el tolerantismo. — Breve relativo á los Jesuitas. — Concédeles el Papa una renta de doce mil duros. — Noticias acerca de los varios jubileos anteriores desde el primero en tiempo de Bonifacio VIII hasta el de 1775.

El pueblo romano, al que se le decia que el Papa estaba mejor, queria verle y felicitarle, y á esta curiosidad natural en súbditos fieles se asociaban todos los extranjeros que afluan á Roma. Entonces se hallaban allí cuatro príncipes reales: el príncipe real de Suecia, hijo de Gustavo IV; el príncipe real de Prusia, hijo del rey Federico Guillermo III; el príncipe real de Baviera, hijo del rey Maximiliano I; y el príncipe real de los Países-Bajos, hijo del rey Guillermo I. Díjose que el 19 de abril, dia de Pascua, se hallaria el Papa en estado de dar la bendicion desde el gran balcon del Quirinal, desde aquel mismo en que el cardenal Fabricio Ruffo habia anunciado el *gaudium magnum*, y que desde entonces no se habia vuelto á abrir.

Los príncipes no dejaron de asistir á aquella ceremonia.

En aquella ocasion el duque de Laval salió muy bien de una posicion dificultosísima. Quiso convidar á los cuatro prínci-

pes, lo cual motivó varias cuestiones. Caso de convidar á comer á los tres hijos de los reyes actuales, ¿se convidaría tambien á aquel cuyo padre habia sucumbido á la violencia de las revoluciones? Y convidando á los cuatro príncipes ¿qué etiqueta debería observarse para respetar su respectiva categoría? ¿Ocuparía uno de los principales puestos el sucesor de Gustavo Vasa, rey ya en 1523? Lo demás podia arreglarlo la historia, siguiendo las fechas del advenimiento al título de príncipe real, y los príncipes de Prusia, Baviera y Holanda, recordando los años 1700, 1806 y 1814, sabian el órden que debian guardar; pero la dificultad estaba en que solo hay dos puestos de honor casi iguales cerca de un embajador. El duque de Laval no gastó mucho tiempo en deliberar; inventó una ficcion muy ingeniosa (hay tantas ficciones en la vida) apoyándose por lo demás en uno de los grandes derechos del catolicismo. El Papa es un soberano aparte, y ya hemos visto efectivamente que es el padre de los príncipes y reyes. Este soberano es elegido por el colegio de cardenales; el decano del Sacro Colegio, cuando es ministro de negocios extranjeros, reúne los dos principales títulos que exigen el homenaje de todo huésped recibido en Roma. Convidando, pues, al cardenal Della Somaglia, decano del Sacro Colegio y ministro de negocios extranjeros, este venia á ser por su doble carácter y solo por aquel dia, como otro dueño de la casa en el palacio del rey cristianísimo, del hijo primogénito de la Iglesia. Así á derecha é izquierda del cardenal Della Somaglia habia dos eminentes puestos de honor; acomodaba el embajador á su lado á los otros dos príncipes, y de esta manera aquel que la desgracia habia hecho víctima, no era tratado menos honrosamente por el representante de una nacion aliada durante mucho tiempo de la Suecia. Los príncipes reales de Prusia, de Baviera y de Holanda, hombres de talento, aplaudieron la delicadeza del embajador (sobre todo el príncipe de Prusia que era de hecho el *segundo antiguo*) con una nobleza y elegancia que excitaron la admiracion general. Tres de los príncipes de quienes hablamos son actualmente reyes; el cuarto ha tenido tambien el dolor de perder á su padre, pero no ha subido al trono, y aguarda dichosamente en el seno de una inalterable

felicidad doméstica lo que ordene definitivamente la Providencia. Solo nos falta ahora añadir que cuando en la antigua sociedad de Roma se encuentra uno embarazado en algun negocio grave suele decirse: «*Haced que os cuenten la historia de los cuatro principes reates del duque de Laval en tiempo de su embajada.*»

Juntamente con la salud del Papa se restableció la inalterable afición á los deberes pontificios que Leon XII comprendía tan perfectamente.

El 3 de mayo de 1824 se publicó la Encíclica que deben publicar los Papas á su exaltacion al pontificado. Dirigen entonces una exhortacion á todos los patriarcas, primados, arzobispos y obispos del mundo católico, la cual se halla escrita en latin muy puro.

«Venerables hermanos : salud y bendicion apostólica.

«Desde que fuimos llamados á la cumbre del Sumo Pontificado comenzamos inmediatamente á exclamar con San Leon el Grande: «Señor, he oido tu voz, y he quedado lleno de temor; «he considerado tus obras, y me he estremecido de espanto. «¿Qué cosa hay en efecto mas extraordinaria y mas temible que «el trabajo para la flaqueza, la elevacion para el que se halla «en el abatimiento, las dignidades para quién no las merece? «Y con todo, no desesperamos ni decaemos de ánimo, porque «no presumimos de Nos mismo sino de Aquel que obra en «Nos (1).»

«Así se expresaba por modestia aquel Pontífice nunca bastante alabado, pero Nos con verdad nos aplicamos estas palabras y hacemos esta confesion.

«Deseamos ardientemente, venerables hermanos, hablaros lo mas pronto posible, y descubriros los sentimientos de nuestro corazon; á vosotros que sois nuestra corona y nuestro gozo, y que, nos complacemos en creerlo, hallais tambien vuestro gozo y vuestra corona en los rebaños que os han sido confiados. Pero los importantísimos trabajos de nuestro cargo apostólico, y principalmente los dolores de una larga enfermedad, Nos han impedido hasta ahora; ah, y con cuanto pesar nuestro! satisfi-

(1) Serm. III, de «natañ ipsius» habit. in annivers. assumptionis suæ ad Summi Pontificis munus. Ed. Boll.

cer nuestros deseos. Sin embargo, el Dios rico en misericordia, el Dios que nos concedió el querer, nos concede hoy el realizar nuestras intenciones. No ha carecido con todo eso enteramente de consuelo el silencio que nos hemos visto obligados á guardar hasta hoy; porque el que consuela á los humildes, nos ha consolado con el afecto, la adhesión y el celo que nos profesais, y que son los sentimientos en los cuales reconocemos bien las ventajas de la unidad cristiana; por manera que crecía incessantemente nuestro gozo, y dábamos á Dios cada vez mas acciones de gracias. En consecuencia os dirigimos la presente en prueba de nuestro cariño, para excitaros todavía mas á que os conduzcáis por el camino de los mandamientos divinos, y á que peleéis mas esforzadamente en servicio del Señor (1): de donde resultará que la solicitud del Pastor será glorificada con los adelantamientos del rebaño.

«Ya sabéis que el apóstol San Pedro (2) dió lecciones á los obispos con las siguientes palabras: «Apacentad la grey de Dios puesta á vuestro cargo, gobernándola y velando por ella, no precisados por la necesidad, sino espontáneamente que sea segun Dios; no por un sórdido interés, sino gratuitamente; ni como dominando *in cleris*, sino siendo verdaderamente dechados de la grey.

«Por esas palabras veis claramente que género de conducta se os propone, con qué virtudes debeis enriquecer cada vez mas vuestra alma, de qué copiosa ciencia necesitais adornar vuestro entendimiento, y qué frutos de piedad y amor debeis, no sólo producir, sino tambien comunicar á vuestros pueblos. Así conseguireis el fin de vuestro ministerio; haciéndoos verdaderamente dechados de vuestra grey, y dando á unos leche y á otros alimento sólido, no solamente empapareis vuestras ovejas en la buena doctrina, sino que hareis de modo que, mediante vuestras obras y ejemplos, pasen en la tierra una vida tranquila en Jesucristo, y ganen con vosotros la eterna bienaventuranza, segun aquellas palabras del mismo cabeza de los Apóstoles: «y cuando se dejare ver el príncipe de los pastores, recibireis una corona inmarcesible de gloria.»

(1) Ad præliandum fortius prælia Domini.

(2) Ep. I, c. 5.

«Quisiéramos recordaros detalladamente estas saludables consideraciones ; pero solo tocaremos varios puntos , debiendo luego extendernos mas ampliamente en las materias mas importantes , segun lo exige la necesidad de los deplorables tiempos en que vivimos.

«Al escribir el Apóstol á Timoteo : «No impongas de ligero «las manos sobre alguno ,» nos ha enseñado de qué sábia precaucion y de qué sério exámen se necesita para elevar á alguno á las órdenes menores , y sobre todo á las mayores ; con respecto á la eleccion de pastores para encomendarles en vuestra diócesis el cuidado de las almas , y en lo relativo á Seminarios , el Concilio de Trento (1) tiene dadas reglas que han sido posteriormente aclaradas por nuestros predecesores ; todo lo cual os es tan conocido , que nos dispensa de detenernos mas en ello.

«Tambien sabeis , venerables hermanos , cuanto importa vuestra exacta residencia personal en vuestras diócesis : esta es una obligacion que contrajisteis en virtud de vuestro ministerio , como se ve por muchos decretos de concilios y por las constituciones apostólicas confirmadas por el Santo Concilio de Trento (2) con las palabras siguientes : «Estando ordenado por precepto divino á todos los que tienen encomendada cura de almas que conozcan á sus ovejas , que ofrezcan «por ellas el Santo Sacrificio , que les den el pasto de la predicacion de la divina palabra , de la administracion de sacramentos y del ejemplo de todas las buenas obras , que cuiden paternalmente de los pobres y demás personas miserables «y que cumplan todos los demás cargos pastorales ; todo lo cual «no pueden de modo alguno hacer y cumplir los que no vigilan «y asistan á su grey , sino que la desamparan á manera de mercenarios ; el sacrosanto Concilio les amonesta y les exhorta á que , acordándose de los divinos preceptos , y haciéndose dechados de la grey , la apacienten y gobiernen en «justicia y en verdad.»

Leon XII continúa insistiendo en los deberes impuestos á los

(1) Sess. XXIII , cap. XVIII.

(2) Sess. XXIII , de Reform. , cap. I.

obispos respecto de la residencia y de las visitas pastorales. A los obispos, y no á sus ministros, está confiado el cuidado de sus rebaños. Y cita el Papa esta excelente máxima de San Leon el Grande (1): «En la lucha contra los enemigos de la Iglesia, «no se alcanza una victoria tan feliz que despues de los triunfos no sobrevengan combates renacientes.» Recuerda luego el Pontífice aquella chispa de San Gerónimo (2), que al principio apenas se percibe, mas luego se convierte en una llama que tiende á consumir ciudades, bosques y países enteros.

«Hay una secta que seguramente no os es desconocida, la cual arrogándose sin razon el nombre de filosófica, ha reanimado las cenizas de las dispersas falanjes de casi todos los errores. Esta secta, exteriormente cubierta de las lisonjeras apariencias de la piedad y de la liberalidad, profesa el *tolerantismo*, que así es como la llaman, ó el *indiferentismo*, y lo extiende no solo á materias civiles, de las que no hablamos, sino tambien á las religiosas, enseñando que Dios ha dado á cada hombre entera libertad; de modo que cada cual puede, sin peligro de su salvacion, abrazar y adoptar la secta y opinion que mas le agraden segun su juicio privado..... ¿Qué mas diré? Se ha acrecentado la impiedad de nuestros enemigos hasta el extremo de que, además del diluvio de libros perniciosos y contrarios á la fe, llega á convertir en detrimento de la religion las Santas Escrituras que nos dió el cielo para general edificacion.

«No ignorais, venerables hermanos, que se extiende audazmente por todo el mundo una sociedad denominada *Biblica*, y que despreciando las tradiciones de los Santos Padres y contra el decreto del Concilio de Trento (3), procura por todos los medios y con todas sus fuerzas traducir, ó mejor dicho, corromper la sagrada Escritura en los idiomas vulgares de todas las naciones; lo cual da justísimos motivos para temer que suceda en todas las demás traducciones lo que en las ya conocidas, á saber: «Que á causa de una mala interpretacion, se encuentra en ellas en vez del Evangelio de Jesucris-

(1) S. Leo, serm. V, de natali ipsius.

(2) In Epist. ad Galat. lib. III. cap. V.

(3) Sess. IV, «de edit. et usu Sacrorum Librorum.»

«to, el Evangelio del hombre, ó lo que es todavía peor, el «Evangelio del diablo (1).»

«Ya para conjurar estos males dieron leyes muchos de nuestros predecesores. Pio VII, de santa recordacion, envió dos Breves, uno á Ignacio, arzobispo de Gnesne, y otro á Estanislao, arzobispo de Mohilow, en los que se hallan testimonios sacados de las divinas Escrituras y de la Tradicion, ordenados cuydadosa y sábiamente para mostrær cuan perniciosa es á la fe y á la moral esta sutil invencion.»

Ataca luego la Encíclica á los que en los principios de la Iglesia la fueron contrarios, á los que persiguieron á la Iglesia que en el sucesor de Pedro honra á Pedro mismo, cuya dignidad no puede menguar ni aun en un heredero indigno (2).

«Por lo que á vos toca, venerables hermanos, no decaigais de ánimo. Por todas partes, lo confesamos tambien con San Agustin, por todas partes braman al rededor nuestro las aguas del diluvio, es decir, la multiplicidad de las doctrinas; no estamos, verdad es, en el diluvio, pero nos cerca; sus aguas nos oprimen, pero no nos invaden; nos persiguen, pero no nos tragan.

«Os exhortamos, pues, de nueva á no dejar que decaiga vuestro ánimo; tendreis en favor vuestro, lo esperamos confiadamente en el Señor, el poder de los príncipes seculares, que defendiendo la causa de la autoridad de la Iglesia, defienden su propia causa, como lo acreditan la razon y la experiencia; porque jamás será posible que se dé á César lo que es del César, si no se da á Dios lo que es de Dios. Tendreis tambien en favor vuestro, por explicarnos con San Leon, todos los buenos oficios de vuestro ministerio para con todos vosotros. En vuestros contratiempos, en vuestras dudas, y en todas vuestras necesidades, recurrid á esta Sede Apostólica, porque Dios, como dice san Agustin, ha puesto la doctrina de la verdad en la cátedra de la unidad.

«Finalmente, os conjuramos por la misericordia del Señor,

(1) S. Hier. «in cap. I, Epist. ad Galat.»

(2) S. Leo, Serm. III, «de nat. ejusdem.»

que nos ayudeis con vuestras súplicas y oraciones, á fin de que permanezca en Nos el espíritu de la gracia, y que vosotros no andeis flotando en vuestras ideas; que quien os ha dado el gusto de la union de sentimientos, haga por el bien comun de la paz que, preparado al servicio del Señor y dispuesto á prestaros el apoyo de nuestro ministerio, podamos todos los días de nuestra vida dirigir con confianza al Señor esta súplica: «Oh Padre Santo, guarda en tu nombre á estos que tú me has » dado (1). » En prenda de nuestra confianza y de nuestro amor, os enviamos con todo corazon, á vosotros y á vuestra grey, la bendicion apostólica.

«Dado en Roma, en Santa María la Mayor, á 5 de mayo del año del Señor de 1824, de nuestro pontificado el primero.—
LEON XII *Papa.*»

La enfermedad del Papa no habia paralizado enteramente los trabajos, sino que segun parece habia solo suspendido su publicacion. En 17 del mismo mes de mayo el Padre Santo mandó publicar un Breve relativo á los jesuitas que empieza: «*Cum multa in urbe.*» En él recuerda el Pontífice que la fundacion del colegio romano se debe en su origen á la munificencia de Gregorio XIII y al celo de San Ignacio de Loyola; que el Papa confirmó este colegio á los alumnos regulares de la Compañía de Jesus, la cual cumplió satisfactoriamente todas estas atenciones mientras duró. Al restablecer Pio VII el mismo colegio en 7 de agosto de 1814, tuvo principalmente puesta la mira en la instruccion de la juventud, y declaraba ahora el Papa reinante que sabia que su predecesor habia tenido el proyecto de encomendar nuevamente á la Compañía el colegio romano. En efecto, en mayo de 1721 dijo aquel Pontífice al cardenal Della Genga que esta era su intencion, y que en su virtud confiaba á S. E. la direccion espiritual de aquel colegio. Ocupado despues Su Santidad Leon XII en el mismo proyecto, habia resuelto por último ponerlo prontamente en ejecucion. Y en consecuencia, el Pontífice cedia y aplicaba perpétuamente á la Compañía de Jesus y á su general, el P. Luis Fortis, el colegio romano y la Iglesia de San Ignacio; el oratorio contiguo llama-

(1) S. Leo, sem. I, «de nat. ipsius et Joann. Evang. cap. XVII.»

do del P. Caravita; el museo, que desgraciadamente se hallaba despojado de parte de sus antiguas riquezas; la Biblioteca, el Observatorio y todas sus dependencias. Los jesuitas debían abrir escuelas en el Colegio, como lo habían hecho cerca de cincuenta y un años antes, en 1773, y quería el Papa se añadiese solamente una cátedra de elocuencia sagrada y otra de física y química.

«Recomendamos, decía el Padre Santo, que conforme con el celo por la religión, de que conviene estén animados los padres, y con el objeto de la Compañía, que es trabajar en la salvación de las almas, no solo se esfuercen para instruir en las letras humanas á los jóvenes que les están encomendados, sino que los eduquen para los ejercicios de piedad en las congregaciones establecidas, y para que cuiden también de los demás fieles en el oratorio de Caravita.»

Su Santidad daba á los PP. jesuitas doce mil duros al año, pagaderos por el tesoro desde el próximo mes de octubre en adelante. Y confirmaba las facultades y privilegios que tenía el colegio para conferir el grado de doctor en artes y en Teología, y para agregar á la congregación de la Anunciación de la Santísima vírgen, llamada *Prima-Prímaria*. Quedaba á cargo de los jesuitas publicar, según se presentara la ocasión, las observaciones astronómicas y demás que creyesen útiles á las letras.

El cardenal Pacca tenía el encargo de poner á los PP. en posesión del colegio en el mes de octubre, á fin de que pudiesen comenzar sus lecciones en noviembre bajo los auspicios de la Santísima Vírgen y de los demás Santos. Había resuelto además Su Santidad erigir un colegio para la nobleza y confiarlo á los jesuitas, con cuyo objeto daba una casa de campo en Tívoli que había sido edificadā para el antiguo colegio de nobles. El Padre Santo concluía rogando al cielo que los encargados de tan difícil misión la cumpliesen dignamente. Y el breve acababa:

«Dado en Roma en San Pedro con el anillo del Pescador á 17 de mayo del año del Señor 1824, de nuestro pontificado el primero.»

Este documento estaba firmado por el cardenal Albani co-

mo secretario de breves, carácter con que hemos visto ya que sucedió al cardenal Consalvi (1).

El infatigable celo de Leon XII no conocia ya descanso. Su Santidad repasaba diariamente, corregia, extendia el breve que iba á publicar para anunciar el jubileo del año de 1825 y la apertura de la Puerta Santa. No estará de mas dar aquí algunas explicaciones que recuerden al lector lo que aprendió en la historia acerca de la celebracion de estas memorables solemnidades.

El primer jubileo fué en tiempo de Bonifacio VIII. En 1297 y 1298 se esparció por toda Europa la noticia de que en el primer dia del próximo siglo se disponian á visitar la Basílica de San Pedro muchos cristianos. En efecto, el dia primero del siglo, en el año de 1300, á las doce en punto de la noche, inundó las calles de Roma una multitud inmensa que se encaminó á la Basílica Vaticana (sabido es que no era la actual, que fué levantada sobre los fundamentos de la antigua), y entró apresuradamente en ella al abrirse el templo. Bonifacio declaró que seria conveniente una reunion igual cada cien años, y que se llamase *jubileo*. Los sábios de aquel tiempo, por mas que los teólogos, y con razon, no gustasen de tales comparaciones indignas de la santidad de la religion, decian que el número ciento era sagrado para los antiguos: Platon opinaba que las almas tenian que purificarse cada cien años; Homero (*Iliada*, lib. xiv) habla de las cien franjas (*fimbriæ*) que guarnecian el célebre cinturón; los gigantes tenian cien manos; y el sacrificio de cien bueyes era el mas magnífico.

Pero dejemos citas profanas. El mismo Dios prescribió á su pueblo la celebracion de una fiesta semisecular, llamada *Jubileo*, mucho tiempo antes de la fundacion de Roma, pues las fiestas seculares de Roma no se instituyeron hasta el año

(1) En este Breve, hablándose del Colegio Romano, los Jesuitas son calificados de « Viri clarissimi qui morum sanctitate, dignitatum splendore ac doctrinæ laude præstantes, ex eo artium optimarum domicilio in re et sacra et publicæ utilitatem præfulsere: » Clarísimos varones, que sobresaliendo en santidad de costumbres, en el esplendor de las dignidades y la fama de la doctrina, brillaron en aquel domicilio de las buenas artes para utilidad de la Religion y del Estado.

245 de la república y 3250 del mundo, mientras que segun algunos autores la institucion divina del *Jubileo* es del año 2259, habiendo celebrado los judíos el primero en el año 2609.

Se asegura que la palabra *Jubileo* se deriva de la palabra *jobel*, que en hebreo significa *trompeta*, por cuanto se convocaba al pueblo á son de trompeta. Otros la derivan de *jobal*, que significa *germinar*, en cuyo caso se daría este nombre á semejante institucion, para manifestar que el Pontífice esperaba de ella frutos santos. Calmet prefiere derivarla de la palabra *jovil*, que significa *llamar, despedir*.

Sea de esto lo que quiera, al llegar el año de 1300 fermentaban todas estas piadosas ideas, todos estos religiosos recuerdos, asegurándose en todas partes que el primer dia del nuevo siglo se vería alguna cosa extraordinaria, y que ya el dia primero del siglo precedente se habia reunido á los fieles para distribuirles socorros espirituales.

El Pontífice que nada ignoraba de cuanto sucedia, quiso despues de una profunda meditacion reunir algunos ancianos que pudiesen dar testimonio de una tradicion que aseguraba que al cabo de cien años se acostumbraba conceder una indulgencia plenaria á todo el mundo católico. Halláronse en efecto personas de edad avanzada, que pudieron declarar lo que oyeran decir á principios del siglo anterior, y que dijeron saber, por haberlo oido así á sus padres, que el dia primero del año de 1200 se habia concedido una indulgencia muy amplia, tanto á los peregrinos que iban á Roma, como á sus moradores. El Sumo Pontífice, despues de saber de este modo lo que la tradicion daba á creer que era cierto, reunió en consistorio á los cardenales, y con fecha 21 de febrero de 1300 expidió una bula apostólica que empezaba: *Apud sanctum Petrum Pontificatus nostri anno VI.* «En san Pedro, el año sexto de nuestro pontificado.» Esta bula apostólica se publicó el 22 del mismo mes (dia consagrado á celebrar la cátedra del Príncipe de los Apóstoles en Antioquía) entre las aclamaciones de un inmenso gentío. Silvestre, secretario del Papa, expidió una circular dirigida á todos los fieles, con la cual invitaba á que hicieran el viaje de Roma los que pudiesen, á fin de ganar las indulgencias concedidas á un nuevo jubileo.

Juan Villani, historiador muy instruido, y uno de los peregrinos de aquel tiempo, refiere que además del pueblo romano hubo, mientras duró el jubileo, doscientos mil romeros, sin contar los que se encontraban de viaje ya al ir, ya al volver de Roma. Asistieron muchos prelados de Francia é Italia, acudieron también varios abades y príncipes de Alemania, entre otros Godofredo XXIX, abad de un rico monasterio, y Dierlieb, abad de Spanheim. Fué igualmente á Roma Carlos de Valois, hermano de Felipe el hermoso, rey de Francia, con su segunda esposa Catalina, sobrina de Balduino el Joven, emperador de los griegos. En el número de los romeros contábase también Carlos Martel, rey de Hungría, que de Roma pasó á Nápoles, donde murió.

Para impedir que no fuese ahogada por la apretura la gente que se apiñaba en el puente de la *Mole Adriana*, al ir á San Pedro, se hizo con tablas una separacion en medio del mismo puente, que así quedó dividido, sirviendo un lado para pasar los que iban á San Pedro, y el otro para los que volvian.

Este hecho lo ha explicado el Dante en su poema con versos que dan perfectamente á entender la prudencia de la policía de aquellos tiempos.

*Come i Roman per l'esercito molto,
L'anno del Giubbileo su per lo ponte
Hanno a passar la gente modo tolto;*

*Che dall' un lato tutti hanno la fronte
Verso'l Castello e vanno a Santo Pietro,
Dall'altra sponda vanno verso'l monte.*

INFERNO, canto XVIII.

«Como los peregrinos, que cuando el año del jubileo ha reunido en Roma una muchedumbre de personas piadosas, atraviesan el puente de una manera sábiamente establecida; por un lado pasan los que van hácia el castillo y á San Pedro, y por el otro los que van hácia el monte *Giordano*.»

Dejó mandado Bonifacio que se celebrase el jubileo cada cien años conforme con el antiguo estilo de los judíos; pero Clemente VI ordenó en 1342 que se verificase de cincuenta en cincuenta años, porque de otro modo la mayor parte de los

hombres se morían sin haber visto ningún jubileo. Desde el día de Navidad de 1349 hasta el domingo de Pascua se contaron en Roma un millón doscientos mil peregrinos. Urbano VI declaró con una bula del mes de abril de 1386, que se celebraría el jubileo ó año santo de treinta y tres en treinta y tres años (que son los de la edad de Nuestro Señor). En el pontificado de Sixto IV hubo un jubileo en 1475, y se empezó á creer que habria cuatro en cada siglo. Alejandro VI introdujo en 1500 la práctica de comenzar el jubileo con la apertura de la *Puerta Santa*, es decir, de una puerta lateral que habia de permanecer tapada de un jubileo á otro. En el pontificado de Clemente VII hubo un jubileo en 1525, y sucesivamente los hubo en el de otros Papas en 1550, 1575 y 1600. El de 1625 se celebró gobernando la Iglesia Urbano VIII. Inocencio X abrió el de 1650: Clemente X el de 1675; Inocencio XII el de 1700, cerrado por Clemente XI; Benedicto XIII el de 1725; y Benedicto XIV proclamó en 17 de marzo de 1749 el jubileo del año 1750. Finalmente, Clemente XIV publicó el día de la Ascension de 1774 el jubileo para el año 1775.

Las primeras atenciones de Clemente XIV, despues de publicada la Bula *Salutis nostræ auctor*, anunciando el jubileo, tuvieron por objeto el restablecimiento del orden en la capital, á cuyo fin dispuso misiones públicas, que se hicieron desde el 31 de julio hasta el 15 de agosto del mismo año 1774, en las principales plazas de Roma, á saber: Navona, Scossa Cavallo, Barberini y Santa María Transtiberiana. Asistió personalmente el mismo Papa varias veces para edificación de los fieles, dió las órdenes mas precisas para que fueran reparadas, limpiadas y blanqueadas las iglesias, para que inspirasen el mas religioso recogimiento á los que fuesen á visitarlas.

Hiciéronse en diferentes iglesias otras misiones y otros devotos ejercicios; pero como el Sumo Pontífice falleció el 22 de setiembre de 1774, tocó á su sucesor continuar las operaciones relativas al jubileo publicado por Clemente XIV.

En efecto, entrando los cardenales en cónclave á primeros de octubre, proclamaron Sumo Pontífice el día 15 de febrero de 1775 al cardenal Juan Angel Braschi, de Cesena, que tomó el nombre de Pio VI.

Uno de los primeros cuidados del nuevo Papa fué abrir el jubileo. Verificóse el 26 de febrero la primera ceremonia, á la que asistieron Carlos Teodoro, elector palatino; Maximiliano, archiduque de Austria y hermano del emperador José II; el duque de Glocester, hermano del rey de Inglaterra, y el margrave de Anspach y de Bareuth, sobrino de Federico el Grande.

La concurrencia á este jubileo fué extraordinaria. Para dar una idea aproximada del número de peregrinos que acudieron, puede servir la noticia de que en el hospital llamado de la Santísima Trinidad para peregrinos, donde se daba á cada uno habitacion y comida durante tres dias, ascendió el número de los que entraron en todo el año á ciento once mil ciento doce personas.

CAPÍTULO XVII.

Como Pio VII no habia abierto el jubileo de 1800, hacia cincuenta años que no se habia verificado esta ceremonia.—Extracto de la Bula de Leon XII acerca del jubileo de 1825.—Exámen de los varios méritos de la Bula.—Elogios de los socorros que habia indicado Consalvi en su conservacion testamentaria.—Reflexiones sobre algunos sucesos que concernian particularmente á Leon XII antes de su exaltacion al pontificado.—Alabanzas al Sacerdo Colegio.—Carta de Leon XII á Luis XVIII sobre los asuntos de la Iglesia en Francia.

No habiendo creido conveniente Pio VII abrir el jubileo del año 1800, hacia ya cincuenta años que no se habia visto ninguno, cuando Leon XII convidó á los fieles para esta augusta ceremonia con una bula, publicada el dia de la Ascension, 27 de mayo de 1824.

Hé aquí un extracto de aquella Bula :

«Leon, obispo, siervo de los siervos de Dios, á todos los fieles que las presentes vieren, salud y bendicion apostólica.

«El Señor con su misericordia ha dado hoy á nuestra flaqueza el consuelo de anunciaros con gozo lo que veíamos con dolor, que, á causa de la cruel aspereza de los tiempos, no pudo hacerse al principio de este siglo, y lo que vamos á te-

ner la dicha de celebrar segun la costumbre y los institutos de nuestros antepasados.

«Ya se acerca, en fin, ese año de feliz augurio; ese año digno de ser recibido con los mas religiosos sentimientos, durante el cual se acude de todas las partes del mundo á esta gran capital, silla de San Pedro, y en el cual, á los fieles reducidos á los deberes religiosos, se les ofrece los mas abundantes auxilios de la reconciliacion y de la gracia para la salvacion de sus almas. En este año, que podemos llamar verdaderamente tiempo de salud y de mercedes, nos felicitamos de hallar, despues de los males sin cuento que hemos lamentado, la dichosa ocasion de restaurarlo todo en Jesucristo mediante la expiacion saludable de todo el pueblo cristiano. Hemos resuelto pues usar de la autoridad que el cielo nos ha dado, y abrir todas las fuentes de aquel celestial tesoro acopiado por los méritos, tribulaciones y virtudes de nuestro Señor Jesucristo, de su Madre la Santísima Virgen, y de todos [los Santos, del cual nos ha constituido dispensador el Autor de la salud del hombre. Con cuyo motivo debemos exaltar las abundantes riquezas de la clemencia divina con las cuales Jesucristo, anticipándose con amorosas bendiciones, quiso que la virtud infinita de sus méritos se derramase por todas las partes de su cuerpo místico, de modo que, gracias á la unidad de la fe que obra por medio de la caridad, se ayudasen unas á otras con mútuo concurso y con la saludable union de los bienes espirituales, y que mediante el precio infinito de la sangre de nuestro Salvador, la virtud de sus merecimientos y los sufragios de los Santos, alcanzasen los fieles la remision de la pena temporal que, como nos lo enseñaron los Padres del Concilio de Trento, no siempre se perdona enteramente por el Sacramento de la Penitencia como se perdona por el del Bautismo.

«Escuche pues la tierra las palabras de nuestros lábios (1), y oiga con gozo todo el universo el sonido del clarin sacerdotal que anuncia al pueblo de Dios el sagrado jubileo! Ya se

(1) «Andiat itaque terra verba oris nostri, clamoremque sacerdotalis buccinæ sacrum jubileum populo Dei personantis, universus orbis lætus excipiat»; Qué admirables palabras!

acerca ese año de expiacion y perdon, de redencion y gracia; ese año en el cual, con un fin mas santo y para colmarnos de bienes espirituales, vamos á ver que se renueva por el Dios de verdad lo que una ley antigua, imágen de lo futuro, habia prescrito que se hiciese cada cincuenta años en el pueblo judío. Porque si en aquel año feliz volvian á sus primeros poseedores las haciendas vendidas y los bienes enajenados, ahora se nos vuelven por la infinita liberalidad de Dios los dones y merecimientos de que nos tenia despojados el pecado; si entonces cesaban los derechos de los amos sobre los esclavos, sacudiendo actualmente el yugo del demonio y libertándonos de su tiránica dominacion, somos llamados á la libertad de los hijos de Dios, libertad de que nos ha hecho merced Jesucristo; y finalmente, si en aquellos tiempos la ley perdonaba á los deudores la cantidad de sus deudas, y los desataba de todas sus obligaciones, á nosotros se nos perdona la deuda harto mas pesada de nuestros pecados, y somos libertados por la misericordia divina de las penas en que por ellos habiamos incurrido. »

Manifiesta luego el Papa que imita á los romanos Pontífices que le precedieron y se conforma con sus piadosas instituciones; anuncia el gran jubileo universal que comenzará en la Santa ciudad desde las primeras vísperas de la próxima fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, y durará todo el año de 1825.

Se abrirá la puerta Santa en las Basílicas de los apóstoles San Pedro y San Pablo, de San Juan de Letrán y de Santa María la Mayor. Y despues continúa el Papa;

« Si desde los tiempos mas antiguos los hombres de todas condiciones y clases, á pesar de lo largo y duradero de los viajes han venido incesantemente en tropas cada vez mas numerosas de todos los puntos del mundo habitado á este principal palacio de las bellas artes; si han mirado casi como un prodigio el esplendor con que brilla Roma por la magnificencia de sus edificios, por la majestad del lugar y belleza de sus monumentos, seria vergonzoso y al mismo tiempo contrario al deseo que debemos tener de alcanzar la bienaventuranza, pretextar la dificultad de los caminos; la escasez de medios

de fortuna, ó cualquiera otro motivo de este género, para dispensarse de la peregrinacion á Roma. Sí, queridos hijos míos; en Roma encontrareis bienes que os compensen abundantemente de todos los disgustos sean cuales fueren. Vuestros padecimientos, si los experimentais, no estarán en proporcion con ese peso inmenso de gloria que, mediante la inefable gracia de Dios, os darán los socorros dispuestos para bien de las almas. Recojereis abundantes frutos de penitencia, por cuyo medio ofrecereis al Señor las mas penosas mortificaciones de la naturaleza; practicareis santamente las obras prevenidas por las leyes de las indulgencias, y pondreis el sello á la firme resolucion que habeis tomado de castigar y reprimir vuestras pasiones.

«Poned pues haldas en cinta (*Itaque accinti renes*), subid á la Santa Jerusalem, á esta real ciudad que con la cátedra de San Pedro ha llegado á ser mas ilustre y mas poderosa que nunca pudo serlo con su terrenal dominacion. *Esta es la ciudad*, decia San Carlos Borromeo exhortando á sus ovejas á que hiciesen el viaje de Roma en el año Santo, *esta es la ciudad, donde el aspecto del suelo, de los muros, de los altares, de las iglesias, de los sepulcros de los Mártires, de todo cuanto se presenta á los ojos, imprime en el alma algo sagrado, como lo experimentan y sienten cuantos visitan estos lugares con las debidas disposiciones....*» La ciudad de Roma, resplandeciente como el cielo cuando el sol lo baña con sus rayos, tiene en su seno dos lumbreras, San Pedro y San Pablo, que derraman la luz por todo el universo: así se explica San Juan Crisóstomo. ¿Y quién osaría acercarse sin estar penetrado de los mas vivos sentimientos de devocion, á los lugares que presenciaron su martirio, postrarse delante de su sepulcro, y aplicar los labios á aquellas cadenas algo mas preciosas que el oro y la pedrería? ¿Quién podría contener las lágrimas al ver la cuna de Jesucristo, al recordar los vagidos del niño Jesus en el pesebre, al adorar los sagrados instrumentos de la Pasion del Salvador, y al meditar en el Redentor del mundo clavado en una cruz?

«Hallándose, como por un beneficio extraordinario de la Divina Providencia, reunidos en Roma sola estos augustos monumentos de la Religion, ellos son otras tantas prendas pre-

ciosas del amor que el Señor ha manifestado á las puertas de Sion mas copiosamente que en todos los tabernáculos de Jacob; y ellos os convidan, queridos hijos nuestros, con las mayores instancias á dirigirnos sin demora al monte en que plugo á Dios habitar.

«Nuestra tierna solicitud exige que recomendemos con especialidad á las varias clases de nuestra capital que tengan muy presente que en ellas van á fijarse las miradas de los fieles que acudirán de todas las partes del mundo, y que por consiguiente no debe haber en ellas cosa alguna que no sea grave, modesta y digna de un cristiano, á fin de que sus costumbres dén ejemplos de pudor, de inocencia y de todo género de virtudes. Es menester que el pueblo predilecto en que quiso el Príncipe de los Pastores asentar la Cátedra de San Pedro, enseñe á las demás naciones á respetar la Iglesia católica y su autoridad, á seguir sus preceptos y á prestar homenaje á los ministros y á los objetos de la Religion; es menester que se vea florecer entre nosotros el respeto debido á los templos; que los extranjeros no adviertan nada que ceda en menosprecio del culto y de los lugares santos, nada contrario á la pureza, á la decencia y á una verdadera modestia; sino que por el contrario admiren una severidad y una pureza de disciplina que con todos los actos exteriores manifiesten la vivacidad y sinceridad de los sentimientos del alma. Recomendamos ante todo que los dias de fiesta, consagrados á los santos oficios y establecidos para honrar á Dios y á los Santos, no parezcan instituidos para entregarse á banquetes, á juegos, á diversiones inmoderadas y á la licencia; en fin, que se distinga el pueblo romano por *todo lo verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo santo, todo lo amable, todo lo digno de buena fama*, á fin de que podamos lisonjearnos, no tan solo de no haber empañado, sino de haber abillantado todavía mas, con nuestro celo y nuestras costumbres ejemplares, aquella gloria de fe y de piedad que el mismo Apóstol San Pablo proponia por modelo y que hemos recibido de nuestros padres como la mas preciosa herencia.

¡ Ah, Jerusalem ! ¡ Ojalá vengan á tí y se te postren los hijos de aquellos que te abatieron, y besen las huellas de tus piés todos los que te in-

sultaban..... ! A vosotros nos dirigimos con todo el afecto de nuestro corazon apostólico, á vosotros los que separados de la verdadera Iglesia de Jesucristo y alejados del camino de la salvacion, nos haceis gemir por vuestro estado. Conceded al mas tierno de los padres lo único que falta á la alegría general, á saber, que llamados por la inspiracion del Espíritu divino á gozar de la luz celestial, y rompiendo los vínculos que os tienen separados, acepteis la doctrina de la Iglesia nuestra madre comun, fuera de la cual no hay salvacion. Abriremos nuestro corazon al mas puro gozo, os recibiremos con alegría en nuestros paternales brazos; bendeciremos al Dios de todo consuelo, que en el triunfo mas grande de la verdad católica nos habrá enriquecido con todos los tesoros de su misericordia..... No dudamos de que los príncipes católicos, nuestros hijos muy amados en Jesucristo, nos apoyarán en estas circunstancias con toda su autoridad, para que estas disposiciones, tomadas en favor de la salvacion de las almas, produzcan los resultados que esperamos. En consecuencia les rogamos y conjuramos que con todo su celo por la religion vengán en auxilio de los cuidados de nuestros venerables hermanos los obispos, que favorezcan sus trabajos con todos los esfuerzos posibles; que procuren la seguridad de los caminos y preparen hospedérfas para los perégrinos que viajen por el interior de los Estados de los mismos príncipes, á fin de preservarlos de todo daño mientras cumplan esta obra de piedad. No ignoran sin duda los príncipes qué conspiracion se ha tramado en todas partes para destruir y reducir á la nada los derechos divinos y humanos, y que maravillas ha ejecutado el Señor extendiendo su mano y humillando la audacia de los fuertes. Por lo cual han de pensar que deben continuar dando gracias al Señor de los señores, é implorar incesantemente con humildes oraciones los auxilios de la Divina misericordia, á fin de que mientras se insinúa con rastrera astucia por todas partes la perversidad de los impíos, lleve á cabo con su bondad la obra que ha comenzado.—Vosotros todos, queridos hijos nuestros, pedid á Dios que se cumpla todo esto á medida de nuestros deseos, pues creemos que las oraciones y súplicas que haceis generalmente por el bien de la santa fe católica, por la conversion á la ver-

dad de nuestros hermanos que andan errantes, y por la felicidad de los príncipes, atraerán sobre Nos la misericordia del Señor, y robustecerán nuestra flaqueza en los importantes deberes que hemos de cumplir.

«A fin de que lleguen las presentes mas fácilmente á noticia de todos los fieles, en cualquiera parte que moraren, queremos que se dé igual fe que á ellas á las copias impresas firmadas por algun notario público, y con el sello de cualquiera persona constituida en dignidad eclesiástica.

«Nadie pues se atreva á infringir ó contradecir este escrito, esta promulgacion, concesion, exhortacion, ruego y mandato, y si se atreviese alguien á cometer semejante atentado, tenga entendido que incurrirá en la indignacion de Dios Todopoderoso y de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo.

«Dado en Roma, cerca de San Pedro, á nueve de las calendas de junio (dia 27 de mayo) del año del Señor 1824, primero de nuestro Pontificado.—J. CARD. ALBANI, *prodatario*.

Es inútil demostrar todo lo sábio, piadoso y profundamente político de este documento. En él no puede ver el lector la pureza ciceroniana del latín, la claridad, la feliz y valiente estructura de los períodos, la finura de la dición, la elegancia de las expresiones; pero sí puede ver claramente la ternura, la firmeza y dignidad de sentimientos que dictaron semejante exhortacion. No falta en él cosa alguna: advierte el Padre comun á todo el mundo, llama á los hijos que se hallan á muy larga distancia unos de otros, ruega á los príncipes que preparen auxilios y proteccion para que el viaje sea feliz; suplica á nuestros hermanos extraviados que vuelvan á él; previene á los romanos, que han de constituirse apoyo y amigos de tan numerosos huéspedes, que los moradores de la ciudad eterna están obligados á dar, primero qué nadie, ejemplos de caridad, beneficencia, virtudes hospitalarias y generosa asistencia. Al entrar los primeros cristianos, Roma entera debe aparecer una ciudad santa y sin tacha. Leon XII estuvo meditando mucho tiempo su Bula de Jubileo, y esta; al cabo de tanta y tan delicada preparacion, tanto y tan multiplicado cuidado, tantos consejos pedidos y seguidos, salió

tal como la han considerado durante diez y ocho años los contemporáneos, y tal como será para las edades futuras, un modelo de prevision, de solicitud paternal, y por decirlo de una vez, uno de los mas imponentes documentos de la autoridad de la Santa Sede, tan pródiga ya de semejantes riquezas; en fin, un testimonio irrecusable de los talentos que ha designado poco antes Consalvi en su conversacion testamentaria.

A la sazón el duque de Laval, que habia conseguido permiso de ir á París, solicitó despedirse del Padre Santo, y me presentó como encargado de negocios del rey de Francia. Merezco compasion porque voy á mezclarme en asuntos sumamente delicados; pero el encargado de negocios veneraba al Papa, honraba á su rey, é iba á procurar que caminaran juntas estas dos disposiciones que pueden muy bien aliarse en un católico y en un francés.

Los que observan el corazon humano saben muy bien que el espíritu del hombre, despues que se ha entregado á un estudio de la mas alta importancia, queda naturalmente preocupado del interés que acaba de absorber su atencion, y que, cuanto mas grandeza tiene el interés que rodea aquel acto, tanto mas difícil es desasirse de él y volverse á ocupar con la prevision ordinaria en el conjunto de negocios de un orden inferior; hay que descender del cielo y de su gloria, si el cielo y su gloria han absorbido las facultades de nuestra alma y arrojádola en las llamas del entusiasmo que son en tal caso permitidas en nuestro ánimo.

Leon XII acaba de merecer bien del cielo, y va, si se me permite este lenguaje, á cometer una falta en la tierra. Al historiador, despues que ha ponderado los trabajos en que todo fué muy digno de admiracion, la probidad le obliga á no dejar ignorar los hechos que seria de desear no se encontraran nunca en la série de una vida llena de experimentada prudencia y de previsora circunspeccion.

Ya se ha visto que lo que nos ha sido permitido alabar lo hemos alabado sin reserva alguna. Y despues de esos elogios, ¿no tendremos ahora el derecho de decir con el mayor respeto, que de tantas virtudes, de tantos impulsos que conducian al bien, al honor de llevar majestuosamente el sublime

peso del pontificado, podia nacer alguna equivocacion, alguna desviacion que la historia con su frente ceñida de una venda de hielo, no debe de ningun modo pasar por alto? Traigamos á la memoria algunos hechos anteriores.

En los primeros años del conde Anibal Della Genga, dedicados á los estudios, desarrollaron en él un genio enérgico y firme que las distracciones juveniles no podian siempre alejar de los limites de la prudencia y de la verdad. En Alemania bebió el arzobispo de Tiro ideas de grandeza política que participaban de la gravedad alemana, ideas que jamás se comprometian, por ir acompañadas del espíritu de elegancia y de gracia que reina en las sociedades de la corte. Con estas ideas vino á juntarse un sentimiento de confianza, que el hombre debe acojer tarde, y del cual es necesario desconfiar mucho tiempo. Lo que conmovió mas en 1814 el alma del segundo diplomático de la corte de Roma (pues Consalvi ocupaba sin disputa el primer puesto), fué aquel triunfo, triunfo quizás de partido, que hacia se indicara al antiguo nuncio en Colonia, Ratisbona y Munich, como quien debia ser nuncio en Francia despues de la vuelta de los príncipes legítimos. El caballero de Espoleto, tan hermoso y de tan gentil apostura, como el hombre ya experimentado en los negocios, experimentaron ambos en un mismo corazon una grata satisfaccion. Todas las nunciaturas conducen al capelo de cardenal; pero la nunciatura de Francia es el ornamento, la alhaja, la presea, el diamante mas inestimable que puede esperar la diplomacia pontificia. A Consalvi, animado casi de iguales sentimientos, le hemos visto rechazar á un prelado rival y hacerle ceder el paso, con toda la autoridad de un príncipe de la Iglesia que habia sido jefe y director de los ensayos del ambicioso jóven; pero esta falta pasó y fué perdonada.

Si hemos vuelto á hablar de Consalvi en esta ocasion ha sido con pesar, y únicamente porque fué tal vez causa de la equivocacion que vamos á referir.

Prescindiendo de las expresiones muy duras que se dijeron, al cardenal tocaba, atendidas las reglas y la decencia de la habilidad romana, ir á excusarse con el prelado y no aguardar la fácil magnanimidad del Pontífice; mas nada de esto hubo,

y el puñal quedó clavado en la herida. ¿Qué había de suceder entonces? La virtud mas humilde no tiene valor sin peligro. Con tan augusto abatimiento se sube á grandeza tal, que hay que atender al peligro que corre la razon cuando el corazon se ha consolado; además de que Consalvi, vencedor en una corta entrevista, habia sido censurado por cuantos llegaron á saber su falta. Los graciosos modales de la antigua corte de Versalles, que se conservaron en las Tullerías, comenzaron y finalizaron la curacion del vencido. Con eso una bella alma que sabe olvidar tan presto la injuria, cae en peligro de exagerar el agradecimiento al que derramó bálsamo sobre la herida. En el alma del arzobispo de Tiro echó raíces muy hondas un sentimiento indefinible de gratitud, merced al cual habia de tener, siendo cardenal, un interés apasionadísimo por las cosas de Francia, y aun rechazado por ella en el cónclave habia de querer á esta ingrata. Hombres equivocados vendrian á hostigar al Pontífice en nombre de las atenciones prodigadas en la época de sus sinsabores, y á decirle que han examinado bien el estado de la Francia, y que solo ellos saben el remedio. En fin, atormentaron al *amigo de la Francia* personas (inconsideradas, y quisieron persuadirle de que, despues de enviar la Bula del jubileo que produciria una impresion tan nueva, debía intervenir en los asuntos particulares del reino, y que de este modo daria gusto al rey, al hermano del rey, á su sobrino y á su sobrina. Como la queja era en el fondo cierta, habia de decir parte de lo que se queria que consignase el Papa en una carta á Luis XVIII; pero era menester, á ser posible, decirlo sin decirlo, porque nunca conviene escribir una carta que no se sepa en manos de quién ha de caer y quién, será el que responda. No debian tomarse por jueces de este gran negocio á los arranques del corazon y del reconocimiento propios, sino que era necesario, á falta del cardenal Della Somaglia, propenso á reprender en tono cumplimentero, consultar á otros cardenales (1). Tal es la organi-

(1) En una relacion sobre Clemente XI, escrita en 1700, y que poseo manuscrita en mi biblioteca, el embajador de Venecia dice: « *I costumi e la dottrina sono i due poli del cielo ecclesiastico*. La ciencia y las costumbres son los dos polos del cielo eclesiástico. »

zacion de esta reunion de consejeros de la Santa Sede , escogidos en todas las clases , la de la cuna , la de la experiencia y del talento ; tal es la construccion de este faro que arroja tan vivos y brillantes resplandores , que no hay una sola cuestion de dogma ó de política , para cuya solucion no encuentre el Papa un dictámen noble , una direccion prudente , una reserva hábil ; en fin , tan copiosa luz en todos , que Leon XII debia haberse valido de alguno de estos fieles cooperadores , fuese ó no fuese zelante. Entonces habria indudablemente diferido el paso que iba á dar , y en tales casos diferir es evitar el peligro.

Al oír los padecimientos que segun decia aquejaban á Luis XVIII, conmovióse el alma, *non ignara mali*, del arzobispo de Tiro , y creyó que señales de interés y de pésame serian gratas á S. M., en quien desgraciadamente no encontró desde luego mas que la arrogancia Real. El prelado quizás fué, mas bien que el Papa , quien dictó la siguiente carta , excelente en todas sus partes , pero que en Paris se quiso considerar como inoportuna en varios puntos.

En París podia comunicarse á los ministros un primer despacho oficial é indiferente ; esta otra carta debia permanecer secreta.

El Papa Leon XII, á Luis XVIII, rey de Francia y de Navarra.

« Señor : Escribimos á V. M. esta segunda carta , dictada por Nos mismo , para descubrirle los secretos de nuestro corazón , y manifestarle con la mayor sinceridad , y sin reserva alguna , nuestras penas y sentimientos.

« En medio del dolor que nos oprime al ver los inmensos males producidos en toda Europa por el sistema de los modernos novadores que se disfrazan con mil formas , y al considerar la penosa esclavitud en que gime la iglesia , experimentábamos algun consuelo volviendo los ojos á la Francia , que anuncia un porvenir mas favorable para la religion de sus mayores , y recibe tan poderoso impulso al bien con los ejemplos de ilustrada piedad que su soberano y los príncipes de la Real familia la están dando ; mas nuestro gozo está muy léjos

de ser completo. Permítanos V. M. descubrirle del todo nuestro corazón.

«El clero católico, gracias á su benéfica solicitud, ve ya un poco mejorada su suerte; mas hasta ahora no está suficientemente protegido por las leyes, ni sostenido lo bastante por los magistrados. Los generosos esfuerzos de tantos operarios evangélicos, hallan con frecuencia obstáculos, y se ven incesantemente contrariados por tantos medios de seducción, y principalmente por la profusion de malos libros. Y sin embargo, subsiste una legislación que ofende á la religion bajo tantos aspectos. A cada cual le es permitido pensar y creer segun mas le conviene, y los profesores de lenguas sagradas se ven forzados á obligarse con juramento á enseñar doctrinas que pertenecen á la clase de las opiniones que fueron ya causa de grandísimos males, y han suministrado á los enemigos de la religion poderosas armas para combatirla é insultarla. Un sin número de escritores ataca impunemente á la religion, al paso que se denuncia, y es condenada sin consideracion alguna, la pastoral de un cardenal-arzobispo por tantos títulos respetable. Entretanto, el concordato de 1817 sigue esperando su ejecucion solicitada y reclamada inútilmente por nuestro glorioso predecesor, echándose de menos hasta ahora los óptimos frutos que de él se prometia y le movieron á firmarlo, y que Nos estamos impacientes por recojer sin mas tardanza. Uno de los objetos mas importantes, y de todos el mas urgente, es el punto de los matrimonios; ya sabemos que se piensa en él, pero tambien sabemos que al mismo tiempo se trata de abrir nuevas heridas en el seno de la iglesia, volviendo á poner en vigor los *recursos de fuerza*, desconocidos de la venerable antigüedad, origen de eternos desórdenes y de continuas vejaciones contra el clero, manifiesta usurpacion de los mas sagrados derechos de la Iglesia. Reclamaciones hechas de todas partes, y los repetidos atentados de la impiedad, han obligado en cierto modo al gobierno á proponer una ley para reprimir los delitos y los robos cometidos en las iglesias, y hé aquí que con vanos pretextos se resiste consignar la palabra sacrilegio; se ponen los cultos heterodoxos al nivel de la religion católica; se igualan los templos de los protestantes con

las iglesias, como si hubiese en aquellos algo sagrado. ¡Qué humillante comparacion entre el clero católico y los ministros de las falsas sectas! Además de que estos disfrutan por lo general una asignacion muy superior á la del clero católico, no conocen absolutamente los obstáculos ni los vínculos que tan rigurosamente tienen encadenados á los obispos y los sacerdotes de la verdadera religion, que es empero la Religion del Estado y de la inmensa mayoría de los ciudadanos.

«Témese la demasiada influencia del clero, de este clero que tiene dados tantos ejemplos de celo y adhesion al monarca, que es el mas firme sosten del trono, y que, si se le deja sin influencia, no puede hacer completamente el bien de la religion ni el del Estado.

«No podemos menos de decirlo á V. M. con libertad apostólica: cuando vemos con tanta satisfaccion robustecerse el partido realista, quisiéramos igualmente que se robusteciera el partido católico; quien no es buen católico, tampoco será nunca buen realista.

«Debemos confesarlo; no se pone mucho empeño en modificar una legislacion que se resiente de las máximas y de los tristísimos tiempos de la revolucion y la usurpacion. Se alegarán tal vez mil pretextos para imaginar obstáculos, para achacarlo todo á la disposicion de los ánimos, para exagerar la necesidad de ponerse en guardia, de no ocasionar perjuicio á los intereses de la Religion. Rogamos á V. M. que no haga caso de esto. En el fondo todo está reducido á cierto temor y ciertas consideraciones á los liberales y á los protestantes, teniendo tambien quizás gran parte el amor propio de los que, siendo solo católicos de nombre, no quieren serlo en la práctica y se forman una religion cómoda y adaptada á sus pasiones. ¿Cuántos obstáculos no se han suscitado á la guerra de España? Pues todos los ha vencido el gobierno. La empresa ha sido bendecida por el Dios de los ejércitos, y la Francia ha ganado una nueva gloria en presencia de todas las naciones. El gobierno ha querido la reduccion de las rentas, y se han vencido todas las dificultades; ha querido la *septenualidad*, y nada le ha impedido conseguirla. ¿Pues por qué no se pondrá el mismo celo, por qué no se adoptarán iguales medios para favo-

recer á los grandes intereses de la Religión? Dios, por quien reinan los reyes, quiere que promuevan su gloria, que repriman eficazmente los atentados de la impiedad, y encaminen á un fin religioso las ideas de sus pueblos. No serán respetadas las leyes civiles mientras no lo sean las leyes evangélicas y eclesiásticas.

«El Ser Supremo ha obrado prodigios en favor de la Francia y de la augusta familia de los Borbones, y todavía está pronto á obrar otros; pero exige en cambio testimonios de sincera piedad. Seguramente V. M. no negará los efectos de la bondad divina, y en los raptos de su religiosa gratitud *habrá hecho probablemente promesas que conviene cumplir.* ¡Ojalá descendiera la virtud del cielo sobre V. M., y por ella vuelva á florecer con el mayor brillo la religion en el reino! ¡Ojalá elija para cooperadores suyos á hombres cuya piedad y talento político sean igualmente experimentados! ¡Ojalá reúna en torno suyo los consejos y las luces de obispos y eclesiásticos de sólida doctrina y reputacion, porque, aun con las mejores intenciones del mundo, los seglares no pueden juzgar rectamente de lo que no conocen bastante.

«Acuérdese V. M. de que los príncipes católicos son protectores y no dominadores de la Iglesia que Jesucristo fundó libre á costa de su preciosísima sangre; de que son tambien hijos de esta Madre comun, y de que, segun afirma San Agustin, quien no tiene por madre á la Iglesia, no puede tener á Dios por padre.

«V. M., no vacilamos en repetirlo, está destinado á ejecutar cosas muy grandes en provecho de la Religión. Con el ejemplo de la Francia se extenderá el bien por las demás naciones, y mientras el nombre de Luis XVIII quede grabado con letras de oro en los fastos de la Iglesia, su reinado será feliz, y su memoria vivirá eternamente colmada de bendiciones.

«Hemos hablado con toda la franqueza de nuestro carácter, inspirada además por las virtudes del Hijo primogénito de la Iglesia; ha guiado nuestra pluma un secreto impulso que nos dá fundados motivos para creer que es obra del Espíritu divino.

« ¡ Ah! no se desdeñe V. M., á pesar de sus grandes ocupaciones, de leer y meditar esta carta. Nuestra esperanza en un hijo de San Luis no saldrá fallida. Él será nuestro apoyo y consuelo. Con tan grata confianza, y deseando manifestar á V. M. en todas ocasiones el aprecio y el paternal cariño que le profesamos, le damos con todo corazón la bendición apostólica.

P. D. de puño del Papa.

« Disimule V. M. que no hayamos escrito de propio puño toda esta carta. A causa de su extension y de nuestra mala letra hemos preferido dictarla y hacerla escribir por mano segura y de buena letra para menor molestia y mayor comodidad de V. M., á quien recomendamos de nuevo nuestra misma persona y los intereses de nuestra santa religion que son tan caros.

Dada en Roma á 4 de junio del año 1824, primero de nuestro pontificado.—LEON XII, *Papa*.

Esta carta fué entregada al rey en persona hácia el 20 de junio.

CAPÍTULO XVIII.

Exámen de la carta del Papa á Luis XVIII.—El cardenal Rivarola, en Rávena.

—El cardenal Pallota en Ferentino.—Enfermedad del cardenal Severoli.—
 Publicacion de una obra del P. Anfossi.—Toma el Papa posesion de San Juan
 de Letrán.—Incidente que turba el órden establecido en la tribuna diplo-
 mática.—Mr. de Villele ministro interino de negocios extranjeros.— Es des-
 tituido el cardenal Pallota.—Muerte del gran duque de Toscana.—Negocia-
 ciones para el tributo de la hacanea que pagaba la corte de Nápoles.—
 Protege la Francia en Constantinopla á los vasallos del Sultan que profesan
 la Religion católica.— Hechos relativos á la república de San Marino.— No-
 ticias de aquella república.—Echa Roma de menos al conde de Barbaroux,
 embajador de Cerdeña, á quien su soberano destina á un cargo mas elevado.
 —Elogio del conde Barbaroux y del baron de Reden, ministro de Hanno-
 ver.—Confirma Leon XII el título de impresor del Papa dado á Mr. Le
 Clére y le envía un rosario de cornalinas adornado con medallas.

Ocioso es decir cuán notable es esta carta. Bien puede creerse que se descubren en ella rastros de una intervencion emanada enteramente de París, y hasta hay en ella, si se quiere, claras designaciones y rivales señalados con el dedo. Los sentimientos que añade el Papa, sobre todo al final, son los de un Pontífice celoso de la religion. Usa tambien á veces las mismas expresiones que empleaba Pío VII; mas aquella parte de la carta en que se habla de la eleccion de otros colaboradores les pareció á algunos ánimos preocupados que era un insulto. Insistian principalmente en decir que no se habia provocado semejante paso, que no eran exactos algunos hechos, que el gobierno no esperaba ataque alguno, que Luis XVIII se hallaba para cualquiera vista perspicaz en un estado de salud que exigía contemplaciones. Es verdad que en todo tiempo París, centro y al mismo tiempo abismo de negocios particulares, no se cura diariamente de la salud del soberano tanto como Roma, ciudad algo ociosa, sujeta á una autoridad electiva, y cuyas pasiones y esperanzas se agitan enteramente con un cónclave. Ya veremos el efecto que produjo en el rey aquella carta. En medio de sus padecimientos olvidóse de que habia escrito á Leon XII estas terminantes palabras: « Animado de iguales sentimientos que los reyes « mis progenitores, tengo suma complacencia en declarar á

«Vuestra Santidad que, como hijo primogénito de la Iglesia, considero un deber el justificar este título glorioso que recibí juntamente con la [corona.» Era todavía ministro el vizconde de Chateaubriand; pero no redactó la respuesta. Me asisten motivos para sospechar que no tuvo noticia de la carta inmediatamente que llegó, y que si la tuvo no preparaba una contestacion hostil.

Aquí nos contentaremos con decir que pudo muy bien decirse el escribir aquella carta, y que además contenia pormenores sobre las leyes presentadas á las cámaras, sobre la reduccion de las rentas y la septennialidad, cuestiones políticas que no tenian un lugar natural y obligado en una representacion hecha en nombre de la religion. Pero se ha de decir tambien que no se tocaban estas cuestiones sino incidentalmente, y para probar que el gobierno era poderoso cuando queria.

Volvamos á nuestra narracion.

Podia ya el Papa dar sus paseos y sus audiencias sin experimentar fatiga. Comenzóse pues á pensar en la gran fiesta de la toma de posesion de San Juan de Letran, fiesta que completa y regulariza los primeros actos de un Pontificado.

Mientras para ello se disponia todo lo conveniente estaba la ciudad de Roma ocupada en tres materias principales de observacion.

Debíase enviar á Rávena al cardenal Rivarola y encargarle que investigase las causas de una agitacion que tenia mortificado aquel país. Habíase tambien decidido despachar al cardenal Pallotta á Ferentino con orden de emplear los medios mas rigurosos para destruir las guaridas de los bandidos y pacificar los caminos reales que continuaban infestando. Finalmente, acababa de caer gravemente enfermo el cardenal Severoli, que ejercia una secreta influencia sobre el Papa.

Por cartas y noticias de Rávena se supo muy pronto que habia sido recibido allí con la mas profunda veneracion el cardenal Rivarola, el cual, en sus proclamas y conversaciones, se explicó de un modo firme y afectuoso. Así que se opinó que, si no llegaban á embarazar sus operaciones los cardena-

les legados vecinos suyos, que podrian ver su llegada con algun descontento porque iba revestido de facultades para tomar sus atribuciones, se tenia derecho á esperar que aquella mision tendria el buen éxito que esperaba Su Santidad, y que si este no habia de ser de apariencias muy brillantes, podia no obstante dar muy útiles resultados.

Desgraciadamente el cardenal Pallotta habia publicado entonces una proclama que no aprobaba en Roma la opinion pública, y se habia entregado á actos de una singularidad tal, que desagradaban mucho al Padre Santo. Desde luego no fué difícil conocer que no conseguiria el cardenal Pallotta llevar á feliz cima su empresa, y habiendo una órden de Leon XII sujetado á la secretaría de Estado todas las operaciones del cardenal, se presumió desde entonces que las disposiciones serian mas sábias y mas eficaces.

Iba dando mucho cuidado la salud del cardenal Severoli, decidido protector del cardenal Pallotta, hasta el punto de perder los médicos toda esperanza de salvarle. Esta nueva situacion y principalmente la imposibilidad en que se veia Sevèroli de dirigir al Papa representaciones (derecho en cuyo uso se habia á veces excedido), permitia creer que el gobierno iba á ser mas tranquilo y mas conforme á las antiguas máximas de una conveniente temporizacion.

Era maestro del Sacro Palacio el P. Anfossi, quien, sin sujetarse á la censura prévia, acababa de publicar una obra en la cual él, que era el censor supremo, se explicaba en términos extraordinarios acerca de las decisiones de Pio VII sobre los bienes nacionales de los varios países á que se habia extendido la dominacion francesa. Como el tribunal de la Penitenciaría habia expedido con mucha frecuencia rescriptos contrarios á la doctrina del P. Anfossi, y con explicaciones positivas daba por válidas las declaraciones del Papa anterior, manifestó con bastante viveza cuanto desaprobaba una publicacion que, segun se decia, debiera haberse combinado antes con diferentes *dicasteros*.

El partido favorable á Leon XII en el cónclave parecia defender la causa del P. Anfossi. Procuraba el Papa ilustrar á los que se extraviaban en tan intrincadas cuestiones; y veíase

que tenia que conquistar palmo á palmo la autoridad que se le disputaba y reprimir á los que habian podido dar el consejo de escribir la última carta á Luis XVIII.

El 13 de junio era el dia señalado para tomar posesion de San Juan de Létran, á donde, no pudiendo el Papa montar á caballo, fué en coche, observándose en todo lo demás el ceremonial con notable puntualidad. Al pasar Su Santidad aplaudieronle repetidas veces los romanos, y pudo quedar contento de las muestras de alegría que le daba el inmenso gentío que acudió de todos los barrios de la capital y de sus alrededores. Felicitábanle por haber abandonado una parte de las rentas destinadas á sus propios gastos, y porque diariamente daba de comer á doce pobres en su palacio. Fué convidado á la ceremonia todo el cuerpo diplomático, igualmente que el jóven duque de Brunswick, el cual habia llegado á Roma la víspera é iba á pasar el verano en Nápoles (1).

Todos tenian observado que á fines del reinado de Pio VII su salud estaba muy debilitada. En todas las ceremonias se dejaba ver casi siempre orando, y rara vez levantaba la vista sobre el gentío que le rodeaba, como no fuera en los momentos en que daba la bendicion; por otra parte, parece que en los Pontificados menguantes nadie quiere meterse á desaprobar á los demás. De lo cual resultaba, que en las procesiones, en las que se admite á muchos criados, y en las *funciones* en que los curiosos insaciables se agrupan al rededor del altar, podia no-

(1) Este príncipe, llamado Cárlos, nació en 30 de octubre de 1804 y se educó bajo la tutela del príncipe de Galles, primero regente y luego rey de la Gran Bretaña con el nombre de Jorge IV. Habiendo sucedido á su padre el duque Federico Guillermo, que murió en la batalla de Waterloo el 16 de junio de 1815, tomó las riendas del gobierno en 30 de octubre de 1823. En 1830 salió del ducado de Brunswick á consecuencia del alboroto ocurrido el 7 de setiembre. En 25 de abril de 1831 lanzó contra él la Dieta Germánica un decreto muy severo, de cuyas resultas vive actualmente expatriado. Quien gobierna ahora en su lugar es su hermano el duque Guillermo. Se dice en los almanaques que esta sustitucion ha sido resultado de arreglos de familia. Cuando se trata de derechos positivos perdidos de este modo, es de sentir que la Europa no esté mas enterada de los hechos. Semejantes causas interesan á la cuestion de la legitimidad, y sea cual fuere la falta del príncipe desechado, no deberian verse en la sensata Alemania en cierto modo á *puerta cerrada*, á menos de haberse obtenido el consentimiento formal del príncipe y de mostrarse este en todas partes satisfecho de los *arreglos de familia*.

tarse alguna falta de atencion, negligencia en el porte, conversaciones inoportunas; en fin, cierto principio de desorden que era menester atajar, principalmente en presencia de tantos extranjeros, dispuestos con harta frecuencia á buscar ocasiones de contar hechos perjudiciales á la Religion. Cuando fué nombrado Papa Leon XII, se dijo que tenia ojo de cazador; que desde su trono ó desde la silla *gestatoria* lo veria todo, y que convenia tener cuidado con no llamar su atencion, porque haria que fuese reprendido cualquiera que cometiese una inadvertencia. Los maliciosos de Roma dijeron que en la ceremonia del *Possesso* habia entrado tambien el Papa en posesion de su *derecho de mirar*; y en efecto ocurrió un lance que admiró á todos los asistentes; pero entonces el culpable fué un extranjero, un individuo del cuerpo diplomático, hombre muy cortés y harto asustado de la dignidad de su representacion.

Cerca del trono del Papa habiase levantado una tribuna para los embajadores de las varias potencias, la cual, contra lo acostumbrado, era demasiado pequeña, y no podia contener en la parte delantera mas que el cuerpo diplomático, y esto con bastante estrechez, sin que hubiese sitio para la multitud ordinaria de los extranjeros de distincion. Para el duque de Brunswick no habia ningun estrado particular. Cuando, acabadas las imponentes ceremonias que se verifican bajo el pórtico de la Basílica, y que han hecho decir tantas cosas extraordinarias y pueriles á algunos escritores calvinistas con ocasion de aquella *sedia* de pórvido que proviene de una sala de baños antiguos, subió el Papa á su trono dentro de la iglesia, el cuerpo diplomático, con el caballero Vargas, embajador de España, á la cabeza, se adelantó á colocarse en su tribuna; guardábase el orden convenido en el Congreso de Viena, es decir, que se arreglaba la precedencia por el orden de fechas de la presentacion de las credenciales, sin mas distincion entre ministros católicos y protestantes. El baron de Reden, enviado de Hannover, que acompañaba al duque de Brunswick, le hizo subir con él á la tribuna. Tras de los ministros iban los encargados de negocios. El primero, segun el orden convenido, era un cónsul de Portugal, *bombardeado encargado de negocios*, como diria Saint Simon, cuando se habia llevado consigo la em-

bajada entera el conde de Funchal , embajador de S. M. Fidelísima. Este cónsul, señor de Grehon , excelente hombre, estaba poco familiarizado con los usos, aunque tambien se aplican al cuerpo consular , y solo sabia que no debia pasar antes de un ministro plenipotenciario. No le habian enseñado mas , y quizás se imaginaba que á eso estaba reducida la ciencia diplomática en las ceremonias. Dejó pasar naturalmente al baron de Reden y al duque de Brunswick , y á algunos encargados de negocios antiguos ; pero seguian al duque seis ó siete gentiles-hombres ó ayudantes de campo que no querian separarse de él. Llenaba la tribuna esta irrupcion de jóvenes y brillantes militares , y los demás encargados de negocios , el de Francia y el de Austria , estaban esperando á que ocupara su puesto el de Portugal , cosa en que este no pensaba mientras no desfilase enteramente toda la comitiva del duque de Brunswick. Entonces el encargado de negocios de Francia dijo en voz baja al de Portugal : « Puesto que , segun parece, S. M. Fidelísima tiene gota, yo me voy á mi puesto;» y atravesó el pequeño ejército del duque para ir á colocarse á poca distancia de él. En aquel instante llegaba un maestro de ceremonias que , á una señal de uno de sus jefes , venia á poner en vigor las delicadas leyes de la etiqueta , y á invitar á los oficialitos á que dejaran pasar á lo restante del cuerpo diplomático y fueran á colocarse en la escalera de la tribuna.

En seguida comenzó la ceremonia interior. Despues de dar la bendicion desde el gran balcon de la fachada de la Basílica, entró el Papa en su *portantina* para volver al coche. Antes de irse hizo algunos cumplimientos graciosos al cuerpo diplomático , y volvió á palacio con el mismo ceremonial y entre las gozosas aclamaciones del pueblo.

En aquella época dejó el ministerio de negocios extranjeros el vizconde de Chateaubriand , y en tanto que se nombraba otro embajador, fué designado para reemplazarle interinamente el conde de Villéle. Fué vivamente sentido Chateaubriand , pues habia sido uno de los mas valientes consejeros de la noble guerra de España.

Habiendo anunciado el primer despacho del nuevo ministro que dependiendo aquel cambio de circunstancias interi-

res no alteraría en nada la política exterior del gobierno del rey, dijo el Papa á sus confidentes que había motivos para esperar que no se apartaría la Francia del camino seguido hasta entonces. Estos cambios de ministerios, tan raros en los demás países de Europa y tan comunes en Francia, introducen siempre en Roma cierta inquietud en los negocios. La carta del 4 de junio de que ha poco hemos hablado, se había escrito secretamente y para el Rey solo; quizás después de haber sido comunicada, algún tiempo después del 20 de junio, solo al vizconde de Chateaubriand, iba á ser entregada á una parte del ministerio, que no tenía aun noticia de ella. Manifestaba el Papa algún desasosiego respecto á esto; pero nadie sabía en Roma, ni siquiera el cardenal Della Somaglia, el contenido de la carta.

Cada vez eran peores las noticias de la montaña á donde se habían retirado los bandidos, con cuyo motivo tuvo el Papa por conveniente llamar á Roma al cardenal Pallotta y exigirle que hiciera dimision de su legacia de Ferentino. Este cardenal cuidaba principalmente de mantener la tranquilidad en los caminos que se podían frecuentar ordinariamente; pero no ponía ó no podía poner igual atencion en vigilar lo demás del territorio de su jurisdiccion. Quizás no tenía tropas suficientes, quizás era necesario comenzar, como lo hizo, ahogando las quejas del cuerpo diplomático que asaltaba con sus notas al secretario de Estado con motivo de los muchos viajeros extranjeros que habían sido poco tiempo antes detenidos, despojados y echados brutalmente *faccia á terra*.

El Papa estaba descontento de su legado, y tenía razon para estarlo en varios puntos; pero también se ha de convenir en que, tratándose de proceder con rigor, la empresa era difícil, y en especial para un sacerdote. Sea lo que quiera, el Papa dió á entender al cardenal Pallotta que hiciese su dimision; y como intentara este negarse á verificarlo, le despachó el Papa los cardenales Pacca y De Gregorio, cuyo carácter, que se distinguía por la suavidad y la firmeza, era á propósito para decidir al cardenal Pallotta, el cual por fin dió su dimision, ya necesaria. Al mismo tiempo se adoptaron medidas de prudencia para que los ataques de los bandidos capitaneados por el

célebre Massarone fuesen rechazados con inteligencia y con buen acuerdo de las autoridades, no solo en los caminos reales, sino en todas partes á donde enviase Massarone al mas ínfimo de sus tenientes.

Roma mantenia relaciones de muy buena vecindad con Toscana, cuando tuvo el Papa el disgusto de saber la muerte del gran duque, príncipe acosado por largas desgracias y muy querido de sus súbditos, quienes al verle volver despues de mucho tiempo que habia estado separado de ellos, le prodigaron muestras de alegría y satisfaccion.

En la *Historia de Pio VII* hemos hablado de la cuestion de la hacanea entre el gobierno Pontificio y el rey de Nápoles. Entonces comenzó á hablarse de esta desavenencia. Con objeto de inducir al gobierno de Roma á que desistiera definitivamente de aquella pretension, tuvo por conveniente el rey Fernando enviar á Roma á su confesor, el P. Porta da Cunéo, del órden de capuchinos, obispo de Termópolis; y el Papa á su vez envió á Nápoles á su antiguo amigo, el P. Luis de Frascati, tambien capuchino, para pedir al rey mas amplias explicaciones. Díjose que la negociacion no versaba ya sobre el tributo de la hacanea exigido todos los años, sino sobre el reconocimiento del derecho y del hecho en el primer año de cada pontificado nuevo.

Nunca será ocioso repetir que Roma es el lugar donde se acumulan los negocios de todo el mundo; los de Oriente tienen incesantemente ocupada á la Propaganda, esa institucion tan útil que se esperaba ver gobernada y perfeccionada por el cardenal Consalvi. Uno de los medios mas seguros que tiene la Francia para alcanzar crédito en Roma, es insistir con la Sublime Puerta para que proteja, ó á lo menos no persiga á sus vasallos católicos. Habiéndose comunicado al secretario de Estado cartas del conde de Beaurepaire, encargado de negocios, relativas á esta intervencion, contestó que aquella comunicacion habia excitado poderosamente el reconocimiento de los individuos de la Propaganda, y que el nuncio, monseñor Macchi, haria presente al rey la gran satisfaccion del Padre Santo.

Algunos embajadores extranjeros residentes en Roma, al paso que manifestaban con mas justicia una especie de respeto á los actos del gobierno pontificio, siempre procuraban mpero

criticarlos, cuando se presentó una circunstancia muy sencilla que casi fué causa de una contienda y de explicaciones indudablemente demasiado serias. La república de San Marino tenía sus disensiones particulares. Quería un partido, según decían, que se uniese el territorio de la república á los Estados Pontificios, mientras otro partido mas numeroso quería por el contrario conservar su independencia. Este último habia deseado enviar á Roma una diputacion para ofrecer al Papa sus respetos con motivo de su exaltacion al trono, y el Padre Santo se negó á recibirla, por estar compuesta de individuos que habian nacido súbditos suyos, y porque solo quería recibir por diputados á los súbditos directos de la república. El Papa, diplomático concienzudo, que se habia hallado en París al principio de la restauracion, decia: « No puede compararse esta «situacion con la de Francia cuando, queriendo felicitar al «al rey tantas ciudades, nombraban para esto á personas na- «cidas en ellas, pero avecinadas en París. En Viena puede «haber tambien en iguales ó parecidas circunstancias diputa- «ciones de húngaros, bohemios ó transilvanos que moren por el «momento en la capital. Mas aquí existe una diferencia, y es, «que el país que viene á felicitarnos es independiente, y como «tenemos por cosa muy seria este homenaje, es menester que «los encargados del mismo pertenezcan al país que los envia.»

Nada era mas sábio ni descubria mejor en el soberano el conocimiento del derecho público. ¡ Cuán ridículo, pues, no era decir que un Pontífice, cuyo advenimiento era tan reciente, iba á repetir la tentativa de Alberoni, legado en Rávena en tiempo de Clemente XII! Aquel cardenal habia procurado con varios pretextos invadir el territorio de la república para agregarlo á los Estados de la Santa Sede; pero Clemente XII, con un espíritu de rectitud y justicia, anuló los actos de Alberoni. Divulgaban los mal intencionados que el cardenal Della Somaglia, natural de Parma, era ahijado de Alberoni, y que el ahijado quería ahora lo que no habia podido conseguir el padrino. El cardenal Alberoni habia efectivamente sacado de pila al niño Della Somaglia, hijo de un señor de Parma; pero este ahijado contaba ya mas de ochenta años, era de ánimo prudente y mesurado, y la situacion de Europa no permitia

alteraciones, ni aun en la república de San Marino. A los embrollones, cualesquiera que fuesen, no les salieron bien sus proyectos. El marqués Onofrio, súbdito directo de la república, nuevamente diputado por aquel gobierno, consiguió ser admitido á felicitar al Padre Santo. Este marqués era pariente de aquel José Onofrio que apoyaba á Giangi, capitán de la república, cuando llamado por los agentes de Alberoni para prestar en sus manos juramento, les dijo el capitán: «El día primero de octubre presté juramento á mi *príncipe* legítimo, la república de San Marino; ahora confirmo y ratifico aquel primer juramento.»

Habiase escrito ya á Rusia, á Prusia y hasta á Inglaterra. Los emisarios secretos que hay en todas partes acusaban á la Santa Sede de violar los tratados vigentes; pero segun lo que decia el cardenal Della Somaglia, es indudable que nunca se habia tenido intencion de atentar á la independenciam de San Marino, y que todas las dificultades relativas á este punto se allanaron á satisfaccion recíproca del gobierno Pontificio y del de la república.

Los que animados del deseo de impedir el efecto de las ridículas calumnias que á la sazón se lanzaban de todas partes intervinieron con buen éxito en aquel caso para llevar á buen término aquella pequeña negociacion, fueron el caballero Italsky, embajador de Rusia; el encargado de negocios de Francia, que tuvo sobre esta materia una conversacion muy larga con el Papa, y el príncipe Doria. En agradecimiento á sus buenos oficios les envió la república á los tres un diploma de patricios de San Marino inscritos en el Libro de Oro. No quiso el rey de Francia que se burlasen en presencia suya de esta muestra de gratitud, y autorizó especialmente á su encargado de negocios para aceptar este testimonio de afecto de la república, la mas pequeña sí, pero tambien la mas sabia, la mas sólida, y la que ha tenido la suerte de sobrevivir á hermanas mas poderosas, merced á su prudencia, á su desinterés, y, fuerza es tambien decirlo, á una situacion excepcional, que hace que aquel gobierno esté sosegado y se haya conservado floreciente desde el año 520. En efecto, en lo alto de su monte, que Estrabon llama *Acer Mons* ó *Titanus*, se gloria de

una existencia de trece siglos y de su fundador, pobre albañil, que se hizo ermitaño en aquel sitio, entonces solitario (1).

Entonces vió el cuerpo diplomático con sentimiento la salida del conde Barbaroux, ministro del rey de Cerdeña, que volvía á su país para ocupar el honroso destino que todavía está desempeñando actualmente. Mereció el general aprecio por lo muy ameno de sus modales, y por su gran tino y mesura, y llevó á cabo importantes negociaciones religiosas con la corte Romana. Cambió tambien entonces de residencia otro individuo del cuerpo diplomático, el baron de Reden, embajador de Hannover, hombre muy respetable, que adquirió mucha consideracion por su cortesania y espíritu conciliador. Fué en

(1) La ciudad de San Marino fué fundada por un albañil, que habiéndose hecho ermitaño en 520, adquirió gran reputacion de santidad, y obtuvo de una señora llamada Felicitas la propiedad del sitio á donde se había retirado. Habiendo acudido allá á visitarle un crecido número de personas, se fué formando poco á poco un lugarejo sujeto á los Exarcas. Esta reunion de vecinos compró en 1100 el castillo de *Penna rossa*, que se halla á corta distancia, y en 1170 el de Casola. En tiempo de la publicacion del tratado de Constanza, en 1183, los vecinos, á imitacion de tantas otras ciudades de Italia, se constituyeron en república, y se gobernaron sabiamente, sin dejar el monte, y evitando adoptar las costumbres de las ciudades. En 1460, el Papa Pio II les pidió auxilios, que tambien la hormiga puede ser útil algunas veces; declaróse la república á favor del Pontífice y contra Malatesta que le perseguía; y al acabarse la guerra, recibió en recompensa los cuatro castillejos de *Serravalle*, *Factano*, *Mongiardino* y la aldehuela de *Pieggo*. Aquel fué el apogeo del mayor esplendor de este Estado. Actualmente se ha reducido de grado á sus antiguos límites, así á los de los primeros sucesores del albañil ermitaño en 520, como á las adquisiciones verificadas en 1460 y 1170. El territorio actual no tiene mas que dos leguas de extension en que están dispersos unos seis mil habitantes. Un libro de oro contiene todos los nombres de los patricios, así nacionales como extranjeros, leyéndose entre estos últimos á Luis XIV; cosa que no deja de advertirse á todos los nuevos patricios. La inscripcion en el libro de oro daba en otro tiempo privilegio para entrar en la órden de Malta. El único apuro que experimenta á veces San Marino es la falta de sal, de que van á proveerse los vecinos á Venecia, donde el gobierno austriaco los trata con benevolencia. Bonaparte, en sus guerras de Italia, pidió á la república de San Marino que dejase pasar por su territorio al ejército francés. El enviado *Sanmarinés* que llevaba el permiso fué recibido por Bonaparte con muchas consideraciones. Tambien pidió y obtuvo este permiso, en la guerra de la última revolucion de Nápoles, el general Frimont, general en jefe del ejército austriaco. Parte de los vecinos de la ciudad bajó á ver desfilar las tropas, las cuales hicieron todos los honores militares á unos veinte soldados sanmarineses.

muchas circunstancias mediador entre el gobierno Pontificio é Inglaterra que no tenia representante en Roma. Solia tratar á nombre de su gobierno con una inteligencia de las formalidades católicas que no siempre poseen los embajadores protestantes, y conseguia en las discusiones notables ventajas, debidas igualmente á su recto juicio y á las generosas intenciones de los ministros de Su Santidad. Con todo, recibia tambien con frecuencia de su corte alemana órdenes muy rigurosas, que en sus manos se convertian en comunicaciones afectuosas y reservadas, propias para facilitar á su mision el éxito mas completo.

Al morir la duquesa de Devonshire, quedó al frente de la direccion de una suscripcion para grabar dos medallas en honor del Cardenal Consalvi. Habiendo puesto la afluencia de suscritores al señor de Reden en el caso de poder hacer, por su cuenta, una economía muy considerable, pidió al Papa, en nombre de los suscritores, el permiso de colocar un busto en mármol del cardenal en la iglesia del Panteon, que era su título cardenalicio. Conmovidó Su Santidad profundamente al ver esta conducta, mandó escribir al señor de Reden una carta muy atenta y agradecida, en la que tambien se hacia el elogio mas lisonjero del cardenal Consalvi. Al mismo tiempo el cardenal Della Somaglia, que era en aquella ocasion intérprete de los sentimientos del Papa, y que aun en las cosas mas pequeñas mostraba un carácter previsor y urbano sumamente amable, añadió al testimonio de la benevolencia de Su Santidad las mas nobles protestas de su propio sentimiento y admiracion por un predecesor tan querido de Roma y de Europa. El señor de Reden habia residido primero en Rastadt, y luego en Berlin; pero se separó del señor de Haugwist con motivo de algunas sábias predicciones, que desgraciadamente para Prusia, han llegado á verificarse. El restablecimiento del señor de Reden en su importante puesto de Berlin, se miró como una reparacion y una recompensa.

Entonces fué cuando monseñor Sala, posteriormente cardenal, escribió á París, á Mr. Adrian Le Clere, la carta siguiente:

«Muy señor mio: Habiendo tenido la satisfaccion de comu-

nicaros que nuestro santísimo Padre Leon XII os daba el título de impresor de Su Santidad, tengo nuevamente otro encargo que no dudo llenará de reconocimiento vuestro corazón. El Padre Santo, queriendo daros una prueba de su paternal bondad, os envía un rosario de cornalinas adornado de medallas con camafeos, bendecido por Su Santidad y enriquecido con indulgencias. Al mismo tiempo os envía también, lo mismo á vos que á toda vuestra familia, la bendición apostólica. Esta carta fechada en Roma á 28 de junio de 1824, día de San Pedro, colmó de gozo á una familia devota y sinceramente católica.

CAPÍTULO XIX.

Bula *Cum Nos nuper* suspendiendo las indulgencias durante el año 1825.—Nuevas disposiciones para acabar con los desórdenes de la provincia de *Campagna*.—Llegada de Mr. de Lamennais á Roma.—Reflexiones sobre la conducta de varios gobiernos respecto á este escritor.—La felicidad que se experimenta en Roma es una de las más gratas que hay en la tierra.—Testimonio del cardenal de Bernis sobre este punto.

En 30 de junio publicó el Papa una Bula que comenzaba *Cum Nos nuper* para suspender las indulgencias durante el próximo jubileo. Su principio era el siguiente:

«Leon, obispo siervo de los siervos de Dios, *ad perpetuam rei memoriam*.

«Con asentimiento de nuestros venerables hermanos los cardenales de la Santa Iglesia Romana, anunciamos poco hace á todo el pueblo cristiano la celebracion del jubileo que debe comenzar en Roma la próxima vigilia de Navidad, y continuar hasta fin del año siguiente.»

El Papa mantiene las indulgencias concedidas en el artículo de la muerte; mantiene igualmente las que Inocencio XII y otros Papas concedieron á los fieles que acompañasen devotamente al Santísimo Sacramento cuando se lleva por Viático á los enfermos. Sigue la nomenclatura exacta de todas las indulgencias mantenidas.

En seguida suspende las demás indulgencias y gracias emanadas de la liberalidad de la Santa Sede Apostólica, sin dejar de continuar proveyendo, como ha dicho ya al principio de la Bula, á las necesidades espirituales de los fieles esparcidos por todo el mundo, de conservar y alimentar en el alma de los cristianos el fervor para las obras de Religion y de piedad, y de mantener finalmente la eficacia de las oraciones y los sufragios por los difuntos.

— Cree el Papa deber publicar esta importante bula, deseando reunir en Roma, en la unidad de la fe y de la Religion, á los fieles que con las debidas disposiciones visiten las basílicas de San Pedro, San Pablo, San Juan de Letran y Santa María la Mayor.

— La bula, dada en Roma, cerca de Santa María la Mayor, á doce de las calendas de junio del año de la Encarnacion de Nuestro Señor 1824, y primero del pontificado de Leon XII, la firmaba J. Albani, cardenal prodatario.

— No bastaba haber castigado altamente la administracion del cardenal Pallotta; Massarone era infatigable, y algunos horribles envidiosos de su fatal reputacion se alzaban por todas partes, ó mas bien, no habian cesado de inquietar al país.

— En reemplazo del cardenal, pero con facultades menos amplias, fué enviado contra los bandidos monseñor Benvenuti, prelado muy recomendable por su talento y sus virtudes. Acompañóle en calidad de comandante militar el coronel de carabineros Ruvineti, hombre de cabeza y activo, muy á propósito para las empresas que requerian vigor y celeridad.

— A la sazón apareció en Roma un célebre extranjero. Tal vez no sea inoportuno insertar aquí una carta que el primer secretario de la embajada de Francia, quien, como se ha dicho, estaba encargado de los negocios en ausencia del duque de Laval, escribió al conde Villéle el 13 de julio de 1824.

«Excmo. Sr.: Tuve el honor de anunciar á V. E. que habia llegado á Roma Mr. de Lamennais antes de la fiesta de San Pedro; pasada la fiesta, vino á verme á primeros de julio, y me preguntó inmediatamente si habia en los puertos de los Estados pontificios algun buque del rey que pudiese condu-

cirle á Francia. Parecióme que su salud se hallaba muy alterada. Efectivamente, no puede negarse que la estacion presente es muy funesta en Roma para las personas delicadas que no están aclimatadas.

«A los pocos días de su llegada, estuvo Mr. de Lamennais á ver al Papa; mas no le presenté yo, porque este género de presentaciones se hace frecuentemente sin el concurso de los agentes diplomáticos. El Papa no solamente es soberano, sino tambien Padre de la cristiandad, y todos los fieles pueden solicitar la honra de besarle el pié. El cardenal secretario de Estado no ha puesto dificultad en hablarme de esta presentacion, y me ha dicho despues que sabia que Mr. de Lamennais se quejaba de falta de salud; me ha dado como á entender que si no tuviese dinero, se le proporcionaria, y ha añadido: «Si quiere un canonicato aquí, se lo daremos. Se le podria emplear en alguna biblioteca como á monseñor Mai.»

Monseñor Mai (actualmente cardenal), es un hombre docto de Bérgamo, que vivia antes en Milan, donde hizo importantísimos descubrimientos, encontrando en manuscritos antiguos, llamados *palimpsestos*, obras que se habian perdido y eran desconocidas. Juzgó conveniente llamarle á Roma el Papa Pio VII, donde ha descubierto efectivamente, en un manuscrito arrinconado, considerables fragmentos del tratado *de la republica* de Ciceron.

«Esa insinuacion del cardenal secretario de Estado no exigia respuesta inmediata, puesto que ninguna orden tenia acerca de este punto. Nada de eso he dicho á Mr. de Lamennais, quien por lo demás me parece constantemente resuelto á volver á Francia.

«Mr. de Lamennais, á quien he visto despues con frecuencia y he tratado con distincion, se explica en términos muy circunspectos acerca de todos los negocios de Francia. Da á entender que solo desea volver á su provincia para componer nuevas obras que está meditando hace mucho tiempo.

«El secretario de Estado me ha dicho algo de las refutaciones que se le han presentado contra ciertas partes de los últimos tomos de Mr. de Lamennais. Con este motivo me ha explicado las diferentes opiniones de los teólogos romanos. Se

que estos, haciendo con toda justicia al talento del escritor francés, han procurado impugnar fuertemente sus doctrinas. «Mr. de Lamennais todavía lo ignora. Es inútil trabar aquí en el momento actual esta polémica, sobre todo si ha de salir de Roma la persona acusada. Viaja con el señor Vuarin, cura párroco de Ginebra. Ambos están hospedados en el colegio romano, establecimiento devuelto poco ha á los jesuitas, á quienes pertenecía.

«El señor Vaurin ha venido, según se dice, con la intención de solicitar beneficios de la Santa Sede para su curato. Ha hablado de protestantes que pueden volver al gremio de la Iglesia. El señor Vaurin visita frecuentemente á los zelantes. El sábado, día 12, fué recibido por el cardenal Severoli. Con todo, sus opiniones, quizá algo ardorosas, dejan traslucir un sentimiento de adhesión á la Francia; desearia que en vez de depender su curato del obispado de Lausana, dependiera de alguno de los nuestros. Bien podria ser, pero es menester que el gobierno del rey se explique. Por lo demás, este proyecto tropezaria, aun aquí, con muchas dificultades.

«Así, pues, Excmo. Sr., doy gusto al secretario de Estado tratando bien, como debía, á esos dos viajeros, aunque en cierto modo hayan venido á verme á pesar suyo. Personalmente están reconocidos á mis atenciones y á mi poca susceptibilidad, y hablan como corresponde de todo lo concerniente á los intereses de nuestro gobierno.

«A Mr. de Lamennais, si estuviese aquí mucho tiempo, le perjudicaria su gran franqueza. Es el primero en hablar de irse: le agobian el calor y el aburrimiento. Dejo pues que las cosas vayan por sí mismas. Luego debo decir, en elogio del secretario de Estado, que me parece seguro que no se haga nada, ni se diga nada, ni se tome resolución alguna respecto á este eclesiástico, que no pueda yo saberlo á la primera pregunta que haga á S. E.

«Concluyo, Excmo. Sr., haciendo observar á V. E. que es impracticable el designio de detener á Mr. de Lamennais. Los eclesiásticos que pueden dirigir las decisiones de la Santa Sede, verian con disgusto el proyecto de establecerle aquí, y o combatirian con buen éxito. En general, y con esto no

acusó á italianos ni á franceses, los individuos del clero italiano y los del francés, no saben vivir juntos en grande intimidad. Estos, mas francos, no disimulan sus impresiones cuando creen ver materia de crítica, y por fuerza se han de presentar muchas falsas materias de crítica en un país donde no se ha nacido y que se conoce mal; los otros, mas reservados, no comprenden esta franqueza que muchas veces encuentran imprudente. No advierto, pues, ningun síntoma que pueda disgustaros, ni enredo alguno de los que me parece querriais precaver. Y hasta no me hallo muy distante de ver incompatibilidades recíprocamente insuperables, aunque todos tengan el mismo amor y el mismo respeto á la religion.

«Seguiré tratando con estas solícitas atenciones á un hombre tan distinguido como Mr. de Lamennais. Igual cortesanía usaré con su compañero, que es muy querido aquí, y que, venido con los más felices auspicios, es reputado portador de la nueva de una reconciliación que ofrecería un bello y noble espectáculo al mundo cristiano. El Papa y el secretario de Estado ven con interés que obre yo de esta manera.

«Si Mr. de Lamennais se va pronto, se habrá arreglado todo con benevolencia y sin los debates de un alejamiento que produce siempre mal resultado en el extrajero. Si este eclesiástico permanece aquí algun tiempo mas, nuestras atenciones le impondrán el deber de una confianza que es bastante habitual en un carácter como el suyo, y la corte de Roma que, en cuanto á esto casi se reduce á solo el cardenal Della Somaglia, no pensará ya en arrebataros un hombre de superior talento, á quien el cambio de tierras, las distracciones del viaje y las ilusiones destruidas han dado luz y hecho ver el camino errado que seguia, si por él iba efectivamente, reduciéndole, á pesar de lo que pudiese él mismo imaginarse, á sentimientos de union y deferencia para con el gobierno del rey.

«Esas almas francas y absolutas salen del error enteras, lo mismo que cayeron (1).»

(1) Aun opino lo mismo en 1842. Hánse cometido terribles violencias que toleró mucho tiempo una paciencia inagotable por parte de la Santa Sede, y que luego ha tenido que castigar. Pues con todo eso, cuando leo el libro cul-

El encargado de negocios no habia conocido antes á Mr. de Lamennais, á quien veia entonces por primera vez. Irritóse este eclesiástico á consecuencia de ciertos altercados que habia tenido en París con personas allegadas al ministerio. Pretendióse tambien que en el camino de su ambicion literaria habia tropezado con tres bretones, y que la resistencia de estos habia animado la suya; dicen que las contiendas de bretones con bretones son terribles, aunque tambien aseguran que un fondo de mútua seguridad les aplaca con muchísima frecuencia. Lo cierto es que en suma valia mas que Mr. de Lamennais se quedase en Francia, y que obtuviese al mismo tiempo de la córte de Roma alguna recompensa y una elevacion que le hubieran contenido, como era conveniente, dentro de la sumision debida á Roma, y del gran cariño que los grandes ingenios deben á su patria mejor quizás que otro alguno. En vez de esto recibió posteriormente el encargado de negocios órden de impedir que fuese nombrado obispo *in partibus* Mr. de Lamennais, en lo cual se cometió indudablemente una falta. Sabido es que Mr. de Lamennais se ligó con hombres que antes no estaban relacionados con él, y que aun ha sido necesario que para aproximarse á ellos recorriese una gran distancia, porque habia partido de un punto muy lejano de aquel en que le aguardaban. Roma, mejor instruida intentó posteriormente volver á atraerse á Mr. de Lamennais, y esto lo impidieron los obstáculos suscitados en París. Mal hecho: Roma sabe gobernar de muy diverso modo que París, á los que se preparan á la sedicion. Se ha de convenir en que la ciudad de Roma no detiene al extranjero inmediatamente con los atractivos que, pasado algun tiempo, le hacen ser en ella tan feliz y estar tan satisfecho. Mr. de Lamennais experimentó

pable, cuando veo aquella incontinencia de furor excitada aun mas con las facultades inalterables en los hombres elocuentes, y reflexiono luego sobre el tono del padre que reprime las palabras insensatas del hijo ingrato y las condena; me parece ver en el uno cierto ardor de insulto que no puede durar; y en el otro una necesidad de misericordia que no haria esperar mucho tiempo un perdon que se pidiera con franqueza. M. de Lamennais, aunque agobiado de crueles padecimientos, no ha sucumbido á ellos; creo que Mr. de Lamennais no morirá con doctrinas que Roma á tenido que condenar; creo que Mr. de Lamennais morirá arrepentido é hijo de la Iglesia.

aquel aburrimiento que acomete á todo viajero á quien asombra el sosiego, y á quien las ruinas no distraen bastante pronto de una vida anterior, enteramente agitada, entregada del todo á elementos de diversa naturaleza; pero cuando se ha resistido á este primer error, cuando se ha conocido la suavidad de las leyes y del clima, entonces no se sale ya de Roma tan fácilmente; la costumbre de explicarla á los demás extranjeros que llegan (1), es causa de que se la vaya comprendiendo me-

(1) Entre los franceses, enteramente dueños de su persona y ocupaciones, que habiendo ido una vez á Roma no han sabido resolverse despues á salir de ella, merece la primera mención el caballero de Agincourt. Segun la costumbre, que prescribe semejante complacencia á todos los que tienen amplio conocimiento de Roma, el caballero de Agincourt habia llegado á ser el mejor *Cicerone* de las personas de buena sociedad. De todas partes le recomendaban extranjeros. Algunas veces los acompañaba; pero las mas, hácia el fin de su vida, se contentaba con darles itinerarios y una lista de los monumentos que habian de visitar, segun el mayor ó menor tiempo de su permanencia. Una mañana, á las siete, paróse á la puerta del buen anticuario un coche, del cual vió salir á un inglés que le dijo: «Vuestro amigo el conde de Bristol me recomienda á vos en esta carta. Quiero ver Roma, pero apenas puedo estar cuatro horas, y me hallo muy cansado. Ahí tengo un coche que me llevará á donde queráis.» Muy bien, respondió el caballero de Agincourt, servílo llamar al cochero. Vino el cochero, y el rey de los *Cicerones* le dijo: «Anda, ve á San Pedro, da vuelta á la plaza, y di al señor que no merece la pena de que entre; luego le traes á la plaza Colonna y das otra vuelta por ella. En seguida pasas por delante del Panteon, y te detienes cinco minutos. Anda despues volando hasta el Coliseo. Ya sabes que allí cerca está el arco de Constantino; atraviesas al paso el *Campo Vaccino*, le muestras al señor el *Capitolio*, y luego le vuelves á su posada, diciéndole que ha visto Roma con un itinerario de menos de cuatro horas; que le has llevado por todos aquellos sitios en tres horas, y que le queda una para tomar té.» Y volviéndose entonces al inglés, Mr. de Agincourt le dijo: «Vais á ser servido como gustais, caballero. Os agradezco que me hayais hecho inventar un itinerario de cuatro horas. Hasta ahora no los habia discurrido sino de ocho dias, de quince, de un mes, todos para los extranjeros, y otro de treinta y siete años para mi uso particular.» Tampoco me he eximido yo de la gloria de ser *Cicerone*. Lo fui de la célebre señora de Buffon, que lloraba amargamente los errores de su juventud; del vizconde de Chateaubriand á quien acompañé á San Pedro cuando fué á verlo por primera vez; del cardenal de Clermont-Tonnerre, que aunque habia estado en Roma como conclavista en 1774, no podia recordar sino muy vagamente sus primeras impresiones; del cardenal de La Fare, del duque de Fitz-James, de Mr. de Lamennais. El mismo honor me cupo algunas veces con madama Recamier, que viajaba en compañía de Mr. Ballanche y de Mr. Ampère. También he auxiliado en sus investigaciones á un sinnúmero de franceses de todas clases, particularmente en los paseos de por la tarde. Fuera de eso, habia que vivir bien con los hombres del oficio, que son muy celosos de

por. También Roma tiene sus encantos, sus atractivos particulares; precave las disidencias, y da algo de su soberanía á los que en ella moran. Si Mr. de Lamennais se hubiese establecido en Roma, no sería hoy lo que es. El cardenal de Bernis experimentó al principio aquella dificultad de divertirse que contaba luego con tanta gracia; y cuando, después de permanecer en Roma diez y nueve años, tuvo que dejar Roma y la vida, confesaba que sentía más aquella que esta, y que le habría sido imposible volver á hacerse á sus antiguas costumbres de Francia. El destino de Mr. de Lamennais dependió de muchas equivocaciones que nadie ha sabido precaver. Respecto á aquella especie de desavenencia que se ha dicho antes, el nuevo huésped de la ciudad eterna habría acabado por ceder más tarde ó más temprano; este escritor tan fecundo hubiera aprendido que muchas veces *il tacer é bello*, es bueno callar, y con eso no cambia mala inteligencia. Los grandes talentos en todas partes hallan una patria; y ¿qué mejor patria que la ciudad que han nacido ó muerto tantos hombres de primer orden, tantas brillantes inteligencias, tantos ingenios que honrarán eternamente á la humanidad? En Roma, con muy poco gasto, es uno gran señor sin quererlo; alternase con las grandezas caídas; sabe, á poco que se cuide de ello, los secretos de Europa. Se observan las ambiciones que preparan su ataque, y se ven las faltas que facilitarán el buen éxito de aquellas ambiciones. Andando sobre los escombros del pasado, vemos en torno el presente; y con un poco de meditacion, vemos también nacer el porvenir. No hay fama ganada con los aplausos de los partidos que, á los ojos de un ánimo maduro y observador, valga lo que vale este espectáculo de paz y de instruccion que presenta Roma, así á sus hijos como á los que la ruegan que sea también para ellos madre tierna. Probablemente no acabaré yo mis días en Roma, pero la echaré muy de menos en el último instante de mi vida, porque la muerte no hace allí gran ruido, y es

sus derechos, y como en general nosotros no siempre nos explicábamos muy bien, nos entreteníamos más en diversas conversaciones que en noticias positivas; los sábios de á peseta por día tomaban el desquite cuando habíamos inaugurado con la primera visita el acceso á los desparramados santuarios de tantas é impóntes antigüedades.

que algo de su reposo se ha apoderado ya del alma, y parece que allí no se recibe como en los demás sitios ese golpe que hiere y aplasta, que acaba haciéndonos añicos. Sucede en cierto modo en Roma, contra las leyes de la física, que el mismo que ve el rayo puede todavía orar antes de sentirse herido.

Mas dejemos esta materia, en la que me he extendido algo porque el mismo Padre Santo la tocaba frecuentemente en sus conversaciones con los extranjeros, y les decía que en cualquiera otra parte fuera de Roma hubiera llegado antes al término de su vida; pero que Roma, cuando sabe uno conducirse bien, aun con su aire, sus repentinas variaciones, su intemperie y sus caprichos de *tramontana* y *siroco*, es no obstante el sitio donde los temperamentos delicados duran mas y mueren mas dulcemente que en otro cualquiera de la tierra.

Y el Papa añadía: «Tenemos grande esperanza de que daremos buena prueba de ello.»

CAPÍTULO XX.

Reclamaciones contra la obra del P. Anfossi.—Consideraciones sobre la importancia que tenia la indemnizacion que se trató de conceder á los emigrados.

—El asunto de la obra del P. Anfossi queda terminado.—Billete del Papa al cardenal Severoli.—Se trata del Jubileo de 1825.—El rey de Nápoles contrata para su ejército diez mil suizos.—Negociaciones entre la Santa Sede y el presidente de Haíti.—Mision del conde Troni á Munich, relativa á los bienes que Napoleon dió al príncipe Eugenio.—Agitacion en París con motivo de las libertades Galicanas.—Quejas que da el cardenal Della Somaglia al encargado de negocios de Francia.—Recobra el Papa parte de su salud.—Continúan los obstáculos suscitados en París respecto de las libertades Galicanas.—Carta del cardenal de Clermont-Tonnerre á un compañero suyo.—Otra cart. al ministro del Interior sobre la misma materia.

París se conmovió á la publicacion de la obra del P. Anfossi; iguales quejas podia dar Nápoles, y siguiendo los argumentos de aquel Padre, se marchaba por un camino en el cual se inquietaria con razon tambien el Austria, hasta por los bienes enajenados en tiempo de José II. Llegaban de todas par-

tes reclamaciones escritas y verbales al cardenal Della Soma-
glia ; en Francia , un gran ministro , animado , lo mismo que
su amo , de un espíritu de reparacion , preparaba la medida
más alta , mas sábia y mas moral respecto á las indemniza-
ciones posibles ; pero este grande acto de habilidad y de jus-
ticia podia comprometerse , primeramente si no se tenia secre-
to , y luego si venian á dificultar mas su ejecucion complica-
ciones de resistencia. Nunca quieren acordarse los enemigos
de la Restauracion de la profunda seguridad que dieron á las
transacciones , á las ventas y al inmenso movimiento de las
propiedades , las disposiciones que extinguieron aquella fu-
nesta denominacion de propiedades *nacionales* , contrapuesta á
la de propiedades *patrimoniales*. Todo aquel edificio de buena
fe verdaderamente liberal , no en el sentido de los que llama-
ron á aquella medida *el banquete de los mil millones* ; aquel recuer-
do concedido á los oprimidos para quienes no producía la vic-
toria sus efectos naturales ; toda la grandeza de aquella idea
dicha al oido de un rey íntegro , podia recibir de rechazo é in-
directamente un gran golpe , aunque en el libro del P. An-
fossi no se tratase mas que de los bienes eclesiásticos , si pa-
reciese que Roma , aun en una cuestion diferente , empleaba
un lenguaje diverso del que habia usado para restablecer la
concordia entre los habitantes de varias naciones. El conde de
Villéle no volvía los bienes á los emigrados ; les daba sí una
indemnizacion en rentas públicas. Tácitamente esta operacion
exigia la inconvertibilidad de la venta de los bienes del clero ,
salvo siempre el pedir posteriormente al rey , quien con solo
la primera operacion no habria sido justo mas que á medias ,
fondos libres destinados á la Iglesia , y que administrase ella
sola , sin que fuera menester que , despues de haber bendecido
y consolado á los pueblos , ochenta obispos y treinta mil sa-
cerdotes alargaran la mano todos los trimestres para pedir su
sustento á autoridades frias y cávilosas. La *indemnizacion* tenia
al frente á las víctimas , y frecuentemente á los mismos que
habian sido directamente despojados , y á falta de ellos á sus
hijos , nietos , sobrinos ó herederos ; allí estaban vivos , llevando
todavía ó pudiendo llevar el nombre del lugar de donde se les
arrojó , de donde les habia hecho salir la exaltacion de una fi-

delidad muy natural y muy razonable. Por el contrario, pocos religiosos habian sobrevivido á aquellos desastres. Sin olvidar pues á los religiosos que aun vivian, los socorros mas pronto debian ser para los emigrados que dejaron sin recursos á tantas familias, en otro tiempo opulentas ó bien acomodadas.

Profundamente conmovido el cardenal Della Somaglia por las representaciones que iba recibiendo, entró con todos los interesados en una franca y detallada explicacion de las circunstancias que habian precedido á la publicacion de la obra del P. Anfossi. Los encargados de examinar aquel libro se hallaban casi todos subordinados á su autor, que en virtud de su destino era el censor teológico de todo cuanto se publicaba en los Estados romanos; y añadia el cardenal que no habian tal vez cumplido su deber.

Una advertencia dirigida *al benigno lettore*, y que habia leído atentamente la autoridad política, encargada á su vez de la segunda censura, decia que el libro trataba *de la nulidad de los contratos hechos en aquel género de cosas, sin el consentimiento y la autoridad de la Santa Sede apostólica*. Desgraciadamente se habian reducido á esto las censuras, y fuerza es decirlo, no se leyó la obra que condenaba hasta las ventas aprobadas por la Santa Sede; finalmente, se juzgó por la insuficiente advertencia puesta al principio, de la historia de este Pontífice.

El cardenal Della Somaglia, recibidas las órdenes del Papa, tuvo á bien declarar que aquel escrito no habia producido efecto en Roma, que no se le daría autoridad, que no se enviaria jamás á Francia ni á Alemania, y que por consiguiente, era menester no darle importancia alguna.

Partiendo de este punto, anunciaba el cardenal que nada se innovaria en las disposiciones invariables tomadas por la Santa Sede respecto á los bienes nacionales, cuya venta habia sido declarada válida en Francia y otras partes.

Estas seguridades, dadas en tono de amistosa sinceridad, merecian entera confianza. Las promesas del secretario de Estado debian ratificarse por el Padre Santo, como en efecto lo fueron, y en los términos mas explícitos.

Sobre el particular se supo que al cardenal Severoli, que

continuaba enfermo, le habia escrito el Papa un billete concebido así:

«Dado caso que V. E. hubiese prestado alguna atencion, y tal vez algun apoyo, á las reflexiones del P. Anfossi, que por otra parte no ha obrado en el ejercicio de sus atribuciones; rogamos á V. E. nos diga, si encontrándose Papa V. E., como Nos hemos llegado á serlo por circunstancias que V. E. conoce perfectamente, aprobaria esas reflexiones. V. E. en nuestra situacion hubiera dicho y mandado decir lo que ha respondido el secretario de Estado en nuestro nombre á las diferentes legaciones, y lo que Nos mismo hemos repetido con el objeto de dejar á la Europa en paz; pues toda la Europa católica, y la Europa protestante que ha adquirido súbditos católicos, se desataban á la vez en recriminaciones, y ahora ya nadie se quejará de Nos en adelante. Tiene la Iglesia tantos males! Hemos de dirigir las miradas á otra parte. El tiempo del Jubileo es un tiempo de concordia universal. Os profesamos el mas cordial cariño.»

La palabra jubileo habia conmovido á todos los ánimos. «Es menester, decian, acabar pronto con los bandidos, y si no correrán mucho peligro los peregrinos; que no todos los peregrinos son pobres: tambien los hay que no piden limosna.» De este modo, el asunto de los bandidos, manejado siempre con prudente firmeza, permitia esperar un resultado feliz. Nápoles, que padecía una parte de esta enfermedad tan dolorosa de los Estados Romanos, les proporcionó al mismo tiempo un auxilio inesperado. Cuando eran derrotados los bandidos en algun punto próximo á las provincias de Nápoles, huian al momento al territorio de aquella potencia, donde no estaba organizada con igual rigor la represion, y luego, á la primera señal de haberse alejado la gendarmeria pontificia, volvian á aparecer de nuevo en el territorio romano. El gabinete de Nápoles, con intencion de poder á un tiempo mantener el orden en sus provincias, de libertarse de una ocupacion austriaca muy costosa, y de tener en caso necesario un apoyo fiel contra sucesos que pudiesen ocurrir todavía de resultas de los alborotos de 1821, resolvió reclutar en Suiza diez mil soldados. Las condiciones del contrato eran muy favorables á los

cantones católicos. Hablaba el rey con verdadero afecto de los regimientos *contratados* que esperaba en sus Estados; concedía á aquellos diez mil *compadres de Enrique IV* el derecho de ser juzgados con arreglo á ordenanzas militares, y adoptaba el plan trazado en las actas de la contrata firmada por la Francia con la Suiza, y que fueron renovadas y completadas en París el año 1818.

Llevamos dichas las ventajas que semejante medida aseguraba al gobierno romano en su guerra contra los bandidos, pero le resultaba todavía otro beneficio. El continuo paso de las tropas austriacas que iban á Nápoles á reemplazar á otros cuerpos que la corte de Viena retiraba, se hacia para Roma materia de gastos y de molestias que sin cesar renacian.

Faltaría yo á un postrer deber, si preocupado con los intereses de la Francia con Roma, ó de los de Roma con sus súbditos, no tuviese, llegado ya á este punto, cuidado de hablar en su lugar de las relaciones de la Santa Sede con los católicos de todo el mundo, á medida que se manifiestan sus deseos, y que los fieles, distantes del centro, imploran un acto de benevolencia de aquel que es Padre suyo y nuestro.

El general Inginac, secretario de Boyer, presidente del gobierno de Haiti ó Isla de Santo Domingo, habia escrito al Ilmo. Sr. Poynter, vicario apostólico de Lóndres, noticiándole que el presidente deseaba ver florecer en la isla la religion católica. Aplaudía el Padre Santo, segun una carta de Roma fecha de 24 de julio, las intenciones del presidente. Declaraba en seguida que era necesario que entrase en relaciones el arzobispo de Santo Domingo con la Santa Sede para los negocios espirituales de la isla, y sobre todo de la parte que habia estado privada por mucho tiempo de legítima autoridad religiosa. Al mismo tiempo el cardenal Della Somaglia escribió al arzobispo participándole que Su Santidad ponía provisionalmente bajo su jurisdiccion todo el territorio de Haiti. No pudiendo aquel prelado ser suficiente él solo para tan vasto territorio, se contaba seguramente con que habia de pedir que se le asociaran otros cooperadores celosos para repartir con ellos la carga del ministerio episcopal, y Su Santidad esperaba que el presidente aprobara semejante proyecto.

Por aquel tiempo se pretendió que eran apócrifas tales cartas. Sin embargo, nada merece ser cuestionado de cuanto contiene: el presidente tenía razón en pedir lo que pedía, y el Papa se mostraba solícito en defender sus derechos.

Se recordará sin duda que el Papa, siendo prelado, había desempeñado funciones diplomáticas en Munich. Por eso, hallándose con alguna ansiedad respecto á cierta dotación que Napoleón había dado, en *Las Marcas*, á su hijo adoptivo, el virey, le ocurrió á Su Santidad enviar á Baviera al conde Troni, su antiguo amigo, que le era adicto, y á quien se conocía en Roma como hombre capaz de negociar con honradez y talento. Llevaba el conde Troni instrucciones para pedir que se tuvieran con los Estados Pontificios las consideraciones que se habían tenido con las demás potencias en iguales circunstancias. Respondieron en Munich que los derechos del príncipe, que lo eran de su viuda y de sus hijos, eran tan fundados como los de la Santa Sede sobre las provincias de *seconda recupera*. Algo de verdad tenía esta respuesta, pero estaba expresada con un poco de dureza. A la Santa Sede no se le habían restituido sus varios Estados sino pedazo á pedazo *frustó á frustó*, como decía el Dante. Podía sin duda alegarse este hecho, harto violento en sí mismo, cuando los que manejaban el *trinchante* y hacían así las partes, se habían reservado todos enormes utilidades y otros Estados nuevos además de los antiguos; pero hubiera sido conveniente hallar en defensa de su causa expresiones diferentes. Porque, en fin, lo que se denominaba *seconda recupera* (segunda recuperación) se hubiera podido llamar más convenientemente *segunda justicia*.

En Roma ocurre á veces tener que abandonar un negocio engorroso porque sobreviene otro engorro.

Supo el cardenal secretario de Estado, por algunas conversaciones de ministros ó de viajeros que llegaban de Francia, que en París había viva agitación respecto á las cuatro proposiciones de la Iglesia galicana, y que con tal motivo se había publicado en cierto periódico algo que podía causar admiración y dar cuidado á la corte de Roma. En efecto, luego se verá que iba esta misma corte á recibir de París una comunicación desconsoladora; pero no habiendo llegado aun á Ro-

ma esta comunicacion , es menester seguir con circuspeccion , el órden de los hechos. En 24 de julio el secretario de Estado interpeló directamente al encargado de negocios de Francia acerca de dicha publicacion y le habló como sigue:

«¿Qué quiere uno de vuestros ministros? ¡Nos hallábam^{os} en tan perfecta ¡union! ¿Vamos acaso á hacer lo que con Bonaparte? ¡Escuchad lo que me pasó con él; es una anécdota real y efectiva. Era en 1809; estábamos todos convidados á la tertulia en Sant-Cloud; salió de su gabinete con el embajador de Prusia que parecia estar vivamente agitado; se llegó en seguida á nosotros los cardenales, que nos hallábamos allí en bastante número, ¡saludó á los que conocia sin hablarles, detúvose delante de mí, me preguntó cómo me llamaba, y cuando le hube respondido, exclamó: « Vos sois el vicario del Papa: «pues bien, señor cardenal, ¿qué significan las *excomuniones*? «tengo los bolsillos llenos de ellas. ¿ Os habeis olvidado de las «*cuatro proposiciones*? las tengo por cuatro *verdades de fe*. » Entonce^s le respondí: «Pues nosotros las conocemos como opi- «niones; han sido reprobadas por la Santa Sede; no digo con- «denadas, sino reprobadas. *No son verdades de fe*. No digo que «sean heregías. Repito que son opiniones *reprobadas*. »

«Continuó la conversacion sobre la excomunion, Bonaparte sostuvo que su autoridad se extendia á toda la cristianidad.»

El cardenal Della Somaglia llamó al cardenal Zondadari y refutó esta última asercion, haciendo que este último declarara que se contaban en el universo ciento cuarenta millones de católicos, lo cual distaba mucho del número de los que se hallaban entonces sujetos á la influencia de Bonaparte.

«En fin, añadió el cardenal, me buscó el domingo siguiente para combatirme otra vez; pero yo estaba ausente, y se limitó á decir que queria habérselas conmigo de nuevo sobre las cuatro proposiciones.

«En el día, dijo el cardenal despues de un instante de recogimiento, ya veis que hacemos lo que quereis; nunca salís de aquí sino contento; pero nos inquieta esa publicacion que parece dar á creer que exigís de vuestros eclesiásticos un juramento relativo á las cuatro proposiciones. Sabemos la union en que está con Mr. de Villele el ministro que solicita el jura-

mento ; sabemos que Mr. de Villele posee toda la confianza del rey y toda la del hermano del rey. De nada menos se trata que de mandar que se enseñe esa doctrina ; pero Luis XIV retiró las *cuatro proposiciones*. Es una de esas disputas que no han tenido consecuencias, y sobre las cuales puede hablarse por una y otra parte. Cada cual se ha quedado con lo que piensa. Vos podríais responderme sobre eso mucho tiempo. Yo creo que eso es efecto de alguna sugestion de política extranjera , y que no viene de Francia.»

Llegó entretanto á Roma un pedimento del procurador del rey, que parecia aprobar la enseñanza. Si hubiese llegado algo antes puede ser que algunas personas poco propensas á la paz hubiesen incitado á Mr. de Laménais á que interviniese por escrito en aquella contienda ; pero habia ya salido aquel viajero para Nápoles , y allí su intervencion , fuese la que quiera , no hubiera producido el menor efecto.

La salud del Papa mejoraba diariamente , y era ya su *salud de verano* , como decia el duque de Laval. Leon XII fué á visitar las cárceles de Roma , y esta prueba de interés por los presos contribuyó á popularizarle. Como á nadie habia comunicado su proyecto de visita , recibió á la vuelta las mas vivas demostraciones de la gratitud de muchos parientes de los presos y del pueblo en general , que con cierto género de instinto que no sabe explicarse á sí mismo en medio de su miseria , aplaude en todas partes el interés del gobierno por los encarcelados.

Todo el ruido que se hacia en las Tullerías lo producía la publicacion de una carta, falsamente atribuida al Sr. de Quelen , arzobispo de París , y que en realidad era obra de otro arzobispo , el cardenal de Clermont-Tonnerre. ¿ Habríase escrito esa carta en apoyo de la que Leon XII habia dirigido al rey en 4 de junio ? Repetimos que no podemos anticiparnos á los sucesos. Es con todo muy oportuno insertar textualmente la carta del cardenal de Tolosa : parece que responde á una pregunta de otro arzobispo francés sobre una circular ministerial relativa á las cuatro proposiciones :

« Monseñor : Me haceis el honor de preguntarme si he recibido una carta del ministro del Interior que exige de los su-

periores y profesores de nuestros Seminarios su adhesión á la declaración de 1682, y desais saber si he respondido á esa carta, y qué he respondido. Sí, monseñor, he recibido lo mismo que vos esa carta extraordinaria, y no solo eso, sino que la he recibido dos veces, pero no he dado respuesta alguna. He tenido la honra de escribir esto mismo á muchos colegas que me han dado igual prueba de confianza que vos.

«Les he hecho observar: 1.º que antiguamente los catedráticos de la Universidad eran los que únicamente estaban obligados á esta formalidad; 2.º que la autoridad civil no tiene derecho á fijar á los obispos lo que han de prescribir para la enseñanza en sus Seminarios; 3.º que la fórmula de adhesión remitida, parecia presentar los cuatro artículos como una decision de fe (Napoleon decia *una verdad de fe*; lo cual no es así, y nos expondría á una censura de la Santa Sede); 4.º que esta medida no es conveniente ni admisible por contener la obligacion de *profesar* la doctrina de los cuatro artículos, *profiteri doctrinam*; y es ridicula en cuanto exige que se *profese* y se *quiera enseñar*, *profiteri et docere velle*; 5.º que esta medida inútil, que es un nuevo atentado á los derechos de los obispos, desagradaría á la córte de Roma, y es tan impolítica como inoportuna mientras reine entre Roma y Francia una perfecta inteligencia.

«Yo añadía que, sabiendo la prudencia con que evita el gobierno todo lo que pudiera renovar las discusiones peligrosas, presumia que algun empleado subalterno de la secretaría del ministerio, provocado quizá por algun canonista fogoso, habria presentado esta circular á la firma del ministro, quien de seguro no habria reparado en ella. Sin duda será obra de algun genio embrollon, y lo mejor es tenerla por no escrita.»

Otro arzobispo, venerable por su edad, sus virtudes y su doctrina, como hubiese recibido sucesivamente las dos cartas del ministro, le dió tambien en 11 de junio la respuesta siguiente:

«Excmo. señor: Manifestais hallaros sorprendido de que, á pesar de vuestra peticion, ya antigua, no os haya enviado la célebre declaración de 1682 firmada por los directores y profesores de mi Seminario. No he podido hacerlo ni intentarlo

sin violar obligaciones esencialísimas. Si en tal coyuntura me he persuadido fácilmente, como otros muchos, de que lo mas conveniente era no dar contestacion alguna, la rectitud de intencion me servirá de excusa con V. E., á quien tengo el honor de ofrecer mis protestas de afectuoso respeto.»

La primera carta del ministerio del Interior que recibió el cardenal de Clermont-Tonnerre era del 18 de marzo de 1824. Ya se ha visto poco antes lo que en ella se exigia. Dirigióse despues al mismo prelado con fecha del 20 de mayo una especie de *duplicado* de esta carta. Quizás remitió S. E. ambas cartas á Leon XII antes del 4 de junio.

Estas circunstancias dificultaban los negocios que la Francia debia tratar en Roma.

CAPÍTULO XXI.

Sobre la cuestion de las libertades galicanas trata el encargado de negocios de conciliar sus deberes y opiniones.—Quiere principalmente disuadir al gobierno de toda idea de hacer comparecer al episcopado ante los tribunales.—Carta del encargado de negocios á su córte.—Observaciones sobre la intervencion de los extranjeros para fallar en cuestiones que no comprenden.—No quiere el autor que se haga oposicion al derecho que tienen los obispos franceses de mantener correspondencia directa con Roma.

El encargado de negocios de Francia, como cualquier hombre razonable, tenia sus opiniones particulares, constantemente fijas sobre todas aquellas cuestiones, y sobre aquel género de contiendas; pero tenia tambien deberes que cumplir, sobre todo si se publicaba en Roma una especie de acusacion contra un ministro del gobierno del rey. Pensó, pues, que podian conciliarse sus deberes y opiniones, si despues de pedir explicaciones al secretario de Estado respecto á haberse insertado en un periódico romano la primera de las cartas que se han citado, instruia luego á los ministros que deseaban informarse del estado de las relaciones de los obispos con la corte romana; y si en fin, para poner en seguridad y tener satisfecha su conciencia de agente diplomático, acababa diciendo á los ministros que no convenia turbar la paz, ocasionar chismes, ni llevar al grande, noble y heróico episcopado fran-

cés ante los tribunales seculares, con frecuencia exigentes, que proceden siempre con formas severas, y en los que se encontraba algunas veces una nube bastante densa todavía de disposiciones contrarias á los mas simples intereses de la Santa Sede. El lector juzgará si cumplió lo que se propuso.

El difícil papel de conciliador tiene, felizmente algo digno que aumenta las distancias que separan la clase inferior del que informa y la altura de la posición del que gobierna. Por otra parte, el negocio iba á tomar bastante importancia para que haya podido felicitarse el encargado de negocios de haber tomado de antemano su partido, teniendo como tenia la intención de decir la verdad á todos en semejante coyuntura. Ha sido necesario preparar así la atención, porque de resultas de un paso tan solo inoportuno vamos á ver que se turba el sueño del Papa Leon XII y del rey Luis XVIII, y que el reposo de los ministros de ambos poderes ofendidos, los unos con la esperanza de conservar su autoridad, y los otros con una especie de interrupción de la libertad que conviene á sus atribuciones, va á ser inquietado durante algunos meses, muy largos para las ambiciones de París, que padecen sin merecerlo, y para los derechos del Vaticano, al cual no le es lícito permanecer desconocido.

Un periódico romano habia insertado la carta que producía tales disensiones; la carta que parecia dar á entender que se habia vuelto á la idea de Napoleon, quien queria que los cuatro artículos fuesen *verdades* de fe; la carta en que se establecia que semejante pretension no solo era inconveniente sino tambien inadmisibile, ridícula é inútil. Con tal motivo el cardenal Della Somaglia fué interpelado por el encargado de negocios del rey, que hubo de escribir á su corte en 28 de julio.

Se ha de convenir en que hay negocios que el tiempo empujea mucho; pero si han producido hechos importantes, hay que hacer lugar á los negocios pequeños lo mismo que á los grandes.

«He preguntado á Su E. por qué en el *Diario*, periódico oficial del dia 24, directamente censurado en la secretaría de Estado, se insertó la carta atribuida por *La Cuotidiana* al

señor arzobispo de París. He hecho presente á Su E. que, sin entrar en el fondo de la cuestion tratada en la carta, era lícito admirar el tono y la forma de aquel documento; que el mismo dia, sábado 24, á las nueve de la mañana, se sabia en Roma que *La Cuotidiana* no atribuía ya aquella carta al señor arzobispo de París, sino á otro arzobispo; por lo cual á las cinco de la tarde, hora en que se publica el periódico romano, pudo muy bien dejarse de nombrar en él al señor arzobispo de París.

«He rogado á Su E. que me diga si permitiria alguna vez que sus periódicos censurados, tan ciegamente sujetos á su autoridad, contuviesen injurias contra el señor de Saurau, ministro del Interior en Austria, ó el señor Tommasi, ministro del Interior en Nápoles.

«He hecho además observar, que así como ha sucedido que Mr. de Quelen, citado primeramente, no se ha declarado autor de la tal carta, podia tambien suceder que el señor arzobispo de Tolosa, á quien nombró en seguida *La Cuotidiana*, no consintiese en cargar públicamente con la responsabilidad de un documento, que en primer lugar puede no existir, ó que, si existe, no es mas que confidencial, y trae consigo algo desagradable y molesto para cualquiera que se declarase autor de él ante el gobierno francés; que de este modo *El Diario* se encontraria obligado á corregirse primero una vez, luego otra, y despues tantas veces como *La Cuotidiana* misma se viese forzada á retirar sus aserciones; finalmente, que en una cuestion que interesaba á la corte de Roma, convenia á su gravedad, á su grandeza y á su dignidad, proceder muy de otra manera que repetir injurias.

«El señor cardenal me ha respondido que ignoraba semejante insercion y que la desaprobaba; que el redactor, mal vigilado, se habia tomado por sí la libertad de hacerlo; que el cardenal Consalvi habia extendido mucho el rigor de la censura, mientras que él, cardenal Della Somaglia, no era amigo de semejantes trabas; que bien podia yo acordarme de que en 1815, época en que se hallaba él al frente del gobierno mientras estuvo el Papa en Génova, habia autorizado la publicacion de otro periódico menos seco y mas libre que el pe-

riódico romano, y permitido que se hablara libremente en aquel papel de la cuestion de Murat y los austriacos; y que por último, sentia muchísimo el caso de que yo me quejaba.

«Le he repetido que desgraciadamente no se habia insertado la carta en el periódico llamado *Notizie del giorno*, y al que se deja efectivamente con las riendas mas sueltas, sino en *El Diario*, llamado vulgarmente *Cracas*, periódico oficial, y que está siendo desde hace setenta años un monumento firmísimo de impasibilidad y el modelo del respeto mas profundo á los soberanos y á sus ministros. El señor cardenal me ha dicho solo que el señor Cavaletti, redactor de *El Diario*, era muy reprehensible.

«Sin embargo, ha deseado Su E. que continuase la conversacion, melha hecho sentar de nuevo, y ha entrado en el fondo de la cuestion, pero con voz mas débil y menos sosegada que en las audiencias anteriores.

— Caballero, nunca nos ha dicho nuestro Nuncio monseñor Macchi cosa alguna de esa circular, y tal vez tampoco sea cierta. Pero si lo fuese, ¿por qué comenzar otra vez con eso? Escuchadme: he pasado en Francia cinco años, y he tratado de cerca á vuestros obispos y á vuestro clero. Os aseguro, y podeis creérmelo, que no siguen las opiniones de 1682. Penetraos bien de eso. Conceden que aquellas declaraciones favorecen el desborde de las opiniones protestantes y de todas las disidencias, y hasta de la impiedad. Vivamos en paz. Puedo aseguraros con mi acostumbrada sinceridad que nuestros actos están redactados con la mejor buena fe y las mejores intenciones. ¿Por qué volver á suscitar todos esos obstáculos?»

Quiso entonces el encargado de negocios probar una respuesta que ya con este motivo habia dado al cardenal Litta, hallándose ambos en Viterbo el año de 1815, á tiempo que Pio VII se retiraba á Génova. Semejante objecion debia producir efecto en el cardenal Litta, que era milanés de naturaleza; y sin embargo, la recibió con bastante serenidad, aunque advirtió que podia tratarse de algun temor eventual, inspirado (es verdad que para dias remotos) por el Austria. El car-

denal confesó que tambien él [habia pensado en la situacion que yo suponía, y hasta conservaba entre sus papeles algunas notas sobre aquella eventualidad, que por lo demás él, individuo del sacro colegio, solo queria considerar puramente política. Pensando, pues, el encargado de negocios que en todo caso no era impertinente repetir á un hombre tan sábio como el cardenal Della Somaglia una suposicion que no habia irritado la sensatez y el celo de un hombre tan notable como el cardenal Litta, continuó, segun vemos en su despacho, de la manera siguiente :

«Pero monseñor, proseguí, vos sabeis cuán amigo soy de respetar á Roma en Roma y sobre todo en el Vaticano, allí, tan cerca de las habitaciones que ocupa nuestro Santísimo Padre ; permitid con todo una observacion.

«Supongamos que una potencia militar, si no quereis el Austria con el emperador que tiene actualmente y el ministro que maneja con tanta habilidad y seguridad los negocios del emperador ; supongamos que la Rusia ó la Inglaterra os oprime algun dia ; que dicta sus leyes en vuestras ciudades ; que estais sujetos á una influencia enemiga de los franceses , y que esta precura en vuestro nombre inundar la Francia de doctrinas enemigas de vosotros y de nosotros ; ¿ no podriais dejarnos algo de este dique tras del cual estaríamos atrincherados ? No se nos puede ya hacer daño en nombre de la Religion , y respecto á la cuestion militar , á nadie necesitamos.

«Verdad es, dijo el cardenal, que una potencia podria venir aquí á buscar armas contra vosotros ; eso se ve y se comprende todos los dias ; pero nosotros resistiríamos ; en fin , sin hablar mas de eso , tengamos esperanza de que se perpetuará entre nosotros una paz muy duradera.»

«Tales son , Excmo. señor , las palabras del señor cardenal y las que yo he dicho , aunque no tengo mucha fe en la bondad de los argumentos que he empleado, debiendo añadir que así las suyas como las mias no han sido pronunciadas sino con cierta perturbacion que alteraba hasta nuestra voz y nuestro continente.»

El despacho acaba así :

«El cardenal Della Somaglia es hombre cuya sensibilidad

importa sostener, teniendo cuidado de que no se desanime. Sus representaciones, que son en el gabinete de su soberano mas fuertes de lo que él nos puede declarar en una conferencia, han cambiado ya frecuentemente las determinaciones del Papa, príncipe ilustrado que investiga la verdad, primero para conocer bien su propia posicion, y en seguida para servir á la Religion en el grado justo y conveniente de celo y de juiciosa y licita condescendencia.»

Lo singular en una circunstancia que solo interesaba á la Francia es que la carta publicada por *La Cuotidiana* era, para hombres nacidos á quinientas leguas de nuestra patria, una opinion peligrosa. Así juzgaban los extranjeros una cuestion que no podian comprender bien.

Los viajeros rusos, que no era de esperar que tomasen parte en semejante discusion, no cesaban de decir que ya habian pronosticado lo que iba á suceder, y que no se les habia hecho caso. Respondióseles que nada les importaba todo eso, pues tan poco amigos eran ellos de Roma criticada, como de Roma aprobada.

Tenian entonces los extranjeros, mas que nunca desde el año de 1814, el capricho de mezclarse en nuestros negocios. Liberales sin mesura, fallaban en algunos puntos á favor de excesos reconocidos por tales, y de los que nosotros éramos los únicos jueces como lo somos aun y lo seremos siempre; y sobre muchísimas cuestiones, en las cuales los realistas profesaban opiniones reservadas, nos remitian al despotismo de su país que jamás podrá existir entre nosotros, á lo menos con nuestro consentimiento.

Es á veces intolerable esta obstinacion de los espíritus preocupados de otras naciones que nos preguntan, nos desprecian, nos rechazan, nos trazan líneas de las cuales dicen que no podemos desviarnos, escriben que somos necios y flojos en todos los partidos (lo cual no es cierto); obrarian mucho mejor dedicando al exámen de las instituciones de su país el tiempo que pierden disparatando sobre los apuros del nuestro.

En el mismo despacho se daban las noticias siguientes:

«Los gobiernos extranjeros embarazan frecuentemente las correspondencias de sus obispos con Roma.

«Entre nosotros, la correspondencia de los obispos es enteramente libre. El cardenal Consalvi habia ya notado esta libertad de las relaciones de los obispos; pero en su vanidad no se afligia por eso, y por los cálculos de su política sabia todo lo que le importaba saber. No creo que las medidas empleadas por otras cortes, é introducidas por una larga sucesion de tiempo y de cierto género de paciencia que no es francés, sean practicables en Francia, ni aplicables al mal presente, si le hay. Quizás tampoco conviene irritar el carácter algo delicado de nuestro clero, que tiene mucho derecho á consideraciones, porque es un clero eminentemente virtuoso y profundamente instruido, y porque generalmente nuestro episcopado ha mostrado siempre á la cristiandad un grandísimo mérito unido á una piedad ejemplar.»

Decia el encargado de negocios, en carta particular, que todas las agencias organizadas contra los demás obispos de Europa robaban á la dignidad de una embajada una parte de aquella flor de desinterés que sienta tan bien en una mision Real, porque en las obvenciones ó derechos pagados por los diversos pueblos, va comprendida una suma mayor ó menor que se destina á los agentes diplomáticos ó á las autoridades consulares; los cuales, pagados ya por el Estado para manejar todos los negocios, no deben esperar un salario particular sacado siempre del *impetrante*. Podrá preguntarse ahora cómo puede cuestionarse actualmente lo que hizo Napoleon hace diez y ocho años en los últimos tiempos de su reinado; mas la razon es, que con los reyes legítimos el gobierno es diferente y mejor. Es bien dejar á toda costa á nuestros obispos una libertad de que no abusan, y que proporciona á la Santa Sede la facilidad de mantener con ellos relaciones directas, no menos útiles á la Religion que al Estado mismo, por mil razones de valor y de dignidad que nunca se explicarán suficientemente. La Santa Sede no queria ofender en parte alguna á ningun gobierno, y era en Roma una verdad incontestable que Leon XII habia entrado en el camino de la moderacion y de las atenciones para con el gobierno francés. Se dirá que un eclesiástico puede cometer una imprudencia; si por un imposible fuese desgraciadamente necesaria una reprimen-

da para el caso en que estuviese comprometido un eclesiástico y hubiese querido faltar á alguna ley respetable de la Iglesia, entonces con el auxilio de esta correspondencia (no hablo de las leyes civiles) la voz de la Santa Sede, que se hace oír en secreto, es suave y persuasiva, no castiga sino lo que se debe castigar, no se excede nunca, y castiga con cariño. En ese caso la voz del magistrado no castiga bien, porque castiga públicamente. Al otro día de la sentencia del tribunal crece la insolencia de los enemigos de la Religion y de la moral, y el gobierno que, segun cree, ha procurado reprimir un mal, no ha conseguido mas que aumentar los peligros de la situacion, colocar en mal terreno á la *justicia*, y agravar los sufrimientos de la patria.

CAPÍTULO XXII.

Envíase un arzobispo á Menfis.—Le recomienda el encargado de negocios de Francia al señor Drovetti, cónsul general del rey de Francia en Alejandría.—Reclamacion de un granadero que presenta al Papa el mal pan que se da á la tropa.—Es castigado severamente el proveedor.—Nuevas medidas tomadas contra los bandidos.—Respuesta de Luis XVIII á la carta que le habia escrito el Papa en 4 de junio.—Despacho del encargado de negocios al conde de Villéle acerca de esta respuesta.—Prepárase el autor á hacer algunas reflexiones sobre la situacion de Leon XII y Luis XVIII.

La bastante plausible esperanza de mejorar el estado de la Religion en Egipto y en los países fronterizos de Africa, movió á Su Santidad á que, conformándose con el parecer de la Propaganda, confriese el titulo de arzobispo copto de Menfis al señor Abraham Chasciour de Taata, alumno del colegio Urbano de la Propaganda. Deseando manifestar el interés que se tomaba la Santa Sede en un objeto tan importante, quiso el Papa consagrar él mismo al nuevo arzobispo, y se verificó la ceremonia en la capilla Sixtina el dia 1.^o de agosto.

Murmurábase sin razon determinada en el cuerpo diplomático del envio de un arzobispo titular á Menfis, casi convertida hoy en desierto, y á donde debia acompañarle el padre Canestrari, mínimo. Teniamos nosotros en Roma un con-

vento francés de aquella órden , donde no quedaba ya mas que un religioso. Suplicóme este que recomendara al P. Canestrari á nuestro cónsul en Alejandría, señor Drovetti, á lo que creí no deber negarme. Ya se verá como esta pura atencion, que á nadie se niega generalmente, llegó á ser circunstancia muy feliz para el nuevo arzobispo , pero no en el sentido que él esperaba.

Entonces (1824) ocurrió un hecho que manifestaba el espíritu de equidad del Padre Santo y su viva solicitud en suprimir los abusos. Visitando un dia Su Santidad las cárceles, le presentó un pan de municion cierto granadero de línea que se hallaba de guardia , suplicándole que reparase su mala calidad. Hizo el Padre Santo que se examinara el pan jurídicamente, y resultó de mala calidad y en contravencion con lo estipulado en la contrata de provisiones. En su consecuencia fué condenado el contratista á una multa considerable, que se repartió entre toda la division que estaba manteniéndose con mal pan. Elogióse además el acto del granadero , y se le dió una recompensa.

Ya habia recibido toda Europa la bula del Jubileo y se preparaban al santo viaje muchos de sus habitantes , siendo por lo mismo mas necesaria que nunca la pacificacion de los caminos. La opinion pública se habia sosegado con la noticia de la próxima llegada de las tropas suizas á Nápoles ; pero era menester sostener las esperanzas de los romanos con medidas del gobierno pontificio para asegurar completamente la destruccion de los bandidos. Monseñor Benvenuti residia personalmente en la provincia de *Marittima e Campagna* , y se decidió á dar órden de que bajo severas penas entrasen en sus casas antes de anochecer , y no saliesen antes de amanecer , los individuos sujetos ya á la vigilancia de la policia , ó que lo fuesen en adelante , y los parientes de los bandidos declarados tales. Todo el que encontrase á los bandidos en cualquiera sitio y se viese forzado á tener alguna relacion con ellos , quedaba obligado á dar parte á la autoridad , ó al jefe del puesto militar mas próximo. Se daba una indemnizacion por el tiempo que se perdía en cumplir esta disposicion, no costando así nada el ser hombre de bien y fiel subdito.

Finalmente, ningun individuo vigilado, pariente de bandidos ó persona sospechosa, podia salir de su pueblo sin una hoja de ruta que se le expedia para este efecto. A iguales formalidades quedaron sujetos los pastores y guardas de ganado, obligándose á los ganaderos á declaraciones que facilitaban esta vigilancia.

Tomábanse además especiales precauciones respecto á la licencia de cazar y al uso de armas. Suspéndianse las inmunidades locales y personales, y los delitos de salteamiento debían juzgarse todo lo breve y sumariamente posible, por un tribunal compuesto de tres asesores y de un oficial militar, y presidido por el delegado extraordinario.

Ocupábase enteramente el Papa en el exámen de las medidas y disposiciones necesarias para destruir á los salteadores y posibilitar sin escándalo (1) el jubileo, cuando recibió el encargo de negocios de Francia, el 9 de agosto, órden de entregar al Papa la contestacion del rey á la carta de Su Santidad del 4 de junio. Esta respuesta estaba cerrada; pero venia adjunta al despacho ministerial una copia llamada *de Cancilleria*. Para entender mejor todo este negocio, es importante insertar aquí desde luego la carta del rey:

«Santísimo Padre: Los sentimientos de pena y amargura que me ha manifestado Vuestra Santidad sobre la situacion de la Iglesia de Francia, me dan á conocer la necesidad de disipar su inquietud, y corresponder á la confianza de que me da

(1) De seguro no presentaba ya Roma aquellas escenas de desolacion que al hablar de los tiempos antiguos describe el señor Nodari con tanto vigor: «Creberrimæ hominum ad licentiam hastato cultello armatorum, rixæ, vulnera, internecciones, quæ tanto magis grassabantur, quanto impunius immunitates atque asyla istius modi facinorosis ultro patebant.» (Nodari, página 13). «Frecuentísimas eran las riñas, heridas y muertes de los hombres que tenían la libertad de armarse con cuchillos empuñados como si fueran lanzas, y tanto mas crecían cuanto con mayor impunidad hallaban muy fácilmente semejantes facinerosos inmunidades y asilos.» Los franceses acordaron penas terribles contra todo hombre armado de cuchillo, y Consalvi tuvo buen cuidado de no permitir que cayeran en desuso estas nuevas leyes; sin embargo, al cabo de una disputa, los borrachos ponían mano á los cuchillos. Leon XII queria y debía desarraigar completamente esta criminal manía para presentar á los extranjeros «la Roma del pueblo» tan pura y tan noblemente civilizada como la otra Roma, que encanta con la suavidad de sus costumbres y sus hábitos de cortesanía.

pruebas tratándome con igual sinceridad. Conocidos son de Vuestra Santidad mis deseos de que prospere la Religión. He procurado como los reyes mis progenitores, extenderla y afianzarla con el apoyo de las leyes y las instituciones, con el concurso y celo de los magistrados, con el especial favor concedido á la enseñanza de las sanas doctrinas; y la pronta creacion de los obispados, su dotacion y el desarrollo progresivo de todos los establecimientos que de ellos dependen, han sido objeto de mi mayor solicitud. Extiéndese ostensiblemente la influencia de la Religión, recobran su esplendor los templos, y el número de los fieles que en ellos se congregan se acrecienta diariamente. Tal es, Santísimo Padre, el feliz resultado de las medidas que de acuerdo con la Santa Sede he adoptado para prestar nuevo brillo á la religion de mis padres. Vuestra Santidad aprobará que yo le manifieste mi sorpresa respecto de los informes que parece ha recibido de Francia Vuestra Santidad, y que dictados por un celo imprudente y poco ilustrado han debido engañar su buena fe acerca del verdadero estado de las cosas. Díguese Vuestra Santidad atenerse á mi experiencia y á mi celo por el bien de la Iglesia. Yo sabré en todo tiempo conciliar sus derechos con los de mi corona y pensar lo que convenga hacer para mantener la union y concordia entre todos mis súbditos. Resuelto á continuar la marcha que he seguido hasta ahora, puesto que mis esperanzas no han salido frustradas y que Dios se ha dignado bendecir mis designios, me propongo perseverar con su ayuda en el mismo camino. Como rey é hijo primogénito de la Iglesia, protegeré todos los derechos é intereses que me han sido encomendados, y si el ejemplo de la Francia puede ejercer, como Vuestra Santidad desea, una dichosa influencia sobre las demás naciones, me consideraré todavía mas feliz por el bien que haya podido hacer. Me apresuro á reiterar á Vuestra Santidad las protestas del filial respeto con que soy, Santísimo Padre, de Vuestra Santidad muy devoto hijo. Sain-Cloudt, á 20 de junio de 1824.—Luis.»

No bien me enteré de esta respuesta, me vino inmediatamente á la memoria una carta del cardenal de Bernis, de fecha 17 de agosto de 1774, en la cual decia:

«He estudiado profundamente este país, y lo he considerado

general y particularmente. He pensado que como la Religión es la cosa mas importante, era muy esencial que estuviese el rey cristianísimo en buena inteligencia y muy unido con el jefe de la Iglesia, no tan solo para facilitar el buen resultado de los negocios eclesiásticos de su reino, sino tambien para continuar desempeñando la hermosa tarea de protector de la Santa Sede y de la Iglesia.»

Con esas disposiciones dí al conde de Villéle cuenta de lo que se habia hecho á consecuencia del recibo de aquella carta. He aquí en qué términos:

«Excmo. Sr.: Recibí la carta de V. E. núm. 52, y me apresuré á ejecutar sus órdenes. Habia yo obtenido para el martes 10 de agosto una audiencia de Su Santidad, con objeto de saber lo qué, despues de informarse mas completamente, pensaba de la publicacion de la carta del arzobispo y del pedimento fiscal del procurador del rey; pero recibiendo de V. E. una carta tan importante, y no queriendo estar incierto del dia de audiencia que podía muy bien aplazarse, puesto que yo solo habia hablado de un mero cumplimiento, escribí el sábado 7 al señor cardenal secretario de Estado, diciéndole que tenia que entregar al Padre Santo una carta del rey, y deseaba saber si era voluntad de Su Santidad señalar para la audiencia otro dia que el ya fijado.

«El domingo 8 me comunicó Su E. de parte de Su Santidad, que la audiencia quedaba en efecto señalada para el martes; pero hoy por la mañana muy temprano he recibido una carta del cardenal anunciándome que el martes es para Su Santidad un día lleno de diversas ocupaciones, y que se dignaria recibirme hoy mismo á las doce del dia.

«Acabo pues de salir del Vaticano. Monseñor Barberini me ha introducido cerca de Su Santidad con las formalidades acostumbradas, y le he entregado la carta del rey que estaba cerrada.

«El Padre Santo no la ha abierto en presencia mia, por lo cual no he podido hablar con él del contenido de la carta, y eso que tenia curiosidad de saber, á lo menos, de qué fecha era lo que escribió el Papa al rey, circunstancia enteramente olvidada entre las noticias que V. E. se dignó comunicarme.

«El Papa, mirando la carta puesta sobre su bufete, me ha pedido con muchísimo interés noticias de S. M. y de toda la familia Real, y he respondido que teníamos la dicha de recibirlas muy buenas sobre este particular. Ha recaído luego la conversacion en la fiesta de S. Luis, y me ha dicho espontáneamente: «Ya sabemos que es costumbre que Nos vayamos á vuestra iglesia; iremos pues á orar, como han solido hacerlo nuestros predecesores; iremos sin falta.»

«Luego se ha hablado de las misiones que se hacen en Roma, y del duque de Luca que está manifestando aquí en todas ocasiones una piedad digna de elogio; en seguida me he despedido del Sumo Pontífice, persuadiéndome de que S. S. no tenia idea positiva del contenido de la carta del rey. Sin embargo, he notado al mismo tiempo que, á causa de su inquietud curiosidad, ha procurado manifestar al agente de S. M. una singular benevolencia.

«Me ha parecido que Su Santidad se halla en buen estado de salud; el semblante era menos decaído que de costumbre, y la fisonomía risueña y bondadosa.

«De las habitaciones del Papa, habitaciones de honor, que segun el uso de Italia se hallan en la parte alta del palacio, he bajado á las del señor cardenal secretario de Estado, y le he referido cuanto acababa de pasar entre el Padre Santo y yo.

«Me importaba principalmente, como he indicado antes, saber con pormenores en qué tiempo se escribió la misteriosa carta cuya respuesta he entregado. Tenia vagas sospechas de que habia sido un americano el portador de las noticias de Francia que habia mencionado el Papa en su carta. He hecho, pues, á Su E. del modo mas franco y abierto, como lo han hecho uno con otro ambos soberanos, todas las preguntas que podrian ilustrarme.

«Le he preguntado cuándo se escribió la carta de Su Santidad, quién la llevó, y qué grado de confianza habia obtenido Su E. del Papa en aquella circunstancia.

«Este excelente cardenal me ha respondido en estos términos. Nada sé de aquella carta sino por el Nuncio. El Papa no me ha dicho de ella ni una sola palabra; suele hacer eso con-

«migo frecuentemente. Debe haberla llevado Mr. de Montmorency. El Para recibe á todos, escucha á todos, hace muchas cosas solo, y en contestacion á una carta del rey, relativa no sé á qué, la cual le entregó Mr. de Montmorency-Laval, pocos dias antes de partir, hubo de creer probablemente que debía escribir al rey. Ni Mr. de Montmorency mismo habrá sabido lo que era. El Nuncio me dice en su correspondencia que el rey ha recibido aquella carta con disgusto, y probablemente vos acabareis de traer la contestacion de aquel disgusto.»

«Entonces, Excmo. Sr., me ha parecido que era acreedor el señor cardenal secretario de Estado á una confidencia completa, además de que las copias de cancillería se envían á los agentes diplomáticos para comunicarlas al ministro de Negocios extranjeros del soberano á quien el rey escribe. He comunicado, pues, al señor cardenal, los principales párrafos de la carta del rey. Su E. ha reparado en las expresiones *«sorpresa, celo imprudente y poco ilustrado,»* y me ha parecido que no veía con pesar el giro que había tomado el negocio, y la consecuencia que se le había dado en Francia.

«Su E. ha añadido: «Esto lo ha hecho el Papa, pero ya no lo hace. Ni está bien que lo haga. Yo le estoy siempre diciendo: Esos pasos á nada conducen, y aunque yo los ignore al principio tienen que venir siempre á parar en mi bufete; vos aseguro que quien ha hecho eso ha sido el Papa enteramente solo. Lleno de celo, no tiene ninguna mala intencion; pero repito que ya está mudado. Actualmente me consulta mas, y no oye á tantos extranjeros. Con respecto á Lamennais, se temía quizás que viese demasiado al Papa. Pues bien, vos no sabeis que la primera vez el Papa le habló muy poco, y tan poco, que el otro quedó descontento y quiso marcharse. En la última audiencia hablaron mucho, y lo que ganó fué que Su Santidad dijera de él que es un exaltado. Sin embargo, ni Lamennais ni su compañero tienen nada que ver en esto, como decís vos mismo; esto es de fecha anterior.»

«Eso es, Excmo. Sr., lo que me ha dicho el señor cardenal secretario de Estado. No está enterado de la carta escrita al rey, pero piensa que ha debido ir escrita en términos

medurados, aunque haya causado asombro á S. M., que al leerla hizo una notable exclamacion.

« Luego el cardenal ha dicho repetidas veces que la contestacion estaba muy bien; que era cristiana, régia y respetuosa; que la queja estaba dada como convenia; que haria que el Papa le mostrase el borrador de la carta que habia escrito, porque sabe que él suele guardar los borradores; y que con los despachos del Nuncio que tenia sobre la mesa, y no habia leído aun (¡cosa rara por cierto!) iba á tomar pleno conocimiento de todo este negocio, y á pedir que se le leyera la carta original del rey; y que podria decirme algo mas de esto al dia siguiente si fuese yo á la audiencia ordinaria del martes.

« Al bajar, señor conde, de las habitaciones del Papa, me he hecho varias preguntas para decidir en mis adentros, si seria bueno abstenerme de presentarme al cardenal, á fin de dejar al Papa solo el secreto de la pequeña dificultad en que iba á encontrarse; pero como antes de ir habia leído el *Monitor*, donde con fecha del 26 se anunciaba que S. M. habia recibido en audiencia al Nuncio, debía presumir que el rey le habria dicho que habia enviado á Roma la contestacion á una carta del Papa, y creer que S. M. habria empleado en la audiencia el mismo tono que ha juzgado conveniente tomar en la carta.

« En ese caso, aunque yo no me hubiese presentado al secretario de Estado, no por eso habria dejado de saberlo todo por el Nuncio; y yo, agente vuestro, callando por una consideracion que no se me habria tenido tal vez en cuenta, hubiera perdido la ocasion, al mismo tiempo que cumplia completamente mi deber, de penetrar mas en la intimidad del hombre á quien los negocios vienen á parar por necesidad en su bufete.

« La experiencia me ha enseñado últimamente que se quiso ocultarle los principales objetos de la mision de los cardenales Rivarola y Pallotta, y que ha conseguido descubrir todos los secretos del primero y perder al segundo.

« El cardenal Consalvi organizó la secretaria de Estado de tal modo, que segun parece, los negocios que se quieren desviar acaban no obstante por entrar en ella á pesar de todo

el empeño que se ponga en darles otro curso. El nombre de *Secretaría de Estado* ha conservado parte de su fuerza mágica aunque el hombre sea muy diferente.

« A la corte de Roma no puede ocultársele que despues de la derrota de las coronas en el cónclave , todos los gabinetes la muestran mas ó menos tibieza. Estoy persuadido de que la fiesta de San Luis se celebrará dignamente , y que si la solicitud fiscal del procurador del rey está redactada como no puede dudarse (porque el procurador del rey es hombre juicioso), únicamente en la justa medida de las reglas que necesitamos fijar, sin el inútil uso de armas que fueron funestas á la monarquía, aquí se prescindirá de explicaciones domésticas en las que se tendrá la habilidad de no intervenir, mayormente cuando una segunda carta del arzobispo de Tolosa , que es en parte una retractacion de la primera, ha dispuesto ya los ánimos para las declaraciones que se esperan del gobierno del rey. Sí, Excmo. Sr. , no sé si me hago ilusiones ; pero despues que el rey ha hablado, ya no veo aquí peligro alguno, y el señor duque de Laval hallará una posicion mejor de embajador. Roma circumspecta no os mortificará mas, y si doy esta seguridad es despues de haber visto á los dos personajes mas principales del Estado.

« *P. D.* Roma, 10 de agosto de 1824.—Salgo de la audiencia ordinaria del Vaticano, y voy á continuar dando cuenta á V. E. de las explicaciones que he recibido del señor cardenal decano.

« Este habia comprendido toda la importancia de mis comunicaciones, y tanto bajo el aspecto del interés de su país, como bajo el de su propia posicion de ministro, voy á dejar que él mismo hable: «Ayer, me ha dicho, despues que os « fuisteis, comencé por leer con atencion el correo del nuncio « del 27 de julio, y que consiste en un despacho *en claro* y otro « despacho *en cifras*. En el despacho *en claro* me habla el nuncio « de una audiencia que ha obtenido del rey, y de otros porme- « nores (voy á leerlos al instante, en cuanto acabe mi rela- « cion, ambos despachos); en el despacho *en cifras* me anuncia « que el rey escribia una carta al Papa.

« Provisto de suficientes conocimientos, subí á la cámara

« del Papa , y le leí las dos cartas del nuncio. Habia yo pedido
 « á Su Santidad una audiencia para vos, en la que teniais que
 « entregarle una carta del rey. No he necesitado decir que me
 « habiais comunicado el contenido de la carta. Por consi-
 « guiente esto se queda aquí entre nosotros (1).

« Como era natural , la carta sirvió de texto á mi discurso :
 « ataqué al Padre Santo diciéndole : « Esa carta ¿ la habeis
 « leído ? » Me contestó : « No ; he querido leerla ; la he abierto,
 « he leído algunas palabras, pero es tan clara la tinta , que no
 « he podido acabar de leerla. — ¿ Quiere Vuestra Santidad que
 « se la acabe de leer yo ? — Tengo la vista tan débil , continuó
 « el Papa , que no puedo leer. » Entonces hubo entre el Padre
 « Santo y yo una digresion sobre lo excelentes que son mis
 « ojos de ochenta años , ojos que valen mas que los del Papa,
 « los cuales son sin embargo diez y seis años mas jóvenes.

« Tomé de manos de Su Santidad la carta y la leí toda pau-
 « sadamente. El Papa hizo un movimiento muy notable cuan-
 « do oyó la palabra *sorpresa*. Esta carta es absolutamente igual
 « á la que yo conocia ya ; no hay entre ellas una sola palabra
 « de diferencia.

« Recordé en seguida al Padre Santo que el rey, al leer la
 « que le habia escrito , dijo : ¡ *Pero qué ! ¿ quiere acaso el Papa que
 « despida yo á mi ministerio ?* — Sí , respondió el Papa ; ya Nos lo
 « ha escrito el nuncio , pero hice eso en una efusion de cora-
 « zon. Ofrecíase la ocasion. Hablé con el corazon en la mano
 « como lo habria hecho en mi nunciatura de París. En eso no
 « ví mal alguno. Cedí á un arranque ; pero no tuve intencion
 « de que despidiese el rey á su ministerio. Eran frases gene-
 « rales de efusion y de confianza.»

« Me ha dicho en seguida el cardenal que habló al Papa de
 este género de comunicaciones como ya estábamos conveni-
 dos , y ha concluido asegurándome que nada de esta equivo-
 cacion alteraria la buena armonía que existe entre su amo y
 él , ni la que media entre Roma y Francia.

« Luego cogió los dos despachos del nuncio y me los leyó

(1) No creo ser indiscreto cuando han pasado ya diez y ocho años ; fuera de que todo eso es altamente honroso para Su E.

enteros y sin detenerse, para no quedarse atrás conmigo, como él decía.

«En el despacho *en claro* dice el nuncio que ha obtenido una audiencia del rey para entregarle la bula del Jubileo. Desea que se note la complacencia del presidente del Consejo que le ha hecho conseguir esta audiencia, aunque es de costumbre que el rey no reciba en Saint-Cloud. Parece que esta gracia lisonjeó mucho al nuncio, que fué introducido con los honores ordinarios. El rey recibió la bula, manifestó sentimientos de la mas profunda piedad, y respondió que facilitaría á todos sus súbditos los medios de ir á recojer los tesoros del año Santo. Creo, pero no estoy seguro de haberlo oido bien, que el rey estaba pesaroso de no poder ir á Roma (el cardenal pronunció mal este pasaje), y en seguida habló el rey de varias materias. Encantó al nuncio con la variedad de sus conocimientos, con la vivacidad de su ingenio, con lo selecto de sus expresiones. Dió rienda suelta á sus sentimientos de respeto al Papa. En fin, el nuncio salió de aquella entrevista en un éxtasis de encantamiento que él describe de un modo muy ingenioso.

«En su despacho *en cifras* anuncia que el rey ha escrito una carta al Papa; que esta carta *ha sido redactada por el ministerio*. No dice si es ó no severo el tono de la carta, ni si le ha hablado el rey de la misma, ó si lo ha sabido por alguna otra persona. Presenta una descripción, mas detallada que la que ofrece la carta del rey, de todos los beneficios de S. M. al clero. Esta parte de la carta es muy elocuente. Sucédense rápidamente las acumulaciones: los obispados aumentados, los seminarios dotados, la instruccion pública mejor retribuida (el cardenal leía con singular complacencia), una comisión compuesta del cardenal de la Fare, de los Ilmos. arzobispo de Besanzon y obispo de Hermópolis, encargada de proponer los medios de arreglar las desavenencias ocurridas entre el capellan mayor del rey y el arzobispo de París; justos elogios á estos comisarios, la religion honrada, las hermosas ceremonias restablecidas. Este pasaje encierra cierto viso de una promesa del nuncio de no dejar que se ignorase ningun beneficio del rey; promesa por otra parte que, si la hizo, la ha cumplido como hombre caballeroso que se porta noblemente.

« Habla en seguida el nuncio de sí mismo: no omite cuidado alguno por el servicio de la religion, de su soberano y de Su E., y pasa luego á consideraciones sobre los ministros.

« Aquí, Excmo. Sr., me echo á los piés de V. E. para suplicarle que impida que estas noticias lleguen nunca á oídos del nuncio (1).

« Los ministros del rey de Francia, continúa el nuncio, no puede decirse que son santos; pero son los mejores ministros que hasta ahora ha tenido el rey. Seria una insigne mala fe poner en duda su realismo (esto responde á un axioma que no se halla quizás bastante concreto en la carta del Papa al rey) no puede dudarse de sus cualidades religiosas; pero tienen demasiado miedo á los liberales (esta es una exacta verdad en la que el nuncio da toda la razon al Papa), y están con frecuencia perplejos en medio del furor de los partidos. Lo que excusa á los ministros, es la violencia del movimiento y de las tempestades de un gobierno constitucional. » Acaba la carta con reflexiones generales de ninguna importancia; y finalmente, con deseos de que las buenas intenciones de los ministros, á quienes él cree muy afanzados, contribuyan á los trabajos que ha emprendido la Santa Sede para el bien del catolicismo.

« He referido á V. E., señor conde, lo útil y quizás lo inútil. En semejante circunstancia no tenia que hacer observacion alguna á S. E., á quien debia yo estar muy agradecido para que no le manifestase un profundo reconocimiento. He escuchado, como S. E. queria, cuanto me ha dicho tratando de persuadirme de que no habia leído el Papa la carta del rey hasta que se la leyó S. E. Con una razon casi igual me habia yo contentado cuando relativamente á la obra del P. Anfossi, me dijo que todos los censores no habian leído más que el prólogo.

(1) Ahora (1843) llegarán á su conocimiento, y las leerá en medio de sus útiles trabajos en su legacion de Bolonia. Ha obtenido su recompensa; es uno de los mayores ornamentos del Sacro Colegio; es constante en sus magnánimos sentimientos; ha visto y honrado al príncipe á quien ha llamado « hijo de la Europa. » El cardenal Macchi no puede quejarse de mí, y solo puede resultarle mayor gloria de una publicacion que actualmente me ha parecido permitida.

«Lo cierto es que no tenemos grande interés en averiguar minuciosamente todo lo que se han dicho mutuamente un soberano y su ministro, que se encontraban cara á cara en una especie de recíproco embarazo.

«Lo único que os importa es, que todas estas confidencias son poco mas ó menos la pura verdad, como estoy convencido de ello (no cabe la menor duda acerca de las cartas del nuncio); lo que os importa es, que el Papa no vuelva á escribir al rey de esa manera; lo que os importa es, que aumente diariamente y triunfe de toda rivalidad el crédito de un cardenal tan juicioso, tan atento, de tanta reflexion, moderacion y confianza.

«A estas virtudes, tan necesarias ya en un hombre de Estado, reúne el don de un valor indudable en las ocasiones que lo exigen. Voy á citar un ejemplo, porque hay grande empeño en divulgar que carece siempre de energía.

«El día de la bendicion que en el último mes de octubre fué á dar el Papa en la iglesia de los españoles, S. E. dió pruebas de gran firmeza. El caballero Vargas, que no era ministro plenipotenciario, quiso, no se sabe por qué, colocarse en el presbiterio, privilegio que solo se concede en Roma á los embajadores, y del que habia disfrutado pocos dias antes en San Luis el señor duque de Laval. El cardenal se opuso á semejante pretension con una insistencia que nadie esperaba de él. En tal coyuntura, el caballero Vargas tuvo que ceder. El duque de Laval, que podia entrar en el presbiterio, se quedó fuera, junto al caballero Vargas, por delicadeza y atencion. No se habia visto ni aun al mismo cardenal Consalvi durante veinte y dos años presentar así al caballero Vargas una batalla en regla y ganarla.»

Hagamos ahora algunas reflexiones sobre la situacion en que se hallaban Leon XII y Luis XVIII.

CAPÍTULO XXIII.

Situación de Leon XII y de Luis XVIII.—Va el Papa á oír un sermón de misión desde un balcón del palacio del caballero Italinsky.—Manifiesta nuevamente el Papa sus sentimientos de benevolencia respecto á Francia.—Misa celebrada en sufragio de Pio VII.—Fiesta de San Luis.—Va el Papa á orar al pié del altar del Santo Rey.

Lleno el Papa de reconocimiento hácia muchos cardenales que le habian servido con tanto celo ; persuadido , como ellos , de que algunas veces habian dominado demasiado los cálculos políticos en los negocios de Roma , y de que era ya tiempo de seguir una conducta mas firme en lo concerniente á los intereses religiosos , olvidados frecuentemente ante la exigencia de los intereses políticos ; recibia con gusto los informes que podian instruirle y fortificarle en su plan , si no de una especie de *restauracion religiosa* (que no se habia llegado precisamente á tanto , ni era el peligro tan inminente) , á lo menos en un proyecto de coadyuvar en todas partes con eficacia al restablecimiento de las ideas católicas. Veía el Papa amontonados en su mesa de despacho los avisos , las quejas , las reclamaciones , las denuncias , los informes acusadores , y gemia bajo aquella carga que se le habia obligado á echarse á cuestras. No vacilemos en decir que de Roma y de París se le habia solicitado para que resistiera , y quizás para que acometiese. Cierto que hasta el 4 de junio no habia manifestado disposicion alguna de satisfacer á aquellos descontentos. Bien puede creerse á un pontífice de tanta verdad , de tanta franqueza , y de tanto valor (los hombres valientes no alteran jamás la verdad). Espontáneamente , tal vez , y en medio de las ansias de su dolor , escribió el Papa al rey ; como hombre de talento , como hombre hábil , procuró mover al rey , convencerle de la necesidad de una marcha mas viva y de una manifestacion mas resuelta de su voluntad. Respecto á lo cual se ha de confesar empero que hizo mal en no consultar á alguno de los cardenales , aunque fuese de los que no le habian elevado á la cátedra de San Pedro. El Papa creía que el rey y su hermano

Cárlos estaban discordes ; pero la verdad era que el conde de Artois tenia conocimiento de las intenciones, de las mas pequeñas acciones , de los proyectos reparadores del conde de Villele , y que los aprobaba. En el momento , pues , en que la familia Real se hallaba unida y animada de igual deseo, llega una carta en que parece atacarse á aquel ministerio , que era del gusto de todos en el palacio de las Tullerías, á un ministerio tan universalmente sostenido, á un ministerio que no tenia por enemigos mas que á los liberales. Estaba este meditando un grande acto de consolidacion eminentemente monárquico y nacional ; un acto que restablecia la confianza en las relaciones de los propietarios entre sí ; un acto que solo podia ofender á quien no supiese lo que pueden en un gran reino el respeto á la rectitud , á la moral y á la justicia para todos ; un acto que con sus imprevistas restituciones favorecia aun á los liberales y á los agitadores , llamados tambien , á causa de los despojos sufridos por sus parientes, á sentarse á la mesa del *banquete* , lo mismo que los emigrados fieles ; y en tal momento cae como un rayo una censura que causa la mas inesperada sorpresa.

Leon XII no se hallaba enterado de ninguna de estas circunstancias , lo cual puede atenuar su falta al escribir al rey de aquella manera. Pensaba únicamente el Padre Santo que todos los dias pueden los soberanos decirse y escribirse tales confidencias : el mal está en la situacion en que estaba obligado á vivir Leon XII. Despues de escribir dijo , tuvo que decir , y quizás á una sola persona , el paso que habia dado ; este Pontífice , acosado de tantos tormentos , accedió quizás á exigencias palaciegas , mas imperiosas que nunca , y que desafiaban al cardenal Della Somaglia ; quizás respondió con una comunicacion solamente verbal de la intrusion que creyera permitida para bien de la Iglesia. Las consecuencias de todo esto fueron las siguientes : Los amigos de Roma escribieron á los de París ; un arzobispo , célebre ya por la vivacidad de sus opiniones en esta materia , creyó que debia apoyar al Padre Santo , y entonces el rey , el conde de Artois , el de Villele y el ministerio , al verse atacados por segunda vez , cuando hacia mas de un mes que eran discretos (la carta que salió de

Roma el 4 de junio fué entregada hácia el 20), se vieron obligados á pensar en la resistencia.

Acordóse escribir una carta al Papa. Ya se ha visto que estaba redactada por el ministerio; en algunos puntos no está muy conforme con el lenguaje *pesado* del ministro de Negocios extranjeros. Aunque puesta en razon y fácil de disculparse en el fondo, podia no obstante encender una guerra sorda, ó á lo menos llenar de gozo á nuestros enemigos. Se vé que Luis XVIII pensó así. Su afabilidad y sus modales con el Nuncio parecen poner al rey fuera de la cuestion. Faltaba calmar á Roma. El encargado de negocios siguió la marcha tan sencilla y tan sabida de las relaciones regulares, y la cordura del cardenal, á quien en medio de todo esto no le pesaba quizás el hallar en descubierto á un amo tan hábil como Leon XII, acabó por disponerlo todo para un éxito feliz. Roma hubiera querido no haber escrito su carta; París no podia recoger la suya. Ni en Roma ni en París se pensaba en irritar la herida: por una parte se sentia haber dado el golpe, por otra haber vuelta las tornas. Añadese á todo que probablemente el encargado de negocios se acordó de aquel lance de la historia del mariscal de Villars. Habia lanzado este general sus tropas sobre el enemigo, y todo iba perfectamente, cuando ve que vuelven sus batallones en completo desórden, y no le queda mas arbitrio que mandar se reunan á cierta distancia. Al retirarse encuentra un cerro bastante elevado, sube á galope para apreciar el vigor de la persecucion del enemigo, y ve que tambien el enemigo iba derrotado, y que el primer campo de batalla estaba vacío; un terror pánico debió sin duda de apoderarse de los dos ejércitos. Gritó Villars que el enemigo iba en retirada, y de este modo consiguió detener á los suyos.— En nuestro caso todos quisieron la paz despues de haber declarado la guerra; curóse la herida, y el hijo primogénito de la Iglesia se felicitó de la buena inteligencia restablecida con su madre.

El resultado inmediato de este hecho fué saber el ministerio que los reyes de Francia no firman sin sentimiento cartas severas dirigidas al Padre comun de los fieles, y comenzar Leon XII á gobernar por sí mismo. Escuchó menos á los *zelan-*

tes, de quienes Consalvi decia con razon que *habian pasado á Francia*; y la *indemnizacion*, aquel grande acto *reparador*, caminó á su término con la magnificencia necesaria para afianzar su duracion, asegurando la leccion que daba á las naciones y su tutelar y perpétua eficacia.

Continuábanse predicando en las plazas de Roma misiones que reunian un gran concurso de gente, y se convino en que el dia de la Asuncion iria el Papa á poner fin á las misiones en la plaza Navona.

Casi por el mismo tiempo el rey nombró ministro de negocios extranjeros al baron de Damasco, y se preparaban en Roma contra la voluntad del Papa algunas complicaciones que podian producir dilacion en los negocios. Hubo motivos para pensar que el señor Italinsky habia recibido de París por conducto del señor Pozzo di Borgo, la noticia de que se hallaban en un estado de tibieza Roma y el gabinete de las Tullerías. Se habia restablecido la paz, pero no lo sabian las demás cortes. ¡Singular efecto de una política que no tiene bases firmes y seguras! Los extranjeros aprobaban la resistencia del rey, que escribia cartas de descontento, y se disponian á utilizar aquel descontento para establecer una influencia contraria á los intereses de la Francia; y á todas las suposiciones de guerra secreta entre París y Roma, se añadia que seria provechoso, como si hubiera sido posible, heredar el crédito de la Francia. Allegarse mas íntimamente á un gobierno con el que mantenía Rusia muchas relaciones tocante á los católicos de Varsovia y de la Lituania, era una idea razonable y útil en todo caso; pero imaginarse reemplazar por este medio en el corazon de Leon XII, y en las disposiciones del cardenal Della Somaglia, á una potencia *toda ella católica casi en una linde*, como decia un ruso, llevado de un sentimiento de despecho mal disimulado, no era proyecto realizable. El Papa tendia particularmente á amar á los Borbones y á los franceses, cualquiera que fuese la respuesta que dieran á sus representaciones; una respuesta algo irreverente era ya la señal de la propia independencia del Papa. El cardenal Della Somaglia, cuyos antecedentes habia motivo para investigar, era lo que podia llamarse positivamente *un realista francés*; habia mandado pin-

tar á sus expensas un suntuoso cuadro que representaba la apoteosis de Luis XVI, y no disimulaba su respeto á los Borbones de Parma, de quienes era súbdito. Si Roma hubiese podido quedar ofendida de la *sorpresa* de Luis XVIII, Roma hubiera ocultado su resentimiento, y era muy piadosa para no reprimirlo en uno de aquellos momentos de clemencia que descenden de Dios sobre los que le representan en la tierra. Por manera que todo aquello no era mas que querer aprovecharse de una *disputa de amigos*, para envenenar sus disensiones sin esperanza fundada de utilizarlas. Además de que el habérselas con hombres de talento, sensatez y religion; con hombres que saben lo que quieren, que lo desean constantemente, y que no apartan por ninguna imprudencia de la línea de los deberes que les tiene trazada el Evangelio, y de la que nunca pueden desviarse; es empresa necia, sobre todo cuando el que la acomete sabe lo que quiere, y no obra para reemplazar con su propio catolicismo el catolicismo de los demás. Por otra parte, la buena amistad del caballero Italinsky fué grata al Padre Santo y á su ministro, y aceptada lisonjeramente; quizás fué dirigida, sin que el mismo Italinsky lo pensara, por la misma corte de Roma hácia sus intereses bien entendidos, y al éxito favorable de la divina mision que ha de realizar, y que realizará infaliblemente.

Sagaz observador era, aunque poco delicado en la eleccion de una de sus expresiones que yo no excuso, aquel diplomático que decia: «Roma es invulnerable en cuanto al dogma; en cuanto á los negocios que no son dogma y se llaman políticos, Roma es el único país donde nunca se comete una necesidad completa.»

Por el mismo cardenal Della Somaglia he sabido que él fué, despues de pensarlo bien, el principal motor de los hechos que voy á referir. ¿Seria que no tenia tanta fe, como el Papa, tan bueno y tan tierno, en la solidez de la paz restablecida?

El 7 de Agosto, á la hora en que el correo me entregaba la carta del rey para el Padre Santo, se presentó el señor Italinsky al Papa, y le dijo entre otras cosas, que le invitaba á oír desde las habitaciones que ocupaba aquel diplomático en el palacio Pamphili, de la plaza Navona, el sermón de las misiones,

proposicion que aceptó el Papa despues de hablar con su ministro el cardenal.

En efecto, el domingo 15 de agosto fué Leon XII, con el tren que llaman *de ciudad*, á casa del señor Italinsky, que no habia convidado á nadie del cuerpo diplomático. Su Santidad oyó la mision desde las ventanas del gabinete particular del embajador, desde aquel mismo sitio de donde salian con frecuencia una multitud de críticas contra las misiones y el catecismo de la doctrina cristiana que se explicaban entonces asiduamente al pié del palacio de aquella legacion; cuyas ventanas todas se habia observado desde el primer dia que se cuidaba en tener cerradas. Concluida la mision, fué Su Santidad á colocarse en un trono, levantado frente del mismo palacio, desde el cual dió la bendicion á un gentío inmenso, congregado en aquel sitio muchas horas antes.

Difícil es describir el efecto que produjo aquella ceremonia imprevista. No se puede asistir á escena mas tierna, y así los romanos como los extranjeros (1), que eran numerosísimos, dieron al Papa infinitas pruebas de entusiasmo y agradecimiento.

Se oyó no obstante censurar, en la mas alta sociedad, la asistencia del Papa desde las ventanas de un ministro que profesaba diverso culto, y habia querido á Su Santidad para sí solo, añadiéndose que si Consalvi hubiese sido causa de que hiciera cosa semejante Pío VII, no se hubiera perdonado nunca al uno ni al otro. Leon XII, no decia si él era ó no el motor de los hechos que Roma entera habia presenciado.

Decíase tambien que en esta notable circunstancia habia figurado el cardenal Della Somaglia como persona principal; andaba del trono del Papa al sillón del señor Italinsky, y aparecía delante de mas de quince mil espectadores como consejero de aquel acto.

Entonces pudo el encargado de negocios de Francia participar hasta cierto punto de las prevenciones generales; pero actualmente se arrepiente de ello. A la clara luz de los sucesos

(1) Se me ocurre ahora un ingenioso epíteto, aplicado por el señor Nodari á la concurrencia de extranjeros en Roma: « Auriferam exterorum frequentiam. » Nodari, pág. 20.

que posteriormente han ocurrido, se conoce que pudo ser en aquellos momentos algo sábia y muy oportuna la visita al caballero Italinsky; era indudablemente una visita á la Polonia, y en ella se encuentra el espíritu conservador y previsor con toda su suavidad y su mansedumbre, pero sin haber perdido nada de su dignidad y fuerza.

Como quiera, el Papa manifestó luego que su corazón no estaba cerrado para Francia. El mismo día en que el señor Italinsky hacia admirar á Su Santidad dibujos que representaban la plaza de Navona en dos circunstancias, una con el Papa á la ventana del palacio Pamphili, teniendo á su izquierda al embajador ruso, y la otra con el Papa en su trono al frente del mismo palacio, y el mencionado embajador recibiendo la bendición apostólica de rodillas, como acostumbraba siempre hacerlo junto con nosotros en la tribuna diplomática; el mismo día en que aquel agente político declaraba que iban á remitirse los dibujos al emperador Alejandro, suplicándole acelerarse su viaje á Roma, Leon XII tuvo que tomar una determinación respecto á la fiesta de san Luis, que es ordinariamente una de las hermosas solemnidades de Roma.

Sabia yo que se podía abrumar al padre comun aun con ciertas importunidades en favor de sus hijos, y en consecuencia escribí al cardenal Della Somaglia una esquila cariñosa, tal como á él le gustaban; en ella recordé á S. E. que estaba próxima la fiesta de san Luis; que cuando no se hallaba en Roma mas que un agente del rey de Francia de carácter inferior al de embajador, era costumbre que este agente eligiese un cardenal, suplicándole representase al embajador en el presbiterio, y diese gracias á los cardenales cuando se retirasen despues de la funcion. Añadí una pequeña descripción algo reformada de lo que habia hecho el duque de Laval con motivo de la comida á la cual tuvo que convidar á los cuatro príncipes reales.

«V. E., dije, es decano del sacro colegio, y el Santo Padre os ha confiado las funciones de secretario de Estado. Nunca se acumularán bastantes dignidades y distinciones en una persona tan respetable como vos. ¿Querreis, pues, ser tambien embajador de Francia en la fiesta de san Luis?»

El cardenal, despues de pedir desde luego el permiso al Padre Santo, aceptó esta prueba de adhesion y este honor con suma alegría.

Volviendo á continuar la materia de que estaba tratando, tengo aun que decir que entonces se descubrió el principal asunto de la conversacion secreta que habia tenido el señor Italinsky con el Papa el dia 7 de agosto. «Habia ofrecido aquel ministro á Su Santidad proteccion contra cualquier disgusto que se quisiera dar al Padre Santo.» No es posible que un pontífice tan religioso, tan hábil, tan tierno como Leon XII, no dijese con este motivo algo sobre la reunion de las dos Iglesias. La gran virtud del hombre de Estado, despues de la prudencia, es el arte de aprovechar la oportunidad; y nada convenia mas en aquella circunstancia, que un pesar noblemente manifestado, sobre todo delante de un anciano venerable, amigo todavía de agradar, afectuoso y griego de Corfú, matiz diversa de la de griego de Rusia. Puede creerse que la suposicion de comunicaciones relativas á la gran *conversion* que, dígase lo que se quiera, tiene que efectuarse algun dia, no carece enteramente de fundamento. El señor Italinsky no tuvo entonces dificultad en conversar con el marqués de Croza, encargado de negocios de Cerdeña, sobre los puntos de disidencia entre la religion católica y la secta rusa, y esta conversacion duró bastante tiempo. Procuró romperla muchas veces el marqués de Croza para saber si provenia de una pura casualidad ó era resultado de una intencion positiva; mas el señor Italinsky, que por otra parte se encontraba á sus anchuras con el representante de un país que en las recientes pacificaciones de 1815 habia debido mucho á la intervencion de Rusia, volvia siempre á sus proposiciones y las desenvolvía con mucha instruccion y con una especie de habilidad preparada. Finalmente, á los ojos del marqués de Croza pasó esta conversacion por ser una plática que expresamente se buscaba para que fuese repetida, y no dejó de serlo.

En 20 de agosto (1824) se celebró una misa de *requiem* en sufragio de Pio VII. Aunque reinaba en todos los corazones la memoria de aquel gran Pontífice, no asistieron á aquella

ceremonia mas que veinte y tres cardenales; verdad es que se hallaban ausentes muchos y residian en las legaciones. El Papa no se halló en estado de salir de sus aposentos, con cuyo motivo se supo que habia pasado mala noche, y que por la mañana se había él mismo aplicado ventosas: Leon XII era con frecuencia médico de sí mismo, y seguia con harta temeridad los preceptos de un libro escrito por el doctor Leroy, y que la facultad de medicina de Francia habia justamente condenado por peligroso. Observaron los cardenales durante la misa que faltaba la mayor parte de los individuos del cuerpo diplomático, como que no asistieron sino los encargados de negocios de Portugal, Francia y Cerdeña.

Próxima á celebrarse la fiesta de san Luis, enviaba esquelas de convite el cardenal Della Somaglia, creado embajador de Francia. Ignorábase si podria asistir el Papa como lo habia prometido, pues hallándose enfermo desde el 19 de agosto, era difícil que estuviese ya restablecido el 25. Por otra parte; en una ciudad sumisa pero religiosa, donde se respetan mucho los escrúpulos de la opinion, convenia mucho al Papa y á su ministro, despues de la ceremonia de la plaza Navona, llamar la atencion hácia ceremonias sin tacha, y no negar á la Francia, que todo el mundo amaba aunque con diferentes motivos (hay en Roma la Francia de los zelantes y hasta la Francia de los liberales); no negar á la Francia un honor que la habian hecho constantemente los dos predecesores de Leon XII.

Habíanse tomado medidas para que el Papa lo encontrase todo en el estado prescrito por una bula publicada con motivo de las visitas apostólicas del año Santo. Respecto á esto puede asegurarse que la iglesia de san Luis fué la primera de Roma en que las reparaciones se hicieron completamente en los términos ordenados por Su Santidad.

Con todo, una satirilla de Pasquin advirtió á los franceses que se criticaba la restauracion de la estatua de Carlo Magno que se halla á la derecha de la puerta de la iglesia haciendo juego con la de san Luis que está al otro lado; la sátira decia que el emperador se habia dejado quitar la espada, y que se *le habia caído de la mano el mundo*. En efecto, habia sido

mutilada aquella estatua hacia veinte y seis años, en tiempo de la revolucion, y le habian arrancado la espada y roto el globo con una cruz encima que tenia en la mano izquierda.

Dió el arquitecto imprudentemente el encargo de restaurarla á un escultor que ni era francés, ni súbdito de la casa de Borbon, resultando que nada estuvo pronto la víspera de la fiesta, y que al derribar un andamio que cubria la estatua, apareció esta sin brazos todavía, y por consiguiente sin la espada y el globo que dieron materia á aquella sátira, por lo demás harto ingeniosa.

La estatua de la reina Blanca se conservaba bien, y con solo limpiarla pudieron admirarse su dibujo y su trabajo, que son de excelente gusto.

Fijóse la atencion hasta en los guarda-cantones de pórvido color de rosa, objeto de la envidia universal, que se han querido arrebatar tantas veces, y que el celo nacional ha defendido constantemente: son trozos muy altos de las antiguas columnas de uno de los mas bellos templos de Roma. Probablemente no hay en todo el mundo católico otra iglesia, mas que la nuestra de San Luis, que tenga delante de sus puertas guarda-cantones de pórvido.

El Papa fué á orar al pié del altar del Santo Rey, y se mostró muy satisfecho con todas las medidas que se habian tomado para recibirle con magnificencia.

Allí me habló del jubileo con un espíritu de resolucion completamente valerosa; parecíame que por su boca decia el gobierno pontificio como en otro tiempo Vologesio: «*Si cunctatione deliqui, virtute corrigam.*» «Si perdí por contemporizar, compensaré con el valor (*Tacit. Annal. XV. 2.*)»

CAPÍTULO XXIV.

Muerte del cardenal Severoli.—Contestacion del emperador de Austria á la notificacion de la Bula del Jubileo.—Reconciliacion de la córte de Viena con la de Roma.—Enfermedad de Luis XVIII.—Créase en París un ministerio de Negocios eclesiásticos.—Es enviado á Roma por la república de Colombia don Ignacio Tejada.—Muerte de Luis XVIII.—Sincero pesar de Leon XII.—Aniversario de la elevacion al Pontificado de Su Santidad.—Discurso del caballero Vargas.—Respuesta del Papa.—Promocion de cardenales.—Visita el Papa la cárcel del Capitolio.—Hállase el cuerpo de Miss Bathurst.—Había estado enterrado durante muchos meses en la arena, en el fondo de un abismo.—Cítase un texto de Homero.—Noble conducta del baron Trasmordi.—Hállanse conservadas muchas partes del vestido de Miss Bathurst.—Fervorosa oracion de la doncella romana en presencia del cuerpo de la doncella inglesa.—Elogio de la policia romana.—Buena recepcion de Roma á los ingleses.

En 8 de setiembre de 1824 sucumbió á sus dolencias el cardenal Severoli. Este cardenal habia sido calumniado ya en el cónclave, pues aunque pertenecia al partido de los *zelantes*, no por eso eran sus opiniones muy exageradas. Tuvo quizás la debilidad de dejarse repetir demasiado, y acabar por demasiado creer, que el Papa Leon XII le era deudor de inmensos servicios, y que podia pedirle cualquiera cosa; y embriagado con tal idea, pidió como cardenal mas de lo que él mismo hubiera concedido como Papa. Mas antes de fallar severamente en cuestiones de tal naturaleza, se deben examinar las circunstancias. Era difícil que todo lo que debia suceder despues del cónclave, no se tiñera del color que hemos procurado reproducir. Lo cierto es que ninguna duracion debian tener semejantes vacilaciones, y que la verdadera autoridad legítima, y verdaderamente responsable á los ojos de Dios, no tardó en manifestarse, en sentarse en su trono, y en adquirir una consistencia tal que ningun obstáculo habia de ser ya capaz de destruirla.

El emperador de Austria mandó entregar el 10 de setiembre su contestacion relativa á la notificacion del Jubileo, y que, segun se decia, expresaba sentimientos de benevolencia

Con semejante noticia se mostró muy gozoso el cardenal Della Somaglia, y quizá gozoso en demasía, porque se supo que al fin de la carta había expresiones que limitaban el efecto producido por las primeras palabras. Probablemente obró así el cardenal porque lo restante del cuerpo diplomático, excepto el encargado de negocios de Francia, manifestaba una propensión extraordinaria á censurar la medida del Jubileo.

Sobre eso el marqués de Fuscaldo, embajador de Nápoles, se expresaba en términos llenos del mal humor que le comunicaban los despachos de su córte, y las mal fundadas prevenciones de algunas tertulias romanas. Llegaba aquel ministro á decir que el emperador no daba su consentimiento para que se celebrase el Jubileo, y lo decía todavía cuando andaba en manos de casi todo el mundo la carta de S. M. Imperial, cuyo contenido se supo entonces muy claramente. Sentía S. M. Imperial y Real apostólica que las atenciones de su corona no le permitiesen ir personalmente á Roma; mas aseguraba estar pronto á auxiliar con todo su poder las medidas relativas al Jubileo, compatibles con las leyes y los intereses del Estado. Comunicadas estas terminantes expresiones al marqués de Fuscaldo, no por eso abandonó su oposicion, antes respondió:

«Seguramente eso está muy bien para Roma y Austria, que están desavenidas; pero al mismo tiempo, si hay algo lisonjero en la promesa de auxiliar las medidas relativas al Jubileo, hay mucha malicia en añadir «compatibles con las leyes y los intereses del Estado.» Las leyes del Estado se encuentran escritas en todas partes; pero los intereses del Estado no están escritos ni publicados en parte alguna. Los intereses de un Estado son una red muy ancha que se puede extender cuanto se quiera.»

Salía Nápoles apenas de una revolucion que no deseaba volver á ver; toda mudanza de lugar que hicieran sus súbditos bajo cualquier pretexto que fuese, parecía amenazarla; Nápoles queria estar inmóvil. No debe reprobarse en todas sus partes la conducta del Sr. de Médicis, que daba casi una tercera parte, y quizás mas de las rentas de la nacion, para mantener y pagar en pié de guerra á los muchos batallones austriacos que habian ido en su auxilio, y que no hablaban de

volverse, por mas que las enfermedades del clima diezmaran todos los meses á aquellas desgraciadas tropas.

Opinábase pues generalmente que la totalidad de aquella comunicacion hecha por el Sr. de Gennotte, encargado de negocios de Austria, en ausencia del conde Appony, podia mirarse como una reconciliacion, despues de la exclusion dada apenas hacia todavía un año; pero que, con todo, el último párrafo era un postigo colocado allí para introducir en el negocio cuantas dificultades se creyesen necesarias.

En las negociaciones que se tratan por escrito bastan muchas veces algunas palabras puestas á la ventura, que se convierten en *barricadas* insuperables.

Luego se divulgó que el Sr. de Gennotte habia recibido *orden de dar gusto*: esta ingeniosa expresion, que quizás no sea cierta, pero que era muy digna del príncipe de Metternich (tal vez fuese del cardenal Della Somaglia, que tenia tambien el don de las expresiones felices), produjo en Roma grande efecto, primeramente por lo que significaba, y luego por la gracia del dicho; pero Pasquin, el inevitable Pasquin, cuyos amargos chistes estaban siempre prontos, y producian, no hay que dudarlos jamás, recuerdos muy punzantes (1), se apoderó de aquella expresion, porque aplicada á lo que era por otra parte el Sr. de Gennotte, hombre listo, cortés y grave, pero anciano y cargado de una obesidad poco comun, proporcionó un texto que no podia escapar al Satírico del palacio Braschi.

El 21 de setiembre se recibió en Roma la fatal noticia de la enfermedad del rey Luis XVIII. Cartas del Nuncio anunciaban el desconsuelo de la córte de Francia y de toda la nacion. Al leerlas, dijo el Papa al secretario de Estado: «¡Qué! ¿no nos traeis mejores noticias?» y no pudo contener las lágrimas.

Con ese motivo dijo el cardenal Della Somaglia que la última institucion del rey, cuyo objeto habia sido crear un ministerio de Negocios eclesiásticos, medida tan saludable como piadosa, llenaba necesariamente el alma del rey de consuelos, que podian endulzar los postreros momentos de una vida colmada por otra parte de acciones nobles y religiosas.

(1) «Sape asperis facietis illustis, que ubi multum ex vero traxere, acrem sui memoriam relinquunt. Tacit. Annal. XV, 68.

El Papa, al mismo tiempo que el estado del rey le arrebataba sinceras lágrimas, ponía entera confianza en los sentimientos de que estaba animado su augusto hermano, á quien llamaba el feliz padre del duque de Angulema: ¡tan grande era el respeto á sus útiles victorias que infundieran á Su Santidad los triunfos conseguidos en España!

Ibanse consolidando en América las insurrecciones de los súbditos del rey católico. El gobierno de Colombia tuvo por conveniente enviar á Roma á D. Ignacio Tejada, con encargo de pedir al Papa que nombrase obispos ó vicarios apostólicos. El marqués de la Constancia (título que dió Fernando VII al caballero Vargas en recompensa de los servicios prestados á la causa del rey), se presentó al Papa, exigiendo que no se permitiera á Tejada permanecer en Roma. Habló en aquella ocasión el embajador español al Papa en términos respetuosos, pero tan vivos, que perturbaron á Su Santidad. Entonces pudo acordarse el Papa de alguna de las palabras que había oído de boca de Consalvi; pero no había llegado todavía el término señalado por aquel gran ministro, el término en que debía comenzar la resistencia.

Eludióse la petición positiva de Tejada, y se aseguró que solo había ido á solicitar rescriptos en materia de conciencia. Entregó en efecto una nota de gracias que parecía pedir para su propia familia, y prometió que saldría de los Estados del Papa en cuanto las consiguiese.

Aquel agente quería tratar primero de la república de Colombia. Empleaba un argumento contundente para la corte de Roma, porque solo decía: «Pido simplemente que se aplique á aquel Estado la especie de reconocimiento indirecto que tuvo por norma la Santa Sede en tiempo de Inocencio X y Alejandro VII, cuando la casa de Braganza triunfó en su revolución contra España.» No le gustaba aquella política al caballero Vargas, natural de Badajoz, el español mas arrogante y rencoroso que podía haber en todas las Españas que se conservaban fieles; por lo cual pidió nuevamente que se hiciera salir al colombiano sublevado.

En sus conversaciones con nosotros procuraba el caballero Vargas atraernos á su sistema de rigor contra los insurrectos

españoles; no era posible obrar sin recibir órdenes, mas con todo, yo queria calmarle. Ocurrióme un dia la mala idea de decir: «Si os veis forzados á mortificar al Papa, mortificadle «mas suavemente, que podeis ponerle malo. — Eso seria para «mí un desconsuelo eterno, contestó con calor; pero que des- «pidan á Tejada. — Con todo; reflexionad bien; ese argumen- «to del Portugal es muy especioso. La España ha acabado in- «dudablemente por reconocer á los duques de Braganza.— ¡ Ah! «¿quereis tambien hablar de Portugal? Y ¿quién os ha dicho «que todo lo relativo á la independenciam de Portugal es ne- «gocio acabado entre España y Portugal? — Pues ahí veis, «señor marqués, como vos, que censurais las protestas del Pa- «pa relativamente á la hacanea de Nápoles, os habeis metido «en la cabeza, vos y vuestra córte, que el negocio de la sepa- «racion de Portugal no es un negocio concluido. Pero deje- «mos esta materia, de la que me seria imposible, no teniendo «instrucciones de París, hablar con vos mas tiempo, y que «acaba de haceros decir á vos, hombre de severidad, de ho- «nor, y de austera reserva; á vos, hombre de fe, que sabeis lo «respetables que son los tratados, de haceros decir mas cosas «de las que querriais revelarnos.» Me apretó la mano y me di- jo sonriendo y con aire sosegado: «El Papa no se pondrá ma- «lo por causa mia, pero Tejada se irá.»

El 23 de setiembre el Papa supo la muerte de Luis XVIII.

En la audiencia que me dió Su Santidad relativamente á aquel tan doloroso suceso, me dijo: «Experimentamos un sin- «cero dolor; pero en medio del pesar de haber perdido un buen «rey, os puede consolar el tener ahora otro igualmente bueno.»

El 28 de setiembre debia celebrarse el aniversario de la ele- vacion de Su Santidad.

El marqués de la Constancia, como el mas antiguo de los embajadores, dirigió al Papa un discurso en italiano, notable por sus profundos y sinceros sentimientos de cariño filial. Despues de haberle escuchado con particular benevolencia, le respondió Leon XII del modo mas tierno y mas afectuoso, ex- presando cuanto le conmovian los deseos que se le manifesta- ban por parte de las córtes extranjerass, y asegurando que, puesto que le concedia todavía Dios un poco de vida, no se

debía dudar jamás de su celo por los intereses de la cristiandad y por la paz del mundo. Felicitó separadamente al caballero Vargas por ser en Roma jefe del cuerpo diplomático, y digno intérprete de los sentimientos de todas las córtes; efectivamente, supo este desempeñar con mucha nobleza y dignidad los deberes de lo que apellidaba, riendo, su *monarquía universal*; empresa que, según decía, podía salir entonces completamente bien por espacio de un cuarto de hora.

Habiase celebrado la víspera de aquel día el consistorio ya anunciado. En él creó el Papa cardenales al Ilmo. señor Gaisruck, arzobispo de Milan, cuya elevación se había impedido por la enfermedad de Pio VII; al arzobispo de Evora en Portugal, el cual por cierto no había sido propuesto por el caballero Vargas; y al obispo de Saluzzo.

Todo manifestaba de una manera imponente que Leon XII gobernaba por sí mismo, y ya solo se dirigían á él para obtener decisiones positivas. Divulgóse que los cardenales *zelantes* y exagerados estaban escalonados de modo que le circunvalaban, para que no pudiese escaparse á sus exigencias; pero es necesario ser justo y confesar que después de la muerte de Severoli, ningún *zelante* pretendió heredar la autoridad que había ejercido el obispo de Viterbo. Por otra parte, la actitud de Leon XII probaba que, con tal de que se tuviera la virtud de no molestarle, poseía el valor de mandar y de no escuchar más exigencias importunas. Todo cuanto hayamos dicho de las incertidumbres del gobierno, no tiene ya en adelante objeto alguno; si Leon XII hace mal ahora, él es quien se engaña. En este momento, pues, podemos exclamar ya: «Gloria á Dios y á su Vicario! Ni la cristiandad ni Roma tienen que criticar más, la una á su Padre y la otra á su soberano.»

Manifestábanse estos sentimientos de independencia en infinitas circunstancias. El Papa había visitado ya de improviso las cárceles, y fué á visitar, sin que tampoco le aguardaran, las del Capitolio, en que se hallan los presos por deudas. Hizo algunas preguntas á varios de ellos, que mandó poner en libertad después de oírles con afecto, dando al mismo tiempo orden de pagar las deudas por las cuales estaban presos.

Un acontecimiento extraordinario, consecuencia de otro de

que hemos hablado (el concerniente á la muerte de Miss Bathurst) vino á excitar la atencion de Roma y sumir á toda la ciudad en la tristeza que la habia abrumado en el mes de marzo anterior. Estaba yo haciendo celebrar, con arreglo á las órdenes de la córte, las exequias del rey Luis XVIII en la iglesia de los franceses, á donde habia ido acompañado de toda la embajada, con gran pompa y vestido de luto, y acababan de terminarse los responsos, cuando se llegó á mí un volante de la embajada, diciéndome haberse hallado el cuerpo de Miss Bathurst, y que lo sabia por un *cavalcante* del duque Braschi-Onesti, que paseándose por las orillas del Tíber habia visto que los pescadores sacaban el cuerpo á tierra. Yo no acertaba á dar crédito á semejante noticia, pero me la afirmaban tan positivamente, que por consideracion al embajador del rey que habia guiado aquel fatal paseo, creí que debia trasladarme al sitio que se me indicada, aunque estaba muy distante. Habia cumplido ya mi triste deber y me quedaba tiempo para dar cuenta de ello al ministerio, y por lo tanto, sin hacer caso de las circunstancias en que me encontraba, de nuestro traje de luto y del de los criados, dí orden de que me llevasen á Ponte-Molle. Atravesó velozmente el coche la *via Angelica*, y el cochero se paró antes de llegar al puente como á cuarenta pasos del rio; entonces bajo, y veo un espectáculo que me causó un dolor profundísimo: estaban en una barca dos pescadores y me llamaban con señas, indicándome con los ojos una masa de color negro que se hallaba parte en seco, parte en las aguas de la orilla. Me acerco, y veo el cuerpo de una mujer cuyo rostro no se podia conocer porque lo cubrian un sombrero de paja y un velo negro. Conservaba el cuerpo algunos restos de una amazona azul; las manos estaban descubiertas, aunque debieron llevar guantes cuando sucedió la desgracia. Levantólas uno de los pescadores haciéndome observar que se hallaban adornadas aun de todas sus sortijas, como en efecto ví muchas en todos los dedos. Dí las gracias al pescador, y conviniendo con él en que habia cumplido lo que tenia prescrito la policia, colocando al cuerpo de la manera en que se hallaba en aquel momento, pregunté por qué no lo habian cubierto con algunas telas ó redes, ó con cualquiera vestido, ó

aunque fuera con un banco ó una parte del timon para ocultarlo á la vista de la gente de los alrededores que iba acudiendo. Aquellos infelices me respondieron que su barca estaba falta de todo, y que no tenian en aquel instante cosa alguna á su disposicion para ejecutar le que yo deseaba. Aquel coche corriendo precipitadamente hácia el puente a deshora, en un camino poco frecuentado á no ser por la tarde; aquella escarapela blanca tan conocida y tan querida en Roma, que destacando en el traje de luto anunciaba un carruaje de la embajada francesa, todas esas imprevistas singularidades llamaron la atencion de los campesinos de *Monte-Mario* y de *Villa-Madama*. Una mujer y una doncella fueron las que primero llegaron; las llevé á las márgenes del Tíber, y tomando con viva emocion las manos de la madre, la supliqué que permitiese á su hija prestar al precio que quisiere, uno de aquellos mantos dobles: fuerza es decirlo todo, uno de aquellos zagalejos que las mujeres de Roma se echan sobre la cabeza cuando están en la iglesia ó cuando llueve. Dos de estos llevaba la hija, mientras la madre solo llevaba uno. La madre vacilaba, dominada por ideas de temor y de espanto que yo me explicaba perfectamente. Entonces dije á la hija: «Es una jóven como vos, una señora, una «extranjera que habia venido de muy léjos, y que pereció miserablemente como veis....» La doncella, previo el consentimiento de su madre, me hizo suavemente señal de que me volviese, mandó lo mismo y con viveza á los dos pescadores, y luego que se quedó sola con su madre, soltó el vestido rojo que la ceñia el talle, y fué á echarlo sobre la desgraciada señorita, apartándose despues algunos pasos, sin mirar si habia recibido su madre la recompensa que yo la habia dado. Derramaba la jóven romana copiosas lágrimas, y parecia que oraba fervorosamente por la que estaba allí tendida.

La concurrencia aumentaba, pero no podia ya fijar los ojos sino en aquel vestido rojo. Llegaron tambien los dependientes de la policia á instruir la sumaria, pues no habian podido salvar la distancia con tanta rapidez como yo, y me preguntaron con mucha deferencia lo que se debia hacer en aquellos primeros momentos. Púsose el cuerpo en unas angarillas, y fué llevado á una casita baja casi siempre abandonada, que debió

de pertenecer en otro tiempo al guarda del puente', antes de que se hicieran las reparaciones ordenadas por monseñor Lante, tesorero cuando la vuelta de Pio VII á Roma en 1805. El baron Trasmondi, célebre cirujano, enviado por el gobernador, procedió á reconocer el cadáver. Cortó las cintas que tenían sujeto á la cabeza el sombrero de paja, y entonces se vió el rostro, que conservaba toda la belleza y regularidad primeras. No estaban absolutamente descompuestas las facciones, y las cubria la palidez del mármol. El baron Trasmondi sacó cuidadosamente de las manos las sortijas, y soltó el velo negro que aparecia ligeramente estropeado y con algunos jirones. Resolvióse quitarla el sombrero, que hinchándose, había preservado á los cabellos de todo contacto con el agua, y se vió que la cabellera exhalaba todavía el olor de aquellos aceites balsámicos con que actualmente se perfuma. Al menor esfuerzo se despegó toda ella por sí misma, y el cirujano, que no queria guardar sino algunos rizos para la familia, recogió respetuosamente la cabellera entera. Solo un zapato se la habia soltado. Cuando me aseguré bien de que tomaba á su cargo el cuidar de todo lo restante un hombre tan inteligente como Trasmondi, que sabia guardar las mas delicadas consideraciones, previendo que podia llegar el señor Freeborn, cónsul inglés, y querria entender solo en los funerales de aquella desgraciada que no debia reposar en tierra católica, me retiré y cuidé luego de que se transmitieran á la familia el velo, la cabellera, las sortijas y el resto de los vestidos que se habian conservado. Los hombres científicos del país dijeron que sin duda al tiempo de caer Miss Bathurst, y luego de ser derribada del caballo, el cual tuvo la suficiente fuerza para salir á la orilla, habia sido tragada por alguna olla profunda, donde sus vestidos, enredados en las cañas y las raices de plantas acuáticas, se habian cubierto de arena, sin que hubiese podido desasirse el cadáver, sino despues de alguna tempestad bastante recia que removió la arena, produciendo los desórdenes que acompañan á los furores del equinoccio de otoño. En cuanto á la completa conservacion del cuerpo, está probado por hechos históricos, que hasta los poetas han consignado, que todo cuerpo enterrado en la arena y que permanece sin contacto

directo con el agua , conserva sus formas y no las pierde sino cuando se expone al contacto del agua ó del aire.

Interesóse mucho el Papa en aquel suceso , y me habló de él varias veces, haciendo que le repitiera todos los pormenores de que yo me acordaba. Celebraron las ceremonias fúnebres los ingleses sin convidar á ningun católico. Por lo que á mí hace , de nadie recibí gracias mas que del Papa y de algunas autoridades subalternas , y aun creo que se criticó al cirujano por el cuidado que tuvo con aquella cabellera tan preciosa para una madre , á lo menos segun las ideas que nos permite nuestra religion : por otra parte se acostumbra conservar el cabello en tales casos , y el cirujano es quien los guarda en su gabinete de historia natural. ¿ No seria hermoso objeto de curiosidad para un pariente ó un amigo , que visitando tal gabinete se encontrase con el cabello de su pariente ? ¿ Cuánto mejor no es entregar este recuerdo á la madre , que puede contemplarlo si tiene valor para ello , ó destruirlo si su vista le es insoportable ? Tal vez se dijera tambien en Roma que debió enterrarse inmediatamente el funesto depósito que devolvió el Tíber , despues de guardarlo dentro de la arena en el fondo de algun remolino , y que todas aquellas ideas de tierna solicitud y de pudor público que me animaron están fuera de su lugar en el culto anglicano. Mejor comprendió la jóven aldeana los motivos que me llevaron con tanta prontitud á aquel sitio de espanto. Y sobre todo , habiendo yo tenido ocasion de consultar á hombres de los mas distinguidos de las universidades inglesas , me contestaron que habia hecho muy bien , y que solo el dolor pudo impedir á la familia que me diese las gracias... En fin.... la jóven inglesa obtuvo las oraciones de la jóven romana... Aunque no hubiese yo conseguido mas que eso , quedé plenamente recompensado.

Digamos ahora algo de la policia de Roma ; en ninguna parte es la policia tan atenta con los extranjeros. Si hay , como en todas partes , aquel espíritu de observacion mas ó menos atento que responde de la seguridad de los ciudadanos y de los viajeros , tambien es cierto que no hay hombre mas discreto , mas cortés y deferente que un agente de policia romana. Dícese que en la ciudad del Padre comun de los fieles están

todos en su casa ; hay mas que decir todavía , y es que hasta los *hermanos disidentes*, que no siempre son justos, ni suelen apreciar debidamente aquella delicadeza, *están tambien en su casa*, y gozan de aquella libertad, á pesar de todas las extravagantes exigencias y costumbres con que van á los Estados de un Principe. que en resoluciones tan soberano en ellos como pueda serlo en otra parte cualquiera otro monarca, aun el mas celoso de su poder.

Por desgracia *aquel pueblo predilecto en que plugo al Principe de los Pastores colocar la cátedra de san Pedro* comenzó á agitarse por aquel tiempo, porque para preparar buenos ejemplos, ó mejor dicho, para *apartar* los malos, se mandaron cerrar las tabernas, donde el vino bebido con exceso ocasionaba los mas funestos desórdenes. Hizo el gobierno disponer de órden del Papa cancelles donde se distribuia el vino, que luego para beberlo tenia que ir cada cual á su casa. La firmeza del Papa, *enemigo declarado de los cuchillos*, venció todos los obstáculos. Verdad es que se ha de convenir en que el pueblo vió con sentimiento que se le rompian así sus hábitos nocturnos, de libertad y licencia, y que murmuraba de una órden que, segun él, enviaba á sus casas á personas privadas de habitacion suficiente y cómoda.

CAPÍTULO XXV.

Providencias tomadas para cuando muriese el Ilmo. Sr. de Pins, administrador del arzobispado de Lyon.—Nota del cardenal Della Somaglia sobre la muerte de Luis XVIII.—D. Ignacio Tejada, enviado de Colombia, se retira á Bolonia.—Quiso ver al caballero Vargas, quien se negó á ello.—Continuábase tratando en Roma de la cuestion del Jubileo.—Fuscaldo solicita un Jubileo particular para Nápoles.—Ocurren oposiciones en nombre de muchas córtes, las mas no católicas.—Dividense en opiniones los consejeros del Papa.—El Papa resuelve que se celebre el Jubileo.—Palabras de Leon XII acerca de la ceremonia del año Santo.—Recogida de estampas prohibidas.—Remite el Papa este negocio al fallo del P. Anfossi.—Generosa conducta de este religioso.—El cardenal Della Somaglia parece amagado de perder su destino.—Es difícil hacer caer á un decano del Sacro Colegio que ocupa un alto puesto.

Ya hemos visto que Leon XII nombró administrador del arzobispado de Lyon al señor de Pins, con cuyo motivo quedaba por arreglar todavía una formalidad. Podia morir el señor de Pins, y es sabido lo que sucede con la autoridad episcopal cuando fallece un obispo. Para no incurrir, pues, en dificultades siempre muy penosas, porque hay atenciones de que no puede prescindirse aun con aquellos cuya autoridad se suspende, fué necesario prever el caso de que el señor de Pins, administrador, llegase á faltar. Y en su consecuencia se escribió al gobierno del rey un breve con las facultades convenientes.

Quiso tambien el Papa que se respondiese con una nota oficial á la otra nota con que se habia hecho saber la muerte del rey de Francia. La de la córte de Roma decia :

«No podiais dar al cardenal decano, secretario de Estado, una noticia mas dolorosa que la del fallecimiento de S. M. Cristianísima Luis XVIII, rey de Francia. Las virtudes que adornaban á este augusto monarca, la moderacion y la sabiduría con que ha gobernado sus reinos en tiempos tan dificultosos, merecen con harta razon ser lloradas por la Francia, que despues de tantos lustros de vicisitudes ha recobrado su antiguo esplendor.

«Esta muerte ha movido vivamente la sensibilidad de Su Santidad, que conocía muy bien y admiraba la profunda religion del rey cristianísimo, y que se consuela recordando los sentimientos de ilustre piedad con que se ha distinguido siempre su augusto hermano, que le ha sucedido con el nombre de Carlos X.

«El infrascrito, al manifestar en contestacion á vuestra nota de 23 del corriente el profundo pesar que le ha causado tan triste noticia, os renueva las protestas de su verdadera estimacion.—*J. M., cardenal DELLA SOMAGLIA.*»

El Papa queria tratar por sí mismo lo que fuese resultando en el negocio que llevara á Roma á don Ignacio Tejada. No estará demás referir algunas nuevas particularidades que servirán para dar á conocer todavía mejor el carácter de los españoles que, despues de haber sido súbditos de un mismo soberano, se separaron en la gran cuestion de legitimidad.

Despues de ver al Papa y al secretario de Estado que le trataron siempre con reserva como agente político y con bondad mientras no se presentaba mas que como hijo de la Iglesia, don Ignacio Tejada salió al fin para Bolonia. Pretendia este colombiano que despues de permanecer algun tiempo en Bolonia habia de volver á Roma. Mas el marqués de la Constancia contestaba que no era de creer que pudiese residir aquel embajador en Bolonia, puesto que tenia orden de salir de los Estados del Papa, y que en cuanto á lo demás, aquello no era imposible pero sí muy difícil.

Probablemente, á no haber habido por parte del caballero Vargas la gran persistencia con que se condujo en este negocio, la córte de Roma no habria roto tan pronto, ni tan abiertamente, con el gobierno colombiano. El Papa amaba tiernamente al caballero Vargas, y sufría por segunda vez, á pesar suyo, y en un distinto orden de deberes, el yugo que saben los amigos imponer algunas veces, y que no siempre sacude una alma sensible sin padecer dolores insoportables. Tejada habia querido ver á Vargas; pero este creyó que debía negarse á toda relacion. Y ¿cómo podian verse? Vargas amaba con pasion á su rey, y creía que le imponia deberes imperiosos el título de Marqués de la Constancia. Tejada era un revolucio-

nario exaltado, á lo menos entonces, que tambien habia en Francia cabezas que estuvieron mucho tiempo enfermas de esos desórdenes de imaginacion, de esa despótica demencia, y se curaron por último felizmente. Vargas y Tejada, uno en presencia de otro en el mismo terreno, habria sido un verdadero encuentro de dos volcanes. «¡Qué! decia Vargas con elocuencia caballeresca, hablar en el mismo idioma y hablar en pró y en contra de los intereses del rey católico: eso no me parece posible. Verdad que los norte-americanos y los ingleses se maldicen recíprocamente en la misma lengua, pero yo quiero que no sufra tal afrenta la lengua castellana.» ¡Ah! esta afrenta la ha sufrido ya, y aun tiene que sufrirla por mucho tiempo. Sin embargo, es necesario dar una explicacion conveniente á esto que parecerá dureza de Vargas, quien con toda su petulancia era un hombre de estado muy hábil.

El señor Cienfuegos, que habia ido á Roma en nombre de Chile, publicó relaciones tan extraordinarias y tan inexactas de sus entrevistas con Pio VII, el cardenal Consalvi y el caballero Aparici, encargado de negocios de España, que Vargas temió ser citado por cualquiera conversacion, y tuvo la prudencia de negarse á todo género de conferencias.

Por otra parte, ¿qué habrian podido decirse á sangre fria la *república* con su desmesurado ardor, y la *monarquía* con la conciencia de sus derechos, sobre todo la monarquía que no ha perdido aun á Portugal?

No debe condenarse á Tejada porque le [salió mal su mision; se le censurará sí, porque no observó una conducta prudente. Mantenia frecuentes relaciones con los romanos descontentos, con los hijos de los que proclamaron la soberanía de Napoleon en el patrimonio de la Iglesia; mantenia frecuentes relaciones con los españoles descontentos, que preparaban lo que actualmente estamos viendo. Se expresaba como agitador infatigable, que á todos los que creia de su partido, ó que se le habian puesto delante con algun designio como tales, les aconsejaba que le imitasen. Tejada, aunque dotado de talento, elocuencia é instruccion, era un agente emprendedor, pero nada á propósito para desempeñar en aquellos momentos mision alguna en Roma, en aquella ciudad donde, sobre to-

do en semejante circunstancia, es indispensable toda reserva y circunspeccion, discrecion y dignidad de carácter; en Roma, donde la cólera es prudente y la violencia meditada; en Roma, donde se debe callar á menudo porque no se quiere responder demasiado ni mentir.

En grande aprieto hubiérase visto Vargas si despues de pasar Tejada la puerta del *Popolo*, cuando vino de Liorna, se hubiese contentado con visitar los monumentos de Roma, y abstenido al principio de tener trato ó comunicacion con los hombres inquietos, á cuyo alrededor nunca falta una severa vigilancia; si solo hubiese solicitado secretamente ser oido por el gobierno pontificio; si no se hubiese empeñado siempre en desdoblar grandes credenciales, redactadas al modo de los gobiernos nuevos, que creen que se hacen los negocios con palabras *sui generis*, ó con las exageraciones de su ardor local; si hubiese, en fin, manifestado la inteligencia y el tacto que habia menester para salir bien. «Contra semejante conducta, «añadía el ministro de S. M. católica, Vargas, que cuando se «enfada dice que se llama *Bargas*, nada hubiera podido con- «seguir (1). »

De esta manera Tejada, que llevaba el tributo de la conviccion católica en una parte importante del Nuevo Mundo, y que con semejante título debia esperar interesar al Padre Santo, á un pontífice asombrado indudablemente de no tener libertad para amar y asistir á sus hijos de Colombia, fomentaba, sin saberlo ni quererlo, disturbios en el seno de Roma y de las provincias del Papa, que, como soberano, temporal, debe velar tambien por la tranquilidad de sus Estados.

Era natural que se continuase tratando del Jubileo, en cuya cuestion vamos á ver desenvolverse el carácter de Leon XII con tanta habilidad como firmeza.

El marqués de Fuscaldo hacia repetidamente al gobierno pontificio diferentes insinuaciones respecto á esta cuestion. No se rendia aquel ministro á las objeciones por mas que entre otros argumentos se le respondiese: «La Europa por espacio de veinte y dos años ha llevado una vida como de campamen-

(1) Alusion á los dos modos de pronunciar este apellido que empleaba aquel ministro segun estaba sosegado ó enfadado.

to, y por consiguiente no pudo haber jubileo en 1800. Mas hoy, que la Europa está en paz, dejad que se celebre el jubileo. » Bien se vé que el caballero de Médicis, primer ministro del rey Fernando de Nápoles, era en aquellos momentos muy contrario á aquella medida; mas despues manifestó mayor complacencia.

El marqués de Fuscaldo, en nombre del rey su amo, pero sin notificacion escrita, exponia que en virtud de su muy avanzada edad (tenia 80 años), tenia noticia de lo que habia sucedido con motivo del jubileo de 1775, publicado por Clemente XIV, en cuya época, para precaver una especie de invasion de los peregrinos de Calabria y de Sicilia, se permitió á los arzobispos y obispos abrir jubileos particulares el dia de Pascua, concediendo en ellos las mismas gracias que se habrian ganado yendo á Roma. Expidiéronse á este fin breves del Papa, y así no se vió llegar á la capital del mundo cristiano mas que la tercera parte de los peregrinos que manifestaran intenciones de emprender el viaje. De este modo la legacion de su majestad siciliana solo hubo de pensar entonces en las necesidades ya menos exigente de un reducido número de peregrinos, sin que por eso se extendieran menos por los Estados del rey Fernando los tesoros del año Santo.

Decian tambien que el Austria, para conciliar lo que debia á sus leyes y al interés de sus pueblos, habia incitado al gobierno napolitano á decir todo aquello, lo cual escuchaba muy tranquilo el secretario de Estado, limitándose á responder que daria cuenta de ello al Padre Santo.

Al mismo tiempo, el marqués de Fuscaldo se apersonaba con los embajadores compañeros suyos, y parecia tener la esperanza de que, sabidas por los demás soberanos sus representaciones, producirian una impresion favorable en el ánimo de Leon XII.

Por su parte el Papa manifestaba estar decidido á no publicar modificacion alguna mientras no recibiese las respuestas del rey de Francia y del de Cerdeña, como que estos dos soberanos eran dueños, uno despues de otro, de las carreteras que podian dar paso á los peregrinos de Inglaterra, Francia, España y la Italia inferior.

El gobierno de Turin había escrito á su encargado de negocios sin entrar en pormenores acerca del modo con que serian recibidos en su país los peregrinos de Francia ú otras naciones; habia escrito que se vigilase la conducta de los piemonteses, ora fuesen á Roma, ora á otra cualquiera ciudad de los Estados Pontificios, por ejemplo, á Loreto.

En tanto se preparaban provisiones y lechos para dar alimento y cama á lo menos á seis mil peregrinos; pero podia no ser suficiente esta prevision, si, como ordinariamente sucede, concurrían treinta mil peregrinos á la apertura de la Puerta Santa.

La legacion de Austria se explicaba con moderacion, y el señor de Gennote obedecia con puntualidad las órdenes que habia recibido. La principal oposicion, y la que casi no admitia condescendencia alguna, era la que manifestaban las legaciones de Rusia, Baviera, Prusia, Wurtemberg y Hannover. De estas cinco legaciones la de Baviera era la única que tenia derecho á hablar, y quien debia usar en su nombre de la palabra era el cardenal Hœffelin. A lo menos el marqués de Fuscaldo consentia en que viniese á Roma cierto número de peregrinos napolitanos.

Yo era el encargado de negocios de Luca, destino que desempeñaba juntamente con el de encargado de negocios de Francia. El ministerio de negocios extranjeros de Luca, al cual el Padre Santo, ignoro por qué, no habia notificado el jubileo, me consultó sobre lo que debia hacerse; le contesté que mal se podia responder á notificaciones que no se habian recibido; que estaban para llegar las respuestas de Francia que yo habia solicitado, y que seria conveniente estudiar su espíritu para manifestar acuerdo entre las diferentes ramas de la casa de Borbon. En efecto, el duque Carlos Luis, hijo de la reina de Etruria, no debia separar su política de la política de Francia.

Respecto á las opiniones de los consejeros de Leon XII, no eran todas ellas tan decididas como las del Papa.

El gobernador de Roma, monseñor Bernetti, temia que estallaran alborotos con motivo de la llegada de tantos peregrinos, y que turbaran la tranquilidad pública los liberales de

Roma. Monseñor Bernetti, hombre juicioso, podía saber mejor que nadie el riesgo que se corría, como que conocía los secretos de los agitadores, y era su deber llamar la atención de los gobernantes hácia tan importantes consideraciones.

El tesorero, monseñor Cristaldi, prelado devoto y administrador severo, estaba perplejo entre sus sentimientos religiosos, que le arrastraban á la opinion religiosa, y la austeridad de sus principios en materia de hacienda pública, en virtud de los cuales temia los gastos que habria de soportar el Estado; así que abandonaba con sentimiento algunas sumas para los preparativos ya comenzados.

El cardenal Della Somaglia esperaba las respuestas de Francia, y con razon; no se puede hacer cosa alguna altamente religiosa sin la Francia. Aquellas respuestas no podian ya ser del género de las que se escribieron el 20 de julio. Carlos X estaba lleno de salud, y el proyecto de indemnizacion, completamente aprobado, debia seguir su curso. Una satisfaccion dada al honor y á la fidelidad armonizaba noblemente con una manifestacion religiosa: ningun obstáculo temible podía distraer por un solo instante los sentimientos de adhesion á la Santa Sede en el corazon de aquel monarca, que era un nuevo San Luis, y sobre todo en una circunstancia tan solemne.

Si el consejo del gobierno pontificio entraba con reserva é incertidumbre en los designios del Papa, este no vacilaba un momento siquiera en declarar sus sentimientos.

Daba contento oírle explicarse así:

« El Jubileo de 1775 no estuvo acompañado de ninguna dificultad. Todo se encontraba tranquilo cuando Pio VI abrió con el martillo de plata la Puerta Santa. Diremos la diferencia que hay entre aquellas circunstancias y las actuales. En 1800 no hubo Jubileo. Era imposible anunciarlo la víspera de Navidad, en 1799; la Santa Sede se hallaba vacante. En el mes de mayo de 1800 estaba la Italia cubierta de tropas francesas, que habian entrado en ella traídas por las vicisitudes de la guerra. No queremos decir que mas tarde se hubiese podido anunciar extraordinariamente el Jubileo, porque se originaron desavenencias á principios de 1805, y sabidos son los desastres

de 1809 á 1814; á nadie acriminamos, y Consalvi nos ha dado precisamente [sobre este punto razones que convencen: todo fué bien hecho. No dejó Dios por eso de manifestar su benevolencia con su Iglesia; pero habiendo llegado en 1824 el término riguroso de la publicacion, hemos cumplido este deber. No existian ni existen motivos razonables para diferir el Jubileo. Las reglas dadas por nuestros predecesores desde el dia primero del siglo XIV y perfeccionadas despues, se pondrán en ejecucion. Amigos sinceros nos dan útiles lecciones de reserva; unos nos manifiestan sus temores, otros nos muestran el Tesoro agotado; todos tienen razon, todos son servidores fieles de la Santa Sede; pero no serian ellos contra quienes la severa historia dirigiria sus quejas. Leon XII no tomó á ciegas este nombre, que debe principalmente atestiguar el valor. No creemos que los liberales, únicos enemigos nuestros, se disfracen de peregrinos y vengan con armas ocultas bajo la esclavina adornada de conchas, ni que el bordon contenga un dardo asesino. Sabríamos presentarnos á ellos intrépidamente, y toda vez que, segun se dice, no tenemos soldados, presentarnos sin mas autoridad que la de nuestro rostro. Y qué, ¿guardarian en el camino el secreto de una intencion culpable? A buen seguro que nuestros hijos, los reyes católicos, y hasta los hijos separados de nuestro culto, levantarían sus barreras é impedirían la continuacion de un viaje criminal. Hemos publicado el Jubileo; hemos escuchado á los que querían que se modificasen expresiones imprudentes segun ellos, y que no echamos de menos, porque los cardenales y los prelados que poseen nuestra confianza se distinguen por su eminente cordura. Ahora son ó ya la santa trompeta; las naciones cristianas han sido convocadas, y estamos decididos á cumplir nuestro deber sin temer peligro alguno. Si hay peligro, ese peligro será nuestro gozo, nuestra dicha, nuestra palma; debemos transmitir el ejemplo tal como lo hemos recibido.»

Despues, animándose aun mas Leon XII con sus propias palabras, acabó diciendo: *Si dirà quel che si dirà; si ha da far il Giubbileo*: «Se dirá lo que se diga, pero ha de hacerse el Jubileo.»

Todo estaba en la batalla del Jubileo, como pretendían los ma-

lévolos (1); pero si no tenia Leon XII miedo]á los liberales disfrazados de peregrinos, tenia que temer secretas maquinaciones que no eran para despreciadas.

Así las cosas, vino al parecer á turbarlas todavía mas un suceso imprevisto. Cierta comerciante, de origen francés, habia introducido cajas de doble fondo que contenian estampas obscenas, las cuales debian distribuirse por Roma gratuitamente. Este comerciante, al ver aprehendida su mercadería, no reparó en solicitar de mí la proteccion de la embajada; le respondí que no era posible merecer nuestro apoyo, cuando, y sobre todo en vísperas del año Santo, se habia tenido la osadía de hacer un tráfico semejante, tan prohibido por las leyes de nuestro país como por las de Roma y por las de todas las naciones, sin mas excepcion que los Estados que gobernase Mr. de Sade. Al dia siguiente vino á verme un comisario del gobierno pontificio, trayéndome aquellas abominables cajas para manifestarme el crimen del comerciante, y diciéndome que el Padre Santo se habia reservado para sí y para un sujeto de su intimidad conocer de aquella causa. Deseaba Su Santidad que esta no pasara por la via de la secretaría de Estado ni del Camarlengo, y me aseguraba que solo á mí se daría conocimiento de la sentencia que recayese.

Añadió el comisario que el Padre Santo habia sabido la severidad con que poco antes habia yo hablado al que solicitara mi apoyo. Al cabo de algunos dias vino á verme el comisario, y me hizo saber que, por consideracion á la embajada, se habia contentado el Padre Santo con mandar que se quemaran las cajas en presencia de un apoderado del dueño de ellas, el cual recibiría una reprimenda, porque aquella persona de la intimidad del Papa, encargada del proceso, habia conjurado á Su Santidad que hiciese gracia de la pena (que era por cierto algo mas grave y mas infamante que la señalada en nuestro Código penal). Habia pues accedido Su Santidad á perdonar la pena, y se ponía en mi conocimiento aquel fallo, rogándome que estuviese cierto de que se tenia gran satisfaccion en ha-

(1) El Sr. Nodari se explica de este modo: «*Contra hoc repugnabant accirimè recens impietas, et meticolosa sæcli decimi non politice.*»

ber hecho una cosa que impedía acusar á los franceses de haber dado semejante escándalo, mayormente cuando yo habia sido el primero en condenar la culpable imprudencia del comerciante. El juez secreto que nos daba pruebas de tanta benevolencia, era precisamente el P. Anfossi.

Este religioso, mejor dirigido, se habia convertido en amigo nuestro.

Tratáronse igualmente otros negocios con el mismo espíritu de lisura y benevolencia por una y otra parte. Con este motivo dijo el Papa bastante públicamente que creia deber esta conducta al modo con que era tratado su Nuncio en París, y sus terminantes expresiones fueron: «La nacion francesa es una de las naciones con que se arreglan mejor todo género de negocios.» Estas muestras de satisfaccion iban acompañadas de reflexiones muy obsequiosas para los ministros del rey en París.

Corrieron por aquel tiempo voces desfavorables al cardenal secretario de Estado, de quien se decia que iba á ser reemplazado y que aceptaria el destino de datario. Con este motivo referiré un hecho que puede dar una idea del poder del cuerpo diplomático en Roma. Me hallaba yo esperando la audiencia del secretario de Estado, cuando se me acercó uno de sus gentiles-hombres, y me dijo que era al cardenal á quien se tenia que combatir cuando queria retirarse; y llegó hasta añadirme: «Hablad con él, *dadle ánimo*, que si no se quiere ir, se quedará.»

Presumíase que el destino de datario habia seducido al cardenal. En efecto, el empleo de secretario de Estado apenas es retribuido, y costará trabajo en Europa creer que no produce quizás diez y seis mil reales. El de datario es el mas lucrativo de todos. Un cardenal secretario de Estado, cuando no ejercia este empleo en tiempo de Pio VII y se llamaba cardenal Consalvi, corria riesgo de ser un subalterno; hallábase continuamente expuesto á las tempestades. En la Dataría habia mas recursos para practicar la beneficencia y distribuir numerosas limosnas.

Creido, pues, de que hacia un bien á la Francia y á Roma, hablé en tono de risa á S. E., y acabé diciendo: «Monseñor,

despues de haber sido embajador del rey cerca de los cuatro príncipes en el palacio del duque Laval, y en seguida único embajador en San Luis, es preciso á lo ménos que V. E. guarde la órden de retirarse.»

Llegó á hacerse entonces la conversacion mas íntima, y no faltaron quejas. Para salir del aprieto en que me habia metido, y para acabar de una vez sin temer la respuesta, me levanté y dije al cardenal: «Ved, monseñor, lo que estamos viendo todos. Desde aquella carta al rey, de 4 de junio, que fué tan mal recibida, y que el Papa, estoy seguro de ello, escribió en vista de intrusiones de que es enemigo y que no debe autorizar, ha resuelto gobernar solo. Ha podido llevar á mal algunas censuras indirectas sobre un paso que ha tenido resultados ofensivos para él. Actualmente quiere ser amo; quiere desentenderse de los consejeros que abusaban de su gratitud, y de cualquiera que no penetrase bien lo que ha pasado. Fuerza es someterse: se llama *leon*. Vos sabeis como está sosteniendo él solo el Jubileo, y acabará por vencer todas las resistencias. Tengo un presentimiento que me induce á creer que nuestro rey le escribirá con cariño acerca del Jubileo, y que aplaudirá su valor. Pio VII era un Papa que habia de tener un ministro; Leon XII no quiere tener secretario de Estado que le dirija; pero debe querer á su lado á un hombre de experiencia, un sábio á quien halla cuando le necesite, y cuyos consejos por último busca y acepta sin temerlos.»

No disgusté; el gentil hombre volvió á la carga, y ya en otra audiencia el cardenal me pareció con ideas mas fijas, y me dijo muy quedo. «El Papa nada me dice; quedémonos pues aquí.»

Un cardenal decano que anda todavía, que puede asistir á las ceremonias, y desea permanecer en un empleo que ocupa, es un dignatario difícil de despedir. Bien lo sabia el Papa; el Sacro Colegio no acostumbra moverse sino cuando lo hace el cardenal decano. El es quien dá impulso á todos aquellos graves personajes, quien les llama, quien les invita, y ellos no dan un paso sino de órden suya.

CAPÍTULO XXVI.

Convenio entre las córtes de Roma y Rusia para el pago de las bulas enviadas á los obispos de Polonia y Rusia.—Despacho del encargado de negocios de Francia en que suplica al gobierno del rey que ayude al gobierno pontificio, apoye con su crédito al cardenal secretario de Estado, y se declare en la cuestion del Jubileo.—Solicita Francia el capelo de cardenal para el Ilmo. señor de Croi, arzobispo de Ruan.—Escribe Carlos X al Papa anunciándole la muerte de Luis XVIII.—Respuesta del rey de Cerdeña al Papa sobre el Jubileo.—Despacho del encargado de negocios de Francia sobre los asuntos de la embajada.—Pormenores acerca del género de vida del Papa en el Vaticano, donde encuentra todas las latitudes.—Las diez mil piezas del palacio Vaticano.—Algunas de estas piezas contenian tesoros que no llegaron á descubrir, durante la ocupacion, ni los franceses ni los napolitanos.—Demostraciones obsequiosas hechas por el Papa al encargado de negocios de Francia.—Anécdota de Duclós.—Relacion de lo que pasó en la audiencia que dió el Papa al señor de Croza, encargado de negocios de Cerdeña.—Rumores de conjuracion en Baviera y Prusia.—Noticias discordes acerca de lo que se respondió de San Petersburgo sobre la ceremonia de la plaza Navona.—Llega á Roma el conde Harrowby, presidente del Consejo de Inglaterra.

Entretanto continuaba Rusia solicitando la organizacion católica para Polonia, que tenia un arzobispado en Varsovia y nueve obispados dependientes de él, incluso el de Cracovia, que, aunque país libre, está sujeto á Varsovia en lo espiritual. La Rusia propiamente dicha tenia tres arzobispados y cuatro obispados.

Habíase arreglado á satisfaccion de ambas potencias la cuestion sobre derechos de Dataría, desapareciendo esta ocasion de propalar calumnias contra la córte de Roma. Por las bulas de cada arzobispado de Polonia y Rusia se pagaban unos 1000 duros, y por las de cada obispado 800. No habia estado anteriormente arreglado todo para Rusia como para Polonia; pero proponiendo el señor Italinsky que se igualase un país con otro, Leon XII aceptó, y continuaron así las cosas hasta los funestos disturbios de que tendremos ocasion de hablar mas adelante.

En cuanto á los demás asuntos, el siguiente despacho del

encargado de negocios de Francia, del 5 de octubre, va á resumir en parte la situacion de la córte de Roma.

«Excmo, Sr.: Tengo dicho á V. E. cuánto contribuyó la voz de la Francia á ilustrar al gobierno pontificio; cuán reconocido se ha mostrado este á la creacion del nuevo ministerio de negocios eclesiásticos, y quanto ha procurado el Papa otorgar mercedes á los franceses. Tengo dicho á V. E. todo lo que encierra el corazon de Su Santidad en favor de nuestra nacion; todas las disposiciones para amarnos y preferirnos que residen en esta bella alma, tan noble y tan sensible; todo el afecto que nos profesa este pontifice, y el inagotable fondo de benevolencia, nacido durante sus nunciaturas, fortificado desde su permanencia en París mediante sus relaciones con nuestros príncipes, y convertido en una como sustancia inherente á su propia existencia de resultas de los triunfos de España, que favorecian su partido y le daban el triunfo en la eleccion. El Padre Santo ha oido las aclamaciones que mereció el nombramiento de su persona, mezcladas con los gritos de *viva la Francia*. Destinadase halla esta á alcanzar siempre gloria, y esta vez ha sido gloria sólida y fundada en los principios de moral universal; aun mas que gloria, ha sido seguridad para ella misma. La Francia ha proclamado otra vez aquella gran verdad que el señor cardenal de La Fare decia haber oido de boca de la señora duquesa de Angulema: «*¡Cuán facil es, empero salvar á un príncipe desgraciado!*». Leon XII se unió con nosotros el día de su creacion, nos ama, nos honra, y nos dice que nos ha encontrado buenos consejeros: no le abandonemos pues.

«Estoy persuadido de que nosotros somos quienes debemos sacarle del apuro en que se encuentra, y del que no creo que pueda salir él solo con los elementos que le asisten, que le contrarían ó que acaso intentarían todavía gobernarle.

«Estoy íntimamente convencido de que en París debe saberse lo que exige la política general de Europa en la cuestion del Jubileo, estoy persuadido de que en el consejo del rey no se ignora ninguna de cuantas explicaciones son necesarias para tratar esta cuestion. Allí es, pues, donde debe ventilarse. Allí no faltan sabiduría, Religion, talento, decision y fuerza; allí estan los hechos, las causas, los obstáculos y las intencio-

nes; allí está la moderacion valerosa. Un dictámen del consejo, con todos los matices que tan bien distinguen nuestro carácter nacional, calculado con nuestros deberes y nuestros derechos, es el áncora de salvacion que aseguraría la nave de San Pedro atacada por sus enemigos y mal defendida por algunos de sus propios marineros.

«Seria bien que el nuevo rey cristianísimo inaugurase los muchos beneficios que anuncia para la religion, auxiliando hoy en sus apuros al Sumo Pontífice, que puede ser tan mal servido por los que le detengan como por los que le impulsen.

«De seguro es ya demasiado tarde para retrasar el Jubileo; pero es posible arreglar sus formas y su duracion, ampliarlo, explicarlo é impedir que no sea menester contrariarlo por no haberse previsto suficientemente las necesidades de tan gran número de personas congregadas en un mismo punto.

«La Francia ha vencido la revolucion de España, y debe ser la bienhechora y la protectora de Italia. Ciertó que yo no sé lo que debe hacerse; pero se sabrá en París, y veo que aquí se recibirá con agradecimiento un buen consejo.

«El secretario de Estado que actualmente teneis oyó con mas atencion al marqués de Fuscaldo la última vez que este ministro le habló del Jubileo. Es muy importante que hasta que V. E. responda se continúe afirmando al cardenal en la idea de conservar su destino. Hay que amenguarle algo el deseo de riqueza, en cual hace para él, más seductora la dignidad de datario. Se habla de nombrarle camarlengo en lugar del cardenal Pacca, que pasaria entonces á ser datario. Conviendria que nuestro cardenal nos durase bastante tiempo para ayudar á nuestras intenciones, si V. E. tiene el proyecto de intervenir en este verdadero apuro de la Santa Sede. Cuando haya pasado el peligro, cuando se hayan abierto con órden las puertas santas á los fieles de la cristiandad, merced á los buenos oficios de la Francia, podrá ya escuchar el cardenal estas proposiciones de camarlengato. Conozco mucho á Roma para pensar ahora que pueda él pretender ser Papa si continúa mucho tiempo de secretario de Estado. Verdad que un decano se coloca donde él quiere; pero no es seguro que un decano

salga Papa cuando ha sido secretario de Estado, y blanco de todos los ataques de la envidia y de la medianía.

«El camarlengo es ya, según se cree, medio Papa el día en que muere el Pontífice, pero rara vez llega á andar la otra mitad del camino. En fin, si nosotros miramos por nuestros intereses, no podemos impedir que este apreciable anciano mire por los suyos.

«Bastará que si V. E. quiere hablar, lo sepa él muy pronto para apoyar nuestras intenciones, que solo pueden ser intenciones de un espíritu religioso, como el del decano, propenso á la moderación, amigo de que se ostenten sin peligro las magnificencias cristianas; quien hace pocos días me decía de un modo patético: «*Non in igne Deus, sed in spiritu auræ lenis*:» «No está Dios en el fuego, sino en el soplo de un aura suave (1).»

«En cuanto al medio que se habría de emplear si el rey aprobase este proyecto, no sería menester precipitarse. Conviendría hablar templadamente al Nuncio, cuyos despachos pueden aquí mucho. En seguida el embajador duque de Laval podría declarar que se respeta el principio de que ha de celebrarse el Jubileo, *che si ha da far il Giubbileo*; pero que se desea se tenga presente que con un sistema de etapas propuesto en Bolonia, y que ya casi se exige violentamente por algunos peregrinos, se compromete á gastos enormes á los gobiernos extranjeros; que nuestros presupuestos no prevenen este aumento de gastos inesperados; que teniendo los peregrinos asegurada la subsistencia, pueden hacerse ellos mismos misioneros en cada aldea, y emprender cada cual un apostolado en cierta manera sedicioso; que están ya excitando á los peregrinos á que partan, y engruesen la muchedumbre en los centros donde ahora reina efectivamente la abundancia, pero donde se teme haya algunas almas corrompidas prontas á emprender quizás aquellos monopolios que engendran la escasez.

(1) Esta cita corresponde, á lo menos sus tres primeras palabras, al verso 12, cap. 19, lib 3.º de los Reyes. El cardenal trocó algunas palabras, pues el texto dice exactamente: «*Non in igne Dominus et post ignem sibilus auræ tenuis*.» «No está el Señor en el fuego; y tras el fuego el soplo de un aura tenue.» Sin embargo, puedo equivocarme, y quizás este texto, tal como lo citó el cardenal, pertenezca á otro versículo de la Biblia, ó al texto de algun Santo Padre.

«Lo que influirá mas eficazmente en el ánimo del Papa es la voz de Carlos X. El Padre Santo se halla penetrado de antemano de un cariñoso afecto hácia ese príncipe, afecto mezclado de respecto á la grandeza y elevacion del rey de Francia.

«Leon XII no ha reinado solo hasta despues de la muerte de Severoli. Como quiera, las dos soberanías de Francia y Roma, que han nacido juntas y como en un mismo dia, deben darse la mano. Leon XII, amigo del rey, lo es tambien de la Francia. Seguirá los consejos *indirectos* que se le den con miramiento. No se le debe escribir ahora (el historiador se ve obligado á confesar que el encargado de negocios temia las cartas de París; el áspero Cacault habríase propasado á decir: «No escribais, porque no sabreis escribir como se debe;» *en efecto, se habia respondido demasiado*); pero noto que el nuncio Macchi refiere con mucha fidelidad las palabras que se le encomiendan para su amo; además de que todo cuanto el gobierno ha pedido aqui al secretario de Estado, ha salido generalmente bien, si de este ha dependido. Depositarios de esta influencia, debemos temer que se nos eche en cara no haberla empleado. Si ocurriesen desórdenes, los austriacos acudirian del castillo de San Telmo y de la ciudadela de Ferrara. El señor de Gennotte no se cuida ya tanto de dar gusto. Esta mañana, en la misa del aniversario de la coronacion, misa solemne á la que el Papa deseaba que fuésemos todos en obsequio á su persona, me he encontrado solo en la tribuna diplomática con el encargado de negocios de Cerdeña, para representar la Europa. Pues qué; No hay en Roma mas que Francia y Cerdeña?

«Vuelven á comenzar las escenas de desaprobacion, y algunas autoridades de Bolonia dan ya señales de resistencia. Perdóneme V. E.; mas no crea por eso que hablo contra el Jubileo. Es indispensable que haya jubileo en Roma; pero es menester ordenarle, y como ya llevo dicho, explicarlo. Ya que todo es nuevo en Europa, conviene en la actualidad entenderse bien antes de poner en movimiento, y sucesivamente, tal vez á cien mil hombres de todos genios y naciones.

«V. E. tiene aquí de centinela á un veterano. Escribe á V. E. lo que él piensa y ve; y en esta última carta se creia en la obligacion de decirlo todo al gobierno del rey.»

Persistia la Francia en solicitar el capelo para el arzobispo de Ruan. Pidió el cardenal Della Somaglia alguna espera, prometiendo sin embargo mostrarse favorable; mas no se quería proceder á esta creacion sino despues de publicada otra que habia de comprender á súbditos romanos, recomendables por sus servicios en varias administraciones.

No llegaba de París carta notificando el advenimiento al trono del rey Carlos X, ni contestacion á la que á su tiempo habia notificado el Jubileo al rey Luis XVIII. Viena, que habia respondido anteriormente respecto al advenimiento, respondió despues acerca del Jubileo, como ya se ha dicho, y esta última comunicacion, redactada con un cálculo muy hábil, manifestaba religiosos sentimientos, al mismo tiempo que algunas palabras encubrian reservas, pues no pueden llamarse amenazas. Las cartas de París que se presumia serian gratas, hubieran mitigado los pesares dados por el Austria si hubiese tenido esta la intencion de causar afliccion al Padre Santo; eso se decia en Roma. Sin embargo, aquellas sospechas contra el gabinete de Viena no tenian aun ningun fundamento sólido, y todo se reducía á conjeturas.

Manifestábase algo impaciente el cardenal secretario de Estado, y sabiendo que debía ir á París el señor de Zichy, como embajador extraordinario de S. M. Imperial y Real Apostólica para cumplimentar al rey Carlos X, no pudo menos de decir en alta voz: «Es claro que han escrito de París al emperador, puesto que envia un embajador extraordinario á la corte de las Tullerías. En cuanto á Roma, el hijo primogénito no ha escrito á su Padre.» Permitted Su. E. se le hiciese presente que no se debía quizás creer que se hubiese pasado á Viena ninguna otra comunicacion mas que la que se habia dirigido á Su. E., y á la cual habia respondido con una nota llena de sentimientos de benevolencia sumamente obsequiosos para el rey; que en Viena, como en todas partes, se hablaba de las cosas antes de hacerlas; que llegarían pronto las cartas de notificacion al Papa, y que se debía aguardarlas por instantes.

El 9 de octubre llegó á Roma la carta para el Papa anunciándole el fallecimiento de Luis XVIII. No habia motivo pa-

ra quejarse: el hijo escribió á su Padre antes de un mes despues de la muerte del monarca que lloraba la Francia. En el mismo momento recibió el encargado de negocios de Cerdeña la respuesta de su amo dirigida al Papa con respecto al Jubileo. Declaraba en ella el príncipe que facilitaria el viaje y el tránsito por sus Estados á sus súbditos y á los extranjeros que quisieran emprender la peregrinacion *con un designio religioso*. Y se reservaba al mismo tiempo S. M. tomar las disposiciones (*la disciplina*) que eran útiles, atendidos los tiempos en que viviamos.

Vamos á continuar surtiéndonos de la correspondencia del encargado de negocios de Francia. Sus despachos ofrecen la particularidad de que, como mantenía relaciones de amistad y buena inteligencia con todos los embajadores sin excepcion alguna, tenia la dicha de no transmitir á su córte mas que por menores seguros en lo concerniente á las otras legaciones, y su deber no le permitia omitir ninguna noticia conveniente en lo relativo al servicio de su propia córte. Habia recibido las cartas de notificacion del fallecimiento del rey Luis XVIII y del advenimiento del nuevo rey, las que debia entregar personalmente á Su Santidad. El despacho siguiente es de fecha 14 de octubre de 1824:

«Excmo. Sr.: Tuve el honor de participar á V. E. que Su Santidad habia prometido admitirme en audiencia particular el miércoles 13 á las doce del día, para recibir la notificacion del fallecimiento del difunto rey.

«Al llegar por la escalera secreta á la pieza que precede á la biblioteca del Padre Santo, lugar donde ordinariamente da sus audiencias particulares, encontré al marqués de Croza que debia ser introducido cerca de Su Santidad á las once, y que aun no habia sido llamado.

«El marqués de Croza, fiel servidor de su amo, muy afecto á la Francia, y que tiene conmigo amistad muy íntima desde que el señor conde de Barbarroux, antiguo embajador de la córte de Turin, hombre muy distinguido por su talento y por sus vastos conocimientos en jurisprudencia, se dignó presentármelo antes de irse de Roma, tuvo tiempo para decirme en cambio de otras confianzas importantes que yo le habia

hecho, que traía la respuesta de su soberano acerca del Jubileo. Esta respuesta, cuya parte principal conoce V. E., la habia enviado la corte de Turin muchos días antes de que llegaran á mis manos las cartas del rey al Papa.

« Dijome tambien el marqués de Croza que procuraria llamar la atencion del Papa sobre la cuestion del Jubileo, y que me comunicaria la conversacion que iba á pasar entre Su Santidad y él.

« Al cuarto de hora salió el marqués de Croza, y con una señal convenida me dió á entender que habia hablado mucho con Su Santidad de aquella cuestion, y que me esperaba en su casa despues de la audiencia para comunicarme lo que se habian dicho.

« Entré á ver al Papa y le presenté la carta de S. M. Levantóse para tomarla y me dijo: « Los franceses amaban mucho al « hermano del rey desde 1814, y han manifestado libremente « su amor el dia en que ha entrado en París como Carlos X. El « Nuncio ha participado el entusiasmo y las aclamaciones. No « hemos aguardado esta carta; han ido ya nuestros cumpli- « mientos anticipados: el pueblo francés será muy feliz con « Carlos X.»

« Parece que el secretario de Estado no se cuidó de que yó hablara mucho con Su Santidad acerca del Jubileo. Y como acababa de tratar de ello con una persona cuya buena fe y memoria me eran muy conocidas, creí que cuando mas debía indicar que aquella materia interesaba al gobierno del rey, lo que hice brevemente; y enumerando todas las ventajas de una permanencia tan prolongada en el Vaticano, observé que la proximidad de la gran Basílica de San Pedro para las ceremonias del año Santo, minoraría la fatiga de Su Santidad. Por lo demás, no podia yo preguntar sobre un punto tan importante, sabiendo perfectamente que mi gobierno no habia respondido.

« No hizo alto el Papa en aquella frase; y como sus conversaciones favoritas son la guerra de España, la grandeza de los reyes de Francia, y el valor que ha tenido para habitar en el Vaticano, á pesar del mal aire del que acaba de conseguir una plena victoria (habia pasado el Papa allí los meses de junio, ju-

lio, agosto y setiembre); dijo primeramente cosas muy atentas del señor Delfin, que fué á caballo al lado de su augusto Padre, el dia de la entrada en París. Mencionó en seguida la feliz expresion de V. E., que en la carta con que remitia la notificacion de la muerte del rey no omitia expresar cuánto aprecio y veneracion tenia á Luis XVIII la familia de los soberanos (expresion de sentimiento que yo habia cuidadosamente conservado en mis notas al secretario de Estado, que habian notado muchas personas y con la que habia yo hecho la córte á todos los embajadores extranjeros residentes en Roma).

« Interrumpí respetuosamente á Su Santidad diciendole que el Papa era el Padre comun de toda aquella familia, y que se lo habiamos probado así el dia en que fué el cuerpo diplomático á felicitarle por su eleccion y en que tuvimos la alta satisfaccion de encontrarle con mucha mejor salud que el año pasado. De este modo preparé naturalmente la transicion al mal aire. Respondió Su Santidad: « Es verdad que nos sentimos mejor que cuando nos hicieron Papa; además hemos arrostrado todas las preocupaciones. Es absurdo creer que hay en un lugar aire sano, y repentinamente una enfermedad en otro, á pocos segundos de distancia. »

« Entonces se dignó entrar el Padre Santo en algunos portadores sobre su género de vida, sobre los hábitos que adquirió en el Vaticano siendo *servidor* de Pio VI, y sobre la distribucion de las habitaciones; se chancó sobre las diferentes latitudes de este inmenso palacio, donde halla los climas que quiere, y que estan vasto (10,000 piezas) que ninguna persona de su servidumbre puede lisonjearse de conocerlo enteramente (1). Echóse á reir, el primero, hablando de las horas singulares de comer y cenar, las cuales ha tenido que adoptar para conseguir algun alivio en sus dolencias (2).

(1) No obstante las diligencias de las autoridades durante la ocupacion de los franceses, de 1809 á 1813, y las de los napolitanos á principios del año 1814, hubo cuartos del Vaticano donde no llegaron á entrar ni unos ni otros, y donde se habia escondido plata, ornamentos de iglesia, etc.

(2) Los Papas comen siempre solos. Leon XII decia: « No hemos tenido que ganar mas que á nuestro cocinero y á un cameriere para comer á la hora que nos acomodaba: ha sido difícil, pero lo hemos conseguido. » Nada se varió, sin embargo, á la hora que se daba de comer á doce pobres que Leon XII

« Convidé en seguida á Su Santidad , como en nombre de su pueblo de Roma , á que saliese durante lo que allí llaman *el octubre*. Me tomé la libertad de decirle que á los romanos que se entregan á todo género de regocijos durante aquella estacion, les gusta encontrar la bendicion del Papa en medio de sus diversiones ; Su Santidad respondió bondadosamente que saldría é iria á dar los paseos de costumbre.

«Esta conversacion de tanta confianza nos condujo á otra materia mas grave: « Conocemos, añadió el Padre Santo, que es « una necesidad dejarse ver. No debe abrigarse desconfianza « contra los ministros ; ellos deben dirigir los negocios , pero « al pueblo le gusta un soberano que duerma poco, y á quien « haya seguridad de encontrar siempre.

« No perdí la ocasion de manifestar mi respeto por la conducta y el celo del cardenal Della Somaglia , tan adicto á su amo, y por la ciudad de Roma , á la que he pintado como una de las capitales mas francamente apasionadas de su soberano.

» Sí , eso nos aseguran , replicó el Padre Santo , y eso nos « causa mas satisfaccion y nos da mas ánimo. »

« Despidiíme en seguida, y dejando repentinamente á un lado el lenguaje oficial , que habla en primera persona del plural, para expresarse con mas familiaridad y cariño, añadió estas palabras : « Adios , sé que me amais. »

« Al despedir , el Padre Santo junta siempre las dos manos , que es su salutacion ordinaria, su *bendicion de sociedad*. Conforme con un privilegio que me he atribuido ya muchas veces , le tomé ambas manos y se las besé (1); y cuando con arreglo á

habia convidado á su palacio el dia mismo de su exaltacion al Pontificado. Siguieron comiendo así otros tantos en todo el tiempo que vivió. Iba á servirles él mismo frecuentemente. Los pobres decian: « Con semejante Papa, todos los dias son para nosotros Jueves Santo. » Durante el Jubileo estos doce pobres eran peregrinos extranjeros. Cuando no habia peregrinos, en 1824, ó en 1826 27, 28 y 29, se solia muchas veces convidar á doce convalecientes bastante restablecidos que se traian de los hospitales.

(1) En el « Viaje á Italia de Duclós (1791, en 8.º, páginas 134 y siguientes), se lee: « Fui á la audiencia del Papa Clemente XIII; y despues de dejar con arreglo á la etiqueta la espada y el sombrero, me introdujo un prelado monseñor Borghese. Hicé las tres genuflexiones, y besé la mano del Pontífice, quien haciéndome al instante levantar entró en conversacion..... Debo decir que primeramente le hablé en italiano; pero como no lo hablo tambien

las formalidades de etiqueta, que exigen se salga andando hacia atrás, me iba ya retirando, dijo todavía: «Ya habrá recibido el rey mis cumplimientos. Espero que tantas ceremonias, tanta fatiga y tan malos tiempos, no habrán puesto enfermos al rey ni al delfin; decid también que rogamos á Dios por el alma del rey difunto.»

«El secretario de Estado estaba esperandóme en sus habitaciones. Le di cuenta de lo mas interesante de de mi conversacion con el Papa, sin olvidar que habia hecho yo mencion de lo adicto que era S. E. á su amo.

«Yo deseaba ardientemente ver al señor marqués de Croza. Este jóven, lleno de inteligencia, de tino y de conocimiento de sus deberes, habia entregado al Padre Santo la carta del rey de Cerdeña. Una *copia figurada*, dirigida con anterioridad al

como lo entiendo, empleé el francés cuando me era mas cómodo; y para autorizarme á hacerlo dije al Papa: «Sé que Vuestra Santidad entiende perfectamente el francés, y espero que tenga á bien que el secretario de la academia francesa hable algunas veces su lengua.»—«Sí, me respondió, hablando pausadamente.»—Así que, empleé indiferentemente ambos idiomas. Llevaba ya media hora de audiencia, cuando le dije: «Santísimo Padre, para no abusar de la bondad de Vuestra Santidad, me despido (en esto se equivocó Duclós, porque nadie se despide de los Papas ni de los reyes; ellos son los que dan á entender con una señal que la audiencia se ha terminado); pero suplico antes á Vuestra Santidad que me dé su bendicion paternal.»—«Aspetta» (espera), me dijo el Papa; y á la señal que hizo á un prelado, entró este en un gabinete del que volvió al instante trayendo en una salvilla un rosario de un decenario, del que pendia una medalla de oro, que presentó al Padre Santo, quien la tomó y me la dió. Al recibirla de su mano me tomé la libertad de besársela, lo que le hizo sonreirse, y ví que los asistentes también se sonreían. Así que salí pregunté al prelado que me acompañaba, cuál habia sido el motivo de aquella sonrisa, y me respondió delante de la servidumbre de la antecámara, que era por haberme yo atribuido el privilegio que solo los cardenales tienen de besar la mano al Papa. Actualmente, fuera de las ceremonias, muchas personas, principalmente extranjeras, se toman la libertad de besar la mano al Papa; que es siempre un movimiento hecho «por sorpresa,» y al que nunca se niegan los Pontífices; hasta parece que lo permiten con mucha bondad, aun que algunas veces con la sonrisa de Clemente XIII. Sea lo que quiera, para nosotros los agentes diplomáticos que, presentándonos en nombre de un soberano, tenemos la ventaja de entrar con sombrero y espada, semejante accion es siempre eminentemente católica, y en definitiva nunca perjudicado los negocios. Por lo demás, no sé yo si cuando oye uno que con la mas afectuosa delicadeza le dice el Papa «Sé que me amais,» puede no incurrir en el «atentado cardenalístico» de que dió ejemplo el filósofo Duclós en 1767.

secretario de Estado, instruía anticipadamente á Su Santidad, quien por consiguiente no tuvo necesidad de preguntar por el contenido de la carta.

« Vió con gusto Su Santidad que el rey de Cerdeña decia que si no podia asistir personalmente al Jubileo, asistiría seguramente *con el corazon y el alma*.

« Aprobaba altamente el Papa la distincion que se queria hacer entre las personas en quienes recayeran sospechas de malas intenciones, y los peregrinos que viajasen con un designio religioso.

« No solo le parecieron muy bien á Su Santidad *le discipline e le providenze*, que son útiles atendidos los tiempos en que vivimos, sino que admiró esta prevision y se manifestó sinceramente reconocido.

« Recayó despues la conversacion en una materia indiferente, pero interrumpiéndole el padre Santo de un modo visible, repitió la seguridad que primermente le diera de lo mucho que aprobaba las distinciones propuestas por la córte de Turin, de su aquiescencia á las medidas de policia ya necesarias, de la admiracion que le causaba tanta prudencia, y de lo profundamente que agradecia semejante comunicacion. Acuérdate principalmente muy bien el marqués de Croza de la siguiente expresion del Papa: « Señor marqués, es necesario que cada cual haga su oficio (*su mestiere*); Nos haremos el nuestro, los reyes harán el suyo, y todo irá perfectamente. »

El encargado de negocios de Cerdeña habia cuidado de recojer con avidez y con muchísimo orden los mas pequeños pormenores de esta respuesta final, dicha dos veces con acento de dignidad y de seguridad.

Creo que el marqués de Croza fué la primera persona que supo los descubrimientos que se habian hecho en Alemania, particularmente en Prusia y Baviera (decíase que se habian encontrado depósitos de armas y cohetes á la congreve).

Parecia pues cosa segura que habria indudablemente Jubileo, pero que se ordenaria con un acuerdo libremente convenido y concertado con las potencias. Los peregrinos no debian apoderarse de Roma sin defensa; se les permitiria el santo viaje, pero con sujecion á una vigilancia firme y previsora. Con-

viene añadir que se debía este resultado á la fuerza de carácter del Papa , que sin vacilar acerca de lo esencial de la idea, nada deseaba tanto como prestarse á condescendencias políticas , para que no sobreviniese ocasion alguna de arrepentirse de una imprudencia.

Importaba saber lo que pensaba sobre esta cuestion el ministerio de España. El marqués de la Constancia , á quien casi siempre era menester ir á buscar , porque rara vez salia , tuvo á bien decir que su córte no le habia escrito nada , que nada sabia , y nada hacia. Sin embargo, habíase publicado en los periódicos de Madrid una circular del Nuncio á los obispos hablando del Jubileo en términos muy ardientes.

Existia tambien otro motivo de curiosidad general , y era que se deseaba saber la respuesta del gabinete de San Petersburgo al envio de los dibujos en que se habia representado al ministro de Rusia al lado del Papa en la visita del 15 de agosto. Dos versiones corrian sobre el tenor de aquella respuesta.

Segun la primera , habíase altamente aprobado la conducta del embajador ; segun la segunda , habíase condenado con bastante severidad. Hablando al cardenal secretario de Estado de la primera version , no hizo movimiento alguno para responder. ¿Seria que hubiese cometido tambien una falta el *promovedor de aquella escena* , y que en vista del resultado tuviese que echarse en rostro una tentativa que no habia producido fruto alguno , y que quizás indisponia á Rusia ? La segunda version pasó por tener alguna probabilidad. El marqués de Fuscaldo , aquel político furibundo que á nadie guarbaba consideraciones , decia bastante públicamente acerca de esto : «A ser yo embajador de Rusia , no hubiera hecho aquello. El emperador de Rusia es , segun él dice , el Papa de su religion. En Roma se le llama sin rodeos cismático. Debe exigir que las relaciones de su embajador con la Santa Sede sean , enteramente circunspectas en lo concerniente á la Religion. Habria hecho bien en convidar al Padre Santo á ver fuegos artificiales , ó una carrera de caballos , ó una inundacion ficticia de la plaza Navona , como las que hay todos los años durante los calores ; pero nunca una mision en la que podria hablarse mal , contra su voluntad , de los cultos diversos de la comunión católica ,

porque en tal caso se veía obligado el embajador á oír en su propio palacio, y de grande uniforme, cosas desagradables para su religion.»

Todo iba bien respecto á la cuestion que tenia exclusivamente ocupada la atencion de Roma.

El Jubileo, ideado con un espíritu religioso que era necesario sostener, y ejecutado con un espíritu de órden que no se debía descuidar, no podia menos de producir un gran bien. El ministerio de negocios eclesiásticos, tan aplaudido en el Vaticano, iba á repetir sin peligro las religiosas palabras que habian de salir de Roma, todas sus sagradas invitaciones, sus llamamientos paternales; y á Leon XII, libre de la tiranía que la gratitud imponia á su corazon harto generoso, recibia bendiciones universales.

Llegó por aquel tiempo á Roma el conde Harrowby, presidente del Consejo en Inglaterra. Decíase que traia una mision, pero su permanencia fué brevísima, y salió casi de repente para Nápoles, prometiendo volver á fines de diciembre.

Ocurrióseme entonces hacer grabar una estampa de seiscientos milímetros de ancho por doscientos de alto, que representaba á toda Roma, vista desde el *Monte Mario*, y en la que se distinguian claramente los principales monumentos. Lo hice con la intencion de repartirla indistintamente á todos los peregrinos franceses que se presentaran en la embajada, lo cual se verificó puntualmente durante todo el año 1825. Deben de existir muchas de ellas, sobre todo en mas de una choza de nuestras provincias del Mediodía y de Bretaña.

CAPÍTULO XXVII.

Préndese á dos peregrinas francesas en « Porto San Mauricio, » en el Piamonte.

—Salen de la cárcel y se les paga todo el gasto hasta Sarzana, en la raya de aquel reino.—Honras que se hicieron á Luis XVIII en la iglesia de san Luis.—Muerte del caballero Vargas, marqués de la Constancia.—Sus consejos á españoles y franceses para el caso de una guerra.—Incertidumbre relativa al Jubileo entre las personas que rodeaban á Leon XII.—Proyecto de una promocion de cardenales en Europa; promocion independiente de la que llaman « de las Coronas. »—Carta de Carlos X al Papa sobre el Jubileo.—Presenta el duque de Laval nuevas credenciales.—Es nombrado embajador de España en Roma el caballero Courtois.—El marqués de Villema, yerno del caballero Vargas, es nombrado encargado de negocios titular en Luca, en premio de su conducta despues del fallecimiento de su suegro.—Halláronse en poder de este último cartas que le habia escrito D. Carlos.—Elogio de los nobles sentimientos que contenian estas cartas.—El encargado de negocios de Francia es nombrado comendador de la órden de Carlos III, de resultas de su intervencion en el asunto de las cartas.—Carta del conde Ferrand sobre la indemnizacion.—Dicho de Carlos X á Mr. Arago.—Carta de Leon XII al vizconde Leprévost d'Iray, autor del poema de « La Vendée. »

El gobernador de Roma acababa con celo el reglamento que se le habia pedido para la exacta y puntual organizacion de las medidas relativas al Jubileo y á la seguridad de Roma. Hubo ocasion de pedir algunos informes á dos pobres mujeres de Montpellier, las primeras peregrinas francesas que llegaron á Roma, y me fué muy fácil convencerme de que aquellas dos mujeres se hallaban animadas de los mas puros sentimientos religiosos. Con todo eso, habian sido presas y encarceladas en Porto San Mauricio (Estados del Piamonte), con poco fundados pretextos, pues traian la licencia de su obispo y el pasaporte dado por el alcalde. Apenas se tuvo noticia en Turin de semejante rigor, dióse órden de ponerlas en libertad, y de costearlas todo el gasto hasta Sarzana, en la raya del reino. Aquellas primeras palomas que con tanto ánimo traian noticias de la correspondencia de nuestras provincias meridionales al llamamiento de Su Santidad, fueron benévola y respe-

tuosamente recibidas por los administradores de los establecimientos franceses de Roma.

El 25 de octubre, día en que se celebraban en S. Dionisio las exequias de Luis XVIII, se le hicieron, con arreglo á las órdenes de Carlos X, honras en la iglesia nacional de San Luis. Cantó la misa el Ilmo. señor obispo que habia sido de Senez, y le asistían cuatro obispos para las ceremonias de los responsos.

Consideraron como un deber asistir á aquel religioso acto el cardenal secretario de Estado, los cardenales de familia, únicos que fueron convidados; todo el cuerpo diplomático, todos los príncipes y nobles romanos que pertenecían á las órdenes militares de Francia; Mr. Guerin, de la Real Academia de Francia, y todos los franceses que residían entonces en Roma.

Pareció aprobarse generalmente la idea de imprimir así, á un tiempo y en todos los países, un sentimiento comun en todos los corazones franceses, y la ceremonia ostentó cuanta pompa se podia desear para que tuviese un esplendor conforme con su objeto.

Los romanos manifestaron el deseo de que la Iglesia permaneciese durante tres días con las mismas colgaduras y aparato fúnebre; á fin de que pudiera ir la gente á visitarla, y rogar á Dios en ella por el alma del rey de Francia. Mostróse muy satisfecho de este celo el baron de Damas, nuestro ministro de negocios extranjeros.

Echóse muy de menos en aquella ceremonia al caballero Vargas, que el día anterior falleciera de un ataque de apoplejía. Aquel digno embajador, tan elogiado por sus sentimientos de fidelidad y por las pruebas de gratitud que le dió su rey creándole marqués de la Constancia, habia arreglado parte de las ceremonias de san Luis. Manifestó antes de morir, delante de todos sus amigos á quienes habia convocado, su profundo afecto á la casa de Borbon, cuyas ramas reinantes amaba extremadamente, y su grandísimo reconocimiento á los sacrificios hechos por Luis XVIII para salvar al rey Fernando: encomendaba á los españoles y á los franceses que estuviesen unidos perpétuamente, apoyados unos en otros, declarando

que toda guerra en que combatiesen ambas naciones, siguiendo las mismas banderas, era fácil de llevar á buen término, y no podia menos de imponer la paz á Europa. En tal coyuntura, Nápoles debía ser una cabeza de puente en Italia, encargada particularmente de guardar los Estados de la Santa Sede, porque los Borbones no podian dejar de ser católicos.

Natural era que con la proximidad del Jubileo quedaran por un instante suspensos en Roma todos los negocios. El proyecto de organizacion presentado por el gobernador no fué enteramente aprobado, aunque era excelente. Entretanto el secretario de Estado decia al agente de Francia: «Alegrémonos, que ahora ya no debe abrigarse ningun temor; este negocio, bajo muchos aspectos, pertenece ahora mas á los franceses que á nosotros. Vosotros arreglareis los medios de venir, que cuando quereis sois organizadores muy inteligentes, y aquí nada se exigirá de ningun embajador para la manutencion de los peregrinos de su país; antes se venderia la plata de las iglesias.»

Atribuíanse con razon estas últimas palabras á Leon XII, varon el mas firme al par que el mas desinteresado.

Examinábase entonces cual era la conducta del tesorero Cristaldi, que habia llegado á ser uno como favorito del Papa.

Con mas datos que nunca, decia, que se habian manifestado en Cristaldi un tercer instinto. Quejábase al Papa del retraso en la cobranza de los impuestos y del bajo precio de los comestibles y del ganado. A lo que respondia el Papa: «Actualmente, la culpa es vuestra; no quereis que la necesidad de mantener á los peregrinos haga subir un poco los precios en los mercados.» En efecto, un administrador previsor debia proteger el movimiento de los negocios mercantiles. De este modo Cristaldi, cuya devocion era bien notoria, económico como siempre, puesto en la necesidad de sostener el crédito, encontró en él dos razones contra una para ceder á las instancias de su amo. Dejóse arrancar el tesorero un consentimiento nacido de su piedad y de la obligacion de cumplir los deberes prescritos por los intereses de la política interior; mas no por eso dejaba de repetir: «Recomiendo una caja casi vacía, que no tiene absolutamente seis millones de duros de ingresos líquidos para satisfacer todas las necesidades ordinarias del gobierno.» Y re-

probaba las generosas providencias del gobernador, quien, rindiéndose cuando no pudo mas, hacia entender que deseaba se le pusiera, mediante los sacrificios de dinero suficientes, en estado de conservar la seguridad de los caminos, impidiendo á todo trance que cometieran excesos los peregrinos. Con todo, nadie se atrevió á oponerse abiertamente á Leon XII, que se comprometia diariamente con Dios en el santo sacrificio de la misa á llevar á cabo la obra del *año santo*.

¡Qué tribulaciones! ¡qué mortificaciones para el Pontífice! Y entretanto era necesario seguir con ardor el torrente de los negocios, cuyo curso no puede interrumpirse en Roma por mucho tiempo. Varios prelados, muy expertos jurisconsultos, habian redactado un *motu proprio* sobre la reforma de la administracion pública, el enjuiciamiento civil y las tarifas judiciales. Habiendo sabido el Papa que estaba terminado este Código, lo leyó, lo hizo discutir en su presencia, y lo aprobó. Algunas partes de aquel trabajo presentaban un sistema nuevo que merecia la gratitud de los gobernados. La primera vez que salió el Papa, recibió las gracias con aclamaciones, á las que se mostró muy sensible. Una cosa muy notable, que probaba el espíritu de justicia del Padre Santo, fué que este Código suprimia las atribuciones de un tribunal llamado *uditorato santissimo*, y que en nombre del Papa podia anular todas las sentencias. Este grande é inmenso poder, que excedia con mucho al del Tribunal de Casacion de Francia, fué concedido á una autoridad menos dependiente del soberano. Leon XII iba siempre el primero por el camino de la recta justicia y de la sábia libertad. En fin, el cardenal Della Somaglia, autor quizás de un proyecto magnífico que vamos á decir, lo explicaba del modo siguiente en una reunion diplomática: «Señores, se ha propuesto al Papa el proyecto de hacer, á ejemplo de Paulo III Farnesio, una promocion espontánea de cardenales extranjeros. Paulo III echó un dia la vista por toda la cristiandad, y mandó que le hiciesen relacion de los méritos, talento, doctrinas y escritos de muchos eclesiásticos, y despues envió el capelo á un gran número de ellos. Es cierto que el Papa quedó luego muy contento: hacer otro tanto no seria una promocion ordinaria. Pues bien; el Papa ha aprobado

mucho este proyecto. Seria la promocion de las virtudes en todos los grados de la gerarquía eclesiástica del mundo entero.»

El 12 de noviembre corrió la voz de que volvia á Roma el duque de Laval , y que traía la contestacion del rey á la carta relativa al Jubileo. Ya es bien dar conocimiento de esta carta, con tanta impaciencia aguardada.

El duque de Laval-Montmorency fué recibido con todos los honores debidos á su clase , y en audiencia semipública , para entregar al Papa la carta concebida en los términos siguientes :

«SMO. PADRE: El nuncio apostólico de la Santa Sede presentó al difunto rey , nuestro muy amado y muy venerado señor y hermano , el Breve que le escribió Vuestra Santidad invitándole á pasar á la capital del mundo cristiano, para participar de las gracias que va á distribuir abundantemente la Iglesia con motivo del Jubileo del año santo. Vuestra Santidad , que ha conocido la piedad de aquel príncipe y su amor á la religion , no puede menos de persuadirse de que hubiera mirado como un gran bien ir á Roma por tan santo motivo, si los largos padecimientos á que al fin sucumbió le hubiesen permitido emprender tal viaje. Las bondades paternas de que Vuestra Santidad ha colmado constantemente á nuestra familia , nos hacen considerar como hecha á nuestra propia persona la invitacion que Vuestra Santidad dirigió á nuestro augusto predecesor, sin que pueda Vuestra Santidad dudar de la disposicion en que estariamos de gozar de semejante beneficio y animar á nuestros subditos con nuestro ejemplo, si los imperiosos deberes que se nos imponen á nuestro advenimiento al trono, no hiciesen indispensable en nuestro reino la presencia de nuestra persona. Sin embargo , aprovechamos la ocasion de asegurar á Vuestra Santidad que nada omitimos para afirmar en nuestros Estados las ventajas de la Religion , y para cultivar esmeradamente las relaciones que felizmente nos unen con la Santa Sede. Rogamos á Vuestra Santidad que se digne concedernos á nos y á nuestra familia la continuacion de su benevolencia , no dudando de que procuraremos siempre obtenerla con la adhesion y respeto filial que conservaremos

siempre á Vuestra Santidad. Y con esto, Beatísimo Padre, quedamos rogando á Dios que conserve á Vuestra Santidad largos años para el régimen y gobierno de nuestra santa madre Iglesia. Dado en nuestro palacio de las Tullerías, á 23 de octubre del año de gracia de 1824, y primero de nuestro reinado.— Vuestro devoto hijo, el rey de Francia y de Navarra, CARLOS.— Refrendado, *el baron de Damas.*»

Esta carta colmó de gozo el corazón del Padre Santo, quien manifestó su viva satisfacción al embajador, y este con tal ocasión volvió á pedir el capelo para el Ilmo. Sr. de Croi. Dando cuenta el embajador en un despacho al baron de Damas de lo que habia hecho, hablaba así accidentalmente de la solicitud del capelo para el S. de Croi:

« El señor cardenal Della Somaglia me ha dicho una cosa que mi deber y la justicia me obligan á declarar, y es que esta solicitud le habia ya sido hecha con instancias por el encargado de negocios de Francia, y que en general el gobierno pontificio habia tenido constantemente motivos para estar muy satisfecho de sus relaciones con el agente diplomático.»

El Papa, cuando se le habló de esta petición, dijo: « En cuanto el señor de Croi, tenemos la gran fortuna de poder hacer con una sola acción una cosa grata á dos reyes de Francia.»

El primero habia mandado pedir el capelo, y el segundo reiteraba la solicitud. El Papa tenia siempre presente á Luis VIII que enviaba á Montrouge al cardenal de Perigord para preguntar por la salud del arzobispo de Tiro.

El 2 de diciembre entregó el duque de Laval sus credenciales, observándose las formalidades del ceremonial con todo el rigor de los antiguos tiempos. Impuso el Papa las manos al embajador, le abrazó y le rogó que se sentara en un asiento preparado junto al trono.

En seguida se levantó S. E. y presentó á todos los empleados de la embajada, pronunciando sus nombres, excepto el del antiguo encargado de negocios que volvía á su primer empleo de secretario de embajada. El duque enumeró en su discurso todo lo que habia que esperar para la Iglesia de parte del poderoso monarca, á quien se habia aplicado el augustísimo título

de rey cristianismo con mas justicia que á ningun otro desde S. Luis. El Padre Santo respondió en italiano que estaba muy satisfecho al recibir un nuevo testimonio del afecto filial del rey, y que se felicitaba tambien por que se hubiese confiado tan noble mision al duque de Laval Montmorency.

Antes de que se retirase el embajador, pidióle el Papa noticias acerca de la indemnizacion que estaban esperando los emigrados; el duque respondió que el ministerio consagraba toda su atencion, sus dias y sus noches á aquel gran negocio; lo cual causó á su Santidad muchísima satisfaccion (1).

(1) A propósito de este acto, diremos, porque debemos ser justos aun con los vencidos, que aquella idea no era enteramente nueva. La intencion del primer cónsul habia constantemente sido de volver á los emigrados lo que poseia el Estado de los bienes que les pertenecian, y todo lo que no se habia ya enajenado á otros: en esta inmensa cuestion nunca le habia ocurrido tocar á los derechos adquiridos, porque habia conocido todo el peligro de esto; hasta queria restituir la tercera parte que restaba de las rentas de fondos públicos confiscadas, excepto los intereses vencidos. Habíase calificado esta confiscacion de bienes con el nombre de « confusion. »

El primer cónsul preparó pues, su proyecto con arreglo á sus miras é intenciones: pero antes de comunicarlo al consejo oficialmente, convocó en su gabinete de las Tullerías á los consejeros que tenia por mas opuestos á aquella medida. La discusion fué larga y acalorada. Combatió Napoleon con energia las inmensas objeciones que se hicieron á su proyecto, y le replicaron con igual calor; pero cuando llegó al punto de las rentas confiscadas, y se le dijo por única respuesta que habia « confusion », no guardo ya mas consideraciones.

«Acabemos, exclamó acalorado; vuestro término de « confusion » se ha inventado únicamente para cubrir « el dolo, el fraude, el despojo, el robo, « la bancarota » y todas « las infamias » que tan frecuentemente cometió en « materia de Hacienda el último gobierno (el Directorio); ese término, toma- « do en la acepcion que le dais, no deberia hallarse mas que en el vocabulario « de los pueblos bárbaros. ¿ Qué diriais de un hombre que hubiese robado un « talago de 1200 francos, que lo hubiese puesto junto á otros cien talegos igua- « les, y que, al que viniese á reclamárselo legítimamente, le respondiera: « Sí, « verdad es que yo tengo tu talago, pero no puedo conocerlo; hay confusion? » — « Efectivamente, nada habria que decirle, contestó uno de los presentes. — Per- « donad, replicó Napoleon; lo que habria que responder al de los talegos es: « Eres un ladrón. »

Al oír al primer cónsul esta expresion, prorumpieron todos en exclamaciones; pero él puso fin á la conferencia, diciendo: « Pues bien, sea en buen ho- « ra; ya lo comprendo: se quiere, sí, hacer volver á las víctimas de la revo- « lucion, pero se pretende « guardar sus despojos. »

Si Bonaparte tenia suficiente grandeza de ánimo para hablar así de los emigrados que habian peleado contra él ¿ qué no debian hacer los príncipes en

Hallábase el marqués de Villena, yerno del caballero Vargas, desempeñando interinamente con general satisfacción su empleo de encargado de negocios de España, cuando llegó un correo con la noticia de que había sido nombrado embajador de S. M. Católica en Roma el caballero Courtois, y de que Villena, de quien se estaba contento, iría á desempeñar las funciones de encargado de negocios titular en Luca, lo cual era darle un grado mas. El rey de España quedó muy satisfecho con que no se hubiese quemado, como lo había dejado dispuesto el caballero Vargas, la correspondencia del rey con aquel embajador y las cartas que este había recibido del infante don Carlos. Pretendian algunos eminentes españoles que estas cartas contenian un secreto político, y habían querido leerlas en Roma, lo cual era una culpable indiscrecion. El marqués de Villena pensó al instante que era mejor enviarlas al rey: la reputacion de prudencia y adhesion á su hermano, de que gozaba don Carlos, debía imposibilitar toda sospecha injuriosa. Para ocultar estas cartas á las personas extrañas á los asuntos políticos de España, y precisamente porque esas personas eran españolas, se me propuso proteger estos papeles con los sellos de ambas legaciones, en lo que consentí con tanto mayor gusto, cuanto que conocia ya aquellas cartas, parte de las cuales me había comunicado el mismo Vargas. Las del rey eran de un género familiar expansivo y abundante en *confidencias*; trataban de lo desgraciado de los tiempos, antes de la prision de Cádiz, de las esperanzas de Fernando en sus aliados, y principalmente en la Francia. Las de don Carlos eran

cuyo favor habían tomado las armas los emigrados? Es preciso saber observar en la historia que á veces se encuentra mas «audacia de virtud y de justicia» en los que podrian pasar por no deber nada, que en aquellos mismos que deben. Bonaparte, pues, intentó mas que la restauracion; y ¡cuántos clamores contra la restauracion, que no cumplia quizás todas sus obligaciones! Démolas gracias, sin embargo, y démolas tambien á Mr. de Villéle, á quien vimos suscribir con su nombre un acto que impedirá sin duda que se formule en otras partes, con tanta complacencia y con tanto cinismo, el odioso principio de que la confiscacion es un derecho que va por sí solo, y del que no puede prescindir la victoria; como si sembrando á placer en los corazones generosos la «humillacion» y la «miseria», no se debiese recoger el «furor» y la «venganza!»

Refieren este hecho la «Gaceta de los tribunales» del 18 de octubre de 1842, y «La Francia» del 20 de octubre siguiente.

tiernas, atentas, amistosas, como debian serlo unas cartas escritas al mejor amigo del rey y de su causa; no habia renegon en que no se advirtieran prudencia, afliccion sincera, amor á España, celo de súbdito por su rey y señor, y arranques de tierna religiosidad. Manifestaba hácia su desgraciado hermano una veneracion semejante á la que tenia el conde de Artois por Luis XVIII en el destierro. Conozco que desde que ví esas cartas experimenté un sentimiento de admiracion por don Carlos, que no he tenido ninguna razon para perder posteriormente. El rey, á quien tal vez se le sugirieron sospechas absurdas, pidió que se le enviasen prontamente sus cartas y las de su hermano; así que las recibió, se apresuró de una manera algo parecida á la de Felipe II á romper los sellos de aquel depósito que habiamos cubierto con innumerables lises; y lo que resultó de la lectura de estas últimas cartas fué acrecentarse el aprecio en que tenia el rey al infante. Se recompensó pues al marqués de Villena por este negocio, y al mismo tiempo el encargado de negocios de Francia fué nombrado comendador de la órden de Carlos III.

El duque de Laval, que habia estudiado á fondo la córte de Madrid, encargó á un amigo que escribiese al marqués de Villena: «Marqués, sois un hombre de talento que conoceis perfectamente el carácter de vuestro rey, y habeis contribuido á conservar la paz en la familia Real.»

¿Durará siempre entre los dos hermanos este espíritu de conciliacion, como duró entre Luis XVIII y el conde de Artois? Acabaremos nuestra narracion antes de saberlo.

En la historia de Leon XII hay que tener casi siempre fija la vista en París. Súpose en Roma en aquel momento la noticia de que se trataba públicamente en París de la indemnizacion que se debia dar á los emigrados; noticia que se confirmó posteriormente con una carta del conde Ferrand á todos los periódicos.

Despues de rendir homenaje al esforzado mariscal (Macdonald, duque de Tarento) que habia propuesto la indemnizacion en noviembre de 1814, decia el conde que la memoria del sábio monarca, cuya pérdida se lloraba, era acreedora á que se publicase que era suya la primera idea de la indemnizacion.

Cuando el conde Ferrand tuvo el honor de proponer la restitucion de los bienes no vendidos, aceptó el rey inmediatamente esta proposicion. Comprendió al mismo tiempo aquel príncipe el natural pesar de los antiguos propietarios, y sintió en el alma no poderles indemnizar al momento; pero como tenia esta intencion y esperaba que él ó su hermano, con quien vivia en estrecha union de pareceres, tendrian algun dia medio de ejecutarlo, quiso que se consignara esta esperanza en la exposicion de los motivos de la ley sobre restitucion de los bienes no vendidos. «Su justicia, decia Ferrand, se complacia en preparar este porvenir, mientras su sabiduría se negaba á fijarle plazo.» Gustábale dar esperanzas que veremos realizarse en 1825, y que se habrian realizado ya en 1815 á no ocurrir el desastroso acontecimiento de 1814, que costó á la Francia mas de mil seiscientos millones de francos, por el único gusto de hacer que apareciera de nuevo por espacio de cien dias el fantasma del imperio, cadáver moral que no habia de tener mas que apariencias de vida. ¡Cómo castigará algun dia la historia, despues de dedicar nobles páginas á una gloria eterna, aquella desobediencia á las leyes de la muerte! Quedaba seguramente un partido; pero este partido, excepto algunas personas fieles, debió luego seguir á otro.

En los momentos en que los señores romanos amigos de la Francia ensalzaban aquel vasto proyecto de Luis XVIII como para confundir en una misma admiracion á los dos hermanos, se contaban unos á otros el suceso siguiente: Al presentarse á S. M. Carlos X la academia de Ciencias, Mr. Arago, el príncipe de los hombres científicos de Europa, turbado por su emocion, dejó escapar la palabra *monseñor*. Ya iba á corregirse, cuando el rey le dijo con bondad: «Continuad, yo quisiera tener todavía ese tratamiento.» ¡Así deben amarse los hermanos, aun en el trono!

Estos sentimientos, elogiados por los señores romanos, sobre todo por aquellos á quienes se podia recordar que su república en 1799 queria despojarles de sus bienes solo porque tenian dinero; estos sentimientos, repito, eran tambien los de Leon XII. Por lo mismo recibia con benevolencia los tributos de veneracion que le presentaban los amigos del rey de Fran-

cia, y escribió una carta muy lisonjera al vizconde Leprévost d'Iray, que le habia ofrecido su poema de *La Vendée*.

CAPÍTULO XXVIII.

Al principio solo un hombre habia querido el Jubileo, y despues lo deseaban todos.—Da parte el rey de Prusia al Papa del casamiento de su hijo con una princesa de Baviera.—Edicto sobre el culto divino en Roma.—Descripcion de la apertura de la Puerta Santa.—No sucedió desgracia alguna, antes ni despues de la ceremonia.—Conferencias del conde Harrowby con el cardenal Della Somaglia.—Presenta el cuerpo diplomático sus homenajes al Papa el primer dia del año 1825.—Muerte de Fernando I, rey de las Dos Sicilias.—Viaje á Roma del rey Francisco I.—Su hermosa accion con un refugiado napolitano.—Discusion sobre la cuestion de la hacanea y hechos relativos á este asunto.—Encíclica del Papa solicitando limosnas para activar la reedificacion de la iglesia de San Pablo extramuros.—Elogio de los escritos religiosos publicados en tiempo de Leon XII.

Solo un hombre habia querido y defendido como un leon la causa del Jubileo; pero despues esta ceremonia tan controvertida fué objeto de los deseos de todo el mundo. Afluian los extranjeros; lord Harrowby, presidente del consejo de ministros en Lóndres, volvía expresamente de Nápoles. De todas partes escribian á los embajadores encargándoles que tomasen habitaciones. Comenzaron á llegar los peregrinos, y fueron recibidos con afecto y generosidad. Nobles princesas lavaban los maltratados piés de las mujeres que acudian de remotos países, y príncipes devotos cumplian el mismo deber con peregrinos que nunca habian oido hablar de la tierna solicitud con que la caridad recibe á los hermanos en Jesucristo.

Distrajo por un momento los ánimos una circunstancia que, aunque al parecer indiferente, no lo era sin embargo para el Padre Santo. El 9 de diciembre de 1824 el rey de Prusia dió parte á la Santa Sede, por medio del señor Ancillon, del casamiento del príncipe Real, actualmente Federico Guillermo IV, con Isabel Luisa, hija de segundas nuncias de Maximiliano José, rey de Baviera. Esta comunicacion, pasada de un modo muy amistoso, además de ser oportuna porque la princesa era

católica, hacía también conveniente en razón al recibimiento que al príncipe Real acababa de hacer Leon XII, y á la noble hospitalidad que tenía tan satisfecho hacía mucho tiempo en Roma al príncipe Federico Enrique Carlos, hermano del rey, que había fijado su residencia en dicha ciudad.

En los primeros momentos de su enlace la princesa católica, esposa de un príncipe protestante, creía, especialmente en virtud de las recomendaciones del Papa, que nunca se la turbaría en el ejercicio de su culto. Pero es preciso confesar que los ministros de Federico Guillermo III no cumplieron todas las condiciones convenidas. Al corazón magnánimo del rey actual le estaba reservado suavizar y aun destruir medidas injustas y desagradables, que debían repugnar á la conciencia de una reina tan amable y tan digna de la reputación de piedad que distingue á toda la familia real de Baviera.

Tuvo el Papa por conveniente publicar en 20 de diciembre un edicto de doce artículos sobre el culto divino y la veneración debida á las iglesias. Después de una exhortación sobre el respeto que se debe manifestar en la casa de Dios, y sobre el buen ejemplo que debían dar los fieles de Roma, principalmente al acercarse el año Santo, recordó Su Santidad la exacta observancia de los Cánones, Constituciones y decretos apostólicos. Parecía que, ofendido Leon XII de las acusaciones injustas publicadas con mala fe por algunos extranjeros contra muchas costumbres de Roma, en las que habían creído descubrir tibieza en la fe, quería ofrecer á los peregrinos una Roma regenerada, docil, ocupada en sus deberes. Debían celebrarse las misas y los oficios divinos con regularidad á las horas señaladas por las rúbricas; debían cerrarse las iglesias al ponerse el sol, salvo algunas laudables costumbres y los privilegios particulares. Debían celebrarse las funciones sin que se mezclara nada profano (no se tuvo valor para decir sin piezas de la música de Rossini), y con una música llamada de Capilla y no instrumental, á menos de obtenerse superior permiso. Se prohibía que los pobres pidiesen limosna dentro de la iglesia. Se encomendaba á los seglares que no conversasen en el coro ni en las capillas durante los oficios ó las misas. Se mandaba que guardasen la debida compostura los extranjeros que

entráran á ver los monumentos. Los seglares no podrian presentarse sin motivo legítimo en la sacristía, ni transitar por ella para entrar ó salir de la iglesia. Y por último, se mandaba que no se alquilaran sillas en las iglesias, ni se hiciera ruido llevándolas de un sitio á otro.

Llegó por fin el 24 de diciembre. Voy á copiar la relacion oficial que se publicó en Roma y se insertó en varios periódicos, especialmente en *El amigo de la Religion y del Rey*, tomo 42, pág. 308; añadiendo pormenores que me será permitido citar como testigo ocular que fuí de todo.

El 23 de diciembre de 1824 monseñor Perugini, obispo de Porfiro y *sacrista* de Su Santidad, bendijo el agua en la Capilla Sixtina. El 24 á las doce del dia los cardenales, excepto los que debian abrir las puertas santas de San Juan de Letran, de Santa María la Mayor y de Santa María en Transtíber (sustituida esta última á la basílica de San Pablo extramuros, destruida por el incendio de 1823), fueron al Vaticano, donde estaban ya reunidos gran número de prelados. Su Santidad, cuya salud habia mejorado mucho, se revistió de capa blanca, hízose poner la mitra en la cabeza, y pasó procesionalmente á la capilla Sixtina, en la que estaba expuesto el Santísimo Sacramento. Incensó el Pontífice al Santísimo y se repartieron velas á los cardenales, prelados y magistrados romanos, presentando al Papa una dorada el cardenal Cacciapiatti, primer diácono. Entonó Su Santidad el *Veni-Creator*, que continuaron los cantores de la capilla, y sentado el Papa en la silla *gestatoria* fué levantado en hombros para ir bajo palio y bajo los *flabelli*, por la escalera real, al gran pórtico de San Pedro, en cuyos dos extremos se hallan las estatuas de Constantino el Grande y de Carlo Magno (1). La procesion era inmensa, y se componia primeramente de los *orfanelli*, despues del clero se-

(1) A Carlomagno nosotros le llamamos santo: los romanos dicen que fué el «ensis» (la espada) y el «clypeus» (escudo) de la Iglesia, pero que no es santo. Sin embargo, con habérsele levantado aquella estatua bajo el pórtico de San Pedro, recibió un honor insigne y muy merecido.

Carlomagno era guerrero y civilizador. Sus últimas guerras le tenian fastidiado porque deseaba ardientemente civilizar. Así es que cerró la época de la invasion y de la conquista brutal, y se apresuró á abrir la de la organizacion

cular y regular de los capítulos, de la servidumbre pontificia, de los individuos de los tribunales, de los prelados con empleo y de los cardenales. El Padre Santo iba rodeado de los alabarderos suizos, y llevaba mas cerca de su persona á su Guardia noble (que es el cuerpo mas brillante que se puede ver junto á un soberano). Llegado al pórtico de la iglesia, bajó el Papa de la silla *gestatoria*, y subió á un trono allí preparado, del cual descendió luego rodeado de toda su comitiva, y se adelantó hasta la Puerta Santa. Recibió allí Leon XII de manos del cardenal Castiglioni, penitenciario mayor, un martillo de plata, con el que dió tres golpes en la pared que tapiaba la puerta, entonando el versículo: «*Aperite mihi portas justitiæ.*» Respondieron los cantores: «*Ingressus in eas confitebor Domino.*» Continuó el Papa: «*Introibo in domum tuam, Domine.*» R. «*Adorabo ad templum sanctum in timore tuo.*» Y elevando mas la voz dijo el Papa: «*Aperite portas, quoniam nobiscum Deus.*» R. «*Qui fecit virtutem in Israel.*» Hecho esto devolvió el Papa el martillo al cardenal penitenciario, y subió nuevamente al trono, desde el cual hizo una señal. Entonces cayó hácia dentro de la iglesia la pared que tapiaba la puerta, y mientras el Papa, desde su trono, decia implorando el divino auxilio la oracion «*Acciones nostras,*» una multitud de *san pietrini* (que así llaman los trabajadores agregados á la fábrica de la basílica de san Pedro), recogieron los escombros de la puerta, la cual á los pocos minutos quedó enteramente libre, é inmediatamente despues los penitenciarios lavaron con esponjas empapadas en agua bendita el umbral y las jambas. Dijo luego el Papa la oracion «*Deus qui per Moysen,*» y yendo otra vez á la Puerta Santa, tomó la cruz que le presentó el cardenal Cacciapiatti y la vela encendida que le alargó el cardenal Vidoni. Entonces arrodillóse sin mitra en medio de la puerta y entonó el *Te Deum*, y en el mismo instante se oyó un repique de campanas, juntamente con las descargas de mosquetería de las tro-

y regularidad de las leyes. En aquella organizacion ocupaba Roma el primer lugar; lugar que Roma ha defendido siempre con nobleza, y que ocupará con igual poder eternamente. Roma no tenia otra ventaja que recibir de los hombres, y los reyes que se la han proporcionado, inclinando ante ella una frente coronada, no han hecho más que cumplir la mision que Dios les señalara.

pas de la guardia suiza que estaban fuera, y de la artillería del castillo de San Angelo. Presenciaba toda esta ceremonia una inmensa muchedumbre de extranjeros. Habíanse preparado tribunas para la reina de Cerdeña María Teresa, á quien acompañaban sus hijas las princesas, y para el duque de Luca. La tribuna diplomática, colocada enfrente de la Puerta Santa, presentó durante algun tiempo una confusion indecible: momento hubo en que la duquesa de San Fernando, hija de un hermano del rey Carlos IV, tuvo que estar aguardando en una escalera bastante peligrosa; la embajada francesa no dejó de ir á libertar á la prima hermana de S. M. Católica. Todo esto dependió de que casi habia sido forzada la puerta, y se habian introducido personas que no tenian derecho á semejantes sitios; pero se restableció el órden porque la ceremonia no duró mucho. Dicho el primer versículo del *Te Deum*, y mientras proseguian este himno los cantores, el Papa entró solo en la iglesia de san Pédro, siguiéndole los cardenales y prelados, que llevaban todos velas encendidas. Pasó Su Santidad á la capilla de la Piedad, tan célebre por la estátua de Miguel Angelo, despues á la capilla Gregoriana, donde se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento, y por último al altar mayor, donde entonó las primeras vísperas de Navidad, mientras se abrian todas las puertas de la basílica que habian estado cerradas desde por la mañana. Al concluir las vísperas dió el Papa la bendicion pontificia, recibió los parabienes de varias personas que se alegraban de verle bueno, y se dispuso á volver á sus habitaciones. Súpose que al cardenal Vidoni, á quien amaba mucho, le habia dicho: « *Ben, le cose sono andate benissimo.* » « Bien, las cosas han ido muy bien; » y que el cardenal, célebre por sus chistes, le respondió; « Santísimo Padre, otra vez seremos prácticos en la materia. » Esta cita dada á Leon XII en 1824 para el año 1850 le hizo sonreír, y dió tambien que reír en toda la ciudad.

No le quedaba al Papa mucho tiempo de descanso; pero como estaba mejor de salud, no se negaba á ninguna fatiga. La noche de Navidad, despues de bendecir segun costumbre el *stocco* y el *berettone* (estoque y birreto), destinados á ser, habiendo ocasion, regalo para algun príncipe ó general que

haya merecido bien de la Religion , pasó á la capilla Sixtina y entonó los Maitines , cantando luego Su Santidad la novena lección , y oyendo la misa del gallo que celebró el cardenal Falzacappa.

El dia de Navidad por la mañana fué á san Pedro Leon XII, rodeado de la guardia noble y de la guardia suiza , y despues de vestirse de pontifical , se sentó , puesta la tiara , en la silla *gestatoria* , y fué conducido al altar pontificio , donde recibió la obediencia de los cardenales , entonó la terciá , y comenzó despues la misa pontificia , siendo obispo asistente el cardenal Pacca , diáconos asistentes los cardenales Vidoni y Guerrieri Gonzaga , diácono ministrante el cardenal Cacciapiatti , y subdiácono monseñor Patrizi , auditor de la Rota , además del diácono y del subdiácono del rito griego. Al tiempo de la comunión volvió Su Santidad al trono , segun el ceremonial pontificio , y despues de recibirla él , la dió al diácono y al subdiácono latinos , y á todos los demás que tienen la honra de ser admitidos á tan augusto acto. Despues de la misa , el cardenal Galeffi entregó al Papa en nombre del cabildo la acostumbrada ofrenda , y Su Santidad , pasando al balcon ordinario , dió la bendicion al inmenso gentío y á los peregrinos reunidos en la plaza , ó que obstruian las calles que van á san Pedro.

Súpose por un parte del gobernador que no habia ocurrido la mas leve desgracia antes ni despues de la ceremonia , habiendo tomado aquel prelado providencias extraordinarias para mantener la tranquilidad pública. Distribuyéronse abundantes socorros á los peregrinos , que llegaban ya á cerca de dos mil , y aun creen algunos que eran muchos mas.

Casi en el mismo instante ocurría en el Vaticano un acontecimiento secreto que ha dado ya sus frutos. Habia manifestado lord Harrowby deseos de saber el objeto de la reunion de los fieles con motivo del año Santo , de los proyectos ulteriores de Roma , de los Jesuitas , de la disposicion en que estaba el gobierno Pontificio para sostener con mas ó menos poder y energía á los católicos de Inglaterra. El duque de Laval proporcionó una explicacion entre el ministro inglés y el cardenal Della Somaglia. No puede menos de decirse en honor de este último , que en aquella entrevista se expresó en los tér-

minos mas justos y prudentes , y que el conde Harrowby se mostró completamente satisfecho. El cardenal , como hombre de negocios , de Estado y de mundo , aceptó todas las cuestiones , no eludió ninguna , y hasta se anticipó á algunas mas delicadas ó propuestas con extremada reserva. El ministro inglés pareció quedar contento ; manifestó una profunda gratitud , y despues de pedirlo y obtenerlo todo , se retiró repitiendo constantemente que ninguna mision tenia en Roma. Si no habia venido por ningun motivo político , si nada tenia que saber , ver , ni inquirir en nombre del ministerio inglés , á lo menos se hallaba atormentado , como particular , de una inmensa curiosidad. No se levantaba para salir el primero ; escuchaba con avidez , retenia al parecer fácilmente en la memoria lo que se le decia ; y el cardenal Della Somaglia , que de seguro habia recibido *orden de complacer* , tuvo la satisfaccion de conocer por lo que vió en aquel diplomático tan indiferente y tan poco ocupado con las intenciones de Roma , que las palabras de un decaano del sacro colegio , que despues de defender los dogmas solo respiraban deseos de union y de buena inteligencia , derramaban en aquel corazon extranjero un sentimiento de deferencia y de gozo sincero , igual al que habria experimentado un negociador realmente encargado de una mision importante , y que regresa llevando á los que le enviaron seguridades de la paz que desean , con el fin de que no se turbe el sosiego que han menester para el servicio de los verdaderos intereses de su nacion.

Habíase abierto el Jubileo con felices auspicios. Felicítose por ello el Papa en presencia del cuerpo diplomático , que fué á rendirle sus homenajes á principios del año 1825.

A los pocos dias tuvo Leon XII el sentimiento de saber que habia muerto de repente en la noche del 3 al 4 de enero Fernando I , rey de las dos Sicilias. Este principe , que nació en 12 de enero de 1751 , subió al trono en 5 de octubre de 1759 , cuando pasó á España su padre don Carlos para suceder á su abuelo Felipe V. El rey Fernando se casó con la archiduquesa Maria Carolina , hermana de nuestra admirable reina Maria Antonieta. Sabida es la varia fortuna que experimentó Fernando. Dejaba el trono á su hijo Francisco , casado entonces en se-

gundas nupcias con la hermana de Fernando VII, rey de España, y que tenia de su primer matrimonio á la duquesa de Berry.

Yban llegando á Roma los peregrinos, y reinaba la mayor tranquilidad en los caminos y en la ciudad, habiéndose tomado medidas extraordinarias para que no hubiese desgracias en los caminos. Tuvo, pues, que ceder el latrocinio. Nada se omitió para que no tuvieran funestos encuentros los napolitanos que dejaban sus montañas y pasaban á Roma.

Por el mes de abril fué tambien de Nápoles á Roma el nuevo rey Francisco I. Juzgó el Papa conveniente no turbar la conciencia del príncipe respecto á la hacanea: fué, pues, recibido con respeto, y manifestó su franqueza y humanidad en una escena que ocurrió en Albano entre S. M. y un refugiado napolitano. Llegóse este al rey, y pintándole su miseria, le suplicó que se le permitiese regresar á su patria. Conmovido el príncipe le dió su bolsillo, y le dijo con lágrimas en los ojos: «Si no os dejo volver, es porque no puedo hacerlo.» No se supo entonces cuál era el temor que detenia á Francisco; lo cierto es que el duque de Blacas, que se hallaba entonces en Roma, y gozaba toda la confianza de Francisco, suplicó á Leon XII que incitase al rey á mostrar mas decision y firmeza en algunos asuntos.

Con todo eso, se habló, aunque indirectamente, de la hacanea; mas quien trató de ello en esta ocasion no fué el gobierno pontificio, sino un simple particular napolitano.

Este explicó al rey que segun lo estipulado en un convenio anterior entre el señor de Médicis y el cardenal Consalvi, la córte de Nápoles se habia obligado á pagar á la Santa Sede una renta anual que se arreglaria amistosamente, y que quedarian afectos á su pago los productos de los bienes del clero napolitano. Era un pago cualquiera que reemplazaba el del tributo. Habiendo hablado los embajadores de Francia y de Austria de esta materia con el cardenal Della Somaglia, este les respondió así:

«Hé aquí las doctrinas de la Santa Sede respecto á los derechos de soberanía que tiene en el reino de Nápoles; se han registrado y compulsado los documentos conservados en los

archivos, y no hay dificultad en confesar que el rey Francisco no tiene necesidad de pedir la investidura de sus Estados. Ese era un acto al que estaba obligado el rey Fernando, porque aunque sucedía á su padre Carlos III, no heredaba empero el trono por el orden natural de primogenitura; por lo cual estaba sujeto, como príncipe y jefe de una línea colateral, á pedir nuevos títulos y á recibir la investidura. Por el contrario, Francisco I sucede necesariamente á su padre, por cuyo fallecimiento sube al trono sin la rigurosa necesidad de renovar las formalidades y los juramentos que exige el derecho de investidura.

« No por eso queda exento de cumplir otros deberes, como son la prestación del tributo y de la hacanea, pero este homenaje puede diferirse algunos meses. »

El Papa, hablando de lo mismo con el embajador de Austria, le repitió lo que habia dicho ya el duque de Laval: «Somos depositarios de nuestros derechos como soberano electivo. Estamos, pues, mas obligado que ningun soberano de Europa, á no desistir jamás de ninguna de las prerogativas de nuestra corona. »

Permitáse añadir aquí algunos pormenores auténticos sobre muchas circunstancias relativas al derecho de este tributo. Monseñor Marino Marini, agregado á la administracion del Vaticano, nos ha mostrado varios documentos que prueban el reconocimiento por parte de los reyes de España de la soberanía de la Santa Sede. Los diplomas mas antiguos tienen un gran sello de oro macizo de un peso considerable; despues tienen todavía un sello de oro, pero de menos peso, y posteriormente el sello no tiene mas que la forma y como un peso de dos ó tres onzas de oro. Se pagó el tributo hasta el tiempo de Pio VI. Desde entonces no se ha vuelto á pagar, y el Papa ha pronunciado constantemente en público su protesta el dia de San Pedro. Mas adelante copiaremos los términos de esta protesta, que son indulgentes, delicados, cristianos y firmes.

Uno de los beneficios del Jubileo fué la favorable acogida que en muchos obispados de Francia é Italia obtuvo la Asociación para la propagacion de la fe. Tenia esta por objeto extender los progresos de la Religion á los países sumidos aun en las

tinieblas de la idolatría. Habíase interesado por ella Leon XII siendo vicario en 1822, cuando ya existía un consejo denominado *del Mediodía* y establecido en Lyon, religiosa ciudad donde había tenido origen la Asociación el día 3 de mayo. En 1824 llevaba ya publicados cuatro cuadernos que daban noticias de las misiones. Habiendo aceptado la presidencia de la obra el Ilmo. señor capellan mayor de Francia, este escribió á todos los obispos recomendándola y diciéndoles: «Antes de la revolución, la Francia se distinguía en las misiones extranjeras por eminentes servicios, cuyo recuerdo tan honroso como edificante, se conservará perpétuamente en nuestras tradiciones. Hemos visto desaparecer las órdenes religiosas que se consagraban á aquel apostolado, sin que nos queden mas que escasos restos de otras instituciones que se dedicaban á él especialmente; y mientras en los países separados de la unidad el espíritu del siglo hace inauditos esfuerzos mediante cuantas empresas le sugiere su actividad, y en particular por medio de las sociedades bíblicas, para sembrar el error por todas las partes del globo, nosotros tenemos el dolor de ver la extremada insuficiencia de los medios empleados entre nosotros para la propagacion de la verdad.»

Actualmente (en 1842), esta institucion ha llegado á estar muy floreciente. En París, segun el plan de la Sociedad-Madre de Lyon, se ha organizado una institucion semejante, la cual ha extendido sus ramas hasta los países mas remotos de Europa. La cobranza de los productos de esta admirable fundacion está puesta en Lyon y París al cuidado de personas muy respetables por su probidad y su piedad ejemplar.

Nadie ignora que la Basílica de San Pablo extramuros fué presa de un incendio voracísimo en 1823, y que luego se comenzó á reedificarla; pero no fué posible restaurarla tan pronto que se pudiesen celebrar en ella las ceremonias del año Santo. Juzgó el Papa conveniente publicar en 25 de enero de 1825 una Encíclica invitando á todos las patriarcas, primados, arzobispos y obispos de la cristiandad á que recogiesen limosnas destinadas á continuar las reparaciones necesarias para volver al culto la iglesia de San Pablo.

Vamos á citar algunos trozos de esta Encíclica.

«LEON, *por la divina Providencia* PAPA XII.—A las terribles y repetidas calamidades que conmovieron el memorable pontificado de nuestro glorioso predecesor, hemos visto, para colmo de desastre y con harto dolor de esta ciudad y de todos los pueblos católicos, que se agregó el incendio, por el cual un templo tan antiguo, prodigio de riqueza, de arte y de majestad, alzado en honor del Apóstol y doctor de las gentes; monumento insigne de la piedad y magnificencia de Constantino el Grande, de los emperadores Valentiniano, Teodosio, Arcadio y Honorio que lo reedificaron; y por último de los Romanos Pontífices que lo restauraron, fué rápidamente presa de las llamas en pocas horas de una sola noche. Nuestro predecesor Pio VII hizo célebre su devoción al Santo Apóstol, mandando hacer las reparaciones necesarias en aquella Basílica, hoy casi del todo consumida por la increíble voracidad del incendio.

«Tras de este dolor tuvimos Nos y toda la Iglesia otro muy cruel, que fué el fallecimiento de dicho Pontífice: en su lugar la voluntad de Dios nos colocó á Nos, aunque con meritos desiguales. Entonces sintiendo con todo nuestro corazón el funesto acontecimiento que privó á Roma de un ornamento tan admirable, y respetando los augustos é impenetrables misterios de la divina Providencia, aun en medio de las atenciones de Nuestro ministerio, hemos fijado nuestro pensamiento en aquellas ruinas, y apelado á todos los auxilios del arte y de la industria para conservar en pié lo que pudo libertarse de las llamas. Así, gracias á Nuestro celo, esperábamos hacer abrir en el próximo año Santo la puerta de oro de aquella Basílica, y por eso en las Letras con que publicamos el Jubileo designamos la Basílica *Ostiensis*, juntamente con las otras Basílicas patriarcales que se habrían de visitar para ganar la indulgencia. Mas son tantas y tan grandes las ruinas que se han formado despues de las que primeramente resultaron, que Nos hemos convencido de que no podrían celebrarse allí las ceremonias del Jubileo, como deseábamos, sin un peligro que nos espantaba, teniendo que renunciar á nuestro pensamiento y que mandar reedificar enteramente el templo. Para lo cual tropezábamos con el obstáculo de la escasez de Nuestros

recursos, de lo que no habrá quien pueda admirarse, siendo como son tan sabidas las pérdidas padecidas por este Estado. Sin embargo, no por eso hemos decaído de ánimo, antes bien hemos emprendido la obra sin dudar de que los fieles alabarán inmediatamente nuestro proyecto, y nos ayudarán á porfía con sus propias facultades para poderlo llevar á cabo.

«Y ¿quién no hará cuanto pueda para favorecer nuestros deseos, con solo considerar que tienen por objeto la gloria y el culto de un varon de quien el mismo Jesucristo dijo: *«Este es mi vaso de eleccion para que lleve mi nombre á las naciones y á los reyes? Él es quien ardiendo desde entonces en las llamas de la caridad divina, haciéndose todo para todos por ganarles á todos para Cristo, recorrió tantos pueblos con tan penosos viajes, se expuso á todos los peligros de mar y tierra, sufrió con ánimo invencible pobreza, vigiliias, hambre, naufragios, azotes, apedreos, prisiones y todo género de males, hasta el punto de que, por mas que lo repugnase su modestia, se vió obligado por inspiracion del Espíritu Santo á decir que habia trabajado mas copiosamente que todos los demás discipulos de Cristo. Este Apóstol, finalmente, derramando su sangre y dando su vida, selló con un glorioso martirio la verdad que habia enseñado con sus palabras y su ejemplo, y que permite afirmar que, principalmente por obra suya, fueron sacados nuestros padres de las tinieblas y llamados á la admirable luz de Jesucristo. Aun respira S. Pablo y vive en sus Epístolas; por manera que aun cuando faltasen otros mil medios, bastarian ellas solas, tan manifiesta está en ellas la palabra divina, para que creyeran los hombres en el Evangelio, vivo y eficaz, mas penetrante que cualquiera espada de dos filos, que entra y penetra hasta la division del alma y del espíritu.*

«Y debiéndole nosotros obligaciones que no pueden ser mayores, ¿habrá siquiera un hombre tan ingrato que no se juzgue deudor á contribuir en cuanto alcance á la gloria del Apóstol?

«Tal fué el amor á Jesucristo de que estuvo animado San Pablo y tan grande fué el fruto de los trabajos que por él sufrió. ¿Cómo pues no creer que sea poderosa con Dios su proteccion, y que ha merecido que le rindamos todos veneracion

y homenaje? Tiene su asiento junto al del excelso príncipe á quien se entregaron las llaves del cielo. Actualmente está delante de Dios intercediendo por la Iglesia, y al fin del mundo juzgará con Jesucristo á *las doce tribus de Israel*. Y así como aquellas dos lumbreras de la Iglesia, semejantes una á otra, y que recibieron *las primicias del espíritu*, ocupan los primeros puestos en el cielo, así también á ambos se les han hecho siempre en la tierra los primeros honores. Dios ha dado á cada uno su galardón, por manera que en los que pusieron su principal cuidado en difundir la gloria de Dios se vé realizado aquel oráculo divino: «*A quien me glorificare, también yo le glorificaré.*» Por eso, en virtud de las exhortaciones de Bonifacio IX, de Martín V, y Eugenio IV, muchos ciudadanos y forasteros contribuyeron abundantísimamente á restaurar las Basílicas de ambos Apóstoles; por eso, agregándose á las liberalidades de Julio II y sus sucesores las ofrendas voluntarias hechas á Dios, se edificó el templo del Vaticano, el mas espacioso y magnífico de todo el Universo. Por eso con iguales motivos confiamos en que se mostrarán devotos y liberales todos los que son fieles á Jesucristo y á esta Santa Sede, ahora que en nombre de San Pablo les pedimos un socorro á nuestra pobreza. Razon tenemos para esperar de un pueblo adicto, y mayormente cuando nos parece que Dios nos ha inspirado esta idea, esta voluntad de mantener la gloria del Apóstol, pues á pesar de que con la violencia del incendio se desplomó la bóveda sobre los restos de las columnas de mármol reducidas á pavesas, se ha conservado entero el sepulcro del Apóstol, lo mismo que en Babilonia permanecieron ilesos los tres jóvenes dentro del horno encendido.

«Levantárase, pues, en el mismo sitio, no léjos de aquel en que dió su vida por Jesucristo, un templo á san Pablo, compañero de la gloria de san Pedro. No tendrá ya aquellas columnas y aquellos monumentos superiores á todo precio: se construirá con toda la magnificencia que permitan los recursos, y será honrado y admirado el sepulcro cual, según el testimonio del gran Crisóstomo que tan gran deseo tenia de ver Roma, corrían los emperadores, y los cónsules, y los generales de los ejércitos, y entorno del cual no cesaban de apiñarse, como

junto á una eterna fuente de celestiales beneficios, hombres de todas edades y condiciones, arrostrando fatigas de las mas largas peregrinaciones.

«¡Plegue á Dios, venerables hermanos, que para excitar el espíritu de los fieles poseamos aquella energía y nobleza de expresiones que encontraba Crisóstomo al hablar de los méritos de san Pablo! Vosotros, revistiéndoos de su espíritu, deducireis de sus maravillosos discursos los argumentos mas poderosos, á fin de que los fieles puestos á vuestro cuidado ardan en veneracion y amor al Apóstol de las naciones, á su *propio Apóstol*. Hagan, pues, lo que pudieren para secundar nuestros esfuerzos. No temamos hacer por san Pablo lo que sabemos que san Pablo hacia par los fieles. Él fué por todas partes recogiendo limosnas que llevó luego á Jerusalem para remediar la pobreza corporal de los fieles; vosotros recogeréis limosnas con las cuales socorrereis, delante de Dios y con el auxilio del Apóstol, las necesidades espirituales de los fieles. En suma, os creamos ministros de una obra tan religiosa; lo que recibais de la piedad de los fieles cuidad de enviárnoslo todo. Os escribimos con una confianza tan grande en vuestra piedad y voluntad, que esperamos ver que, merced á vosotros, el resultado excede á Nuestras esperanzas. No podrá menos de haber un considerable número de imitadores de aquella viuda que mereció este particular elogio de nuestro Señor Jesucristo: *Era pobre y á pesar de su pobreza, echó mas en el arca que los que echaron los que poseian en abundancia*. Esperamos, pues, que la Basílica se levantará de sus ruinas tal como corresponde al nombre y á la memoria del Doctor de las naciones. Con esta esperanza hallamos consuelo á Nuestro dolor; os deseamos, venerables hermanos los bienes mas saludables, y os enviamos con sincero afecto la bendicion apostólica. Dado en San Pedro de Roma á 25 de enero de 1825, segundo de Nuestro Pontificado.—
LEON XII, PAPA.»

Es de advertir que Leon XII veia, repasaba y embellecía cuanto se publicaba en su nombre. En las publicaciones de Benedicto XIV, uno de los mas doctos pontífices, se reconocia siempre su sólida erudicion, sus citas históricas, puntualmente conformes con los documentos originales, y su lógica fuer-

te é irresistible ; en las publicaciones de Leon XII se nota fácilmente un tierno sentimiento, un generoso ruego, una invitacion suave y urgente, un valor sosegado que mira de frente con nobleza y dignidad (1): cualidades propias de este Pontífice, con las que salian generalmente adornados todos los documentos sujetos á su aprobacion.

CAPÍTULO XXIX.

Letras apostólicas contra los francmasones y los carbonarios.—Recuerda Leon XII las Bulas de Clemente XII, Benedicto XIV y Pio VII sobre la materia.—Nota histórica sobre los francmasones en general desde su aparicion en Europa.—Nota sobre los carbonarios de Francia.—Pormenores sobre los carbonarios de Italia.

Hora es ya de mencionar las letras apostólicas de 13 de marzo de 1825 contra los francmasones. Este documento histórico es un resúmen completo de cuanto han publicado los Papas sobre la materia. En él veremos que dominan principalmente la fuerza y la voluntad, la accion y el poder ; pero siempre acompañados de ternura, de cierta súplica que procura vencer y persuade ilustrando.

Teniendo Leon XII cerca de sí tantos testigos extranjeros que manifestarian sus intenciones en Europa y aun fuera de ella, quiso ensayar la destruccion de un mal real, mas que se encubra frecuentemente con apariencias de frivolidad y aun con la máscara de la beneficencia.

Estas letras apostólicas del 13 de marzo son como sigue:

«LEON, OBISPO, SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS. PARA PERPÉTUA MEMORIA.

«Cuanto mas graves son los males que aquejan á la grey de Jesucristo nuestro Dios y Salvador, tanto mas deben cuidar de librarla de ellos los Pontífices romanos. A los Pontífices fué á quienes en la persona de Pedro príncipe de los Apóstoles, se confiaron la solicitud y el poder de apacentar esta

(1)

« A guisa di leon, quando si posa:
Como el leon, cuando descansa. »

(Dante, Purgatorio, canto 6, vers. 66).

grey y guiarla, correspondiendo por consiguiente á los Pontífices, como á los que están puestos por primeros centinelas para seguridad de la Iglesia, observar desde mas léjos los lazos con que los enemigos del nombre cristiano procuran exterminar la iglesia de Jesucristo, á lo que nunca llegarán. Deben indicarse estos lazos á fin de que los fieles se guarden de ellos y pueda la autoridad neutralizarlos y aniquilarlos. Y por eso, conociendo nuestros predecesores que tenian este deber, fueron siempre vigilantes como el buen Pastor; y con sus exhortaciones, doctrinas, decretos, y aun exposicion de la vida, no cesaron de ocuparse en la represion y extincion total de las sectas que amenazan á la Iglesia con una entera ruina. No solo se encuentra esta solicitud de los Sumos Pontífices en los antiguos anales de la cristiandad, sino que brilla todavía en todo lo que en nuestro tiempo y en el de nuestros padres han estado haciendo constantemente para oponerse á las sectas clandestinas de los culpables, que en contradiccion con Jesucristo, están prontos á todas las maldades.

« Cuando nuestro predecesor Clemente XII vió que echaba raíces y crecia diariamente la secta llamada de los francmasones, ó con cualquiera otro nombre, conoció por muchas razones que era sospechosa y completamente enemiga de la Iglesia católica, y la condenó con una elocuente constitucion expedida en 28 de abril de 1738, la cual comienza: *In eminenti*, y cuyo tenor es como sigue. »

Aquí reproduce Leon XII el texto literal de aquella constitucion, de que basta á nuestro propósito hacer un simple análisis.

En ella pues, deseando Clemente XII preservar de toda perturbacion al mundo católico en aquellos tiempos dificultosos, ordena que se cierre la puerta á los errores y á los vicios, y que se conserve la integridad de la fe ortodoxa.

Reprueba las sociedades, conciliábulos, reuniones, agregaciones y juntas, llamadas vulgarmente de los *francmasones* ó con cualquiera otra denominacion, segun la variedad de los idiomas, porque hombres de toda clase, contentos con una artificiosa apariencia de honradez natural, se asocian con un concierto impenetrable y con leyes y estatutos, formados por

ellos mismos , obligándose por medio de un terrible juramento pronunciado delante de la Sagrada Biblia , y bajo penas infinitas y atroces , á sepultar en un inviolable silencio lo que hacen ocultamente.

Estas reuniones han producido indecible miedo en el corazón de los fieles: que si no fueran culpables las acciones de esos sectarios , no profesarian un odio tan grande á la luz. Lo que ha transpirado de aquellos secretos misterios ha sido tal, que en muchos países se han castigado esas asociaciones con penas legales , como enemigas de la seguridad de los reinos.

Esas reuniones no son conformes á las leyes civiles , ni á las canónicas ; los Pontífices deben considerarse como siervos fieles y prudentes encargados de guardar la familia del Señor. Por eso , á fin de que semejantes hombres no horaden la casa como ladrones , ni roan la viña como raposas , es decir , no perviertan á los sencillos de corazón ; ni lancen desde sus secretas emboscadas flechas contra los inocentes , es necesario cerrar el camino para que no se ensanche demasiado y deje cometer impunemente iniquidades. En su consecuencia , después de tomar el consejo de algunos de sus venerables hermanos los cardenales de la Santa Iglesia romana , de su propio movimiento y con la plenitud de la autoridad apostólica , el Papa establece y decreta , que se prohíben y condenan las mencionadas sociedades , y quedan en lo sucesivo perpétuamente prohibidas y condenadas.

Por consiguiente , se prohíbe á todos los fieles asociarse á tales reuniones , bajo pena de excomunión , de la que , excepto en el artículo de la muerte , solo serán absueltos por el Papa ó por sus sucesores.

Después de insertar dicha constitucion , continúa Leon XII: « No parecieron suficientes todas estas precauciones á Benedicto XIV , tambien predecesor nuestro , de venerable memoria. Muchos decian que no habiendo confirmado expresamente Benedicto las letras de Clemente , muerto pocos años antes , no subsistia ya la pena de excomunión. Era seguramente absurdo pretender que se reducen á nada las leyes de los Pontífices anteriores , no siendo expresamente aprobadas por los sucesores ; por otra parte era manifiesto que la Consti-

tucion de Clemente habia sido confirmada por Benedicto diferentes veces. Con todo eso, pensó Benedicto que debía privar á los sectarios de tal argucia mediante la nueva Constitucion expedida en 18 de mayo de 1751 y publicada el 2 de junio siguiente, que comienza: *Providas*, y en la que Benedicto confirma la Constitucion de Clemente, copiándola al pié de la letra.

«BENEDICTO, OBISPO, SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS, PARA PERPÉtua MEMORIA.

«Juzgamos conveniente robustecer y confirmar de nuevo con el poder de nuestra autoridad las previsoras leyes y sanciones de los Romanos Pontífices nuestros predecesores, no solo aquellas cuyo vigor tememos se disminuya ó extinga con el tiempo ó por el abandono de los hombres, sino tambien, cuando lo exigen justas y graves causas, aquellas otras que gozan todavía reciente fuerza y plena autoridad.

«Ciertamente el Papa Clemente XII, predecesor nuestro, de feliz memoria, en sus Letras apostólicas expedidas á 28 de abril del año de la Encarnacion de nuestro Señor 1738 y octavo de su pontificado, y dirigidas á todos los fieles cristianos, las cuales comienzan *In eminenti*; condenó y prohibió para siempre ciertas sociedades, congregaciones, reuniones, juntas, conciliábulos ó agregaciones, llamadas comunmente de los francmasones, ó con otro nombre cualquiera, muy extendidas ya entonces en algunas naciones, y que iban diariamente acrecentándose; y mandó á todos los fieles cristianos, so pena de excomunion *ipso facto incurrenda*, sin necesidad de declaracion alguna, y de la que excepto en el artículo de la muerte nadie podria absolver sino el Romano Pontífice, que ninguno tuviese la audacia y temeridad de fundar, propagar, proteger, acoger y ocultar tales sociedades, ni de inscribirse, agregarse, ó asistir á ellas, con lo demás que mas ámplia y detalladamente se contiene en las mencionadas Letras del tenor siguiente (y las copia textualmente, continuando despues):

«Algunos, no han tenido reparo en afirmar y divulgar que no tiene ya fuerza dicha pena de excomunion impuesta por nuestro predecesor, por la razon de no haber sido con-

«firmada por Nos la preinserta Constitucion, como si para
«subsistir la validez de las Constituciones apostólicas expe-
«didadas por un Papa se requiriese expresa confirmacion del su-
«cesor en el pontificado.»

(Sigue una extensa y positiva confirmacion). A propósito del secreto impenetrable que guardan los sectarios, cita Benedicto la siguiente opinion que manifestó Cecilio Natal delante de Minucio Felix.

«Las acciones honradas brillan en la publicidad; las maldades son secretos.»

El Papa declara que tiene noticia de hallarse prohibidas con severas penas tales sociedades por las leyes de los príncipes seculares...

«Dado en Santa María la Mayor de Roma, á quince de las Calendas de junio (18 de mayo) del año de la Encarnacion de Nuestro Señor 1751, undécimo de nuestro Pontificado.»

Continúa Leon XII:

«¡Ojalá los gobernantes de entonces hubiesen tenido en cuenta esos decretos que exigia la salvacion de la Iglesia y del Estado!

«¡Ojalá se hubiesen creído obligados á reconocer en los romanos Pontífices, sucesores de San Pedro, no solo los pastores y jefes de toda la Iglesia, si que tambien los infatigables defensores de la dignidad y los diligentes descubridores de los peligros de los príncipes!

«¡Ojalá hubiesen empleado su poder en destruir las sectas cuyos pestilenciales designios les habia descubierto la Santa Sede Apostólica! Habrian acabado con ellas desde entonces. Pero fuese por el fraude de los sectarios, que ocultan con mucho cuidado sus secretos, fuese por las imprudentes convicciones de algunos soberanos que pensaron que no habia en ello cosa que mereciese su atencion ni se debiese perseguir; no tuvieron temor alguno de las sectas masónicas (1), y de ahí

(1) Voy á dar varias noticias puramente históricas sobre los «francmasones» del reino de Francia. Parte de estos pormenores la tomo del «Diccionario enciclopédico» de Mr. Lebas, uno de los hombres mas doctos que cuenta en su seno la «Academia de las Inscripciones.»

Desde los siglos XII y XIII los arquitectos, albañiles «maçons» ó canteros

resultó que nacieron gran número de otras mas audaces y mas malvadas.

« Pareció entonces que en cierto modo la secta de los *carbonarios* las encerraba todas en su seno. Pasaba esta por ser la

se habian reunido en compañías que tenian sus estatutos y sus jefes, iban á establecerse en los sitios donde habia que levantar edificios religiosos. Al considerar la perfeccion y uniformidad de los monumentos de aquel tiempo, no puede dudarse de que poseyeron los arquitectos una doctrina muy fija y tradiciones artísticas que se trasmitian oral y prácticamente. Tambien es de notar que la mayor parte de las grandes obras que prueban el talento de aquellos artistas, no nos da por lo general á conocer sus nombres. Sabemos, empero, que el jefe de los principales que edificaron la catedral de Nuestra Señora de París, y fueron llamados á Suecia para levantar la catedral de Upsal, se llamaba Estéban Bon-Oeil. Durante aquel período de fe y de fervor no habia individuos que contratasen por sí solos, excepto en el caso que hemos citado y sabemos por un pasaporte expedido á Bon-Oeil y que se conserva todavia en Estocolmo; no habia mas que cofradías ó gremios, donde todo se hacia comun: vida, bienes, esperanzas é ingenio.

Dícese que Erwin de Steinbach, el inmortal arquitecto de la catedral de Strasburgo, fué el primero que reunió en una grande asociacion las compañías de trabajos que andaban juntos y estaban bajo su direccion para aquella admirable fábrica, agregándola maestros italianos é ingleses, y dando á aquella reunion el nombre de «logia.» Desde entonces la logia de Strasburgo tuvo sobre las demás reuniones de Alemania á ella afiliadas una supremacia que no perdió hasta despues de reunirse Strasburgo á la Francia por los años de 1682. Todos los afiliados se llamaban cofrades, y no contentándose únicamente con el nombre de masones, mas honrado entonces que ahora, para mas honor se calificaron con el de «francos masones» ó «francmasones.» Con sus doctrinas arquitectónicas mezclaron ideas religiosas y morales, ciertos dogmas extraños, enseñados simbólicamente á los iniciados, y doctrinas tomadas de la Biblia, de la filosofia antigua, de Platon, de Aristóteles, de la primitiva Iglesia, de los Gnósticos, y de los misterios egipcios y griegos. Con eso comenzó á introducirse el veneno y propagarse por entre los alimentos saludables. Entonces personas extrañas á las artes y al manejo de la paleta y de la escuadra, cuyo concurso es necesario para la fábrica de los edificios, manifestaron deseos de afiliarse á lo que se llamaba ya la «orden,» y los cofrades con la satisfaccion de ver que se les buscaba se prestaron con gusto á recibirlos.

En el siglo XV el arquitecto Dotzinger, que reparó el coro de la catedral de Strasburgo, valióse de su ascendiente para unir unas con otras, mediante un vínculo comun, todas las corporaciones diseminadas, así los artesanos como los aficionados. Formóse esta vasta asociacion masónica en 1452, y se consolidó con una asociacion general de los maestros de las logias. En esta asamblea que se tuvo en Ratisbona, se trató de los reglamentos para recibir aprendices, compañeros y maestros, y de los signos secretos con que los individuos de la asociacion pudiesen mutuamente conocerse.

Siguiendo una tradicion diversa de la que atribuía la fundacion de las primeras «logias» á los arquitectos de Alsacia, se ha pretendido que las diversa

principal en Italia y otros países; estaba dividida en muchas ramas que solo se diferencian en el nombre, y la dió en atacar á la religion católica y á toda soberanía legítima.

« Para libertar de esta calamidad á la Italia y á otras regiones, y aun á los Estados romanos (porque al cesar por tan-

órdenes de masonería eran únicamente imitaciones de la órden del Temple ó de los templarios, establecidas primeramente en los países donde se retiraron algunos de aquellos caballeros despues de su dispersion.

Como quiera, los actuales francmasones se jactan de una ascendencia muy anterior al siglo XIII, pues pretenden reconocer por su fundador y maestro á aquel Hiran que edificó el templo de Salomon, suponiéndose ocupados en reedificar su obra; impostura que no ha dejado de proporcionarles muchos partidarios.

No es difícil convencerse de que, introducidos en una sociedad inocente de artesanos, ocupados tan solo de su sencilla mision, otros hombres falsamente doctos y muchos agitadores pedantes, trataron de dar á aquella sociedad un origen que se perdía en la noche de los tiempos; pero reservándose expulsar á los primeros padres de la institucion que, aunque mezclada de elementos profanos, permanecia todavía, á lo menos en apariencia, en la debida sujecion á la Iglesia.

Establecido así este género de francmasonería, obró durante mucho tiempo en la oscuridad, y solo tuvo cierto género de vida misteriosa en algunos rincones de Alemania é Inglaterra, es decir, donde debían propagarse los errores del protestantismo.

Esa institucion se introdujo y arraigó sólidamente en Francia en un tiempo poco remoto del nuestro, pues se fija tan funesto acontecimiento en los primeros años del siglo XVIII. Varios ingleses, como lord Derwent-Waters, el caballero Maskeline y otros, fueron los que por los años de 1725, despues de los últimos días de la regencia, inauguraron en París la primera logia.

Decapitado en Inglaterra el lord fundador, lord Harnouester fué elegido en 1736 gran maestré por las logias parisienses, cuyo número no llegaba entonces á cuatro. Próximo á dejar la Francia, convocó un dia una asamblea para la eleccion de su sucesor; súpolo el rey, y declaró que si recaía el nombramiento en algun francés, lo meteria en «la Bastilla.» Sin embargo, el duque de Antin llegó á ser el 24 de junio de 1738 gran maestré inamovible sin que le pusieran preso. Hemos visto que Clemente XII habia ya expedido en 28 de abril su constitucion «Inminentí.» Así que el nombramiento del duque de Antin, efectuado tan poco tiempo despues, fué una bravata y un insulto á la Santa Sede. La persecucion, al parecer poco diestra, de la policía de París, dió por resultado favorecer desde entonces aquella naciente institucion. En 1742 el número de las logias habia ya aumentado de cuatro á veinte y dos. El año siguiente sucedió al duque de Antin el príncipe Luis de Borbon-Condé, conde de Clermont (hijo tercero de Luis III, duque de Borbon). La corte no pudo ignorar este nombramiento, y cometió una falta grandísima en no impedirlo; fuerza es decir tambien que no fué general una condescendencia tan culpable. Este período se señaló, no solamente con sentencias del «Chatelet»,

to tiempo el gobierno pontificio se introdujo la secta con los extranjeros que invadieron el país), nuestro inmediato predecesor Pío VII, de feliz recordacion, condenó bajo penas gravísimas las sectas de los *carbonarios*, cualquiera que fuesen el

renovando en 1744 y 1745 la prohibicion de reunirse en logia los francmasones y de admitirles los propietarios y taberneros, bajo la multa de 3,000 libras; sino tambien con numerosos desórdenes y una completa anarquía en el seno de aquella sociedad. Entonces tambien se encubrió con el velo de la masonería la disolucion mas escandalosa. Fundáronse muchas nuevas logias, donde se recibían «caballeros y caballeras;» tales eran las órdenes de los afroditas, de la fidelidad, y otras que tenían infames denominaciones. Participaron los habitantes de las provincias de la aficion de los parisienses á las sociedades misteriosas. ¡ Porque se vió entonces á las personas mas noblemente caracterizadas deshonrar su fe, sus desgracias, su honor nacional, su sublime decision en madrigueras donde nadie se imaginára encontrarles! Favorecieron la propagacion de las logias los ingleses del partido del pretendiente. Hallándose en Arras Carlos Eduardo, expidió en 15 de abril de 1747 para los masones de aquella ciudad una bula de institucion de «capítulo primordial,» con el nombre de «Escocia jacobita;» el gobierno de esta sociedad quedó encomendado al padre de Robespierre. Por el mismo tiempo varias ciudades de Francia, en particular Strasburgo, Marsella, Lyon, Tolosa y Burdeos, tenían logias independientes de la gran logia de París.

El 2 de junio de 1751 se publicó la bula de Benedicto XIV de 18 de mayo anterior, al mismo tiempo que los dos primeros tomos de la Enciclopedia de Diderot. No cabe duda: esta obra era desde su origen un negocio de partido y un medio de propagar ideas nuevas en materia de Religion. Comparando así fechas y escritos se vé hasta que extremo vela la Santa Sede por los intereses que tiene á su cargo.

En 1756 la gran logia de París se emancipó de la dependencia de la gran logia de Inglaterra, y se arrogó la supremacía sobre todas las restantes logias de Francia. Con todo, merced á una circunstancia muy feliz, continuó la anarquía y declaráronse violentas disensiones. Reuniéronse no obstante los partidos al advenimiento del duque de Chartres al gran maestrazgo, y cuando fué nombrado sustituto suyo el duque de Luxemburgo (¡ dónde fué á meterse un duque de Montmorency Luxemburgo!); pero en 1773 se formó con el título de «Grande Oriente» una logia enemiga que no se unió con las demás hasta 1779.

Entre los personajes que figuraron en la órden de la francmasonería se nota, además de los ya indicados, el famoso conde de San German, Cagliostro y la duquesa de Bouillon, que tuvo el título de gran maestra, pues ya hemos visto que se admittían mujeres; así que sufrieron una confusion inexplicable las audaces opiniones de la órden, sus esfuerzos y su influencia; la «órden» vino á mezclarse como una simple ola con la tempestad revolucionaria, cuya explosion habia no obstante contribuido á preparar.

Nunca se comprenderá que cuando en Roma se formó causa á Bálamo, conocido por Cagliostro, procurando explicar este el objeto de la masonería, y buscando algun socorro en tal apuro, inventó tan sutiles mentiras, que

nombre con que en razon de los lugares, idiomas y personas se distinguiesen, en la constitucion de 13 de setiembre de 1821 que empieza: *Ecclesiam á Jesu Christo*, y que vamos á copiar:

« Pio, obispo, siervo de los siervos de Dios. Para perpétua memoria.—La Iglesia, que nuestro salvador Jesucristo fundó sobre una sólida piedra, y contra la que el mismo Jesucristo «dijo que no habian de prevalecer jamás las puertas del infierno, ha sido asaltada por tan gran número de crueles enemigos que, si no lo hubiese prometido la palabra divina, que no puede faltar, se habria creído que, subyugada por su fuerza, por su astucia, ó malicia, iba ya á perecer.

« Lo que sucedió en los tiempos antiguos ha sucedido también en nuestra deplorable edad y con síntomas parecidos á los que antes se observaron y que anunciaron los Apóstoles diciendo: « Han de venir unos impostores que seguirán « los caminos de la impiedad. » Nadie ignora cuan grande es « la muchedumbre de los malvados que en estas desastrosas circunstancias se han reunido contra el señor y contra su Cristo. El principal objeto de estos malvados es extraviar á los

una de las primeras autoridades encargada de juzgarle concibió cierto interés por aquel aventurero, estafador y sacrilego á un mismo tiempo, y cobró á semejante hombre un afecto de que yo mismo he oído á aquella autoridad excusarse en presencia mia. ¡ Paz á los hombres de ingenio y aun de talento que tienen la sencillez de los animales!

Posteriormente manifestó tambien su accion la masonería, pero cubriéndose con los nombres de « teofilántropos y trinósofos ». Principalmente con esta denominacion representó la masonería un papel importante en los ejércitos franceses durante el Consulado y el Imperio, y sin duda salvó á Moreau de las acusaciones del primer cónsul. De resultas de haber sido en esto derrotado el gobierno de Napoleon, tuvo la policia orden de autorizar públicamente la apertura de las logias y poblarlas de espías. Los delatores llegaron á ser inútiles; ya no se veian mas que reuniones de baile y de comilonas. Durante la restauracion engrosaron la masonería todos los descontentos; escogió con mas arte sus asilos y sus criados, y en los últimos años del reinado de Carlos X se mostró amenazadora. En fin, sobrepujada por las revoluciones, que no se apoyan por mucho tiempo en vanas teorías ó en sociedades secretas, y que se lanzan á la autoridad y la apeteen con furor, la orden masónica quedó reducida en 1830 á miserables fórmulas de recepcion, y en cierto modo á la nada, á lo menos con el nombre de francmasonería, por mas que hayan ejercido sus primeros grados personajes actualmente poderosos. Luego daremos pormenores sobre la « Carbonería » política de Italia introducida en Francia.

« fieles cristianos con la filosofía y la vanidad engañosas. Apar-
 « tan á los fieles de la doctrina de la Iglesia, y aunque sea
 « inútil todo esfuerzo respecto á esto, procuran arruinarla.
 « Para conseguir este resultado formaron reuniones ocultas y
 « sectas clandestinas, por cuyo medio esperaban atraer mas
 « gente á la conspiracion de su malicia.

« Mucho tiempo hace que descubrió la Santa Sede esas sec-
 « tas y levantó contra ellas una voz grande y libre, indican-
 « do los designios que habian urdido contra la Religion y con-
 « tra la sociedad civil. Mucho tiempo hace que despertó á todos
 « los fieles y les invitó á que estuvieran alerta é impidieran
 « que se desencadenasen esas sectas para conseguir lo que in-
 « dignamente habian meditado. Pero tenemos el corazon ul-
 « cerado porque no se han escuchado las advertencias de la
 « Santa Sede Apostólica y los perversos no han abandonado
 « sus proyectos. De ahí el mal que nosotros mismos hemos vis-
 « to : aquellos cuyo orgullo se hace cada vez mas presuntuoso
 « han tenido la osadía de formar otras sociedades secretas. Ha-
 « blamos de la sociedad poco ha nacida y tan propagada ya en
 « Italia y otros países. Está dividida en muchas sectas, toma
 « diversos nombres y distintivos ; pero en realidad así por la
 « comunión de pareceres y de maldades, como en virtud de
 « de cierto pacto que las liga mútuamente, no componen mas
 « que una sola secta llamada sociedad de los *Carbonarios* (1).
 « Verdad es que aparentan tener singular respeto y dar gran-

(1) He dado algunas noticias de los francmasones desde 1250 hasta 1830 poco mas ó menos. No será pues inútil copiar aquí lo que nos dice el mismo « Diccionario enciclopédico » de Mr. Lebas acerca de los « Carbonarios. » Dióse primeramente este nombre en otro tiempo á algunos güelfos descontentos que para eludir la vigilancia de los gibelinos, se reunian en el interior de los bosques, en las cabañas de los carboneros, con el fin de tramar conspiraciones, ó acordar los medios de defenderse. En Francia se cree que la « carbonería » que hubo antes de 1830 era una ramificación de la francmasonería ; esta carbonería comenzó á esparcirse en 1818. Despues de un proyecto de insurreccion que abortó, algunos individuos de la logia de los Amigos de la verdad, que no era entonces mas que un foco de republicanismo, se refugiaron á Italia, de donde, en tiempos mas propicios para ellos, trajeron el plan de una asociación « carbonaria. » Segun el famoso dictámen fiscal del procurador general Marchangy, su organizacion era esta: Habia en primer lugar la junta directora ó «venta» suprema ; luego las «ventas» de distritos, compuestas de

«dísima preferencia á la Religion católica y á la persona y doctrina de Jesucristo Nuestro Salvador, y que osan malignamente llamarle rector y gran-maestre de su sociedad; pero «estas palabras, que parecen suaves como un bálsamo, son «dardos que lanzan los perversos para herir mejor á los menos «prudentes, á quienes se acercan con el exterior de ovejas «mientras en el interior son lobos carniceros.

los jefes de las «ventas,» y que por medio de un diputado tomado de su seno se correspondian con la «venta» suprema. Despues de estas habia todavia las «ventas» de cantones que enviaban un diputado á las «ventas» de distrito. Las «ventas,» aun que sabian que tenian otras «ventas» hermanas, no se conocian unas á otras. Esta asociacion llegó pronto á ser temible por el número y la decision de sus individuos. Envolvía á Francia como una inmensa red; en 1820 admitíanse únicamente en ella las opiniones republicanas, y algunos que se hicieron despues conservadores y monárquicos, se gloríaban entonces de pertenecer á esta sociedad. La junta directiva, creyéndose bastante fuerte para hacer una intentona, concibió el proyecto de una insurreccion que se habia de declarar en Belfort para extenderse luego hasta París, donde habia «carbonarios» prontos á apoyar el movimiento: no tuvo esta empresa resultado por la lentitud y perplejidad habituales de Lafayette. La Carbonería salió duramente castigada en la persona de algunos de sus individuos. En 1823 cesó de causar temores al gobierno, y pareció quedar desorganizada; sin embargo, permanecieron unidos algunos pocos jefes estudiando la marcha de los sucesos. Hasta parece cierto que se resolvió entre ellos una insurreccion para el 10 de agosto de 1830, y que ya se hallaban reunidos todos los medios de accion, cuando los decretos, publicados en 26 de julio del mismo año, parecieron deber acelerar el momento del ataque. Desde entonces ha cesado en Francia la Carbonería; pero segun se dice periódicamente todos los años, cuando se solicitan fondos secretos, la han reemplazado otras sociedades secretas no menos temibles.

Además de la «Carbonería,» que declaró á la Restauracion una guerra tan fatal, en 1793 existia otra sociedad, pero esta era realista y solo ejercia su accion en algunos departamentos de la Champaña y del Franco Condado.

Esta protegió sucesivamente la fuga de los sacerdotes condenados al patíbulo ó de los ricos propietarios que habian creído poder permanecer sin riesgo en Francia. Mas adelante esta «Carbonería,» que no parecia merecer los anatemas de la Iglesia, trajo á Francia á los emigrados, á los sacerdotes que creían poder regresar, y á quienes un gobierno menos feróz inspiraba suficiente confianza: despues se abusó de ella dándola otra direccion. En cuanto á la «Carbonería» italiana, es una historia muy larga que no se sabe aun bastante, pero que ha causado viva inquietud en Turin, Lombardía, Venecia, los Estados Pontificios y Nápoles. Allí, como en Francia, durante los infortunios de Fernando refugiado en Sicilia, hubo una «Carbonería» realista que pudo por un momento ser útil; pero desgraciadamente suministró los medios de organizar la «Carbonería» republicana que aun existe en el día.

« Con su juramento inexorable , semejante al de los anti-
« guos priscilianistas , prometen no descubrir jamás á nin-
« guna persona no afiliada á la sociedad , cosa alguna de lo
« que á esta pertenezca , ni descubrir tampoco á ninguno de
« los individuos de inferior grado nada relativo á los grados
« superiores. Además , las reuniones clandestinas é ilegítimas
« que tienen , como ya hicieron muchos herejes , y la agre-
« gacion de hombres de todas sectas y religiones , dado que
« no hubiese otros delitos , son suficientes para que no se dé
« crédito á las palabras de tales enemigos.

« Mas no hay necesidad de recurrir á conjeturas ni argumen-
« tos para juzgar de las intenciones á que antes nos hemos re-
« ferido. Los libros publicados por ellos mismos y en que des-
« criben las formalidades de sus reuniones , particularmente
« para los grados superiores , sus catecismos , sus estatutos y
« otros documentos auténticos que constituyen graves pruebas
« contra ellos , y los testimonios de los que habiendo abando-
« nado la sociedad denunciaron francamente á los jueces legí-
« timos los errores y fraudes de los sectarios , ponen de mani-
« fiesto que los *Carbonarios* tienen el objeto de dejar á cada cual
« la libertad de formarse una religion á su capricho , introdu-
« ciendo así en materia de religion la indiferencia que solo puede
« dar por resultado una deplorable ruina. Profanan y manchan
« con sus odiosas ceremonias la pasion de Jesucristo ; se mofan
« de los Sacramentos de la Iglesia , á los cuales sustituyen
« otros , inventados criminalmente por ellos , y hasta de los
« misterios de la Religion católica. Quieren derribar la Sede
« Apostólica , contra la cual maquinan lo mas pestilencial y
« pernicioso , porque en esta Sede se ha conservado siempre
« el *principado* de la Cátedra apostólica.

« No son menos odiosos , como consta por los mismos docu-
« mentos , los preceptos que difunde la sociedad de los *Carbo-*
« *narios* respecto á la moral , aunque se lisonjee con fingida
« sinceridad de querer que practiquen sus discípulos la caridad
« y todas las virtudes , y se abstengan cuidadosamente de to-
« dos los vicios. Sin embargo , favorece con la mayor desver-
« güenza las pasiones libidinosas , y enseña que es lícito qui-
« tar la vida á los que no han guardado el secreto prometido.

« Por mas que el Príncipe de los Apóstoles san Pedro (Epist. 1.^a,
 « cap. 2, v. 13) mande que los cristianos estén por respecto á
 Dios sujetos á toda humana criatura, ya sea al rey como su-
 « perior á todos, ya á los duques (*duchi*), como enviados suyos;
 « y por mas que el Apóstol san Pablo (á los Rom. , cap. 13,
 « v. 1) mande que toda persona esté sujeta á las potestades
 « superiores; esa sociedad enseña que excitando sediciones
 « hay derecho para despojar de su poder á los reyes y demás
 « soberanos, á quienes tiene la osadía de apellidar tiranos pa-
 « ra deshonrarles con todo linaje de injurias.

« Tales son los dógmas y preceptos de esa sociedad en Italia.
 « Ha abierto el camino á las maldades que han cometido re-
 « cientemente los *carbonarios*, y que han causado tan gran do-
 « lor á las personas honradas y piadosas.

« Nos, pues, que estamos constituidos centinela de la casa
 « de Israel, que es la Santa Iglesia; Nos, que en virtud de
 « nuestro ministerio pastoral, tenemos obligacion de impedir
 « que padezca pérdida alguna la grey del Señor que por di-
 « vina disposicion nos ha sido confiada, juzgamos que en una
 « causa tan grave nos está prescrito reprimir los impuros es-
 « fuerzos de esos perversos. A ello nos excita el ejemplo de
 « nuestros predecesores Clemente XII y Benedicto XIV de feliz
 « recordacion. El primero de ellos con su constitucion *In emi-*
 « *nenti* de 28 de abril de 1738, y el segundo con la suya *Provi-*
 « *das* de 18 de mayo de 1751, condenaron y prohibieron las
 « asociaciones de los *francmasones*, con cualquiera nombre que
 « se reunieran, segun la diversidad de países y de idiomas. Es
 « de creer que la asociacion de los *carbonarios* es un *mugron*, ó
 « cuando menos una imitacion de la de los *francmasones*. Y
 « aunque hemos prohibido rigurosamente esa asociacion por
 « dos edictos de nuestra secretaria de Estado, publicados ya;
 « con todo, imitando á Nuestros predecesores (1), creemos
 « deber decretar severas penas contra ella del modo mas so-
 « lemne, especialmente porque los *carbonarios* sostienen sin ra-

(1) Insertamos aquí casi íntegra la Bula de Pio VII, de la que solo dimos un extracto en su vida. Este documento es tanto mas importante, enanto que el Austria fué la que justamente incomodada en Italia de los «carbonarios» acababa de solicitar su publicacion.

«zon que no se hallan comprendidos en las dos antedichas
« constituciones de Clemente XII y Benedicto XIV, ni suje-
« tos á las sentencias y penas que en ellas se imponen.

« Por consiguiente, despues de oír á una congregacion
« compuesta de nuestros venerables hermanos los cardenales
« de la santa Iglesia Romana, por su consejo, y tambien de nues-
« tro propio movimiento, de nuestra cierta ciencia y madura de-
« liberacion, por las presentes y con la plenitud de la autori-
« dad apóstolica, establecemos y decretamos que la susodicha
« sociedad de los *carbonarios*, aunque en otras partes se llame
« con otros nombres, sus asambleas, reuniones, agregaciones
« juntas ó conciliábulos, quedan prohibidos y condenados, co-
« mo los condenamos y prohibimos con la presente Constitu-
« cion que ha de tener fuerza y vigor perpétuamente.

« Y por lo mismo, á todos y á cada uno de los fieles cris-
« tianos de cualquiera estado, grado, condicion, órden, dig-
« nidad ó preeminencia, sean seglares, sean eclesiásticos secu-
« lares ó regulares, dignos de especial individual mencion,
« les prohibimos estrechamente y en virtud de santa obedien-
« cia, que ninguno de ellos, so pretexto ni color cualquiera,
« tenga la osadía ó temeridad de entrar en la mencionada so-
« ciedad de los *carbonarios* ú otra llamada con otro nombre, ni
« propagarla, etc. (Vease la Bula de Benedicto XIV). »

Condena aquí Pio VII todos los catecismos y estatutos de
los *carbonarios*, y repite las cláusulas finales de las constitucio-
nes apóstolicas.

« Dado en Roma, en Santa María la Mayor, á 13 de setiem-
« bre del año de la Encarnacion de Nuestro Señor 1821, y vigé-
« simo segundo de nuestro Pontificado.—Pio VII PP. »

Continúan ahora las disposiciones directas establecidas por
Leon XII:

« Poco tiempo despues de publicada esta Constitucion de
Pio VII, fuimos elevado Nos, sin mérito alguno, á la suprema
Cátedra de S. Pedro, é inmediatamente pusimos el mayor cui-
dado en descubrir el estado de las sectas secretas, su número
y su fuerza. Con tales investigaciones hemos venido fácilmen-
te en conocimiento de que la insolencia de tales sociedades ha
crecido á medida que se aumentaba su número y sus subdivi-

siones en sectas diversas. Entre ellas debemos particular mención de la *universitaria*, así llamada porque tiene su asiento y domicilio en muchas universidades, en las cuales, maestros que piensan mas en pervertir que en instruir, no solo inician á sus discípulos en los misterios de la secta, que bien merecen el nombre de misterios de iniquidad, sí que tambien educan á los jóvenes en todo género de maldades.

« De ahí que las sectas secretas, desde que fueron toleradas, han encendido la tea de la rebelion (1). Esperábase que al cabo de tantas victorias alcanzadas en Europa por príncipes poderosos serian reprimidos los esfuerzos de los malvados, mas no lo fueron; antes por el contrario, en las regiones donde se calmaron las primeras tempestades, ¡ cuánto no se temen ya nuevos disturbios y sediciones, que estas sectas provocan con su audacia ó su astucia! ¡ Qué espanto no inspiran esos impíos puñales que se clavan en el pecho los que están destinados á la muerte y caen sin saber qué mano les ha herido! ¡ A qué trabajos tan grandes no están condenados los que gobiernan estos países para mantener en ellos la tranquilidad pública!

« De ahí los atroces males que carcomen la Iglesia y que no podemos recordar sin dolor y lágrimas. Se ha perdido toda vergüenza; se ataca á los dogmas y preceptos mas santos; se la quita su dignidad, y se perturba y destruye la poca calma y tranquilidad de que tendria la Iglesia tanto derecho á gozar.

« Y no se crea que todos estos males y otros que no mentamos se imputan sin razon y calumniosamente á esas sectas secretas. Los libros que esos sectarios han tenido la osadía de escribir sobre la Religion y los gobiernos, mofándose de la autoridad, blasfemando de la majestad, diciendo que Cristo es un escándalo ó una necedad; enseñando frecuentemente que no hay Dios, y que el alma del hombre se acaba juntamente con su cuerpo; las reglas y los estatutos con que explican sus designios é instituciones, declaran desembozadamente

(1) Nada mas admirable que el profundo dolor de Leon XII, que en la intimidad de una conversacion exclamaba: « Y lo hemos avisado á los soberanos, y los soberanos se han dormido. ¡ Y lo hemos avisado á los ministros, y los ministros no han velado! » ¡ Qué frase tan elocuente, y qué giro tan bíblico!

que debemos atribuir á ellos todos los delitos ya mencionados y cuantos tienden á derribar las soberanías legítimas y destruir la Iglesia casi en sus cimientos. Se ha de tener también por cierto é indudable que, aunque diversas estas sectas en el nombre, se hallan no obstante unidas entre sí por un vínculo culpable de los mas impuros designios.

«Juzgamos pues que debemos condenar nuevamente tales sectas, y hacerlo de modo que nadie pueda jactarse de no estar comprendido en nuestra sentencia apóstolica, y creese con semejante pretexto con derecho á inducir al error de los hombres imprudentes ó de escaso talento.

«En consecuencia, oido el dictámen de Nuestros venerables hermanos los cardenales de la Santa Iglesia Romana, y también de nuestro movimiento y despues de una madura liberacion, por las presentes condenamos todas las sociedades secretas, tanto las que ahora existen como las que se formaren en adelante y se propusieren los crímenes que hemos señalado contra la Iglesia y las supremas autoridades temporales, sea cualquiera el nombre que tuviesen, y las prohibimos para siempre con las mismas penas impuestas en las constituciones de nuestros predecesores que van insertas y confirmamos expresamente.... Y condenamos especialmente en un todo y declaramos vato el juramento de los sectarios, como pura impiedad y verdadera maldad.... ¿No es una perversidad que el juramento, que debe proferirse *ante la justicia*, pueda ser un vínculo que obligue al hombre á cometer una muerte injusta y le haga despreciar la autoridad de los que, gobernando la Iglesia ó la sociedad legítima, tienen derecho á saber cuanto concierne á la conservacion de una y otra? ¿No es inícuo é indigno tomar á Dios mismo por testigo de los crímenes?.... Dicen dentro de su corazon y en público: *No hay Dios*, y tienen la audacia de exigir juramento ante Dios á todos los que asocian á sus sectas.... Actualmente, venerables hermanos católicos, patriarcas, primados, arzobispos y obispos, emplead en provecho de vuestra grey la autoridad que por un inmortal beneficio de Dios os compete sobre las almas; sepan de vosotros los fraudes, las tramas de los sectarios, y el cuidado con que deben guardarse de su maldad y de todo trato con ellos. Merced á

vuestros poderosos mandatos, conserven horror vuestras ovejas á la perversa doctrina de los que ridiculizan los misterios de nuestra santa Religion y la pura doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, y atacan á toda autoridad legítima....

« Pedimos encarecidamente vuestro auxilio, queridos hijos nuestros, príncipes católicos, á quienes amamos con amor singular y verdaderamente paternal.»

Continúa el Papa señalando la perfidia de los que, aparentando querer extender el poder de los reyes, abrigan secretos deseos de destruirlo. De la destruccion de la Iglesia quieren pasar los sectarios á la de los gobiernos temporales. Los malvados son semejantes á los que el apóstol San Juan declara indignos de la hospitalidad, y á los que ni aun quiere que saludemos (Epist. II, v. 10)....

« Dado en San Pedro de Roma, á 13 de marzo del año de la Encarnacion del Señor 1825, y tercero de nuestro pontificado.—LEON XII, PAPA.»

CAPÍTULO XXX.

Leon XII envía á la reina viuda de Cerdeña la rosa de oro bendita en la misa del cuarto domingo de Cuaresma.—El Papa acompañado de los cardenales visita las cuatro Basílicas en que se habia abierto la puerta santa.—Noticia de los establecimientos franceses.—Entusiasmo del autor por Pio VII.—Es nombrado cardenal el señor de Croí.—Interviene la Francia directamente en la cuestion de la Hacanea.—Respuesta de Leon XII.—Muerte de la princesa Borghese, hermana de Napoleon.—Destino de los clérigos nacionales en Roma.—El autor es nombrado oficial de la Legion de honor.—Se envían al señor Delfin *el birrete* y *el estoque*.—Se envía á la señora Delfina el martillo que sirvió para abrir la puerta santa.—Regalos para la señora duquesa de Berry.—Critícase el peso *del birrete* y *del estoque*, lo cual llega á oídos de Leon XII.—Agradecimiento del príncipe y las princesas al Papa por aquellos dones.—Pónense de acuerdo la Santa Sede y Francia para conocer el estado de los asuntos católicos en Oriente.

Apenas hubo publicado el Papa las letras apóstolicas que anteceden, dedicóse á otras atenciones que conviene recordar.—La piedad que habia mostrado constantemente la reina Ma-

ría de Este, viuda del último rey de Cerdeña, fué recompensada con el regalo de la rosa de oro, que recibió Su Majestad con sinceras muestras de religioso reconocimiento. Bendijose la rosa en la misa de la dominica cuarta de Cuaresma. No se había hecho igual regalo desde el año de 1819 en que Pío VII lo mandó ofrecer á la emperatriz de Austria, que se hallaba entonces en Roma. Este regalo consiste en una gran rosa de oro macizo, sin hojas, y rodeada de otras doce rositas también de oro.

Hacia tiempo que había formado el Papa el proyecto de visitar, juntamente con los cardenales, las cuatro Basílicas en que se habían abierto las puertas santas; pero no quería hacerlo hasta acabar de celebrar las augustas fiestas de Pascua. Fijóse pues para la visita el domingo de *Quasimodo*. Se avisó á la servidumbre del Padre Santo y á los empleados de palacio, que podían asistir á la procesion si se hallaban suficientemente preparados.

A la hora señalada se reunieron en el colegio de los dominicos, cerca de Santa María la Mayor, los cardenales Della Somaglia, Pacca, Spina, Galeffi, Castiglioni, Gregorio, Hoeffelin, Falzacappa, Pallotta, Pedicini, Turiozzi, Dandini, Odescalchi, Zurla, Cacciapiatti, Vidoni, Frosini y Riario. Hallábanse ya reunidos en aquella Basílica doscientos sesenta y cuatro peregrinos, y así que llegó el Papa, en coche y con el tren que llaman de ciudad, empezó la procesion. Iba el Papa, á pié, precedido de la cruz pontificia y seguido de los cardenales y su servidumbre. Así llegaron á la iglesia de Santa María la Mayor, donde Mons. Perugini, *Sacrista*, celebró la misa que oyeron Su Santidad y cuantos componian la procesion. De allí se dirigieron luego á la iglesia de San Juan de Letran, y habiéndose incorporado por el camino á la procesion algunos extranjeros, el Papa manifestó con una sonrisa lo muy grata que le era aquella atencion. Formaban una comitiva larguísima los altos empleados de palacio, los prelados y los guardias, siguiendo los coches de Su Santidad y de los cardenales. El cardenal Hoeffelin fué el único que por lo avanzado de su edad no pudo ir á pié. Cuando llegaron á San Juan de Letran, el Papa celebró la misa en el altar pontificio, en-

trando despues en el convento de los observantes reformados, donde tomó lo mismo que los cardenales un frugal desayuno. Para los peregrinos, la servidumbre pontificia y la de los cardenales, se habia preparado un almuerzo de orden de Su Santidad. Despues de una hora de descanso volvió á andar la procesion, dirigiéndose de la Basílica de San Juan de Letran á la de Santa María en Trastiber, y hechas allí algunas oraciones, se encaminó á San Pedro. Hallábase expuesto en esta última el Santísimo Sacramento; dióse la bendicion solemne, y terminó con esto aquella imponente ceremonia. Admiraba el pueblo el orden y recogimiento que reinaba en todo; la gallarda estatura del Papa, su afabilidad, su generosa beneficencia y sus cortesías á los peregrinos y á los extranjeros, excitou una satisfaccion general.

Ya hemos visto que con arreglo á las órdenes del Papa, debian todos los establecimientos piadosos de Roma reparar sus iglesias, mejorar su situacion, corregir los abusos, y presentar en fin en el año Santo el orden, la regularidad, la sábia direccion y *amor á los pobres*, prescriptos á toda administracion piadosa.

El cardenal Della Somaglia, lleno de delicadeza, se contentó con decir al duque de Laval: «No tenemos la menor duda de que habeis cumplido exactamente vuestro deber en todo lo concerniente á vuestros establecimientos en Roma; no nos metemos absolutamente en vuestros derechos, y no porque digamos acerca de esto algunas palabras, queremos mezclarlos en vuestra contabilidad; despues de eso tal vez se mos indiscretos; pero nuestra falta se limitará á deciros que ninguna administracion tiene aquí mejor fama que vuestra actual comision de ingresos y gastos. En suma, á pesar de la soberanía directa del Papa, se os ha abandonado todo y todo lo habeis arreglado perfectísimamente. Cábele al Papa la satisfaccion de no teneros que dirigir mas que felicitaciones.» El embajador de Francia dijo inmediatamente á S. E. que aquella insinuacion ponia á la embajada en el deber de comunicar confidencialmente en la circunstancia del año Santo el estado en que se hallaban los bienes administrados por las autoridades del rey.

De esta conversacion de S. E. con el embajador, resultó que S. E. pidió á la congregacion francesa una memoria acerca de aquellos establecimientos. Vamos á dar un extracto de ella.

La renta de los establecimientos religiosos que poseía Francia en Roma, se componia en gran parte de censos y alquileres. Habian sido mas considerables antes de la república consular y de la invasion imperial; pero entonces la Francia se robó á sí misma, desnaturalizó sus propios bienes, parte de los cuales quedaron vendidos, y parte dados en enfiteusis á condiciones poco ventajosas. Solo hablamos aquí de lo que se libertó de aquel suicidio, que en términos de hacienda se llamaba *confusion*.

En el tiempo á que nos referimos los gastos ordinarios comprendian: 1.º la asignacion de los eclesiásticos que servian las diversas fundaciones hechas por Carlos VIII, Luis XII, Francisco I, Catalina y María de Médicis, Enrique IV, Luis XIV etc.; 2.º los gastos del culto, conservacion de los edificios, pago de contribuciones y demás cargas públicas. Lo que restaba servia para socorrer y dar pensiones á los franceses necesitados que habia en Roma.

La renta de esos establecimientos no llegaba en 1814, despues de una administracion generalmente despótica y poco regular, mas que á 228,000 reales vellon; aumentóse despues considerablemente en tiempo de Mr. Jordan, secretario de embajada, en el de Mr. Marcieu, tambien secretario de la misma, en el del abate Sambucy, hoy canónigo de París, y de otras personas honradas, merced al método establecido en 1817. Para activar su administracion se nombró una *congregacion*, y era admirable el celo de los franceses que la componian.

Hallábase esta congregacion bajo la vigilancia de la embajada de S. M. Cristianísima cerca de la Santa Sede, y constaba de diez franceses avencindados en Roma, de quienes elegia el embajador tres diputados que debian administrar especialmente aquellos establecimientos y presentar sus cuentas especificadas en épocas fijas.

De los estados trimestrales formados por estos diputados

para el ministerio de Negocios extranjeros, resultaba que los productos de aquellas fundaciones habian ascendido en 1824 á la suma de 23,085 escudos romanos y 71 bayocos, ó sea otros tantos duros españoles, 14 reales vellon y 5 maravedises; y que los gastos habian importado 21,258 escudos ó duros, y 55 bayocos, ó sean 11 reales.

En su consecuencia, ingresó en caja el 1.^o de enero de 1825 la suma de 1827 escudos ó duros, y 16 bayocos, ó sean 2 reales y 5 maravedises vn.

Una memoria mas extensa habia ya dado á conocer al embajador el origen de los establecimientos de Roma, su objeto particular, los servicios prestados por ellos á la Religion y la humanidad, así como los cambios que habian ocurrido sucesivamente en su existencia y administracion.

Obsérvese, para que las naciones estén prevenidas contra los gobiernos *de paso*, que el general de la república francesa, á fin de hacer mas cuantiosa la parte de la contribucion que necesitaba para su ejército y para la avidez del Directorio, mandó imperiosamente á Cacault que insertase en el tratado de Tolentino la cláusula siguiente:

«La república francesa cede al Papa todos sus derechos sobre las varias fundaciones religiosas de Roma y Loreto.»

¡Infelices de las naciones gobernadas por intereses no nacionales! Eso, mas que *confusion*, era un abandono completo. En esto Bonaparte, cónsul y emperador, valia mas que Bonaparte general. Hé ahí mas de dos millones de francos de capital, mas de cien mil francos de renta abandonados por créditos sobre el Po, por el dominio de la *Mesola*! Hé ahí inmensas riquezas, cobradas en la ciudad eterna, que debe ser tan imperecedera como la Iglesia, arrojadas al acaso por miserables cálculos de pocos momentos! Lo que hacia tantos siglos estaba destinado al socorro de los viajeros religiosos, á los artistas atormentados por la necesidad de trabajar y cobrar reputacion, y sin embargo pobres y sujetos á la necesidad de ser socorridos, todos estos recursos, todas estas régias previsiones se sacrifican sin repugnancia á bajas miras del momento, á fatales ignorancias, á preocupaciones revolucionarias. Algo mas sábio se mostró Pio VII en presencia de un

conquistador dueño de Italia, cuando dijo en 1800 al primer cónsul: «Esos bienes pertenecen á la nacion que gobernais; recobradlos. Sobre ellos no tenemos mas que un remoto derecho de inspeccion para el caso en que los manejasen escandalosamente vuestros administradores y no castigaseis vos su iniquidad. Todo eso era de vuestros antiguos reyes; nosotros no lo queremos. Mal que os pese, satisfacéd gustos de beneficencia y de caridad. Noseremos Nos quien usurpemos fondos que vuestros príncipes enviaron con tan cristiano objeto; distribuidlos entre los necesitados, sean quienes fueren. Todos los gobiernos tienen sus pobres, y aun el vuestro mas que otro alguno. En Roma la autoridad no se mete jamás entre el que puede dar y entre el que por la dura ley de la fortuna está condenado á recibir.»

¡O grandeza de Pio VII! ¡O santo Pontífice, no puedo resistir á la felicidad de amarte y admirarte, aun cuando no eres objeto de mis estudios!

Las reglas del método histórico prescriben que los analistas junten unas con otras las narraciones, por medio de transiciones que deleiten el entendimiento y manifiesten deseos de agradar al lector; mas yo, llevado en lo que he dicho de un despecho de francés, á nadie pido perdon, y vuelvo vulgarmente y sin rodeos á continuar refiriendo la vida de Leon XII.

En 21 de marzo fué nombrado cardenal el Sr. de Croi; mas el Papa no daba á la Francia ninguna satisfaccion ni la aseguraba ningun honor, sin buscar todavía, con un espíritu fecundo en este género de invenciones, un nuevo placer, una nueva felicidad para darla así testimonios de su mas tierna solicitud.

No ha podido olvidarse la guerra de España, los triunfos del Delfin debidos juntamente á un carácter de generosidad y liberalidad verdaderas, de aquella liberalidad, única que merece tan noble y augusto nombre. Leon XII se creyó obligado á recompensar hazañas que de concierto con la historia prueban la parte que tienen indudablemente en los negocios del mundo los hombres de corazon. A ser menos amigo del órden, de la severa justicia y de la moderacion que constituyen los verdaderos hombres grandes, dignos de recomendarse á la

posteridad, el Delfin no hubiera sojuzgado á la España sublevada; pero las virtudes del príncipe no permitieron que se cometiese falta alguna. Se recorrió la Península entera siempre con buen éxito; la reaccion de los realistas españoles, á quienes podia extraviar la embriaguez de la victoria de los demás, vino á quedar reducida á la nada ante la sensatez del vencedor. Leon XII habia observado estas diversas fases; como hombre de talento, habia advertido las faltas evitadas, los ímpetus necesarios, la marcha rápida, las vacilaciones prudentes. Concibió el proyecto de manifestar una solemne satisfaccion que habia de partir desde la cátedra de san Pedro, y resolvió enviar al generalísimo el *estoque y el birrete*. Y como un hombre delicado nunca separa afectos indisolubles, quiso dar al mismo tiempo motivos de gozo á la esposa del príncipe victorioso (era por cierto muy devota; aquel ángel mas bien vivia en el cielo que en la tierra), y tuvo la ocurrencia sencilla, pero excelente, de enviarla el martillo de plata que habia servido para derribar la puerta santa.

¿Debo decir ahora, ó dejaré para otro momento, lo que la verdadera historia está obligada á referir para que jamás se altere la verdad? No tengo por otra parte que mortificar virtudes muy ilustres para que nadie ose ofenderlas, pero probaré que junto á los grandes hay siempre personas á quienes no deben escuchar. Me detengo, que siempre es demasiado temprano para revelar cosas que afligen.—Continuó hablándose de la hachaca, y Fuscaldo incitó al duque de Laval á que pidiese instrucciones sobre este punto.

El baron de Damasco, ministro de negocios extranjeros de Francia, escribió en 9 de abril de 1825 al embajador una carta del tenor siguiente:

«Señor embajador: he recibido las cartas que os habeis dignado escribirme hasta la de 23 de marzo, número 16.

«El rey está profundamente reconocido á la prontitud con que ha correspondido el Padre Santo á sus deseos, nombrando cardenal al señor capellan mayor de Francia, y preconizando en el mismo consistorio á todos los obispos de las iglesias actualmente vacantes.

«Ha recibido S. M. gran consuelo al saber que se han he-

cho todavía honores á la memoria del difunto rey (Habíase celebrado una misa pontificia en sufragio suyo).

«A la llegada del rey de Nápoles á Roma, se han renovado como vos pensais las reclamaciones de la Santa Sede acerca de la prestacion del tributo y el homenaje de la hacanea, y no dudo de que se apelar  a la piedad del rey para que acceda á estas concesiones; pero creo que el respeto del rey de Nápoles   la Santa Sede puede muy bien conciliarse con la dignidad de su corona. No debe sacrificarse ni aun ponerse en duda su independenciaci n. Hace ya tiempo que no se rendia el homenaje de la hacanea, y las liberalidades de la córte de Nápoles con la Santa Sede no tenian forma de tributo. Conviene no darles este último carácter, y no reconocer un derecho de señorío feudal que en ninguna manera puede ni debe ejercerse, y que hace tiempo no da lugar mas que   vanas protestas. En este sentido, señor duque, escribió mi predecesor el 22 de julio del año pasado al señor caballero Artaud, que desempeñaba entonces las funciones de encargado de negocios; así que os ruego, señor embajador, que os entereis de aquella carta y la tomeis, como esta, por base de vuestras observaciones cuando tengais que ocuparos en esta importante cuestion. Podria tal vez pensarse que no interesa directamente   Francia; mas no obstante, cuando un Borbon se halla ocupando el trono de Nápoles, no podria el rey ver con indiferencia que cediese derechos de la soberanía que le pertenece. Las pretensiones de la Santa Sede sobre Nápoles traen origen de una época en que las tenia sobre la mayor parte de las coronas, pero el curso de los siglos las ha dejado sin uso. En todas partes se ha reconocido la independenciaci n del trono, la cual ha llegado á ser la mas segura garantía de la prosperidad de los Estados y aun de la Religion.

«Sin necesidad de intervenir oficialmente en esa discusion, podeis   lo menos aprovechar las ocasiones de explicaros de una manera confidencial, y hacer entender, sea al señor marqués de Fuscaldo, sea   S. E. el cardenal secretario de Estado, que en esta cuestion, puramente politica, no participamos del parecer y opiniones del gobierno Pontificio.

«Recibid, etc. EL BARON DE DAMASCO.»

Mas estaba ya todo resuelto acerca de este negocio. Esa intervencion se habia solicitado en París por el embajador de Nápoles; nuestro gabinete no queria mezclarse de otro modo en una cuestion que no interesaba mas que á la Santa Sede y al rey de Nápoles. Habia, como es sabido, un tratado firmado anteriormente por el cardenal Consalvi y el señor de Médici, y convenia atenerse á él. Probablemente el señor de Médici deseaba que no se hiciese caso de aquel tratado. La Francia no entraba tan francamente en tal proyecto: ya se han dicho las amistosas explicaciones que dió el cardenal Della Somaglia, y estas continuaron sirviendo de regla. Leon XII respondió que habia dicho y hecho cuanto podia decir y hacer como soberano electivo, que sube al trono despues de prometer que defenderá, aun con peligro de su vida, todos los derechos, pretensiones y prerogativas de la Santa Sede; que este juramento obliga al soberano durante todo su reinado; que él no culpaba al tratado firmado por Consalvi; que á nadie pedia apoyo, auxilio ni socorro; que no molestaba á ningun soberano con sus propios negocios, y que en la próxima solemnidad del día de San Pedro pronunciaria, en medio de los cardenales y desde la Silla *gestatoria*, como sus predecesores, la acostumbrada protesta; que con motivo del advenimiento de Francisco I, pronunciando el nombre de este príncipe que le es tan caro, se veria, ya que el acto seria público y se efectuaría en la nave mayor de la iglesia mas grande de la cristiandad, hasta por la inflexion de la voz, el paternal afecto que profesaba al rey Francisco: así que no podia el Papa en definitiva mas que imitar á sus sábios predecesores, que desde Clemente IV, natural de Saint-Gilles sobre el Ródano y por consiguiente francés, habian recibido el tributo estipulado en 1266 con Carlos, hermano de San Luis, ó consentido en un equivalente del tributo, ó protestado la falta de pago del tributo ó su equivalente. Leon XII terminaba esta notificacion verbal con las siguientes palabras: «Lo que Nos hemos hecho, lo harán á su vez nuestros sucesores con los mismos sentimientos de respeto á la fe jurada, y con las mismas expresiones de amor, pesar y esperanza.»

Al lector le parecerá que tarda en llegar la fiesta de San

Pedro; pero el corazón de Leon XII, sin abandonar ninguno de los intereses del pueblo cristiano, respira por la felicidad y gloria de Carlos X, y debe asociarse á las fiestas que va á preparar el embajador de aquel monarca con motivo de su coronacion. Habiéndose declarado el tiempo, á pesar de lo que prometia la estacion, contrario á cualquier proyecto que pudiese favorecer una fiesta pública en los jardines de la *Villa-Médicis*, es forzoso seguir la relacion de los infinitos acontecimientos que se suceden siempre en Roma con tanta rapidez.

Roma, además de sus propias vicisitudes, tiene que dar cuenta á la Europa de las que allí produce la generosa hospitalidad que concede á cualquiera que, al ver arruinada su propia grandeza, va en busca de un asilo. La princesa Borghese, que se suponía haber labrado la fortuna política de su marido el príncipe Camilo Borghese, se tuvo por dichosa en hallar un refugio en el palacio de su marido; pero algunas circunstancias de que es inútil hablar aquí, y tambien sin duda una recíproca incompatibilidad, habian turbado algo las relaciones conyugales. El príncipe se retiró á Florencia, y la princesa vivía en Roma en un palacio próximo á la puerta Pia. Allí fué donde la hermana de Napoleon, sucumbiendo á agudos dolores morales que alteraron horriblemente su salud, terminó su vida sin haber tenido que quejarse nunca del gobierno, al que su hermano habia hecho tanto daño. Se dispensaba por el contrario á la princesa una constante proteccion, que hasta podia en rigor, en fuerza de algunas imprudentes recriminaciones, indisponer al gobierno pontificio con el francés, y quizá tambien con el de Viena. Pero la religiosa generosidad del Pontífice, que tenia lástima de la desgracia, la dejaba que acusase á la fortuna de los rigores que esta usa tan indiferentemente, así con los que poseen derechos como con aquellos que los violan.

Origináronse algunas incertidumbres con respecto á las formalidades de eleccion para tres destinos, cuya presentacion tocaba á Alemania, España y Francia. Hablamos del nombramiento de secretarios del Sacro Colegio, que se llaman tambien *clérigos nacionales*. Leon XII quiso que las tres potencias

quedaran en paz y se reconocieran completamente las atribuciones respectivas de estos destinos.

Los secretarios del Sacro Colegio son cuatro: Uno italiano, que es el jefe supremo; otro alemán, otro español y otro francés. El alemán no es siempre de nombramiento del emperador, porque puede ser bávaro; y aun se dice que hay ejemplos de clérigos nacionales que no eran austriacos ni bávaros.

El clérigo italiano está constantemente en el ejercicio de sus funciones, y su destino tiene grandísima importancia, sobre todo en tiempo de cónclave. Ya hemos visto que el prelado Mazio desempeñaba el cargo de secretario del Sacro Colegio.

El clérigo italiano necesita ser confirmado anualmente por el Sacro Colegio.

El clérigo italiano tiene adjunto por turno á uno de los clérigos extranjeros. El cargo de este último es anual, sucediéndole en él sus dos compañeros, y no vuelve á entrar en ejercicio hasta al tercer año, cuando le ha confirmado el Sacro Colegio. A este derecho de confirmación está anexo el de recusación, y el Sacro Colegio puede excluir á uno cuando tiene motivos graves para hacerlo. Fuera de este caso excepcional, el destino del clérigo nacional extranjero no se reputa vacante sino por muerte ó dimisión. Hablamos del clérigo francés.

En cualquiera de ambas suposiciones en estos dos últimos casos, la presentación de un nuevo candidato pertenece al embajador del rey, ó á la autoridad política que, con el título de embajador ó encargado de negocios, represente á Su Majestad cerca de la Santa Sede. Designado ya el sujeto, el ministerio de negocios extranjeros únicamente autoriza la elección en nombre del rey, pero no lo nombra. El derecho de nombrar lo ejerce el Sacro Colegio, el cual, si lo tiene por conveniente, y sin que esté obligado á ello de manera alguna, usa de él en favor del candidato recomendado por el embajador, ministro, ó encargado de negocios del rey.

Para presentar un nuevo candidato hay que aguardar al año en que el clérigo auxiliar extranjero debe entrar en ejercicio. El clérigo español se hallaba en ejercicio en 1825, debía sucederle en 1826 el alemán, y el francés no debía volver á desempeñar sus funciones hasta 1827.

Así se arregló todo amistosamente, y los alemanes debían continuar entendiéndose para presentar su clérigo nacional segun las reglas á que hasta entonces se habian atenido.

En 25 de mayo de 1825 escribió el baron de Damasco al duque de Laval lo siguiente:

«Señor embajador: deseaba con motivo de la coronacion de S. M. que recibiese el mas antiguo secretario de la embajada un testimonio de satisfaccion á que por otra parte tenia derecho por sus buenos y honrados servicios, y Su Majestad se ha servido nombrar á Mr. Artaud oficial de la legion de honor.»

Ya se ha visto que el arzobispo de Ruan fué nombrado cardenal el 21 de marzo. Recibió encargo de llevarle el birrete Monseñor Ancajani, hijo del *Castellano* de Sant-Angelo, pariente del Papa. Con este motivo se habló en todo París de los regalos destinados por el Papa al Delfin, á la delfina y á la duquesa de Berry.

El *birrete* es una especie de sombrero de la edad media, y va acompañado del *estoque*. Uno y otro solo se dan á los generalisimos que se han distinguido en circunstancias importantes, como fueron la batalla de Lepanto, en que ganó tanta gloria y destruyó á una inmensa flota otomana D. Juan de Austria; la libertad de Viena por el rey de Polonia, Sobieski; los combates que sostuvo con los turcos el príncipe Eugenio y que terminaron con la batalla de Petervaradin. Así tambien queria recompensar la expedicion de España en 1823. Cuando Leon XII resolvió conceder estos raros honores al sobrino de Luis XVIII, se dignó preguntarme algunas particularidades sobre la vida del vencedor de Cádiz. Ademas de lo grande de la accion y lo pronto de la proteccion concedida á un rey desgraciado, circunstancias gloriosas que Su Santidad admiraba con toda Europa, deseaba saber el Papa muchos pormenores del carácter del príncipe para tener ocasion de motivar mas extensamente ante los cardenales el destino de aquellos signos de felicitacion. Me apresuré á darle aquellos pormenores, y en su consecuencia salieron para París el *Birrete* y el *Estoque*. Pero como era menester no olvidarse, segun he dicho, de la noble y devota delfina, el Papa la envió el martillo de plata con que habia abierto la puerta Santa, y cuatro medallas que se

encontraron en los cimientos de las antiguas puertas Santas. La duquesa de Berry recibió dos hermosos camafeos, que representaban á Jesús y á San Pedro, y dos reliquias, una de la madera del pesebre que sirvió de cuna al niño Jesús, y la otra del sepulcro del Santo Apostol.

Por desgracia, á algunos que no conocian los usos de Roma, que jamás se aparta de las costumbres antiguas, les parecieron el *estoque* y el *birrete* tan pesados, que no se podian llevar. Ignoraban que aquel honor se habia hecho ya á don Juan de Austria, al gran Sobieski y al príncipe Eugenio. Ignoraban que ninguno de estos tres grandes hombres, el español, el francés y el polaco, tan beneméritos de la cristiandad, se habia puesto en la cabeza el formidable *birrete*, ni esgrimido tan pesado *estoque*. Estos títulos de gloria se llevaban delante de ellos en las ceremonias de la paz, pero no iban á la guerra revestidos de tan enormes insignias. Hubo pues algunas críticas burlonas, de las que se resintió el Papa; mas al quejarse sabia reconocer que el rey, el Delfin y las princesas habian acreditado su sincera gratitud, y que estos augustos vástagos de San Luis no conservarían un indiscreto rencor por la carta de 2 de junio del año precedente.

— Ya se verá como recibió Carlos X. estos dones y el del escudo descrito por Homero, del cual hablaremos luego, y con qué régia munificencia y qué modales dignos de Francisco I y Luis XIV supo manifestar su reconocimiento *el hijo de la region de las lises, señor tres veces gracioso, al Sumo Gerarca Su Santidad Leon XII de perpétua vida* (Véase mas adelante.)

Habia una circunstancia que llamaba siempre en Roma la atencion del gobierno pontificio y la embajada francesa. Leon XII decia riendo á su secretario de Estado: «Ya sabemos lo que de Nos dicen. A todos les parece que solo nos ocupamos de la Francia. Ya sabeis que ningun gobierno debe dejar de tener los ojos fijos en Francia. ; Sale de allí tanto bien y tanto mal! En nuestros últimos trabajos con la Propaganda no veíamos mas que intereses comunes entre Francia y Nos respecto á los establecimientos religiosos de Oriente. Es preciso recoger, en lo que nos toca, y pedir al señor duque de Laval, todas las noticias convenientes acerca de los diversos males

que aqueja n á aquellos establecimientos. Diga cada cual por su parte la verdad, y si es posible, pondremos remedio á esos males.»

Sucedió lo que habíamos previsto. Dimos á S. E. un sinnúmero de pormenores importantes, en que se comprendían hasta nuestros propios agravios, y S. E. solo nos dirigió sentidas quejas. Comienzo por declarar que Roma es el país en que las correspondencias son mas esmeradas con respecto al comedimiento, discreción é *inofensividad* de las expresiones; y sin embargo, rara vez confía Roma el secreto de sus correspondencias. No tendria que temer por esto inconveniente alguno; pero así lo exige allí el uso, y Roma es el país donde mas se respetan los usos, sin que al paracer deba arrepentirse de ello. Admiremos, pues, su prudencia, que no siempre saben imitar las demás naciones.

CAPÍTULO XXXI.

El duque de Laval comunica al secretario de Estado copia de una carta de baron de Damasco al conde de Frayssinous sobre el estado de las fundaciones francesas en Oriente.—Sirve el Papa á la mesa á los peregrinos á quienes siguió convidando á comer desde el principio de su pontificado.—Bello ejemplo del Ilmo. Sr. de Prilly, que todos los dias daba de comer á doce oficiales españoles.—Beatificación de un religioso de Tierra Santa.—Va el Papa descalzo á visitar la iglesia de Santa María *in Vallicella*.

El duque de Laval, algo mas activo en los negocios, y queriendo por otra parte complacer á Leon XII, que en su antigua educación política gustaba de apoyarse en hechos y no se dejaba intimidar por la diversidad de pareceres y proyectos; el duque de Laval, decimos, comunicó al cardenal secretario de Estado copia de dos cartas escritas por el baron de Damasco al conde de Frayssinous, ministro de negocios eclesiásticos.

Estas cartas arrojan gran luz sobre el estado de las cosas de Oriente relativamente á la protección católica que formó siempre parte de los derechos de la Francia. En ellas, que son un resumen de los despachos de nuestros cónsules, hallaremos

una relacion histórica bastante completa de cuanto se podia observar sobre este punto en servicio de la Religion, para dar pruebas de los religiosos sentimientos del digno ministro de negocios extranjeros del rey Cristianismo, y procurar el feliz éxito de los deseos de un Papa tan noblemente celoso como Leon XII.

La primera carta es del 2 de junio de 1825.

«Señor conde: en otro tiempo, numerosas y florecientes misiones contribuian á extender en Levante la influencia de la Religion católica y el ascendiente de la política europea. Parte de esos establecimientos ha dejado de existir; los que han quedado se hallan actualmente en estado de decadencia y consuncion. A la Francia que los ha protejido constantemente con muchísimo interés no puede menos de serla muy sensible su situacion; pero las misiones que fundó en Oriente son las que reclaman en particular su atencion y cuidado.

«Las misiones francesas de Levante son las de los *lazaristas* y los *capuchinos*, fundadas por la piedad de nuestros reyes, y en su origen debian componerse de franceses.

«Los capuchinos, cuya institucion fué creada por Luis XIII, se dividen en dos misiones principales: la de *Grecia*, ó del *mar Egeo*, y la de *Siria*. Esta última la desempeñan dos religiosos, que residen uno en Alepo y otro en Beirut. Los demás establecimientos que dependen de estos, como los de Diarbekir, Damasco, Trípoli, Seide, Hedé, Soleyman y Gabail, están abandonados.

«La mision de Grecia es mas numerosa. Compónenla trece religiosos que se hallan distribuidos en los establecimientos de San Luis de Pera, de Esmirna, de Scio, Naxos, Syra y la Canea. Esta mision tiene tambien casas en Atenas, en Parchia, en Angentiere y en Milo y en algunos puntos de la isla de Candia, distantes de la Canea; pero estas casas no están ocupadas.

«El convento de San Luis de Pera tiene de renta 14,000 piastras turcas (unos 30,400 rs. en 1825), producto del alquiler de las casas que posee en aquel arrabal de Constantinopla. Los religiosos que lo ocupan son capellanes del embajador del rey.

«La casa de la misión de Esmirna es una de las parroquias de la ciudad. Tiene una escuela pública y una renta de 16 á 19,000 rs., además de los derechos de estola y pié de altar, que son considerables.

«Las rentas de los demás establecimientos de Grecia consisten en el producto de algunos terrenos ó de los derechos que perciben como parroquias. Las misiones de Pera, Esmirna, Scío, Naxos, Syra y la Canea, cuyas iglesias ú oratorios sirven de capillas á los cónsules del rey, reciben tambien por este concepto una cantidad de 2,280 rs. que les paga el embajador de Francia.

«Los capuchinos franceses de Levante solo estaban sujetos á la jurisdiccion de sus respectivos provinciales sin recurso alguno á Roma. Como la Propaganda veía con sentimiento esta prerogativa, anduvo muy diligente, cuando se suprimieron en Francia los conventos, en enviar religiosos italianos á nuestros establecimientos de Levante. La misión de los capuchinos solo tiene actualmente tres religiosos franceses, los PP. Miguel Angel y Dionisio de Vallouis, y un hermano lego de Esmirna. Estos son muy ancianos, y están achacosos é imposibilitados para ejercer ministerio alguno, por manera que dentro de muy poco se compondrá la misión únicamente de extranjeros, á menos que el gobierno del rey tome prontas disposiciones para poner en ellas súbditos franceses, y para ir aumentando su número sucesivamente.

«Al principio se queria sustituir con los lazaristas á los capuchinos, pero no se juzgó muy fácil, y se presentó otro plan para volver á constituir sobre sus antiguas bases la misión de los capuchinos. Algunos antiguos religiosos de esta órden habian formado en Crest, departamento del Droma, una nueva comunidad. En 1812 la legacion de Francia en Constantinopla propuso que se consolidase este establecimiento y se convirtiese en un noviciado para las misiones de los capuchinos de Levante. Parece que la comunidad de Crest ha admitido jóvenes á quienes no les faltaria más que tomar el hábito. Vos, señor conde, os hallais en posicion de apreciar la situacion actual de este establecimiento y la utilidad que pueda reportar á la misión de Levante.

«Servios examinar si podria proporcionar desde hoy á aquella mision nuevos individuos, ó si con el favor y el apoyo que le dispensase el gobierno seria capaz de llenar algun dia el objeto que nos proponemos.

«Tambien debe excitar la atencion y el interés del gobierno el estado actual de la mision de los *lazaristas*. El principal establecimiento de estos religiosos se halla en San Benito de Gálata: los demás están en Esmirna, Salónica, Naxos, Santorin, Alepo, Scio, Trípoli de Siria, Damasco, Seyde y Antura en el Líbano.

«La casa de San Benito tiene 24,888 piastras de renta, pero está gravada con una deuda de 88,232 piastras. La iglesia se halla servida por Mr. Brial, superior de los *lazaristas* de Levante y prefecto apostólico, y por Mr. Kaiser.

«La mision de Esmirna tenia en 1816 siete mil piastras de renta: fundó un colegio con gran número de alumnos muy estimado en el país. La sirven los señores Daviers y Trévaux.

«La casa de Naxos, ocupada por dos sacerdotes y un hermano lego, posee fincas, cuya extension se calcula en la cuarta parte de la isla; tiene tambien escuela pública.

«La casa de Santorin posee igualmente un establecimiento de la misma clase. Consisten sus rentas en el producto de las viñas que la pertenecen, y que puede valuarse en 2,000 piastras. Sirve esta mision Mr. Luis Pegnes.

«La de Alepo, sin rentas, tampoco tiene mas que un misionero, Mr. Gaudez.

«La mision de Antura en el Líbano tiene rentas de poca consideracion, y está servida por el señor Gandolphi, obispo *in partibus* y vicario apostólico de Egipto, Arabia, Siria y la isla de Chipre. Este prelado recibe de la Francia una asignacion de 600 francos. Es muy útil á los cónsules del rey su influencia sobre los cristianos del país y sobre los principes de la montaña (1).

«El establecimiento de Scio se halla ocupado por el obispo

(1) He conocido al señor Gandolphi, era hombre de muchísimo celo. Amaba á la Francia con pasion. En nombre de la Francia conseguia todas las gracias que solicitaba de los turcos. En Oriente, las autoridades de la Santa Sede y las del rey Cristianísimo no tienen por lo comun, salvo algunos casos des-

católico que percibe sus rentas; los de Trípoli, Damasco y Seyde están vacíos.

«Para estar bien servida, la misión de lazaristas necesitaria treinta religiosos, y solo tiene once, casi todos ellos ancianos y achacosos. Recibe anualmente del ministerio de negocios extranjeros la cantidad de 66,500 rs., de los cuales 11,400 deberian emplearse en sostener un Seminario menor en Constantinopla; pero no existe tal Seminario. Los nuevos misioneros, en vez de ser franceses, que debieran haber ido jóvenes á Levante para estudiar las lenguas y hacerse á las costumbres orientales, son levantinos que se han educado en el Seminario de París, ó franceses que llegan á las misiones á una edad en que es difícil adoptar un nuevo género de vida. Semejante orden de cosas es tan poco conforme á los intereses de la misión misma como á las ventajas que de ella debe esperar el gobierno.

«La secretaría de negocios extranjeros ha informado muchas veces al ministro del interior respecto al estado y á las necesidades de la casa de los lazaristas; y yo, señor conde, no puedo menos de recomendar igualmente esos objetos á vuestra atención. En París está el jefe de la orden de los lazaristas; él podria dar explicaciones sobre los recursos de esta congregacion y sobre los medios de cubrir la falta de súbditos franceses en la misión de Levante.

«La legacion de Francia en Constantinopla, bien colocada para juzgar con acierto de la importancia y autoridad de estos establecimientos, ha expuesto constantemente la necesidad de levantarlos y sostenerlos, lo cual solo puede conseguirse confiándolos en franceses, favoreciendo las vocaciones y ocupándose con celo en buscar los medios de formar misioneros. Por otra parte, el envío de religiosos franceses á Levante nos asegurará la posesion de las propiedades que dependen de nuestros establecimientos, y sobre las cuales anuncia la Propaganda pretensiones que podrian dar lugar á discusiones que no queremos tener con Roma.

graciados, mas que una bandera, y parece que dependen de un mismo imperio. ¿Seria posible que cesase alguna vez semejante estado de cosas? No debemos creerlo.

« No trataré de recordaros , señor conde , los títulos que tienen estos establecimientos nacionales á que nos interese por ellos y las ventajas que les debemos desde que se fundaron. Los misioneros franceses , esparcidos por los diferentes puntos del imperio otomano , han contribuido á propagar el conocimiento de nuestro idioma y nuestras costumbres , á dar mayor intimidad á nuestras relaciones con Levante , y á mantener allí nuestra influencia y la de nuestros agentes. Sus casas , abiertas particularmente á los franceses que van á Oriente por motivos mercantiles , son al mismo tiempo lugares de beneficencia y hospitalidad , y templos donde se practican libremente el culto y la Religión católica. Cada día se deja sentir mas la falta de esos misioneros ; adviértese tambien con sentimiento la de los Padres franciscanos de Tierra Santa. Esta orden , de un origen y un objeto tan respetables , parece haberse apartado hace algunos años de las consideraciones y la deferencia que debe al monarca , cuya benevolencia y protección ha experimentado particularmente.] No siempre son condescendientes y conciliadoras las relaciones de aquellos Padres con el cónsul del rey en Siria , y han declinado muchas veces una jurisdicción que no se ejerce mas que en provecho suyo.

« Los estatutos de la custodia de Tierra Santa tienen reservadas para franceses algunas de sus dignidades. A ellos les corresponde el empleo de *Vicario* , que es el cargo mas importante despues del de *Reverendísimo* ; y alternan con los españoles y los italianos en la dirección de los establecimientos del Santo Sepulcro y de Belen.

« Seria de desear que fuesen súbditos de Francia los que tuviesen esos empleos. De este modo serian los representantes naturales de la Francia en los consejos de aquella institucion , y su participacion en tales actos ejerceria una influencia favorable en su conducta y sus sentimientos respecto á nosotros.

« Tal vez fuera posible enviar á Roma jóvenes que tomasen allí el hábito de recoletos , y pasaran luego á Tierra Santa con la perspectiva de ejercer los cargos que están reservados para la Francia. A vos os incumbe examinar mas detenidamente hasta qué punto puede realizarse esta idea.

« Me creo obligado, señor conde, á recomendaros encarecidamente los diferentes objetos tratados en este despacho.

« Servíos manifestarme vuestra opinion acerca de los medios de restablecer nuestras misiones de Levante, y de los elementos que las comunidades religiosas hoy existentes en Francia pueden suministrar para llevar á cabo esta restauracion.

« Recibid, señor conde, etc.—*El baron de Damasco.*»

Esta carta de un ministro de negocios extranjeros que se distinguía por sus religiosos sentimientos, no podia menos de producir una profunda impresion en el ánimo del Ilmo. y Excmo. Sr. obispo de Hermópolis (1). Este pidió mas pormenores sobre una cuestion de tanta importancia, y parece que hallando en cierto modo incompleto lo que se le indicara acerca de los Padres de Tierra Santa, el ministro de negocios eclesiásticos manifestó deseos de saber algo mas sobre lo que pudiera haberse omitido, y principalmente en orden á aquellos religiosos.

Para suplir pues lo que faltaba, escribió el baron de Damasco á su colega el 7 de junio la siguiente carta, que es como adicional á la precedente:

« Señor conde: el 2 del corriente tuve la honra de informaros sobre el estado actual de las misiones francesas de Levante y la necesidad de mejorar su situacion. Creo que debo daros igualmente noticias de algunas otras misiones que, sin pertenecer á la Francia, han estado bajo su proteccion en todos tiempos. Tales son particularmente los obispados católicos del Archipiélago, y la mision de los dominicos de San Pedro de Gálata. Voy tambien á añadir algunas observaciones á las que ya tuve el honor de dirigiros relativamente á la órden de Tierra Santa.

« Por mediacion de la Francia obtienen los obispos del Archipiélago de la puerta Otomana sus *Bérats* ó diplomas de *exequatur*, y aunque se contexte hace muchos años este derecho de intervencion, nosotros no lo hemos renunciado. Los mismos obispos reciben anualmente de la munificencia del rey

(1) Se habrá observado que al Ilmo. y Excmo. Sr. de Frassinous no se le da en esta carta mas tratamiento que el de señor conde, lo cual consiste en que los ministros no se dan unos á otros el de Excelencia. Pero yo, humilde católico, debo conformarme con un uso tan caro á los católicos.

asignaciones que paga la embajada de Francia en Constantino-
pla; pero es de advertir que la mayor parte de estos prelados
son por su nacimiento súbditos del gran Señor, y que como
tales se hallan comprendidos en la clase de los rayas. Esta
posicion, perjudicial á su independenciam y á su consideracion
personal, tiende tambien á hacer menos eficaz la proteccion
de la Francia para ellos y para los católicos sujetos á su jurisdiccion
espiritual. No está menos interesada que nosotros la
córte de Roma en precaver semejantes inconvenientes, por cu-
yo motivo he invitado al señor duque de Laval á que llame so-
bre este particular la atencion de la Santa Sede, y á que la
penetre de la necesidad de nombrar en adelante solo á europeos
para las iglesias episcopales del Archipiélago.

« A iguales observaciones puede dar lugar la mision de los
dominicos. Antiguamente los establecimientos de estos religio-
sos se extendian por Persia y Siria, pero en la actualidad es-
tán reducidos al convento de S. Pedro de Gálata y á dos hospici-
os, sitios uno en Esmirna y otro en Scio. En 1622 esta mision
se componia de italianos y de naturales de los Estados de la
Puerta Otomana, y por consiguiente vasallos de la misma: es-
tos han conseguido alejar de la mision á los italianos, y ahora
poseen ellos solos los establecimientos de la mision. Mas, á pe-
sar de que su condicion de rayas puede debilitar para ellos la
proteccion de la Francia, es de temer que de ahí tome motivo
la Puerta para considerar el convento de Gálata y los hospicios
que de él dependen como pertenecientes á vasallos otomanos.

« He invitado asimismo al embajador de S. M. cerca de la
Santa Sede á que exponga al gobierno pontificio la utilidad
de procurar la restauracion de esta mision, y á que explique
las razones de conveniencia é interés que no permiten dejarla
entregada enteramente á misioneros rayas.

« El mas ilustre y mas antiguo de los establecimientos re-
ligiosos de Tierra Santa en Oriente, la órden de los Padres
franciscanos de Tierra Santa, está ofreciendo hace mas de me-
dio siglo en su organizacion y en el estado de sus recursos
los signos de decadencia que se observan en todas las demás
misiones. Se han disminuido considerablemente los donativos
que en otros tiempos recibia copiosamente de los diversos es-

tados de la cristiandad. Está gravada con una deuda enorme, y la administracion de su malparada hacienda ha dado origen á desconsoladoras disensiones entre los religiosos. De España es de donde recibe actualmente (1825) la orden los socorros mas considerables. Fundados en esta circunstancia, los religiosos españoles se han atribuido especialmente la contabilidad y el empleo de los fondos sin quererse someter á la intervencion del Discretorio.

« En 1772, una cédula del rey de España aun los autorizó para tener una caja particular y enteramente distinta de la de los religiosos italianos. Esta innovacion ha producido funestos resultados. Ha sembrado entre los individuos de una misma orden cierto espíritu de division y de celos; ha alterado el principio orgánico de la sociedad; ha confundido los poderes y falseado su esencia y atribuciones. La administracion casi exclusiva de los fondos de la orden ha hecho que pasaran todos los elementos de preponderancia á manos de los religiosos españoles. El Reverendísimo no tiene ya mas que una autoridad nominal; la verdadera autoridad la tiene el procurador general, que es español.

« Así las cosas, el Reverendísimo ha creído que debía recurrir á la Santa Sede y reclamar la observancia de los antiguos estatutos apostólicos. Ha enviado á Roma á un religioso italiano, el P. Angélico de Santa Catalina, con el encargo de hacer valer allí sus razones, y solicitar que se anule por medio de una bula la cédula del rey de España. Ha manifestado deseos de que el embajador de Francia en Roma apoyase las diligencias del P. Angélico, con cuyo motivo he invitado al embajador á que apoye, en lo que esté de su parte, las representaciones de este religioso. El señor duque de Laval se aprovechará de esta ocasion para hablar al gobierno pontificio de las disposiciones poco favorables á la Francia que la orden de Tierra Santa ha manifestado desde hace algunos años. Aunque favorecida por la constante proteccion de nuestros reyes, parece haber olvidado los numerosos testimonios de benevolencia y generosidad que ha recibido de los predecesores de S. M. Anuncia ya la pretension de suprimir en sus conventos las armas de Francia, y ha excluido el nombre del

rey de las oraciones en que se observaba la costumbre de expresarlo.

«El embajador de S. M. hará conocer á la Santa Sede la necesidad de entenderse con nosotros para cortar semejantes abusos, y para reducir á los religiosos de Tierra Santa á otra línea de conducta con respecto á la Francia. La manifestará lo útil que sería dar entrada en el Discretorio de la orden á religiosos de espíritu conciliador y de carácter moderado. Este sería el mejor medio de calmar las disensiones que la agitan, y restablecer en ella el sistema de atenciones y deferencia que tiene derecho á esperar de ella la Francia.

«Pero se conseguiría sin duda de un modo mas seguro este último resultado, si, como he tenido ya la honra de manifestaros, pudiesen proveerse en súbditos del rey los cargos superiores que están reservados por los estatutos á los franceses.

Recibid, señor conde, etc.—*El baron de Damasco.*»

Por de pronto, el gabinete de Roma prometió al duque de Laval tomar en consideracion lo que solicitaba el baron de Damasco y apoyaban nuevas instancias del ministerio de negocios eclesiásticos; pero no pudo verificarse la admision de religiosos franceses, ya porque se hiciese ver que no los habia, ya porque la imposibilidad de fundar en Francia ó Córcega una comunidad de religiosos recoletos habia llegado á ser un obstáculo, que no pudo vencer el espíritu religioso de ambos ministros. Hoy mismo parece que tampoco hay en el Discretorio ningun religioso francés, y entretanto se han aumentado las dificultades y las deudas de los PP. de Tierra Santa, á pesar de los socorros aprontados por la generosa sociedad de la Propagacion de la Fe y por el comité de Tierra Santa y Siria, presidido por el marqués de Pastoret.

Mas adelante volverémos á hablar del estado actual de los conventos de Tierra Santa. Felizmente Roma ha recuperado el ejercicio de todos sus derechos, y la orden no podrá ya menos de prosperar y brillar con su antiguo esplendor.

Jamás le faltan á un Sumo Pontífice pesares, disgustos, ó á lo menos contrariedades, y ahora puede buscar consuelos do quiera que se los ofrezca la práctica de algun grato deber.

El Papa servia con bastante regularidad á la mesa á los pe-

regrinos, en cuyo honor la habia fundado (1). Sin prevenir á ninguna autoridad iba á visitar las cárceles y á examinar los trabajos que se ejecutaban de órden suya para agrandar el local; tomó bajo su proteccion muy particularmente el establecimiento de los pobres de las *Termas de Diocleciano*, diciéndoles que sentia no recibir mayor número en su palacio diariamente. Al regresar visitaba á los cardenales enfermos, tanto á los que le habian sido contrarios, como á los que le habian preferido. Si se solicitaba alguna gracia, era inmediatamente otorgada. A su regreso se multiplicaban las ceremonias en el Vaticano que por el valor y el ejemplo del Papa se veia nuevamente concurrido como en tiempo de Pio VI. Si querian los peregrinos ver al Papa, el Papa se dejaba ver de ellos casi todos los dias. Despues de la ceremonia de la beatificacion de un religioso franciscano recoleto, el venerable siervo de Dios Julian de San Agustin, que se celebró en San Pedro con gran gozo de los PP. de Tierra Santa, no interrumpió sus devotas tareas. Viósele ir *descalzo* á la iglesia de Santa María *in Valticella* entre dos filas de peregrinos que admiraban tantas virtudes y tanta resignacion en un soberano de complexion débil y gastada por la enfermedad y los largos ayunos.

(1) En esto imitaba Leon XII á San Gregorio el Grande. Actualmente el Ilmo. señor de Prilly, obispo de Châlons, tiene diariamente convidados á su mesa doce oficiales españoles. Cuando falta alguno, convida en su lugar á otro. La España católica debe admiracion y gratitud al Ilmo. señor de Prilly, y yo tengo suma complacencia en publicar su fina delicadeza y su grandeza verdaderamente magnífica.

CAPÍTULO XXXII.

Descripcion de la *Villa Médicis*, donde se han de celebrar los festejos por la coronacion de Carlos X.—Ereccion de un obeliseo egipcio en los jardines de la *Villa*, bajo la direccion de Mr. Champollion el joven.—Lo derriba un huracan y lo levantan como por milagro los pintores, escultores y arquitectos pensionados por la Francia.—Nombre de los pensionados de las tres artes que entonces se hallaban en Roma.—Elogio de los pensionados de la Academia de Francia en Roma.—Relacion de los festejos.—Globo areostático y su inscripcion.—Llega á Roma Monseñor de Quelen, arzobispo de París.—Da el Papa orden para que las decoraciones de los fuegos artificiales del castillo de San Angelo representen la fachada de la catedral de Reims.—Protesta relativa á la hacanea.—Iluminacion de la basilica de San Pedro.—Incidente relativo á Monseñor de Quelen.—Muestráse deferente el pueblo de Roma.—Iluminacion y *Girandola* del castillo de San Angelo.—Pregunta el Papa al arzobispo si está satisfecho del pueblo de Roma.

Habia ya pasado el término fijado para los festejos que se habian de hacer con motivo de la coronacion del rey de Francia. El sitio destinado era la *Villa Médicis*, pero los impedian las lluvias.

Esta magnífica *Villa* (voy á copiar un trozo de la hermosa obra de los señores Percier y Fontaine, titulada: *Coleccion selecta de las mas célebres casas de recreo de Roma y sus cercanias*.—París, Didot 1809); esta *Villa*, situada dentro de Roma, ocupa el sitio en que hubo un templo del Sol en la cima del monte conocido antiguamente con el nombre de *Collis Hortulorum*. Su situacion es muy agradable; domina la parte mas poblada de la ciudad que formaba en otro tiempo el *Campo de Marte*. Da frente al palacio Vaticano, y sus jardines, desde los cuales se divisa la campiña, están cerrados por las murallas mismas de Roma, sobre las que van levantándose en escalones por la parte del Norte. Comenzóse á edificar á mediados del siglo XVI, con diseño de Aníbal Lippi, por Juan Ricci de Monte Pulciano, á quien el Papa Julio III elevó al cardenalato en 1551; enriquecióla posteriormente con gran número de fragmentos antiguos el cardenal Fernando de Médicis, hijo de

Cosme I, que llegó á ser gran duque de Toscana en 1587. Han dicho algunos autores que Miguel Angel decoró la fachada exterior hácia el lado de la entrada, pero este hecho no se halla comprobado.

Octaviano de Médicis, despues Leon XI, tenia cariño á esta *Villa*, donde residia frecuentemente siendo cardenal.

En 1802 pertenecia aun á Toscana, convertida entonces en reino de Etruria. Recibió Cacault el encargo de entablar en Roma negociaciones para confirmar el cambio de esta *Villa* por el palacio de la Academia de Francia, situado en el *Corso*: llevóse á ejecucion el tratado, y Mr. Suvée, director de la Escuela de nobles artes, tomó posesion de la *Villa Médicis*, donde se establecieron los pensionados que habian ganado los primeros premios en pintura, escultura, arquitectura, grabado y música.

Aquel hermoso sitio era el que habia escogido el duque de Laval para festejos espléndidos. Desgaciadamente el mal tiempo destruia los preparativos, lo cual ocasionaba grandisimos gastos; pero en Roma el mes de junio no es constantemente riguroso. Se determinó que se harian los festejos el dia 19. Para amenizar la velada debia iluminarse por dentro un obelisco de cuatro caras. Dirigia los trabajos el célebre Champollion el jóven, que se encontraba entonces en Roma, y auxiliábanle todos los profesores de arqueología egipcia, y entre otros monseñor Testa. Pintáronse en el papel transparente de que se cubrió el armazon, los caracteres geroglíficos de la inscripcion, compuesta primero en francés y traducida luego al idioma geroglífico. Habíanse ocupado varios operarios durante muchos dias en terminar aquel obelisco, en el que se revelaba parte de los secretos de Egipto, y ya se hallaba en pié cuando lo derribó una ráfaga de viento Sur, y consternados los trabajadores decayeron grandemente de ánimo. Era ya el 17 de junio, y despues de tanto retardo los festejos debian tener lugar el domingo dia 19. Mr. Champollion, llamado á París por el rey Carlos X, que iba á darle la cruz de la Legion de honor, se habia ido de Roma sin esperar á que se verificasen. El autor de *Marco Sexto*, Mr. Guérin, director de la Escuela de nobles artes, que para los festejos habia prestado con

mucho gusto su *Villa*, porque se podían reunir en ella mas de diez mil convidados, se paseaba lleno de pesadumbre por medio de aquel destrozo. Comunicóse á los jóvenes pensionados la pesadumbre del director, y dijeron: «No pueden ya emprender esta obra trabajadores mercenarios: les faltaria tiempo y ánimo. Los trabajadores han de dormir, pero nosotros no dormiremos, y si se nos deja, en veinte y cuatro horas volveremos á hacer lo que ha destruido el temporal, y aun lo haremos mejor, pues pintaremos las figuras con mas exactitud (1).» Ponen todos al momento manos á la obra, y aquel milagro de prontitud, paciencia, valor, verdadero

(1) Los alumnos de pintura, escultura y arquitectura, que entonces disfrutaban su pension en Roma, eran los señores Court, Boutchot, Debay y La Riviere, pintores; los señores Jacquot, Lemaire, Dumont, Duret y Seurre, escultores; y los señores Villain, Blouet, Gilbert, Duban y La Brouste, arquitectos. Ayudaron tambien á sus compañeros otros alumnos dedicados á estudios diversos. Aprovecho esta coyuntura para hacer completa justicia á nuestros jóvenes pensionados en Roma. He tenido durante mucho tiempo ocasion de estudiar muy bien el espíritu que les animaba. Corrieron voces muy infundadas, particularmente sobre lo que sucedió por abril del año 1815. Todo lo que se contó de los alumnos es falso: no cometieron violencia alguna política. Entre los artistas se hallaba entonces Mr. Caristie, que en todas partes ha sabido dar consejos de prudencia y moderacion. Este hombre íntegro, tan amigo de su arte, tan hábil, tan penetrado de la verdadera ciencia de lo antiguo, me ha asegurado muchas veces lo que afirmo yo ahora con entera confianza. En cuanto á mí, renuevo el testimonio que he dado muchas veces en mis despachos. Los extranjeros miraban en Roma á nuestra escuela con ojos envidiosos, y de ahí nacian muchas calumnias.

Conozco planes de organizacion de escuelas, enviados á varios gobiernos para tratar de destruir el buen efecto que producía en Roma la nuestra. Hé oído vociferar que era preciso no permitirnos usar todavía el «orgullo» de Luis XIV. Por lo demás, se ha de confesar que nuestros alumnos son tratados en Roma con un decoro sumamente honroso. Buena mesa, trato íntimo con el director, libertad de trabajo, generosos adelantos de fondos si es necesario: ventajas son estas que proporcionan la administracion de la «Villa Médicis.» El tiempo de la pension, me han dicho mas de cuarenta alumnos, «ha sido el mejor de nuestra vida.» Debo acabar diciendo que nuestra escuela, despues de haber arrostrado la envidia de los extranjeros, se ha visto en peligros reales. Se vino á suplicarme que me interesara por una reclamacion que tenia por objeto impedir la supresion de la escuela, que iba ya á disponer el gobierno. No quise creer semejante acusacion, é hice perfectamente. La escuela subsiste y subsistirá. La conjuracion que se tramaba en París mismo no tiene ya partidarios: ¿cómo ha podido proponerse formalmente dentro de Francia una supresion que hubiera colmado de satisfaccion á todos los extranjeros envidiosos?

patriotismo y talentos, muy superiores á los que exigia el caso, estuvo acabado para la mañana del domingo.

Ahora es oportuno referir un hecho que es de este lugar, porque el Papa mismo fué quien dió ocasion á que se verificase. Gustábale mucho á Su Santidad observar como se adelantaba la obra, desde una de las ventanas de su palacio del Vaticano; provisto de un antejo, distinguia hasta el traje de los trabajadores, y aun la vivacidad de los jóvenes pensionados. Advirtió al mismo tiempo, sin que pudiera caberle la menor duda, que la noche de los festejos no podría distinguir el obelisco iluminado, porque se lo impedía la prolongacion de una arboleda de la *Villa*. Era por lo mismo necesario cortar los árboles de modo que pudiera verse todo el obelisco desde la ventana de palacio, y distinguir parte de la inscripción que caia al frente (1). Era la primera, que decia: *Carlos X, hijo de la region de las lises. — En Roma, Su Santidad Leon XII, de perpetua vida*. Vino á toda prisa un emisario de palacio para manifestar un deseo tan bondadoso y natural. Tuve que entrar en negociaciones con Mr. Guerin; quitar diez piés de alto y cinco de ancho al seto de una de las calles confiadas á su cuidado era un grandísimo sacrificio. Nadie ignora que Mr. Guerin, sobre ser un grande artista, era hombre de prontas agudezas. Apenas dije una palabra, cuando exclamó: Y ¿qué dirán los Médicis? y, lo que es muy diferente, ¿qué dirán los empleados de las oficinas del ministerio del Interior? Fué fácil probarle que los Médicis estarían por nosotros, sobre todo al oír el nombre de Leon, y que en cuanto á las oficinas el nombre del rey debia ser suficiente. Mr. Guerin se puso á contemplar con bastante inquietud y con la frente fruncida el trozo condenado á la destruccion. Por último, tomó parte en nuestro tratado un jardinero, y le pregunté: ¿Cuánto tiempo será menester para que quede nuevamente poblado este vacío?» y me respondió con el acento *romanesco*: «¡Ah! Roma tiene un clima admirable. Los obsequios que en otro tiempo, antes del reinado de Leon, se hacian los transtiberinos en

(1) En la grande y hermosa obra de los señores Percier y Fontaine pueden observarse la posicion del palacio Vaticano relativamente á la «Villa:» están enfrente uno de otra.

la taberna el domingo por la noche, se curaban el miércoles siguiente en el hospital de la *Consolacion*. Estas ramas volverán á crecer allá á mediados de agosto. Echémoslas abajo, señor director, echémoslas abajo, para dar gusto al Papa y al rey.» Derribóse todo el trozo designado, y fué al momento vista de los espectadores una señal del Vaticano convenida para el caso que fuese posible el sacrificio que se pedía, y aquella señal probó que el Padre Santo quedaba satisfecho. — Empezaron, pues, los festejos el dia 19. Ejecutóse en la galería de la *Villa* al frente de la estatua colosal de Luis XIV una cantata en que tomaron parte los principales artistas aficionados de Roma, y que aplaudieron con entusiasmo la nobleza romana y los extranjeros de distincion reunidos en la galería. Terminado el concierto, se fueron á ver el obelisco: habia explicaciones en francés para que el público comprendiese el significado de los geroglíficos. Estaba reservado otro bellissimo espectáculo para el momento en que dieran las diez en San Pedro, desde donde se descubrian fácilmente los rios de fuego que adornaban los jardines y las varias fachadas de la *Villa*. Entonces se lanzó, en presencia de mas de diez mil espectadores cómodamente sentados en el jardin, un globo aereostático con la siguiente inscripcion presentada antes á la aprobacion del Papa:

*Omina laturus Franconum candida regi,
NUNTIUS in superas mittor ab urbe vias.*

Termináronse los festejos con una inmensa cena que se dió en la galería de la *Villa*.

El Papa estuvo á la ventana parte del tiempo que duraron los festejos.

Acabadas en Reims las ceremonias de la coronacion, el ilustre monseñor de Quelen, arzobispo de París, obtuvo del rey el permiso de ir á Roma á visitar las puertas santas. Le vimos llegar con sumo gozo; acompañábanle los señores Desjardins y Borderies. Quiso el Papa que se hospedase en el palacio del Seminario del *Apolinario*, y que corriese el gasto por cuenta del gobierno pontificio. En una de las audiencias que le dió, Su Santidad se dignó decir al arzobispo que era menester que no se olvidara de ver la iluminacion de San Pedro el

día 27 de julio, y sobre todo los fuegos artificiales del castillo de San Angelo. «Monseñor, vos venis de Reims y habeis visto su catedral, y Nos hemos dado órden para que la volvais á ver: las decoraciones de los fuegos artificiales antes de la *Girandola* representarán la fachada de la catedral de Reims; Nos mismo hemos dado un grabado para que los artistas no omitiesen cosa alguna.» El arzobispo, lleno de ternura y gratitud, no pudo contener las lágrimas.

El dia de San Pedro todo el cuerpo diplomático, menos el marqués de Fuscaldó, fué temprano á la tribuna dispuesta para el servicio de los embajadores extranjeros. El duque de Laval llevó á ella al Sr. arzobispo de París. Todos los peregrinos que habia en Roma tuvieron entrada en sitio preferente. Celebróse la ceremonia segun costumbre. Cuando se acabó en el altar mayor, el Papa se sentó en la *sedia gestatoria*, y fué así conducido por la nave mayor de la basilica. Poco antes de llegar á la puerta principal se paró la comitiva al presentarse el fiscal que leyó la protesta relativa á la cuestion de Nápoles. En seguida el Papa, con tono digno, firme y resuelto, pronunció las siguientes palabras:

Protestationem hanc tuam in omnibus admittimus, ut sartum tectumque jus sanctæ sedis et cameræ apostolicæ servetur. Talis vero est religio et pietas in Deum, devotio in hanc apostolicam sedem, charitas erga Nos serenissimi, régis Francisci, ut certo certius teneamus occasionem aliquam eum esse arrepturum, qua rebus omnibus cum hac sancta sede compositis. vincula necessitudinis inter patrem amantissimum et redamantem filium, strictius constringantur. Quod á Deo optimo maximo ac á beatissimis apostolis Petro et Paulo, enicis precibus, efflagitamus.

«Admitimos tu protesta en todas sus partes para que se conserve incólume el derecho de la Santa Sede y de la cámara Apostólica. Mas es tal la Religion y la piedad con Dios, la devocion á esta Sede Apostólica y el amor á Nos del serenísimo rey Francisco, que tenemos por muy seguro que aprovechará alguna ocasion de estrechar mas, compuestas que sean todas las desavenencias con esta Santa Sede, los vínculos de parentesco entre el Padre amantísimo y el hijo que con amor le corresponde. Así lo pedimos con fervrosas oraciones á Dios Nues-

tro Señor y á los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo.»

Todos cuantos oyeron estas palabras no pudieron menos de observar con qué sincero afecto y con qué efusion de ternura pronunció el Papa las palabras *regis Francisci* (rey Francisco), *patrem amantissimum et redamantem filium* (Padre amantísimo é hijo que con amor tambien le corresponde).

Por la noche, despues de las iluminaciones, se verificó el fuego artificial de la *Girandola*. Una fatalidad inexplicable hizo que condujesen al arzobispo á casa del abate Ferrucci, su agente en la curia romana, que vivía á la orilla del Tiber, pero en una habitacion desde la cual no podian verse los fuegos artificiales que representaban la catedral de Reims. Podia el arzobispo, á pesar suyo, ser acusado de no haber puesto grande empeño en corresponder á las bondades del Papa. Estaban ya á punto de oirse los cañonazos que habian de anunciar el principio de los fuegos, y esperábase al arzobispo en un palacio de frente del castillo, donde el secretario de Estado y varios cardenales preguntaron con impaciencia cuando llegaba. Una persona que conocia Roma, sus habitantes y su afecto á la Francia, se resolvió á llevar al arzobispo al sitio donde le estaban aguardando, por entre las oleadas de un inmenso gentío que, dígame lo que quiera, tiene tambien su libertad y no está acostumbrado á que le molesten los carruajes que pasan despues de la hora señalada. Dos volantes de la embajada, con la librea de Montmorency, de mas brillo aun y mas elegancia que las libreas ordinarias, se presentaron delante de la muchedumbre, blandiendo sus hachas encendidas y pidiendo paso por favor para el señor arzobispo de París. Gritaban: *Scusino, signori, l' arcivescovo di Parigi* (Perdonen, señores; el arzobispo de París). Un amigo de los franceses, un hombre de los que se hubiera creído menos dispuesto á incomodarse, gritó espontáneamente y con voz muy recia: «*Gran Parigi.*» Toda la gente, sin saber por qué, repitió estas palabras. Los volantes aprovecharon tan feliz coyuntura, y se lanzaron en medio de la muchedumbre que se apartó al verlos, consiguiendo de este modo el coche del arzobispo un paso que no habrian conseguido en aquel momento todos los esfuerzos y súplicas de la policía sin

exponerse á gritos y silbidos (1). El arzobispo, saludando á derecha é izquierda, pudo llegar al palacio donde le esperaban, y á la ventana que le estaba reservada, de la que se veía muy bien la brillante fachada de la catedral de Reims.

Al día siguiente habló el Papa al arzobispo de su afecto á Carlos X, de su respeto á la memoria de Luis XVIII, de la enfermedad de Montrouge y de las visitas del difunto arzobispo de Reims, y sonriéndose preguntó al señor de Quelen si estaba satisfecho del pueblo de Roma.

(1) Mr. Cacault me contó que un día, durante el armisticio de Bolonia, hallándose él en Roma de agente francés, el general Bonaparte envió á su ayudante de campo el general Lannes con pliegos que el agente debía entregar al momento á Pio VI. Sabíase poco mas ó menos su contenido; eran mas que severos. Amotinóse el populacho en la plaza de España delante de la casa en que se había apeado el general, y dió tan agudos silbidos, que enfurecido el ayudante de campo del general corrió á casa de Mr. Cacault, á decirle que quería el castigo de aquella insolencia. Iba á decir al general del ejército de Italia que era menester venir inmediatamente y ahorcar aquella canalla. No se hallaban las cosas á tal altura. Cacault sabía que Bonaparte, observado por los austriacos, no podía dar un paso mas allá de las legaciones. Procuró calmar al general Lannes, que cedió por último cuando Cacault le juró que era costumbre y privilegio del pueblo romano manifestar de aquella manera su disgusto; que era absolutamente indispensable taparse los oídos para no oír; que iba á pedir prontamente la contestacion, y que despues seria necesario partir sin hablar de ahorcar á nadie, porque aquella grita y aquellos silbidos eran una manifestacion del amor del pueblo de Roma á su soberano. Bonaparte aprobó la conducta de Mr. Cacault, y dijo á su ayudante de campo: « Si me hubieseis comprometido en Roma, jamás os lo habria perdonado. Bien sabeis que por semejantes ofensas nunca he hecho ahorcar á nadie. »

CAPÍTULO XXXIII.

El gobierno del rey de Francia protege el comercio de los estados Pontificios contra los ataques de los corsarios.—Negocios de la Santa Sede con Baviera.—Persecuciones que padecen los católicos en la China.—Beatificacion de Julian de San Agustin, religioso lego de la regular observancia de San Francisco, Alfonso Rodriguez, jesuita, é Hipolito Galantini, fundador de la Congregacion de la doctrina cristiana.—Prueba de admiracion dada á Cónova por Carlos X.—Manda este regalar á monseñor Macchi, con motivo de la coronacion, una medalla de oro que pesaba 16 onzas.—Cánova no ha esculpido para los Borbones mas que la estatua colosal de Fernando IV, rey de Nápoles, y la estatua del duque de Burdeos en tamaño natural y ea figura de San Juan Bautista.

Reinaba la buena armonía y la confianza recíproca. Temia el comercio romano á los corsarios argelinos que algunas veces desembarcaban á robar pastores, por lo cual Leon XII solicitó la proteccion del monarca francés contra los argelinos. En su consecuencia, nuestras flotas recibieron órden de hacer respetar la bandera pontificia y los cargamentos de los buques que con ella navegasen. El Jubileo llamaba á Roma peregrinos que viajaban por mar, pero no hubo ninguno que pudiera quejarse de los berberiscos.

Llegaban peregrinos de Baviera. Esta circunstancia llamó la atencion de Roma sobre aquel religioso reino, que habia visto en su seno todo el celo que por los negocios de la Religion sabia juntar el arzobispo de Tiro.

En virtud del concordato celebrado en 5 de junio de 1817 entre la Santa Sede y el rey de Baviera, Pio VII habia prometido conceder al Soberano y á sus sucesores católicos (porque siempre estipula Roma que lo que ha concedido á un príncipe católico no entienda haberlo concedido á un protestante) un indulto para nombrar los obispos y arzobispos de las iglesias del reino. Dióse efectivamente este indulto á 15 de noviembre siguiente. En el mismo concordato se decia que el rey nombraria los deanes y los canónigos en los seis meses llamados apostólicos, debiendo hacer en los otros seis los nombramientos, durante tres meses, los arzobispos y obispos, y

durante el resto del tiempo, los cabildos. Me acuerdo muy bien de que hallándome en Viena tuve noticia de ese concordato, que solo existia entonces en proyecto, y de que aconsejé á autoridades poderosas en Baviera que lo aceptaran como conveniente y capaz de durar mucho tiempo. Pero las letras apostólicas del 1.º de abril de 1818 decian que los deanes y canónigos nombrados por el rey y los cabildos habian de acudir dentro de los seis meses á Roma para obtener la institucion canónica, lo cual era mucho mas ventajoso para Roma; entonces hizo el rey que se pidiese á Pio VII, á quien nunca se imploraba en vano para cosas posibles, y á Consalvi que no omitia ocasion alguna de dar gusto á las córtes, que en vez de recurrir á Roma los eclesiásticos nombrados por el rey ó por los capítulos para los deanatos y canonicatos, pudiesen recibir de los arzobispos ú obispos la institucion canónica. Sin embargo, nada quedó positivamente determinado. El monarca dió en 17 de noviembre de 1824, por conducto del cardenal Hæffelin, su ministro plenipotenciario, seguridad formal de que no pretendia atribuirse en esta materia ninguna jurisdiccion espiritual, y que mandaria que los nombrados hasta entonces pidieran á la Santa Sede letras de institucion canónica. Prometia tambien el rey que las pensiones, que separadamente se pagaban á los cabildos, hasta la entrega de bienes raíces, se pagarían en adelante de una sola vez, anunciando al mismo tiempo que se removerian con la mayor brevedad posible los obstáculos que se oponian á la entrega de los bienes raíces, y se ejecutaria puntualmente todo lo convenido con Pio VII, como se habia obligado á ello el rey solemnemente por declaracion de 25 de setiembre de 1821. Hiciéronse nuevas instancias á Leon XII, no menos generoso que Pio VII, y que profesaba á Baviera parte del cariño que tenia á Francia. Y queriendo este papa acceder á los deseos de Maximiliano, expidió en 19 de diciembre de 1824 un breve encargando á monseñor Serra de los duques de Cassano, Nuncio en Baviera, que diese á los obispos las facultades necesarias. En su consecuencia, este prelado, por rescripto de 1.º de enero de 1824, concedió de parte del Papa á los obispos y vitaliciamente, la facultad de confirmar los nombramientos del rey y de los ca-

bildos. Pero este privilegio era personal para ellos, y estaban obligados los sucesores á pedir confirmacion del mismo á la Santa Sede. De aquí el Nuncio Serra tomaba ocasion para ponderar esa merced de Leon XII, esperando que los obispos la mirasen como una nueva prueba de lo mucho que se interesaba el Sumo Pontífice por sus iglesias, y como un nuevo motivo de adhesion al Vicario de Jesucristo.

Esas muestras de confianza por parte de Leon XII han dado su fruto. Actualmente en Alemania, los arzobispos y obispos de Baviera se muestran inviolablemente adictos á la Santa Sede.

Quedaría incompleta la historia de un Papa, del Jefe de la Iglesia, si no comprendiese todo lo posible la narracion de los sucesos del mundo que tiene relacion con el culto católico.

Acaban de llegar noticias importantes de las misiones católicas de la China, por cartas de 22 de setiembre de 1824. Escribía el Ilmo. señor Fontana, obispo de Sinito y vicario apostólico de Su-tchuen, que hacia cinco años que reinaba la persecucion con toda violencia. Aunque no se habia extinguido, disminuía ya su intensidad, cuando se encrudeció de repente en muchos puntos con ocasion de una conspiracion urdida contra el emperador por una secta de paganos, felizmente descubierta.

« Las persecuciones ordenadas con este objeto han servido de pretexto para buscar á los cristianos, gran parte de los cuales se ha librado con dinero, algunos se han rendido al miedo y han puesto en sus casas tablillas supersticiosas; y otros han resistido con mucho valor y confesado generosamente la fe, y hasta padecido por ella grandes males. Se han distinguido entre estos últimos por su constancia, los cristianos de dos ciudades llamadas Lo-Tche-Hien y Tchoung-Kiang-Hien. Se les quiso obligar á que apostatasen; pero casi todos, hombres y mujeres, se declararon resueltos á morir antes que renunciar á su Religion. Esta conducta les acarreó todo linaje de injurias, malos tratamientos y vejaciones; por último les dejaron quietos; pero nueve cristianos de Lo-Tche-Hien, que sostenian con sus exhortaciones el ánimo de los demás, fueron llevados ante el gobernador, quien recurrió á súplicas y su-

plícios para hacerles renegar de la fe. Viéndoles inalterables les hizo llevar aquel mandarin á la ciudad principal, para que allí fueran condenados á destierro; fué él mismo en persona á aquella ciudad para sostener su acusacion, y tuvo bastante mal recibimiento, porque ni el virey ni los otros mandarines superiores habian dado orden terminante de perseguir á los cristianos. Empero, á fuerza de instancias por parte de él, fueron presentados los nueve confesores á los jueces, que en vano hicieron esfuerzos para hacerles apostatar, y luego al virey, que les trató primeramente con suavidad y despues les amenazó con el último suplicio. Esos generosos cristianos presentaron de rodillas sus cabezas, declarando que sufririan con gusto la muerte por la Religion. Conmovido de su firmeza el virey, no les condenó á muerte pero sí á destierro perpetuo en Tartaria. El emperador confirmó la sentencia, y los nueve cristianos salieron para el destierro en mayo de 1824, con sus mujeres, que quisieron ir en su compañía.

Del mismo modo fueron maltratados los cristianos de la ciudad de Tehoung-Kiang-Hien, y hubo tambien nueve que se distinguieron por su valor. El gobernador, viendo que no se habia aprobado la conducta del de Lo-Tche-Hien, no quiso llevar á los cristianos á la metrópoli, y les condenó á llevar la *canga* ó argolla hasta que abandonasen su Religion; pero aunque se han negado constantemente á tal flaqueza, les han ido poniendo en libertad unos tras otros, con prevencion de que se presentaran cuando se lo mandasen.

« Uno de los misioneros, el señor Escodeca, pertenece al número de los que fueron rescatados con dinero. Al volver de visitar á un enfermo un apóstata le apresó y entregó á los soldados: confesó el misionero que era sacerdote y que predicaba la Religion cristiana; pero los satélites codiciosos propusieron á los cristianos soltarle por cien *taeles* (1), como efectivamente se verificó.

« Tambien cayó en manos de los soldados el señor Fontana, y al mismo tiempo prendieron al cristiano que le habia recibido en su casa, á su criado y á un correo de Macao. Manifes-

(1). El *tael* vale cerca de una onza de plata.

tóles el prelado su nombre chino y su carácter de predicador de la Religión. Y como se negase á dar dinero , fué llevado al tribunal del gobernador , en cuya presencia guardó silencio. Hirióle uno de los soldados ; pero sin que lo supiera él , negociaron los cristianos su libertad , y lo soltaron juntamente con sus tres compañeros por unos 80 *tales*. Reparando luego en que no le habian devuelto algunos libros latinos , y temiendo que los entregaran al gobernador para prenderlo de nuevo ó para excitar alguna otra tempestad contra los cristianos , reclamó sus libros con mucha firmeza , y consiguió que se los dieran.

«A pesar de esto, y de haber sido maltratados los cristianos en muchos puntos , no han interrumpido en ninguna parte los ejercicios de la Religión , y los misioneros han podido visitar todas las iglesias ó *cristiandades* , y administrar á los fieles los Sacramentos.

« Los cristianos , condenados al principio de la persecucion á llevar la *canga* ó argolla toda su vida , han mostrado constantemente la misma firmeza. El emperador indultó á su advenimiento á todos los condenados. Los cristianos que lo estaban á la *canga*, debian volver tambien á sus casas , pero con la condicion de renegar. En 1824, pues , fueron presentados á los gobernadores todos los que llevaban la *canga*, y se les intimó que abjurasen para disfrutar del indulto ; todos excepto uno solo confesaron de nuevo la fe , y en su consecuencia continuan llevando la *canga* voluntariamente. De estos generosos cristianos no existen mas que doce , habiendo ya muerto los restantes. De los muchos que estaban desterrados en Tartaria por su constancia en la fe , solo han vuelto dos : nada se sabe de los demás , pero es de creer que han perseverado.

« El señor Tadeo Lieu , presbítero chino , fué condenado á garrote ó á destierro perpetuo , segun lo dispusiera el emperador , consistiendo su delito en haberse negado constantemente á abjurar la Religión cristiana , y en haber confesado que era sacerdote y predicador de la misma. Hacia ya dos años que esperaba el rescripto del emperador , por lo cual permanecia en la cárcel ; pero como persistió constantemente en sus primeras declaraciones , y protestó su adhesion á la fe , se

llevó á ejecucion la sentencia de muerte en 1823: se le dió garrote el 30 de noviembre del mencionado año, y de este modo consumó su martirio ese ejemplarísimo sacerdote.

« En 1824 ha principiado la ereccion de un seminario donde se han reunido doce alumnos que estudian latin y se educan en ejercicios de piedad bajo la direccion de un presbítero chino. Otros muchos solicitan entrar; pero lo dificultoso de los tiempos y la pobreza de la mision no han permitido que se admitan mas. Es superior de este seminario el señor obispo de Maxula, coadjutor del vicario apostólico; pero no ha podido hasta ahora residir en él, y lo tiene encomendado á otro sacerdote chino, que se educó en Poulo-Pinang, bastante instruido, cuya presencia compromete menos á los cristianos que la de un sacerdote europeo. Por otra parte, el señor obispo de Maxula es necesario para dirigir algunos nuevos sacerdotes que trabajan en la parte oriental. No hay en la mision mas europeo que dos obispos y el señor Escodeca, quien tiene poca salud y no puede visitar á los cristianos. El obispo de Maxula goza de mas salud que en los años pasados, y trabaja con mucho celo. Se espera hace muchos años á Mr. Imbert, que está en Tong-Kin, y se han enviado correos á su encuentro; pero se teme que haya muerto en una sublevacion que hubo en las provincias vecinas de la China. Se iban á enviar otros para traerle, porque hacia mucha falta en la mision. Los sacerdotes chinos llegan á veinte y seis, de los cuales cinco están achacosos y no pueden ya visitar á los cristianos. Durante el año 1824 ha habido en Su-Tchuen 29,342 confesiones anuales, y se ha administrado el bautismo á 335 personas adultas. Hay además 1,146. catecúmenos antiguos y 401 nuevos, recibidos este año, sin contar otros muchos adultos resueltos á abrazar la Religion, pero que no han entrado todavía en la clase de catecúmenos. Se ha bautizado á 1,837 niños de cristianos, y á 6,280 hijos de infieles en peligro de muerte. El número de cristianos asciende á 46,287, incluso los catecúmenos y los niños, pero sin contar los apóstatas. Hay veinte y siete escuelas de niños y cuarenta y cinco de niñas.

« Tambien se ha recibido carta del señor Eyot, misionero apostólico en Tong-King, quien con fecha de 2 julio de 1824

da noticias del estado de aquella mision. El obispo de Gortyne, vicario apostólico del Tong-King occidental, se hallaba con tales achaques, que no podia ejercer ningun ministerio. Corrió la voz de que habia resuelto el rey proscribir la Religion cristiana, y creíase que iba á salir algun nuevo edicto; pero no se habia publicado hasta entonces nada sobre esto y continuábase disfrutándo de la misma tranquilidad. El señor Eyot habia visitado el año anterior los distritos de la provincia del Mediodía, y propúéstose visitar en 1824 los de la provincia de Thanh-Hon; pero no ha podido continuar por las incursiones de los salteadores. A este azote se ha añadido una hambre que mata mucha gente, y al hambre ha sucedido una epidemia.

«Ya no hay en Tong-King mas que cinco europeos. El obispo no puede ya viajar. El señor Havard está en el colegio de Kevinh. El señor Olivier, segundo pro-vicario, y el señor Jeantet, están en Xu-Ughe, provincia vecina de la Cochinchina, la que, despues de la del Mediodía, cuenta mayor número de cristianos. El señor Eyot anda, ora por un lado ora por otro; pero no puede abandonar todavía la comunidad y ha comenzado por mandato del señor obispo á explicar de nuevo un curso de teología. Sin embargo, hacen falta algunos europeos para visitar los distritos, y solicitan que se envíen muchos misioneros. Los sacerdotes tong-kineses se hallaban muy ocupados asistiendo á los enfermos.

«Mr. Imbert continua en Tong-King; despues de estar aguardando mucho tiempo á los correos que se habian enviado de China á su encuentro, se habian por fin puesto de acuerdo con un correo chino que venia de Macao. Púsose en camino con un estudiante chino que le acompañaba desde Poulo-Pinang, y pasó á la provincia del Oeste; pero no pudieron conseguir pasaportes para continuar el viaje. Envió, pues, Mr. Imbert á Macao á sus dos compañeros de viaje, y se quedó en las montañas del Oeste, aguardando nuevos correos de la China. De sus dos compañeros, el correo fué acometido de la epidemia y ha muerto, y el estudiante está todavía en el colegio de Tong-King, aguardando ocasion para ir á Macao.

«No se han recibido cartas de los misioneros de la Cochinchina»

china, y únicamente se sabe que el 24 de mayo de 1824 murió en aquel país Mr. Thomassin, que habia salido de Francia hace algunos años con el obispo de Maxula.

« En fin, posteriormente se han recibido noticias de Mr. Boucho, jóven misionero que salió de Francia en compañía de los señores Voisin, Regereau y Masson. Hicieron escala en Pondinchery, de donde partieron el 27 de julio del año pasado. Al mes llegaron á Malacca. Allí se separaron, y mientras los tres primeros seguian su camino á otras misiones, Mr. Boucho se quedó aguardando una ocasion para ir á Poulo-Pinang, á donde iba destinado. Diéronle hospitalidad durante mes y medio dos sacerdotes portugueses. Salió de Malacca el 31 de octubre, y llegó á Poulo-Pinang el 10 de noviembre. Desde que murió el señor Pecot, el señor Pupier estaba encargado él solo del colegio, que se halla á mas de una legua de la ciudad, y de los cristianos de las cercanías. Así es que experimentó un gozo extraordinario cuando vió que le llegaba un auxiliar y un compañero. Hay mucho bien que hacer en aquella isla. El año anterior recibieron el bautismo unos cien catecúmenos, entre quienes hubo treinta chinos que dan ejemplos de grandísima edificacion para todos los cristianos.

« Tenian entonces los misioneros un centenar de otros catecúmenos, á quienes instruían y esperaban poner pronto en estado de recibir el bautismo. Todavía eran mejores las disposiciones en Siam. El rey de Ligor estaba muy prendado del señor Pecot; queria que se quedara, y no le dejó salir sino con promesa de que volveria. Habia rogado aquel soberano al señor Pecot que le hablase de la Religion, y prometido edificar una iglesia en su palacio. Dios lo ha dispuesto de otro modo, y el señor Pecot ha muerto echando de menos á sus futuros hijos de Ligor. La mision de Siam no podrá subsistir mucho tiempo á menos que reciba refuerzos. El obispo de Sozópolis es anciano y está achacoso, sin tener consigo mas que un caduco misionero italiano, que no puede ya andar, y se halla todavía encargado del Seminario: urge enviar misioneros que cuiden de los cristianos, y tomen la direccion de un establecimiento que amenaza ruina. »

Tales eran las noticias mas recientes que habia recibido la

Propaganda : Roma debía de favorecer cada vez mas los preparativos del Jubileo, cuando valerosas milicias arrostraban á gran distancia los peligros, las fatigas y la muerte, para pagar el esplendor de nuestra santa Religión.

Entre los trabajos apostólicos reservados al Papa mismo, y que acompañaban tan noblemente á las oraciones del año santo, se contaron las ceremonias de las beatificaciones. Recibieron varios religiosos esta admirable recompensa del cristianismo, celebrándose el lunes de Pentecostés la beatificación del venerable siervo de Dios Julian de S. Agustin, hermano lego de la regular observancia de S. Francisco en la provincia de Castilla. Asistieron los cardenales, prelados y consultores de la congregacion de ritos; pronunció el discurso latino de costumbre el comisario general de Tierra Santa, postulator de la causa; rezó despues del *Te-Deum* la oracion de los bienaventurados monseñor Della Porta, vicegerente de Roma, y Su Santidad fué á venerar la imágen de Julian de San Agustin.

Siguióse á esta beatificación la del venerable siervo de Dios Alfonso Rodriguez, que nació en Segovia el 25 de julio de 1531. De resultas de desgracias sufridas por su familia resolvió consagrarse á Dios. Hizo por espacio de tres meses rigurosa penitencia, y favorecido en seguida con extraordinarias gracias, y llevado en 1569 del deseo de abrazar el estado religioso, pasó á Valencia, y solicitó que le recibiesen los jesuitas en clase de coadjutor. Entró en su religion el 15 de enero de 1571, hizo el noviciado en Gandía, y fué enviado despues á Mallorca, donde pronunció sus primeros votos en 5 de abril de 1585. Hiciéronle portero del colegio, cuyo empleo desempeñó por espacio de treinta años.

En este humilde estado, su caridad, paciencia y exacta puntualidad en el cumplimiento de todos sus deberes le merecieron gracias singularísimas; su recogimiento era continuo y nunca perdía de vista la presencia de Dios; su mortificación, humildad, obediencia y espíritu de oracion le hacian tener por santo. Urbano VIII mandó en 1627 tomar informes acerca de sus virtudes. El P. Zauli, jesuita, postulator de la causa, pronunció el discurso latino. Al descubrirse la imágen

del beato se oyó el estampido del cañon del castillo de San Angelo y un repique general de las campanas de la ciudad ; por la noche la iglesia de la casa-profesa , llamada de Jesús , estuvo iluminada. Iguales honores se hicieron en seguida á un seglar , que en sus virtudes y obras se parecia á los dos primeros bienaventurados.

Hipólito Galantini nació en Florencia el 14 de octubre de 1565, de padres honrados y pobres. Los jesuitas , entre quienes habia escogido su director espiritual, daban en Florencia á los niños la instrucción cristiana, y Galantini supo aprovecharse tan bien de este ejemplo , que llegó á ser con el tiempo fundador de la congregacion de la doctrina cristiana , compuesta de seglares llamados por su modestia *Van-Chetoni*. fué puesta esta congregacion bajo el nombre é invocacion de San Francisco , y Galantini dió á sus cofrades un hábito sencillo y reglas para conservar la virtud en medio del mundo. Estas reglas , que escribió mas tarde , hicieron prosperar la congregacion , y fueron aprobadas por el ordinario. Ultimamente pasaron al exámen de la congregacion de obispos y regulares, y Leon XII las confirmó en 17 de setiembre de 1824. Quiso tambien el beato dejar escritas las reglas que debian seguir los religiosos para enseñar la doctrina cristiana á todas las clases en sus modestas escuelas. Su obra experimentó , segun costumbre , muchas contradicciones. Galantini fué blanco de calumnias, objeto de obstáculos y lazos ; pero Dios le facilitó los medios para triunfar de todo. Este varon pacientísimo fué muy querido de varias personas distinguidas por su piedad ó por su clase ; de San Camilo de Lelis , cuyos admirables estatutos estudié y analicé con motivo de la fundacion de las *supuestas hermanas de San Camilo* ; de Santa María Magdalena de Pazzis, del cardenal Alejandro Octaviano de Médicis , arzobispo de Florencia, que fué Papa con el nombre de Leon XI , y protector de la familia Della Genga ; y por último , de los duques de Toscana , Módena y Mantua , en cuyos estados introdujo su modesta y admirable congregacion. Se ve que Leon XII queria dar cima al bien que comenzó Leon XI bienhechor de su familia. La Basílica de san Pedro estuvo adornada como en las dos anteriores beatificaciones ; las virtudes del beato y

los milagros obrados por su intercesion, se hallaban representados y consignados en medallones é inscripciones.

Publicábanse en París noticias de estas diferentes ceremonias; algunos periódicos hostiles á la Iglesia procuraban presentar estas magnificencias bajo un punto de vista poco favorable; pero si aun se hubiesen considerado bajo el punto de vista liberal (¿hay acaso para ellos verdadero punto de vista liberal?) ¿qué anatema se podía pronunciar contra los honores hechos á la virtud de un pobre fraile recoleto, del simple portero de un convento, y del hombre modesto que enseñaba á los niños los primeros elementos de la doctrina cristiana?

No participaba de semejantes errores el rey Carlos X; antes bien, lleno de un santo respeto á Roma, no solo se asociaba á la admiracion de esta por Cánova, y enviaba cien luises para contribuir á los gastos del sepulcro que se le levantaba en Venecia, sí que tambien mandó á su administrador de las casas de la moneda que infringiese todas las reglas, que fuese mas allá de lo acostumbrado, que exigiera de los volantes mayor docilidad, y que acuñara medallas de un módulo desconocido. Así dió al arzobispo de Nisibe, nuncio en Francia, que llamó hijo de la Europa al duque de Burdeos, una prenda de benevolencia y satisfaccion por el modo con que desempeñaba S. E. tan elevada mision. Regalóle S. M. una medalla de oro de un tamaño extraordinario; pesaba diez y seis onzas, y representaba en un lado la ceremonia de la coronacion y en el otro tenia el busto del rey coronado. En el canto, que era de mucho grueso, se leía: «*El rey, á S. E. monseñor Macchi, nuncio de Su Santidad.*»

Se concibe semejante munificencia con monseñor Macchi; pero el rey debia quizás menos á Cánova, habiendo hecho las circunstancias que este grande escultor, cuya fama comenzó á ser apreciada á principios del siglo, solo hubiese ejecutado por lo general esculturas que representaban personajes de la familia de Napoleon. Todas estas obras maestras son muy conocidas. Parecia que el cincel del Fidias veneciano no se habia empleado con frecuencia en dar vida á un pedazo de mármol de Carrara para transmitir á la posteridad la estatua de algun príncipe de la estirpe de Borbon. Con todo, trabajó una en ho-

nor de Fernando IV, rey de Nápoles; y en la actualidad se sabe que el artista, espontáneamente y sin que nadie se lo solicitase, representó al duque de Burdeos en un San Juan niño. Esta estatua, adquirida por el duque de Blacas, es sumamente preciosa para su familia; y los extranjeros que despues de la muerte del duque han procurado adquirir este mármol lleno de gracia, de suavidad, de sentimientos divinos, y radiante de profecías, sabian muy bien á qué interés colocaban una módica suma.

CAPÍTULO XXXIV.

Situación política, rentística y militar del Paraguay.—Interés que inspira M. Bompland, francés, arrestado en el Paraguay por Francia.—La religion, la humanidad y la política debieron mitigar la suerte de este sábio.—Créese que mediaron los jesuitas para conseguir su libertad.—El rey y su ministro de negocios extranjeros aprueban el proyecto de trabajar para obtenerla.—Interviene en tan noble causa el baron Alejandro de Humboldt.—Encarga el baron de Damasco al conde de Hauterive que redacte la carta que se ha de escribir al doctor Francia.—Tenor de esta carta.—La lengua francesa es la lengua en que se crean, propagan y confirman las reputaciones.—Juicio del autor acerca de dicha carta.—Sientese ofendido Francia del título de doctor.—Habria querido recibir una carta de Carlos X tratandole de «rey á rey.»—Resume el autor su opinion.—Despídese del Papa el señor arzobispo de París.—Madama de Feucheres en Italia.

Ya que hemos hablado, como siempre está bien en los anales copsagrados á la historia de un Sumo Pontífice, de las misiones de la China, no será inoportuno observar ahora la situacion de una inmensa provincia que debe su civilizacion á otros misioneros no menos respetables por su piedad que por sus talentos. Llegaron á Italia noticias del Paraguay, y un hombre de talento se encargó de hacerlas publicar por medio de un periódico liberal. Aceptó este el regalo, y así se supo por los enemigos de los jesuitas que hay ciertas bases de orden que subsisten constantemente á pesar de las revoluciones, y que el grano bien sembrado produce abundantes frutos y vuelve á sembrarse en cierta manera por sí mismo.

La provincia del Paraguay, sita entre el Brasil, el Perú, Chile y las provincias unidas de Buenos Aires, estaba gobernada con el nombre de república de Paraguay, por un español, llamado en Europa el doctor Francia, y dividida en ocho departamentos, cuyos administradores recibían directamente las órdenes del gobernador; las leyes, según aquellas noticias, parecían dictadas por una gran sabiduría; el cuerpo de los representantes se componía de ocho individuos nombrados por los ocho departamentos; la hacienda pública se hallaba en un estado muy satisfactorio, y se habían empleado los fondos públicos con tal economía, que en los cuatro ó cinco años primeros se vió el tesoro con un sobrante á su favor de más de un millón de duros. Las fuerzas militares del Paraguay consistían en treinta mil hombres de milicia armada, y en cuatro legiones de voluntarios, de dos mil hombres cada una; las tropas estaban á las inmediatas órdenes del supremo director. Según el censo de 1822, la población ascendía á más de quinientas mil almas. Los habitantes del Paraguay se distinguían por su apasionado amor patrio, por su afición al trabajo, por la suavidad de su carácter, y por la rectitud de sus sentimientos; no habían cesado de reinar entre ellos la paz y la concordia desde que se sublevaron. Tal era la pintura que de aquel país hacia un periódico liberal.

Mucho tiempo había que el Paraguay llamaba la atención de Europa. Vamos á referir un suceso importante que, aun cuando pertenezca á una época no muy próxima de aquella de que estamos tratando, puede con todo agregarse á lo que se ha dicho del Paraguay. Hallábase detenido allí como prisionero un docto francés, Mr. Bompland. Teníase presente que cuando la detención de Dolomieu en Palermo, al volver de Egipto, la Real sociedad de ciencias de Londres pidió que le dejaran libre y lo consiguió. Parecía conveniente que fuese la Francia, y no la Academia, la que reclamase á un hijo suyo. No eran fáciles las comunicaciones con el Paraguay. ¿Quién era el doctor Francia? ¿qué lenguaje había de usarse con él? Estaba resuelto en teoría que debía reclamarse á un francés injustamente detenido; se habló de ello en la corte, y esta lo aprobó. Las correspondencias consulares estaban llenas de pormenores so-

bre la dureza de la detencion de Mr. Bonpland ; la misma Propaganda, que en semejantes circunstancias no niega el constante auxilio de su caridad, nada podia en un país cerrado por todas partes, que vivia feliz y tranquilo, apartado de toda relacion con el resto del mundo. Con todo, las necesidades de la Religion y de comunicarse con la Santa Sede, hacian desear que se intentara establecer alguna relacion con *La Asuncion*, capital de aquel país. Está situado entre los 24° y 27° 23' de latitud Sur, y entre los 57° y 60° 50' de longitud Oeste. Todas las tentativas habian sido infructuosas, y el Brasil se veia forzado á suspender su comercio con aquellos quinientos mil habitantes como aprisionados en una superficie de cerca de diez mil leguas. La Francia tenia un deber principalísimo que cumplir, puesto que se halla obligada á mitigar los padecimientos de sus hijos en cualquiera parte á donde les haya conducido su inteligencia. Habia además, como se ha dicho, el deber de abrir de nuevo las relaciones en aquel país, lo cual importaba mucho á los intereses del culto católico. ¿Seria acaso tan indiscreto decir que los fundadores del órden, de las sanas ideas, de la aficion al trabajo, de la probidad, de esas virtudes finalmente tan bellas, tan nobles, tan seguras, tan eternamente benéficas, que hacen que un pueblo esté contento con su suerte, que no se arroje á ciegas á las innovaciones que se le proponen, y no caiga en los lazos armados por la envidia y la codicia? ¿Será acaso absurdo suponer que los religiosos á quienes se debia tanto bien hayan querido, aunque aplaudiendo el espíritu de reserva que aislaba aquella region, separándola de todo contacto revolucionario con las regiones vecinas, á reducir con prudencia á los habitantes del Paraguay á que entren en relaciones con el Padre comun, cuya voz ya no podian oír? Esta sábia accion, este cariñoso desig- nio, cualquiera que sea el corazon de que haya brotado, ha tenido honrosas consecuencias, y un ministro del rey de Francia, un piadoso servidor de un monarca ocupado constantemente en meditaciones religiosas, fué el que comenzó á dar los pasos á que debió la libertad Mr. Bompland, algo mas tarde por cierto de lo que se deseaba. Se habia, pues, encontrado toda la idea de ternura ; el rey, padre del pueblo, fran-

queaba su corazón á todos los consejos de solicitud nacional; el ministro aprovechaba con sumo placer la ocasión de acreditar que, teniendo alma francesa se sirve bien á la Francia. Hallábanse reunidas todas esas circunstancias difíciles de juntar, cuando el baron Alejandro de Humboldt, imitando el ejemplo de la Real sociedad de Lóndres con respecto á Dolo-mieu, habló espontáneamente al baron de Damasco de la des-graciada suerte de Bompland. Alegróse el baron de Damasco de este refuerzo, y conmovido al oír las quejas de la *Ciencia*, tan dignamente representada por el viajero mas célebre de todo el universo, prometió escribir en favor de Mr. Bompland. Y ¿quién redactaría la carta que habia de escribirse á aquel desconocido, al doctor Francia? Leon XII oye las felicitaciones que le elevan los católicos de una infinidad de países, pero aun no han llegado las del Nuevo Mundo. En cuanto á esto no tiene Leon XII mas poder que el de sus oraciones. Ya no viven los religiosos españoles que pudieron conocer el Paraguay en 1767, época de su expulsion de los varios estados sujetos á España; ni siquiera se llega á saber lo que significaba en el Paraguay aquel título de *doctor*. Y sin embargo habia que escribir, y escribir bien, con cordura, claridad y dignidad, siendo inútil pensar en los medios de enviar la carta hasta que esta se hallase escrita. Nadie puede censurar que se haya puesto tan gran cuidado en idear la forma, el tono de un despacho semejante. Poseía la confianza del baron de Damasco el archivero del ministerio de negocios extranjeros, que era el conde de Hauterive, uno de los hombres mas aptos para superar ó á lo menos eludir este género de dificultades. Publiqué parte de los trabajos de este hombre de Estado en una exposicion bastante detallada de varios actos de la diplomacia europea desde 1784 hasta 1830; pero hasta mas tarde no tuve noticia del documento que va á copiarse. Algunos envidiosos de la gloria del ministerio de la Restauracion pretenden que esta carta no pasó de ser un mero proyecto. Semejante suposicion carece enteramente de fundamento. Lo que sucedió despues con Mr. Bompland prueba que este paso sirvió á lo menos para preparar la libertad de este docto varon.

Ahora se verá la carta que, despues de calcular bien los

datos y las probabilidades, de penetrarse profundamente de la situación de las cosas en la *Asunción* y en París, de considerar muy despacio lo glorioso que sería conseguir esta victoria moral en favor de un francés, sometió el conde de Hauterive á la sagacidad, bondad y recto juicio del baron de Damasco.

Resumamos la posición del ministro de negocios extranjeros. Este experimentaba un gran gozo en tener que expresar el deseo de un rey de Francia; pero el rey debía permanecer extraño á la negociación. El primo del rey de España no podía faltar al cariño y á cierta deferencia que debía á este príncipe, sobre todo desde que la Francia le había libertado. En semejante negocio todo era ventajoso para un hombre de talento. Ora fuese desoido por Francia, ora llegase á convencerle, el ministro defendía á la vieja Europa, cuyas producciones todas, importadas constantemente, alimentan infinidad de poblaciones. Debía prescindir algo de la conducta política y del derecho de España, y mas bien alabar que reprimir las operaciones de un innovador que tenía á favor suyo el saber y la fuerza. Creemos que esta carta es un modelo de todas las consideraciones y de toda la circunspección que era útil guardar en aquella circunstancia:

«Señor doctor: Este título, el único que puedo daros entre las vagas relaciones de ambos mundos, me impone la obligación de omitir igualmente los míos. Así que no es ya el ministro de un soberano de Europa quien se dirige al jefe de una nación americana; un soldado católico, un observador y amigo del orden, un admirador de todo género de glorias es quien escribe á un legislador sábio y feliz.

«Si he comprendido vuestro objeto, señor doctor, y los medios que empleais para lograrlo, vos quereis civilizar un pueblo por medio de la paz, de los afectos domésticos, de la Religión y del trabajo, y pensais que las comunicaciones con otros pueblos á los que una civilización mas adelantada á dotado de mas vicios que de felicidad, no harian mas que romper en su origen el bien que os prometeis hacer al que se ha sometido voluntariamente á vuestras leyes.

«Cualquiera que sea el éxito que reserva la Providencia á las grandes discusiones políticas actuales, habreis sido útil á

la causa de la humanidad. La América, si se emancipa definitivamente de su antigua dependencia, ó la Europa si recobra sus antiguos derechos, os deberá un pueblo mas; y en el espectáculo de su existencia hallarán los demás pueblos lecciones que la historia no les ha dado todavía.

«Por mi parte debo confesar que mis deseos son verse cumplido tan atrevido intento; y en la súplica que voy á tener el honor de haceros, os ruego, señor doctor, que no veais mas que un homenaje personal que me complazco en rendir á vuestra filantropía y carácter.

«Mi súplica es la siguiente: un compatriota mio, amigo del orden como yo, y filantrópico como vos, lleno de celo por la gloria de su país y amigo de la de los demás, Mr. Bompland, en fin, se halla detenido de orden vuestra en una region que solo se propuso visitar con intenciones honrosas y en aquel tiempo permitidas. El trato, el comportamiento y las atenciones que con él se usan, prueban que personalmente no ha habido contra él resentimiento ni desconfianza.

«En nombre de las ciencias que un hombre tan ilustrado como vos no puede menos de honrar; en nombre de la humanidad á la que estais sirviendo con tan paciente perseverancia; en nombre de la Francia, en fin, donde esta rara cualidad os ha merecido tantos admiradores, os pido la libertad de Mr. Bompland.

«No podeis ignorar, señor doctor, que la lengua en que se os hace esta súplica es la de los tiempos modernos; ella sola tiene el privilegio de ser en todas partes oia y comprendida. Por medio de ella se forman, propagan y confirman las reputaciones. La carta que contiene mi súplica ocupará un lugar en vuestra historia y en la historia de los tiempos que alcanzamos, y la posteridad la leerá toda. ¡Ojalá haga esta carta que la respuesta sea un testimonio de la previsora amabilidad que os distingue, y un título mas á vuestra gloria! Recibid etc.»

Suplico á los jóvenes que se dedican en cualquiera país á la diplomacia, que den á esta carta alguna importancia; que examinen todo lo que tiene de verdad, prudencia, grandeza de ánimo y finura; que admiren en ella la habilidad de esti-

lo, las transiciones y la delicadeza de lenguaje. El ministro de Francia no expresa su título, es únicamente un soldado católico; esto cuadraba perfectamente al baron de Damasco, hombre tan valiente como religioso. El doctor Francia es un legislador sábio y feliz: con solo leer aquellas palabras podia conseguirse la mitad de la gracia. Dícese que es algun tanto defectuosa la construccion de la cláusula en que el autor pone en contraposicion de la América, si se emancipa, á la Europa, si recobra sus derechos. Quizás no está explicado con suficiente claridad lo restante del pensamiento, porque una ú otra de estas circunstancias parece igualmente indiferente al autor de la carta; pero el sentimiento es fácil de comprender. Ahora, hablando solo con los franceses, les ruego encarecidamente que observen bien el elogio que se hace de nuestra lengua, que tiene el privilegio de ser oida en todas partes y en todas partes comprendida; de esta lengua por cuyo medio se forman y confirman las reputaciones. Tambien hay, no fatuidad, sino gracia, dignidad y maestría en decir que la súplica al doctor ocupará un lugar en su historia, y que la carta que se le escribe la ha de leer entera la posteridad.

El lector debe hallarse ya impaciente por saber el efecto que produjo esa carta. Francia la recibió: he aquí quien era Francia; entonces apenas se sabian en Europa los pormenores que voy á dar. José Gaspar Rodriguez de Francia nació en La Asuncion el año 1756; algunos han dicho que su padre era francés. Destinado primeramente al estado eclesiástico, estudió con los franciscanos: los estudios que se hacen en España en las aulas de esta órden religiosa son sólidos y de provecho. Dejando la carrera eclesiástica, volvió al Paraguay, quiso ser legista y llegó á ser alcalde. Cuando se sublevó el Paraguay en 1810, fué nombrado Francia secretario de una junta de gobierno. Persistió el Paraguay en su revolucion, que no fué activamente combatida por el virey, y Francia se vió nombrado uno de los tres cónsules que sucedieron á la junta. Tambien otro país habia nombrado seis años antes tres cónsules para que lo gobernasen, y uno de ellos, que era guerrero, se levantó sobre los otros dos. Este ejemplo sedujo á

Francia , pero este no quiso tener tan cerca de sí á sus compañeros ; como no era militar, expulsó á los que pensaban defender la insurreccion con las armas. En 1814 fué nombrado dictador por tres años , y posteriormente dictador perpetuo : tal era exactamente la situacion de Francia cuando recibió la carta. Irritóse inmediatamente el dictador al verse tratar de doctor y dijo : « Nada tengo que responder. Yo sé por qué se halla detenido aquí Bompland. Si habia que hacerme alguna peticion, el rey de Francia era quien debia escribirme *de rey á rey*. » Respondamos nosotros algo á Francia : un alcalde, que es juez , pudo muy bien ser llamado doctor. Sin duda bajo la influencia de los primeros tiempos de su república aceptaba todavía aquel dictado , como para dar bien á entender que ningun movimiento de vanidad empañaba su virtud republicana : así es como se comienzan siempre las revoluciones ; pero le habria venido el orgullo de la seguridad y de la elevacion al puesto de dictador en 1814. La Europa ignoraba todavía si el título de doctor habia sobrevivido á aquel acontecimiento : con todo eso, creo que si se hubiese consultado al baron de Humboldt acerca de aquel dictado, hubiera aconsejado que no se empleara ; bastaba el título de *señor* , y podia servir para dejar como convenia en su lugar al que se queria considerar todavía como á un advenedizo, que retenia una autoridad contestada. Pero, en fin , la falta se habia ya cometido, y Francia no debia manifestarse ofendido de que se le negase su título tan eminente de dictador. La carta estaba erizada de circunlocuciones , y no parecia escrita para ofender. Ahora bien, admitido el hábito del poder , y bien sentado el orgullo en un ánimo feliz sin duda con un triunfo conservado durante mucho tiempo , ¿ porqué este orgullo ha de ir á extrañarse hasta caer en el delirio ? ¡ Era menester que Carlos X escribiese una carta, probablemente autógrafa , *de rey á rey* ! Tengamos lástima de que incurriese en semejante ambicion un talento, un genio superior , al que la fortuna habia elevado á bastante altura. ¿ Porqué no exigia una carta de su antiguo señor Fernando VII ? Por desgracia no existia el marqués de la Constancia para escribirla. ¡ Por manera, se dirá, que se empleó tanto *talento de oficina* para enternecer á una vir-

tud decaida! No por cierto; en suma, la carta del baron de Damasco era bellísima y profundamente hábil y lisonjera; pero hemos de añadir que Mr. Bompland, que vive aun, no fué puesto en libertad hasta el año de 1838. Se asegura que Francia se la dió á propósito de nada; y al propio tiempo murió el gran dictador, que sin duda habia merecido bien del Paraguay.

Volvamos á Roma. Despues de cumplir monseñor de Quelen los deberes del Jubileo, y próximo ya á partir, pidió al Papa una audiencia para manifestarle su profundo reconocimiento. El duque de Laval acompañó al arzobispo. Recibióles el Papa con sincera cordialidad. Se habló de los malos libros que salian de Francia como de una oficina de destruccion. El Papa, despues de deplorar la infelicidad de los tiempos, se interrumpió y dijo: «Pero señores, cuando se publican los malos libros, ¿se impide la publicacion de los buenos?—No, Santísimo Padre.—Pues bien, señores; demos gracias á Dios, que así el mal se neutraliza; épocas hay en que salen únicamente á luz los malos libros, sin que puedan publicarse los buenos. Pidió despues el arzobispo la bendicion para el arzobispado de París, que contiene cerca de un millon de almas, y Leon XII bendijo á París en la persona de su digno arzobispo.

Al poco tiempo recibió Roma una singular visita. La señora de Feucheres, que viajaba con el marqués de la Carte, rico propietario del departamento del Orne, estuvo de paso para Nápoles, y volvió á Roma á ver la funcion de San Luís. No me olvidaré jamás de la invencible repugnancia que experimentó la señora condesa de Esterhazy, antes señorita de Roisin, al encontrarse con aquella señora de funesta recordacion. Habia dos tribunas preparadas, y escogió la mas humilde de la señora de Esterhazy, á quien habia motivo para tratar con distincion, porque era la amiga mas íntima de la señora Delfina. La señora de Feucheres gozó los honores de la tribuna privilegiada, donde no pronunció una palabra durante toda la ceremonia. Esta dama no fué presentada al Papa.

CAPÍTULO XXXIV.

La insurrección griega preocupa á Roma.—Opinion de los turcos acerca de nuestro Salvador.—El capitán Chiefala.—Diferencias entre Mehemet-Alí y el señor Drovetti, cónsul general de Francia en Alejandría, respecto á Chasciur.—Muerte de un imprudente amigo de Consalvi.—Nuevas cartas del baron de Damasco al Ilmo. Sr. de Frayssinous, acerca de los establecimientos piadosos de Levante.—España ha cesado de enviar socorros á los religiosos españoles de Jerusalem.—Examina el gobierno Pontificio las facultades que habia concedido en tiempos mas tranquilos á los religiosos de Jerusalem.—Breve sobre los negocios eclesiásticos de Holanda.—Guillermo Vet, obispo ilegítimo.—Carta del cardenal de Bernis sobre la poca diferencia que hay entre un Breve y una Bula.—Fallecimiento del rey de Baviera.—Carta de monseñor Mazio sobre los negocios eclesiásticos de Bélgica.—Manda el Papa á los ordinarios que permanezcan «pasivos» ante las órdenes del gobierno de los Países Bajos.—Opinion de Mr. Picot acerca de esto.—Protesta del arzobispo de Malinas.—Asegura el autor que entonces podia preverse la insurrección de Bélgica que ocurrió posteriormente, y la parte que en ella tomaria el partido católico.

Hablábase cada dia en Roma de los progresos de la insurrección griega. Observábase en la opinion pública cierta decision, y aun cierta energía, con cierta aspereza, que recomendaban la insurrección. Siempre admiraré la sabiduría de muchos empleados de la Propaganda, que no se lanzaban imprudentemente á las exageraciones de mas de un publicista romano. Por desgracia celebraban estos esfuerzos de los griegos algunas personas de la escuela de Consalvi, como si hubiesen de producir dias felices para el catolicismo. ¡Ah! llevóse á cabo la revolucion griega, y Roma no vé respetados sus pacíficos agentes como podian serlo en tiempo de los turcos. No hay que cansarse de decirlo: muchas veces es mas temible para Roma un griego cismático, que todos los otomanos juntos. Para los turcos el Papa es un soberano; además de eso es para ellos con toda evidencia un representante de Jesucristo. «Vuestro Salvador es, á lo menos un profeta,» dicen los turcos; pero el griego cismático que casi nunca respeta á su propio patriarca, declara que el Papa es un usurpador, á

quien no debe ceder la autoridad de los cristianos de Constantinopla; la Iglesia latina debería ser, según él, súbdita de la Iglesia griega.

Hubo ocasión de recordar estas disidencias á la llegada á Roma del capitán Chiefala. Venía, al parecer, á solicitar la reunión de los griegos y los latinos; pero probablemente no tenía sobre este punto plenos poderes de una parte de los habitantes de Grecia. Este desgraciado capitán se vió repentinamente desacreditado, porque á su carácter de enviado reunía la pretensión de tener y ofrecer muy barato el mejor vino de Chipre, y de haber compuesto una excelente obra en lengua sanscrita, antiguo idioma de los Brahmas. Con tal motivo, el señor Italinsky decía: «¿Qué quiere aquí un hombre que vende vino, libros ó Iglesias?» No se tuvieron por suficientes las facultades del capitán Chiefala para entablar una negociación tan importante como la reunión de los latinos y los griegos, y Leon XII creyó ver en toda comunicación sobre el particular el peligro de comprometerse. Además, el tratado de 1438 fué propuesto, celebrado y roto por la mala fe de los griegos.

Entonces se comenzó á hacer correr por Roma, con mala intención, voces siniestras relativas al envío de Chasciur, destinado á desempeñar en Menfis un cargo tan importante. Supe por el señor Drovetti el resultado de esta determinación, cuyas consecuencias no se habían calculado bastante. Al llegar se encontró Chasciur preso de orden del virey Mehemet-Alí. El P. Canestrari se apresuró á hacer que entregaran al señor Drovetti las cartas de recomendación de que era portador Chasciur. Al saber su arresto pasó el señor Drovetti á ver á su alteza y pedirle la libertad del preso. Respondió Mehemet bastante irritado que Chasciur era súbdito suyo; que era cómplice uno de los secretarios del vireynato; que se habían escrito cartas de Alejandría en nombre del bajá; que á estas cartas se les habían puesto sellos falsificados; que había sido indignamente engañado el honrado jefe de la Iglesia latina, y que en su consecuencia Chasciur *debía morir*. Levantóse inmediatamente un altercado muy vivo entre el cónsul general y el príncipe. Mehemet-Alí sostenía sus fueros de soberano ofendido; Drovetti hacía valer la recomendación de Roma, que

ponia á Chasciur bajo la proteccion de la Francia. De repente, con una impetuosidad que impone á veces á los turcos, sacando el cónsul del seno la carta de recomendacion, y engrandeciéndolo como quiso el carácter del que la habia escrito, dijo á Mehemet-Alí: « No puedo permitir que se haga ninguna « afrenta á una persona provista de semejante carta, escrita « por un embajador del Rey de Francia en favor de un hombre « que ha recibido su educacion en Roma, por merced del Papa, « á quien vuestra alteza misma admira y honra cuantas veces me habla de él. » Pareció ablandarse Mehemet-Alí, y en voz muy baja, que apenas pudo oír el dragoman, respondió: « Pues bien, déjame dar órden de que sea *decollato* sin ruido. »—« No tal, replicó Drovetti, le quiero entero. » El virey dijo en seguida, tambien en voz baja, que sus leyes eran positivas; que el preso era sin duda súbdito suyo; que habia sido juzgado y condenado justamente, y que en la comida se le administraria.... Drovetti, con mas animacion que nunca, exclamó: « La Francia solo consiente en que se le destierre, y Vuestra Alteza no ha negado jamás cosa alguna á la Francia. La Francia solo pide cosas sensatas y equitativas. » Acabó la discusion: quedó convenido que el preso seria deportado y volveria á Roma. En Roma se le formó causa, se descubrió parte de los culpables manejos de la familia de Chasciur, y se decidió que sufriera una detencion. No se ha llegado todavía á comprender cómo pudo llegar el engaño hasta aquel extremo. Causaron á Leon XII gran sentimiento todas estas culpables tentativas, que solo podian haber tenido buen éxito en las primeras escenas de perturbacion, de confusion y de imprudentes intervenciones que dejamos referidas.

Por el mismo tiempo murió el agente de que hablamos al principio de esta obra, y que, animado de un celo inconsiderado por la persona de Consalvi, habia arrojado locamente las semillas de una oposicion que su antiguo protector se apresuró á repudiar. Roma se halla en verano privada de extranjeros, y con dificultad abre sus palacios y salones á los que persisten en no salir de la ciudad. Desde entonces un funesto aburrimiento devora á los hombres de mundo que no saben estarse en su casa, y á quienes fastidia la ociosidad. Aquel

controversista veía mas afianzadas las cosas del reinado de Leon XII; no sufría persecucion alguna; pero el tédio y sin duda achaques imprevistos, le arrebataron al cabo de una dolorosa enfermedad. Los gobiernos que habian recibido los informes que les daba aquel agente, le manifestaban menos confianza, porque los gobiernos, por mas que algunas veces se aprovechen aun de revelaciones engañosas, no caminan constantemente por la senda del descontento y de la ira, y se encuentran suavizados por la necesidad de las cosas y el poder de los negocios, mientras los hombres ardientes que se atribuyeron el papel de censores, persisten todavía en sus inconsiderados ataques y en sus hostilidades ya sin objeto. Añadamos que esta nueva víctima de la ingratitude de las córtes tenía talento, y una instruccion no comun. A ser diplomático formal y á pertenecer á una sola córte, hubiese sido un servidor útil.

Habia leído el Papa con viva sensibilidad los pormenores dados al Ilmo. señor obispo de Hermópolis por el ministro de negocios extranjeros, y aguardaba con impaciencia mas informes para aplicar al mal todos los remedios que necesitaba. Comunicóse al gobierno Pontificio otra carta escrita el 14 de julio por el baron de Damasco al Ilmo. Frayssinous.

«Señor conde: las cartas que tuve la honra de escribiros el 2 y el 7 del mes último os han puesto en estado de apreciar el actual estado de las misiones francesas de Levante. El interesantísimo destino de estos establecimientos, las ventajas que ha reportado siempre de ellos la Francia, y la necesidad de detener los progresos harto rápidos de su decadencia, me obligan á volver á tratar de este importante materia y á encomendarla nuevamente á vuestra atencion.

«Ya tuve el honor de informaros, señor conde, de que la mision francesa de los capuchinos de Pera no se compone mas que de italianos, y que actualmente solo hay en ella tres religiosos franceses, cuya avanzada edad permita considerar muy próximo su fin. Examinando cuáles podrian ser los medios de suplir esta falta, hice presente que algunos de los antiguos religiosos de la órden de capuchinos se habian reunido en comunidad, hace muchos años, en Crest, departamento

del Droma; pero como no tenia conocimiento alguno de esta órden, os supliqué que tuvieseis la bondad de examinar si podria suministrar, desde ahora, á la mision de Pera los individuos que la faltan, y si con el favor y el apoyo que el gobierno del rey se decidiria á dar á esta institucion, podria cubrir algun dia el objeto que nos proponemos.

«El señor administrador del arzobispado de Lyon cree que le seria fácil reunir en esta ciudad cierto número de capuchinos franceses, si consintiera el gobierno en favorecer la ejecucion de este proyecto. Seria de desear que pudiera realizarse este plan, y vos, señor conde, estais en disposicion de proporcionar al administrador de Lyon los medios de formar esta reunion en su diócesis; bajo los auspicios y con la proteccion del gobierno de S. M., podria ser el principio de un establecimiento mas vasto, mas importante y capaz de alimentar algun dia á nuestras misiones de Levante. Servios examinar esta idea y participarme vuestro parecer acerca de las medidas que seria conveniente adoptar para realizar su cumplimiento.

«Debo, señor conde, recordar igualmente las observaciones que tuve la honra de haceros sobre la mision de los lazaristas, y sobre la necesidad de procurar su restauracion. El jefe de esta congregacion se halla en París, y ha podido daros útiles nociones respecto á su estado actual, á las mejoras de que podria ser capaz, al sistema seguido hasta ahora para preparar á los sujetos destinados al servicio de la mision de Levante, y á los medios que podrian adoptarse para aumentar el número de los religiosos que hoy dia la componen.

«No puedo menos de referirme á los motivos que he tenido ya la honra de exponeros acerca de la necesidad de levantar y sostener, de una manera adecuada á la dignidad de la Francia, las misiones que ella fundó en Levante.

«Si el gobierno del rey reconoce con interés los títulos que tienen en su apoyo estos establecimientos nacionales, tampoco olvida que los primeros tratados de la Francia con la Puerta Otomana pusieron bajo la proteccion del rey los establecimientos extranjeros que fundó en Levante la Religión católica. Este patrocinio lo ejercerá siempre con el mayor celo, y por ese senti-

miento de benevolencia he creído que debía llamar vuestra atención hácia el estado presente de los obispados del Archipiélago, hácia la mision de los dominicos de San Pedro de Gálata y hácia la órden de Tierra Santa.

«Vos conoceis, señor conde, las disensiones que tienen perturbada esa órden, los progresos siempre crecientes de su decadencia, las pérdidas que ha experimentado, y la escasez de sus fondos. Vos os hallais informado de los motivos de queja que ha dado á Francia, y de las representaciones que el embajador de S. M. cerca de la Santa Sede tiene encargo de hacer sobre esto al gobierno Pontificio.

«Al recordaros que los estatutos porque se rigen los religiosos de Tierra Santa reservaron á individuos franceses algunos de sus oficios, manifesté el justo pesar de que no los desempeñasen súbditos del rey, y os rogué que juzgaseis si sería posible enviar á Roma cierto número de jóvenes para que tomasen allí el hábito y pasaran en seguida á Palestina.

«La agregacion de estos franceses á la Custodia de Tierra Santa, la presencia de algunos en sus consejos, la memoria que renovarán de la benevolencia y generosidad de nuestros reyes, contribuirán á borrar las prevenciones que la Custodia ha concebido en estos últimos tiempos contra la Francia, y á restituirnos la influencia que ejerciamos antes en sus sentimientos y conducta. Os ruego que me comuniquéis lo que os parezca sobre tan importante materia.

«Ya sabeis que el Rmo. de Tierra Santa, varon de mucha prudencia, deseando poner término á las discusiones que traen dividida la Custodia, comisionó á uno de sus religiosos, el P. Angélico de Santa Catalina, para que pasara á Roma á solicitar de la Santa Sede el restablecimiento de los antiguos estatutos apostólicos respecto á la administracion de los fondos de aquella órden. El embajador de Francia en Roma, á quien invité á que apoyara, en cuanto estuviera de su parte, las gestiones del P. Angélico, me avisa que este religioso falleció el 14 de abril de este año en el lazareto de la Spezia.

«Tambien falleció el 2 de noviembre del año pasado el P. Bastiani, Rmo. de Tierra Santa, cuyos poderes tenia el P.

Angélico. Se nombró poco hace en Roma su sucesor, que se embarcó para Jerusalem el 5 del mes pasado.

«La carta que habia dado el anterior Rmo. al P. Angélico para el duque de Laval, ha sido entregada á este embajador por un religioso franciscano, que asistió á aquel P. en sus últimos momentos.

«El duque de Laval tiene que hablar con el ministro de Su Santidad sobre las pretensiones y las discusiones que eran motivo de la mision del P. Angélico. Insistirá en lo urgente que es poner término á tales discusiones, y expondrá al mismo tiempo al gobierno Pontificio lo muy conveniente que seria reducir la Custodia de Tierra Santa al sistema de atenciones y buen comportamiento que la Francia tiene derecho á esperar de ella. Cuando este embajador me haya informado del resultado de sus gestiones, me apresuré á ponerlo en vuestro conocimiento. Recibid, etc.

Parece que en el dia deben cesar estas tristes discusiones, pero ocurre un hecho nuevo. No cuidándose al parecer el actual gobierno de España de tener mas relaciones con los religiosos españoles de Tierra Santa, la influencia que ejercen tiene ya que ceder á los buenos consejos y á la autoridad ya restablecida de la Santa Sede; porque si el gobierno Pontificio concedió en otro tiempo facultades de que ha podido abusarse, se prepara animosamente á examinarlas por el honor de la Religion y la gloria del Santo Sepulcro (1).

El cuidado de la cristiandad continua llamando sobre otros países la vigilante é infatigable atencion del Sumo Pontífice.

Hallábase agitada la Holanda por los alborotos que allí promovía una reunion conocida con el nombre de *pequeña iglesia*.

(1) Al decir que el gobierno de Fernando VII descuidaba toda relacion con los religiosos españoles de Tierra Santa, queda implícitamente dicho que estos religiosos recibian menos socorros del gobierno de Madrid. Las cosas han llegado actualmente á un extremo mucho mas desconsolador. En el «Ami de la Religion» de París (9 de agosto de 1842, núm. 3630) se lee:

«El Congreso de los diputados ha suprimido, de paso, la «Obra pia de Jerusalem,» y ha incorporado sus fondos al Tesoro público.

«Por medio de la «Obra pia» la corona de España ejercia su patronato en los Santos Lugares: estuvo la «Obra» encomendada á la orden de San Francisco, y despues de la supresion de las órdenes regulares, el Estado tenia á

Leon XII creyó que debía dirigir un breve á los fieles de Holanda el 17 de mayo de 1825. Laméntase de que la iglesia católica se vea perturbada por el cisma de Utrecht. Guillermo Vet tiene la osadía de llamarse obispo de Deventer y de participar su eleccion al Papa con una carta en que el intruso se muestra pródigo de adulaciones. Es nula é ilícita la eleccion de Guillermo Vet, y su consagracion ilegítima y sacrilega. Felicita el Papa á aquellos de sus hijos que profesan la union con la Santa Sede Apostólica, centro de la unidad ortodoxa.

En esta circunstancia tuve ocasion de conocer la utilidad de consultar los antiguos documentos de la diplomacia, para explicar cuestiones que parecen nuevas y no lo son.

Queríase en París que se decidieran todos los negocios con Roma por medio de Bulas y no de Breves. Obstinábanse en creer que una Bula tiene mas fuerza que un Breve. El siguiente párrafo de un despacho del cardenal de Bernis al Señor de Aiguillon, con fecha 5 de febrero de 1772, conduce á resolver la dificultad:

«Es sensible que nuestros parlamentos y nuestros abogados no sepan que un Breve en forma vale tanto como una Bula, pues igualmente firma el Papa la minuta del uno que de la otra, y el cardenal datario y el cardenal secretario de Breves no hacen mas que dar fe con su firma de la del Papa. Por otra parte, un sello de plomo no da mas autenticidad que el del anillo del Pescador, que no es tan fácil falsificar como el sello de plomo. Además, el Papa, en ciertas materias delicadas, concederá siempre con mas dificultad gracias por medio de Bulas que por medio de Breves. Para las Bulas son menester muchas personas, y para los Breves no es menester mas que el cardenal secretario y un expedicionero; tambien el gasto es infinitamente menor.»

su cargo la administracion de sus rentas. No se cumplan, si se quiere, las cargas con regularidad; pero á lo menos se continuaba reconociendo las obligaciones.

«Extinguiendo la «Obra pia» se desconoce la actual importancia de todos los negocios que tienen relacion con Oriente. Cuando las naciones protestante, hacen esfuerzos para establecer un patronato en Jerusalem, una nacion católica, la España, abdica voluntariamente el que desde hace tantos siglos ejercía en los Santos Lugares.»

En el mes de octubre supo el Papa la muerte de Maximiliano I, rey de Baviera, cerca del cual habia residido como nuncio apostólico.

Maximiliano José falleció de resultas de un ataque de apoplejía el 13 de octubre. Este príncipe era antes de la revolución francesa coronel del regimiento de Alsacia, al servicio de Francia. En 1799 sucedió á su tío Carlos Teodoro, elector de Baviera, y casó en primeras nupcias con una princesa de Hesse Darmstadt, de la que tuvo dos hijos y dos hijas. Casó en segundas nupcias con una princesa de Baden que le dió otras dos hijas. Su sucesor en el título de rey dado por Napoleon al soberano de Baviera, el príncipe Carlos Luis Augusto, nació el 25 de agosto de 1786, y casó en 1810 con una princesa de Sajonia-Hildburghausen. Es un príncipe amante de las letras.

Recibíase en Holanda el Breve relativo á Guillermo Vet, precisamente en el momento en que sufría Bélgica conmociones no menos crueles. Tratábase de suprimir Seminarios y fundar un colegio filosófico, que fácilmente hubiese dado acceso á las doctrinas protestantes.

Como en la Iglesia católica se acostumbra que para las dificultades que se ofrezcan se recurra al Supremo Jefe del catolicismo, el Padre Santo dió á monseñor Mazio orden de escribir sobre esta materia á una persona mediadora la carta siguiente:

«Ilmo. Sr.: Me creo en el deber de dar á V. S. I. cuenta del exámen que se ha hecho por mandato de Su Santidad de dos providencias tomadas por el gobierno belga. He sabido con mucha satisfaccion que todos los jefes de las diócesis se han reunido con el señor arzobispo de Malinas para hacer una reclamacion comun, y el señor Ciamberlani ha hecho lo mismo con los arciprestes de Holanda. Por su parte el Sumo Pontífice ha hecho que se dirija una reclamacion muy fuerte al gobierno del rey de los Países Bajos por medio de una nota entregada al caballero Reinhold, su enviado en Roma.

«Su Santidad resolverá ulteriormente, y segun las circunstancias, lo que convenga determinar; entretanto es de parecer que todos los ordinarios deben proceder de comun acuerdo

y mantenerse puramente *pasivos*, si el gobierno belga pasase á cumplir sus órdenes.

«Su Santidad, cuyo corazon ha sentido el mas vivo dolor á la lectura de las dos providencias, está convencido de que la reclamacion comun será digna de los jefes de las diócesis, que se redactará con presencia de la que hicieron los ordinarios de Bélgica en 1787 contra el Seminario general erigido en Lovaina por el emperador José II, y que no habrán perdido de vista la declaracion dada por S. M. el rey de los Países-Bajos el 18 de julio de 1815, con la cual asegura S. M. á la Iglesia católica su estado y su seguridad.—*Rafael Mazio.*»

¡Cómo! ¿con que las consecuencias de la primera falta, en 1787, no pudieron resguardar al nuevo gobierno contra tentativas inútiles?... Tuvieron tan mal éxito las innovaciones de 1787, que el gabinete de Viena tomó inmediatamente la resolucion de renunciar á Bélgica, donde no se escuchaba ya como convenia la voz de aquella córte, por mas prudente que fuese y quisiera ser. Este sentir respecto á Bélgica era el del mismo emperador de Austria Francisco I, que no habló mas que de esto al marqués de Caraman, embajador de Francia, cuando me presentó á mí como encargado de negocios en ausencia del embajador. Decíale el emperador en presencia mia lo siguiente: «Todo va bien; seremos prudentes y justos con las indemnizaciones que piden las diversas potencias, y que Nos mismo pedimos por Parma, Milan y otras partes. Ha habido un negocio que no se ha arreglado bien, y es el de Bélgica; ya no nos conviene; solo conviene á la Francia. Bélgica debe ser de Francia: de una misma lengua, de una misma Religion, estos dos países deben ser uno de otro.» Esas expresiones del emperador debian ser conocidas, y sin embargo, el rey de Holanda daba otra vez principio á las escenas de José II. Ya se sabe el resultado de esas faltas.

Pero no pretendemos abreviar los pormenores que explicarán todavía mejor los sucesos de Bruselas en 1830.

Conformándose con la preinserta carta de monseñor Mazio, todos los ordinarios de Bélgica y Holanda permanecieron extranos á la supresion de los Seminarios, que se efectuó de orden de la autoridad, ante la cual el poder episcopal permaneció

pasivo, segun la invitacion de Su Santidad. Aquellos establecimientos habian sido fundados por eclesiásticos fervorosos, á quienes se ha despojado así del fruto de su celo. El colegio de Alost participó tambien de esta desgracia. Los maestros eran sacerdotes instruidos que prestaban muchos servicios á las diócesis de Gante y Tournay. Este colegio gozaba de gran reputacion en Bélgica, dice Mr. Picot (*Amigo de la Religion y del Rey*, t. 45, pág. 347), y el golpe que derribó aquel establecimiento pertenecia á un sistema completo de intolerancia y persecucion.

Despues de escribir una carta en que hacia fuertes reclamaciones, el arzobispo de Malinas se retiró á una de sus posesiones, cerca de Lieja, para no ser testigo de una medida desconsoladora. En medio de tan viva y tan justa oposicion se abrió en Lovaina el colegio filosófico el dia 17 de octubre.

Ya que tenemos nuevos datos, despues que se verificaron estos sucesos, no nos cause hoy extrañeza que un dia en Bruselas, despues de una representacion de Masaniello, hubiese comenzado un motin la parte del pueblo que profesaba opiniones liberales, y que el otro dia todo el partido católico, no pudiendo echar de menos al Austria, que lo abandonaba, hubiese apoyado una revolucion contra los protestantes, encarnizados contra los derechos de la Religion católica.

ÍNDICE.

	<u>Pág.</u>
255. Pio VII (Conclusion).	5
256. Leon XII.	55

FIN DEL ÍNDICE. *

INDICE

365. 1890 VII. Con. 1890

366. 1891 VIII.

367. 1892 IX.





HERSHEL

D. AS

PA. AS



D-1

1586